

# LA IMPROBABILIDAD DEL AMOR

Hannah Rothschild



LA  
IMPROBABILIDAD  
DEL AMOR

Hannah Rothschild



SUMA  
BY TITANI

LA  
IMPROBABILIDAD  
DEL AMOR

Hannah Rothschild



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Nell, Clemency y Rose*

## Prólogo

LA SUBASTA (3 DE JULIO)

Iba a ser la venta del siglo.

La muchedumbre había empezado a congregarse al despuntar el día y a última hora de la tarde la cola ocupaba toda la acera, desde el monumental pórtico gris de la casa de subastas, Monachorum & Sons (fundada en 1756), hasta Houghton Street. A mediodía, habían instalado vallas metálicas para crear un pasillo central y, a las cuatro de la tarde, dos porteros uniformados de Monachorum habían desplegado una mullida alfombra roja desde las columnas dóricas de fuste acanalado hasta el borde de la acera. El sol caía con fuerza sobre la multitud, y la casa de subastas, en un gesto de buena voluntad, había repartido gratuitamente botellas de agua y polos helados. Cuando el Big Ben tocó seis lúgubres campanadas, la policía desvió el tráfico y puso a dos agentes a caballo y ocho a pie a patrullar la calle. Los paparazzi, cargados con escaleras de mano, ordenadores portátiles y teleobjetivos de todo tipo, quedaron acorralados en un pequeño recinto, a un lado, desde donde tuvieron que limitarse a observar con ansia a los tres equipos de televisión y varios periodistas acreditados que habían conseguido pases para cubrir el acto desde el interior.

—¿Qué sucede? —preguntó un peatón a una de las personas de la cola.

—Van a vender ese cuadro, el que sale en todas las noticias —respondió Felicia Speers, que llevaba allí desde la hora del desayuno—. *La imposibilidad del amor*.

—*La improbabilidad del amor* —le corrigió su amiga, Dawn Morelos—. Improbabilidad —repitió, deslizando lentamente las sílabas por la lengua.

—Bueno, como se llame. Todo el mundo sabe a cuál me refiero —dijo Felicia, riendo.

—¿Y esperan que haya problemas? —preguntó el peatón, fijando la mirada en los policías a caballo y, a continuación, en los corpulentos guardias de seguridad de la casa de subastas.

—Problemas no, pero sí la presencia de la flor y nata de la sociedad —le explicó Dawn, mostrándole el teléfono móvil y una libreta de autógrafos con las palabras «Rock y realeza» grabadas en letras doradas.

—¿Y todo este follón por una pintura?

—No es una obra de arte cualquiera —dijo Felicia—. Estoy segura de que alguna cosa habrá leído sobre el cuadro.

Cuatro mujeres jóvenes, con vestido negro, tacones y armadas con un portapapeles, esperaban en lo alto de la escalinata de Monachorum para verificar los nombres de los asistentes. Era un acto al que solo se accedía con invitación. Desde determinados puntos estratégicos, la muchedumbre podía ver de refilón los magníficos interiores. La sede de Monachorum, antigua residencia londinense de los duques de Dartmouth, era uno de los mejores palacios palladianos que habían sobrevivido hasta nuestros días. Su vestíbulo era tan gigantesco que habría podido albergar un par de autobuses de dos pisos. El techo de escayola, un bullicio de *putti* y bellísimas sirenas, estaba pintado en rosas y dorados. Una grandiosa escalinata, lo bastante ancha como para dar cabida a ocho jinetes subiendo a la vez, conducía al visitante hasta el majestuoso salón de subastas, un atrio, sus paredes revestidas con mármol blanco y verde y coronado por tres cúpulas con óculo. Era, en muchos sentidos, un espacio poco adecuado para colgar y exhibir obras de arte; conseguía, sin embargo, crear una tormenta perfecta de sobrecogimiento y deseo.

En una habitación secundaria se habían reunido dos docenas de chicos y chicas para recibir las últimas instrucciones. Por suerte, en la que parecía la noche más calurosa del año, el aire acondicionado mantenía una temperatura estable de dieciocho grados. El conde de Beachendon, director de la subasta y cerebro de la venta, vestido para la velada con traje y corbata negros, se dirigía a ellos en tono firme y sereno, con una voz modulada por ocho generaciones de buena vida aristocrática y superioridad sobrentendida.

Beachendon había estudiado en Eton y Oxford pero, debido a la afición de su padre a la ruleta, el octavo conde era el primer miembro de la ilustre familia que había tenido que buscarse un empleo normal.

El conde de Beachendon apreciaba a su equipo. Habían ensayado durante cuatro semanas y anticipado todo tipo de eventualidades, desde un tacón roto hasta un intento de asesinato. Con la presencia en un mismo lugar de medios de comunicación de todo el mundo y de los clientes más importantes de la casa de subastas, era esencial que el acto se desarrollara con la precisión de un reloj suizo. Aquella velada cambiaría las reglas del juego en la historia del mercado del arte: todos esperaban que se superara el récord mundial por la venta de un cuadro.

—Tenemos puesta en nosotros la atención de los medios de comunicación de todo el mundo —dijo Beachendon a su embelesado público—. Estarán observándonos cientos de miles de pares de ojos. Un solo error convertiría el triunfo en desastre. No se trata únicamente de Monachorum, de nuestros bonos o de la venta de un cuadro. Este acto tendrá enorme influencia sobre un sector que mueve cien mil millones de dólares anuales y nuestra gestión de la velada tendrá repercusiones a lo largo del tiempo y en todos los continentes. No es necesario que les recuerde que trabajamos en un escenario internacional. Ha llegado el momento de que nuestra contribución a la riqueza y la salud de las naciones quede reconocida.

—Ninguna presión, milord —bromeó alguien.

El conde de Beachendon ignoró a su subordinado.

—Según nuestra concienzuda investigación, los clientes que gestionan ustedes serán los principales postores. De su trabajo depende darles alas, persuadirlos y animarlos para que vayan un poco más allá. Convencerlos de la grandeza de esta adquisición, excitar su curiosidad y su espíritu competitivo. Utilicen todas las armas que guarden en su arsenal. Sumérjanlos en un mar de zalamería perfectamente calibrada. Recuérdenles a todos ellos lo especiales que son, lo indispensables que son, su talento, su riqueza y, lo que es más importante, que solo en esta casa comprendemos y apreciamos su verdadero valor. Por una noche, olvídense de la amistad y de la ética: concéntrense única y exclusivamente en ganar.

Beachendon observó las caras que tenía enfrente, ruborizadas por la emoción.

—Tienen que conseguir que los invitados que les hemos asignado se sientan

especiales. Especiales con «E» mayúscula. Y aun en el caso de que no logren adquirir lo que andan buscando, quiero que estos ultrasuperinversores salgan esta noche de la casa deseosos de volver, desesperados por ganar la siguiente ronda. Nadie debe sentirse perdedor ni fracasado; todo el mundo debe salir de aquí pensando que ha sido víctima de una pequeña conspiración en su contra, pero que la próxima vez conseguirá el triunfo.

Beachendon desfiló por delante de la hilera de empleados mirándolos de uno en uno. Para ellos, la velada era una experiencia emocionante con el potencial de un bono económico; para él, se reducía a penuria y orgullo.

—Y ahora recuerden, y muy en especial las señoritas, que se espera de ustedes que se muestren serviciales y encantadores. Dejo completamente en sus manos la interpretación de «mostrarse servicial y encantador», pero la discreción está por encima de todo.

Risas nerviosas entre los reunidos.

—Ahora leeré los nombres de los invitados y quiero que sus responsables vayan dando un paso al frente. Todos ustedes deberían conocer ya de sobra su aspecto, gustos, aversiones y «pecadillos». —Beachendon hizo una pausa antes de añadir su chiste, bien ensayado y, de un modo deliberado, políticamente incorrecto—: Nada de alcohol para los musulmanes o bocadillos de jamón para los judíos.

El público rio obedientemente.

—¿Quién se encarga de Vlad Antipovsky y Dmitri Voldakov?

Levantaron la mano dos chicas, una con un ceñido vestido negro de tafetán y la otra con un vestido de seda verde con la espalda descubierta.

—Venetia y Flora, recuerden que, de presentárseles la oportunidad, estos dos hombres se arrancarían mutuamente el pescuezo. Hemos conseguido reducir al mínimo el número de guardaespaldas y les hemos pedido que dejen en casa sus armas de fuego: la prevención es nuestra mejor política. Se trata de mantenerlos separados. ¿Entendido?

Venetia y Flora movieron la cabeza en un gesto de asentimiento.

Beachendon consultó la lista y leyó el siguiente nombre.

—Sus Altezas Reales, el emir y la jequesa de Alwabbi.

Tabitha Rowley-Hutchinson, la relaciones públicas con más experiencia, estaba envuelta hasta tal punto en raso azul marino que solo quedaban visibles su esbelto cuello y sus finas muñecas.

—Tabitha, ¿qué temas debe evitar a toda costa?

—No mencionaré el presunto apoyo de Alwabbi a Al Qaeda, tampoco las demás esposas del emir ni el estado de los derechos humanos en su país.

—Li Han Ta. ¿Dispone de toda la información acerca del señor Lee Lan Fok?

Li Han Ta asintió con seriedad.

—Recuerden: tal vez los chinos no triunfen hoy, pero son el futuro — declaró Beachendon, mirando a todos los presentes para comprobar que lo habían entendido—. ¿Quién está al cargo de su excelencia el presidente de Francia?

Marie de Nancy vestía un esmoquin de seda azul y pantalón a juego.

—Le preguntaré sobre quesos, la primera dama y pintura francesa, pero no haré mención alguna a la última victoria británica en el Tour de Francia, a su amante o a los últimos resultados de las encuestas de popularidad —dijo.

Beachendon asintió.

—¿Quién se ocupa del muy honorable señor Barnaby Damson, ministro de Cultura?

Un joven dio un saltito al frente. Vestía un traje de terciopelo de color rosa y el cabello peinado con un tupé, estilo años cincuenta.

Beachendon refunfuñó.

—Más sutileza, por favor. Por mucho que el ministro pueda tener estas tendencias, no le gusta que se lo recuerden en público.

—He pensado que le hablaré de ballet, le encanta el ballet.

—Mejor límitese al fútbol y al cine —le ordenó Beachendon—. ¿Quién se encarga de Mr. M. Power Dub-Box?

En los últimos meses, el rapero de más éxito del momento había sorprendido al mundo del arte con la adquisición de varias obras icónicas. Con más de dos metros diez de altura y ciento quince kilos de peso, flanqueado siempre por un séquito de gorilas trajeados de negro y mujeres casi desnudas, la presencia de Mr. M. Power Dub-Box era ineludible y, al parecer, indisciplinada. Su conducta, impulsada por las drogas y el alcohol y alimentada por la mala reputación, le había supuesto frecuentes arrestos aunque, hasta la fecha, ninguna condena. Dieron un paso al frente dos hombres altos con corbata oscura. Vassily había sido campeón de Rusia de los pesos semipesados y Elmore era un antiguo becario deportivo de Harvard.

Beachendon miró a aquel par de torres y dio las gracias en silencio al departamento de recursos humanos por haber contratado a dos colosos en un

universo habitado por estetas de constitución delicada.

—Sigamos. ¿Quién cuida de Stevie Brent? —preguntó a continuación.

Dotty Fairclough-Hawes iba vestida como una animadora norteamericana, con una minifalda a rayas y una camiseta de tirantes que le dejaba el ombligo al aire.

—Esto no es ninguna final de béisbol —le recriminó Beachendon.

—He pensado que le ayudaría a sentirse como en casa —replicó Dotty.

—Es un gestor de fondos especulativos que intenta cubrir con una cortina de humo sus recientes pérdidas. Lo último que necesita es una loca fan de los Boston Red Sox que llame la atención sobre el hecho de que no puede permitirse el cuadro. Dotty, de entre todos los presentes, es usted la única cuya misión consiste en hacer que Stevie Brent no compre. Según nuestras fuentes, tiene en estos momentos un saldo negativo de cuatro mil millones de dólares. Me da igual que al principio levante el brazo, pero intente pararle los pies cuando la puja se sitúe por encima de los doscientos millones de libras.

Dotty se marchó para sustituir su atuendo por un vestido de baile de raso azul.

—¡Ah, y Dotty! —le gritó Beachendon—. No le ofrezca Coca-Cola... Vendió sus acciones y ahora han subido un dieciocho por ciento.

El conde de Beachendon siguió repasando la lista VIP para asegurarse de que todos ellos tenían al gestor adecuado.

—¿La señora Appledore? Gracias, Celine.

»¿El conde y la condesa de Ragstone? Gracias, John.

»¿El señor y la señora Hercules Christantopolis? Gracias, Sally.

»¿El señor y la señora Mahmud? Lucy, perfecto.

»¿El señor y la señora Elliot Slicer IV? Bien hecho, Rod.

»¿El señor Lee Hong Quiuo-Xo? Gracias, Bai.

»¿El señor y la señora Bastri? Gracias, Tam.

Venetia Trumpington-Turner levantó la mano.

—¿Quién se encargará de los vendedores?

—Un trabajo tan importante y delicado como ese recaerá en nuestro presidente —respondió el conde de Beachendon.

Todos replicaron con un gesto de asentimiento.

—El resto os ocuparéis de que los simples mortales estén en su debido lugar —continuó el conde—. Los directores de museos se situarán en la fila H. Los directores de periódicos, en la I. El resto de la prensa no tiene permiso ni

para sacar el bolígrafo, con la excepción de unos pocos periodistas; Camilla tiene los nombres. Los demás superinversores estarán en las filas J, K, L y M. Los principales marchantes en la P y la Q. Quiero a alguna que otra modelo y actriz repartida entre toda esa gente para darle un poco de color a la cosa, pero tened claro que ninguna que sobrepase los cuarenta años o la talla treinta y seis merece este ascenso de categoría. Ningún famoso que no esté en la «división de honor» tiene cabida.

Beachendon enderezó la espalda y miró a su alrededor.

—Chicas, a retocaros el maquillaje; chicos, repasaos el nudo de la corbata y a formar en la entrada. Dad todos lo mejor de vosotros.

La limusina de la señora Appledore avanzaba lentamente. El trayecto desde el Claridge hasta Houghton Street era normalmente de diez minutos, pero a causa de las obras y los desvíos al llegar a Berkeley Square el tráfico se había ralentizado hasta casi detenerse. Era una tarde de julio excepcionalmente calurosa. Los londinenses, convencidos de que sería su primera y última oportunidad de ver el sol, habían salido de los pubs y llenaban las aceras. Los hombres se habían quitado la chaqueta y dejado a la vista manchas oscuras de humedad en las axilas, las mujeres lucían vestidos de tirantes para mostrar brazos y piernas rosados como gambas. Al menos, por una vez, se los veía alegres, pensó la señora Appledore. En invierno, los británicos eran lóbregos y taciturnos. Cuando el coche enfiló Berkeley Street, se preguntó si aquella sería su última subasta importante. Cumplía los ochenta en un año y su viaje anual a las subastas de Londres empezaba a perder esplendor. En su día conocía a todos los presentes en la sala de subastas y, lo que era más importante, todo el mundo la conocía a ella.

La señora Appledore tenía la mirada fija en el futuro pero aspiraba a continuar con los modales y el *modus operandi* del pasado. Había nacido en Polonia en 1935, bajo el nombre de Inna Pawlokowski, y toda su familia había muerto asesinada por las tropas soviéticas en la masacre del bosque de Katyn. Acogida por las monjas durante el resto de la guerra, la joven Inna fue enviada a Estados Unidos en 1948 junto con tres mil huérfanos más. Conoció a Yannic, su futuro marido, en el barco de los refugiados, el *Cargo of Hope*, y, a pesar de que por aquel entonces solo tenían trece años, él le propuso matrimonio justo al pasar por debajo de la Estatua de la Libertad. Ella le prometió darle

seis hijos (fueron nueve) y él le juró que serían millonarios (su fortuna en el momento de su fallecimiento, en 1990, se valoró en seis mil millones de dólares). El día que se casaron, en 1951, Inna y Yannic cambiaron sus respectivos nombres por Melanie y Horace Appledore y nunca jamás volvieron a pronunciar una sola palabra en polaco. Su primer negocio, que pusieron en marcha justo el día después de la boda, fue una empresa de alquiler de trajes y zapatos para inmigrantes pobres que necesitaban mostrar un aspecto elegante en las entrevistas de trabajo. Appledore Inc. fue ampliando sus tentáculos hasta abarcar propiedades inmobiliarias, talleres que explotaban a sus trabajadores y, más adelante, inversiones de capital riesgo. Conscientes, por experiencia propia, de que los inmigrantes trabajaban más duro que los norteamericanos, los Appledore se dedicaron a ofrecer capital inicial a empresas de nueva creación a cambio de una buena tajada de acciones, además de cobrar los consabidos intereses por el montante prestado. Gracias al Acta de Personas Desplazadas, oleadas de inmigrantes llegaban sin cesar a las costas norteamericanas y los Appledore ayudaron y desplumaron a europeos, mexicanos, coreanos, indios y vietnamitas. De esta manera, Melanie y Horace acabaron disfrutando de pequeñas participaciones en rentables empresas familiares repartidas por los cincuenta Estados del país.

Melanie sabía que el dinero, por sí solo, no garantizaba un asiento en la mesa de los privilegiados. Decidida a dejar su huella en los escalones más altos de la sociedad de Park Avenue, comprendió enseguida que necesitaba aprenderlo todo sobre las convenciones y las expectativas para formar parte del flujo homogéneo de la élite y desarrollar la conducta aceptada. Con este fin, pagó los servicios de galardonados con el Premio Nobel, de directores de museo y de damas de la alta sociedad caídas en desgracia para que le impartieran enseñanzas sobre aquellos temas que la ayudarían a progresar. Aprendió a disponer la cubertería en la mesa, los detalles sobre las distintas variedades de uva, las minucias de las diversas corrientes artísticas, a distinguir entre un allegro y un staccato, conoció la cantidad que debía dejar de propina al mayordomo de un duque, hacia qué lado mirar durante una cena y en qué dirección viajar para conseguir una botella de oporto. Pero las nuevas generaciones, en opinión de la señora Appledore, exhibían su vulgaridad como un distintivo honorífico.

Horace y Melanie realizaron donativos a infinidad de instituciones culturales y apoyaron la reconstrucción de La Fenice en Venecia y la

restauración de una minúscula iglesia en Aix-en-Provence. Pero su gran amor fue una mansión que hizo construir el industrial Lawrence D. Smith en 1924 como muestra de su cariño hacia Pipette, su esposa francesa. Asentada a orillas del río Hudson, a setenta y cinco kilómetros al norte de Manhattan, tenía una fachada de noventa metros de longitud y una superficie en planta de mil doscientos metros cuadrados. Por desgracia, Pipette falleció justo después de que la casa estuviera terminada y el desesperado multimillonario nunca llegó a vivir en ella. La mansión permaneció vacía y olvidada hasta que Horace y Melanie la compraron en 1978 por la magnífica suma de cien dólares.

La casa de Smith cambió de nombre y pasó a conocerse como el Museo Appledore de Artes Decorativas Francesas. Horace y Melanie consagraron las décadas siguientes, y una parte considerable de su fabulosa fortuna, a restaurar el edificio y reunir una de las mejores colecciones de mobiliario y arte francés fuera de Europa. Para ellos, poseer cosas importantes equivalía a ser importantes. Ahora, casi con ochenta años, con el corazón debilitado y aquejada de una grave osteoporosis, la señora Appledore había decidido ventilarse hasta el último céntimo de su Fundación en *La improbabilidad del amor*. Le daba igual quedarse sin blanca; estaba casi muerta y sus hijos ya tenían la vida solucionada.

El vestido de Chanel que lucía la señora Appledore, confeccionado en seda de color verde lima, un tono prácticamente idéntico al de la vegetación de *La improbabilidad del amor*, había sido elegido por Karl Lagerfeld y ella para complementar el cuadro. El modelo se remataba con un sencillo conjunto de collar y pendientes de diamantes; nada debía distraerla de su última gran compra. Por la mañana se había hecho otra vez la permanente, con un rizo algo más suelto, y se había maquillado con un leve toque de rosa. Quería estar perfecta para el momento de su último hurra. Mañana, a estas horas, los periódicos mostrarían la fotografía del cuadro y su nueva propietaria. Celebraría una rueda de prensa para anunciar la donación inmediata de su colección personal, que incluiría también *La improbabilidad del amor*, a su querido Museo Appledore. Ojalá su amado esposo hubiera estado allí para ser testigo de aquel último golpe maestro.

Sentado delante del ordenador, en su nueva casa en Chester Square, Vladimir

Antipovsky introdujo diecisiete códigos, acercó el ojo a un lector de iris, deslizó el dedo por un escáner de luz ultravioleta y realizó una transferencia de quinientos millones de dólares a su cuenta bancaria. Estaba dispuesto a arriesgar incluso una suma mayor que esa con tal de adquirir la obra de arte.

El emir de Alwabbi estaba sentado en su coche blindado enfrente del hotel Dorchester a la espera de que saliera su esposa, la jequesa Midora. La subasta era para el emir el equivalente a una tortura. Hombre tremendamente discreto, había pasado la vida entera evitando los flashes de las cámaras, las miradas y el acoso de los periodistas; eludiendo, de hecho, cualquier tipo de vida pública. La única excepción había sido cuando su caballo, Fighting Spirit, ganó el Derby; aquel día glorioso, el resumen del sueño de toda una vida, no pudo resistirse a presentarse delante de su majestad la reina para aceptar el espléndido trofeo en nombre de su minúsculo principado. Al emir le dolía que tan poca gente supiera que todos los pura raza eran descendientes de cuatro caballos árabes. A los ingleses, en particular, les gustaba pensar que, como consecuencia de una curiosa alquimia entre crianza y selección natural, aquellos animales magníficos eran resultado de una metamorfosis de los ponis achaparrados, patizambos y lanudos que poblaban su campiña.

El emir quería construir un museo dedicado al caballo en su país, un territorio sin litoral. Durante muchísimos siglos, el sustento de su familia se había basado en el camello y el caballo árabe; el petróleo era un descubrimiento de hacía tan solo treinta años. Pero su esposa decía que a nadie se le ocurriría visitar un país como aquel, que solo el arte tenía la fuerza suficiente como para convencer a la gente para desplazarse hasta allí. Le había hecho notar el éxito de los proyectos de países vecinos como Qatar y Dubái, la transformación de ciudades salidas de la nada, como Bilbao y Hobart. Viendo que aquellos argumentos no lograban convencer a su esposo, la jequesa había montado en cólera y le había dicho que la producción de crudo de una sola semana bastaría para construir el museo más grande del mundo. El emir había cedido, y le había construido el museo. Todos coincidían en que el edificio se había convertido en la obra maestra de la arquitectura contemporánea, un templo para la civilización y un monumento para el arte. Pero había, sin embargo, un problema de base que ni la jequesa, ni sus legiones de asesores y diseñadores, ni siquiera su famoso arquitecto, habían anticipado: el museo

estaba vacío. Por mucho que los visitantes deambularan por los cavernosos espacios blancos y se maravillaran ante los juegos de luces y sombras, el perfecto control de la temperatura, los fríos suelos de mármol y la ingeniosa iluminación, apenas había nada que rompiera la monotonía de las interminables paredes blancas: no contenía obras de arte.

Cuatro pisos más arriba de su esposo, que seguía esperando en la calle, la jequesa estaba sentada frente al tocador, en la suite real. Comprometida a los nueve años, casada a los trece, madre de cuatro hijos con solo veinte, la jequesa tenía ahora cuarenta y dos años de edad. Como madre del príncipe heredero, tenía el futuro asegurado. Poco podían hacer su esposo o los miembros de la corte para refrenar su nivel de gastos excepto limitarse a observar cómo apostaba por lo mejor de las salas de subastas de todo el mundo y empujaba los precios hacia nuevos récords. La jequesa necesitaba una estrella pero, por desgracia, las grandes obras de arte estaban ya en museos nacionales o colecciones privadas. En el instante en que vio *La improbabilidad del amor*, supo que era la joya adecuada para la corona de su museo. Un cuadro capaz de atraer a turistas de todo el mundo. A diferencia de los que deseaban adquirir la obra por un precio razonable, la jequesa esperaba que la puja se descontrolara. Quería que su cuadro (daba eso por supuesto desde hacía mucho tiempo) fuera el más caro adquirido a través de subasta; cuanto más publicidad, mejor. Mientras su marido ganaba carreras de caballos, ella triunfaría en la arena de gladiadores de las salas de subastas y la imagen de la jequesa luchando por su cuadro destellaría en todas las pantallas del mundo. Después de una larga y amarga batalla, los soberanos de Alwabbi arrancarían la victoria de las garras de los coleccionistas más ricos y avariciosos del mundo. Sería el respaldo final a su sueño y la publicidad definitiva. Sentada en la suite del hotel, la jequesa trazó una última línea de kohl alrededor de sus bellos ojos oscuros.

Dio una palmada y aparecieron las siete mujeres que estaban a la espera, cada una de ellas cargada con un vestido de alta costura. La jequesa vestía tan solo un porcentaje ridículo de todas las prendas que se le confeccionaban, pero le gustaba tener distintas alternativas. Miró los vestidos —los Elie Saab, McQueen, Balenciaga, Chanel y De la Renta— y, después de un rato de deliberación, se decidió por un vestido nuevo de Versace confeccionado con

seda negra e hilo de oro y rematado con monedas de oro macizo que campanilleaban con delicadeza al caminar. Una *abaya* negra escondería el vestido, aunque al menos los botines de Manolo Blahnik quedarían visibles: rematados con visón, piel blanca de cabritilla, tacones tachonados con diamantes de veinticuatro quilates, que destellarían bajo los flashes de los fotógrafos cuando subiera al estrado para inspeccionar su última y magnífica adquisición.

En otro extremo de Londres, en East Clapham, Delores Ryan, crítica de arte, estaba sentada en su apartamento tipo estudio presa de la desesperación. La única manera que se le ocurría de salvar su reputación era destruir el cuadro, o destruirse ella, o hacer ambas cosas. Todo el mundo sabía que ella, una de las más destacadas expertas en arte francés del siglo XVIII, había tenido la obra en sus manos y la había desechado tildándola de copia de mala calidad. Por culpa de una atribución indebida, de una consideración errónea, había destruido el trabajo de toda una vida, una reputación construida a base de mucho esfuerzo y bastantes becas. A pesar de que Delores tenía más de cuatro triunfos importantes a sus espaldas, entre los que destacaban el Boucher de Stourhead, el Fragonard de Fonthill y, el más espectacular de todos, un Watteau que estaba colgado equivocadamente en la cantina del personal del Rijksmuseum, sabía que todo aquello había caído en el olvido. Pasaría a la posteridad como la tonta del bote que la había pifiado con *La improbabilidad del amor*.

Tal vez, años atrás, debería haber aceptado la proposición de lord Walreddon. Ahora sería la señora de una gran mansión, viviría como una noble, dilapidaría el dinero y estaría rodeada por una cacofonía de niños y ancianos perros labradores de color negro. Pero el primer y único amor de Delores era el arte. Creía en el poder transformador de la belleza. La compañía de Johnny Walreddon la aburría hasta la desesperación, mientras que pasarse horas plantada delante de un Tiziano le provocaba lágrimas de dicha. Como un monje atraído por el sacerdocio, había dejado de lado la mayoría de placeres terrenales para dedicarse a la búsqueda de esferas superiores.

El error que había cometido al no reconocer la importancia de aquella obra, junto con la locura que rodeaba su venta, representaban para Delores no solo

la pérdida de su reputación, sino también la pérdida de su fe. No le apetecía formar parte de una profesión donde el arte y el dinero estaban vinculados de un modo indisoluble, donde la espiritualidad y la belleza eran simples notas al pie. Ahora, incluso Delores miraba los lienzos preguntándose por su valor. Sus amados cuadros se habían convertido en un mero producto negociable. Peor aún, aquel tema excepcional, con su lenguaje y sus códigos particulares, estaba cada vez más desmitificado; el día antes, sin ir más lejos, había oído a un par de gamberros comentando en una cafetería los distintos méritos de Boucher y Fragonard. Delores había dejado de ser la suma sacerdotisa de las bellas artes para pasar a ser una solterona solitaria, como tantas otras, que vivía en un pequeño apartamento de alquiler.

Delores lloró por tantos años de estudios perdidos, por las horas consagradas a la lectura de monografías y conferencias, por las vacaciones encerrada en bibliotecas subterráneas. Derramó lágrimas por los cuadros que habían pasado por sus manos y que podrían, de haber sido ella financieramente más astuta, haberle proporcionado una existencia de esplendor perenne y comodidades. Sollozó por sus hijos no concebidos y por la otra vida que podría haber disfrutado. Le devastaba pensar que su yo más joven hubiera carecido de la visión o la sabiduría necesarias para anticipar cualquiera de aquellos resultados.

A las siete en punto de la tarde, una hora antes del inicio de la subasta, un murmullo de expectación se cernió sobre Houghton Street cuando la primera limusina ronroneó hasta detenerse delante de la casa de subastas. Lyudmila sabía cómo hacer una entrada espectacular: muy despacio, desplegó una de sus largas piernas y la asomó, centímetro a centímetro, por la puerta del coche. Estallaron los flashes de los paparazzi y, de no haberse producido determinados acontecimientos, la imagen de las extremidades icónicas de Lyudmila revestidas con medias oscuras de redecilla saliendo de un Bentley negro habría copado las portadas de la prensa sensacionalista desde Croydon hasta Kurdistán. Su prometido, Dmitri Voldakov, que controlaba el sesenta y ocho por ciento de la potasa del mundo y cuya fortuna ascendía a decenas de miles de millones de libras, no atrajo la atención de un solo flash. Pero a él le daba igual: cuanta menos gente conociera su aspecto, menos probabilidades de asesinato o secuestro. Dmitri levantó la vista hacia los tejados vecinos y se

sintió aliviado al ver a sus hombres apostados, armados y en alerta; sus guardaespaldas, solo dos de los cuales tenían permiso para acceder al edificio, lo flanquearon de inmediato. Dmitri suponía que Vlad, el pequeño advenedizo, trataría de pujar más que él aquella noche.

«Que lo intente», pensó.

—¡Lyudmila! ¡Lyudmila! —gritaron los fotógrafos.

Lyudmila se giró a derecha e izquierda, su rostro esbozando un perfecto mohín.

Llegaron a continuación dos Range Rover blancos, resplandecientes y personalizados, la música rap sonando a todo volumen.

Un susurro serpenteó entre la expectante multitud:

—Mr. M. Power Dub-Box. Power Dub-Box.

Saltaron del primer coche dos gigantescos guardaespaldas vestidos con traje negro y llamativos pinganillos, que corrieron enseguida hacia el segundo vehículo. Se abrió la puerta y la calle vibró al ritmo del reciente número uno de Mr. M. Power Dub-Box, *I Is da King*. El escultural autonombrado «sumo sacerdote del rap» vestía vaqueros y camiseta e iba seguido por tres mujeres prácticamente desnudas.

—Te apuesto lo que quieras a que deben de estar encantadas de que sea una noche calurosa —le dijo Felicia a Dawn, observando pasmada el espectáculo.

—¿Tú crees que esa última lleva algo encima? —preguntó Dawn.

—Es un top del mismo tono que la piel —observó Felicia.

—No me refiero a la parte de arriba —dijo Dawn, e hizo una fotografía con el móvil del trasero desnudo de la mujer que entraba en aquel momento en la casa de subastas.

—Encantado de conocerlo, Mr. M. Power Dub-Box —dijo el conde de Beachendon, adelantándose para estrecharle la mano al músico e intentando, sin conseguirlo, no mirar a las mujeres semidesnudas que acompañaban al rapero.

M. Power lo saludó de un modo poco entusiasta chocando los cinco y acto seguido se giró hacia los equipos de filmación. Sus tres escoltas femeninas se dispusieron a su alrededor como pétalos en torno a un descomunal estambre.

—¡Hola! —gritó Marina Ferranti, la diminuta presentadora de *BBC Arts Live*, saludando a M. Power Dub-Box como si fuera un amigo de toda la vida —. ¿Qué haces aquí esta noche?

—Me gusta ir de compras —respondió.

—¡Esto son compras de alto nivel!

—Ajá.

—¿Esperas poder llevarte el cuadro?

—Ajá.

—¿Cuánto piensas gastar?

—Lo que sea necesario.

—¿Crees que sería una buena portada para un disco?

—No —respondió M. Power Dub-Box, mirándola con incredulidad. ¿Se habría enterado la presentadora de la BBC de que los discos eran cosa del siglo pasado? ¿De que en la actualidad todo giraba en torno a la producción viral de temas?

—¿Y por qué quieres comprarlo entonces? —preguntó Marina.

—Porque me gusta —respondió él, mientras se marchaba.

Imperturbable, Marina y su equipo rodearon al conde de Beachendon.

—Lord Beachendon, ¿le sorprende la cantidad de atención que ha recibido este cuadro?

—*La improbabilidad del amor* es la obra de arte más importante que Monachorum ha tenido el placer de vender —declaró.

—Dicen los expertos que este cuadro no es más que un boceto y que su valoración está completamente desproporcionada con respecto a su relevancia —continuó Marina.

—Permítame que responda a su pregunta con otra: ¿cómo establecemos el valor de las obras de arte? Evidentemente, es algo que no tiene que ver ni con la cantidad de pintura aplicada, ni con el lienzo, ni tan siquiera con el marco. No, el valor de una obra de arte lo establece el deseo, quién quiere comprarla y hasta qué punto lo desea.

—¿Cree que este pequeño cuadro vale realmente decenas de millones de libras?

—No, vale cientos de millones.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo no decido su valor. Mi trabajo consiste en presentar el cuadro de la forma más positiva posible. El precio lo establecerá la subasta —declaró con una sonrisa.

—¿Es esta la primera vez que se lleva a cabo para un cuadro una campaña de marketing que incluye una gira mundial, una biografía, una app, su propia página web, una película de animación y un documental? —preguntó Marina.

—Consideramos importante dar a conocer su historia sirviéndonos de todas las posibilidades de la tecnología moderna. Se trata de la obra que puso en marcha un movimiento que cambió la historia del arte. Por otro lado, su procedencia es incomparable, ha pertenecido a algunas de las figuras más poderosas de la historia. Este lienzo ha sido testigo de grandezas y atrocidades, de pasiones y odios. Ojalá pudiera hablar.

—Pero no puede —le cortó Marina.

—Soy consciente de ello —replicó el conde con mordaz condescendencia—. Pero cualquiera con un mínimo de conocimientos sobre el pasado es capaz de imaginarse los acontecimientos ilustres y los personajes relevantes asociados a esta exquisita joya. Su afortunado nuevo propietario quedará indisolublemente vinculado a esa historia.

Marina decidió presionarlo un poco más.

—De momento, solo he hablado con un asistente, M. Power Dub-Box, a quien realmente le gusta el cuadro. Todos los demás parecen quererlo por otros motivos —dijo—. El ministro francés de Cultura y su embajador dicen que es de suma importancia nacional. El director de la National Gallery me comentó que la pintura francesa del siglo XVIII tiene una representación insuficiente en Trafalgar Square. Los Takri quieren el cuadro para su nuevo museo en Singapur. Stevie Brent lo quiere para su nuevo casino en Las Vegas. Y la lista continúa. ¿Piensa que amar el arte es irrelevante hoy en día?, ¿que ser propietario de cuadros se ha convertido en una forma más de exhibición de riqueza?

—Llegan otros invitados importantes. Tengo que ir a recibirlos —dijo Beachendon, con elegancia.

—Una última pregunta —dijo Marina—. ¿A cuánto espera que llegue a cotizarse el cuadro esta noche?

—Confío en que se establezca un nuevo récord mundial. Y ahora, si me disculpa...

Consciente de que ya había hablado demasiado, el conde de Beachendon volvió rápidamente a su trabajo para recibir al emir y la jequesa de Alwabbi.

Media hora más tarde, una vez recibidos los invitados más destacados y dejados a cargo de sus responsables, el conde cruzó un par de impresionantes puertas de caoba y accedió a la sala de subastas de Monachorum. Desde el

estrado de madera oscura, repasó con la mirada las filas de sillas vacías que se extendían por debajo de él y las bancadas con teléfonos del fondo de la sala. Era su anfiteatro, su arena, y justo en veinte minutos presidiría una de las batallas más encarnizadas de la historia del arte. Los arsenales de los postores estaban llenos a rebosar de libras, dólares y otras divisas. Las únicas armas de las que él disponía eran el martillo y la voz de la autoridad. Tendría que marcar el ritmo de los atacantes, posponer sus mejores movimientos e impedir que las facciones se destruyeran entre ellas con excesiva rapidez. Beachendon sabía que cuando las emociones estaban tan encendidas como aquella noche, cuando había tanto dinero y orgullo en juego, cuando se congregaban en un mismo lugar tantos egos gigantescos y antiguas heridas, podían salir mal muchas cosas.

Bajó la vista hacia su libro negro secreto, en el que guardaba notas personales sobre todos los compradores; dónde se sentaban y cuánto era presumible que fueran a pujar. En los márgenes, el conde tenía una lista de los postores que jugaban por vía telefónica y de aquellos que insistían en mantenerse en el anonimato. Aquella tarde se habían registrado catorce nuevos aspirantes y los colegas del conde habían tenido que trabajar con referencias bancarias y otros detalles. Tenía ya un postor que había garantizado una puja de doscientos cincuenta millones de libras; un récord incluso antes de que empezara la subasta pública. Si nadie mejoraba aquel precio, el subastador cerraría el tema por teléfono con el comprador anónimo. Beachendon realizó una ronda de ensayo y empezó a anunciar en voz alta las pujas imaginarias de sillas vacías y líneas telefónicas sin nadie al otro lado.

—Setenta millones, ochenta millones doscientas mil, noventa millones trescientas mil, cien millones cuatrocientas mil. Tengo la puja más alta en el teléfono. No, ahora en la sala. Es la de usted, señor. Doscientos cincuenta millones quinientas mil.

Luego, cada puja se convertiría de manera simultánea en dólares, euros, yenes, renminbis y rupias y aparecería en las grandes pantallas electrónicas.

La voz del conde sonaba serena y contenida, aunque él hervía por dentro. Hacía poco más de un siglo, aquel cuadro pertenecía a un miembro de la familia de su madre, nada menos que a la reina Victoria; su traspaso era un ejemplo más del declive inexorable de su noble linaje. El fabuloso precio de la obra y su notoriedad eran una burla para Beachendon y servían para recordarle todo lo que se había perdido: treinta y seis mil hectáreas repartidas

por Wiltshire, Escocia e Irlanda, tierras en el Caribe, junto con grandes cuadros de Van Dyck, Tiziano, Rubens, Canaletto y Leonardo.

«Ojalá hubiéramos conservado este cuadro», pensó con tristeza el conde, contemplando el diminuto lienzo encerrado en un armazón de cristal blindado.

Se imaginó una vida distinta, sin tener que coger la Northern Line del metro, sin tener que humillarse ante individuos ridículamente ricos y la inmensa cantidad de parásitos, marchantes, asesores, agentes, críticos y expertos que rodeaban a las adineradas ballenas como rémoras en las aguas internacionales del mundo del arte. En cuestión de media hora, la sala rebosaría de tales personajes y en sus manos estaría obtener de ellos los mejores precios. Al menos —pensó el conde a modo de consuelo—, haber realizado personalmente el descubrimiento de la pintura servía para demostrar que, por mucho que la familia Beachendon hubiera perdido su fortuna, su buen ojo seguía presente.

Junto con el resto del mundo, Beachendon se preguntaba qué precio acabaría alcanzando el pequeño cuadro. Incluso las estimaciones más bajas bastarían para adquirir un par de mansiones en Mayfair y sendas fincas en Escocia y el Caribe, pagar las deudas de juego de su hijo y heredero, el vizconde de Draycott, y comprar un piso digno a cada una de sus seis hijas, lady Desdemona, lady Cordelia, lady Juliet, lady Beatrice, lady Cressida y lady Portia Halfpenny.

Pese a ser ateo, Beachendon era pragmático y por ello rezó una pequeña oración.

El conde estaba tan absorto en sus fantasías que ni siquiera vio al joven de origen chino uniformado como un conserje que examinaba la peana cubierta de terciopelo. Muchas horas más tarde, cuando el equipo de seguridad y la policía analizaran la filmación del circuito cerrado de televisión, se preguntarían cómo un solo individuo podía haber llevado a cabo un acto tan audaz delante del astuto conde, las cámaras silenciosas y los guardias de seguridad. La mayoría había asumido que era el hijo de alguien que trabajaba allí para adquirir experiencia laboral, un integrante de las legiones de jóvenes que no recibían ni un céntimo a cambio de la gloria de trabajar para una importante casa de subastas e incorporar una línea que destacara en su currículum profesional. Naturalmente, el director de recursos humanos y el jefe de seguridad cumplieron con su deber y dimitieron de inmediato, pero para entonces ya era tarde. Demasiado tarde.

# Capítulo 1

SEIS MESES ANTES (11 DE ENERO)

A pesar de que pasaba a menudo por delante de Bernoff and Son, Annie nunca había caído en la tentación de explorar aquella tienda de objetos de segunda mano; el sucio escaparate, lleno hasta los topes de trastos y cachivaches de otra gente, le resultaba poco atractivo. La decisión de cruzar la puerta aquel sábado por la mañana fue un simple impulso: confiaba en encontrar allí un regalo para el hombre con quien se acostaba pero al que apenas conocía.

Había conocido a Robert cinco semanas antes, en un encuentro para solteros celebrado en el museo que albergaba la Colección Wallace, en Manchester Square, organizado por «El arte del amor». Era su primera incursión en el universo de las citas desde la adolescencia y había ido con escasas expectativas de conocer a alguien, aunque con la esperanza de, al menos, aprender alguna cosa sobre arte. El folleto prometía «conferencias para romper el hielo» y «expertos de talla mundial» con los que comentar las obras expuestas. Se había fijado en Robert durante una charla sobre «La pasión en la corte de Luis XIV». Tenía una mirada incómoda y poco esperanzada, y Annie reconoció por instinto a otro con el corazón hecho polvo. No estaba mal, pero tenía un aspecto descuidado: el cabello demasiado largo, la camisa mal planchada, el porte de quien ha sido maltratado. Resultaba atractivo de un modo poco amenazador. Unas horas más tarde, se habían besado en un callejón, detrás de Marylebone High Street. Él le había pedido el teléfono (Annie dio por sentado que por mera educación). Al día siguiente, él le había enviado un mensaje de texto: «Querida Annie, mi abuela siempre decía que después de una mala caída montando a caballo es importante subirse de nuevo a la silla. ¿Te apetece una copa?». Después de aquello, Annie se había visto

con Robert un par de veces por semana para disfrutar de una sesión de sexo energético y conversación inconexa. Cuando Robert le confesó que iba a pasar su cumpleaños solo, Annie se ofreció para prepararle una cena. A pesar de sus reservas, tenía que esforzarse por mantener a raya sus esperanzas. Su anhelo de amar y ser amada era tan fuerte que había pasado por alto la incompatibilidad entre Robert y ella. Por lo menos —suponía—, Robert, un hombre responsable y de fiar, un abogado de Crouch End cuya esposa había caído en lo imperdonable y huido con su mejor amigo, nunca se comportaría de manera desagradable o poco caballerosa.

Annie empujó la puerta de la tienda, que se abrió a regañadientes. En un rincón había un hombre, aunque era difícil diferenciar su cuerpo del sillón en el que estaba sentado. Ambos tenían un aspecto flojo y estaban cubiertos con terciopelo marrón. Miraba la televisión con el sonido apagado y Annie vislumbró en el cristal de sus gafas el reflejo de una carrera de caballos.

—¿Está abierto? —preguntó.

Sin apartar los ojos de la pantalla, el hombre le indicó con un gesto que pasara.

—Dese prisa, cierre la puerta.

Annie cerró la puerta a sus espaldas con delicadeza.

Sonó un teléfono. El hombre descolgó.

—Antigüedades Bernoff, Reciclaje y Recuperación —dijo en tono plano y con un acento característico del sur de Londres—. Al habla Ralph Bernoff.

Tenía una voz sorprendentemente aguda y joven. Parecía un hombre de cincuenta años, pero lo más probable era que apenas superara los treinta.

—Gaz, viejo amigo, ¿estás viendo Channel 4? ¿Has visto que The Ninnifer ha subido a treinta contra uno? —dijo Ralph—. Es increíble.

Hizo una pausa para escuchar la réplica.

—Pues claro que ese otro es una puta mierda. La semana pasada, en Haydock, corrió como el culo. Préstame algo de pasta. Sé que The Ninnifer va a petarlo. Venga, colega, por favor.

Pausa.

—¿Qué quieres decir? ¿Que ya te debo dinero? —inquirió Ralph en tono lastimero.

Pausa.

—Pues súmalo a la cuenta. Esos mamones dijeron que si no les pagaba esta noche me partirían las piernas. Por favor, Gaz. Ayúdame.

Pausa.

Annie se acercó a la pared del fondo de la tienda, pasando por delante de hileras de objetos de porcelana desparejados, libros con cubiertas repujadas, tacitas de té descascarilladas, tazones rajados, montañas de cuentas de plástico, una reproducción de una muñeca victoriana y un montón de jarras de cerveza Toby. Miró con nerviosismo al hombre, luego a la puerta, y se preguntó si los acreedores irrumpirían de un momento a otro.

—Nadie me va a comprar nada —gimoteó el hombre al teléfono—. Nadie compra nunca nada. Por aquí solo pasa gente que no tiene nada que hacer los sábados por la mañana —se lamentó Ralph, lanzando una mirada en dirección a Annie.

Annie cogió un molde de latón victoriano en forma de cometa y se preguntó si podría utilizarlo. Robert era de 1972 y tenía la intención de prepararle una cena inspirada en los setenta. Tal vez una gelatina sofisticada fuera mejor que el *babà* al ron que tenía pensado. Le dio la vuelta al molde, costaba tres libras. Excesivo para una sola cena y, además, tampoco tenía tiempo para que la gelatina se asentara. Lo dejó otra vez donde estaba, al lado de una muñeca de porcelana.

—Si no puedes prestarme quinientos pavos, préstame veinticinco. Te lo devolveré con intereses cuando gane —dijo Ralph.

Pausa.

Gaz le dio la respuesta equivocada; Ralph colgó el teléfono con brusquedad.

Annie se acercó a otra mesa y hojeó una edición de tapa dura de *Stalingrado*. ¿Le gustaría a Robert? Brillante, pero excesivamente deprimente. Examinó una caja con incrustaciones de nácar. Bonita, pero femenina. Unos pasos más adelante vio un cuadro apoyado en la pared, detrás de un ficus.

—¿Puedo? —le indicó al hombre.

—Sírvase usted misma.

Ni siquiera levantó la vista, sino que siguió tirado en el sillón, mirando la tele. Annie cogió el cuadro y lo acercó a la ventana para poder examinarlo mejor.

—¿Qué sabe de esto? —preguntó.

—Es un cuadro.

Annie se quedó mirándolo, mientras intentaba decidir si era tonto, maleducado, o ambas cosas.

—¿Conoce la fecha, o quién lo pintó?

—Ni idea, lleva años aquí.

—Busco un regalo para un amigo... —Annie dudó un momento—. Esto le haría gracia.

Ralph Bernoff no continuó la conversación; estaba acostumbrado a ancianas solas que hablaban por los codos. Aquella mujer, sin embargo, era unos cuantos años más joven que la clientela habitual, aunque intuía las señales: triste, soltera y en el lado equivocado de la barrera de los veinticinco. La miró de arriba abajo, buenas piernas, pero demasiado plana por arriba. Con unas mechas y minifalda, tal vez tuviera alguna posibilidad.

—Compartimos cierto interés por la pintura. —Annie se ruborizó al notar su mirada repasándole el cuerpo—. A mi amigo —dijo con firmeza— le gustaría. Me recuerda a un cuadro que vimos en la Colección Wallace.

—Ya.

Ralph seguía mirando el reloj y hurgándose en los bolsillos, como si esperase que se produjera algún milagro.

—¿Sabe de dónde procede?

—No tengo ni idea... Venía con la tienda. Compramos todo el establecimiento, basura incluida. La peor decisión que pueda haber tomado mi padre —dijo Ralph, moviendo la mano en un gesto que pretendía abarcar toda la tienda.

—¿Cuánto vale?

Annie se bajó un poco la manga del abrigo y la restregó con suavidad por la superficie del cuadro para quitarle el polvo.

—Ni idea. Vuelva el lunes y mi padre se lo dirá.

—Ya será demasiado tarde —dijo Annie—. Es una lástima, la verdad es que me gusta.

Ralf resopló groseramente.

—Aquí hay un montón de trastos. Elija cualquier otra cosa. Le haré descuento, por ser sábado y esas cosas.

Ralph se introdujo el meñique hasta el fondo de una oreja y lo meneó con la concentración que aplicaría un violinista para conseguir un do agudo. Annie apartó la vista y devolvió el cuadro a su lugar. Ralph echó un vistazo al reloj de pared; eran casi las tres.

—¡Qué! The Ninnifer ha pasado a cincuenta a uno, la hostia.

Ralph se levantó de un salto y clavó un dedo en la pantalla.

—No hay nada más que me interese —dijo Annie, harta de aquel maleducado y su cueva claustrofóbica.

—Qué jodida forma de hacerme perder el tiempo —murmuró Ralph.

Annie se abrochó el abrigo, se bajó el gorro de lana hasta las orejas y abrió la puerta. Entró en la tienda una bocanada de aire frío y el polvo formó remolinos luminosos alrededor de su cara. Annie echó un último vistazo al cuadro. Incluso entre tanto polvo y suciedad era precioso. Se lo comentaría a Robert y así tendrían algo de qué hablar en un universo tan vacío de conversación como el de ellos. Estaba ya en la acera y se había agachado para quitarle el candado a la bicicleta, cuando Ralph salió corriendo de la tienda con el cuadro en la mano.

—Espere. ¿Cuánto dinero tiene? —preguntó Ralph.

—Cincuenta libras —respondió Annie con una sonrisa, como queriendo disculparse.

—Quinientas y es suyo —dijo Ralph, mostrándole el cuadro.

—No llevo encima esa cantidad de dinero —replicó Annie.

—¿Cuánto lleva?

—He sacado cien libras del cajero, pero me tiene que dar también para la cena.

Se ruborizó lentamente y cambió el peso del cuerpo a la otra pierna.

—Dejémoslo en doscientas cincuenta en efectivo.

—Ya le he dicho que no tengo esa cantidad —repitió Annie, ya molesta.

Guardó la cadena en la cesta de la bicicleta y empezó a empujarla.

—Dispone de cuatro minutos para tomar la decisión, encanto, o se acabó el trato.

—Le daré setenta y cinco, es mi última oferta —se oyó Annie decir.

Ralph dudó un momento, pero le tendió la mano y dijo:

—Setenta y cinco. Venga, démelas. Rápido.

## Capítulo 2

Sabía que alguna vez me rescatarían, pero nunca pensé que tardarían cincuenta años en hacerlo. Tendría que haber habido equipos de salvamento, batallones y legiones. ¿Por qué? Porque tengo un valor incalculable y soy, además, la obra maestra que inició un nuevo género artístico. Y por si eso no fuera suficiente, estoy considerado la representación del amor más magnífica, más conmovedora y más apasionante que nunca haya existido.

Me inspiraron profundos sentimientos de dicha, ilusión y alegría, pero mi composición decorativa oculta un alma retorcida, embriagada por el misterioso veneno de la desesperación. Por desgracia, y de manera involuntaria, ejerzo un caprichoso y errático poder sobre hombres y mujeres, a veces inspirador y seguro, otras todo lo contrario. Soy tanto el descendiente como el progenitor de la tragedia.

Pero volvamos al presente. Imagínate vivir almacenado en una tienda de trastos viejos en compañía de un montón de muebles de ratán, porcelana barata y reproducciones. No me considero un esnob, pero todo tiene un límite. No estoy dispuesto a entablar conversación con orinales o collares de perlas falsas. *Non!* Estoy acostumbrado a la magnificencia, al frufrú del tafetán y al sonido amortiguado del damasco, al titileo de las velas, al brillo de la caoba, al aroma delicado del agua de rosas y la cera de abeja, al crujido de la gravilla y al susurro de las cortesanas. Pero no a un minúsculo local iluminado con simples bombillas y una luz verdosa que se filtra a través de un cristal con porquería incrustada. El ambiente de la tienda es tremendamente perjudicial para mi delicado lienzo: hongos y moho. Eso sin mencionar los estratos de humo de tabaco y efluvios humanos que cubren como capas de milhojas el cargado ambiente.

No es la primera vez que me desdeñan. El ser humano es caprichoso, esclavo de la fantasía y de la moda. Está destinado a ser eternamente un mero

aficionado, no vive lo bastante como para aspirar a más. ¿Qué se puede hacer en setenta u ochenta años? Durante la primera parte de su vida, todo son prisas y fornicación. Y de ahí en adelante, consagra la mayoría de sus esfuerzos a seguir vivo.

Tengo trescientos años. Si tenemos en cuenta que las primeras pinturas humanas datan de hace unos cuarenta mil años, soy como un polluelo en la panoplia de la historia del arte, pero me gusta considerarme una oca marinada en lo que a experiencia se refiere. He permanecido expuesto con orgullo en los palacios y salones más majestuosos de Europa, Rusia, Escandinavia e incluso de América; una pieza estimada por la realeza y los entendidos. De vez en cuando, y por desgracia, el antojo de una nueva amante o la última tendencia crítica me han relegado al destierro, a la tarjeta roja, y me he visto enviado a las dependencias de los criados o a algún que otro almacén.

Pero la última vez fue distinto. Me perdí por completo.

Me quedé encerrado en Bernoff's, solo y desamparado. Es una verdadera arrogancia dar por sentado que el ser humano posee el monopolio de la comunicación; nosotros, los cuadros, conversamos con objetos de mentalidad similar. Te esfuerzas por establecer una relación con una caja de latón para pasteles o con una jarra Toby. Esta última era originaria del East End londinense, vulgar como el estiércol, solo sabía hablar de fútbol, de atracos y de follar. Y todo se pega, ya sabes. Me sorprende a veces con expresiones increíblemente obscenas y vulgares. Mi primer idioma es el francés de antes de la Revolución, pero he vivido en España, Inglaterra, Rusia, Alemania e Italia. Mi vocabulario cortesano se ha transformado en un espantoso *franinglés* de dudoso origen y a caballo entre varios siglos.

Sin embargo, una obra de arte acaba desarrollando cierta *sang-froid*, nacida de la creencia en el triunfo de la excelencia. Al fin y al cabo, ¿qué son unas pocas décadas cuando tenemos por delante siglos a los que inspirar, satisfacer e informar? Era una cuestión de paciencia; tarde o temprano alguien cruzaría esa puerta y reconocería mi verdadero valor. Y entonces sucedió: dos veces en el mismo día. La primera visita fue escalofriante. Jamás pensé que volvería a verlo. Aquellos ojos azul claro, aquella veloz mirada de soslayo y aquel cuerpo enorme agobiado o acosado por el tiempo. Lo odié entonces; lo odio ahora. Supe que llevaba muchos años buscándome. Por alguna razón, no me compró en el acto, sino que me ocultó detrás de un ficus y una maceta decorativa. Ese error sería su destrucción.

Pasaron unas horas y entró una mujer, una chica menuda, evidentemente pobre y tremendamente ignorante. Intuí problemas. He desarrollado una especie de antena en ese sentido. Cuando uno no puede salir corriendo ni gritar, la intuición vale mucho.

Era un típico sábado por la mañana en Bernoff's. El viejo se había cogido el día libre y Ralph, su lamentable hijo, estaba al cargo de la tienda. Aquel tipo atroz (y es un término elogioso, te lo aseguro) estaba estudiando la cartilla con la información de las carreras. Con la excepción de esa rubia con bragas baratas que aparecía de vez en cuando y que él se tiraba a toda prisa encima del archivador, entre sudor y gritos, las carreras de caballos eran lo único que lo excitaba. Aquel día, el pequeño televisor en color que tenía encima de la mesa retransmitía una jornada de carreras en Cheltenham. El teléfono sonaba todo el rato. Era su «colega» Gaz. ¿Le gustaba ese? ¿Y qué tal el jinete? Había corrido mal en Haydock. Así era todos los sábados. Gaz le contagió la excitación por un caballo bayo que corría a las tres y media y que llevaba por nombre The Ninnifer. El único problema era que Ralph ya se había gastado el sueldo de la semana en el pub. E hizo lo de siempre, repasar todos los cajones, los bolsillos de la chaqueta de su padre y la caja de la calderilla. El viejo no era tonto; se lo había llevado todo. The Ninnifer, por lo visto, era una apuesta segura. Ralph se cagaba en todo y estaba rabioso. Eran las dos y media. Empezó a llamar a sus amigos para ver si podían prestarle un billete de diez. Pero todos conocían ya sus trucos.

Se oyó la campanilla al abrirse la puerta.

—Mierda —refunfuñó Ralph, que hablaba por teléfono con Gaz—, otro hijo de puta que me hará perder el tiempo.

Pausa.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Seguramente será una vieja que quiere un cojín para el gato.

Pausa.

—Los clientes de los sábados nunca compran nada.

Vi que la joven caminaba entre las mesas, todas ellas refunfuñando por estar repletas de trastos que nadie quiere. Cogió un libro que parecía antiguo y luego pasó a otra mesa y examinó una caja, bastante bonita, con incrustaciones de nácar. Entonces me vio, se acercó y movió un poco hacia un lado el ficus.

—¿Puedo? —le dijo a Ralph.

—Sírvase usted misma.

Ni siquiera levantó la vista. Con mucha delicadeza, la joven me separó del archivador, me alejó de las macetas y se acercó conmigo a la ventana. Últimamente no veo muy bien: dos capas de barniz y un fumador empedernido me han dejado la superficie mugrienta. Me miró concienzudamente, muy concienzudamente. Hacía tiempo que nadie me admiraba como es debido. Reconozco que me gustó. Le miré los dedos. No llevaba anillo. Debería habérmelo imaginado. Una abandonada o una *jeune fille à marier* desesperada; era muy probable que estuviera sin blanca, de modo que en ese momento no me preocupé mucho.

Me devolvió a mi lugar junto a la maceta y casi me estremecí de alivio. Se marchó de la tienda. De pronto, Ralph se levantó, me cogió con brusquedad y salió a la calle detrás de la chica. Ella en realidad no me quería. Me habría gustado poder convencerla de que no me comprara. Se produjo entonces el consabido regateo y ella empezó a hurgar en el bolso: sacó una polvera vieja, una libreta, dos juegos de llaves, bálsamo para los labios, un teléfono móvil, un bolígrafo sin capuchón, una chocolatina a medias y hojas sueltas de papel. Al final cogió una cartera muy gastada de piel llena a rebosar de recibos y fotografías. Contó el dinero, una miseria insignificante, una vergüenza.

¿Y yo qué pensaba mientras? Debes de estar preguntándotelo. No daba saltos de alegría, eso tenlo por seguro. Entre Ralph Bernoff y yo no había amor. Estaba harto de humo de tabaco, de su compañía, de la televisión, pero me había acostumbrado y me sentía seguro. De aquella chica tan rudimentaria no sabía nada. Ni del chico que celebraba su cumpleaños. A saber cómo serían. O en qué andarían metidos.

Yo tenía un sueño. Un día se abriría la puerta, sonaría la campanilla y entraría un hombre de aspecto formal. Iría vestido con un cálido traje de tweed y luciría unas gafas de lectura con montura dorada. Clavaría la mirada en mi superficie y lo sabría. En cuestión de pocos días aparecerían más hombres, manipuladores especializados con delicados guantes blancos, que me depositarían con cuidado sobre un cojín de terciopelo rojo. Me llevarían bajo custodia a un lugar especial, una galería, con paredes de caoba y mullidas alfombras. Permanecería expuesto y recibiría la visita de expertos que se pronunciarían y pregonarían su admiración. Me limpiarían con sumo cuidado y me pondrían un marco decente. Y lo mejor de todo, me reuniría con las demás obras de mi maestro.

Como es habitual, yo no tenía ni voz ni voto sobre lo que iba a pasar, puesto

que siempre he sido una víctima del carácter caprichoso del ser humano.

Ralph me introdujo en una bolsa de plástico, me entregó a la chica y salió corriendo hacia la oficina del corredor de apuestas. Cuando la chica me metió en la cesta de mimbre de la bicicleta, oí que le castañeteaban los dientes. Llovía un poco. Sobre el plástico transparente empezaron a caer goterones fríos que me dificultaron más si cabe la visión. La chica ya había quitado la cadena de la bicicleta, montó y nos pusimos en marcha, pedaleando contra un viento gélido. Sortear aquellos monstruos de laterales planos que gruñían y rechinaban fue una experiencia novedosa. Nos adelantaban rugiendo, nos succionaban hacia el interior de una estela de humedad que nos empujaba contra gigantescos neumáticos negros. La chica montaba la bicicleta igual que a Pedro el Grande le gustaba galopar a lomos de su caballo, sin pensar en nadie más, veloz, arrogante, sin miedo. Yo había sobrevivido a múltiples situaciones, pero no me habían meneado tanto desde que crucé los Pirineos, cuando Felipe e Isabel fueron víctimas de un saqueo en El Escorial y sus mejores obras de arte fueron cargadas a lomos de mulas y conducidas a buen recaudo.

Después de diez minutos de serpentear entre el tráfico, de saltar por encima de charcos, de soportar el gemido de las bocinas, los gritos de la gente, los ladridos de los perros, una cacofonía interminable, llegamos a un mercado instalado en una callejuela de unos diez metros de largo flanqueada con mesas de madera cubiertas con toldos a rayas que brillaban bajo la lluvia y llenas hasta los topes de mercancía. Algunos tenderetes tenían aún restos de luces y decoraciones navideñas. Un ambiente de falsa alegría flotaba sobre el lugar como un perfume barato.

—¿Disfrutaste de la Navidad, bonita? —preguntó alguien—. ¿Fuiste al Caribe?

—Me quedé aquí y preparé un pavo para un amigo —respondió la chica mientras elegía con esmero unos tomates.

—¿Quieres darme un poco de calor esta noche? —gritó alguien más.

La chica no respondió.

—Se acerca viento del Ártico, luego te arrepentirás.

—Estos tomates están casi congelados —dijo, tratando de eludir la broma.

—Estamos en enero, angelito, por si no te habías dado cuenta —replicó el hombre, y soltó una risotada.

En el mercado la conocían y parecía caer bien a todo el mundo. Dos

vendedores le pidieron una cita. Uno le regaló una bolsa de naranjas. Casi todos la llamaban Annie. La ausencia de un sobrenombre o de un título resultaba ominosa. Rara vez he sido propiedad de una persona sin rango o posición. No soy un esnob; mi maestro no era precisamente hombre de buena cuna, pero un título sugiere cosas reconfortantes como riqueza, buenas maneras y seguridad. No he conocido jamás una reina llamada Annie.

Pasó una eternidad eligiendo fruta y verdura, tocando y olisqueando las piezas, asegurándose de que todo fuera perfecto. Dedicó más tiempo a elegir una patata que a *moi*. Preguntaba sobre el origen de todo. ¿Sabía el tendero de dónde venía o cuándo lo habían recogido? Cabe sospechar que se lo consentían por el mero hecho de tener una cara bonita. Cuando llegó al carnicero, estuvo un buen rato deliberando acerca de un filete de buey, pero solo pudo permitirse un corte llamado *bavette*, que ahora comprendo que es sabroso y barato.

La chica, al menos, no metió la carne, las patatas y demás productos frescos en mi bolsa de plástico; las pequeñas indulgencias siempre son de agradecer. Los tenderos le tenían reservadas algunas cosas. Debo reconocer que la chica no me disgustaba. Tenía una voz agradable y jadeante, consecuencia de aspirar mucho aire antes de hablar. No le habrían enseñado a respirar desde el diafragma y su respiración superficial me hacía temer que fuera propensa a los ataques de pánico. Tenía un acento sin clase, indudablemente inglés, y al menos hablaba con frases completas, no con esa especie de taquigrafía horrorosa que estaba obligado a soportar en Bernoff's. Aunque sí mostraba esa horrible costumbre moderna de solapar las palabras entre ellas, como si hubiera que hacer una carrera para terminar las frases.

Finalmente, pedaleamos hasta su residencia. Cómo llegamos, no tengo ni idea; otra vez baches, ruidos; en más de una ocasión, un automóvil tuvo que dar un frenazo para evitar una colisión. La increpaban por conducción peligrosa. Ella parecía ajena a todo. Yo estaba preocupado.

Nos detuvimos y abrió la puerta de su casa. Imagínate qué desengaño al ver que no acudían criados a recibirla, ni siquiera una sirvienta anciana. Muy mal presagio. Subimos y subimos. Conté dos, tres, cuatro y cinco pisos. Permíteme que desmienta de inmediato ese concepto romántico de que a los artistas les gustan las buhardillas. Majaderías. Los artistas son como todo el mundo: les gustan las mejores estancias. Cuando llegas a los aleros, allí donde vive la servidumbre, los peldaños pueden tener solo diez centímetros de altura y los

techos son inclinados y bajos. Y eso fue lo primero que vi cuando la chica me sacó de la bolsa de plástico. Malas noticias: me había adquirido una persona de una clase social bajísima. Tal y como nunca me cansaré de repetir, mi supervivencia depende de disfrutar de buenas circunstancias: las guerras, las hambrunas, la pobreza, el clima, la moda y otros actos de impiedad me aterran.

Apoyado en una desvencijada mesa de madera, conseguí echarle un buen vistazo a mi nuevo hogar. La estancia ocupaba todo el largo y ancho de la casa y estaba pintada con un vulgar tono amarillo. El techo era bajo; ahí no podrías haber colgado un buen Rubens, y para meter un Veronés habría habido que dividirlo en ocho partes. En tres de los muros había ventanas (para nosotros, los cuadros, la luz del sol implica un riesgo atroz). Detrás de una partición (eso no podía calificarse de «habitación»), atisbé una cama deshecha. Se veía que alguien dormía en un lado, el otro estaba perfecto. Era evidente que la chica vivía sola. Me fijé en que el colchón descansaba sobre una base construida con tablones de madera y ladrillos. En un rincón había una caja de madera, de esas de embalaje, con montañas de libros. A pesar de lo distorsionado de mi visión, me pareció que todos versaban sobre cocina.

No había ninguna obra de arte que me hiciera compañía. Aunque, al menos, tampoco se veían indicios de niños; no soporto a los niños. Recuerdo un día que el delfín, el miserable hijo y heredero de Luis XIV, un niño fofo, pies planos y cabeza hueca, pilló una pataleta y me lanzó una pelota, ¡a *moi!* Por lo que a mí se refiere, no deseo ni ver ni oír niños.

En el otro extremo de la habitación había un hueco con equipamiento de cocina: una caja metálica de color blanco con botones, un fregadero de acero inoxidable justo debajo de una ventana desde la que se dominaban los tejados. A ambos lados, había estanterías con cacerolas, sartenes y vajilla, todo dispuesto de forma desordenada. Dos viejos recipientes de barro contenían una selva de utensilios de cocina, cuchillos y tenedores. Unos armaritos a los lados de la caja blanca contenían una amplia variedad de paquetes y alimentos deshidratados. Había pocos ornamentos: un jarrón de porcelana china, decorativo pero de lo más vulgar, con flores marchitas, el póster enmarcado de una película, *Isabel y Fernando*, y un osito de peluche viejo con solo un ojo y un pañuelo rojo al cuello. El suelo era de madera, pintada de blanco pero tremendamente desconchada, y había una alfombra azul y blanca delante de dos pequeñas butacas con sendas mantas en el respaldo. Encima de otra

caja de madera, había una especie de helecho en una maceta de terracota.

Mientras mi nueva propietaria ordenaba la compra, aproveché para observarla un poco mejor. Era poca cosa; no mediría más de metro sesenta. Llevaba una ropa horrorosa, pantalones holgados, de esos con bolsillos por todas partes y un jersey, inexpertamente zurcido en los codos con hilo rosa. Cubría los pies con un par de botas de color marrón claro con tacón de cuña. Tenía una piel maravillosamente blanca y el rostro enmarcado por una atractiva nube de cabello castaño oscuro rizado. Luego se preparó una bebida caliente y se sentó; me miró fijamente y aproveché para examinarla mejor. La chica no era una belleza clásica, ni la Mona Lisa ni la Venus de Milo, pero tenía algo, un cierto *je ne sais quoi*. Ojos verdes, grandes y almendrados, cejas arqueadas perfectas, dientes blancos con una pequeña mella en medio que formaba un triángulo que habría sido típico de un bebé. La boca era quizás algo grande, pero los labios tenían un precioso tono ciruela. Su piel era tan clara que resplandecía como suave mármol. La cara tal vez una pizca alargada, aunque ese rasgo le proporcionaba un aspecto encantador, serio, pensativo. Entonces sonrió. «¡Que me parta un rayo!», como decían los alfareros. «*Mon dieu!*», para citar al viejo Nicolas Poussin. Mi salvadora, debo reconocerlo, era realmente encantadora, *une belle pépée*.

—Me pregunto cuál será tu historia. —Me habló como hacía muchísimo tiempo que no me hablaban. Mi craquelado se estremeció de placer—. Ojalá pudiera verte mejor. ¿Son los años o es suciedad? Ese hombre tumbado en la hierba que contempla embelesado a la bailarina resulta conmovedor. Pero ella no parece muy interesada en él, ¿no? Está mirando cómo la miramos nosotros y ni sabe ni le importa lo que él esté pensando. Es capaz de inspirar un gran amor, ¿verdad? ¿Dónde están? Parece el claro de un bosque. Pero el sol viene de la izquierda, una luz moteada bellísima. ¿Y eso de la esquina es un fantasma? ¿O una nube?

¿Y yo qué podía decir? Que tiene ojo. Que tiene corazón. Que tal vez sea pobre de solemnidad, pero entiende, ¿verdad? Percibe e intuye mi grandeza. Como cualquiera, yo también necesito ser amado y admirado.

Miró el reloj de la pared y se levantó de un brinco, regañándose. Había trabajo que hacer. Evidentemente, era una ocasión especial. Buscó en el fondo de un armario y extrajo una sábana blanca. Nada de lino ni damasquinado. La extendió sobre la mesa y alisó la tela. Sacó cuchillos y tenedores de un bote y los limpió con la parte inferior del mantel. Un poco marrana, estarás de

acuerdo conmigo. Cogió cuatro tacitas esmaltadas de la estantería y dispuso en ellas unos ramilletes de narcisos blancos. María Antonieta sentía debilidad por esas flores..., me devolvió al pasado. Sacó brillo a dos copas de vino y las situó la una frente a la otra, a ambos lados de la mesa. Cogió entonces unas servilletas rosas que ató con cintas de color granate y las colocó entre los cuchillos y los tenedores formando un atrevido ángulo. ¿Qué le pasaba a aquella joven? ¿Tanto costaba seguir los cánones clásicos y hacer las cosas correctamente? No obstante, tenía un toque creativo y resultaba festivo. Eso había que reconocérselo.

Sacó el buey de la bolsa, frotó su superficie con unos polvos, lo introdujo en un cuenco y lo cubrió con un paño. Luego entró en aquella especie de habitación adyacente y oí el sonido del agua. Cuando salió del baño, vi destellos de piel desnuda, largas extremidades del color de la miel que habrían podido salir de un Tiziano. A la *Venus del espejo* de Velázquez le habría entrado un ataque de cólera de haber visto aquella competencia.

La observé mientras se vestía. Eligió una camisa de seda blanca y unos pantalones de terciopelo granate, con las rodillas gastadas y un parche en un lateral. ¿Tan terrible es ponerse un vestido bonito? Se recogió la melena en un moño, que sujetó con un palillo. ¿Tan terrible es utilizar un prendedor? Con todo y con eso, estaba mejor.

Yo había vivido la magia de los salones de banquetes, de las majestuosas estancias y de los *boudoirs* (*oh là là*, las historias que podría contarte sobre la vida sexual de reyes y reinas), pero nunca me había visto relegado a una cocina ni había visto trabajar a una *domestique*. Fue divertido observarla, lo reconozco; cocinaba como si dirigiera una orquesta, con la diferencia de que en lugar de la batuta utilizaba cuchillos centelleantes y cucharas de madera. Sus manos se abalanzaban en picado por encima de las cacerolas y la tabla de cortar. Picó verduras en fina juliana y batió huevos hasta transformarlos en una masa consistente. Mi chica no apartaba el ojo de sus salsas, jugaba con ellas, las removía y, de vez en cuando, incorporaba una pizca de sal o unas hierbas cortadas finas. Al final, de los huevos salió algo espumoso y transparente que vertió a cucharadas encima de las lonchas de aquella carne de buey de color rubí.

Mi antigua propietaria, María Antonieta, tenía a su servicio a un montón de chefs especializados en repostería; había una chica que se dedicaba exclusivamente a ver cómo subía el pastel. Su famoso comentario, «¡Que

coman pasteles!», fue sacado por completo de contexto. Era un halago. ¿Qué pasaba si no tenían pan? El pastel era más delicioso. Fue tal vez algo descabellado dadas las circunstancias, lo reconozco, pero las cosas por aquel entonces funcionaban de otra manera.

Annie colocó velas sobre cualquier superficie dura de la estancia, en los alféizares de las ventanas, en una mesita auxiliar, en la repisa de la chimenea, las encendió una a una y apagó todas las luces. Fuera empezaba a oscurecer y solo se filtraba el débil resplandor anaranjado de las farolas.

Quienquiera que estuviera esperando mi chica, llegaba tarde. Luego, más tarde aún. Estaba inquieta. Recolocó cuchillos y tenedores. Abrió la botella de vino y se sirvió una copa. Y otra. Abrió y cerró un libro. Perdí la cuenta de las veces que se acercó a la ventana para mirar la calle.

Mi maestro se ponía igual cuando esperaba a que llegara «ella». Siempre llegaba tarde, si es que aparecía. Mi maestro intentaba pintar, cogía un pincel y se plantaba delante del caballete. Notabas que trataba de recuperar la concentración, pero sus ojos fluctuaban entre la paleta, las escaleras y la ventana.

La chica miró el reloj. Deambuló de un lado a otro. De vez en cuando cogía el teléfono, empezaba a marcar números y lo dejaba. Se sirvió una tercera copa de vino y después una cuarta. A la luz de las velas, vislumbré el rubor en sus mejillas, un aumento de brillo en los ojos. Hurgó en el interior de un cajón y extrajo una cajetilla de tabaco. El corazón me dio un vuelco. No la tenía clasificada como fumadora. Encendió uno e inhaló profundamente para que el humo penetrara sus pulmones. Sin poder parar de toser, tiró la colilla en la chimenea vacía. La llama de las velas menguaba. Un par de ellas se habían apagado incluso. El invitado no iba a venir. No eran necesarios trescientos años de experiencia para adivinarlo.

Se situó en el centro de la habitación y empezó a bambolearse. Movié las piernas y extendió los brazos hacia los lados, como si quisiera apartar el aire. Emergió de su boca un terrible y lastimero gemido, débil al principio, pero que fue aumentando de volumen hasta transformarse en un aullido animal. A medida que se elevaba el sonido, sus movimientos se aceleraron y acabó agitándose como un árbol joven a merced del viento. Me quedé mirándola, petrificado. La luz de las velas proyectó la sombra de aquel baile y la rebotó contra las paredes. Giraba cada vez más rápido, el cabello sacudiéndose en todas direcciones, daba vueltas y vueltas como si la cabeza fuera a

desprendérsele en cualquier momento. Sus pulseras captaban destellos de luz que se reflejaban en el blanco de los ojos. La respiración se hizo cada vez más intensa. Y entonces se detuvo, tan repentinamente como había empezado, cayó de rodillas y apoyó la cabeza contra el suelo. Y oí un sonido extraño y siniestro, como el del viento cuando silba por debajo de una puerta o el que emite un oboe cuando lo hace sonar un niño. Comprendí que era ella. Lloraba. Un sonido que desgarraba el corazón. Lo había oído en otra ocasión, en boca de mi maestro, cuando «ella» le dijo que nunca se casaría con él.

La chica continuó en el suelo, meciéndose de un lado a otro, las rodillas enlazadas o llevándose las manos a la cabeza. Lloró hasta que la suave luz del amanecer irrumpió por encima de los tejados y un solitario pájaro empezó a cantar.

## Capítulo 3

Annie se despertó entrada la tarde y, en cuanto abrió un ojo, vio los rayos de un sol poniente filtrándose a través de la ventana, cubriendo la cama, tiñendo de rojo dorado la colcha blanca.

«Si no me muevo —pensó—, tal vez consiga que la cabeza me duela menos».

Se pasó la lengua por el paladar; tenía un sabor sarroso y metálico. Miró el teléfono; ya eran las cuatro y no había ni llamadas perdidas, ni mensajes de correo electrónico, ni mensajes de texto. Al menos al domingo le quedaban pocas horas, pensó, dirigiéndose a trompicones hacia el cuarto de baño. Se detuvo frente al espejo del lavabo; su reflejo se burló de ella.

«No es de extrañar que no se haya presentado, no es de extrañar que todos te dejen —pensó, mirando aquel pelo mustio, aquellos ojos hinchados e inyectados en sangre, aquella tez moteada—. ¿Quién, en su sano juicio, iba a quererte?».

Abrió el grifo hasta que el agua salió helada y se lavó la cara. Con la ayuda del codo, logró extraer el último resquicio de dentífrico del tubo y se cepilló enérgicamente los dientes.

Vio el cuadro reflejado en el espejo, encima de la cajonera. Resultaba a la vez inanimado y burlón.

«¿En qué estaría yo pensando? ¿Setenta y cinco libras? Qué locura. Serénate o acabarás en un manicomio. Lo primero que haré mañana por la mañana será devolverlo, dejar atrás a Robert y arrinconar a Desmond en el lugar más oscuro de mi memoria».

Cepillándose los dientes con renovado vigor, Annie realizó varias promesas, y no por primera vez; la número uno de la lista era la castidad. Cancelaría la suscripción con la agencia de citas «El arte del amor», retiraría su anuncio de todas las columnas de corazones solitarios y aceptaría que era

una mujer felizmente soltera. Número dos: dejaría de beber; resultaba evidente que estaba a punto de convertirse en su madre. Número tres: de ahora en adelante solo consumiría comida sana y reduciría la cafeína y el azúcar. Tanto su mente como su cuerpo necesitaban una descarga placentera. Sí, empezar de cero. Utilizar las experiencias negativas para catapultarse hacia un cambio positivo. Número cuatro: dejar de ser tan crítica consigo misma.

El cuerpo le pedía a gritos carbohidratos para paliar la resaca. Cuando vio en la mesa los restos de la cena, decidió retrasar hasta el lunes por la mañana su lista de resoluciones.

«Tal vez sepa mejor frío —pensó, llevándose a la boca un poco de gratén de patatas *dauphinoise* y una loncha de *bavette*—. Si se hubiera comido esto, me habría dejado —se dijo, sacándose de entre los dientes un trozo de buey duro».

Comió con rapidez, aplicando la lógica de que la velocidad podía servir para camuflar la mala calidad.

Robert debía de haber tenido noticias de su mujer: la ansiada reconciliación. Lo que más deseaba era estar de nuevo con ella y sus hijos; se lo había dejado bien claro desde el principio. Intentaría alegrarse por él; Robert, al fin y al cabo, había sido un cuerpo que interponer entre Desmond y ella.

Sacó del armario la vieja cafetera de acero inoxidable, desenroscó la parte superior, llenó con agua la inferior y puso varias cucharadas de café molido en el filtro de embudo. La junta que unía ambas mitades estaba tan gastada que había que cerrarla con fuerza para que no se saliera el agua por los bordes cuando echara a hervir. Desmond le decía a menudo que tenía que comprar otra o, mejor aún, que debería dejar de tomar café. Que era malo para ella, afirmaba. Que no quería que «su amor» se destrozara la salud. Para apaciguarlo, Annie había mantenido a raya su consumo de café y relegado la vieja cafetera al fondo del armario. Cuando se marchó, fue uno de los pocos objetos que incluyó en la mudanza de Tavistock a Londres. Superó el filtro porque no estaba manchada con el recuerdo de él.

Tenía dieciséis años cuando Desmond apareció en su vida, y luego había pasado catorce con él. Toda su vida adulta junto a una persona. Hasta la separación, doce meses atrás, Desmond había sido su único amante, su mejor amigo y también su socio.

¿Se daba cuenta de lo afortunados que eran por haberse conocido?, le

preguntaba Desmond todas las mañanas. ¿Se daba cuenta de que la mayoría de los simples mortales no encontraba nunca el amor verdadero, que la gente simplemente se comprometía y luego se las apañaba como mejor podía? «Soy el hombre más afortunado del mundo», le decía todas las noches.

La cafetera empezó a borbotear y el agua hirviendo presionó contra el poso del café, el agua se tiñó de negro y aromató el ambiente. Annie levantó la tapa para observar la evolución. Una gota de café hirviendo le salpicó la mejilla. Retrocedió de un salto y se secó la cara con el dorso de la mano. ¿Dónde estarían esas lágrimas que todo lo enfrían cuando realmente las necesitabas?

¿Qué estaría haciendo Desmond justo en aquel momento? Tan solo unos meses atrás, habrían estado sentados en la cocina, leyendo el periódico y escuchando a Dylan o a Neil Young. Cualquiera habría podido poner el reloj en hora con solo estar un poco al tanto de sus costumbres. Los domingos empezaban siempre yendo a correr en familia, un recorrido que seguía la orilla del Tavey hasta llegar a Grenofen, donde cruzaban el puente, para luego ascender a Lady's Hill; el primero que llegaba a casa era el primero que entraba en la ducha. Normalmente ganaba Desmond; de los dos, Annie era la deportista por naturaleza, pero las piernas largas de Desmond le daban ventaja. Después de las abluciones y el desayuno, se volvían a meter en la cama y hacían perezosamente el amor hasta la hora de comer. Annie se preguntaba a veces si con un niño pequeño también podría salir a correr.

La cafetera emitió un borboteo final. Esta vez, Annie fue con más cuidado. Cogió el asa con un paño y vertió en una taza el humeante y espeso líquido negro. Mientras soplaba sobre la superficie para enfriarlo, se acercó a la ventana y observó el exterior. Un gato de pelo rojizo paseaba por un antepecho, una pincelada de color en el paisaje gris. Los tejados de Hammersmith, las cenagosas capas de color, eran completamente distintos a la vista de la región de Dartmoor que se dominaba por encima de las copas de los árboles, con matices de verde salpicados con manzanas rojas y amarillas, que cedían paso a los tostados y los anaranjados en otoño, tonos que la brisa agitaba constantemente. Mientras contemplaba el gato que se deslizaba con cautela para rodear la chimenea de la casa contigua, Annie recordó la lechuga que anidaba en la sólida caja de madera que había construido siete años atrás y colocado en un árbol cercano a su casa de Devon. ¿Seguiría allí? ¿Habrían los ponis de los páramos, desesperados por llevarse algo a la boca durante los

yermos meses de invierno, forzado de nuevo la valla y devorado la hortensia? Allí, en Hammersmith, los únicos ejemplares de vida salvaje que veía eran palomas, un zorro sarnoso con una cola penosa y alguna que otra rata.

Se preguntó quién viviría ahora en su antigua casa. Había pedido a los de la inmobiliaria que no le dijeran nada, que se limitaran a ingresarle en la cuenta su cincuenta por ciento ya libre de impuestos. La única instrucción que les había dado era que realizasen la transacción lo antes posible. Permanecería en el extranjero hasta que el asunto estuviese liquidado.

A lo lejos se veían las primeras luces de la Westway, que empezaban a encenderse, el parpadeo del tungsteno que acompañaba la caída de la tarde. Abajo en la calle discutían un hombre y una mujer; unas manzanas más allá, gemía con insistencia la alarma de un coche. El café ya se había enfriado y podía beberse, pero estaba tan espeso y tan amargo que solo pudo tomarlo a pequeños sorbitos. ¿Le ayudaría a acabar con la resaca y fulminar aquel ambiente cargado de vino tinto rancio? El dolor de cabeza, al menos, le servía para amortiguar el dolor del rechazo. Había sido una estupidez pensar que con Robert la cosa habría funcionado.

Miró el cuadro. Se burlaba de ella. La absurdidad de sus propias acciones le hizo sonreír, luego reír. Una risilla primero, después una risotada. ¿Lanzarle una bomba en forma de cuadro sucio y viejo a un tío que has conocido en una fiesta de citas rápidas celebrada en un museo de Londres? ¿Qué va a ser lo próximo que hagas? Estás como una cabra, Annie McDee, como una cabra de verdad. Se preguntó por un instante si el dichoso caballo habría ganado. ¿Cómo se llamaba? ¿Ninny? Ninnifer, o algo así.

La cafeína empezaba a surtir efecto, aquella sensación de agitación que tan bien conocía, aquel ligero nerviosismo, el latido acelerado del corazón. ¿Y si intentaba solventarlo saliendo a correr? En las calles no habría nadie. Tal vez tendría que llamar a alguna amiga. Reconectar con el pasado. Sabía que sus amistades estaban heridas por su silencio y que debían de preguntarse por qué Annie no respondía siquiera a sus mensajes de correo electrónico. Había pasado ya un año desde que su vida sufriera una implosión. Para sus viejas amistades, la vida de Annie era glamurosa: seis meses en la India y ahora un puesto de trabajo en Londres como chef de Carlo Spinetti, un reconocido director de cine. Durante las escasas conversaciones que mantenían, su mejor

amiga, Megan, le decía a Annie que era muy afortunada por no tener que vivir estancada en una ciudad de provincias, encerrada en casa a la espera de que los niños volvieran del colegio, que había roto el ciclo de lavar, cocinar y preparar pasteles. Annie se descubría dándole la razón con una vocecilla alegre y superficial que apenas reconocía. «Sí, es estupendo —decía—. Tengo la sensación de estar viviendo todos y cada uno de los segundos que pasan, de vivirlos de verdad. He vuelto a nacer, he tenido una segunda oportunidad para reinventarme. Soy yo, tajantemente».

Quería que sus amigos acabaran de una vez por todas con aquella comedia y le preguntasen qué hacía en realidad tan lejos de casa, tan apartada de todo lo que le resultaba familiar. Había estado a punto de confesárselo a Megan en un par de ocasiones. Pero la verdad era que Annie no sabía ni dónde ni cómo empezar su relato. Vivo sola en un piso alquilado en la parte menos de moda de Uxbridge Road. Cada mañana, cojo la Central Line para ir a trabajar. La mayoría de los días trabajo hasta las tantas porque en casa no me espera nadie. Puedo pasarme fines de semana enteros sin hablar absolutamente con nadie. Por mucho que mi trabajo suene de lo más atractivo, la realidad es bastante distinta. Con un poco de suerte, consigo preparar un plato de pasta o una ensalada. Pero casi todo el tiempo lo dedico a preparar cafés con leche y limpiar superficies. Me aburro tanto que me ofrezco voluntaria para realizar cualquier tarea servil que no tenga nada que ver conmigo: soy la esclava de la oficina. Mi salario es tan ínfimo que, descontado el alquiler y las necesidades más básicas, solo me queda un poco para salir una noche cada tres semanas... Sola, naturalmente. Me he apuntado a varias agencias de citas y he mantenido algún que otro encuentro, pero ninguno ha acabado en nada. Mi jefe es un director de cine italiano, libertino y con mucho talento, pero desde que trabajo con él hemos estado «en desarrollo», lo que significa que celebra comidas interminables fuera de la oficina y pasa las tardes en la cama con su más reciente y joven amante.

Si un viernes por la noche me muriera aquí, en este apartamento-estudio, nadie se enteraría hasta que mi jefe quisiera que le reservara una mesa en un restaurante o fuera a recogerle la ropa a la tintorería. En Devon, entraba en el pub y conocía a la mitad de la gente; aquí ni siquiera conozco a los que viven en mi edificio.

¿Cómo contarles a mis amigos la verdad?

Para cualquiera podría ser una vida estupenda: interesante, excitante y

relativamente libre de preocupaciones. El problema es que resulta que no es la vida que quiero llevar. No es como planeé que fuera. Por alguna u otra razón, los guiones se han traspapelado. Se suponía que yo, Annie, tenía que vivir en un pueblecito de las afueras de Tavistock con el amor de mi vida y gestionando la empresa que habíamos montado juntos. Por alguna u otra razón, me han echado de mi historia y he acabado en la vida de otra persona; no quiero estar aquí ni un segundo más. Soy demasiado mayor, tengo demasiado miedo para llevar esta existencia. Esta vida es para una persona más joven, más valiente.

¿Cómo les cuento a mis amigos que la soledad acecha todos mis movimientos y que un sentimiento de desolación me aplasta el corazón? Mi dolor no es como una nube o como la atmósfera, sino que tiene un peso físico y una presencia. A veces asume la forma de una manta gruesa, o de minúsculos pesos suspendidos en el extremo de los dedos, los lóbulos de las orejas y las pestañas; o puede ser también como una roca o una maleta, que hay que empujar o arrastrar.

Annie apuró el café y se preguntó cómo llenar las horas siguientes. Normalmente, los domingos iba a la lavandería. Le gustaba la compañía, el ruido, la cháchara de Magda, la propietaria polaca del local que, con solo tres años en Londres, había sufrido una metamorfosis y se había vuelto una auténtica cascarrabias inglesa: «Este país se está convirtiendo en un lugar de putos perros. La libra no vale ni un esloti. La educación es una mierda. Hay huelgas por todas partes. El Servicio-Nacional-de-No-Sanidad, así es como yo lo llamo. Volveré a casa, a Polonia, un país como Dios manda, con buenos valores. ¿Lo quieres planchado o te basta plegado?».

Lástima que hice la colada el miércoles, recordó Annie.

A veces, cuando el fin de semana se le quedaba muy vacío, Annie daba un paseo en la línea 27 del autobús, que la llevaba desde Shepherd's Bush hasta Chalk Farm, pasando por todos los ámbitos culturales de la ciudad: el adinerado Holland Park, el Notting Hill de los banqueros, el bohemio Bayswater, Irish Paddington y luego Camden, pasando por Marylebone Road. Aquellos paseos le salían más baratos que ir al cine y, en general, eran también más satisfactorios para inventar historias sobre la gente que veía por la calle y sobre los demás pasajeros del autobús. En una ocasión, se hizo la pedicura en un salón especializado con el único objetivo de charlar con alguien, aunque luego resultó que la chica que le hizo los pies era una

vietnamita con conocimientos muy limitados de inglés y la mujer sentada a su lado se pasó todo el rato hablando por el móvil.

Unas calles más allá de su apartamento había un callejón. Detrás de los contenedores de basura, donde ya no ponían multas de aparcamiento, había un hombre que vivía en su coche. Era un pequeño Ford Escort de color blanco y el hombre, originario seguramente de Europa del Este, se había confeccionado unas cortinas con papel de periódico y había roto el asiento del copiloto para montarse una cama. Cuando Annie pasaba por allí de camino al trabajo, el hombre siempre estaba durmiendo, envuelto en una alfombra vieja. Intentaba no pensar en cómo se lavaría. A veces, le dejaba un bocadillo o una manzana encima del capó. Se preguntaba si aquellos gestos eran resultado de un sentimiento de compasión verdadero o si simplemente le aliviaba pensar que había gente en peor situación que ella.

Annie se había comprado un libro de paseos por Londres y se dedicaba a recorrer la ciudad de punta a punta, a explorar distintas zonas y pequeñas tiendas y pubs. Había conferencias y conciertos gratuitos, películas a precio rebajado, pero, cuanto más sola se sentía, menos aventurera se volvía.

Se puso un abrigo grueso, guardó las llaves de casa en el bolsillo y salió del apartamento. En el hueco de la escalera, encontró a los hijos de unos vecinos jugando con un camión y una vieja Barbie. Los niños la miraron con desinterés. Pensó en sonreírles, pero para qué tomarse la molestia; además, el gesto tal vez le agrietaría la piel, seca y tensa. El ambiente exterior era gélido, aspiró unas tímidas bocanadas de aire y se envolvió en el abrigo, pensando que tendría que haberse calzado con algo más robusto que unas simples bailarinas. Vio que se aproximaban cuatro chicos, las capuchas ocultándoles prácticamente toda la cara. ¿La atracarían, la pegarían? Ojalá pudiera advertirles de que lo único que llevaba en los bolsillos era desesperación y más o menos setenta y cinco peniques. Pero justo antes de que se produjera el impacto, la falange de chicos se dividió y dejó despejada la parte central de la acera.

—Hola —dijo uno de ellos con educación—. Vaya frío.

—Sí —replicó Annie—. Mucho.

«Lo adivinan —pensó Annie—. Ni siquiera valgo para que me atraquen».

Caminó por su calle hacia Uxbridge Road mirando los sótanos iluminados, las parejas y las familias, los niños sentados, la cabeza inclinada sobre los deberes; las madres en el fregadero, un padre al ordenador. Intentó, sin

conseguirlo, imaginarse con un marido, unos hijos. La vida de las familias felices pertenecía a otro tipo de gente. En Goldhawk Road, bolsas negras de basura, amontonadas y a la espera de ser recogidas. Un televisor abandonado junto a un solo zapato de tacón rojo. Un hombre de origen asiático con bufanda, sombrero y pelliza estaba cerrando su establecimiento, peleándose con los candados y la persiana metálica. Un perro perdido se enamoró de ella y la acompañó hasta que divisó a un chico con una humeante empanada de carne.

A través de una ventana vio a una pareja tumbada en un sofá viendo una película antigua, sus piernas entrelazadas. En la puerta contigua, seis amigos estaban todavía comiendo, tres botellas de vino y los platos sucios agrupados en un extremo de la mesa: reían por algún recuerdo compartido o un comentario ocurrente. ¿Cómo hacía la gente para encontrarse, crear uniones y enamorarse? ¿Habría perdido ella su habilidad para conectar con los demás? ¿Acabaría la soledad convirtiéndose en su eterna amiga y amante? ¿Podría vivir con ella? Cruzó la zona del mercado, solitaria ahora con la excepción de un zorro que husmeaba entre las cajas vacías y los restos de comida pisoteada que quedaban en el asfalto. A pesar del frío, la calle tenía un olor fétido y empalagoso. Annie aceleró el paso en dirección al río, en busca de un poco de brisa.

Vio el destello de las luces antes de enfilarse en la estrecha calle. Con la oscuridad, los focos estroboscópicos azules otorgaban a las casitas adosadas blancas un aspecto sobrenatural, como una escena sacada de una película de ciencia ficción. A medida que fue acercándose al camión de bomberos y a los coches de la policía, se dio cuenta de que se trataba de la zona de tiendas donde había adquirido el cuadro. Diez pasos más adelante, vio que la tienda de trastos viejos había quedado reducida a una estructura chamuscada. El incendio se había producido hacía ya varias horas, puesto que de la madera carbonizada ya solo salían pequeños penachos de humo y los bomberos controlaban tranquilamente la situación mientras bebían una taza de té. Annie se preguntó de repente dónde y cómo podría devolver el cuadro. De pronto, lo único que ansiaba era quitarse de encima aquel agobio bidimensional cuya adquisición era el compendio de todas las decisiones erróneas, tercas y francamente autodestructivas que había tomado en la vida.

La zona alrededor de la tienda estaba acordonada con cinta de protección. Una mujer policía montaba guardia en la entrada y miraba con malos ojos a un

grupillo de niños en bicicleta que comentaban el incendio.

—Seguramente ahí dentro se habrá quemado toda una familia.

—Luego miraremos las noticias para ver qué ha pasado.

—¿Crees que saldrá en la BBC?

—Míralo en Twitter, es mucho más rápido.

Annie se acercó a la mujer policía.

—¿Qué ha pasado?

—Estamos investigando las causas del incendio.

—¿Ha dejado el hombre alguna dirección de contacto? ¿Algún lugar donde encontrarlo? —preguntó Annie; necesitaba localizar al señor Bernoff para que le devolviese el dinero.

—¿Conocía al fallecido? —dijo la mujer policía, interesada de repente.

—¿El fallecido? Oh, Dios mío, ¿quiere decir que ha muerto?

Annie fijó la mirada en los rescoldos y se estremeció.

—Tal vez podría usted acompañarme para hacer una declaración.

La mujer policía levantó la cinta para dejar pasar a Annie.

—No lo conozco, pero ayer compré aquí una cosa. Un cuadro. Quería devolverlo. Cambié luego de idea.

Aquel vuelco de los acontecimientos le parecía increíble. Setenta y cinco libras. La próxima vez, cogería una cerilla y prendería fuego a los billetes; de ese modo se ahorraría un montón de tiempo. A la mierda Robert y su exesposa. A la mierda su impetuosidad.

Media hora más tarde, tras decepcionar al inspector con su falta de conocimientos y de información, Annie regresó a casa con las palabras incendio provocado, homicidio, asesinato y móvil del crimen resonándole en los oídos. El carácter aparentemente aleatorio del suceso y su proximidad al mismo la habían dejado pasmada. Apenas seis horas después de que ella saliera de la tienda, alguien había irrumpido en el establecimiento, había maniatado al dependiente, rociado con gasolina el interior y arrojado un trapo encendido, empapado también con combustible. El local había prendido como la yesca. Las cosas viejas, incluso las baratijas, ardían con rapidez. Había sido una lástima que las demás tiendas hubieran cerrado temprano. Nadie había oído los gritos ni el chisporroteo del fuego hasta que ya era demasiado tarde. Annie se envolvió en el abrigo. Tras desistir de la idea de dar un paseo tonificante siguiendo el curso del río, decidió poner rumbo a casa y dejar que sus pensamientos de autocompasión cobraran perspectiva.

Le sonó el móvil, un número secreto. A buen seguro sería un vendedor, un chasco para ambos.

—¿Señorita McDee?

—Sí —respondió Annie, dubitativa.

—Le llamo desde la comisaría de policía de Paddington Green. Tenemos aquí a una mujer que dice ser su madre. De hecho, ha dicho muchas cosas, algunas más fantásticas que otras —le explicó el hombre con voz cansada.

Annie se detuvo en seco en medio de la calle y levantó la cabeza hacia el cielo. La resaca, olvidada gracias al drama del incendio, la atacó de nuevo.

—¿Lleva algún tipo de documento de identidad? —preguntó.

—No lleva nada. ¿Quiere una descripción física?

—Sí, por favor —dijo Annie, aunque sabía que se trataba de su madre. No era la primera vez que recibía una llamada como esa.

—Medirá algo menos de metro sesenta, pelirroja, delgada, vestida con elegancia, guapa. En el brazo tiene un pequeño pájaro tatuado, y también un ojo morado.

—¿Hay fianza? —preguntó.

—No, y nos gustaría tener la celda libre lo antes posible.

—¿En qué estado se encuentra?

—Recuperando la sobriedad, poco a poco.

—Voy a buscarla.

Annie sabía que debería dejar a Evie allí; los rescates nunca funcionaban, o funcionaban poco tiempo.

Entró en una cafetería y pidió un té y un donut; había que fortalecerse de cara a las horas siguientes. Sabía lo que le esperaba. Su madre pasaría por los predecibles ciclos de negación, enfado, recriminación y depresión. Annie tendría que escucharla, consolarla, lisonjearla. Su madre se quedaría una temporada con ella hasta que un día, sin previo aviso, volvería a desaparecer.

«Esta vez no iré», se dijo, dándole un sorbo al té, que estaba hirviendo. Pero sabía que iría; solo se tenían la una a la otra.

«Esto es lo que me pasa por desear no estar sola; parece una broma divina, sobrecogedora».

La última vez que Annie había tenido noticias de su madre había sido cuando Evie se había ido a vivir a Oswestry y acudía a clases para convertirse en masajista de *shiatsu*. «Por fin he encontrado mi vocación», decía en la postal. Pero Annie no se había emocionado en absoluto. Había estudiado la

fotografía con curiosidad. Aquella oveja lanuda en el fondo de un valle nevado no le inspiraba confianza. Cada vez que Evie se iba a vivir a otro sitio, creía poder obtener la respuesta: un lugar nuevo, un nuevo principio. Entre los cinco y los once años, Annie había pasado por once colegios distintos. Pero por muchas veces que hubieran atravesado Inglaterra, el demonio de la bebida siempre acababa atrapándolas.

Salió de la cafetería casi a la fuerza, caminó hasta Shepherd's Bush y cogió el metro. Balanceándose sobre las vías, el tren llevó a Annie hacia el este, pasando por delante de un campamento gitano, una fábrica de productos lácteos y una escuela de equitación; cruzó entonces por debajo de una autopista y continuó camino entre una vía férrea y un canal. En el suelo, una lata vacía de cerveza rodaba de un lado a otro, la canción lastimera del fino metal sobre la superficie ondulada. Presionó la cara contra la fría y sucia ventanilla y, al levantar la vista, vio una bandada de gansos volando en círculos. Abajo, el tren circulaba por un yermo de basura y suciedad. Era un paisaje de gris sobre gris: cielo gris, edificios grises, tapicería gris y hormigón gris bajo una autopista gris. La luz era tan plana que no había sombras que hicieran aquello interesante, nada capaz de tentar el ojo o el espíritu.

Bajó del tren en Royal Oak y caminó por Howard Road en dirección a Paddington. Cuando llegó a una rotonda, cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba la comisaría. Unos veinte metros por delante de ella, vio a un hombre que empujaba un cochecito de bebé y corrió para ponerse a su altura. Parecía borracho de agotamiento; el niño dormía como un tronco. Le indicó que debía ir hacia el norte. Después de pasar por delante de dos edificios altísimos y de superar un concurrido cruce, Annie vislumbró una iglesia, la perfecta joya georgiana, en medio de un pequeño jardín de lápidas y esculturas. Más allá, la lóbrega fachada de la comisaría.

Una vez dentro, Annie cumplimentó diversos formularios, entregó su carné de conducir y, a través de un torniquete, accedió al sanctasanctórum. El lugar apestaba a desinfectante y vómitos. Se oía a alguien que aporreaba los barrotes de la celda; otra persona, un hombre (le pareció), gimoteaba.

—¿Viene a buscar a la señora Eve McDee? —le preguntó un agente de aspecto cansado.

Annie asintió.

—Tendrá que rellenar aún varios formularios más.

Le entregó un portapapeles con documentación. Annie ya conocía las preguntas; no era la primera vez.

—Soy descendiente directa del coronel sir Cospatrick Ninian Dunbar Drummond de Durn. —La voz de la madre de Annie resonaba desde detrás de alguna puerta cerrada.

—Todo un personaje, ¿no?

Annie no sabía qué poner en el campo de «dirección». ¿Dónde estaría viviendo Evie?

—Conquistó la cresta de Wadi Akarit, la última barrera que nuestro ejército tuvo que franquear para alcanzar el sur de la llanura tunecina. Cospatrick lideró su pelotón hasta una estribación que resultó vital.

—El oficial que estaba de guardia dijo que estaba tan borracha que ni siquiera se acordaba de su nombre y que lleva horas con esa historia.

Annie, después de pensárselo un momento, puso su propia dirección.

—Tiene una memoria extraordinaria.

—Mi familia descende de los condes de Moray.

—¡Vamos ya, cierra el pico! —gritó una voz enojada.

—Ándate con mucho cuidado, en el siglo XVII fuimos los responsables de la erradicación del bandidaje, limpiamos la frontera con Escocia de malhechores, ladrones y bandoleros.

—¡Que alguien le meta un calcetín en la boca! —gritó otra voz.

—¿Lleva razón en algo? —le preguntó el policía a Annie.

—No, es mitad irlandesa y mitad de West Country. Se crio en Wiltshire, sus abuelos tenían una granja de cerdos —respondió Annie con indiferencia—. Dentro de nada se pondrá a cantar.

Y como si la hubiera oído, las notas de *Carrickfergus* alcanzaron el mostrador procedentes de la celda: «Desearía haberte hecho mía en Carrickfergus, y pasar las noches en Ballygrand, nadar en las aguas más profundas del océano, tanto tiempo atrás».

—¿Siempre se pone así? —preguntó el policía.

—Cuando tiene un día bueno —respondió Annie con una sonrisa.

De pequeña, nunca permitía que hablaran mal de su madre. Defendía a Evie con pasión, confiando en convencerse a sí misma y a los demás de que su última borrachera no era más que una aberración. Porque, casi siempre, Evie había sido una madre maravillosa: divertida, anárquica y cariñosa. Más joven

que todos los demás padres y madres, la gente confundía a menudo a Evie con una estudiante de último curso o una maestra sustituta, y Annie se sentía orgullosa cuando los padres se giraban para mirarla o las chicas mayores le copiaban el peinado y el maquillaje. En ausencia de un padre o un novio duradero, madre e hija eran un equipo: bailaban a la luz de la luna, cogían autobuses a ninguna parte, cantaban álbumes enteros de Elvis Presley, preparaban pasteles extravagantes y se los comían en la cama viendo películas clásicas. Pero Annie había aprendido muy pronto a detectar las señales de peligro: más cigarrillos de lo habitual, la música a todo volumen, un deambular inquieto por la casa, la paciencia de su madre debilitándose cada vez más hasta el terrible momento en que estallaba. Era una vida construida sobre una falla tectónica o junto a un volcán, y no había forma de saber cuándo aparecería la siguiente fisura, cuándo explotaría la cima. En el momento en que sucedía, Evie despachaba a Annie fuera de casa y le decía que para ir al colegio siguiera a las niñas que llevaban su mismo uniforme. Las llamadas de hospitales y comisarías de policía eran lo normal; y, en el fondo, resultaban un alivio, puesto que significaban que Evie seguía viva. Lo que Annie más temía era que el timbre de la puerta sonara de manera inesperada: «Traemos malas noticias». Annie se había imaginado esa escena una y otra vez.

Annie tomó asiento en una de las duras sillas de la recepción para esperar a que saliera Evie. Las paredes estaban cubiertas con simpáticos pósters de Neighbourhood Watch. En uno de los despachos se escuchaba débilmente el sonido de Radio 1. A Annie se le ocurrió que tal vez ahora sería distinto. Que era posible que Evie hubiera tocado fondo. Pero se forzó a volver a la realidad y apagó cualquier rayo de esperanza. Era un pensamiento ridículo después de tantísimos años.

—Oh, eres tú —le dijo Evie a Annie en un tono de falsa sorpresa cuando los policías la sacaron del calabozo.

—Hola, mamá. Anda, vámonos —dijo Annie.

Evie tenía un aspecto atroz. El traje pantalón amarillo claro estaba lleno de manchas de sangre y vómito y tenía el ojo izquierdo hinchado, de un tono azul ciruela.

—Ha sido horroroso, cariño. —Evie rompió a llorar—. Yo no quería, pero era el aniversario de la muerte de papá y...

Annie se acercó a su madre y la abrazó.

—Tranquila, mamá, no te preocupes. Vamos a casa y te aseas un poco.

¿Dónde tienes el bolso?

—Ese cabrón de mierda me lo robó. Y ahora resulta que presenta cargos. Es una conspiración —declaró, lanzándole una mirada furiosa al sargento.

—El dueño del bar dijo que entró sin nada, que empezó a meterse con él cuando decidió no servirle y que luego rompió el espejo.

—Si los condes de Moray te oyeran; no eres para nada mejor que esos bellacos de las celdas. Me han encerrado, Annie —dijo Evie en tono lastimero.

—Vamos, es hora de irse.

Annie consiguió por fin que cruzara la puerta.

—¿Dónde está el coche? —Evie miró con expectación arriba y abajo de Edgware Road.

—Iremos en metro.

—¿No te han asignado un coche? Creía que ahí estaba la gracia de trabajar en el mundo del cine: aviones privados y limusinas.

—En Hollywood, tal vez. Vamos, caminar un poco te sentará bien.

—Tengo el tacón del zapato roto, no puedo.

—Pues no hay otra manera. El dinero que llevo encima solo alcanza para el metro.

—Nada de coches. Nada de dinero. Y a sudar la gota gorda, a dejarse el pellejo —refunfuñó Evie.

Annie caminó al lado de su madre, pensando en que no debería haber ido a buscarla. Siempre era igual. Le escocían los ojos por las lágrimas de rabia y frustración acumuladas. Aceleró el paso, decidida a dejar atrás a Evie.

—¡Annie! Espera.

Echó a correr con pasos irregulares.

—No me dejes.

Annie no respondió; siguió caminando con paso firme.

Evie cambió de táctica.

—Yo nunca he querido ser así —dijo, llorando—. Apenas había bebido una copa. Conocí a un hombre. Y me dejó. Estaba triste.

Annie se giró. Su madre estaba sola en medio de la acera, una mujer madura, cansada y demacrada; se le llenó el corazón de lástima. Evie se acercó cojeando, con un tacón ladeado por completo. Annie se descalzó.

—Ponte esto, mamá.

—¿Y tú?

—Llevo calcetines gruesos.

—¿Harías esto por mí? ¿De verdad? —dijo Evie, calzándose las bailarinas de Annie—. Son preciosas y calentitas. Te quiero, Annie.

—Anda, vamos, vayamos a casa.

Annie le tendió la mano y Evie se la cogió.

En el piso, Annie llenó la bañera para su madre y le preparó ropa limpia, que dejó sobre la cama. Evie se había sentado a la mesa de la cocina y estaba evaluando con la mirada la estancia.

—¿Esperabas a alguien para comer?

La mesa todavía estaba puesta para dos.

—Anoche, para cenar. No se presentó.

Annie vertió agua hirviendo en dos tazas, sumergió una bolsita de té en cada una y le pasó una a su madre.

—Lo siento.

Evie esbozó una sonrisa compasiva.

Annie se encogió de hombros.

—¿Alguien especial?

—No.

—No pienso decir lo evidente.

Evie rodeó la taza con los dedos.

—Pues no lo hagas.

—Necesitas a un hombre decente.

—Ahora no, mamá.

—Si hubieras sido más... —Evie se interrumpió.

—Ya tienes la bañera a punto. —Annie se sentía demasiado cansada para pelear.

—Bueno, da igual, me gusta estar contigo —dijo Evie, intentando reparar su agravio.

—Se enfriará.

Annie estaba perdiendo la paciencia. Cogió la taza de té y se acercó con ella a la ventana.

—No tendrás un traguito para matar la resaca en alguno de esos armarios, ¿verdad? —preguntó Evie, esperanzada.

—No.

Annie empezó a retirar los platos. La mesa puesta era un recordatorio no deseado. Cogió con una mano los cuchillos y los tenedores y los metió en un jarrito, los extremos hacia abajo.

—Te veo un poco hecha polvo. ¿Va todo bien, cariño?

—Todo va bien. Anda, por favor, métete en la bañera.

Annie volvió a llenar el hervidor con agua limpia y lo enchufó en la pared.

—Lo que te pasa, Annie, es que estás decidida a practicar el *Chiku*.

—¿Chiku?

—Es chino, significa «comer amargo». Hacerte la vida difícil. Llegará un día en que le estarás agradecida a Desmond por haberte abandonado, por haberte liberado de esa existencia monótona que llevabas. Estabas asfixiándote, lentamente.

Annie se giró y miró fijamente a Evie, furibunda.

—O te metes tú en la bañera o te meteré yo.

Annie sentía la necesidad de poner una puerta entre ellas, y lo más rápidamente posible.

Evie se incorporó con cierta dificultad y se dirigió al cuarto de baño. Se detuvo delante del cuadro.

—¿Y esto qué es? —preguntó, señalándolo.

—¿Y a ti qué te parece? —replicó con sarcasmo Annie.

—¿De quién es?

Evie cogió el cuadro y se pasó un buen rato observándolo. Se acercó a la mesa de trabajo de Annie y movió el foco de la lámpara de despacho para que la luz iluminara el centro de la pintura.

—¿De dónde lo has sacado?

—De una tienda de trastos de segunda mano de Goldhawk Road.

—Es una preciosidad —dijo Evie—. Me recuerda esos cuadros tan bonitos de la Colección Wallace. Tu padre solía llevarme allí. Siempre se estaba calentito. Nos sentábamos en los bancos de las salas y nos inventábamos historias para cada cuadro.

—La Colección Wallace —repitió Annie—. Qué curioso. Es la razón por la que lo compré.

Pensó de nuevo en Robert y se ruborizó, avergonzada otra vez. ¿Qué le habría llevado a pensar que se quedaría con ella?

—Tu padre tenía un cuadro favorito. Ahora no recuerdo el nombre del pintor. Flagon, Fraggin, no, Fragonard, eso es... De una chica en un columpio.

Muy parecido a este. Temas desenfadados, músicos y fiestas. A tu padre le encantaba. De lo más inverosímil, la verdad. Cabría pensar que un piloto de motos hubiera preferido algo más sólido, como el *Caballero sonriente*. También está ahí.

—Es la pintura que más me gustó también —dijo Annie, estremeciéndose.

Conocía muy poco de su padre y de las cosas que le gustaban. Había muerto cuando ella tenía dos años y ni siquiera conservaba una fotografía de los dos juntos.

Evie movió un poco la lámpara y siguió examinando el cuadro. La bailarina cobró vida bajo el resplandor. Los amarillos y dorados de su vestido parecieron brillar y estremecerse y el follaje detrás de ella destelló. En el suelo, el joven miraba hacia arriba con arrobó.

Annie contuvo la respiración.

—Parece que esté viva.

Evie sostuvo el cuadro con una mano, se humedeció un dedo con saliva y lo frotó con suavidad sobre la figura de la bailarina. De nuevo, los colores centellearon y resplandecieron.

—Me parece que se trata de un cuadro especial —dijo Evie, repentinamente sobria—. Deberías ir a la Wallace. Podríamos ir las dos.

Annie sonrió. Una de las cualidades más cautivadoras de su madre era su capacidad de encontrar esperanza en cualquier situación. ¿Cómo podría, si no, haber sobrevivido tanto tiempo, haberse recuperado tantas veces, encontrado nuevos trabajos, nuevos lugares donde vivir, embarcarse en otro romance?

—El agua de la bañera debe de estar ya helada —dijo Annie, cogiéndole la pintura y señalando la puerta del cuarto de baño.

—No sé, intuyo alguna cosa en ese cuadro —murmuró Evie, cruzando la habitación—. Y ya sabes que nunca hay que pasar por alto mis intuiciones.

## Capítulo 4

Rebecca Winkleman, la esposa de Carlo Spinetti, trabajaba con su padre, Memling, en Winkleman Fine Art Ltd. y escondía sus emociones detrás de una expresión gélida. Solo sus más allegados sabían que aquello era una fachada: Rebecca era terriblemente tímida y vivía convencida de que a la vuelta de la esquina siempre la aguardaba una desgracia. Cuando subía a un avión, pensaba que se estrellaría, creía que sus negocios estaban condenados al fracaso y estaba segura de que en cualquier momento la desenmascararían como una incompetente usurpadora.

Aterrada ante la posibilidad de ser juzgada o calificada como alguien que había alcanzado su posición a través del nepotismo, Rebecca trabajaba horas interminables y tomaba menos días de vacaciones que cualquier otro empleado de la empresa, incluido su padre. Ensayaba datos y opiniones antes de las reuniones y permanecía las noches en vela preocupada por posibles comentarios o errores. El médico le había recetado Valium, pero ella se negaba a tomarlo por miedo a que le ofuscara el intelecto. Otro le había sugerido sesiones de psicoterapia, pero la idea de confesarse con un desconocido era un anatema. Sufría pesadillas terribles; sus gritos eran tan fuertes que tenía el dormitorio insonorizado y Carlo se había mudado a la habitación contigua. Una vez a la semana, de media, se despertaba temblando y empapada en sudor.

Rebecca se vestía para llamar lo menos posible la atención; sus prendas eran siempre sencillas, de corte elegante y poco reveladoras. De día, llevaba trajes pantalón azul marino o negros con camisa de seda blanca immaculada. De noche, se decantaba por el vestido de cóctel negro más simple que pudiera encontrar y zapatos tipo salón. Era rubia, y llevaba el cabello peinado con una austera media melena, las uñas cortas y transparentes. Apenas se ponía joyas: pendientes con un diamante y un collar de perlitas. Aunque jamás se le

ocurriría salir de casa con la «cara lavada», su rutina de maquillaje nunca iba más allá de una pizca de corrector, lápiz de labios clarito y unas pinceladas de rímel. Había heredado los ojos azules de su padre, pero los escondía detrás de unas gafas de rotunda montura de concha. Si alguien le pidiera a Rebecca que describiera su aspecto ella diría que «normal», después de unos instantes de duda; otros la clasificarían en el lado más hermoso de la belleza.

Annie solo había coincidido en una ocasión con la mujer de su jefe, pero estaba al corriente de los chismorreos: Rebecca estaba considerada una mujer atrapada entre un esposo infiel y un padre dominante. Annie, como todo el mundo, daba por sentado que lo que mantenía a Rebecca al lado de un esposo mujeriego y manirroto como aquel era el miedo a quedarse sola y no sentirse querida, y que Carlo, aterrado ante la perspectiva de caer en la pobreza, llevaba una existencia de compromiso como hombre mantenido. Pocos imaginaban el verdadero motivo: los Spinetti se amaban, de un modo poco convencional y excepcional, cierto, y habían encontrado la manera de acomodar sus pequeñas faltas. Rebecca adoraba el uso tan italiano que hacía su marido de la hipérbole, su espontaneidad, su carnalidad y su infantil necesidad de sentirse elogiado, mimado. Le encantaba que las emociones de Carlo giraran como una veleta a merced del viento, que cada ráfaga, cada cambio de humor, quedara a la vista de todo el mundo. A pesar de que sus películas solían ser vapuleadas por la crítica, Rebecca encontraba belleza y originalidad en cada toma. Las excepcionales ocasiones en que él entraba en su alcoba compensaban las semanas de deseo no correspondido. Rebecca se sentía extraordinariamente orgullosa del perfil aquilino de Carlo, de su cabello rizado, sus labios perfilados y su perfecta dentadura. Era, por encima de todo, una mujer pragmática que reconocía que su adicción al trabajo resultaba tan difícil de aceptar como la proclividad sexual de él. A Carlo le gustaban el intelecto frío de su esposa, su belleza y sus tremendas inseguridades. Ser la única persona capaz de gestionar sus ataques de pánico y devolverle la confianza le hacía sentirse omnipotente y protector. A pesar de su adicción a enamorarse, Carlo solo podía satisfacer sus fantasías si sabía que Rebecca estaba en casa, inquebrantablemente devota y comprometida. Esta base sólida, revestida con el escalofrío de la culpabilidad, era lo que daba placer a sus devaneos.

Cuando monsieur George, el chef de los Winkleman, sufrió un derrame cerebral, Carlo le preguntó a Annie si podía cubrir la baja hasta que el

empleado pudiera reincorporarse al puesto. A pesar de que George tenía en su haber estrellas Michelin y contaba con formación en Le Cordon Bleu, Carlo le aseguró a Annie que era un trabajo fácil.

—Al menos, ve a la entrevista —le dijo Carlo.

No tuvo necesidad de añadir que su esposa le estaba haciendo la vida desdichada; todo el mundo en la oficina lo sabía.

La productora cinematográfica de Carlo Spinetti tenía su sede en un antiguo almacén del barrio de Bermondsey. Como muchas oficinas contemporáneas, el edificio era de apariencia austera, con un acabado semiindustrial y las «entrañas» —las tuberías, el ladrillo, los conductos del aire acondicionado— al descubierto. Los jóvenes y estresados ayudantes de producción lucían un uniforme compuesto por vaqueros y camiseta. Un zumbido de parloteo constante, música y teléfonos rebotaba en los muros de hormigón de la planta diáfana.

Cuando Annie llegó a la puerta de Winkleman Fine Art, en Curzon Street, se quedó sorprendida ante el tremendo contraste entre los establecimientos de marido y mujer. La majestuosa mansión del siglo XVIII quedaba algo retirada de la calle y estaba rodeada de verjas de hierro. Cuatro peldaños de piedra, del tamaño de la cabeza de un elefante, daban acceso a unas puertas de reluciente caoba. Annie tardó unos instantes en localizar un discreto timbre de latón. Una voz le pidió con educación que situara la cara frente a la cámara de seguridad que había encima del dintel. Annie dio el nombre y esperó. La puerta se abrió sin hacer ruido y la recibió un conserje uniformado. Dos vigilantes apostados en el vestíbulo de mármol la miraron de arriba abajo, dejándole claro que no era el tipo de visitante habitual en aquel lugar. El conserje la condujo hasta el primer sanctasanctórum: un salón alfombrado con puertas acristaladas que daban acceso a un jardín de estilo italiano. Las paredes estaban cubiertas con seda adamascada y decoradas con las mejores obras de arte que Winkleman tenía en oferta. A Annie ya le habían advertido de que no la recibirían ni Rebecca ni su padre, Memling, el director de la firma; ese placer estaba única y exclusivamente reservado a la gente importante. La mayoría de los clientes eran recibidos por alguno de los ocho vendedores fijos de la compañía, entre los que había tres antiguos directores de museo. Los demás asuntos se gestionaban por la puerta de servicio. A

diferencia de la atmósfera llena de vida que se respiraba en el estudio de Carlo Spinetti, la de la galería Winkleman era muda y tenebrosa como la de un mausoleo. Nada que pudiera distraer la atención de las obras de arte que allí se exhibían.

Si al final a Annie le ofrecían y aceptaba aquel traslado con carácter temporal, entraría, como los demás empleados, por la puerta de atrás. Los Winkleman eran propietarios de todos los edificios que rodeaban aquella manzana de Curzon Street. Cuatro formaban parte de Winkleman Fine Art; los otros tres eran residencias privadas de la familia. Memling vivía en una, Rebecca y su familia en otra y la tercera era para los clientes cuya visita exigía una estancia en la ciudad. Había una pista de tenis subterránea y una piscina para uso exclusivo de la familia. Un séquito de ocho criados filipinos uniformados se encargaba de la limpieza. Había dos chóferes, un masajista fijo, un paseador de perros empleado a tiempo completo y un profesor de tenis y entrenador personal a tiempo parcial.

Recibió a Annie una mujer de mediana edad, sin maquillaje, con cabello de color gris acero recogido en un moño tirante y vestida con un elegante traje de chaqueta negro.

—Soy Liora van Cuttersman, secretaria ejecutiva de la señora Winkleman-Spinetti. Acompañeme, por favor.

Condujo a Annie por un pasillo alfombrado con mullida moqueta hasta una pequeña sala de espera con dos sillones de cuero, separados por una mesita auxiliar llena de revistas de arte. En la pared de enfrente había un cuadro, de pequeño tamaño pero exquisito, de una Virgen con el Niño. Annie se fijó en que no había ningún cristal de protección o cinta roja que separara al espectador de la obra de arte. Dejó la mochila y no pudo resistir la tentación de examinar el cuadro de cerca. El rostro de la Virgen era plano y bidimensional, su expresión melancólica e inanimada, el Niño Jesús parecía más un viejo arrugado que un niño.

—Es de Duccio, finales del siglo XIII —dijo una voz entrecortada.

Annie se giró y se encontró con Rebecca Winkleman-Spinetti. Era, pensó Annie, una mujer fabulosa. Los ojos de Rebecca parecían estanques de un tono turquesa transparente, enmarcados por una piel blanca como la leche y el cabello rubio. La otra pincelada de color en aquella cara en forma de luna eran los labios sorprendentemente carnosos de Rebecca, jugosos y

maquillados con un pintalabios rosa muy tenue.

—Es una preciosidad —dijo Annie, pensando más en el rostro de Rebecca que en el cuadro.

—Es una de las principales obras de arte que tenemos el placer de gestionar —dijo Rebecca. Entonces, miró el reloj e hizo pasar a Annie a su despacho—. Solo dispongo de unos minutos.

Annie cruzó una doble puerta de caoba detrás de ella y entró en una estancia de forma rectangular y con las paredes llenas de libros. La elegante figura de Rebecca, vestida con un traje de cachemira de corte perfecto y sin una arruga, la había dejado maravillada. A su lado, Annie, que llevaba un pantalón ancho y un chaquetón grueso, parecía un vagabundo.

—¿Ha traído un currículo? —le preguntó Rebecca.

Annie le entregó un folio. Rebecca le echó un vistazo y giró la hoja, a la espera de encontrar algo más.

—Es breve —comentó.

—Estuve catorce años levantando mi propio negocio.

—¿Le afectó la recesión?

—El negocio siempre se mantuvo en buena forma; fue la sociedad lo que se vino abajo.

Annie se ruborizó y miró por la ventana, confiando en que no hubiera más preguntas personales.

Rebecca estudió a la joven y se preguntó por qué no sacaría más provecho de sí misma, por qué no se compraría ropa más decente o se maquillaría un poco. Al menos, se dijo, seguro que su esposo no se acostaba con ella; a Carlo solo le gustaban las emperifolladas.

—Aparte de las clases nocturnas en la facultad, ¿su única experiencia con la comida se limita a gestionar una tienda especializada en quesos de una pequeña ciudad de West Country? —preguntó Rebecca con un tono de voz agudo y cortante.

Annie se fijó en que a Rebecca le temblaban un poco las manos, lo que provocaba una vibración en el papel, y que el músculo de la mejilla izquierda se agitaba con un casi imperceptible espasmo. ¿Por qué irradiaría tanto nerviosismo aquella mujer? A buen seguro que no era por ella.

—Podría decirse que soy prácticamente autodidacta —reconoció Annie—. Aunque también, justo al lado de la quesería, había una cafetería y les preparaba platos a diario. Ensaladas, bocadillos y pasteles.

—Nuestro negocio siempre va asociado a la mejor calidad, en todo —dijo Rebecca.

—Todo era casero y fresco. En TripAdvisor teníamos las mejores calificaciones —replicó Annie a la defensiva.

¿Debería explicarle a Rebecca que tenía clientes habituales que cruzaban todo Devon solo para comer su tarta de queso y sus pasteles y que los viernes, los días que horneaba el pan, se formaba cola media hora antes de que abriera la tienda?

Rebecca se encogió de hombros y volcó de nuevo la atención en el currículum de Annie.

—Veo que la única afición que menciona es la cocina.

—Podría decirse que es más una obsesión que una afición.

—¿Y no tiene otros intereses?

—¿Y usted? —preguntó Annie sin intención de ser insolente, sino por verdadero interés.

Los labios de Rebecca esbozaron una débil sonrisa.

—No. —Dudó un momento—. Imagino que el arte es mi vida.

—En ese caso —dijo Annie—, es probable que no seamos tan distintas.

Rebecca miró a la joven, aquella nube de indomable cabello castaño, la trenca, las Doc Martens agrietadas, y dudó que tuvieran mucho en común.

—Mi marido habla muy bien de su trabajo. ¿Qué hace exactamente para él? —preguntó Rebecca.

—La verdad, poca cosa —reconoció Annie—. A mí me gusta trabajar duro y cocinar, pero, como el señor Spinetti no tiene ninguna producción entre manos, pues no hago mucho. Preparo mucho café y alguna que otra bandeja de pasta.

Rebecca miró el reloj. Estaba a punto de llegar un cliente potencial. Aquella idea de Carlo no tenía ni pies ni cabeza; buscaría el chef suplente a través de una agencia.

Se volvió hacia Annie y dijo:

—No creo que podamos arriesgarnos con usted; en su currículum no hay nada que sugiera competencia suficiente.

El rostro de Annie acusó el golpe.

—Cometí un error al permitir que mi vida amorosa y profesional se entremezclaran. Y ahora me encuentro en unas circunstancias francamente apuradas.

Rebecca miró a Annie, pensativa. Su situación difícil inspiraba compasión. Era un error que podía cometer cualquiera, que cometían muchos. Rebecca era consciente de que también ella estaba demasiado vinculada a la familia. ¿Dónde iría a parar si rompía con ellos?

Sonó uno de los teléfonos de la mesa. Rebecca descolgó y su tono cambió a una refinada zalamería. Con educación, formuló diversas preguntas a su interlocutora:

—Señora Ankelehoff... Suzanne... ¿Qué tal las Bahamas? ¿Y el pequeño Tommy?... El Duccio está reservado para otro cliente... Sí, usted es, por supuesto, una de las coleccionistas más importantes para las que trabajamos... La reserva son dieciocho... Deje que hable con mi padre... Dele recuerdos a Richard de mi parte.

Colgó rápidamente y llamó a su secretaria.

—Localiza a mi padre, Liora.

Annie cogió la mochila y se dirigió a la puerta.

—No se preocupe, ya encontraré la salida.

—Espere —dijo Rebecca—. Me arriesgaré con usted. No tengo ni idea de por qué. —Soltó una pequeña carcajada, sorprendida ante aquel excepcional acto de impulsividad—. No me decepcione. Liora le mostrará la cocina. Cenamos a las siete. Estudie con mucho cuidado los menús.

Rebecca movió la mano en dirección a la puerta. Annie se quedó tan sorprendida que no supo qué responder.

—El sueldo neto es de cuatrocientas cincuenta libras semanales. Sin horas extras. Seis días a la semana si es necesario. Los horarios son erráticos, en el mejor de los casos. ¿Podría empezar ahora mismo?

Annie asintió; era el doble de su sueldo actual, suficiente para acallar cualquier recelo.

En total, la entrevista no había durado más de cuatro minutos.

El nuevo dominio de Annie era una cocina rectangular y alargada contigua al comedor de las «recepciones». Al abrir los armarios, encontró material de cocina de todo tipo, protegido aún, en su mayoría, por el embalaje original. Pensó en su posesión más valiosa y preciada, sus cuchillos japoneses de cocina. Los cinco juegos que descubrió en la cocina de los Winkleman eran de una calidad que jamás se podría permitir.

Le pidieron que firmara un contrato de confidencialidad, le dieron una contraseña que se activaba mediante el iris y le entregaron una lista de menús. Para su consternación, Annie comprendió enseguida que la rutina no variaba nunca. Comidas y cenas giraban en torno a pescado y verduras, hervidos o al vapor. Las únicas hierbas aromáticas aceptadas eran el eneldo y el perejil; el ajo, el cilantro y el chile estaban prohibidos bajo cualquier circunstancia; la sal y la pimienta solo con moderación. Había que hacer las tortillas sin yemas y todas las comidas tenían que acabar con una manzana al horno. Los ingredientes debían ser orgánicos y, en la medida de lo posible, de proximidad. Para Annie, preparar tajadas de cosas blancas era como una tortura. Para ella, la comida era color, olor y presentación tanto como sabor: la experiencia de comer debía iniciarse en los ojos y la nariz y luego explotar en la imaginación. Masticar y paladear eran el clímax de una experiencia sensual.

Las noches que Memling o Rebecca cenaban en sus respectivas casas, Annie tenía que entregar la comida a los criados filipinos, que la depositaban luego en un montaplatos donde se mantenía a la temperatura adecuada. Bajo ninguna circunstancia podía dirigirse a Memling Winkleman, tenía que apartar la vista si se lo cruzaba por los pasillos y hablar con Rebecca solo cuando ella le hablara. Las comidas más interesantes que prepararía serían para el husky blanco de Memling, Tiziano, que alternaba entre conejo, buey y pollo mezclados con huevos crudos y verduras finamente cortadas.

Al tercer día, Annie empezó a redactar su carta de dimisión, aunque ello implicara volver a vivir en la miseria. Le daba igual que el pescado fuera de una calidad incomparable, se sirviera en porcelana de Sèvres y fuera acompañado del mejor vino francés; su sueño era cocinar, no pasarse la vida pegada a la olla a vapor. Parte de la felicidad que comportaba cocinar una comida deliciosa consistía en ver la expresión que despertaba en la cara de la gente; en aquel puesto, se limitaba a depositar los platos en una especie de armario caliente. Estaba segura de que el achaque de su predecesor era resultado de la monotonía. A última hora del miércoles, Rebecca la mandó llamar. Antes de ir, Annie guardó la carta de dimisión en el bolsillo del delantal blanco almidonado. Pero antes de que le diera tiempo a entregársela, Rebecca le dio órdenes para preparar una cena para veinte comensales la semana siguiente que se celebraría en honor a una importante clienta norteamericana, Melanie Appledore. El objetivo de la velada era presentar a

la coleccionista una obra de Caravaggio que llevaba por título *Judith decapitando a Holofernes*, una versión o boceto recientemente descubierto del famoso cuadro expuesto en el Palazzo Barberini de Roma. Annie podía quebrantar por una vez el régimen a base de pescado, siempre y cuando se abstuviera de utilizar ajo y chile. El menú tenía que consistir en tres platos y el primero se serviría a las ocho en punto. La asistente personal de Rebecca le haría llegar una lista de preferencias individuales y alergias. Cuando salió del despacho, Annie cayó en la cuenta de que, una vez más, la reunión había durado exactamente cuatro minutos.

Sin poder acceder a los archivos de monsieur George, Annie no tenía ni idea de qué se esperaba de la «cena Caravaggio». Jesu, el mayordomo jefe, y su esposa, Primrose, le explicaron que las cenas solían comenzar con una sopa y que el plato principal era siempre pescado. La última cena importante que Annie había preparado había sido en Devon, una fiesta sorpresa de cumpleaños para Desmond y cincuenta amigos. Él quería mojitos, hamburguesas y malvaviscos asados —«nada de chorradas de esas elegantes»—, pero Annie había confiado en que el banquete acabara convenciéndolo. Era finales de verano y cumplía cuarenta y Annie, combinando el tema del festival de la cosecha con los años dorados de la vida, había decidido decorar el techo del granero de un amigo con mazorcas de maíz, dalias y crisantemos para crear un jardín colgante interior. Había amenizado las mesas de caballete con calabazas, manzanas y figuritas hechas con materiales naturales, y sentado a los invitados, a los que había pedido que vistieran en tonos rojos o dorados, sobre balas de paja. Había preparado cantidades industriales de sopa de calabaza y se había pasado el día entero a la sombra de un manzano asando un cerdo; como remate había cocinado un *crumble* de moras y manzana cubierto con la nata casera típica de Devonshire. Había confeccionado una corona de cebada para que la luciera Desmond, pero él, al verla, la había echado a la barbacoa y había estado a punto de malbaratar la velada con su mal humor.

Con poco dinero para regalos, Annie siempre se ofrecía para encargarse de la cocina en las fiestas de sus amistades o de sus hijos. Muchos bromeaban y le decían que habían tenido más hijos o se habían casado por el simple hecho de poder disfrutar de sus banquetes. Sus fiestas eran legendarias: torres de gelatina de colores vibrantes, perros y ovejas de tamaño natural hechos de pastel y cubiertos con pelaje de aspecto completamente real y colas

confeccionadas con glaseado y mazapán. Para un amigo, un profesor de antropología que había pasado medio año en un pueblo perdido de Camboya, Annie había recreado una fiesta tribal. Para otra amiga, Pernilla, nacida en una pequeña ciudad al norte de Estocolmo, había preparado una cena tradicional sueca con sopa negra hecha con sangre de ganso, pato oreado y pastel de frutos rojos. A pesar de que no había quedado ni una migaja de nada, Desmond había dicho que era la cena más asquerosa e incomible a la que había tenido la desgracia de asistir; no era de extrañar que Pernilla hubiera huido por piernas de su país natal.

Annie decidió examinar el cuadro, que estaba ya expuesto en el vestíbulo principal de la galería. Era una imagen poco apetecible: un hombre con la garganta cortada, la sangre derramándose sobre una tela blanca, la vida apagándose latido a latido; la autora, una bella mujer de cabello negro, miraba al espectador con expresión triunfante y sujetaba en la mano un cuchillo ensangrentado; observaba la escena una vieja fea y arrugada. Annie manoseó la carta de dimisión y decidió que no tenía nada que perder si preparaba un fantástico banquete: como mínimo, la despedirían por algo de lo que se sentiría orgullosa.

Annie aprovechó las horas de la comida para navegar por internet y así fue como averiguó que entre su nacimiento, en 1571, y su prematura muerte, en 1610, Caravaggio había sido tan conocido por su mala conducta como por su obra, y que su técnica era tan espontánea y beligerante como su carácter. Caravaggio había matado a un hombre en el transcurso de una pelea; no era de extrañar, pensó Annie, que la sangre que brotaba del cuello de Holofernes resultara tan convincente. Incapaz de controlar sus impulsos y su temperamento, el pintor había pasado la mayor parte de su vida perseguido por las autoridades. Se le recriminaba su «vulgaridad, sus sacrilegios, su carácter impío y repugnante», pero su talento y su «espíritu oscuro» encendían el deseo de los coleccionistas. Annie se preguntó cómo introducir aquel elemento de peligro e ingenio en el menú. El pintor había vivido en la Italia posrenacentista, entre Roma, Nápoles, Malta y Sicilia, cuatro regiones distintas con comidas marcadamente diferenciadas.

La comida con la que subsistía Caravaggio —pan y algo de cerdo y de queso bañados con vino joven de la tierra— no era adecuada para los invitados de Rebecca, de modo que Annie decidió investigar los banquetes a los que asistían los clientes del pintor: cardenales, papas y aristócratas.

Descubrió que el azúcar, un producto de reciente introducción, era signo de riqueza y se utilizaba profusamente con fines visuales y simbólicos, a cucharadas y mezclado, vidriado y glaseado. En una cena que ofreció Don Ercole, hijo del duque de Ferrara, a un grupo de nobles, el motivo central de la mesa fue una réplica de tamaño natural de Hércules y el león, confeccionada con azúcar, con colores intensos y dorados, flanqueada por imágenes más pequeñas de los dioses Venus y Cupido. Había cenas, integradas hasta por diez platos, que incluían pasteles en forma de castillo con pájaros vivos en su interior, pollos, cisnes y pavos reales asados, pintados en dorados y redecorados con sus plumas originales. Los invitados podían lavarse las manos en fuentes individuales de agua de azahar y un acompañamiento musical señalaba la presentación de los distintos platos.

Inmersa en su investigación e incapaz de enfrentarse a Evie, Annie pasó la tercera noche en un catre instalado en su oficina, lavándose, y lavando la ropa interior, en el fregadero de la cocina.

A la mañana siguiente, Evie se presentó en la entrada principal de Winkleman Fine Art. Consiguió cruzar la puerta, pero los guardias de seguridad se mostraron reacios a permitir que aquella mujer de aspecto desaliñado fuera más lejos. Cuando llamaron a Annie para que acudiera a recepción, estaba en una reunión.

—¿Pasa algo? —preguntó, mirando a la cámara de seguridad con la esperanza de que ninguno de sus colegas se diera cuenta de que su madre tenía un ojo hinchado que había pasado del morado intenso a un matiz amarillo con toques de albaricoque.

—¿Dónde has estado? —dijo con petulancia Evie.

—Trabajando.

Annie cogió a su madre por el brazo y la arrastró con firmeza hacia la salida.

—En la nevera no hay nada. Ni siquiera tienes televisión. —Evie dudó un momento antes de añadir—: He venido para llevarte a comer.

Parecía vulnerable, una niña pequeña.

—Tengo mucho trabajo, no puedo, de verdad.

—Es 22 de enero, mi cumpleaños —dijo Evie en voz baja—. Te has olvidado.

—Oh, es eso —replicó Annie, con toda la elegancia de la que fue capaz.

—Quiero ir a ver la Colección Wallace.

Evie miró a derecha e izquierda para comprobar que no la veía nadie y abrió una bolsa de plástico grande donde llevaba el cuadro.

—Dobla la esquina y encontrarás la entrada de servicio; espérame allí. Tengo que coger el abrigo y el bolso.

Annie salió del edificio transcurridos unos minutos.

—¿Por qué no vamos a la National Gallery? —sugirió Annie.

No le apetecía volver a la sede de la Wallace, el escenario de la noche de solteros donde había conocido a Robert.

—Es mi cumpleaños y quiero ir a la Wallace —insistió Evie.

El edificio que albergaba la Colección Wallace estaba a media hora andando de allí y, con mucha suerte, calculó Annie en silencio, podría ir con su madre hasta allí, comprarle un bocadillo y estar de vuelta en menos de una hora. Y era también una suerte que Rebecca y su padre estuvieran en París y no se esperara su regreso hasta la hora de cenar.

—Te has puesto mi mejor vestido —observó Annie, mirando a su madre.

—Es lo único decente que tienes en el armario... y es de Zara, alta costura.

—Por mucho que sea de confección, sigue siendo el único bueno que tengo, así que, por favor, no te lo lleves prestado —dijo Annie, enfadada.

—Tendrías que haber cogido una bufanda —señaló Evie—. Hace frío.

—No soy una niña —replicó Annie, caminando a grandes zancadas por la calle adoquinada. Aunque nunca se le había permitido ser una niña, pensó.

—¿Por qué no tienes en casa una radio o un aparato de música? —preguntó Evie—. Antes siempre estabas escuchando música.

Annie había dejado de escuchar música. Era demasiado evocadora y le resultaba más fácil no vivir con estimulantes emocionales inesperados.

—Aún no he tenido oportunidad de comprarme nada de eso —dijo, mintiendo.

—No es normal vivir sin música —declaró Evie.

Siguieron Curzon Street y cruzaron un jardín que iba a parar a la parte posterior de una iglesia de Mount Street. Pegadas a un muro, las camelias blancas y rojas empezaban a florecer y las flores, aferradas a frágiles ramas verdes, se balanceaban como péndulos a merced de la brisa. Annie miró un instante las deslumbrantes flores e imaginó que su amado Dartmoor seguiría aún yermo, sin helechos, pastoso. En aquella época del año le encantaba

caminar por su paisaje lunar, doblarse a los vientos racheados que azotaban los valles desde Cornualles. Había mucha gente que evitaba aquel páramo en invierno; la niebla, espesa como algodón mojado, podía aparecer sin previo aviso. Todos los años se perdían senderistas, algunos morían incluso. Un jinete, extraviado durante toda una noche en condiciones de niebla y de frío, mató y abrió el vientre de su caballo en un acto de desesperación, confiando en encontrar cobijo en sus sangrientas y calientes entrañas. Dos días más tarde, fue encontrado congelado en el interior del animal.

—No te has enterado de nada de lo que te he dicho, ¿verdad? —dijo Evie, tirándole de la manga.

—Lo siento. Estaba a muchos kilómetros de aquí.

—¿Te dije que Stanley y yo nos hemos separado? —preguntó Evie.

—¿Y quién es Stanley?

—Pensaba que era distinto.

—Es lo que piensas siempre.

Cruzaron Oxford Street y se adentraron por una callejuela para evitar a la gente que aprovechaba la hora de comer para ir de compras. Evie tenía razón: Annie debería haber cogido una bufanda.

—¿Y qué has estado haciendo? —preguntó Evie con un falso tono de animada conversación.

—Vivir en un mundo de fantasía de la época posterior al Renacimiento, con banquetes depravados e indulgentes.

—Eso siempre es mejor que Shepherd's Bush.

—Rebecca quiere ofrecer una cena a sus clientes en honor a un cuadro. Tengo la tentación de preparar una cena temática, aunque sé que no es lo que ella tiene en mente.

—Tú eres capaz de que cualquier cosa quede deliciosa. Tienes talento de verdad.

Annie enlazó a su madre por el brazo.

—A diferencia de su último chef, no tengo ni formación ni experiencia.

Evie se detuvo en seco y se giró hacia su hija.

—¿Apostamos?

Annie se echó a reír. Era un juego entre madre e hija. «Apuesto lo que quieras a que te comes toda la cena». «Apuesto lo que quieras a que te vistes». «Apuesto lo que quieras a que me quieres».

—Si sale mal, perderé mi trabajo fijo.

—¿Crees que cuando se nos ofrece nuestra gran oportunidad debemos preocuparnos por si tenemos o no un puesto fijo?

—No creo que sea relevante.

—Lo es, Annie. Tienes que arriesgarte.

Annie se detuvo y se giró hacia su madre.

—No creas que no me apetece el riesgo, pero, si pierdo el trabajo, ¿quién te rescatará de la cárcel? ¿Adónde irás?

Evie bajó la vista.

—¿Evitas volver a casa porque estoy yo?

—Algo tiene que ver.

Evie se secó una lágrima.

—Me gustaría poder disponer de unos días más para decidir qué hago. ¿Sería demasiado pedir?

Annie pensaba que sí, que era demasiado pedir; la idea de tener que pasar aunque solo fuera una noche más bajo el mismo techo que su madre le provocaba una sensación de desesperación tremenda.

—Mamá, es que...

—Es que estoy asustada y sola y tú eres lo único que tengo —declaró Evie, y rompió a llorar.

«Ya estamos —se dijo Annie—. Otra vez el interminable tiovivo de reproches solipsistas».

Annie era consciente de que lo que debía hacer era soltar el brazo de su madre y largarse; pero lo que hizo, en cambio, fue cogerle la mano y tirar de ella en silencio, cruzar Manchester Square y entrar en el edificio que albergaba la Colección Wallace.

—Puedes quedarte unos días.

El rostro de Evie se iluminó como el de una niña.

—Tu padre y yo veníamos aquí a menudo —le dijo a Annie.

—Ya me lo contaste.

—Por aquel entonces, era feliz.

—Eso también me lo contaste.

Annie ascendió la majestuosa escalera y pensó que habría estado bien que el museo tuviera una política de silencio obligatorio.

—Espérame, que ya no soy tan joven —dijo Evie, jadeando.

Annie no la esperó, sino que empezó a recorrer las galerías por delante de Evie. Los cuadros desfilaban frente a ella de manera confusa, puesto que no

podía pensar en otra cosa que en posibles recetas. ¿Les gustaría una gelatina de hipocrás, hecha con litros y litros de vino, canela, nuez moscada y jengibre? La primera constancia escrita de aquel preparado estaba datada alrededor de 1530, cuarenta años antes del nacimiento de Caravaggio, pero encajaría a la perfección con la sangre que manaba del cuello de Holofernes. Se moría de ganas de probar y preparar alguna de las doscientas cincuenta recetas que aparecían mencionadas en *Del placer honorable y de la salud*, un tratado que estaba considerado el precursor de la cocina italiana moderna, compendiado en 1465. Su autor, Platina, dejó instrucciones cargadas de humor: cocinar durante «lo que duran dos oraciones al Señor» y cortar la manteca como si fueran dados, la carne como si fueran puños y preparar un «caldo elegante».

—Adivino perfectamente cuándo piensas en comida —dijo Evie, tirando de la camiseta de su hija—. Se te pone esa expresión perdida. Ven a mirar este, era otro de los favoritos de tu padre.

Annie, despertada de sus ensoñaciones, vio que Evie señalaba a un hombre con un impresionante bigote y sonrisa altanera. Instantes después, un grupo de turistas japoneses vestidos con impecables gabardinas le tapó la visión. El guía, decidió rápidamente Annie, era la némesis de la elegancia. Aquel traje sin forma alguna, confeccionado en pana de color ciruela y con coderas de un tejido distinto, parecía hecho a medida para alguien más grande que él, su padre tal vez, o comprado en una tienda de segunda mano. Llevaba una corbata de punto, de un batiburrillo de colores, regalo quizá de una tía solterona, el nudo completamente descentrado. Tenía el pelo oscuro, despeinado, demasiado largo y muy alborotado.

—Aquí tenemos —dijo el guía— una pintura de Frans Hals que lleva por título *Caballero sonriente*.

Hablaba en frases cortas, subrayadas por un movimiento excesivo del brazo y con un entusiasmo tan auténtico que Annie y Evie dejaron de discutir y se pusieron a escucharlo.

—Como pueden observar, el caballero, evidentemente, no es un Caballero —prosiguió—. El título de la obra es de un momento muy posterior, del siglo XIX, unos doscientos años después de que fuera pintada, en 1624. Es probable que este retrato fuera un regalo de esponsales para una joven dama.

—¿Esponsales? —preguntó una señora japonesa.

—Compromiso.

—¿Compromiso?

La mujer seguía confusa. El guía intentó pensar en una descripción adecuada y, casualmente, se cruzó con la mirada de Annie que, sin pensárselo, movió su dedo anular, evidentemente sin anillo.

«Gracias», replicó él solo con los labios.

—¡Matrimonio! Este hombre le envió su retrato a una dama encantadora para ver si le gustaba y accedía a casarse con él.

La traducción funcionó y la señora japonesa movió afirmativamente la cabeza.

Jesse miró de nuevo a la chica de la trenza castaña. Le pareció que tenía los ojos verdes, tal vez azules; capturaban la luz y brillaban con humor y entendimiento. Vislumbró unas pequitas esparcidas por los pómulos y se preguntó por un instante si se extenderían también hasta el pecho. Intentó calcular cuántos años tendría y, cuando se fijó en las pequeñas arrugas alrededor de los ojos, imaginó que estaría rondando los treinta. Tenía la cara un poco alargada, la boca excesivamente grande para poder calificarla de belleza clásica. Pero su aspecto era soñador y etéreo, como si no estuviera asentada en el suelo sino flotando por encima de las cuestiones terrenales. Llevaba una ropa excéntrica, pantalones a rayas y blusón blanco; tal vez fuera chef o aficionada a los disfraces. Los zapatos, con la puntera pelada, y el bolso, con el asa reparada con un cordel naranja, sugerían que no cobraba un buen sueldo o que era ahorradora. La chica le sostuvo la mirada durante un eterno segundo, se ruborizó y apartó la vista.

Jesse experimentó una punzada de decepción: no estaba interesada. Se giró de nuevo hacia el grupo.

—Esta preciosa chaqueta lleva motivos bordados que esconden signos que en su tiempo eran símbolo de los dolores y los placeres del amor, entre los que destacan flechas, cornucopias en llamas y nudos del amor —les explicó.

Annie fingió que miraba otro cuadro, pero no pudo resistir la tentación de escucharlo.

—¿Cornucopias? —preguntó un japonés.

—El cuerno de la abundancia; significa que van a suceder muchas cosas. — El guía hizo con las manos un gesto para abarcar la imagen—. Este cuadro se

ha convertido en uno de los más famosos y reconocibles del arte occidental. Podría decirse que es la versión masculina de la Mona Lisa.

El público seguía confuso.

—¿Mona Lisa? —preguntó una señora.

El guía se dio una palmada en la frente.

—Lo siento. Qué tonto. Seguramente no habrán visitado ustedes París. Es un cuadro que se expone en el Louvre. De Leonardo da Vinci.

El guía miró de nuevo a Annie con cara de desesperación. Ella le sonrió; tenía algo que lo hacía atractivo. Él le sostuvo un instante la mirada. Annie se fijó en que tenía los ojos claros hundidos en una cara ancha, con los pómulos altos. Su cabello era grueso, oscuro e indomable; parte le caía sobre la cara, el resto se proyectaba en todas direcciones. Se fijó asimismo en que tenía el cuello de la camisa gastado y los puños con clips sujetapapeles a modo de gemelos. Poco acostumbrada al escrutinio de un desconocido, dio media vuelta... ¿Dónde se habría metido Evie ahora que necesitaba algo con que distraerse?

No tuvo que buscar mucho. Evie había sacado el cuadro de la bolsa de plástico y estaba comparándolo con los expuestos en las paredes. Un vigilante de la sala la observó cautamente cuando la vio abrirse paso entre el grupo de turistas japoneses, superar al guía y colocar el cuadro junto al marco de *Caballero sonriente*. Al lado de Frans Hals quedaba totalmente fuera de lugar, sus figuras caprichosas y pintadas muy superficialmente en comparación con la solidez del caballero. Annie vio que el guía se quedaba mirando a Evie y luego miraba el cuadro. De entrada dio la impresión de que hacía caso omiso al lienzo, pero le echó entonces un segundo vistazo, más concienzudo, e iba a decir algo, cuando Evie guardó la pintura y se dirigió hacia el cuadro de una mujer con un vestido con volantes bajo el cual asomaba un delicado zapatito de seda.

Annie se acercó a su madre. La placa decía *Madame de Pompadour*, de Boucher. Annie y Evie compararon los dos cuadros. Había similitudes evidentes en la forma superficial de aplicar la pintura y tanto la vegetación como la composición parecían similares. Ambos cuadros tenían figuras en un primer término y se desarrollaban en un escenario idílico dominado por una estatua, pero el uso de la pintura, ligero como una pluma y vibrante en uno, mudo y teatral en el otro, convenció a Annie de que eran obra de distinta mano.

Continuaron, y compararon el cuadro con las interminables escenas de pastoras medio desnudas, *putti* descarados y lascivos espectadores masculinos. Annie pensó que aquellas mujeres no estaban tan solo desprovistas de ropajes, sino también de dignidad: estaban inclinadas en un estado que parecía suplicante y empalagoso. Los colores utilizados por el artista eran como el relleno de un bombón barato: azules claros y amarillos para el cielo, rosas para la carne, una bullanga de tonos pastel. Las dos mujeres se detuvieron entonces delante de *El baile*, de Jean-Baptiste Pater.

—Seguro que este es el cuadro que utilizó Carlo como inspiración para los escenarios de *El Rey Sol* —reflexionó Annie.

—¿Acaso los del cine tienen alguna vez una idea original? —cuestionó Evie que, como mucha gente, consideraba el cine como un pariente muy pobre de las demás artes.

—Los malos artistas copian; los buenos artistas roban —replicó Annie.

—¿Y eso quién lo dijo?

Annie se encogió de hombros.

—Un director de cine trabaja en muchas dimensiones y tener un telón de fondo adecuado resulta crucial. Podría decirse que es el equivalente a la preparación del lienzo para el pintor o el dominio excelente de la gramática para el escritor. Se trata de crear un ambiente, un mundo en el que pueda adentrarse el espectador.

—¿Crees, entonces, que esto es un plagio?

—Estoy segura de que Pater aprendió a base de copiar todo lo que se le ponía por delante y que su maestro aprendió copiando a la vez a su maestro. Somos unos copiones, todo el mundo —dijo Annie, pensando en el libro de recetas de Platina.

En el otro lado de la sala, el guía hablaba a los turistas sobre otro pintor, Antoine Watteau.

—Y aquí tenemos al pintor que inició el género que conocemos como *fête galante*, en el que se representan figuras elegantes vestidas con atuendos teatrales, de carácter histórico y de la época, al aire libre, con parques como escenario habitual—le oyó decir—. Hoy en día lo conocemos también como rococó.

Evie cruzó la sala y se abrió paso entre la gente sin soltar el cuadro.

—¡Ven, Annie, mira esto! —gritó.

Annie, abochornada por la conducta de su madre, se apartó discretamente

con la esperanza de que el guía no las relacionara.

—¡Annie, Annie! —siguió gritando Evie—. ¡Ven a mirar la cara de este tipo! ¡Es exactamente igual que el hombre de tu cuadro!

Evie se inclinó por encima del cordón rojo y acercó el cuadro de Annie a la pintura de Watteau.

Un empleado de la galería se levantó de un brinco de la silla y corrió hacia donde estaba Evie. Annie rezó en silencio para que Evie se sosegara y continuara tranquilamente la visita.

—¿No le parece que la similitud es sorprendente? —le preguntó Evie al guía.

El guía examinó con atención ambos cuadros.

—Veo similitudes, efectivamente. Es un artista muy copiado. Y con razón —añadió con tacto.

—Ustedes, los académicos, se asustan incluso de su propia sombra —dijo Evie groseramente, y se volvió hacia los turistas japoneses—. ¿Qué opinan ustedes? Vamos, utilicen los ojos y no las teorías, como este zoquete.

—Señora, guarde por favor una distancia respetuosa con las obras expuestas o tendré que pedirle que se marche —dijo el empleado.

—Tiene usted ojos, ¿acaso no lo ve? —dijo Evie, metiéndole el cuadro debajo de la nariz.

—Mi trabajo consiste en proteger las obras de arte.

Evie saltó por encima del cordón y se inclinó sobre el cuadro.

—Ambos tienen idéntica expresión compungida. Y la estatua es la misma.

Las observaciones de Evie quedaron ahogadas por el sonido de una alarma y de gente corriendo. En cuestión de segundos, los vigilantes de seguridad rodearon a Evie y, retirando el cordón, la agarraron por los brazos y la apartaron de los cuadros.

—No me maltraten —chilló—. No estaba haciendo nada malo. Amo el arte. A diferencia de ustedes, bárbaros. Suéltenme. Escribiré una carta explicándole todo esto al miembro del Parlamento que me representa.

Annie se quedó mirando cómo los guardias arrastraban a su madre a la fuerza hacia una puerta.

Los japoneses hablaban excitados entre ellos. Annie captó la mirada contrita del guía. «Lo siento», dijo el chico con los labios. Annie respondió con una mueca y abandonó la galería con toda la dignidad de la que fue capaz.

En el exterior del museo, Evie, con el cuadro bajo el brazo, animaba a otros

visitantes para que cambiaran de idea y no entraran.

—No entren ahí, está lleno de salvajes. Si te acercas demasiado a un cuadro para mirarlo, te echan a patadas.

—¿Has bebido? —le preguntó Annie al llegar a su lado—. Has tenido mucha suerte de que no te arrestaran y presentaran cargos contra ti.

—¿Quiénes son ellos para decir que, por el simple hecho de que tengan obras colgadas ahí dentro, todo lo demás es una mierda? —Y sujetando el cuadro delante de ella, Evie proclamó—: Creo en ti.

Annie se sentó en un murete. Evie estaba desarrollando una pauta de comportamiento que conocía a la perfección. Debía de haber tomado una copa antes de presentarse en su trabajo. El paseo y el aire fresco habían reactivado el alcohol en su organismo y había alcanzado el pico al lado del *Caballero sonriente*. Pronto empezaría el bajón. Evie lloraría, acabaría tomando otra copa, volvería a ser feliz, lo dejaría y así sucesivamente, una y otra vez.

Annie, con ganas de regresar a la calma relativa de la cocina de los Winkleman, se alejó de Evie. Ya se las apañaría su madre para volver solita al piso.

—Disculpe —dijo una voz a sus espaldas.

Annie se envolvió en el abrigo y aceleró el paso. A buen seguro, la galería no necesitaría para nada una declaración acerca de una chalada solitaria. Y a buen seguro podría alejarse del incidente sin más turbación.

—Señorita, por favor, espere. —El guía se puso a la altura de Annie y empezó a caminar a su lado—. Siento lo que ha pasado ahí dentro.

Annie no dijo nada. Notaba la cara ardiendo de vergüenza.

—Le he comprado una postal de algo que se parece mucho a ese cuadro. No es más que un dibujo, pero seguro que apreciará las similitudes —dijo, mostrándosela.

Annie se detuvo y cogió la postal, pero siguió sin mirar al guía.

—La señora tenía razón. Los dos cuadros se parecen mucho. Las figuras son muy similares... y también el fondo. Si quisiera explorarlo un poco más...

Annie lo interrumpió antes de que pudiera continuar.

—La verdad es que no me interesa. Esa cosa no me ha traído más que mala suerte.

—Si cambia de idea... —dijo el guía.

Pero Annie no volvió la vista atrás.

## Capítulo 5

A Barthomley Chesterfield Fitzroy St. George le gustaba la imagen que veía reflejada en el espejo de cuerpo entero. Tenía sesenta y nueve años pero conservaba la piel tersa con la cirugía y una figura ágil gracias a los ejercicios gimnásticos que realizaba a diario y la inhalación de cocaína de antes de las comidas. Sus ojos habían adquirido un tono azul acuoso, pero tenía la dentadura perfecta de un actor de Hollywood. Su cabello, grueso y abundante, era casi todo suyo y hasta el último rincón de su cuerpo exquisitamente acicalado y pulido gracias a un equipo integrado por manicuras, esteticistas y masajistas. A pesar de que ya nadie podría describirlo como un duendecillo, Barty (nombre con el que lo conocía la mayoría) se mantenía en «una forma terriblemente buena», como a él le gustaba decir.

—Ese encanto de hombre ha hecho un trabajo estupendo, ¿no te parece? —dijo Barty, evaluando el nuevo y estirado perfil de la mandíbula.

Lady Emeline Smythe, su secretaria para todos los temas de sociedad, de veintidós años de edad, movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Estás estupendo, la verdad.

Barty sonrió con elegancia; le daba toda la razón.

—La señal de que la cirugía ha sido perfecta—prosiguió— no es que la gente diga que te encuentra más joven, sino que te feliciten por tu buen aspecto. Y me ha salido a un precio terriblemente razonable —añadió—. Menos que un coche nuevo o un fin de semana en el Cap. A lo mejor, el verano que viene, me estiro la frente. El bótox te deja insensible.

—Mamá está celosísima —dijo Emeline—. Dice papá que tiene que elegir entre una cara nueva o un caballo nuevo.

El padre de Em era propietario de una finca de cuatro mil hectáreas en la mejor zona de Lincolnshire.

—¿Y no podría vender unos cuantos campos y regalarle las dos cosas? —

dijo Barty, que no comprendía las prioridades de la aristocracia.

—Dice papá que todas las tierras están en depósito para mi hermano —replicó pensativa Emeline—. Y dice también que más vale que me apresure y me case mientras tenga todavía una cara bonita o me quedaré aparcada en una estantería sin que nadie me quite el polvo.

Barty, aun sin decir nada, estaba de acuerdo con el padre. Em era ahora una chica adorable —labios carnosos, tez de melocotón, una naricilla respingona y melena rubia—, pero tenía uno de esos físicos que después del primer rubor de la juventud se quedaban en nada.

—Tu tía Joanna se ha abandonado —comentó Barty—. La vi donde los Devonshire la otra noche. Cuando se sentó, su trasero se derramó sobre el sofá como un queso brie maduro.

—Pobre tía Jo —dijo Emeline con sentimiento—. Nunca superó la pérdida de Topper.

—Creía que su esposo se llamaba Charles.

—Topper era su perro pequinés.

La conversación quedó interrumpida por la llegada de Frances, la secretaria personal de Barty, armada con un bolígrafo y varias invitaciones. Frances, ancha y robusta como un poni de raza Highland, vestía siempre como el ama de llaves de una escuela pública. Sus ojos miraban en direcciones opuestas, pero jamás se perdía nada y todo el mundo, Barty incluido, le tenía un poco de miedo.

—Tienes cuatro invitaciones para el fin de semana del 7 de junio: la jequesa de Alwabbi, el duque y la duquesa de Midlothian, Elliot Slicer y los Brommage —anunció Frances.

—Todas suenan de lo más aburrido —dijo Barty, sentándose en el sofá de color rosa palo—. ¿Quién de todos ellos tiene el mejor jardín? Estoy desesperado por ver una pincelada de color. Este invierno ha sido tan penoso que incluso los eléboros van con retraso.

Frances se cernió sobre él, invitaciones en mano. Barty cerró los ojos.

—A uno le gusta que en junio haya rosas. ¿Qué opinas, Em?

Barty abrió un ojo y miró a Emeline, a quien, en parte, tenía como empleada porque su padre era el marqués más guapo de Inglaterra, pero también por su supuesto dominio de la escena social.

—Seguramente, ni en Arabia ni en Texas debe de haber muchas rosas en junio. Los Brommage están en su barco, de modo que sugeriría los

Midlothian... Papá dice que tienen una finca preciosa.

Barty refunfuñó con exageración.

—¡Querida mía! El castillo lo tienen en el norte de Escocia y allí todo florece como mínimo un mes después que aquí. ¿Acaso tus padres no te han enseñado nada?

—Lo siento, Barty. Odio Escocia. Intento no ir nunca allí.

—¿Y no te parece que es eso lo que hacemos todos, querida mía, no te lo parece?

Frances hizo un mohín.

—Creo que lo mejor es que aceptes la invitación de los Alwabbi. Con todo ese petróleo, se hacen más ricos a cada segundo que pasa y nosotros estamos intentando poner en marcha un negocio.

—No utilices la palabra «negocio», querida. Es vulgar —dijo Barty en tono quejumbroso.

—¿Y no es vulgar tener comida en el plato y un techo sobre la cabeza? —replicó Frances, cortante.

—Se hará lo que Frances quiera —dijo sumisamente Barty.

—Aceptaré en tu nombre la invitación de sus Reales Altezas.

Frances sonrió con sequedad y se marchó.

El capricho más destacado de Barty (aunque él lo consideraba casi como una vocación) era el *cottage orné* que poseía en Regent's Park. Construido para la amante de un duque a finales del siglo XVIII, la Casa Blanca era un perfecto palacio en miniatura de estilo neoclásico obra del arquitecto James Stuart, «el Ateniense», erigido en un claro en medio del parque. Cuando los descendientes del duque de Plantagenet intentaron vender su herencia a promotores inmobiliarios, Barty desarrolló una apasionada campaña para salvarlo; convenció al juez de que le dejara comprarlo y restaurarlo para el país y, durante noventa días al año, abría al público los salones principales. La Casa Blanca engullía dinero a raudales, si no era el tejado era la fontanería, la caldera, las ventanas, los canalones o el cableado. Barty amaba su casita con una pasión desenfrenada y destinaba hasta el último penique de sus importantes ingresos a su mimado proyecto.

Un tremendo crujido de plástico y polietileno anunció la llegada de Bennie, el ayuda de cámara de Barty. Este adoptaba una personalidad distinta para cada cita social importante. Cuanto más pintoresco fuera el resultado, más

probabilidades había de que los paparazzi lo fotografieran, y la prensa, afirmaba, era buena para el negocio. Aunque, principalmente, la prensa era buena para el estado de ánimo de Barty; adoraba salir en las revistas. Le encantaba incluso el peor fotógrafo del mundo, excepto si iba con malas intenciones. Guardaba álbumes llenos de recortes de prensa y pasaba feliz las oscuras noches de invierno repasando fotografías de las fiestas a las que había asistido.

Los lunes por la mañana, Bennie y él comentaban los actos sociales de la semana y discutían los atuendos más estrafalarios para cada ocasión. Barthomley insistía en cuidar a la perfección hasta el último detalle. «Demos gracias a Dios por eBay», decía a menudo. Ese día, en honor al primer número uno de Elvis, se habían decidido por un look Teddy Boy. Bennie había recorrido tiendas de ropa de segunda mano hasta encontrar un traje original de los años cincuenta, unos zapatos con suela de crepé y una peluca con un exagerado tupé.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Bennie, mostrándole una chaqueta de color granate y una peluca negra ridícula.

—Me encanta, me encanta, me encanta. Esta solapa rosa me parece divina —dijo Barty, dando palmas.

Se puso la chaqueta y se miró en el espejo de tres hojas.

—Soy Elvis, literalmente —dijo Barty, sin ironía aparente—. Queridos, me preocupa ser demasiado convincente. ¿Y si luego resulta que nadie adivina que soy yo? —dijo, girando sobre sí mismo delante del espejo.

—¿Crees que el público de la noche de estreno de *El caballero de la rosa* pensará que el Rey ha decidido reencarnarse en la Royal Opera House? —razonó Bennie.

—¿Pero estoy guapo? —cuestionó Barthomley, preocupado por la posibilidad de que la combinación de aquella reluciente peluca negra y su piel clara de sesenta y nueve años de edad pudiera resultar poco halagüeña.

—¡Yo te echaría los tejos! —dijo Bennie, riendo.

—Cuidado. ¡A ver si te tomo la palabra!

Ambos sabían que no; Barthomley era de la opinión de que el sexo era algo terriblemente vulgar y que era mejor dejarlo para los jóvenes.

Incluso después de cincuenta años de estar en el ojo público, de ser

fotografiado con cualquier famoso de dentro y fuera de la ciudad, ningún integrante de su antiguo hogar, en Keddlesmere, había reconocido nunca a Barthomley ni se había puesto en contacto con él. Su yo más joven, nacido Reg Dunn el 14 de marzo de 1945, se había marchado de casa el 14 de marzo de 1960 y no había regresado jamás. Con quince años de edad, sabía que en Keddlesmere los «maricas» no tenían futuro. Despojándose de su antigua personalidad, como si de una muda de piel se tratara, se había creado una nueva identidad uniendo los nombres de los pueblos por los que había pasado hasta llegar a Londres en autoestop. Reg Dunn había muerto: larga vida a Barthomley Chesterfield Fitzroy St. George.

Su primera noche en la ciudad, Barthomley fue recogido en la estación de metro de Piccadilly Circus por un ministro tory, que recomendó el joven a sus colegas y, a partir de ahí, el joven Barty se graduó y pasó de «La Casa» a las casas señoriales de Inglaterra.

«Aprendí a los pies de los grandes —solía decir con orgullo—. Yo estaba de rodillas y ellos de pie».

En tan solo cinco años, Barty pasó de chico de alquiler a padrino de bodas. Y no fue solo porque Barthomley llegara a la mayoría de edad en una época en la que las diferencias de clase estaban difuminadas, en la que quedaba chic tener amigos de distintos estamentos sociales; la principal causa del éxito social de Barty fue un hecho muy simple: era una persona que mejoraba la vida de cualquiera. Independientemente de que te encontrases de cacería en un brezal escocés, a bordo de un tren real en Rajastán o tomando el té en casa de una duquesa viuda, estar con Barty lo hacía todo mucho más divertido. Su insaciable sed de vida, su habilidad para ver el ridículo (sobre todo en sí mismo) y su sincero amor por la gente resultaban irrimediamente cautivadores. Barthomley Chesterfield Fitzroy St. George acabó siendo conocido por todos como «el querido Barty» y los encuentros y las citas de la alta sociedad empezaron a planificarse según su disponibilidad. Su acento se fue puliendo y, en cuestión de una década, formaba una parte tan primordial de la vida de la clase alta que la mayoría daba por sentado su origen aristocrático.

Pero a diferencia de su nueva clase, Barty carecía de fondos fiduciarios, de tías solteras indulgentes y de estudios en los que apoyarse, y alternar constantemente por las fiestas de Inglaterra y ser el alma de todas ellas resultaba agotador. Barty anhelaba un poco de independencia, un *pied-à-terre*

donde poder escaparse a descansar y unos ahorrillos para la jubilación. Su carrera empezó por accidente: en 1979, con la caída del sha en Irán, Londres se llenó de repente de persas ricos exiliados con dinero que dilapidar pero sin ideas de cómo hacerlo. A cambio de unos honorarios, Barty empezó a dedicarse a encontrarles viviendas, decoradores, secretarias personales y sastres. Les mostraba qué bares y clubes debían frecuentar y los educaba en los múltiples matices de la vida británica. Ayudó a sus protegidos a celebrar fiestas monumentales y extravagantes. Pronto descubrió que, cuanto más altos eran sus honorarios, más feliz se sentía el cliente. Cuanto más cobraba él, más seguros se sentían ellos.

Barty nunca tuvo tarjetas de visita; nunca necesitó una descripción de su puesto de trabajo. Funcionaba estrictamente con el boca a boca. Los ricos necesitados lo localizaban enseguida.

«Considérenme una mezcla de una parte de Svengali, otra de Henry Higgins y una pincelada de Cedric Montdore», le decía a la gente, aunque pocos llegaban a captar aquellas referencias.

—Vamos, poned *Hound Dog* para crear ambiente —dijo Barty mientras se calzaba los zapatos con suela de crepé—. Venga, venga, Em, enchufa Spotify.

Emeline corrió a poner en marcha el equipo de música y en cuestión de segundos la voz de Elvis retumbó en la estancia. Barty cogió a Emeline de la mano y empezaron a bailar rock and roll. Y mientras bailaban, diversas secretarias entraron para formular preguntas.

—Barty, Mitch quiere cambiar de sastres e ir a Huntsman... No sé quién le ha dicho que eran los más antiguos —dijo Milly, una de las siete chicas que ayudaba a Barty en la gestión individual de los distintos clientes.

—Savile Row es del siglo pasado. Si quiere parecer un chow pei, pues es su problema.

—¿Eso del chow pei es un plato chino?

—Es un perro... ¿Es que no os enseñan nada en St. Mary's Ascot?

Amelia, que se encargaba de los sudamericanos, fue la siguiente:

—El primo de Carlos Braganza ha sido arrestado en Northolt por transportar cocaína en su avión privado y quiere saber si podrías ayudarlo.

—Llama a ese hombre tan encantador del Foreign Office que conocí en Highgrove.

Diandra, que se ocupaba de los rusos, parecía aturullada.

—Dmitri Voldakov quiere saber si puedes organizarle un chalé en Gstaad

con cabida para treinta personas.

—Dile que por supuesto que sí..., aunque tenga que construirlo con mis propias manos.

—Pilar ha despedido a su decorador, ¿podrías recomendarle otro? —preguntó Dambesi.

—¡Es el tercero en lo que va de mes! Tendré que pensármelo. Dile que ya me pondré en contacto con ella. ¿Vio alguna de vosotras anoche a M. Box Power en Mojos? Dios, mira que es sexy.

—Creía que anoche estuviste donde los Swindon.

—Era un poco aburrido, así que me pasé por Mojos. ¿Te parece demasiado exagerado este tupé?

—No, es perfecto.

—Se me está corriendo el rímel.

Barty, resoplando un poco, volvió a sentarse en el sofá rosa.

Frances reapareció y bajó la música.

—¿Qué pensará el ruso? —preguntó—. ¿No crees que deberías moderar un poco tu look antes de reunirte con un nuevo cliente?

—¿Qué ruso?

—Vladimir Antipovsky. Tienes una reunión con él dentro de veinticinco minutos en su nueva casa de Berkeley Square.

—Lo había olvidado por completo. Y quiero ir a la inauguración de Tim antes de la ópera.

Frances leyó las notas de su libreta.

—Vlad Antipovsky, cuarenta y un años, nacido en Smlinsk, una pequeña ciudad fronteriza con Siberia. Controla el cuarenta y tres por ciento del estaño del mundo. Valor estimado, ocho mil millones de dólares y subiendo. Ni esposa ni personas a su cargo que se sepa. Sin intereses conocidos. Otro de los expulsados repentinamente del régimen.

Barty se giró en redondo hacia Frances, sus ojos brillantes de excitación.

—Imagínate lo despreciable que debe de sentirse, y sin esposa ni personas a su cargo. Me encanta disponer de un lienzo en blanco. Piensa en el potencial. En la transformación. Miguel Ángel debió de sentir eso cuando encontró la pieza perfecta de mármol de Carrara: la mayoría vería un trozo de piedra, pero él vio el David. ¿Cuánto dinero has dicho que tiene?

—Ocho mil millones —repitió Frances.

—¿De libras o de dólares? —preguntó Emeline.

—Querida, qué vulgar puedes llegar a ser —observó Barty, regañándola.

Los empleados nuevos daban por hecho que el amor que Barty sentía por los nuevos ricos estaba motivado por la idea de la comisión que cobraría; se equivocaban. Barty adoraba su trabajo. Cada vez que rescataba de la oscuridad social y la ignorancia cultural a un cliente nuevo, Barty revivía su huida de Keddlesmere. La emoción no era económicamente cuantificable, siempre y cuando ganara lo bastante como para mantener abierta la Casa Blanca. A menudo decía que su tarjeta de visita, si la tuviera, diría de él que era «Alquimista»: «Cojo el dinero y la ignorancia, y los combino para crear un paraíso terrenal».

Bennie intentó hacer un ajuste final a la peluca, pero Barty ya iba hacia la puerta.

—Llévame a ver a mi ruso. Vamos, vamos. Corre, corre. No tenemos ni un momento que perder.

Vlad Antipovsky, completamente solo en su recientemente adquirida mansión de diecisiete dormitorios en Berkeley Square, estaba sumido en un profundo pozo de tristeza. Hacía justo cuarenta y cinco días que ocho hombres vestidos con traje negro habían irrumpido en su oficina de Moscú y le habían entregado un billete solo de ida con destino Londres. Le habían dado treinta minutos para recoger su despacho, con la amenaza de perder sus casas, sus negocios y su libertad en caso de no hacerlo. Habían alquilado una planta en el hotel Connaught a su nombre hasta que encontrara casa y oficinas. Siempre y cuando Vlad hiciera ese extraño favor a una persona anónima, no metiera la nariz donde no le convenía y se abstuviera de implicarse en actividades políticas y de hacer comentarios, podría conservar el sesenta y cinco por ciento de su fortuna y vivir sin miedo a ser asesinado o encarcelado. Si se portaba bien, podría visitar Courcheval para practicar deportes de invierno, St. Barts para disfrutar del sol invernal y Cap d'Antibes en agosto.

Vlad no cuestionó ni su autoridad ni sus intenciones; no era necesario. Justo el día antes, Anatoli Aknatova, que había sido un rico y poderoso oligarca, había aparecido en la televisión nacional, demacrado y esposado, después de vivir encerrado por quinto año consecutivo en una minúscula celda. Había otros ejemplos de hombres que se habían hecho demasiado ricos o que habían expresado alguna opinión hostil al régimen; desaparecían, simplemente. Un

accidente de avión o un infarto servían como recordatorio para todo el mundo de quién tenía de verdad el poder y de la rapidez y efectividad con que podía ejercerse dicho poder.

Vlad había ido directamente al aeropuerto. No tenía familia que llevarse con él, ni verdaderos amigos de los que despedirse, pero su corazón y su alma seguían enraizados en suelo ruso. Sin su amada madre patria, sus inmensos paisajes, su pobreza y su grandeza, la vida de Vlad había perdido su significado. Anteriormente había visitado Londres en varias ocasiones y su pequeña escala le había resultado deprimente. Y por lo que a las mujeres europeas se refería, le parecían ponis mineros: patas robustas y virtud mugrienta.

Cuando a finales de agosto llegó al Connaught, se encontró con un sobre que contenía información sobre su nueva cuenta bancaria y sus acciones. Para su sorpresa, podía retirar fondos sin previo aviso, con el acuerdo de un consignatario anónimo; sin embargo, podían sustraerle aquellos activos en cualquier momento y estaban condicionados a que Vlad se mantuviera alejado de Rusia e hiciera crecer su negocio un seis por ciento anual. Los nuevos coaccionistas, de los que no se mencionaba el nombre, tenían derecho a retirar capital también sin previo aviso. Vlad sabía perfectamente bien quién era ese accionista; no había autoridad más elevada.

Durante los primeros veinte días, Vlad apenas había salido de su habitación y había pasado las horas deambulando de un lado a otro de la suite, calibrando las distintas opciones, que eran extremadamente limitadas. La única línea de actuación consistía en instalarse en Inglaterra y esperar a que se produjera un cambio de régimen. Abrigaba en silencio el sueño de colaborar en un posible golpe de estado. Había suficientes rusos exiliados como para formar una alianza potente. Pero Vlad tenía demasiado miedo para expresar su sueño, incluso en privado; y sospechaba que los demás sentían lo mismo que él.

Intentó apaciguar la soledad abocándose al consumo, pidiendo chicas, coches y champán a través del servicio de habitaciones. Una semana más tarde, firmó el contrato de alquiler de una nueva oficina y compró una casa en Berkeley Square. Pasaron dos semanas más, y se dio cuenta de que desde su llegada a Inglaterra se había acostado con más chicas que en toda su vida. Era propietario de diecisiete coches y daba trabajo a cuatro secretarías, un mayordomo, dos ayudas de cámara, un chófer, tres guardaespaldas y once filipinos. Pero a pesar de toda aquella actividad, Vlad estaba terrible y

desesperadamente aburrido. Cuando dos amigos, Natalia y Stanislav, los únicos moscovitas que sabía que vivían felices en Londres, le sugirieron que conociera a Barty St. George, Vlad accedió, aun sin saber qué o a quién podía esperar.

Cuando el minúsculo y entrado en años Teddy Boy llegó a su casa vacía, Vlad dio por sentado que se trataba de una broma sofisticada.

—¡No me avisaron de que era usted tan guapo! Y grande. Muy grande. Mmm... —dijo Barty, corriendo hacia él con los brazos abiertos—. Querido mío, es usted tan delicioso como una tostada untada con pasta de anchoas. —Barty le dio un sonoro beso—. Y tan musculoso. Y tan alto. ¿Cuánto mide? ¿Dos metros, descalzo? —Rodeó a Vlad emitiendo sonidos de elogio—. ¿Sabía que la primera vez que entré en esta casa, en 1964, vivía en ella el conde de Honey? Podría contarle unas cuantas historias sobre aquella velada, pero se ve a la legua que es usted demasiado heterosexual como para poder valorarlas. Bunny Honey, como lo llamábamos, dilapidó toda su fortuna en siete años. Reconozco que colaboré un poco en ello. Qué fiestas montábamos. Divertidísimas.

Vlad se preguntó cómo responder a la broma de Natalia y Stanislav. Tal vez enviándoles a su finca un coche lleno de monos.

—¿Nos sentamos? —Barty echó un vistazo a la estancia vacía—. Veo que no tiene muebles. Eso lo solucionaremos enseguida. Ni cortinas. ¿Está durmiendo ya aquí?

—No, en el Connaught —dijo Vlad, preguntándose cómo regresar rápidamente al anonimato de la suite del hotel.

—El Connaught es fantasmagórico, ¿cómo lo aguanta? Bueno, da igual, echemos un vistazo por aquí.

Barty correteó por la casa para evaluar su estado y capturar su potencial. Vlad lo siguió, observando pasmado al Teddy Boy mientras este tomaba notas en una libretita con tapas de cuero.

—Estará preguntándose por qué estoy aquí y qué demonios puedo hacer por usted.

Barty miró a Vlad de un modo bondadoso y paternal. Comprendía que, a pesar de tanta altura y tanta potencia, a pesar de los millones que acumulaba en el banco, ese hombre que tenía a su lado estaba asustado y solo. No era el primer exiliado ruso al que Barty ayudaba.

—Por favor, hablar lento..., inglés no bueno —dijo Vlad, reconociendo que

aquel hombre tan raro le resultaba simpático; era como el médico de los mineros, cuyos modales amables son resultado de muchos años de tener que enfrentarse a desastres naturales.

—Mire, amigo, tener dinero y no divertirse ni hacer nada con él no tiene ningún sentido, ¿no le parece? Si es usted listo, ¡el dinero puede darle muy buena vida y aún más dinero! —Barty dio una palmada para subrayar sus palabras—. Yo lo veo de la siguiente manera: se trata de elegir. Puede pasarse el resto de la vida viviendo en ese hotel espantoso, frecuentando el Sketch y otras discotecas y retozando con niñas despampanantes en el jacuzzi. Disfrutar de vacaciones en Courcheval y St. Barts. Comprarse un avión más grande, tal vez un par de barcos. Con su dinero podrá comprarse también un asiento en la mesa principal de los miembros secundarios de la realeza. O puede seguir mis sugerencias y, muy pronto, presidentes, primeros ministros, e incluso algún que otro rey y reina serán los que estarán suplicando sentarse a su mesa.

—¿Rey, reina? —Vlad estaba perplejo.

Barty se dio cuenta de que aquel matón ruso no captaba sus referencias, de que no estaba adecuadamente impresionado. Tal vez acababa de tropezar con alguien a quien no conseguiría transformar, tal vez aquel hombre fuera el ejemplo que hacía realidad el dicho de que aunque la mona se vista de seda, mona se queda; quizá no pudiera metamorfosearse de crisálida a mariposa. Barty experimentó una intensa sensación de tedio. A lo mejor había llegado el momento de decir basta. Tenía casi setenta años. ¿Jubilación? El momento de levantar el pie, de dedicarse a cultivar rosas o de elegir un jovencito del sur de Francia con quien pasar la temporada. La idea era tentadora, pero no tan deliciosa como el reto que tenía enfrente.

—¿Conoce a mis encantadores clientes, Carbaritch y Vassonliswilli?

Vlad aguzó el oído. Por supuesto que los conocía. El minero ucraniano y el propietario de altos hornos georgiano eran auténticas leyendas en el Cáucaso. Dos hombres que habían hecho fortuna con el carbón y el acero, que se habían exiliado de sus respectivos países y habían resurgido como actores principales en el mundo de los mercados de valores. Carbaritch era ahora tan rico que podía permitirse comprar un estudio cinematográfico y una discográfica, la personificación del tipo rico que está en todas partes. Y lo que era más importante, tanto Carbaritch como Vassonliswilli parecían felices.

Barty comprendió que había dado en el blanco. El ruso lo había entendido. Se inclinó hacia delante y le dijo, empleando un tono conspirador:

—Todo obra mía. Cuando bajaron del avión eran unos miserables, unos don nadie. Yo los creé.

—¿Cómo los creó? —inquirió Vlad con escepticismo.

—Querido, les enseñé a vivir. Carbaritch (yo lo llamo Black Cabbie<sup>[1]</sup>, es tan travieso) llegó a Londres con una esposa menuda y carente de estilo y veinte mil millones. Ahora hay un ala de la Tate que lleva su nombre y ocupa uno de los asientos principales en Davos. Remodelamos a su esposa con el mejor cirujano de Hollywood, le hicimos seguir la dieta Dunkan, le pusimos dentadura nueva, joyas nuevas y ahora sale a comer con Dasha.

—¿Y Vassonliswilli?

—Hace diez años, el único caballo que había visto en su vida era un poni minero. Pero el año pasado, su caballo ganó la King George VI Chase. El año que viene, tiene todas las probabilidades del mundo en la Copa de Criadores. Me han dicho que Su Majestad tiene intención de pedirle que ocupe un asiento en el Palco Real de Ascot. No está nada mal para un gánster asesino.

Vlad miró automáticamente por encima del hombro. Vassonliswilli era famoso por su afición a apretar el gatillo, sobre todo con quienes lo criticaban.

—Roma no se construyó en un día; a mí me llevó un par de años.

Vlad observó desde la ventana la vista de la ciudad. Lloviznaba y solo se veía gris. Cielo gris, tejados gris plomizo, palomas grises cobijadas bajo canalones grises. De pronto, añoró intensamente el dramático paisaje de Siberia, sus enormes horizontes vacíos y sus ensordecedores vientos. ¿Cómo lograría convertir algo tan pequeño y pueblerino en su hogar, su futuro?

—¿Le he molestado? —preguntó Barty con ansiedad.

De repente, el gigantesco ruso parecía tremendamente triste y vulnerable, encogido en el interior de su cazadora de cuero.

—No, estaba pensando —respondió Vlad.

—¿En su casa? —inquirió Barty.

—Sí —dijo Vlad, sorprendido.

—Aún no he conocido a un emigrante ruso que no esté obsesionado por su país natal. No sé la de veces que, estando Rudolf Nureyev en la cúspide de su fama, tuve que acogerlo entre mis brazos porque lloraba por Mamá Rusia.

Vlad se quedó mirando a aquel excéntrico imitador de Elvis; iba vestido como un bufón, pero no era tonto, ni mucho menos.

Barty intuyó un cambio en el ambiente.

—Esta casa está bien, pero creo que este no es el lugar adecuado. Berkeley

Square está demodé. Tendría que instalarse en Chester Square. Si Dios hubiera existido, le habría puesto a ese lugar un nombre tres veces más largo. Una lástima que sea tan corto.

—¿Como el de la calle donde vive Natalia? —preguntó Vlad.

—Kensington Park Gardens, sí, en una de esas mansiones señoriales junto a Holland Park. Aditi Singh celebra una fiesta allí el jueves. Iremos.

—¿Aditi?

—Singh. Empresario, propietario de media India. Pagó la construcción del Garden Bridge sobre el Támesis y ahora el Puente de Singh se ha convertido en uno de los grandes hitos de Europa. De lo más inteligente. Tendríamos que pensar en algo de ese estilo para usted. Imagínese una torre Vlad Antipovsky embelleciendo para siempre el paisaje de Londres.

—¿Y los hobbies?

—Tiene, básicamente, tres alternativas. Caballos, coches o arte. Los árabes adoran los caballos porque, como bien sabe, el origen de todos los caballos de carreras se remonta a un par de sementales árabes. Razón por la cual todos los jeques lo consideran cosa suya. Los caballos, sin embargo, son arriesgados. Aun disponiendo de la mejor raza, del mejor entrenador y del mejor jockey, no hay garantía de éxito. Esos condenados animales tienen mucho carácter. El terreno ha de ser el adecuado, se resfrían, y rompen cosas, además. Y, entre usted y yo, la vida social que ofrecen es un poco limitada. Un pijo de cierto atractivo de vez en cuando y alguna que otra mirada de la reina, pero el resto se resume en mañanas gélidas, botas de agua y trajes de tweed; mucho paseo para poca acción.

A Vlad nunca le habían gustado mucho los caballos. La mina estaba llena de animales de aspecto desamparado cuya piel colgaba de sus huesos como una cortina y que observaban el mundo a través de una mirada de acuosa tristeza.

—¿Coches?

Le gustaba el sonido de los coches. Eran masculinos, excitantes y no exigían ningún tipo de inversión intelectual. Cualquiera podía hablar de juntas de culata o de carburadores.

—Tendría que ser Fórmula Uno, por supuesto —dijo Barty—. Necesitaría comprar parte de un equipo... McLaren, Fiat, ya sabe. Pero la gente del mundo de las carreras es deprimente, Dios. —Barty levantó los brazos—. Silverstone es como el hipódromo de Epsom pero mucho más ruidoso. Mi concepto del horror. No, tiene que ser el arte. ¡El arte es la respuesta! —exclamó Barty con

energía.

Vlad se quedó deprimido al instante. No tenía ni idea de arte. De hecho, no había visto ningún original hasta que con dieciocho años llegó a Moscú. Los termómetros marcaban veinticuatro grados bajo cero y para huir del frío había entrado en el museo municipal, que era gratis, un lugar que solo estaba un poquito más caldeado que la calle.

—No sé de arte.

—¡Nadie entiende de arte! Mucha gente finge entender, se inventa porquería pomposa sobre escuelas y movimientos, pero, francamente, no son más que pijotadas.

—¿Pijotadas?

—Bobadas. Chorradas. Fantochadas.

A Vlad no le sonaba ninguno de esos artistas. ¿No podría quedarse con cosas que conocía, como los Rolls, los Lamborghini o los Bentley? ¿Qué mal había en que fueran objetos prácticos?

Pero Barty se había puesto a bailar por el salón.

—¡Paredes! —exclamó Barty, agitando las manos—. Paredes, paredes, paredes, montones de paredes encantadoramente vacías. Ya me imagino obras de jóvenes artistas británicos entremezcladas con una pincelada de impresionismo abstracto del bueno.

Vlad miró también las paredes, aunque solo vio ladrillos y mortero, de su propiedad, el sueño de toda una vida hecho realidad. Las paredes de su casa de la infancia eran de escayola y madera contrachapada, estructuras ligeras de seis por seis metros que separaban la visión, pero no los sonidos; la respiración, los estornudos, las peleas, los estados de ánimo, buenos o malos, de los miembros de las distintas familias reverberaban por los apartamentos. Vlad nunca se acostumbró a la ausencia de intimidad física ni a tener que vivir en los minúsculos subespacios personales del diminuto apartamento de dos habitaciones. Nunca consiguió gestionar ni predecir la intromisión de aquellos sonidos; le resultaba imposible bloquear, y mucho menos anticipar, el momento en que los Yalta iniciarían una pelea, Leonard tropezaría con alguna cosa o los gemelos Smelty pondrían un disco.

—¿Qué colgaremos en ellas? Me inclino por algo de arte contemporáneo.

—No —replicó con firmeza Vlad.

—¿No? ¿Y qué le parecería algo de artistas muertos recientemente?

—No.

—¿Muertos hace cierto tiempo?

—Arte antiguo. Romántico.

—Oh, eso no, querido. Lo que compre carece de importancia, lo que importa es lo que conlleve. Estoy intentando darle a usted una vida. El arte moderno es diversión, luz y color. En el arte antiguo no se ve más que vino caliente y queso, tobillos gruesos y zapatos planos. El mundo del arte moderno gira en torno a martinis y sushi, Azzedine y Louboutin.

Vlad seguía sin tener ni idea de qué le decía aquel Elvis entrado en años, pero decidió asentir para que se callase.

Barty cogió entre sus pequeños y exquisitamente cuidados dedos las gigantescas manos de Vlad y miró al ruso a la cara.

—Nos divertiremos muchísimo. Mañana paso a recogerlo a las seis.

Barty soltó las manos del ruso, dio media vuelta y salió por la puerta. Se perdería el primer acto de *El caballero de la rosa*. Lady Montague estaría terriblemente enfadada —mañana tendría que enviarle un montón de rosas blancas—, pero a Barty le daba igual: aquel ruso sería una de sus mayores transformaciones.

## Capítulo 6

**D**eja que adivine en qué estás pensando. Chica encuentra cuadro; el cuadro resulta que vale una fortuna. Chica encuentra (por fin) chico con corazón. Chica vende cuadro, gana millones, se casa con chico, viven felices y comen perdices.

Espera que me meo. Sí, lo has oído bien, me meo, como solía decir la caja de latón para pasteles de Bernoff's (estaba decorada con *Los paraguas* de Renoir, lo que explicaría en cierto modo esta tendencia).

Para empezar, ¿soy una obra maestra? ¿Te fías de lo que te digo? ¿Cuál sería la definición de obra de arte? En el fondo, no es más que un cuadro que gusta a mucha gente. Pero si nadie puede verme, ¿cómo es posible llegar a un consenso?

Tal vez sea solo una broma. A lo mejor no soy más que un viejo farsante. Alguien que te está tomando el pelo, como decía el peluquero (era su único chiste).

De modo que da igual si soy lo que digo ser o no. Lo que importa es que me quieras. Tal vez en estos momentos no sepas todavía si me quieres, pero en cuanto te haya contado mi historia, en cuanto lo comprendas todo, absolutamente todo el mundo me querrá.

Mi futuro depende de que la gente crea que valgo algo y que necesito protección. El arte solo sobrevive cuando le toca la fibra sensible a alguien y ofrece solaz y consuelo. Un gran cuadro es una destilación de emociones y ofrece una mano empática más allá del tiempo y las circunstancias. Una composición maravillosa inspira tanto afinidad como armonía. No es de extrañar que los mortales se peleen por ser nuestros propietarios.

En estos momentos, valgo menos de cien libras, mi nadir más absoluto. La suma total de mis admiradores asciende a dos. Y uno de ellos, la vieja borracha, me ha manchado el follaje con mantequilla y grasas de origen

animal.

Incluso así, el joven guía me echó un segundo vistazo. Tal vez si Annie no hubiera vuelto la cabeza, se habría fijado en *moi* con más atención.

No pretendo ratificar con ello esa unión. Basta con ver el traje arrugado que llevaba. De segunda mano, imagino. El guía no es adinerado. Necesito prosperidad; mis posibilidades de ver amanecer otro siglo se incrementan con la riqueza. Cuanto más paguen por mí, mejor techo tendré y más tiempo sobreviviré. No se trata de incentivar la pana vieja. *Non*.

Pero volvamos al día de la visita al museo. A la tremenda ignominia de tener que compartir una bolsa con tres bocadillos. A Dios gracias que eran de ese queso edam viejo que no huele a nada y no de cheddar fundente o de stilton. Impactante, la verdad. E imagínate cómo me sentí luego cuando me exhibieron delante de aquel montón de viejos conocidos, entre ellos cuadros de segunda categoría de Pater y Lancret; simples imitadores de mi maestro.

Cuando me sacaron de la bolsa, hubo murmullos de reconocimiento, un jadeo de horror colectivo: si aquello podía pasarme a *moi*, es evidente que podía sucederle también a cualquiera de ellos.

En una vida anterior, había estado colgado junto con algunos de aquellos cuadros, como ese grupillo de Canalettos adquiridos por el primer marqués de Hertford. Canaletto, como todos sabemos, despachó aquellos paisajes venecianos con una frecuencia alarmante. Era un pintor atormentado por su propio éxito: sus interminables canales estaban tan valorados que el pobre Giovanni nunca pudo vender otra cosa. Imagínate lo aburrido que debía de ser tener que pintar y repintar siempre aquellas vías de agua tan apestosas.

Divago. Tengo esta mala costumbre. Se adquiere con la edad y la soledad. La cafetera de Bernoff's me llamaba El Predicador. Yo ignoraba la pulla. Te pediría, por favor, que siguieses leyendo si no quieres perderte ciertos detalles vitales de la trama. Podrías, incluso, aprender alguna cosa.

Volvamos a la Wallace. La mayoría de las obras de arte y piezas de mobiliario de esa venerable institución fueron adquiridas para exhibir la riqueza y el excelente gusto de su propietario. Los primeros Hertford no tenían ni idea de arte. Ni lo necesitaban: tenían esposas y asesores que les decían qué comprar y cuándo. Detrás de todo gran coleccionista siempre hay un ejército de marchantes, asesores y críticos. Pero esto no aminora la humillación que sentí cuando me sacaron como a un *lapin* de un *chapeau*, me manipuló de mala manera esa borracha, a la que casi encarcelan, me metió de nuevo en *plastique*

y me sacó otra vez al frío. Una vez fuera, la madre fraguó una pelea improvisada con la hija y se largó. No necesitaba ninguna excusa; el deseo de beber siempre sale victorioso. Annie la avisó y le dijo que esta vez no pensaba sacarla de la cárcel. Aunque todos sabemos que lo haría, claro. La necesidad de Annie de cuidar y proteger a su madre es tan fuerte como la necesidad de Evie de autodestruirse.

Evie me llevó de gira por varias tabernas, y estuvo a punto de olvidarse de mí en la barra, metido como estaba en mi bolsa de plástico, y no solo una vez, sino dos. Llegamos a «casa» muchísimas horas más tarde y me dejó tirado en un rincón. Uno casi siente nostalgia de Bernoff's. Jamás pensé que pudiera llegar a decir una cosa así.

Cuando Annie llegó a casa, su madre se había quedado dormida. Me sacó con cuidado de la bolsa, limpió con delicadeza la mantequilla que me ensuciaba el follaje y se quedó mirándome un buen rato. Aunque no estoy seguro de si pensaba en un antiguo amor perdido hace mucho tiempo o en *moi*.

Hurgó en el interior del bolso, extrajo la postal de la Wallace y la colocó justo a mi lado. Era un dibujo, no un cuadro, y a pesar de que no era un estudio de *moi*, la verdad es que se trataba de una escena similar: la misma delicadeza en vegetación, vestimenta, peinado y estado de ánimo.

Mi maestro dibujaba sin parar, simplemente porque adoraba hacerlo. En dibujo ninguno de los grandes maestros lo ha superado. Pregúntale a un Rubens o a un Rafael quién es el dibujante más brillante y original. Vamos, consúltalo con un Rembrandt o un Tiziano, ya que estás. Antoine siempre ocupa el primer lugar. De hecho, diría que no tiene igual en cuanto a la chispa que imprime a las líneas del lápiz. Poseía una libertad de trazo y una ligereza sin parangón. Con unos pocos movimientos rápidos con tiza roja, negra y blanca, normalmente sobre papel gris, capturaba la sutileza del perfil de una persona, hacía cantar las mejillas con rubores purpúreos y daba vida a los ojos con un resplandor luminoso. Otro efecto de una incandescencia brillante era aplicar blanco junto al borde negro, un detalle que incorporaba luces y sombras encantadoras. Le gustaba en especial dibujar el dorso de las figuras, para con ello capturar los *coiffures* del periodo. No contaba con mucho dinero para pagar modelos, de manera que tenía que sorprenderlas sin que se dieran cuenta de ello, en salones, en los parques.

Los bocetos de los paisajes los realizaba con tiza roja, *pensées à la sanguine* (que no es un plato nacional). Los estudios de la vegetación y de la

corteza de los árboles exhibían una exactitud y un cuidado minuciosos. Su toque era tan delicado como la caricia de los pétalos de una flor o de una mariposa en pleno vuelo. Un estilo casi impresionista separa las briznas de hierba en una orilla cubierta de flores. En estos extraordinarios bocetos, mi maestro introducía toques de pintura de la manera más sutil, como si los fragmentos de color hubieran llegado de improvviso. Pintaba en oro y miel y cada pincelada estaba en sintonía con el estado de ánimo del momento, *l'heure exquise*. Sus paisajes resplandecían con el brillo intenso del mediodía, sus figuras parecían faros de suprema elegancia; sus damas desprendían rayos entre las faldas de seda, mientras que las mangas recortadas a la perfección de los caballeros eran como deslumbrantes linternas. Las bellezas que representaba gozaban de una *désinvolture* especial (busca un diccionario). Mi maestro era el poeta pintor de las fantasías más ideales; su obra era tan dulce y tan libre como el aliento del cielo.

Me gusta pensar que Annie escuchaba o intuía todas estas cosas; y que el genio de mi maestro brillaba entre la suciedad y el barniz. Porque diez minutos después, su mirada pasó de la postal a mi superficie y examinó con detalle las figuras, los árboles y la fuente.

Luego miró el dorso de la postal y vio que había un número escrito, y un nombre, Jesse. Sonrió. Me sentí abrumado. Es extremadamente hermosa. Por supuesto, no lo llamaré nunca; simplemente, son cosas que no se hacen.

## Capítulo 7

En su imaginación, y según la receta (escrita hacía cuatrocientos años, cierto), Annie visualizaba y saboreaba la tarta: un dulce perfecto elaborado con pistacho y peras flotando sobre natillas aromatizadas con granada y geranio. A pesar de que había seguido las instrucciones al pie de la letra y hasta la última pizca de azúcar, el pudín se negaba a asentarse. Eran las tres de la mañana y faltaban menos de diecisiete horas para que los primeros invitados tomaran asiento en la mesa de los Winkleman. Las lágrimas de Annie caían sin cesar en el cuenco de la mezcla; no lloraba porque le hubiese salido mal, sino porque ansiaba con desesperación que le saliese bien.

En el transcurso de los últimos seis días, había dormido poquísimo; el miedo y la emoción la mantenían en vela. La cena era la oportunidad perfecta para crear un banquete memorable y delicioso, y también el escenario adecuado para poner a prueba una teoría que albergaba en secreto. Annie creía que el sabor y los aromas tenían el poder de transportar a la gente desde el presente a otros lugares. A veces, era un viaje hacia un estado de ánimo distinto, pero era también una forma de viaje en el tiempo. Para Annie, el sutil aroma de la hierba cortada, o la esencia de las agujas de pino, un suflé de queso recién hecho, el olor del escaramujo o de un chaparrón sobre las hojas de otoño conjuraban la presencia de antiguos veranos. En la cena de los Winkleman quería conseguir que los invitados viajaran a un mundo que Caravaggio habría reconocido; que dejaran atrás el siglo XXI, aunque fuese solo por unas horas, y que se sumergiesen en cuerpo y alma en el siglo XVI.

En la cocina de su casa, rodeada por un exiguo repertorio de cuencos y cacerolas, Annie estaba sumida en la desesperación. Corría el peligro de perder a la vez su trabajo y su fantasía. Cerró el gas, entró en la habitación, se tumbó completamente vestida al lado de su madre y se quedó dormida al

momento. Poco después, se despertó con el chirrido de los frenos del camión de la basura y permaneció unos instantes prestando atención al estrépito de los cubos. Tal vez, pensó, debería decirle a Rebecca que buscara a otra persona o que apostara sobre seguro con un chef temporal de solvencia demostrada; Londres tenía que estar lleno a rebosar de cocineros. Transcurridos un par de segundos, se sentó en la cama: no pensaba rendirse tan fácilmente.

Salió de la habitación y fue directa a la mesa de la cocina, que estaba cubierta por completo con libros de la biblioteca y fotocopias de recetas de la época de Caravaggio. Los dos primeros platos los tenía decididos: codornices deshuesadas y pochadas en vino acompañadas con ñoquis aderezados con una salsa de queso *ricotta* y berros, seguidas por ternera asada adornada con lágrimas de cebolla, remolacha y uva. El pudín, razonó Annie, tenía que ser ligero, afrutado, para limpiar el paladar. Tal vez, pensó, ojeando las distintas opciones, esté haciéndolo demasiado complicado. Pasó de las recetas romanas y sicilianas a las napolitanas. Se planteó y descartó las tartaletas de mazapán, los pastelitos de ciruelas y cerezas ácidas, una ensalada de flores y rebanadas de pan empapadas en leche y fritas con azúcar y canela. En un sobado libro, encontró el pudín perfecto: finas lonchas de membrillo y pera pochadas en miel y agua de rosas. Encontrar esas frutas no le resultaría complicado. Decidió añadirle, a modo de decoración, semillas de granada, por su color rubí, y minúsculas hojas verdes de geranio pensamiento perfumado. Miró el reloj y vio que ya eran las ocho de la mañana. Faltaban solo doce horas para que el primer invitado se sentara a la mesa. Encendió el ordenador y envió por correo electrónico a la imprenta el menú final para que pudieran preparar las tarjetas para cada invitado.

Septimus Ward-Thomas tenía un problema y, a su entender, era irresoluble. Su institución, la National Gallery, se había visto obligada a aceptar otro recorte significativo de la subvención que recibía del gobierno y, al mismo tiempo, tenía que aumentar tanto los programas como el horario de apertura. Y eso que el personal estaba ya mal pagado y sobreexplotado.

—El país se enfrenta a una crisis económica sin precedentes y tenemos que evaluar los méritos relativos de los bancos de alimentos con respecto a los museos —dijo Curtis Wheeler, asesor especial del ministro en el departamento de Cultura—. El ministro comprende la situación, pero si no

aparece algo sustancioso y persuasivo en la revisión de presupuestos de la semana que viene..., ya sabe.

—Ya sé —repitió débilmente Ward-Thomas.

—Tiene como oponentes la salud y la educación —dijo el asesor especial.

—Las subvenciones al arte representan una proporción minúscula del presupuesto general.

—Es una cuestión de percepción.

—El número de visitantes está alcanzando cifras récord —protestó Ward-Thomas.

—Pero no consigue llegar a los grupos de población minoritarios.

—Siete millones es un porcentaje enorme.

—¿Pero considera que es el porcentaje adecuado? ¿O hay demasiados estudiantes, extranjeros y mochileros?

El director le echaba a Wheeler unos veintiocho años de edad y lo consideraba el ejemplo perfecto de la cosecha de asesores políticos jóvenes y ambiciosos que había salido de la universidad y había entrado directamente en el parlamento, pasando de despacho en despacho sin siquiera olisquear el mundo real.

—El problema está —dijo Ward-Thomas con tristeza— en cómo justificar algo que por su misma naturaleza es tan incalculable. No existe ninguna máquina capaz de medir el efecto transformador de la belleza, o la importancia de la contemplación, ni siquiera la cantidad de felicidad que inspira una visita a este museo.

Mientras hablaba, Ward-Thomas vio de refilón, por detrás de la cabeza del asesor, su imagen reflejada en un espejo. Se le veía agotado: estaba agotado. Celebrado como una de las estrellas más jóvenes de su generación cuando, quince años atrás, fue nombrado director de la National Gallery, Ward-Thomas parecía un hombre de setenta y cinco años, no de cincuenta y cinco, la edad que en realidad tenía. Su paso, otrora garboso, se había vuelto pesado y sus ojos estaban permanentemente enrojecidos debido a la falta de sueño. Cuando era el joven conservador del museo, había sido un rompecorazones, con su mata de cabello rubio, su expresión socarrona y su característico pañuelo rojo llamativamente anudado al cuello. Ahora, el pañuelo había desaparecido, junto con la mayor parte del pelo, y solo un puñado de mujeres intelectualoides se molestaba en coquetear con él.

—Su problema es que todo el material que expone está *passé* —dijo

Wheeler, pasándose la mano por un cabello con un corte a la última.

—¿Passé? —cuestionó con incredulidad Ward-Thomas. ¿Cómo era posible que alguien pudiera describir obras tan bellas como pasadas de moda? ¿Acaso su antigüedad no era motivo de celebración y su supervivencia una demostración de que aquellos cuadros eran demasiado potentes e importantes como para desaparecer por estar considerados obsoletos?—. Soy de la opinión de que es un gran consuelo que el tema del sufrimiento y la dicha sean recurrentes de una generación a otra —dijo, retorciéndose las manos.

—Con *passé* me refiero a anticuado —replicó Wheeler con firmeza.

—¿Anticuado? —dijo Ward-Thomas, conteniendo lágrimas de frustración.

Confundiendo el origen de los ojos acuosos de Ward-Thomas, Wheeler descansó la mano en su brazo.

—Debería estar dirigiendo la Tate Gallery desde hace tiempo. Allí exponen artistas vivos que pueden explicar lo que hacen y por qué.

Ward-Thomas bajó la vista hacia la mano blanca posada en su brazo y, a continuación, levantó la cabeza y dijo:

—Tenemos que matar el arte moderno.

—¿Perdón? —dijo Wheeler, retirando rápidamente la mano.

—Es una frase de Picasso —le explicó Ward-Thomas—. Lo que quería decir es que, en cuanto una cosa existe, deja de ser verdaderamente moderna.

—Estudié a Picasso en el colegio —dijo Wheeler, añadiendo luego una risilla nerviosa.

—Ojalá viviéramos aún en el siglo XVIII —se lamentó Ward-Thomas—. De ser así, la mayoría de los cuadros que exponemos aquí nos parecerían espantosamente modernos. Al fin y al cabo, el tiempo es una simple cuestión de percepción.

—Por otro lado —dijo Wheeler—, siempre se puede contar con que los artistas de la Tate se comporten mal, creen controversia, hagan hablar a la gente.

—Puedo asegurarle que nadie se comportó peor que Caravaggio —dijo Ward-Thomas—. No solo bebía, sino que también asesinaba.

—¿En qué periodo vivió? —preguntó Wheeler, de pronto interesado.

—De 1571 a 1610, más o menos.

—Así que no aparecerá en la prensa sensacionalista por liarla en una discoteca, ¿no? —dijo Wheeler, soltando una carcajada por su propio chiste.

—La gente habla de los viejos maestros —replicó Ward-Thomas.

—Pues yo no oigo nada.

—Tal vez no sea el tipo de gente que usted frecuenta.

—¿Los peces gordos, entonces? —dijo Wheeler, con una ironía innecesaria.

Ward-Thomas se recostó en la silla y miró por la ventana hacia Trafalgar Square y la columna desde la que Nelson dominaba Londres. Los artistas callejeros y los turistas ahogaban prácticamente el ruido del tráfico y la voz de un músico que entonaba una famosa canción folk, acompañado por el sonido de un amplificador distorsionado.

Le habría gustado contarle a Wheeler que había una señora que llevaba sesenta años visitando la National Gallery para deleitarse ante un Canaletto que le recordaba a su amante caído, aunque no olvidado, durante la Segunda Guerra Mundial. O explicarle las miradas reverenciales de los niños cuando, boquiabiertos, descubrían a *Whistlejacket*, el caballo pintado a tamaño natural por Stubbs. Se preguntó si Wheeler creería que había visitantes que acudían al museo con el simple fin de encontrar un espacio tranquilo y contemplativo lejos del tedio y el estrés de la vida diaria, o que los había que veían en esos cuadros rayos de esperanza que demostraban que la lucha humana es eterna y universal.

Wheeler había sacado una libretita roja y un lápiz y miraba al director con expectación.

—Cuando era joven y empezaba en este mundo, bastaba con amar y conocer el arte —dijo pensativo Ward-Thomas.

—Todavía puede conocerlo y amarlo —dijo Wheeler—. Pero si lo que espera son más subvenciones del gobierno, le diré que hay más cajones que llenar. El ministro está de su lado, pero necesita algo sustancioso que poder presentar, algo que llame la atención del Tesoro.

Ward-Thomas rememoró entonces la reunión de la junta que había mantenido recientemente y a Ayesha Sen, una de sus compañeras más jóvenes, que siempre proponía formas «modernas» de promocionar el arte.

—Tenemos un programa muy interesante para madres solteras —dijo Ward-Thomas algo avergonzado, puesto que en numerosas ocasiones había intentado echar atrás esa idea de Sen—. Vienen al museo y les enseñamos muchos cuadros de la Virgen y el Niño; les ayuda a eliminar ese estigma.

—¿Y cómo reaccionan?

—Bien, siempre y cuando al final les demos té y galletas gratis.

—Lo añadiré al formulario —dijo Wheeler, anotándolo en la libreta.

—Luego está también el club de jóvenes delincuentes. Los traen desde Feltham y les mostramos algunas de las obras más duras que tenemos expuestas, cosas de Caravaggio o de Rubens. Les hace sentirse menos estigmatizados —dijo Ward-Thomas, sin añadir que era otra de las ideas de Sen.

—Eso me gusta —comentó Wheeler, pensando que por fin salía a la luz una historia, algo que poder contarle al ministro, para quien describir los méritos del arte o de los museos era casi imposible; para él, eran simplemente lugares donde cobijarse de la lluvia, como marquesinas de autobús de tamaño gigante —. ¡Ya lo tengo! —exclamó entonces, saltando de la silla y empezando a dar vueltas por la estancia—. ¿Por qué no instalan wifi gratuito para que todos los estudiantes de Londres acudan en tropel al museo? Las cifras ascenderían vertiginosamente.

Ward-Thomas se imaginó los suelos de su bella galería repletos de estudiantes mascando chicle, chequeando constantemente el correo y hablando a través de Skype con sus amigos. El corazón le dio un vuelco.

Pero, de pronto, se oyó decir:

—Los viernes abrimos hasta altas horas de la noche para animar a los jóvenes a conocerse y relacionarse en este entorno.

Ward-Thomas no añadió que se había opuesto con firmeza a esta nueva iniciativa de Sen.

—¡Noches para conocerse y relacionarse! Me encanta. —Wheeler lo anotó también—. A lo mejor podría venir incluso el ministro... Como seguro habrá leído en el *Daily Mail*, vuelve a estar soltero.

—No leo el *Mail* —dijo Ward-Thomas.

Por primera vez en toda la entrevista, Wheeler pareció realmente interesado.

—No lo está diciendo en serio. Es el placer oculto de todo el mundo.

—El mío son las galletas de mantequilla rellenas.

Curtis Wheeler cerró con el capuchón su bolígrafo y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Será mejor que me marche y escriba mi informe. Quién sabe, tal vez le vea en una de esas noches para conocerse y relacionarse.

Ward-Thomas sonrió débilmente y se levantó para estrecharle la mano al joven.

Cuando Wheeler se hubo marchado, Ward-Thomas se dejó caer de nuevo en la silla y escondió la cabeza entre las manos. Ser nombrado director de la colección de viejos maestros más perfecta del mundo había sido ver sus sueños hechos realidad, pero nunca había imaginado que un nombramiento tan glorioso e ilustre como aquel vendría acompañado por tantos añadidos inesperados e inoportunos. Miró el reloj y vio que era casi mediodía. En menos de una hora debía guiar por el museo a un grupo de coleccionistas norteamericanos, después tenía reunión con el comité económico y más tarde reunión con la junta. Y luego, por la noche, tenía la cena que los marchantes de obras de arte de época más importantes de Londres, Rebecca y Memling Winkleman, ofrecían en honor de Melanie Appledore, la coleccionista norteamericana.

La sensación de profundo tedio fue interrumpida por una llamada en la puerta.

—Adelante —dijo.

—¿Tienes un momento? —Era Ayesha Sen, rebotante de ambición—. Tengo una idea.

Sin esperar a escucharla, Ward-Thomas miró a Sen de arriba abajo y dijo:

—Ayesha, voy a darte un consejo. Ten cuidado con lo que deseas. Ten mucho cuidado.

A un kilómetro de allí, en Houghton Street, en la sala de juntas de la casa de subastas Monachorum, en una reunión de emergencia de la junta directiva, el conde de Beachendon intentaba explicar las importantes pérdidas sufridas últimamente. La sala tenía suelos de caoba y paredes de mármol. Impresionantes columnas dóricas también de caoba sostenían el techo decorado. Los susurros resonaban débilmente, las voces subidas de tono reverberaban como disparos. Esa mañana, la cacofonía de irritabilidad que emanaba de los miembros de la junta taladraba las sienas del conde. Sacó del bolsillo un pañuelo blanco limpio y se secó su brillante cabeza calva, intentando con el gesto alisar el escaso pelo que le quedaba. El conde tenía esa desagradecida tez rosada que sube tremendamente de color en momentos de turbación o de esfuerzo. Bajó la vista hacia la brillante superficie de la mesa de caoba y vio que tenía la cara roja como una cereza.

—¿Por qué garantizó esos precios? —preguntó Abel Mount, el presidente

de la junta, moviendo la cabeza con incredulidad.

Mount, antiguo director de la Bolsa de Londres, era aficionado al oporto y poseía una nariz que parecía un trozo de queso stilton y que tenía la costumbre de frotarse cuando estaba enfadado.

—Todas las casas de subastas de Londres, París y Nueva York andaban detrás de esta colección. Dejando aparte la Lloyd Webbers, Harry Danes posee el conjunto de pinturas prerrafaelistas más exquisito que puede encontrarse en manos privadas —dijo Beachendon, moviéndose con incomodidad en la silla.

—¿Y qué pasó con los pujadores a la baja? Es un secreto a voces que toda venta importante tiene un garante.

—Los cataríes me fallaron en el último momento —respondió el conde de Beachendon notando que un hilillo de sudor empezaba a deslizarse desde la nuca hacia la espalda.

—¡Pero hay que seguir adelante y prometer a los vendedores la estimación máxima más un diez por ciento! —exclamó Mount, frotándose con fuerza la probóscide.

—La semana anterior, se vendió un Burne-Jones por el doble de su estimación —protestó Beachendon.

—James, no es mi intención decirle cómo debe hacer su trabajo —dijo Rachel Westcott-Smith, inclinándose por encima de la mesa. Los doce miembros de la junta sabían que era justo lo que iba a hacer. Westcott-Smith, directora de un fondo de inversión norteamericano que gestionaba diecisiete mil millones de dólares, había adquirido recientemente el diez por ciento de Monachorum—. Pero ya conoce las reglas: jamás corremos riesgos estúpidos. Fue una locura de apuesta —dijo.

El hilillo de sudor se había transformado en un arroyuelo y Beachendon se preguntó si habría traspasado la camisa y alcanzado la chaqueta.

—Resulta extremadamente complicado asegurarse colecciones tan sublimes como esa sin disponer de algún tipo de garantía —dijo Beachendon—. Denham's ofreció a los herederos el valor de la estimación más un ocho por ciento.

—¿Lo ofreció en serio o iba simplemente de farol?

Beachendon se vio obligado a reconocer que no había verificado la oferta.

—El problema es, James, que hemos pasado de ocupar el primer puesto como la casa de subastas más rentable y antigua de Londres a ser una

institución de ciento cincuenta años que está al borde de la bancarrota. Hemos gestionado miles de propiedades, ventas, subastas y todo lo demás, pero, gracias a su catastrófico criterio, nos enfrentamos ahora a una deuda de trescientos millones de libras.

—Y eso no es todo —dijo Abel Mount—: ¿Qué noticias hay sobre las tres demandas por falsas atribuciones que tenemos pendientes?

—De hecho son cuatro —le interrumpió Roger Linterman, el abogado de la compañía—. Está el *Hombre en una esclusa con caballo* de Constable, los jarrones de púrpura de Howard, el supuesto Pieter de Hooch y el seguidor de Tiziano.

—¿Podríamos repasarlas una por una, James? —preguntó Rachel con gélida educación.

Beachendon no sabía a quién aborrecía más: si a Rachel Westcott-Smith, que tenía su jet G5 privado ronroneando con impaciencia en el aeródromo de Northolt; a Abel Mount, que si estaba en la junta era precisamente por recomendación de Beachendon; o a Roger Linterman, que intentaba promocionarse al precio que fuera. Además de todo esto, los competidores de Monachorum trabajaban cada vez mejor. En los últimos meses, unos rusos habían adquirido Bratby & Sons, que en su día no era más que una pequeña y polvorienta casa de subastas sin apenas futuro, y le habían hecho un lavado de cara, mientras que su principal rival, Conrad and Flight, había sustituido a su consejero delegado de toda la vida por un exvicepresidente de una compañía tecnológica que era aficionado a la guitarra y que había triplicado sus beneficios en una sola temporada haciendo entrar a la firma en la era digital.

Beachendon sabía que tenía los días contados. Y lo único que deseaba era poder aguantar el tiempo suficiente como para conseguir que sus dos hijas menores, las dos últimas lady Halfpenny, pudiesen terminar los estudios en St. Mary's Ascot con buenas notas.

—Han sido todo casos desafortunados —replicó Beachendon, sirviéndose de sus modales más refinados para apaciguar las caras de preocupación que lo rodeaban.

—¿Califica un falso Constable de desafortunado? —cuestionó Rachel.

Beachendon bajó la vista.

—El cuadro llevaba trescientos años encerrado en el castillo de Tamoka y la familia había sido en su día propietaria de tres Constables.

—Era un secreto a voces que cuando en la década de 1860 vendieron los

Constables auténticos mandaron hacer copias para llenar los espacios vacíos —dijo Rachel—. Roger, ¿por cuánto nos demandan en este caso?

—Están los treinta millones del precio de venta, más los impuestos, las comisiones y otros veinte millones en concepto de daños personales y perjuicios. Y además van a presentar otra demanda contra la casa por incompetencia.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Herman van Pampe.

—Básicamente significa que no estamos capacitados para llevar a cabo nuestro trabajo.

—Fantástico —espetó Rachel.

—Pasemos a los jarrones de pórfido de Howard —dijo con firmeza Abel Mount.

—Un caso muy desafortunado —reconoció Beachendon—. Creíamos tener la autorización del único y exclusivo propietario de los jarrones por sucesión de titularidad. —Dudó un momento—. Pero luego resultó que los objetos eran propiedad del primo del vendedor. Una vez cerrada la venta, el primo, que vivía en Tasmania, reapareció de repente y pidió la devolución de los objetos.

—¿Y ahora dónde están? —preguntó Herman.

—No estamos del todo seguros. Tenemos el dinero en el banco, pero el vendedor se llevó los jarrones a su casa, dondequiera que esté ahora.

—Si tiene usted el dinero, a buen seguro tendrá también una dirección. Esa persona no se presentaría aquí con un maletín cargado de dinero y ya está. ¿A cuánto ascendieron? Cuatro millones de libras o algo así, ¿no? —Florian Gray llevaba diez años ocupando un asiento en la junta directiva; era la primera vez que lo oían hablar.

—La transacción se realizó mediante una transferencia directa desde un banco de las islas Caimán. No es un caso excepcional.

—¿Estamos entonces ante una operación de blanqueo de dinero? —preguntó Rachel.

—Podría serlo.

—La policía está repasando todas las transacciones que hemos llevado a cabo en los últimos cinco años para ver si hemos estado implicados en operaciones ilegales de blanqueo de capitales —dijo Linterman.

—Y ahora el Pieter de Hooch... Una situación prácticamente inevitable —dijo Beachendon.

—¿No detectar una falsificación es inevitable? —cuestionó con

escepticismo Rachel.

—El inmenso Van Meegeren atacó de nuevo —replicó Beachendon—. No somos ni los primeros ni los últimos que caen víctimas del engaño del mayor falsificador del mundo.

—Lo dice como si estuviéramos hablando de una cantidad insignificante —lo interrumpió Rachel.

—Siete millones no es ninguna nimiedad, por supuesto —dijo Beachendon, notando que el rubor le llegaba hasta las sienes—, pero al menos el Van Meegeren tiene también su valor. Podemos sacarle varios cientos de miles de libras.

—¿Que esa falsificación vale algo? —preguntó Herman con incredulidad.

—Hoy en día, las obras de un maestro de la falsificación se consideran importantes —le explicó Beachendon—. Tengo clientes que cuelgan sus obras con una plaquita que reza: Tal y tal, de Tal y tal, realizado por Meter van Meegeren.

—Todo esto que cuenta sería interesante si estuviéramos hablando de una pequeña pérdida —dijo Rachel—, pero esta falsificación nos ha costado siete millones más una gran pérdida de prestigio.

—Tristemente es cierto —reconoció Beachendon, consciente de que el sudor se había filtrado más allá de la camisa y alcanzado la chaqueta.

—¿Nos deja unos minutos solos, James? —le pidió el presidente al conde de Beachendon.

—Sí, por supuesto.

Le dio un vuelco el corazón al comprender que, con toda seguridad, estaba a punto de ser despedido. Pensó en su siempre sufridora esposa, en su hijo y en sus encantadoras hijas... A lo mejor, Pimlico Academy acababa gustándoles. Tendrían que apañárselas solo con la casita de vacaciones. Podían vender su casa de Balham y mudarse a Lewisham. Por la noche tenía la cena con Winkleman; tal vez el marchante de arte le ofreciera un trabajo, un estipendio a cambio de un título aristocrático auténtico que lucir bajo el membrete.

Barty y su amiga, Delores Ryan, la historiadora del arte, estaban sentados el uno junto al otro en la amplia cama de matrimonio. Se reunían a menudo para compartir chismorreos, comida china y ponerse al corriente de los culebrones de televisión. Barty tenía la cara oculta detrás de una mascarilla facial de

color rosa, Delores detrás de una de color avena.

A diferencia de las majestuosas estancias de la planta baja de la Casa Blanca, las dependencias personales de Barty, que ocupaban las antiguas habitaciones de los criados, eran espartanas. Todas las superficies estaban pintadas de blanco immaculado. Las cortinas habían sido confeccionadas con gruesa cachemira de color crema e incluso la alfombra era de la más exquisita lana blanca de Axminster. Barty no era una persona hogareña, apenas andaba por casa. Vivía la vida en casa de los otros. Además, tener que aferrarse a un estilo de decoración o comprometerse con un objeto en concreto era un anatema para el quijotesco alquimista.

—Te digo que se la tira —dijo Delores, señalando el televisor con un palillo.

—No seas tan vulgar, querida —le reprochó Barty.

—Cuéntame lo de Sasha —le instó Delores, refiriéndose a una amiga que tenían en común.

—Lo único que hizo fue casarse con un hombre rico; pero ahora corre grave peligro de ahogarse en un mar de engreimiento.

—Al menos estará divirtiéndose.

—Santo cielo, no, se ha vuelto filantrópica y por lo visto se dedica ella solita a mantener operativos todos los museos y hospicios del país.

—John ha escrito otro libro sobre la historia del gusto.

—Se me encoge el corazón solo de pensarlo. Nos contará todo lo que necesitamos saber sobre el tema e incluso un poco más.

—En la crítica que ha hecho del libro, Trichcombe Abufel lo califica groseramente de «una carga para las estanterías de la Biblioteca de Londres».

—¿Y qué ha sido de tu gran enemigo, el señor Abufel? ¿Sigue siendo un marginado del mundo del arte?

—Continúa tramando la caída de Memling Winkleman. Pero eso nunca sucederá... Esa familia lo tiene todo atado y bien atado —replicó Delores—. Cuéntame lo del ruso. ¿Es verdad eso de que es tan rico?

—Es nauseabundamente rico. ¿No habíamos pedido rollitos de pato?

—Los tienes debajo de tu muslo izquierdo. ¿Cuántos miles de millones?

—Ocho, por lo visto.

—¿Gas o petróleo?

—Estaño, me parece.

—¿Guapo?

—Sí, siempre y cuando pueda quitarle esa chaqueta de cuero.

—Otro igual. Siguen todos como polluelos el modelo del jefazo ese del Chelsea. ¿En qué anda metido este?

—Todavía no lo sabe; parte de mi trabajo consiste precisamente en eso. Estoy pensando en arte contemporáneo norteamericano, Cap Ferrat, tal vez también un caballo de carreras y un yate acojonante, claro.

—Necesito desesperadamente un nuevo cliente —dijo Delores—. Por favor. Querido. Por favor. Los únicos marchantes que ganan dinero hoy en día son los Winkleman y es porque están metidos en todas las salsas.

—Winkleman, Winkleman, la gente solo habla de eso. ¿Acaso no se mueven más cosas en esta ciudad?

—Algunos consiguen picotear un poco en los lindes de su territorio, pero los Winkleman siempre acaban sacando algo mejor. Dios sabe dónde deben encontrar el material.

—¿No estás en su nómina?

—Recibo tan solo un sueldo miserable, como toda la gente que se mueve en el mundillo del arte —gimoteó Delores.

—El siglo XVIII francés es muy poco sexy y no abunda. Necesito que gaste, gaste y gaste, no esperar a que salga al mercado uno de esos escasos Boucher.

—Pues yo tengo un alquiler que pagar.

—¿Te imaginas a un ruso de dos metros y ciento diez kilos aficionado al rococó? ¿Con su vegetación delicada, sus escenas de amor y sus regordetes cupidos? Mi principal preocupación es mantenerlo alejado de los coches.

—Eres malvado.

—Lo que quiere este tipo son chicas sexis y fiestas con humo y cocaína, no conferencias y cenas aburridas.

—Le echaré una ojeada —dijo Delores, comiendo un rollito de primavera como lo haría una jovencita coqueta.

Barty miró de reojo a su querida y regordeta amiga de cincuenta y nueve años.

—No me queda otro remedio que ser cruel: mi ruso nunca se prenderá de ti.

—Vaya —dijo Delores, alicaída.

—Es cuestión de elegir, querida mía: ¿bollos de crema o zanahorias masculinas? Tú eliges.

—Sí, antes me metería eso en la boca que... —se interrumpió a media frase

y chilló—: ¡Son las ocho! ¡Voy a llegar tarde a la cena de los Winkleman!

—Todo lo que acabas de comer bastaría para alimentar a un ejército — observó Barty.

—Eso ha sido un aperitivo. Ahora tengo hambre de verdad. —Delores saltó de la cama y sacudió el vestido para eliminar los restos de *dim sum* y pato laqueado—. Además, las cenas en casa de los Winkleman siempre son asquerosas: pescado hervido, patatas hervidas y verduras reducidas a papilla de tanto hervirlas. No me extraña que Rebecca esté tan flaca.

Delores se puso el abrigo.

—La mascarilla —dijo Barty, aunque había tenido la tentación de no recordárselo—. No puedo creer que al final me dejes solo.

—Una noche en casa te hará bien.

—Caerán sobre mí los vampiros de mi alma.

A Barty le daba pánico la idea de quedarse a solas con su propia compañía y se preguntó a quién podía llamar.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Delores, retirándose la mascarilla con un trapo de cocina húmedo.

—Fina como el manjar blanco.

—Yo también te quiero.

Delores salió contoneándose de la habitación, bajó las escaleras y se dirigió a la calle a buscar un taxi.

Carlo Spinetti terminó sus ejercicios de la tarde. La rutina era invariable: media hora de flexiones y saludos al sol. Luego, en la ducha, se frotó con energía con sales marinas debajo del agua caliente y remató el proceso con un chorro de agua helada. Tenía cincuenta y cuatro años. La edad lo había vuelto más atractivo: la piel arrugada, grabada por el sol, le había suavizado los pómulos y la nariz romana. «Noble» era la palabra que la joven actriz, Chiara, había utilizado ayer. Durante la filmación de *El Rey Sol*, Carlo no le había puesto ni un dedo encima a su actriz protagonista, pero en cuanto el rollo de película estuvo en la lata, no perdió ni un minuto de tiempo y se la llevó a la cama.

Mientras se desnudaba, había observado con atención la expresión de Chiara, temiendo que pudiera echarla atrás un cuerpo que empezaba a parecer un lienzo demasiado tenso en su marco. Los jóvenes no tenían ni idea de hasta

qué punto la carne se desprende de los huesos y el músculo se despegaba de los tendones. Confiaba en que su supuesto éxtasis no hubiera sido una audición para la próxima película.

Carlo perfumó el cuarto de baño con un spray de extracto de lima y atravesó rápidamente la fina nube que había dejado; un poco de aroma bastaba. La gruesa moqueta, del color de las moras, le acarició la planta de los pies al acceder a un dormitorio con paredes lacadas en negro y paneles de espejo. Las cortinas eran de terciopelo morado y el mobiliario estaba tapizado con un motivo que recordaba el pelaje del lobo. Los pomos de las puertas eran imitaciones de las cabezas de león de un *palazzo* italiano y las persianas de las ventanas estaban decoradas con fotogramas en blanco y negro de sus películas. La cama dominaba la alcoba: de estilo imperio y con patas doradas imitando las garras de un tigre.

La habitación era un «regalo» de Rebecca; él habría preferido una cama sencilla vestida de blanco y paredes de color crema, pero dejaba las cuestiones de decoración en manos de su esposa y su suegro. Carlo sabía que, a sus espaldas, Memling se refería a él como «el marido de mi hija». Todo el mundo daba por sentado que la hija de ambos, Grace, seguiría los pasos de la familia materna. Actualmente, estaba en Cambridge cursando un máster en Historia del Arte y en tres años estaría trabajando en la galería de Curzon Street.

Carlo se quedó contemplando el retrato de Grace que había pintado David Hockney y que colgaba sobre la cama, otro regalo de Rebecca, esta vez para recordarle las cosas importantes de la vida. Por razones evidentes, él hubiera preferido colgar a Grace en un lugar más neutral, pero Carlo no tenía ni voz ni voto en cuanto a lo que colgara de las paredes o el tiempo que los cuadros fueran a permanecer en ellas. Había aprendido a no encariñarse con ninguna obra: los cuadros rara vez se quedaban en su lugar mucho tiempo. Dos veces al mes, Rebecca y su padre ofrecían cenas íntimas a clientes potenciales. Si había necesidad de equilibrar el número de invitados, Carlo tenía que estar presente, mostrarse encantador y articular alguna que otra frase ensayada y totalmente elogiosa sobre alguna obra de arte en concreto.

Como cualquiera que viviera en la órbita de los Winkleman, Carlo estaba en la nómina de la familia a cambio de algún favor. Memling utilizaba las películas de Carlo para transportar ilegalmente cuadros por toda Europa. Las obras en venta se incluían en el inventario de los decorados; se cargaban en

camiones y cruzaban el Canal en barco. Los camiones de transporte solían seguir rutas tortuosas para llegar a su destino. Si los Winkleman necesitaban transportar cuadros a Francia, Alemania e Italia, el camión realizaba tres paradas antes de llegar a su destino final, en Hungría. En la improbable circunstancia de que algún agente detuviera al desventurado conductor, el hombre se encogía de hombros y explicaba que él simplemente cumplía órdenes. Carlo recibía el convoy en cada parada con el pretexto de trabajar en posibles localizaciones cuando, en realidad, lo que hacía era sustituir los cuadros por imitaciones. Luego llevaba el cuadro original a su nuevo propietario. Todo el mundo contento: Carlo recibía sustanciosas subvenciones para sus películas, los Winkleman cerraban la venta y el nuevo propietario tenía su cuadro en casa sin tener que pasar por el interminable engorro de las licencias de exportación y los impuestos.

A veces, Carlo se planteaba la posibilidad de independizarse, pero sabía que sin el dinero de los Winkleman era poco probable que encontrara financiación para sus películas.

«Que el viejo me odie —se decía Carlo—. Yo controlo a la nueva generación».

Aquella noche era una de esas ocasiones en las que debía estar presente. Formaba parte de un contrato no escrito. Chiara tendría que esperar un poco. Decidió llamarla para ir calentándola.

Cuando oyó a su marido hablando por teléfono en la habitación contigua, Rebecca Winkleman dio por supuesto, correctamente, que estaba quedando con alguna de sus amantes. De vez en cuando, y para no herir los sentimientos de su hija, se veía obligada a silenciar los chismorreos con un regalo generoso a algún que otro editor de periódico. Pero el caso del cuadro perdido hacía que la última infidelidad de Carlo fuera, en comparación, un problema menor. Por razones que su padre no quería divulgar, la pérdida de un cuadro de Antoine Watteau amenazaba con derrumbar todo el imperio.

Rebecca miró de nuevo las borrosas fotografías tomadas por las cámaras de seguridad en las que se veía a la chica colocando el cuadro en la cesta de su bicicleta y enfilando Goldhawk Road. Sus contactos en comisaría le habían proporcionado a Rebecca la ruta seguida por la chica, que había girado por Cathnor Road y continuado hacia Melina Grove, y, al ver que no reaparecía en

la imagen de la siguiente cámara, instalada en Batson Street, la policía había llegado a la conclusión de que la joven debía de vivir o trabajar en Greenside Road o Goodwin Road. Por desgracia, también vivían o trabajaban allí unas ochocientas personas más, y aparte de tener claro que la ciclista era una mujer de cabello rizado recogido bajo un gorro de lana, con piernas delgadas y calzada con unas Doc Martens, no había más detalles reveladores. Pero Rebecca tenía la impresión de que la conocía de algo. Parte de su formación como experta en arte consistía en registrar todas las composiciones y todas las caras de todos los cuadros que veía. Memling había consagrado las mañanas de los sábados y los domingos a recorrer la National Gallery en compañía de su hijo y su hija desde que Rebecca tenía nueve años. En cada visita examinaban los más de mil lienzos de la colección del museo. Semana tras semana, a la hora del desayuno, de la comida y del té, Memling disparaba preguntas a sus hijos: Rebecca y Marty tenían que recordar la composición, las pinceladas, la iconografía y los pigmentos de las distintas obras de arte. Con quince años de edad, Rebecca sabía identificar correctamente hasta el detalle más minúsculo: la especie de las flores pintadas a los pies de *La Virgen de las Rocas* de Leonardo o en qué Canaletto podía verse una diminuta lavandera. Marty nunca alcanzó el nivel de conocimientos o la memoria de Rebecca, pero ambos niños sabían que daba igual; Marty, el hijo varón y heredero, sería quien se haría cargo del negocio.

Rebecca cogió otra vez una de las fotografías capturadas por las cámaras de seguridad y se quedó mirándola, confiando en que hubiese sido una adquisición casual y el cuadro estuviera ahora colgado inocentemente en la pared de una casa de barrio donde su verdadero valor y su oscura historia pasaban desapercibidos. Rebecca no era mujer de dejar nada al azar: para decantar la balanza a su favor, estaba dedicando absolutamente todos sus esfuerzos y recursos a localizar a la chica y el cuadro.

Oyó que Carlo colgaba el teléfono y entraba en la habitación. Guardó rápidamente las fotografías en el maletín y se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Cariño, ¿pero qué pasa?

Carlo se detuvo a su lado.

—No es nada —replicó ella, apartándose de un brinco y secándose la cara con unas manos rematadas con uñas libres de toda manicura decorativa.

—¿Tu padre? ¿Está enfermo? —preguntó Carlo, intentando disimular su

excitación.

—No, un simple problemilla de trabajo.

Carlo miró con atención a su esposa y vio miedo, más que malestar.

—¿Qué puedo hacer por ti? —dijo Carlo, sinceramente preocupado.

Rebecca empezó a retocarse con los polvos.

—Ten, lee las notas sobre los invitados de esta noche.

Carlo se sentó en la cama de su esposa, refunfuñando para sus adentros. El objetivo de la velada era convencer a Melanie Appledore de que comprara un boceto de Caravaggio pintado al óleo de la obra que posteriormente sería conocida como *Judith decapitando a Holofernes* y que estaba valorado en un millón de libras. Carlo dudaba que el cuadro consiguiera atraer a la septuagenaria *grande dame* de Park Avenue, que coleccionaba artes decorativas francesas. El cuadro era macabro incluso para tratarse de un Caravaggio y mostraba el momento después de que Judith clavara por tercera vez el cuchillo en el cuello del general asirio.

—¿Sabe la señora Appledore que la mujer que hizo de modelo de Judith fue probablemente la cortesana romana Fillide Melandroni? —preguntó Carlo.

—No es necesario que lo sepa —respondió Rebecca—. Confío en que no compliques las cosas.

—¿Y crees que cenar en presencia de esa inquietante imagen generará el ambiente adecuado para la venta? ¿Qué cenaremos? ¿Carne de buey cruda para coordinar los colores?

—Guárdate los chistes para tu puta —le espetó Rebecca.

Carlo miró pasmado a su esposa. Jamás le hablaba con ese tono. ¿Qué había pasado? Tomó mentalmente nota de mandarle flores a la mañana siguiente.

En la cocina, tres plantas más abajo, Annie supervisaba los preparativos de última hora. Inspirándose en una naturaleza muerta, también de Caravaggio, Annie había trabajado con un equipo de escenógrafos de Carlo para transformar el comedor de los Winkleman. Las paredes eran ahora de color rojo rubí; guirnaldas de rosas, claveles y amapolas engalanaban el mantel de damasco blanco; los aparadores lucían abarrotados de higos, ciruelas, melocotones y manzanas junto con verduras, coles, calabazas e incluso ajos; los invitados beberían agua en copas doradas y comerían en una espléndida vajilla de porcelana sobre platos también dorados.

Jesu, el mayordomo de los Winkleman, estaba midiendo con una pequeña regla las distancias entre las copas y los platos mientras su esposa, Primrose, aplicaba una capa de brillo transparente a los pétalos de las flores para que estuvieran relucientes. Annie adornaba entretanto las frutas con glóbulos de pegamento para simular gotas de agua, cruzando los dedos para que nadie cayera en la tentación de probar ninguna pieza. Las servilletas eran cuadrados de tela de sesenta centímetros, estaban bordadas con un monograma y dobladas en forma de galeón español. Rebecca hizo su entrada en la estancia y se quedó boquiabierta.

—Aquí no solemos hacer las cosas de esta manera —le dijo a Annie.

—Mi intención era hacer destacar el cuadro —le explicó Annie con tranquilidad. Confiaba en que a la jefa le gustara la idea.

—Me parece que está arriesgando demasiado en una sola cena —dijo secamente Rebecca.

Annie no replicó.

Arriba, Carlo estaba abrochándose el último botón de la camisa cuando apareció Jesu.

—Empiezan a llegar los invitados, señor. La señora pregunta si podría ir bajando.

Jesu cruzó la habitación, cogió los gemelos que tenía Carlo en la mano y los engarzó en los puños de la camisa.

—¿Quién ha llegado? —preguntó con hastío Carlo.

—Una mujer muy vieja y un amigo de la mujer muy vieja —respondió Jesu, y se quedó dudando un momento.

—¿Qué sucede?

—El señor Memling y la señorita Rebecca están en otra habitación. Hablando. No hay que molestarlos.

Carlo bajó, preguntándose si aquella conducta poco habitual estaría relacionada con las lágrimas de Rebecca. La invitada de honor estaba ya en el salón gris. Carlo la saludó con una reverencia y cogió a la señora Appledore por la muñeca. Le costaba creer que la anciana tuviera fuerza suficiente como para levantar un brazo tan cargado de joyas; Carlo calculó que entre anillos y pulseras de diamantes llevaba encima varios millones de libras.

—Qué gran placer verla de nuevo —dijo, sus palabras revoloteando por

encima de la mano de la señora Appledore.

—Carlo —dijo ella con una sonrisa.

—¿Qué le trae por Londres? —prosiguió Carlo, fijándose en aquella cara sometida a frecuentes liftings y en la piel, fina como el pergamino y suave como la de un bebé.

—Las compras. Normalmente hago Londres en julio, pero el Met tenía una temporada aburridísima este año.

—Creía que estaban representando *Tosca*. —Rebecca entró corriendo en el salón e interrumpió la conversación—. Con Renée.

—¿Verdad que Renée es encantadora? —canturreó la señora Appledore—. Pues resulta que ha caído enferma, ¿no se había enterado?

—Ha echado por tierra nuestros planes. —Un hombrecillo menudo y pulcro, vestido con traje de terciopelo, avanzó hacia Carlo con la mano tendida—. William Carstairs III. Gracias por recibirnos.

William Carstairs, el director del museo de la señora Appledore, estaba pluriempleado y hacía las veces de eterno acompañante, contador de calorías y portador del bolso.

—¿Qué tal las películas? —preguntó a Carlo la señora Appledore—. ¿Alguna nueva?

—*El Rey Sol*, con Chiara Costanza.

La señora Appledore se quedó en blanco.

—Willy, asegúrate de que la tenemos para el avión.

Llegaron dos invitados más y Rebecca hizo las presentaciones.

—Septimus Ward-Thomas, director de la National Gallery. Imagino que conoce ya a Melanie Appledore.

—Siempre es un placer volver a verla —dijo Septimus Ward-Thomas.

—Estoy segura, Melanie, de que ya conoce a Delores Ryan, que acaba de publicar un nuevo libro, *Las mujeres de Watteau: la importancia de la modelo en la obra del artista*.

—Precisamente lo compré ayer. Un trabajo importante que tengo muchas ganas de leer.

—¿Es verdad que tiene usted colgado un Boucher en su jet privado? —le preguntó Delores a la señora Appledore.

Septimus Ward-Thomas sufrió un ataque de tos en su intento de disimular su desaprobación; le dolía todo solo de pensar en un lienzo tan delicado sujeto a las brusquedades de despegues y aterrizajes.

—Lo tenía, pero un día que sufrimos fuertes turbulencias el vestido de madame de Pompadour se desconchó un poco —confesó la señora Appledore—, y decidí cambiarlo por unos dibujos de Lancret.

—Me parece mejor —murmuró Ward-Thomas.

Cuando Memling Winkleman, flanqueado por Tiziano, su gigantesco husky blanco, hizo su entrada en el salón, se produjo un momento de silencio. Memling medía poco más de metro ochenta, pero andaba siempre tan erguido que muchos creían que era más alto. Tenía la cabeza enorme, nariz aguileña y una mata de cabello plateado. A pesar de que la mandíbula y los pómulos quedaban oscurecidos por una piel algo arrugada, podría decirse que sus facciones seguían estando bien marcadas. Conocido en su trabajo como «el Capo», rara vez hablaba excepto para dar instrucciones con un ceceo casi inaudible que podía articular en inglés, francés, ruso o alemán. No se tomaba nunca la molestia de saludar ni de despedirse, sino que abandonaba las reuniones o colgaba el teléfono cuando le venía en gana. Tiziano lo acompañaba siempre. El perro, de cinco años de edad, era el hijo clonado de Raffaello y Memling había ayudado personalmente a traerlo al mundo en una clínica de Corea del Sur. Raffaello era el tataranieto de Leonardo, el primer perro blanco de Memling.

Llegado a Inglaterra con veinticuatro años de edad y sin estudios superiores, Memling había conseguido en Cambridge una titulación en Matemáticas, y dos años después otra en Química, y finalmente había rematado su carrera con un doctorado en Historia del Arte a la vez que iba haciendo crecer su negocio. Con noventa y un años cumplidos, Memling parecía estar más en forma que la mayoría de los hombres veinte años más jóvenes que él. Jugaba con regularidad al tenis en la cancha que tenía instalada en el sótano de su casa y paseaba al perro casi todos los días. Bebía un par de copas de vino tinto por las noches y solo consumía comida orgánica. Igual que su hija y su perro, Memling tenía los ojos de un tono azul clarísimo. Los que titubeaban en busca de la palabra más adecuada para describirlo solían quedarse con «patricio», y comentaban que el señor Winkleman parecía más un emperador que el nieto de un rabino de Fráncfort. Prácticamente todo el mundo daba por sentado que su gélido autocontrol, su poca paciencia con la gente estúpida y su imposibilidad de demostrar emociones eran el legado de los dos años que había pasado en Auschwitz, donde habían fallecido todos los demás miembros de su familia.

Rebecca jamás había conocido a nadie, incluida ella, que no tuviera miedo de su exigente y dominante padre. Su odio hacia la gente estúpida o la conversación intrascendente le llevaba a disfrutar humillando a los que se mostraban negligentes o indulgentes. Reservaba su encanto para los clientes ricos y con ellos, pese a no flirtear nunca, se volvía casi jugueteón; pero aquel encanto, totalmente artificial, no duraba ni un segundo más de lo necesario. Nunca había dominado el arte del chismorreo ni de la oratoria. Se negaba a tener teléfono móvil, a utilizar el correo electrónico y a mirar la televisión. Llevaba siempre encima un pequeño cuaderno con fundas de piel y, con su minúscula caligrafía, tomaba abundantes notas de cualquier conversación o decisión que tomara.

—Buenas noches, Memling —dijo la señora Appledore—. Caramba, caramba, está usted guapísimo.

—Y usted tan *soignée* como siempre —respondió Memling.

—¿Sigue con el tenis? —dijo la señora Appledore—. Tiene unos brazos tan..., tan viriles.

—La reto a un partido amistoso.

—Por desgracia, me parece que mis buenos tiempos con el saque liftado han tocado a su fin.

Momentos después llegaron el conde de Beachendon y su esposa, Samantha, seguidos por la envejecida estrella de rock Johnny «Morros» Duffy, que había sido invitado para intentar que la velada pareciese menos intencionada, para disimular su carácter de ofensiva de venta en toda regla. Johnny «Morros» había cursado estudios de arte en su día y coleccionaba pintura británica. Su fama estaba de capa caída y sus apariciones públicas se limitaban en la actualidad a la publicidad de campos de golf o centros comerciales. Hizo su entrada acompañado de su esposa, Karen, antigua amazona olímpica, engalanada con un vestido de lamé dorado con la espalda al aire.

Rebecca hizo pasar a sus invitados al comedor, que se quedaron boquiabiertos al ver la estancia transformada en un lienzo posrenacentista. El estudio de Caravaggio estaba colgado justo delante de la silla de la señora Appledore.

—¡El boceto de Doria Caravaggio! —exclamó Septimus Ward-Thomas, aplaudiendo—. Llevaba años anhelando ver este cuadro y temía que hubiese sido destruido.

—Me parece un poco sangriento —observó en tono dubitativo la señora

Appledore.

—Pero es una sangre fabulosa, una sangre magnífica —dijo Carlo, incapaz de pensar en otra réplica—. Ojalá pudiera dirigir yo una sangre como esa.

Rebecca le lanzó una mirada envenenada; se había quedado en estado de shock ante la transformación de su impecable comedor blanco en aquel minúsculo, aunque perfecto, salón de banquetes. Cuando su padre hizo su entrada, miró a su hija con expresión inquisitiva y ella se encogió de hombros.

—El arte con mayúsculas nunca ha evitado los temas difíciles —dijo con tacto Ward-Thomas—. Piense en Jesucristo en la cruz, o en la decapitación de san Juan Bautista.

La señora Appledore asintió educadamente. Sabía, como todos los presentes, que el objetivo de la velada era intentar venderle el cuadro. A su edad, cualquier muestra de atención resultaba agradable, de modo que decidió seguirles el juego.

Justo cinco minutos después de que todos los invitados hubieran tomado asiento, Annie mandó servir las codornices. Había dispuesto hojas de lechuga y otras ensaladas de tal modo que pareciesen hierba y bolitas de ñoquis moteados imitando huevos sobre nidos de patatas paja. A través de la puerta abierta, Annie pudo escuchar las expresiones de admiración de los invitados a medida que iban sirviéndoles los platos. Prácticamente en todos los aspectos de su vida, Annie tenía que esforzarse por controlar los nervios, pero en la cocina se sentía etérea y serena, trabajaba despacio pero sin pausa, con un ojo en el reloj y el otro en las sartenes y cacerolas.

Y a través de la puerta se filtraban también retazos de conversación.

—¿Os habéis enterado de lo que pagó Gerry por el Richter? —dijo una voz al otro lado de la puerta.

—Veinticinco millones más impuestos y comisiones —respondió otra voz.

—¿Acaso se cobra hoy en día una paga y señal por ocupar un asiento de la junta directiva del Met?

—Los de Stanton Holster ofrecieron cincuenta millones y aun así rechazaron su oferta.

—¿Manet o Monet? —preguntó alguien.

—Ambos son correctos —fue la respuesta.

—¿Alguien vio la exposición de Velázquez? —preguntó una voz femenina.

—¿Para qué? Todas las obras pertenecían a museos... No había nada que comprar.

—Felicía se ha comprado un yate nuevo.

—El mejor consejo que me han dado en mi vida —dijo una voz masculina, elevándose por encima de las de los demás—: Si flota, folla o vuela, alquílalo.

Todo el mundo se echó a reír.

—¿Quién quiere más vino?

—¿Se han enterado de que los Fairley han remodelado su apartamento para albergar los nuevos Koon?

—¿Y cómo ha quedado?

—Vacío... El artista aún tiene que producir su obra.

—Imagino que Norton estará reclamando el David.

—Mi loquero me ha dicho que padezco un caso grave de MAPI: Miedo A Parecer Imbécil.

Para su sorpresa, la señora Appledore le pareció a Carlo una mujer encantadora. La mayoría daba erróneamente por sentado que su puesto de honor como gran dama decana de la sociedad neoyorquina se basaba única y exclusivamente en su fortuna. Pero estaban confundidos: la señora Appledore tenía estilo, ese atributo huidizo, indefinible, que no podía ni enseñarse, ni heredarse, ni comprarse, con el que tanta gente soñaba. Para celebrar la inauguración de una nueva ala del Museo Appledore, había hecho decorar varias lanchas con plafones dorados y plumas blancas para que los invitados pudieran ser transportados hasta allí desde Manhattan a bordo de cisnes gigantes. Cuando una conocida anfitriona de la alta sociedad cayó enferma y se vio obligada a permanecer postrada en la cama, la señora Appledore contrató a la Filarmónica de Nueva York para que tocara bajo su ventana. Cuando se enteró de que la locura por los sorbetes había llegado a Park Avenue, la señora Appledore tuvo la ingeniosa idea de preparar un helado de sandía y sustituir las semillas por pepitas de chocolate, y servir luego el preparado en el interior de una falsa piel de sandía hecha con manzana helada cubierta con finas tiras de pan de oro. Después de aquello, las mesas de Nueva York respondieron con inventos culinarios cada vez más sofisticados, hasta que la señora Appledore ganó «la batalla de los púdines helados» al servir un

sorbete elaborado con Châteu Lafite 1929. ¿Un despilfarro? Sí. ¿Inigualable? No. Su generosidad era legendaria: cuando fue invitada a casa del duque de Denbighshire, regaló a su excelencia un dibujo de su antecesor, el primer duque, realizado por Goya. Cuando su vieja amiga, la maharaní de Batsakpur, perdió un ojo en un accidente de equitación, la señora Appledore le hizo llegar siete parches, uno para cada día de la semana, decorados todos ellos con fabulosas piedras preciosas y perlas cultivadas.

A pesar de que a Horace y a ella nunca les había faltado dinero, era el concepto que Melanie tenía del poder de la cultura lo que había impulsado a la pareja hasta los peldaños más altos de la escalera social. Con su perspicacia y sus conocimientos, había creado la colección más destacada de pinturas y artes decorativas francesas del siglo XVIII fuera de Francia. Y mientras que la mayoría de coleccionistas acumulaba los «grandes éxitos» de sus respectivas áreas, la señora Appledore dominaba en profundidad su especialidad. Además de obras maestras, había adquirido dibujos, grabados, libros, mobiliario, cómodas, escritorios, lámparas de araña, candelabros e, incluso, paneles de madera originales.

Totalmente autodidacta, Melanie tenía más conocimientos que muchos conservadores de museos e historiadores del arte; había leído todas las monografías publicadas y visitado las iglesias y museos más oscuros, desde Odesa hasta Monmouth. Desde su puesto como *grande dame* de la alta sociedad, convertía el arte en un tema moderno, serio y relevante. Fue la señora Appledore quien convenció a sus amigos de la Casa Blanca de que implementaran desgravaciones fiscales generosas que hicieran más atractivas las donaciones. Para predicar con el ejemplo, la señora Appledore había donado en vida a su querido museo obras de arte y otros bienes por un valor superior a quinientos millones de dólares. Su generosidad era tal que los directores de otros museos se lamentaban a menudo por no tener una señora Appledore en sus filas.

Era también, como Carlo descubrió a lo largo del primer plato, una imitadora brillante y una chismosa de primera categoría que conseguía evitar, sin embargo, ser maliciosa y condescendiente. Para Carlo fue una auténtica revelación verse capaz de poder disfrutar charlando con alguien que multiplicaba casi por cuatro la edad de su actual amante.

En la cocina, Annie dio los últimos toques al plato principal intercalando las finas lonchas de ternera con bolitas perfectamente redondas, brillantes y coloridas de cebolletas blancas, verdes y rojas, uvas peladas y minúsculas remolachas. Hizo unas cuantas fotografías de la bandeja con el teléfono, consciente de que en quince minutos regresaría a la cocina diezmada. Había llegado a la conclusión de que la comida era más representación que bellas artes: su fuerza estaba en su fugacidad e inmediatez.

Cuando Jesu hizo su entrada en el comedor con la humeante bandeja, los comensales estallaron en espontáneos aplausos.

—Es tan bonito que casi da lástima comerlo —dijo Melanie, sirviéndose una uva y un trozo de carne del tamaño de un dedo.

—Demasiado bonito —convino Delores, mientras llenaba hasta los topes su plato de carne y de verduras.

—¿Quién es el cocinero? —preguntó la señora Appledore a Carlo, dando un segundo mordisco a una remolacha baby asada en su punto perfecto.

—Una mujer que descubrí yo... Se la he prestado a mi esposa.

—Tiene que darme su nombre y su teléfono.

Annie se colocó justo detrás de la ventanilla de la puerta de la cocina para observar las expresiones de los comensales al probar el primer bocado. Vio que la conversación se detenía momentáneamente en el instante en que el sabor y la textura hacían erupción en los paladares. Septimus Ward-Thomas dejó en el plato el tenedor y el cuchillo y levantó la vista hacia el cuadro.

—Estoy sufriendo un ataque sensorial —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Para rematarme ahora, me bastaría con escuchar a Beethoven.

A Annie le habría gustado poder abrazar al director del museo y darle las gracias por aquel excepcional voto de confianza. Pero desvió de nuevo la atención hacia la cazuela donde seguían pochándose el membrillo y la pera y depositó sus esperanzas en que la fruta fuese el equilibrio adecuado para la intensidad del primer y el segundo plato.

Carlo, después de una severa mirada de su suegro, apartó a regañadientes la

atención de la señora Appledore para volcarla en Delores Ryan.

—La comida es excelente —dijo Delores, pinchando la carne y llevándose a la boca dos lonchas enteras de ternera.

—¿Qué tal va todo? ¿Has escrito últimamente algún libro? —preguntó Carlo, con fingida cortesía.

—¿No lo has oído antes? Acabó de publicar uno sobre las mujeres de Watteau. Prométeme que vendrás a mi pequeña *soirée* —respondió Delores, presionando con fuerza la pierna contra la de Carlo que, ante el impacto del impresionante muslo, tuvo la sensación de que un coche daba marcha atrás y le aplastaba la pierna.

—Yo acabo de terminar *El Rey Sol*. Tengo muchas esperanzas depositadas en esta película —dijo Carlo, moviéndose un poco hacia la señora Appledore.

—Qué divertido —contestó Delores, desesperadamente aburrida—. ¿No hiciste también una titulada *La Reina Sol*? ¿No es un poco repetitivo?

—¿Te has preguntado en alguna ocasión por qué los pintores representan en sus cuadros las mismas escenas una y otra vez? —replicó Carlo, exasperado.

—La pintura es distinta.

—A la mierda con tu esnobismo. Ambas disciplinas se basan en capturar la luz y la belleza —dijo Carlo, levantando la voz.

—Un director de cine depende de un equipo, de una cámara y de un montón de cosas más. Un pintor solo necesita sus ojos, un pincel y un poco de pintura.

Carlo empezó a acelerarse.

—Eso que dices son chorradas. —Su voz se elevó por encima de las de los demás comensales. Rebecca miró con nerviosismo a su marido, temerosa de que acabaran peleándose—. Mira a tu querido Watteau, por ejemplo: apenas sale de esa floresta silvana tan artificial. Siempre pinta a los mismos juerguistas con vestimentas distintas. No soporto su obra —gritó Carlo.

—Querido, ¿serías tan amable de ir a ver si me he dejado el bolso arriba?

Carlo se levantó y abandonó el comedor, jurándose no volver a asistir nunca más a otra de aquellas cenas. Miró el reloj y vio que eran las diez menos veinte de la noche... Pronto podría escaparse y meterse en la cama de Chiara. Justo en aquel momento, sonó el teléfono en el vestíbulo y, sin pensarlo, atendió la llamada.

—*Pronto.*

No hubo respuesta. Era la tercera vez en el día que le colgaban el teléfono.

—Me han dicho que los Evans están de liquidación, que perdieron una

fortuna en España cuando el euro cayó. Lo que significa que sus encantadores Picassos del Periodo Azul estarán muy pronto en venta —dijo Johnny «Morros».

—Estoy ya cansada del Periodo Azul —protestó su esposa—. Compremos uno del Rosa.

En el otro extremo de la mesa, Ward-Thomas charlaba con Rebecca.

—El otro día estuve enseñando la galería a un ucraniano y el tipo se pasó el rato ofreciéndome dinero por los cuadros. «Esto es un museo nacional», le dije, «los cuadros no son míos; pertenecen al pueblo de Gran Bretaña y no están en venta, faltaría más». De modo que duplicó la oferta. Esa gente se piensa que el mundo entero está a su disposición —dijo.

—Creía que todo tenía un precio —dijo Carlo, entrando de nuevo en el comedor.

—Querido, ¿te importaría intercambiar tu sitio con Septimus? Se muere de ganas de comentarle a Delores una atribución de autoría excepcional —dijo Rebecca, indicándole que se sentara a su lado.

Como un niño después de recibir una regañina, Carlo tomó asiento junto a su esposa.

Annie miró el reloj. Las diez de la noche, la última hora y media había pasado volando. El nivel de ruido en el comedor había aumentado al ritmo de las botellas descorchadas. A través de la puerta abierta vio que la piel de alabastro de Rebecca había adquirido un débil resplandor rosado y entreoyó a Karen Duffy contarle a la señora Appledore que montar a caballo le iría muy bien para el suelo pélvico.

Annie le dio los últimos toques al pudín, una belleza compuesta por porciones brillantes y casi transparentes de membrillo y pera salpicadas con semillas de granada, rojas y exquisitas como diminutos rubíes.

Cuando Jesu y Primrose hicieron su entrada con la bandeja de fruta, los comensales declararon que les resultaba imposible comer un bocado más. Media hora después, los platos y las bandejas regresaron a la cocina limpios como una patena.

Delores preguntó si era posible repetir, pero los demás la acallaron. La señora Appledore insistió en que la chef pasara al comedor para recibir una ronda de aplausos; Carlo se puso en pie y aplaudió con entusiasmo.

Annie miró a su alrededor y vio por vez primera a Memling Winkleman; la mirada azul acuosa e intensa de aquel hombre tenía algo paralizante y turbador. Annie tomó mentalmente nota de evitarlo a toda costa.

Cuando los invitados abandonaron el comedor, Annie oyó que la señora Appledore le decía a Memling:

—A lo mejor tengo que acabar comprando ese cuadro macabro solo para recordar una cena tan extraordinaria como esta.

## Capítulo 8

El último invitado se marchó a medianoche, pero Annie no cruzó la puerta de personal de casa de los Winkleman y empezó a oír los maullidos detrás de Curzon Street hasta pasada la una. La noche era fría y despejada. Completamente despierta, Annie decidió caminar un poco antes de coger el autobús nocturno que la llevaría a casa. La velada había sido un éxito. Dolores Ryan y la señora Appledore le habían pedido el número de teléfono. El conde de Beachendon le había prometido recomendar sus servicios a los miembros de la junta directiva de Monachorum. Incluso Rebecca, famosa por ser reservada y callada, le había expresado su agradecimiento de forma seca pero sincera.

Annie caminó por Piccadilly, giró a la izquierda por Old Bond Street y empezó a mirar distraídamente los escaparates de las galerías de arte. Unas semanas atrás, habría pasado de largo ante ellas, pero ahora lo observaba todo con un recién descubierto interés. En un escaparate, estudió con atención un cuadro titulado *Moisés y el becerro de oro*, de Ludovico Carracci. Devanándose los sesos, intentó recordar la historia. ¿Cómo iba la cosa? ¿Era que Dios les había proporcionado una vaca, además del maná, para sustentarse o que el becerro representaba la idolatría? Moisés daba la sensación de estar atormentado por la desesperación, y en el suelo se veían las tablas hechas añicos y a los seguidores temblando de miedo al fondo. Annie se preguntó si su falta de aptitud para decodificar el cuadro tendría alguna importancia o si era aceptable que te gustase algo sin llegar a comprender por completo los mensajes que llevaba escondidos. En el escaparate de la siguiente galería había una composición que consistía en cuatro colchones grandes colgados del techo alrededor de una tetera rota, un consolador y un cepillo. El título era *Mamá nunca me dijo que habría días así*. La composición era desconcertante. El arte, reflexionó Annie, era como un idioma distinto, un idioma que no le

apetecía especialmente aprender. Y haber oído por encima la conversación durante la cena, la mención de los trapicheos y de los precios exorbitantes, así como de las reglas y costumbres intestinas de los superricos no había hecho más que reforzar el amor que Annie sentía por la cocina. Con pocas libras, ella era capaz de transformar ingredientes humildes en una experiencia extraordinaria que no exigía ni conocimientos previos ni inversión. Comer era una actividad esencial, sensual y comunitaria para la que no se necesitaban más que papilas gustativas y mentalidad abierta.

—¿Me das dinero para una taza de té, cariño? —dijo de repente una voz incorporéa desde el umbral de una puerta. Annie dio un respingo cuando una mano, seguida por una cara, sobresalió de una caja de cartón. Con la oscuridad, no se había percatado de la presencia de nadie ni de nada—. Solo unos peniques.

Annie buscó algo de suelto en los bolsillos y luego en el fondo del bolso.

—Lo siento..., solo llevo la tarjeta para el transporte y un pintalabios —respondió, disculpándose.

—Eso de poco me sirve —dijo la voz.

—Buenas noches —se despidió Annie, y tomó nota de pasar por allí otra noche con dinero.

Siguió caminando y vio otro bulto acurrucado en un umbral; este estaba sin cajas, pero rodeado por bolsas de plástico llenas a rebosar de posesiones. Annie vislumbró la forma de una tetera, de un cepillo y de una taza. Vio entonces que se aproximaba un zorro con una espléndida cola, la cabeza baja, el paso decidido. Pasó junto a Annie sin siquiera mirarla y desapareció por la escalera que conducía a la puerta de servicio de un hotel de lujo.

Dobló por una calle secundaria que desembocaba en Berkeley Square, donde un grupo de gente salía en aquel momento de una discoteca. Había tres hombres con traje oscuro y corbata, dos mujeres jóvenes con vestidos minúsculos y les seguía otro hombre, incongruentemente ataviado de punk.

—¡Date prisa, Barty, que me congelo! —gritó una de las chicas mientras su amiga agitaba los brazos para parar un taxi.

Dos de los hombres ahuecaron las manos para que no se apagara una cerilla mientras el tercero, que estaba claramente borracho, intentaba encender un pitillo.

—¡Hoy en día no se puede fumar en los taxis, Roddy! —exclamó la señorita Vestido Rosa.

El punk tropezó con Annie.

—Lo siento terriblemente —dijo—. ¿Está usted bien?

La edad y la bebida le otorgaban a la voz un tono quejumbroso.

—Sí, gracias —replicó Annie, intentando abrirse paso entre el grupo de amigos.

La señorita Vestido Dorado Minúsculo correteó hacia ellos.

—Barty, deja ya de meterte con desconocidos.

Y tras dirigirle una sonrisa muy poco sincera a Annie, tiró de él para hacerlo entrar en el taxi.

Annie continuó su camino por Mount Street y miró con anhelo la hilera de taxis estacionados delante del hotel Connaught. Ojalá tuviera dinero para volver a casa en taxi y amigos risueños que la acompañaran. Dio un nuevo respingo, esta vez porque dos jóvenes que pasaron corriendo a su lado acababan de lanzar un petardo que salió volando y explotó por encima de los tejados. El portero del hotel les gritó con escaso entusiasmo.

Treinta metros por encima de la calle, en la suite real, el estallido del petardo despertó repentinamente a Vlad. Desde que había sido expulsado de Rusia, le asustaba cualquier detonación, cualquier sonido brusco. Se serenó al recordar que había realizado todos los pagos, al pensar que esta noche debían de ir a por otro.

Miró la cama y vio tres cuerpos más, desnudos, femeninos, rubios, jóvenes y totalmente nuevos para él. El conserje se las había presentado asegurándole a Vlad que eran de una «casa» de buena reputación donde no había chusma. Dijo que también podía organizárselo con chicas de «Oxbridge»; Vlad no entendió a qué se refería, y dijo que no, que simplemente las quería «jóvenes, delgadas, rubias y limpias».

Después de un par de horas de ejercicio energético, las chicas se habían quedado dormidas. Vlad, que no estaba acostumbrado a compartir la cama con nadie, seguía acostado pero intranquilo, demasiado cansado para levantarse pero demasiado inquieto como para volver a conciliar el sueño. Una de las chicas roncaba como un camionero; le parecía inconcebible que algo tan ligero y hermoso pudiera emitir un sonido tan descomunal como aquel. Sus amigas dormían como si nada. La sesión de sexo había estado bien; no, mejor que bien. Aquellas chicas sabían perfectamente lo que tenían que hacer y

habían cumplido con su tarea con elegancia y aparente entusiasmo. A diferencia de la mayoría de prostitutas que Vlad había contratado hasta el momento, los orgasmos y los gemidos de satisfacción le habían parecido auténticos. Pero a pesar de tanta compañía, Vlad se sentía vacío y solo. Quizá la próxima vez pediría más chicas, aunque sabía que aplacar la soledad no era cuestión de números. A lo mejor necesitaba una novia, alguien con quien poder desarrollar una relación. Pero pensarlo le desesperaba más si cabe. ¿Quién podría comprender de dónde venía y cómo era su vida? El precio que debía pagar por la libertad física era el exilio emocional.

En una vida anterior, Vlad daba por sentado que el dinero le proporcionaría algo más que simple protección física; lo consideraba el elemento facilitador y el colchón que siempre había deseado, un muelle y un aterrizaje suave, un pasaje y un lubricante. Recordó cuando en Smlinsk, tumbado en su camastro, cavilaba sobre las comodidades que tendría en el futuro. Ni siquiera en sus sueños más descabellados se había imaginado lo rico que llegaría a ser. La ironía era que ahora se veía incapaz de saber en qué podía gastar su fortuna y, mucho menos, cómo podía ser feliz. A pesar de los coches, las chicas, los barcos, los aviones, las vacaciones, los trajes y los caballos seguía sin poder liberarse de la fuerte sensación de inquietud e insatisfacción. Veía todo aquello como una montaña enorme de cosas con él abandonado en la cima, solo. La simplicidad de sus anteriores ansiedades, del hambre y el frío, se había visto sustituida por terrores más abstractos, por el terror de ser una persona defectuosa e incapaz de ser amada por nadie.

No tenía motivos para añorar su vida en Smlinsk pero, aun así, Vlad no podía evitar recordar aquella época con nostalgia. La simplicidad de aquellos tiempos resultaba reconfortante: se levantaba, iba a trabajar, se cansaba, volvía a casa y se acostaba, y así día tras día. La interminable monotonía tenía un ritmo placentero, y algo más: saber que todo el mundo en Smlinsk estaba en la misma situación. Allí todos pasaban hambre, vivían atrapados y soñaban con una vida en otra parte y un futuro distinto. La mayoría ganaba solo dinero suficiente como para comprarse una garrafa de vodka y con ella alejarse temporalmente de la incesante rutina diaria, el indulto del sábado noche.

Vlad vio que una de las chicas empezaba a despertarse. Abrió un enorme ojo azul y se quedó mirándolo, preguntándose, sin duda, si le pediría realizar un nuevo acto sexual. La chica le sonrió con dulzura.

—Voy a refrescarme un poco —dijo, y abandonó la cama.

Al ver la espalda desnuda de la chica de camino al baño, Vlad experimentó una punzada de deseo. ¿Y qué si todo aquello no era más que una transacción mercenaria, carente de amor y ternura? ¿Y qué si él era el conducto necesario para que ella pudiese comprar o disfrutar el tipo de vida que le apetecía? ¿Y qué si ella simulaba placer y él no se lo daba? ¿Acaso la vida no era siempre una transacción? Vlad olvidó sus sentimientos de vulnerabilidad y su corazón se endureció de nuevo. Todas las relaciones humanas estaban basadas en algún tipo de contrato, en algún tipo de intercambio. El amor no era más que un producto indexado, tan volátil y negociable como una acción en el mercado de valores.

La chica reapareció.

—¿Quieres hacer algo? —preguntó.

—No, hablar.

—Me encanta charlar —dijo ella, acostándose de nuevo a su lado—. ¿De qué quieres hablar?

—¿Cómo te llamas?

—Trish.

—Vlad.

—Encantada de conocerte, Vlad. —Trish le tendió una manita—. Antes no hemos tenido ni oportunidad de presentarnos.

—Sola, ¿no? —preguntó Vlad.

—¿Que si me siento sola? —preguntó a su vez Trish—. La verdad es que no. Vivo en mi casa con mi madre y mis dos hermanas, un corgi galés, un braco de Weimar y un caniche, de modo que no tengo ni la más mínima oportunidad de sentirme sola.

—¿Dónde?

—En Epping. ¿Y tú de dónde eres?

—Smlinsk. Siberia.

—Suena a frío. —Trish se acurrucó bajo el brazo de Vlad con un teatral estremecimiento y descansó la cara sobre su torso—. Cuéntame cosas de tu ciudad.

—Una ciudad pequeña, una mina grande. La mina está casi vacía ahora. No hay trabajo —dijo Vlad, recordando a aquel hombre que conocía que había matado a su abuela para que sus hijos tuvieran más comida en la mesa.

—Más o menos como Epping. La semana pasada cerraron la fábrica de Iceland. ¿Y en tu país tienes novia? —preguntó.

—No, nadie especial —respondió Vlad, mintiendo. Solo había tenido una novia, Svetlana, que debía de estar a punto de cumplir los treinta.

—Hay alguien, ¿verdad? —dijo Trish, dándole unos golpecitos—. Soy vidente, ¿sabes? Adivino lo que piensa la gente. Venga, cuéntame cosas sobre ella.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Vlad.

—Veintidós. Ya soy mayor. Mi madre se casó con diecinueve. ¿Qué hacías tú con veintidós años?

Vlad se preguntó si debía contarle que a esa edad ya había pasado siete años en una mina y asesinado a su primer hombre.

—¿Matarías? —preguntó.

Trish se pensó un poco la respuesta.

—Mataría por una gabardina Burberry o por un bolso Mulberry de piel de cocodrilo rosa.

Vlad pensó en la decisión, tomada en una décima de segundo, de matar a su hermano, de empujarlo al pozo de la mina. En una misma semana, Leonard le había arrebatado a Vlad su excelente trabajo y luego a Svetlana. Durante tres años, Vlad había tenido que soportar que su hermano llevase a casa un mejor sueldo que él e hiciera alarde de su posición de superioridad y de su preciosa novia. A veces, tenía un flash-back y visualizaba de nuevo la expresión de sorpresa y horror de Leonard al caer hacia atrás, al darse cuenta de las consecuencias del potente empujón de su hermano. Vlad había escuchado los golpes del cuerpo al chocar contra las paredes del pozo y el ruido sordo al aplastarse finalmente contra el suelo, una veintena de metros más abajo. Jamás se había arrepentido de matar a su hermano. Leonard se lo merecía.

—Y también me encantaría tener un par de zapatos de Kurt Geiger —continuó Trish—, aunque no creo que matara por ellos. —Miró a Vlad—. Ni siquiera estás escuchándome, ¿verdad? —Le dio un empujoncito—. ¿Y tú? ¿Por qué matarías?

—Mataría por algo importante.

—¿En serio? —replicó ella, algo nerviosa.

Vlad no respondió. Después de matar a Leonard, descubrió que la experiencia le había resultado tan sencilla y útil que había vuelto a hacerlo, y luego, a medida que su fortuna había ido en aumento, más fácil le había sido mantenerse alejado de la escena del crimen y disminuir con ello sus probabilidades de verse implicado.

Examinó la suite con la mirada, el lánguido mobiliario beis, elegido para reflejar los gustos de todo el mundo y de nadie en concreto, y pensó en Barty. Aquel hombre extraño le había prometido «una vida» llena de color, interés y diversión. Vlad decidió en aquel momento seguir adelante con sus servicios; no tenía nada que perder, excepto dinero.

—Me parece que en realidad eres un grandullón blandito —dijo Trish, dejando resbalar la punta de los dedos por el torso de Vlad y su vientre—. Sé cómo hacerte feliz.

Y, arrodillándose, empezó a recorrerle los pezones con la lengua.

A poco más de tres kilómetros de allí, Annie flanqueaba ya Hyde Park y, mirando entre las rejas, vio minúsculas flores de falso azafrán y campanillas asomando entre la hierba, junto a los árboles, bañadas por el resplandor de las farolas. En Devon, pensó, las flores no aparecerían hasta dentro de unas semanas; Londres iba por delante en todos los sentidos.

En Marble Arch cogió el autobús nocturno hacia su casa. Por suerte, no había juerguistas ni borrachos que sortear, simplemente gente cansada como ella, gente inmersa en sus pensamientos. Desde el piso superior del vehículo, contempló la oscura extensión vacía de Hyde Park y contó con indolencia las farolas que iban pasando. Se preguntó si siempre se sentiría una extraña en Londres, si siempre se sentiría una extraña en cualquier parte. A lo mejor haría bien regresando a Devon; era su hogar, el lugar donde había pasado su vida adulta. El suyo era un exilio voluntario, aunque sabía que si se sentía incapaz de ver a Desmond una sola vez, no resistiría tener que verlo a diario. Cuando la relación terminó, Annie cogió un avión y viajó a India precisamente porque era un lugar donde él nunca había querido ir. Para él, India era el país de las enfermedades. Desmond se contentaba con la Toscana o la península de Kintyre. En su día, Annie había admirado la convicción de Desmond, su negativa a dejarse seducir por nuevas ideas o lugares lejanos, pero luego, paseando por las laberínticas calles de Nueva Delhi, había comprendido que lo que limitaba el universo de Desmond era el miedo. Que no soportaba alejarse de lo conocido, de lo familiar. En Europa, comprendía someramente los idiomas, las coordenadas de la cultura, pero en cualquier otro lugar se sentía desubicado. Y lo mismo aplicaba, empezó Annie a comprender, a su dependencia absoluta del orden y la rutina.

El autobús se detuvo al principio de Queensway para dejar subir a un grupo de jóvenes asiáticos. Se sentaron en la parte trasera y empezaron a hablar con apremio y en voz baja. Annie se preguntó de dónde serían. Y le vino a la cabeza un día en una pequeña habitación blanca de una casa de huéspedes de Nueva Delhi. Estaba tumbada en la cama y vio que ya eran más de las nueve: hora de levantarse, desayunar, mirar los titulares, ir a correr un poco, encender el ordenador y poner el día en marcha. Pero decidió romper la tradición y quedarse acostada, ganduleando, dejándose seducir por los sonidos de la ciudad. A través de la ventana abierta se filtraba el parloteo de los niños jugando al críquet en la calle, las proclamas de un vendedor de té, los gritos de extraños pájaros por encima de las bocinas de los coches y los timbres de las bicicletas, una escoba que barría rítmicamente el pasillo fuera de su habitación. Annie había permanecido tumbada en la cama, la mente en blanco y las emociones curiosamente calmadas. La sensación de abandono temporal le había resultado casi malvada y, entonces, se le había pasado por la cabeza una idea completamente ajena a ella: tal vez existieran otras maneras de vivir.

Durante los cuatro meses siguientes, Annie viajó por la India, decidiendo caprichosamente dónde ir, qué visitar, cuándo comer y dónde alojarse. Estar en constante movimiento le ayudó a gestionar el dolor, a sosegar las emociones. Los largos viajes en autobús o tren eran especialmente soporíferos y relajantes: el rugido del motor, el paisaje pasando al otro lado de la ventanilla, los fragmentos de conversaciones; el ajetreo de la vida humana, tanto dentro como fuera, se convirtió en una forma de meditación; pensamientos que antes le resultaban dolorosos pasaban de largo y se negaban a quedarse. Posteriormente, la gente le preguntaría qué había visto y dónde había estado, pero los detalles concretos de su viaje eran borrones confusos. Había visto y recordaba, por supuesto, el Taj Mahal, Fatehpur Sikri, los templos de Hampi, el Ganges en Varanasi, el Fuerte Rojo en Nueva Delhi, la costa de Mahabalipuram..., pero era incapaz de hablar con seguridad sobre ninguno de esos lugares. Para ella, el viaje a la India había sido una huida mental, un viaje lejos de sí misma más que la exploración de una nueva cultura.

El autobús continuó por Holland Park. Desde el piso superior, Annie veía las ventanas de los dormitorios: una pareja leyendo en la cama, un hombre cambiándose, una chica hablando por teléfono. Casi todas las cortinas estaban echadas. Recordó entonces el momento en que llegó aquel mensaje de correo

electrónico. Se había apuntado a una visita guiada a pie por Assam y había decidido echar un vistazo al correo en un cibercafé. El primer mensaje que leyó le comunicaba que ya estaba vendida la casa. Siguiendo sus instrucciones, la inmobiliaria había aceptado la primera buena oferta recibida; tal vez no fuera el mejor precio posible, pero era decente. Habían depositado en su cuenta la mitad del dinero. Los de la inmobiliaria le decían también que se brindaban a buscarle vivienda y que, de hecho, tenían una casita «deliciosa» en el pueblo vecino de Aston St. Peters, o un piso de dos habitaciones en un barrio «encantador» de Bristol. Cuando hizo clic para ver los detalles de ambas propuestas, no consiguió imaginarse en ninguna de ellas. El problema era que no conseguía imaginarse en ningún lugar que no fuese Rose Cottage y en compañía de Desmond, además.

Miró a su alrededor. El local no era más que una trastienda con dos ordenadores anticuados. A su lado había una chica, que seguramente disfrutaba de un año sabático, y que gritaba a través de Skype para intentar convencer a su padre de que le adelantara dinero. Los anuncios colgados en la pared publicitaban excursiones a un río y a un monasterio. Annie se preguntó cuánto tiempo le duraría su nuevo colchón de dinero y se planteó la posibilidad de encontrar trabajo por allí. Sabía, sin embargo, que no era una idea realista, que no podía dejar su vida en pausa eternamente.

Apareció un nuevo mensaje. Era de Desmond, y Annie contuvo la respiración. Empujó la silla hacia atrás y dedicó unos minutos a imaginar lo que diría el mensaje. ¿Que había cometido un error horroroso, que la echaba de menos y la quería y necesitaba que volviera a casa? ¿Que a Liz la había atropellado un autobús y que si podía volver a casa para cuidar de él? ¿Que sentía muchísimo su comportamiento?

Hola, Annie.

Espero que te alegres de la venta de la casa.

Tengo noticias estupendas. Hoy hace una semana que me convertí en el orgulloso padre de Magnus Rory Andrew. Pesó cuatro kilos al nacer y tiene una mata de pelo rubio como yo. Tanto el bebé como la madre están perfectos. Ha sido un poco una sorpresa, pero lo llevo bien y me siento muy orgulloso.

Confío en que en tu corazón haya espacio para alegrarte por mí.

Desmond.

¿Alegrarse por él? En un esfuerzo enorme por contener un torrente de lágrimas, Annie se desconectó de la red y salió tambaleándose del cibercafé en busca del húmedo aire de la montaña. Recorrió la pequeña calle mayor, repleta de tiendas de souvenirs y hostales, dejó el pueblo atrás y se adentró en el bosque. Hacía poco rato, los enormes rododendros cargados de flores rojas, la magnolia grandiflora y los caminos flanqueados con arbustos de laureola le habían parecido románticos y acogedores. Ahora, el viento que se filtraba entre hojas y ramas emitía un sonido misterioso y las aves nocturnas y las ranas arborícolas se burlaban de ella con chirriantes gritos. Alégrate por mí.

Annie rompió a llorar. ¿De dónde venían aquellas lágrimas? ¿Estarían almacenadas en embalses dentro de todos nosotros a la espera de que se nos partiera el corazón? ¿Habrían estado siempre allí, acumulándose detrás de diques de determinación, a la espera de estallar? Convencida de que estaba completamente sola, Annie cayó de rodillas y sollozó. Alégrate por mí. ¿La conocía? ¿Acaso la había conocido alguna vez? ¿Pero qué tipo de persona era Desmond? Cabía la posibilidad de que su vida no hubiera sido más que una farsa, de que no hubieran sido más que dos personas que vivían en universos paralelos sin conexión alguna, inconscientes de los sueños y los miedos del otro. Rememoró mentalmente una conversación en concreto. Ella le había dicho que quería tener hijos, que quería tener hijos con él. Él había replicado diciendo que aquello era romper un acuerdo. Que jamás en su vida pensaba traer un hijo a este mundo cruel, que la abandonaría antes que tener un hijo. Annie había salido destrozada de casa y había ido a ver a Megan para intentar buscar consuelo a su desolación. ¿Una vida sin hijos? ¿Acaso era posible? ¿Tenía Desmond derecho a pedirle aquello, a pedírselo a cualquier mujer? Megan dijo que no, que tenía que olvidarse de él y dejarlo antes de que fuese demasiado tarde para iniciar otra relación. Annie estaba a punto de cumplir los treinta. El tiempo no esperaba para las mujeres, esperaba solo para los hombres. En el transcurso del año siguiente, Annie se planteó varias veces dejar a Desmond. En una de aquellas ocasiones, hizo incluso las maletas y escribió una carta explicando sus razones. El amor la retuvo. Acalló el reloj biológico con trabajo, con deporte, con cualquier cosa que encontrara a mano,

con el argumento de que Desmond era su amigo, su socio, su pasado y su futuro.

Annie se sentó en el suelo del bosque y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás. La luz había disminuido abruptamente después de que el sol cayera como una piedra por encima de la cresta de la montaña. Inmersa en una oscuridad repentina, Annie comprendió que se había perdido. Todos los árboles le parecían iguales. No podía estar más que a unos veinte minutos de distancia del pueblo; tal vez la gente de la casa de huéspedes decidiera enviar un equipo de búsqueda a por ella. A lo mejor conseguía oler el humo de alguna hoguera o escuchar voces a lo lejos. Se preguntó si sería mejor quedarse donde estaba o intentar encontrar la salida. Le habían comentado que por la noche la temperatura caía en picado y que frecuentaban el bosque tigres y otros animales salvajes.

Oyó a sus espaldas el crujido de unas ramas. ¿Un animal? ¿Una serpiente? Al girarse descubrió a una enjuta anciana vestida con una túnica larga, un bastón en una mano y una antorcha en la otra. Tenía la cara arrugada como una nuez, pero los ojos brillantes como monedas de cobre recién acuñadas. Se aproximó a Annie y se quedó mirando su rostro, bañado por las lágrimas. La anciana levantó dos dedos y presionó con delicadeza las comisuras de los ojos de Annie. Aquel gesto, aquella minúscula muestra de empatía humana que iba más allá de culturas, religiones y edad, conmovió profundamente a Annie. Y fue en ese momento cuando supo, con increíble seguridad, que quería vivir y empezar de nuevo. La anciana le tendió la mano, entrelazaron los dedos y guio a Annie de regreso al pueblo.

Al día siguiente, Annie reservó un vuelo de vuelta a Inglaterra. Había llegado el momento de reconectar con la vida. Tenía por fin un destino y el punto de partida de un plan. Y tenía también algo más importante si cabe: esperanza. Durante el trayecto de dieciséis horas en autobús hasta Delhi, Annie reflexionó sobre dónde ir, sobre qué hacer a continuación. Su yo más joven había soñado con una casa que fuera solo suya, que nadie pudiera quitarle, donde no hubiera que compartir la propiedad y la puerta de entrada tuviera una única llave: la de ella. Aquel yo más joven había anhelado una vida en Londres, puesto que imaginaba que le proporcionaría una red interesante de amigos y actividades. Pero después de liquidar la hipoteca de la casa de Devon, lo que le había quedado no bastaba ni para dar una entrada de una caja de zapatos en la capital, aunque sí podía servirle para comprar un

poco de tiempo, para el depósito de un alquiler, para empezar de cero. En Delhi, se apuntó por internet a once agencias de trabajo temporal ofreciéndose para cualquier tipo de tarea de restauración y examinó con detalle todos los anuncios clasificados. Antes de que el avión con destino a Londres despegara, había encontrado trabajo como ayudante de restauración de Carlo Spinetti. El sueldo era penoso, pero era un principio.

El autobús continuó su trayecto por delante de las inmensas y silenciosas mansiones de Holland Park y llegó a Shepherd's Bush. Había pocos coches; las tenebrosas farolas proyectaban charcos de luz anaranjada sobre la acera. En la calle, un chico presionaba la rodilla entre las piernas de una chica, que enlazó los brazos por detrás del cuello de él y las piernas en torno a su cintura, y de este modo la transportó él por la calle, sin dejar de mirar su rostro sonriente. Un coche tuvo que frenar con fuerza para no atropellarlos y el conductor machacó el claxon. La chica le respondió haciendo una V de victoria.

Annie bajó en la esquina y llegó por fin a su edificio. Subió las escaleras, entró en el estudio y encontró a Evie dormida en el sofá con una botella de vino vacía a sus pies. Annie tapó a su madre con una manta. Al día siguiente era viernes y, en consecuencia, pendía ante ella como un nubarrón un fin de semana vacío. Peor aún, tenía además que cuidar de Evie.

Miró el reloj de la pared de la cocina y vio de reojo la postal de la Wallace apoyada en el frutero. Había un número de teléfono y un nombre: Jesse. Encima, Evie había escrito en rotulador rojo: «Llámallo, te reto a hacerlo».

## Capítulo 9

Annie se sentó en el suelo de hormigón del paseo que flanqueaba el río Támesis con las piernas colgando y contempló cómo la sucia agua marrón lamía un lodo que parecía marcado por la viruela. La marea había dejado desechos al retirarse: una zapatilla deportiva vieja, una sartén sin mango y un montón de piedras veteadas con algas verdes. Pasó flotando un pez muerto, hinchado y sin cola. En cuestión de segundos, una gaviota saltó sobre el lodo y lo ensartó con el pico amarillo mientras sus ojos, pequeños y brillantes, miraban a derecha e izquierda para vigilar la posible presencia de otros depredadores. Los pensamientos de Annie viajaron hacia el río de aguas claras que corría más allá del jardín de su casa, en Devon, el continuo sonido de fondo de su otra vida. ¿Seguirían los martines pescadores anidando en la orilla? ¿Habrían tenido las nutrias una nueva camada? Recordó los ponis salvajes que vadeaban el río al final del sendero y la garza, una fantasmagórica asesina gris, que esperaba con paciencia a arponear un salmón.

Evie y ella habían vuelto a discutir esa mañana; el simple acto de hacer la cama había acabado transformándose en una diatriba feroz, en comentarios directos que habían reabierto viejas heridas. Annie se preguntó si Evie cumpliría la promesa de estar fuera de casa por la noche. Rio para sus adentros. ¿Cuántas veces le había oído decir lo mismo a lo largo de los años? Había perdido la cuenta. Amenazas de suicidio, promesas rotas y declaraciones falsas se asentaban como cicatrices en el rostro de su relación. Annie confiaba en tener la valentía necesaria para cambiar cerraduras y número de móvil, para impedir una vez más el acceso de su madre a su vida.

En un impulso, Annie había marcado el número de Jesse. No tenía nada mejor que hacer y, al menos, alguien parecía alegrarse de oírla y casualmente estaba libre un sábado. Había cargado con el cuadro a modo de pretexto, para tener alguna cosa de qué hablar. Lo tenía a su lado, dentro de una bolsa de

plástico. Un débil sol invernal acababa de asomar la cabeza entre las nubes y hacía brillar la extensión de lodo. Correteaban por ella diminutos cangrejos y algas de color esmeralda envolvían las rocas.

El hombre que venía hacia ella tendría poco más de treinta años, la cara ligeramente alargada, una sonrisa contagiosa y ojos hundidos de color azul. Vestía un traje de lino arrugado, zapatillas deportivas abotinadas y una camiseta roja descolorida con «Van Morrison» escrito en la parte delantera. Annie tardó unos instantes en percatarse de que era Jesse.

—Hola —dijo él, y le tendió la mano.

Al ver que estaba manchada de pintura, se la limpió en el pantalón, dejando un rastro de amarillo y verde, y volvió a ofrecérsela. Annie se la estrechó.

—El traje —observó ella con nerviosismo.

Jesse bajó la vista.

—¡Maldición! Un poco de aguarrás y solucionado. —Sonrió de oreja a oreja—. Me alegro de que hayas traído el cuadro. He pensado que podríamos ir a tomar algo a un local cerca de aquí.

Annie se dispuso a saltar del muro. Jesse le tendió la mano. Annie dudó un momento y la aceptó.

—Gracias. ¿Eres pintor?

—Pintor de noche, guía de día. Tengo una exposición el año que viene y necesitan catorce lienzos; me faltan diez. Por razones que nadie entiende, ni siquiera yo, pinto variaciones de un campo de Shropshire.

—¿De un campo? —preguntó Annie.

—Supongo que intento pintar mi infancia. Ese campo debe de ser una metáfora visual de mis recuerdos. No es excepcional... Delacroix acabó obsesionándose con un paisaje en particular, igual que Constable, Bonnard y Cézanne. No pretendo compararme con ellos, que conste —añadió rápidamente.

Annie había oído hablar de Constable y Cézanne, pero no de los otros.

—Mi hermano ha visto ese campo que pinto..., tengo seis hermanos, yo soy el menor, y dice que no tiene nada que ver con el lugar donde nos criamos. Tenemos visiones distintas. Es gracioso eso de los recuerdos, ¿no? Creo que estoy hablando demasiado. Ya casi llegamos.

Tenía una voz suave y cantarina que a Annie le pareció muy agradable.

—Una vez tuve un trabajo de vacaciones allí abajo —dijo Jesse, señalando hacia el Puente de la Torre—. De celador sustituto en Butler's Wharf. Estaba

vacío; hacía tiempo que ni siquiera había estibadores. Ni cargamentos de cereales y harina, ni de oro, especias, lana o madera llegados de rincones remotos del mundo, ni barcazas. En el siglo XIX había tantos barcos que podías pasar de una orilla a otra sin mojar los pies. Pero mira ahora el Támesis, no es más que una vía de acceso para embarcaciones de placer.

Mientras hablaba, iba balanceando el cuadro, que seguía en su bolsa de plástico, adelante y atrás. De vez en cuando miraba de reojo a Annie, que estaba muy distinta al otro día, con el pelo suelto sobre los hombros y la luz del sol atrapando ocasionales destellos de rojo y dorado. Llevaba camiseta, pantalones cargo de seda y unas botas camperas marrones muy gastadas pero relucientes. En vez de abrigo, se cubría los hombros con un colorido mantón. Jesse se preguntó si los collares que llevaba al cuello los habría adquirido a lo largo de sus aventuras exóticas y, de ser así, con quién las habría compartido.

Un viejo Citroën petardeó al pasar por su lado. Durante un breve segundo, Annie pensó que era el DS de Desmond, un coche que él había bautizado como Monty y que era anterior a su relación. Los recuerdos de Desmond la asaltaron de pronto y recordó el día de su veintiún cumpleaños. Desmond le había pedido a un amigo que le prestara el apartamento que tenía en Roma, dos habitaciones grandes en un *palazzo* desde el que se dominaba la escalinata de la Plaza de España. El mobiliario consistía únicamente en una cama y un majestuoso piano; paredes y techos estaban decorados con frescos: criadas con jarras de agua, hombres con liras, faunos saltarines. Habían alquilado un escúter y enfilado la Vía Apia para ir a comer a un restaurante iluminado con fluorescentes: pasta para los dioses, había proclamado Desmond cada vez que les servían un nuevo plato de humeantes espaguetis. «Por favor —rezó Annie en silencio—, lleva a Liz a cualquier parte, menos a Roma».

—Los nombres de los muelles tienen su origen en el tipo de mercancía que se descargaba en cada uno de ellos —dijo Jesse, mirándola—. ¿Sabías que Támesis significa «río oscuro», del término precéltico *tamasa*? ¿Y que el mismo hombre que construyó la mayoría de estos edificios diseñó también la cárcel de Dartmoor?

Jesse era consciente de que no hacía más que balbucear incongruencias aunque, como un pescador hambriento e incompetente, confiaba en atrapar un pensamiento pasajero con una extensa red de conversación.

—Cuando trabajaba aquí, me obsesioné con el espíritu de Turner: pasó su juventud dibujando barcos y barcazas y falleció contemplando el río, en Cheyne Walk —continuó Jesse—. Oh, ojalá pudiera pintar como Turner.

Siguió caminando al lado de Annie, sujetando un pincel imaginario con la mano izquierda y dibujando amplios trazos en el aire, como si tuviera enfrente un gigantesco lienzo.

Annie no prestaba atención a lo que explicaba Jesse. Tenía la mirada clavada en los pies, en las botas marrones que pisaban el suelo. Como un morboso fotograma de una película en blanco y negro, visualizó a Desmond besando a Liz, los labios de él rozando la parte interior del codo de ella, la punta de la lengua explorando luego los pechos. Intentó ahuyentar las imágenes, pero el mando a distancia no funcionaba. «Tal vez lo quise demasiado», se dijo.

Jesse y Annie se detuvieron en mitad del puente. Debajo de ellos, un pequeño remolcador avanzaba lentamente contra la fuerte marea, meciéndose con determinación sobre las aguas en dirección a Westminster. En sentido contrario navegaba una barcaza roja oxidada, su alargada cubierta repleta de bicicletas retorcidas, carritos de la compra y, dominando la montaña de trastos, una espléndida moto roja. El conductor de la embarcación estaba de pie bajo un toldillo de plástico, los brazos cruzados sobre el torso para mantener el calor.

—«Estibadores», qué gran palabra. Viene del sajón, *stevadax* —dijo Jesse—. Mi trabajo en Butler's Wharf era tremendamente aburrido. Me pasaba el día sentado en un despacho gigantesco pintado de color blanco, con ventanas en tres de los lados, viendo la marea subir y bajar. Subir y bajar. Implacable y magistral. El punto culminante de la jornada era descubrir qué dejaba la marea al retirarse: un neumático, una botella. ¿Sabías que la gente que vive a orillas del agua presenta los índices de suicidio más bajos? Los más elevados son de gente que vive cerca de vías de tren.

«Oh, calla ya», se dijo Jesse. Era increíble la cantidad de chorradas que era capaz de soltar por la boca; y era increíble también el efecto que aquella chica provocaba en él y, ya puestos, el escaso efecto que él provocaba en ella. ¿Sería amor? La chica llevaba un cuarto de hora sin decir nada y, cuanto más rato permanecía ella en silencio, más idiota parecía él. La miró de reojo y se dio cuenta de que tenía el foco de atención muy lejos de allí. La combinación de su desinterés y su palpable tristeza golpeó a Jesse como un puñetazo:

ansiaba ayudarla, abrazarla, hacerle el amor.

La cogió por el brazo y la guio para cruzar la calle.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Estás muy blanca. ¿Quieres que paremos para comer algo? Ten, ponte mi bufanda.

La envolvió con delicadeza con su bufanda de lana. Sin pensarlo, le pasó el cabello por encima de la prenda y le rozó el cuello con el gesto. Vio que temblaba un poco, confiaba en que fuera de placer.

Al final de la calle había una pequeña cafetería llamada Clemmy's, pintada en verde y rojo. Los cristales de las ventanas estaban empañados y, cuando Jesse abrió la puerta, los asaltó un potente olor a beicon y patatas fritas. Las mesas de fórmica estaban ocupadas por grupos de hombres, con periódicos sensacionalistas y desayunos desplegados sobre manteles de plástico con un estampado de espirales. Annie se preguntó qué harían un sábado por la mañana allí, tan lejos de la familia.

—¿Has desayunado? —preguntó Jesse, retirando una silla para que Annie pudiera sentarse.

Llevó a la barra unas tazas y dos platos sucios. Annie miró a su alrededor. Se sentía confusa, ajena al lugar. Los hombres la miraban con desvergonzado interés, una mujer en un ambiente masculino. Annie los miró tan fijamente que los hombres volcaron de nuevo la atención en las páginas de los periódicos. Vio que Jesse pedía algo para desayunar. Y que tenía problemas con las combinaciones propuestas: el número de salchichas en relación con los huevos, de tostadas respecto al té. Jesse retrocedió unos pasos para mirar de nuevo la pizarra y, al hacerlo, tropezó con un hombretón de aspecto huraño. Annie intuyó que habría problemas. El hombretón estaba enfadado y se cuadró de hombros. Jesse se dio un palmetazo en la frente e hizo girar los ojos cómicamente. El hombretón sonrió aun sin quererlo.

Jesse regresó con dos tazas de té.

—La camarera traerá la comida, dice que no se fía de mí con los platos.

Poco después llegó la camarera con dos desayunos ingleses completos.

—Si queréis extra de patatas fritas, decídmelo —dijo la mujer, y luego le guiñó un ojo a Jesse.

—Podría considerarme insultada ante un coqueteo tan descarado —dijo Annie, retirando el papel dorado de una porción de mantequilla—. Qué sabe ella si estamos juntos o no.

«Pues a mí me gustaría estarlo —pensó Jesse—. ¿Y a ti? ¿Tengo alguna

oportunidad? ¿Por qué estás tan triste? ¿Qué te ha pasado?».

La observó mientras comía, cuchillo y tenedor sujetos con orgullo, los hombros redondeados, la expresión fija para atacar el plato. Ensartó huevos y salchichas, rebañó jugos con patatas fritas, alineó en el tenedor un trocito de tomate encarnado, yema amarilla y champiñón beis y se lo llevó hábilmente a la boca. Terminó mucho antes que él.

—Tenía hambre —dijo. Sus mejillas empezaban a cobrar color—. Anoche no cené, y eso no es muy normal en mí. Adoro la comida. —Se recostó en la silla y sonrió por primera vez en todo el día.

—¿Te pido otro igual? —preguntó él en broma.

—¿Quieres tus patatas?

Jesse negó con la cabeza y Annie, inclinándose hacia delante, pinchó con el tenedor cuatro patatas.

—Vivimos unos años en Oxford —dijo Annie—. Yo estaba a punto de cumplir diez cuando fuimos allí; mi madre tenía un novio que se llamaba Peter, un catedrático. —Tiró del plato de Jesse para acercárselo y pinchó unas cuantas patatas más—. Él estaba casado, así que íbamos a pequeñas cafeterías como esta en otras partes de la ciudad, a lugares donde su mujer nunca iría. Ella era más de restaurantes pijos. Este tipo de comida siempre me recuerda a Peter. En ese sentido, creo que la comida es muy similar a los olores, ¿no te parece?

Jesse asintió. Gracias a Dios había empezado a hablar por fin; creía haberla dejado muda de aburrimiento. La chica tenía una pizca de yema de huevo en la comisura de la boca. Se moría de ganas de retirársela con la punta del dedo.

—Seguíamos una rutina. Todos los domingos, desayuno completo y película. En Walton Street había un cine de arte y ensayo —le explicó Annie, limpiándose la boca con la mano.

—¿Y qué hacía su mujer los domingos? —preguntó Jesse.

—Peter nunca nos lo contó. Una de las reglas de acostarse con un hombre casado es no formular nunca preguntas de ese tipo.

—¿Y por qué te llevaba tu madre a esas citas clandestinas?

—Yo odiaba estar sola y nos mudábamos tan a menudo que nunca llegué a hacer amigos de verdad.

—¿Os sentabais juntos?

—Él compraba cuatro entradas. Y en cuanto apagaban las luces, mi madre se escabullía a la fila de atrás para sentarse a su lado. Es gracioso. Ahora,

cuando vuelvo a ver esas películas, de Fellini y de Bergman, echo de menos los chirridos de los asientos, las risillas sofocadas y los besos apasionados de mi madre y Peter.

—¿Y era necesario que estuvieras allí? —dijo Jesse, erigiéndose en el protector de la pequeña Annie.

—Vi películas estupendas.

—¿Y qué fue de Peter?

La verdad era que a Jesse le traía sin cuidado, pero deseaba que siguiera hablando. Le encantaba el sonido de su voz, grave y un poquitín ronca.

—Desapareció —replicó, sin darle importancia—. Como todos.

¿Era amargura o resignación lo que escondía aquel tono? Desde luego no había ni rastro de autocompasión.

—Me gustaba, más que la mayoría. Era inteligente y divertido.

—¿Estás casada? —preguntó Jesse.

—No. —Le sorprendió aquella presunción—. ¿Y tú? —Le daba igual que lo estuviese o no.

—¿Quién demonios querría casarse conmigo? No tengo dinero ni perspectivas de tenerlo. —Se levantó y cogió la bolsa de plástico—. Vamos a otra cafetería que hay justo al doblar la esquina.

—¿Y esta qué tiene de malo? —preguntó Annie.

—Te lo explicaré cuando llegemos allí —respondió Jesse, y le tendió la mano.

Annie no la cogió.

Salieron de la cafetería y caminaron un centenar de metros en silencio. Jesse dobló hacia una calle secundaria y se pararon delante de un restaurante con fachada plateada y un cartel con el nombre Le Breakfast pintado en letras de color rosa fucsia. En el interior, había fluorescentes colgados del techo y las mesas y el suelo eran de immaculada fórmica blanca. El lugar apestaba a carne podrida y a Annie le pareció el local más horroroso que había pisado en su vida. Aquel encuentro, pensó, instalándose en el asiento de plástico rojo de un reservado, había sido un error, sin lugar a dudas.

—No estamos aquí por el ambiente —dijo Jesse, leyéndole los pensamientos—. El mejor lugar para mirar un cuadro sucio es en el asiento de ventanilla de un avión; la potencia del sol en altitud atraviesa la mugre, aunque lleve años acumulada. Pero un sábado nublado en Londres, este lugar es tan bueno como cualquiera. —Hurgó en un bolsillo y extrajo una pequeña linterna

—Una de las herramientas secretas del guía, produce una intensidad de más de cinco millones de bujías. ¿Me dejas ver el cuadro?

Annie lo sacó de la bolsa y lo depositó con cuidado sobre la mesa. Llegó la camarera. Pidieron café. Jesse se inclinó sobre el cuadro y recorrió la superficie con el rayo de luz.

—Sí, sí —dijo en voz baja, casi para sus adentros.

Annie sopló su humeante taza de café y levantó la vista hacia un grupo de mochileros norteamericanos que estaban convirtiendo la divisa local con una calculadora de bolsillo.

—Ven, siéntate aquí —dijo Jesse, indicándole el espacio a su lado—. Tienes que imaginártelo sin este barniz amarillo. —Se sopló el pelo que le caía sobre los ojos—. La luz ayuda, mira —le señaló, recorriendo el contorno del cuadro con la linterna.

A medida que pasaba la luz, los colores brillaban bajo las capas de suciedad, animando las figuras. Observando con atención, Annie detectó algún tipo de tensión entre el hombre y la mujer y, de pronto, percibió el deseo del hombre e intuyó el desdén de la mujer.

—Eso de la esquina, ¿es una sombra o una figura? —preguntó, puesto que no discernía más que una forma blanca bajo un conglomerado de barniz descolorido.

Jesse se encogió de hombros.

De repente, Annie deseaba saber cosas sobre su cuadro. ¿Quién era la pareja? ¿Qué hacían allí? ¿Qué sucedía entre ellos? Si pudiese demostrar que era algo más que una copia mala, que era obra de un individuo capaz de plasmar detalles con precisión, su dictamen habría sido acertado. En cierto sentido, autenticar el cuadro equivaldría a validarse a sí misma.

—Creo que puedes haber encontrado algo maravilloso —dijo Jesse, sus ojos brillantes de emoción—. Fíjate en cómo ha dispuesto el pintor las capas de pintura para proporcionar ese efecto de la luz proyectándose sutilmente fuera del lienzo. Mira cómo ha utilizado cinco simples toques de color para crear la cara del hombre y, aun así, comprendemos perfectamente sus sentimientos; somos él, podemos casi saborear su deseo y su desesperación.

—¿Por qué das por sentado que lo pintó un hombre? —preguntó Annie.

—La mayoría de los pintores de la historia son hombres. Las mujeres no tenían esa oportunidad. Un par de ellas lo consiguieron: Artemisia Gentileschi

en el siglo XVII y Rosalba Carriera en el XVIII, pero fueron excepciones.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿No podríamos buscarlo en algún libro? — preguntó Annie, con un nudo de emoción en la garganta. «Cálmate», se dijo. «Estas cosas no le pasan a gente como tú».

—Primero tenemos que averiguar quién es el artista y cuándo se pintó.

—En esto no puedo ayudarte. No tengo ni idea de arte —dijo Annie.

—Pero lo compraste.

—Lo compré para otra persona.

Jesse la miró a los ojos pero no dijo nada. ¿Quién sería esa persona que acechaba de tal manera entre los dos?

—La atribución de un cuadro es una labor de detective. En ocasiones la respuesta es evidente, un juego de niños, sin disputas en cuanto a la autoría. Pero para obras menos evidentes, la autenticación exige pasos lentos y dolorosos. Lo primero que hay que hacer es ubicarlo en el tiempo.

—¿Cómo?

—La vestimenta, los peinados y la pintura ofrecen muchas pistas —dijo Jesse, contando unos peniques y dejándolos sobre la mesa—. ¿Nos vamos? Este fluorescente me irrita los ojos.

—La verdad es que todos mis sentidos se quejan también —reconoció Annie.

Salieron y caminaron por Tooley Street hacia la estación de metro.

—Mi estudio está justo en esa calle —dijo Jesse.

Annie le lanzó una mirada dubitativa.

—¿Tengo pinta de asesino? —preguntó Jesse.

Jesse la guio hacia una callejuela a la que se accedía atravesando por debajo un puente del metro; un tren pasó justo en aquel momento por encima de los arcos reconvertidos en talleres y garajes. Jesse saludó a los mecánicos como si fueran amigos de toda la vida. Al final de la calle, se detuvo delante de dos puertas sujetas mediante un candado gigante. En el exterior había un árbol de ramas negras llenas de flores de color rosa carmín.

—Es precioso —dijo Annie.

—Me han dicho que es originario de Japón; cómo acabó en una calle del sur de Londres es una incógnita.

—¿Sabes cómo se llama? —preguntó ella.

—Pues sí que lo sé: *Prunus mume*, o «Beni-chidori», que quiere decir «el

vuelo de las grullas rojas». Me alegro de encontrar a alguien a quien también le gustan las plantas y los árboles.

—Es una de las cosas que más echo de menos —dijo Annie, haciendo una pausa de unos segundos—. En Londres me cuesta adivinar cuándo termina una estación y empieza otra. Donde vivía antes, podía decirte la fecha con solo mirar las flores o las hojas. Este mes, estaría esperando la floración de las primulas y los acónitos.

—Y luego de los narcisos silvestres, los geranios, las dedaleras y las orquídeas silvestres —añadió Jesse.

—Seguidas de las campanillas —dijeron al unísono, y se echaron a reír.

Era la primera vez que Jesse la veía reír y le encantó cómo su lengua rosada asomaba entre los dientecitos blancos y cómo se le formaban minúsculas arruguitas en las comisuras de los ojos. Jesse sacó entonces del bolsillo una llave grande y abrió primero el candado y después una puerta interior que daba acceso a una habitación amplia con suelo de madera, llena de lienzos y montañas de libros. En un rincón había una cama sin hacer y, junto a una de las paredes, una cocinita muy básica.

—Está un poco desaseado —dijo Jesse, intentando esconder los platos sin lavar y otros restos.

Annie tomó asiento en un mortificado sofá chéster de cuero, con mechones de pelo de caballo del relleno proyectándose por distintas partes, y observó a Jesse ir de un lado a otro de la estancia para reunir una serie de objetos curiosos: una lámpara, un par de lupas, un frasco de cristal, un poco de algodón. Lo dispuso todo encima de la mesa de caballete que ocupaba la parte central del taller. Acto seguido, sacó con cuidado el cuadro de la bolsa de plástico y lo colocó boca abajo sobre un paño extendido.

—¿Tienes una moneda?

Annie le pasó una de diez peniques. Con suma delicadeza, Jesse empezó a retirar los clavitos que sujetaban el marco.

—Con estas cosas hay que ir con mucho cuidado. A veces, la pintura está adherida a la madera. En la Wallace se cargaron un buen pedazo de un Lancret.

Separó muy despacio el marco. De pronto, el cuadro parecía vulnerable y mucho más pequeño y Annie experimentó una oleada de ternura hacia él. Jesse le dio la vuelta y examinó el canto.

—Ven a ver —dijo—. El cuadro tiene dos cantos. El cuadro original está colocado encima de un nuevo lienzo. Es lo que se conoce como reentelado —

le explicó.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, con el tiempo, la tela original se deteriora o pierde su función de soporte de modo que, para reforzarla, arrancas toda la composición y la adhieres a un nuevo soporte o adhieres la tela a un nuevo lienzo. A lo largo de la historia se han destrozado muchas pinturas por culpa de este proceso, pero la verdad es que no hay muchas alternativas. Transcurrido un centenar de años, las telas se degradan, o antes incluso si el pintor no ha preparado adecuadamente su base.

Annie acarició el canto del cuadro.

—Noto como tres rugosidades —dijo—. ¿Podría ser que lo hubieran reentelado dos veces?

Jesse cogió la linterna y recorrió con la luz el canto del cuadro, de arriba abajo.

—Tienes razón. Lo que significaría que tiene varios cientos de años de antigüedad.

Annie soltó un silbido.

—Me parece que será mejor que deje de meterte de cualquier manera en la mochila —le dijo al cuadro.

Jesse giró de nuevo el cuadro e iluminó con la linterna la parte posterior del lienzo.

—Mira este sello. Es bastante frecuente que los propietarios dejen una marca más indeleble y visible que la firma del artista. Forma parte del impulso de posesión. En la National Gallery y en la Wallace hay pinturas con el blasón del duque de Milán y de Carlos I.

—¿Como queriendo decir «Yo estuve aquí»? —preguntó Annie.

Jesse asintió y se acercó al fregadero. Llenó un cuenco con agua caliente y lo transportó con cuidado hasta la mesa. Humedeció a continuación una esponjita y la pasó por la superficie del cuadro.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Annie, nerviosa.

—Normalmente se puede limpiar la suciedad superficial así: manchas de humo, la porquería diaria. Como si te lavarás las manos.

La esponja amarilla adquirió un tono marrón fangoso a medida que limpiaba el lienzo.

—Como verter agua en aceite turbio —dijo en voz baja Annie.

—A veces, con solo hacer esto aparecen figuras y árboles, pero este cuadro

está tan sucio que apenas se aprecia la diferencia. Y ahora, tendremos que ser un poco más duros.

Destapó el frasco de cristal y liberó el dulce aroma del líquido transparente.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—En mis propios cuadros, sí. Lo utilizo para eliminar óleos.

—¿Eliminar! Para. Podrías hacer un agujero —dijo Annie.

Jesse bajó la mano que sujetaba el algodón.

—Tienes razón, pero la única alternativa a eso es llevártelo a casa, colocarlo en la repisa de la chimenea y disfrutarlo.

Annie buscó algún indicio de ironía en el rostro de Jesse pero solo vio una expresión bondadosa.

—Me inspira un extraño sentimiento de protección —dijo Annie—. Ya sé que es una tontería, que no es más que una tela con pintura al óleo sujeta a una tabla de madera.

—El buen arte conmueve; ahí está su gracia. —Sonrió—. Veamos, planteemos las opciones que tienes. Es una composición encantadora, un claro en un parque, una bailarina, un hombre a sus pies. Hay árboles con ramas colgantes, el sol que se filtra desde la izquierda, pero está tan sucio que es complicado discernir las caras o las pinceladas utilizadas por el pintor. ¿Cómo saber quién es quién o, incluso, cuándo fue pintado?

—Ya sabemos que tiene varios centenares de años.

—Sería divertido limitarlo un poco más en el tiempo, ¿no crees? La verdad es que parece de estilo francés, eso lo averiguaste en la Wallace, comparándolo en directo con otras obras de arte.

—¿Y eso qué demostraría?

—Todos los artistas tienen una forma de hacer única que los distingue. Un caballo de Rembrandt es completamente distinto a un caballo de Van Dyck; un árbol pintado por Constable es totalmente distinguible, igual que uno pintado por Van Eyck. Los árboles y la composición de tu cuadro parecen de un estilo que se conoce como *fête galante*. El problema es, sin embargo, que todo arte y artista de primera fila tienen imitadores y falsificadores. ¿Cómo saber, entonces, que aquí no hay trampa ni cartón?

Annie no entendía nada.

—Justo estaba leyendo un nuevo libro que ha publicado la experta Delores Ryan y que se titula *Las mujeres de Watteau*.

—Qué casualidad: justo anoche cociné para ella.

—No es mujer que pase desapercibida, lo que sucede es que yo soy un simple guía y apenas se percata de mi presencia. Su tesis se basa en la identificación de las modelos de los artistas. Muchos pintores utilizaban siempre las mismas modelos, de modo que la suya es una escuela de atribución que apuesta por ir combinando y estableciendo correspondencias.

—Pues a mí me suena a chismorreo sofisticado.

—Hay más de una carrera basada en la excavación de la vida privada de los artistas. La mayoría de artistas pintaba y repintaba a la misma gente. Delores ha escrito libros y ha sido comisaria de exposiciones en torno a la identidad de los modelos. Ha creado una base de datos enorme de individuos y sus posados para distintos artistas. Si a Delores le muestras un retrato grupal de David, sabe decirte el nombre de todos los que aparecen en él. Relaciona cuadros y pintores, averigua quién se acostó con quién, quién recibió en pago qué. Como te he dicho, es un trabajo de detectives.

—¿Y si la gente que aparece en mi cuadro no encajara en su listado de modelos?

—Pues desacreditaría la obra.

—Me parece un poco limitado —replicó Annie.

—No se trata solo de Delores —le explicó Jesse—. Un Rembrandt solo es un Rembrandt si Ernst van de Wetering y su Rembrandt Research Project lo avalan. John Richardson, viejo amigo de Picasso, y también su biógrafo, distinguía una falsificación a cien metros de distancia.

—¿Y Delores es la única experta en este periodo?

—La cosa depende de ella o de Trichcombe Abufel. El trabajo de él se basa en la erudición y la procedencia. Examina como un forense todos los aspectos de la superficie pintada y todos los lugares donde podría haber estado expuesta la obra.

—Estupendo, pues llamémoslo a él.

—Es como un ermitaño, verlo es complicadísimo.

—¿Y cómo es posible que la identidad de un cuadro la decidan solo dos personas?

—El arte es un gran negocio pero, al final, resulta que la autenticidad de la obra es un tema subjetivo y que la única manera de demostrar que un cuadro es «bueno» es a través de pruebas circunstanciales. Cuanto más antigua es la obra, más difícil resulta identificarla. En la mayoría de los casos, se trata de

simple adivinación y, por lo que al siglo XVIII francés se refiere, Delores y Abufel son los adivinos más fiables.

Annie miró a su alrededor, intrigada por aquel guía y a la vez pintor. Había montañas de libros apiladas en cualquier superficie del estudio: monografías de artistas, cartas de artistas, biografías de artistas. En una pared, había colgado con chinchetas dibujos y reproducciones de cuadros de viejos maestros. En un caballete había un cuadro grande, casi monocromático, de un prado flanqueado a un lado por árboles y al otro por un río. Aunque era un esbozo inacabado, le gustaron su majestuosidad y su audacia. En la otra pared había la fotografía de un hombre y una mujer, cogidos del brazo, riendo en una playa. Era en blanco y negro, y Annie supuso que se trataba de sus padres. Buscó indicios de la presencia de una novia, pero no encontró nada. A diferencia de su piso, espartano y sin apenas mobiliario, aquel espacio, a pesar de tener prácticamente los mismos metros, parecía el hogar de una persona. Y no era por los trastos, los cuadros o las fotografías, sino por la atmósfera.

Se levantó, rodeó el sofá y miró la paleta con pintura incrustada que descansaba al lado del caballete.

—¿Y no crees que la ciencia ha avanzado lo bastante como para ser de alguna ayuda? ¿No pueden analizar el cuadro o, incluso, recoger muestras de ADN? —preguntó.

Jesse señaló la fotografía en blanco y negro del hombre y la mujer.

—Qué casualidad que digas eso. Mi padre estaba trabajando en un ingenioso proyecto de análisis científico cuando falleció. Creía haber encontrado la manera de identificar un cuadro mediante las huellas dactilares del mismo modo que identificamos a un criminal por sus huellas.

—¿Qué pasó?

—Llamó a mi madre para decirle que había dado con ello y que enseguida llegaba a casa. Pero nunca llegó. Lo encontraron a la mañana siguiente bajo el puente de Battersea. Lo curioso es que en el maletín seguían la cartera, las llaves y el dinero, pero faltaban el ordenador y sus cuadernos de notas.

—¿Fue un accidente?

—La policía dijo que había sido un suicidio. —Jesse dudó un momento—. Para poder cerrar el caso. Pero mi padre jamás se habría suicidado. Adoraba la vida. Adoraba a mi madre. Nos adoraba. Adoraba su trabajo. Mi teoría,

aunque nunca he podido demostrarlo, es que en el mundo del arte había gente aterrada por su descubrimiento. En las falsificaciones hay mucho más dinero invertido que en demostrar la autenticidad de las obras.

Annie detectó un leve temblor en su voz. Jesse se giró y cogió un frasco con una etiqueta que ponía «trementina».

—¿Cuándo fue? —preguntó Annie.

—Pronto hará quince años. Luego nos fuimos a vivir a Shropshire.

—A lo mejor lo de pintar siempre el mismo campo es eso, un intento de mantener vivo el recuerdo de tu padre.

—Eres la primera persona que expresa eso en voz alta.

—Perdona..., ha sido muy presuntuoso por mi parte.

—Muy perceptivo, en realidad —dijo Jesse, cogiendo un trocito de algodón—. Ojalá hubiera alguien capaz de seguir adelante con su trabajo, pero nunca explicó el proceso a nadie. Tenía una ayudante, Agatha, que entendía un poco del tema y que está intentando reanudarlo desde el punto donde lo dejó él.

—¿La ves con frecuencia?

—No, qué va. Aunque debería. —Jesse agarró el frasco de trementina—. ¿Estás preparada para echar un vistazo al inframundo?

Annie se puso nerviosa.

—Merece la pena intentarlo —dijo él con suavidad.

Annie asintió.

—Acércate —le indicó Jesse, e inclinó el frasco de trementina para verter un poco de líquido en el algodón.

Cuando Jesse empezó a frotar con el algodón la esquina superior izquierda del cuadro, Annie contuvo la respiración. El líquido transparente creó una lente resplandeciente sobre la superficie sucia. Por un breve instante, vislumbraron una aglomeración de delicados tonos esmeralda, amarillo y lima por debajo de las capas de barniz marrón. Las pinceladas bailaban. La tela del vestido de la mujer flotaba a merced de la brisa primaveral. Su generoso pecho parecía subir y bajar bajo un brillo satinado. Jesse y Annie intercambiaron una mirada.

—Prueba con la cara —susurró Annie.

Jesse pasó el algodón con cuidado por el cabello de la mujer y ambos se inclinaron sobre el lienzo, expectantes. Y de nuevo, como por arte de magia, la imagen se reveló y el rostro emergió bajo las capas de mugre. Jesse cogió un pincel para dibujarlo en un trozo de papel.

—Mira —dijo, cada vez más emocionado—, la cara está hecha básicamente con cuatro pinceladas: tres delicadas porciones de rosa y una pizca de amarillo claro. Y aun tratándose de un trazo tan sutil y delicado, consigues hacerte una idea de su carácter. Es enérgica, autoritaria. Se adivina, ¿verdad?, por la curvatura de la boca, por su forma tan directa de mirarte.

—¿Quién crees que sería? —preguntó Annie.

El líquido transparente empezó a evaporarse y la cara se volvió a oscurecer. Jesse se encogió de hombros.

—¿Vamos ahora a por él? —preguntó Annie, señalando la figura tumbada en la hierba.

Jesse hizo un gesto de asentimiento e impregnó con trementina otra bolita de algodón. El rostro del hombre estaba parcialmente oculto por un sombrero. Jesse hizo también un dibujo, una chuleta a modo de recordatorio.

—¿Tienes algo más potente? —preguntó Annie.

Jesse se echó a reír.

—Eres una combinación graciosa: cauta e impulsiva. Hace diez minutos, cuando has visto la esponja, te encogías de miedo.

—¿Qué más hay en esos frascos? —preguntó Annie, ignorando el comentario.

—El próximo paso sería la acetona.

—¿Quitaesmaltes de las uñas?

Jesse asintió.

—Aunque puede retirar algo más que la simple suciedad. Sobre todo si a nuestro pintor se le ocurrió mezclar barniz y pintura para crear una veladura; había pintores realmente chapuceros. Watteau, por ejemplo, no se tomaba jamás la molestia de preparar los lienzos o de limpiar los pinceles; en su pintura encuentras suciedad y bichos de todo tipo. Dicen que Turner diluía la pintura con cerveza.

—Con todo y con eso, sigo pensando que tendríamos que intentarlo —le instó Annie.

—El cuadro es tuyo —dijo Jesse, nervioso—. Pásame ese frasco azul.

Jesse vació el agua del cuenco y añadió unas gotas de acetona a un líquido transparente y, después de envolver con algodón la punta de un palito naranja, lo untó con la mezcla. Dubitativo, se armó de valor y frotó con mucha delicadeza el lienzo. No pasó nada, y decidió añadir otra gota de acetona al cuenco. Nada. Annie vio que empezaba a sudarle la frente. Incorporó una gota

más, se levantó, tocó unos cuantos interruptores y una luz potente inundó la estancia.

—Con estas cosas no hay que ir con prisas —dijo, secándose las manos en el traje. Abrió el cajón de un escritorio, sacó una lente de aumento y se la colocó en la cabeza. Con mano temblorosa, sumó una gota más de acetona al cuenco. Y se detuvo—. Es demasiado arriesgado. No quiero cometer un error. Podríamos llevárselo a la amiga de mi padre, Agatha, que trabaja actualmente en la National Gallery. Ella sabría qué hacer.

—Gracias por ayudarme —dijo Annie, sonriéndole.

—¿Te apetecería ir a cenar?

—Sí, estaría bien algún día —respondió Annie, sin comprometerse a nada.

Habría preferido que no se lo hubiese pedido. Se ponía enferma solo de pensar en volver a implicarse emocionalmente. De pronto, lo único que quería era alejarse de aquel hombre tan servicial.

—Tal vez si pudiera tener tu número de teléfono...

—¡Yo ya tengo el tuyo! —replicó con firmeza Annie.

—Pues espero que me llames.

Annie sonrió. No era su tipo; no tenía sentido fingir que lo era.

## Capítulo 10

**D**elores Ryan te ha llamado —le dijo Marsha, la recepcionista, a Annie—. Aquí está su teléfono.

—¿Seguro que no es con Rebecca con quien quiere hablar? —replicó Annie.

—No, ha mencionado algo sobre cocina.

Unos días más tarde, mientras Rebecca y su padre estaban de viaje en el extranjero, Annie se desplazó al barrio de Stockwell y, a las once de la mañana en punto, llegó al apartamento de Delores Ryan. Desde el exterior, era un edificio poco atractivo de la década de 1950, muy parecido a otros de esa parte de Londres, que daba a una calle principal. La escalera era decadente y Annie tuvo que abrirse paso entre juguetes y una bicicleta sin ruedas. Annie verificó una vez más la dirección y, no sin ciertas dudas, llamó al timbre. Siguiendo un impulso, había llevado consigo el cuadro.

Le sorprendió que le abriera la puerta una criada vestida formalmente de negro y con un delantal blanco con volantes. La mujer guio a Annie por un pasillo estrecho. Una vez dentro, Annie se sumergió en un mundo completamente distinto, con paredes tapizadas con tela adamascada repletas de grabados y dibujos. Los zapatos de salón de la criada emitían un clac-clac al entrar en contacto con el suelo de parqué; las zapatillas deportivas de Annie chirriaban con estridencia. Al final del pasillo, unas puertas dobles daban acceso a un salón de grandes dimensiones y techo bajo, las ventanas cubiertas con tupidos cortinajes de brocado. La única iluminación la aportaba una lámpara de mesa que derramaba su luz sobre una alfombra de piel de leopardo.

—Madame Delores está en un *brunch* —explicó la criada con un acento característico del sur de Londres—. Regresará en breve.

—Gracias.

La criada le tendió la mano. Annie dio un paso al frente para estrechársela.

—El abrigo —dijo la criada.

—Ya lo guardo yo, pero gracias de todos modos —dijo Annie, ruborizándose y alegrándose por la penumbra que la envolvía.

Sacó el cuadro de la mochila y lo dejó apoyado en una silla con respaldo tapizado.

—Tiene que haber otra luz. Así no puedo verte bien —le dijo al cuadro.

Repasó con la mirada la estancia en busca de un interruptor o de otra lámpara. El mobiliario estaba dispuesto en pequeños grupos de mesitas y refinadas sillas. Todo era a pequeña escala: tenues respaldos en equilibrio sobre finas patas; las superficies de las mesas estaban abarrotadas de libros, objetos y cajitas. Había varias lámparas normales con pantallas rematadas con flecos. Repasó con la punta de los dedos las bombillas y los pies en busca de un interruptor. De pronto, se le enganchó el pelo en un helecho, se asustó y dio un respingo, tirando al suelo un perrito de porcelana del tamaño de un puño. Contuvo la respiración. «No te rompas, por favor», suplicó al ver cómo empezaba a dar botes sobre la alfombra hasta detenerse justo debajo de un arpa dorada. Lo cogió con nerviosismo para examinarlo. No se veía ninguna muesca. Lo devolvió a su lugar y decidió que lo mejor sería esperar quieta. Se sentó y trató de no moverse, pero tardó poco tiempo en levantarse para coger un libro, uno de los muchos escritos por Delores Ryan, pulcramente apilados sobre una mesa.

Annie leyó el texto de la contracubierta. Hablaba sobre Watteau: «Pintor francés (10 de octubre de 1684-18 de julio de 1721) cuya breve carrera estimuló el renacer del interés en el color y el movimiento. A él debemos el resurgimiento del decadente idioma barroco y el nacimiento de lo que acabó conociéndose como rococó». Echó un somero vistazo a los títulos de otros libros de Delores de aquel montón y vio *Watteau y la corte de Luis XIV*, *Watteau y la música* y el más reciente, *Las mujeres de Watteau: la importancia de la modelo en la obra del artista*.

Cogió este último para hojearlo. La premisa de Delores, tal y como le había explicado Jesse, consistía en emparejar bocetos y dibujos de las personas que aparecían en cada cuadro y demostrar que el pintor había revisitado los mismos temas una y otra vez. Era un asunto que a Annie no le resultaba especialmente interesante; le parecía obvio que un artista pintara repetidamente una misma composición o persona. Pero al instante quedó

fascinada por los dibujos preparatorios y por la evolución de las composiciones ante sus propios ojos, puesto que Watteau jugaba con distintas disposiciones de figuras, manos, miradas y atuendos hasta encontrar el posado que deseaba. A veces, un dedo podía moverse un par de centímetros a derecha o izquierda, y esos minúsculos ajustes marcaban la diferencia en cuanto al éxito y la fuerza de una composición.

A medida que fue girando páginas, Annie descubrió que la misma mujer aparecía una y otra vez en su obra. En el prólogo, leyó: «A lo largo de su breve vida, Antoine Watteau encontró poco consuelo en el amor. Fue un solitario enfermizo y un misántropo que nunca se planteó el matrimonio. Reservaba su pasión para el dibujo y la pintura. Pero en su revolucionario trabajo, Delores Ryan, especialista de renombre mundial, demuestra que Watteau estableció una vinculación profunda e identificó el gran amor de su vida con la persona de Charlotte Desmares, cuyo nombre artístico era Colette». Annie leyó que la famosa actriz había iniciado su carrera en 1690, a la temprana edad de ocho años. «Conocida por todo el mundo por su belleza, fue amante del duque de Orleans, sobrino del rey Luis XIV y futuro regente de Francia. Como consecuencia de ello, Charlotte acabó convirtiéndose en una de las mujeres más influyentes de la corte. Mucho más que una cara bonita, Charlotte era una ávida coleccionista y dejó un legado de treinta y siete grandes obras de maestros italianos, franceses y holandeses».

Annie cogió el cuadro que había dejado en la silla y lo colocó al lado del libro de Delores. Siguió hojeándolo con la intención de emparejar a la mujer que aparecía en su cuadro con cualquiera de las reproducciones del libro. Había similitudes, pero no descubrió nada sorprendente. Annie estudió otras partes del cuerpo. En una página había un boceto de un par de manos descansando sobre un regazo; a pesar de que la imagen resultaba difícil de apreciar debido a la gruesa capa de barniz, creyó ver semejanzas en el modo en que la modelo colocaba el pulgar y el índice, en los dedos largos y ahusados y en las uñas, perfectamente formadas.

Al otro lado de la puerta se oyeron voces apagadas y un pequeño altercado. Annie devolvió rápidamente el cuadro a la silla y cerró el libro. Se dio cuenta entonces de que llevaba una hora de espera. Instantes después, el pomo de la puerta giró y dos doguillos obesos entraron correteando en el salón, ladraron a Annie y tomaron asiento en una confortable butaca acolchada. Delores hizo su aparición instantes después, jadeando y resoplando casi tanto como sus

animales. Llevaba un cuello de volantes de color blanco resplandeciente, excepto por las manchas de tomate y huevo que, evidentemente, se habían desviado durante el viaje del tenedor a la boca. Delores tenía un doble mentón enorme, que se extendía de oreja a oreja, pero dentro de aquel marco mantecoso había una cara bonita de finas facciones, con unos ojos brillantes de color azul porcelana y una boquita de piñón.

—Y bien, cuéntame —dijo Delores, deshaciéndose de un puntapié de unos zapatos destalonados de tacón bajo, confeccionados con seda rosa y un filo dorado—. ¿Qué tal es eso de trabajar para Memling y Rebecca?

Tenía una voz cantarina, delicada, musical, desproporcionada con su tamaño.

—He firmado un acuerdo de confidencialidad —replicó Annie.

—Vaya rollo —dijo Delores, decepcionada—. Llevo veinte años comiendo con los Winkleman y tu cena fue la primera comida decente que han ofrecido. Lo hiciste muy bien.

Annie se ruborizó.

—¿Sabes algo de las *fêtes galantes*? —preguntó Delores, sonriéndole con condescendencia.

—La verdad es que no —reconoció Annie.

—Es lo mismo que decir las correrías de los ricos ociosos de las cortes de Luis XIV y Luis XV, y me parece que sería un tema divertido y de lo más apropiado para una cena del mundillo artístico, ¿no crees?

Annie no sabía muy bien si mostrarse de acuerdo o ponerle reparos, de modo que se limitó a mirar a uno de los perros.

—La velada de Caravaggio fue entretenidísima, ¿qué prepararías en una para mí? —dijo Delores, presionándola.

Annie pensó en su cuadro.

—¿Qué le parecería crear un bello claro en el bosque, con glorietas con rosas y flores de primavera, y una estatua? La comida tendría que ser insinuante, coqueta, ligera y ornamentada —respondió Annie, hablando a toda velocidad, con los ojos brillantes de excitación al pensar en las posibilidades de la velada, en los platos que podría investigar e intentar preparar.

—¡Estás contratada! —exclamó Delores, aplaudiendo.

Annie se quedó mustia.

—Me encantaría, pero no puedo. No tendría tiempo para hacerle justicia a este encargo.

—¿Acaso no te dan vacaciones? —preguntó Delores—. Es para celebrar mi sesenta cumpleaños. Quiero una noche para no olvidar jamás. Mis amigos ya están hastiados de todo.

Annie intentó mantener a raya su entusiasmo, aunque no pudo evitar hacer una sugerencia.

—Tendría que haber un código de etiqueta, a partir de alguno de esos cuadros expuestos en la Wallace, no recuerdo los títulos —dijo.

—Pues parece que sabes un rato.

—Justo estaba hojeando su libro.

—¿Cuánto costaría una cena así?

—Saldría increíblemente cara.

—Tienes un presupuesto de cinco mil libras.

—¿Cinco mil libras! —exclamó Annie, sin creer lo que acababa de oír.

—¿No es suficiente? Supongo que eso no incluiría el alquiler del salón ni el vino, pero daría para cubrir los gastos de personal, del asistente de la jefa de cocina y todo el material del catering.

Annie meneó la cabeza en un gesto de incredulidad. Era más dinero del que había visto junto en su vida. Pero Delores malinterpretó de nuevo su actitud.

—De acuerdo, seis mil para la comida y ya pagaré yo aparte la decoración y el equipo de catering. Tus honorarios, los ingredientes y la paga del personal tendrán que salir de eso.

—¿Para cuántos comensales? —preguntó Annie.

—Cincuenta, sentados. ¿Podrás hacerlo?

Annie asintió. Era una locura. No podía hacerlo, estaba claro. La cena para Memling y Rebecca le había salido de chiripa.

De pronto, Annie se dio cuenta de que lo único que se oía en la estancia era la respiración trabajosa y los resoplidos de los doguillos. Levantó la vista y vio que Delores la miraba, pensativa.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Treinta y uno —respondió Annie.

—Sin marido ni hijos. Lo dejas siempre para más adelante. Yo hice igual. Tú y yo tenemos que convertir nuestra carrera profesional en nuestro amante; el trabajo es lo único de lo que uno puede fiarse, ¿no te parece? —Delores sacó de un bolsillo una pequeña polvera dorada, la abrió y se examinó la nariz—. La fecha es el 1 de abril, y no me hagas quedar mal.

Delores miró hacia la puerta, como si esperara que Annie se evaporara

rápidamente por allí.

—He traído algo conmigo... ¿Le importaría echarle un vistazo? —Annie se acercó al sofá para pasarle el cuadro a Delores—. Lo compré en una tienda de objetos de segunda mano.

Delores miró el cuadro.

—¿Sabes cuánta gente compra cosas así en tiendas de segunda mano pensando que ha descubierto una obra de arte?

—No.

—Si me los tomara en serio, aunque fuera solo a unos cuantos de ellos, no tendría ni tiempo para escribir mis libros —prosiguió Delores—. Ser un experto mundial es agotador. Déjame mirarlo.

Delores extendió la mano en un gesto desdeñoso y Annie le entregó el cuadro.

—¿Enciendo alguna luz?

—No es necesario —dijo Delores, sacando una linternita del bolsillo y enfocándola hacia la superficie de la pintura.

La luz rebotó fantasmagóricamente en la cara de Delores, que escupió sobre el lienzo y frotó la espuma sobre la superficie, murmurando para sus adentros. A continuación, levantó su cuerpo del asiento y anadeó hasta la ventana.

—Retira la cortina —ordenó.

Annie se levantó también y corrió los pesados cortinajes; abajo, dos chicos holgazaneaban en el umbral de una puerta, uno de ellos rascándose la nariz con gesto exagerado. Delores volvió a escupir y, esta vez, frotó con más fuerza la superficie antes de girarse hacia Annie.

—Es una copia del siglo XIX siguiendo el estilo de Watteau. Los victorianos las produjeron en masa. Las obras auténticas se las podían permitir muy pocos —dijo Delores, cruzando la estancia y dejando caer de nuevo su cuerpo sobre el sofá.

—¿Y cómo puede afirmarlo tan rápidamente? —preguntó Annie.

—Es mi vida. Me dedico a esto. Día sí, día también.

—Pero solo lo ha mirado unos segundos.

—La verdad es que no necesito más tiempo —dijo Delores, dándose golpecitos en la nariz—. El gran Bernard Berenson dijo en una ocasión: «La erudición es, en gran parte, una cuestión de experiencia acumulada sobre la que el espíritu se asienta inconscientemente». Es algo que siento en las

entrañas.

Le devolvió el cuadro a Annie, que no pudo evitar sentirse decepcionada. A pesar de que pensar que había encontrado algo valioso en una tienda de objetos de segunda mano era ridículo, había sentido un destello de esperanza, algo que sacar de positivo de su relación con Robert.

—¡No te enfades! —dijo Delores—. Mira, escucha. Te doy veinte libras por él.

—Pagué más que eso.

—¡Así que tiraste incluso más dinero! Si pudiéramos comprar obras de arte en tiendas de segunda mano, seríamos multimillonarios.

Annie asintió con tristeza. Delores tenía razón.

—Eres una cocinera interesante y una crítica de arte malísima, yo soy una cocinera horrorosa y una experta brillante. La relación perfecta. Y ahora anímate y lárgate, pequeña mía... Es la hora de mi siesta. —Delores le señaló la puerta—. Hazme llegar los menús a lo largo de la quincena que viene.

Annie guardó con cuidado el cuadro en la mochila, salió de la estancia y recorrió el pasillo. Cuando llegó al descansillo, echó a correr, dejó atrás el edificio, bajó trotando los peldaños de acceso y enfiló la calle.

A unos tres kilómetros de allí, en la Tate Modern, Vlad deambulaba solo por una retrospectiva del artista Damien Hirst que, según observó Vlad, era unos años mayor que él. Una semana atrás, ni siquiera sabía de la existencia de la Tate o de Hirst, pero en los últimos días Barty lo había dispuesto todo para que diversos expertos hablaran de arte con el ruso y concertado luego una reunión con Ruggiero de Falacci, un marchante famoso por superar con regularidad a sus colegas por múltiplos de cinco. Ese año, cuando por vez primera desde la caída de 1990 el índice de ventas de obras de arte cayó al menos tres con veintiocho por ciento, los clientes de Ruggiero siguieron por encima del dieciséis por ciento.

Vlad había llegado temprano y accedido a la primera sala, dedicada a obras realizadas por el artista antes de cumplir los treinta; destacaban varios recipientes de colores vivos, un secador colocado boca arriba y cuyo aire caliente servía para que una pelota de pimpón flotara feliz por encima de él y un cuadro caótico con puntitos de colores. «Cuando yo tenía esa edad —pensó Vlad—, trabajaba bastantes metros bajo tierra en una mina de carbón y

planeaba mi primer asesinato». Se preguntó cómo habría trasladado aquella experiencia al mundo del arte. La obra ingenua y colorida de Hirst demostraba que el artista había disfrutado de una vida relativamente protegida.

En las salas contiguas había un pez, un tiburón y un ternero conservados en formol en el interior de grandes tanques de cristal. Vlad se estremeció e intentó imaginarse cómo sería el aspecto de su hermano de haberlo encurtido de aquel modo. Verdaderamente resultaría chocante, pensó con ironía, ver a un hombre muerto en lugar de un pez muerto. Al recorrer las demás salas, vio que el artista probaba ideas similares pero con formatos distintos: vida, muerte y puntitos una y otra vez. Vlad intentó dejarse conmover o interesar por aquellos temas, se esforzó por percibir y comprender lo que Hirst pretendía contarle. Pero nada. Observando a los demás visitantes, que miraban muy serios el interior de la boca del tiburón o el trasero de la vaca, Vlad se quedó perplejo y se sintió débilmente humillado. ¿Por qué aquellos objetos le decían tan poco? ¿No debería tener una reacción transformadora o trascendental? Supuso que el origen de todo estaba en el nefasto sistema educativo de Smlinsk o en el vodka que contenía la leche de su madre.

Decidió intentarlo de nuevo y miró fijamente la boca del tiburón, instando al animal a transportarlo desde los espacios amplios y vacíos de la Tate Modern a otro lugar. No sabía tampoco qué era o dónde se encontraba ese otro destino. «Por favor, señor Hirst —suplicó en silencio—, aléjeme volando de este grupo de espectadores tan serios, aléjeme de Londres, de mi soledad, de mis problemas con la Oficina del Control Central. Haga un gesto y dígame que comprende mis dificultades y mis dilemas». Vlad cerró los ojos y se imaginó como un pececillo nadando directamente hacia las fauces abiertas del tiburón, en el interior de un estómago de comprensión mutua, e instó a Hirst y sus extrañas bestias a engullir sus sentimientos. Pero cuando abrió de nuevo los ojos, seguía clavado delante del aletargado animal y en el interior de aquel templo de la ilusión.

Vlad siguió recorriendo la exposición. Llegó a la conclusión de que el artista era como tantos otros, un tipo con repertorio limitado. Puntos, moscas y cosas muertas embaladas y reorganizadas de maneras distintas, en fondos diversos y en formaciones con ligeras variaciones. Pero aun así, se dijo Vlad, no todo el mundo tiene una idea nueva sino que se dedica a seguir como un tonto lo que han hecho las generaciones precedentes, a repetir los mismos modelos y cometer los mismos errores una y otra vez. El padre y el abuelo de

Vlad habían sido mineros y sus antepasados habían vivido esclavizados tanto por el sistema feudal como por el sistema comunista. Lo único que había diferenciado a Vlad de su padre había sido una idea: huir de Smlinsk. Al igual que Hirst, Vlad había estado repitiéndose aquella misma idea una y otra vez: todo lo que hacía, independientemente de que fuera cerrar un negocio o cometer un asesinato, era para poner distancia entre él y el lugar donde había nacido.

Meses atrás, Vlad jamás habría perdido horas y horas en una galería de arte. El recreo era un sueño lejano. Solo ahora, que disponía de tantísimo tiempo, podía empezar a cultivar aficiones. Por eso el arte era un lujo de valor incalculable; porque enviaba un mensaje que decía: «Dispongo de tiempo para subcontratar a los demás para las tareas más insignificantes y aburridas; dedico horas a la contemplación ociosa de un trozo de tela con puntitos de pintura; soy un amante del arte; soy rico en tiempo. Puedo dedicarme a deambular cuanto me venga en gana en un mar con tiburones en conserva».

Empujó unas puertas de plástico y se encontró en una sala con fuerte calefacción donde mariposas vivas se daban un banquete antes de morir. Observó el interminable círculo de vida y cómo, una vez muertas, sus cadáveres quedaban expuestos en grandes lienzos que cubrían las paredes. Vlad pensó de nuevo en su hermano. Y en vez de mariposas, vio engarzados centenares de diminutos Leonards. Notando que el pánico empezaba a ascender por la garganta, Vlad se quitó la cazadora de cuero y se obligó a respirar despacio. Eran mariposas, no hermanos, se dijo, abriendo rápidamente otra puerta de plástico y dejando atrás aquella asfixiante morgue para acceder al frescor de la siguiente sala.

Desfiló por delante de unos armarios que contenían instrumentos médicos y aparatos quirúrgicos y entró en otra sala donde la obra de arte expuesta era un enorme sol ennegrecido, confeccionado con moscas muertas. Para crear un mundo hacía falta un montón de mierda y de muerte, pensó Vlad. Y de pronto, comprendió a Hirst: aquel hombre era un cómico brillante que se burlaba de la vida, del mundo del arte y de todo aquel que se lo tomara en serio. Vlad entró casi corriendo en la siguiente sala y, una vez allí, se echó a reír a carcajadas al ver que todas las obras de arte expuestas estaban tachonadas de diamantes y sustentadas sobre pan de oro. El mensaje que pretendía transmitir el artista era muy simple: por mucho que revistas las cosas, por muchas joyas y metales preciosos que incorpores, seguirán siendo la misma mierda de siempre. Por

mucho que creas que has dejado atrás Smlinsk, por mucho que vistas prendas elegantes y vivas en una exquisita casa valorada en varios millones de libras, seguirás siendo un zurullo cubierto de diamantes: sigues siendo el viejo Vlad de siempre.

Vlad estaba tan concentrado en sus pensamientos que ni siquiera se había percatado de que Ruggiero de Falacci lo había seguido como una sombra por todas las salas. Cuando se detuvo junto a una vitrina chapada en oro llena de colillas, el hombre se adelantó y se plantó frente a él.

—Es evidente que es usted una persona de criterio y capacidad intelectual excepcionales —dijo Ruggiero, con un tono de voz susurrante aunque elogioso.

—¿Qué? —se sorprendió Vlad.

—He estado observándolo mientras contemplaba las obras de arte y he visto que comprendía perfectamente lo que el artista pretende transmitir —explicó el asesor con voz acaramelada.

—Lo entiendo —convino Vlad.

—Ruggiero de Falacci, a su servicio —se presentó el hombre, con una pequeña reverencia—. Barty me ha hablado mucho de usted.

—¿Caro? —preguntó Vlad, mirando a su alrededor.

—Exageradamente —ronroneó Ruggiero con zalamería.

—Consígame eso —dijo Vlad, señalando el montón de moscas—. Más diamantes. Más oro.

—Son obras de arte únicas —dijo Ruggiero—. El señor Hirst no acepta encargos.

—Dígale que ponga él el precio.

—Haré todo lo posible. A lo mejor Damien hace una excepción.

Ruggiero intentó disimular una sonrisa. Aquel Barty era una comadreja astuta que valía hasta el último céntimo de la comisión que se llevaba.

Vlad salió de la Tate y tomó asiento en la parte posterior de su nuevo Maybach de color azul celeste.

Siguiendo la orilla sur del río, el coche pasó por delante de Lambeth Palace y giró por el puente situado frente al Parlamento. Vlad, mirando por la ventanilla, se vio obligado a reconocer que, a pesar de que Londres no era Moscú, era una ciudad bonita. Pero los pensamientos agradables se evaporaron en cuanto el tráfico empezó a ralentizarse. El dinero servía para comprar un coche elegante y un chófer, pero no para despejar las calles. En

Moscú, cualquier persona importante tenía una escolta de policía para abrirle paso. Londres estaba muy retrasado, en opinión de Vlad. Había pasado ya media hora y estaban solo en Pall Mall.

—Hay una manifestación, señor —le dijo el chófer a Vlad, que estaba recostado en el asiento de atrás y miraba por la ventanilla—. Seguramente protestan contra Israel.

—Voy tarde —dijo Vlad, dando unos golpecitos de impaciencia a su Rolex.

—Hago lo que puedo, señor.

Vlad se fijó en las pancartas que llevaban los enojados jóvenes. «Fuera de los asentamientos», «No es vuestra tierra prometida, sino nuestra patria». ¿Dónde estaba ahora su patria? ¿Era Inglaterra? ¿Era Smlinsk? ¿O algún otro sitio? ¿Podría regresar algún día? Sabía que jamás podría volver. Que había visto demasiado, hecho demasiado. Que había perdido la habilidad de poder hablar con la gente con quien se había criado y que aún tenía que aprender a hablar con los demás.

Durante las últimas semanas, Barty se había introducido en todos los aspectos de la vida de Vlad; le había encontrado al ruso un grupo de amigos elegantes, una casa más grande y un sastre mejor. Recibía clases intensivas de inglés y actividades de «mejora». Barty era «disparatado» y «estrafalario», pero también divertido, irreverente y fantásticamente útil. La noche anterior habían empezado con un cóctel en Downing Street, donde, después de realizar una donación al partido, Vlad había conocido al primer ministro y al ministro de Hacienda; a continuación, habían llegado al Opera House a tiempo para ver el primer acto de *Tosca*, aunque se habían perdido el resto de la obra para asistir a la presentación de un nuevo champú por parte de Paris Hilton, y luego habían ido a cenar a casa de M. Power Dub. La noche había terminado con una visita a una discoteca llamada The Box y luego a otra llamada Lulu's. Para Vlad, la velada había sido como estar montado en un tiovivo, dando vueltas y más vueltas, cada vez más mareado.

Media hora más tarde, en un rincón del restaurante Zianni, en Brook Street, Vlad tomó asiento enfrente de otro emigrado ruso, Dmitri Voldakov. A pesar de ser solo un año mayor que Vlad, Dmitri se había convertido en su mentor desde su llegada a Londres y poder por fin hablar en ruso era un verdadero alivio para Vlad. Al igual que él, Dmitri había sido convocado una tarde a la

Oficina del Control Central y se le habían ofrecido dos estrategias de salida: la puerta izquierda llevaba directamente a la cárcel, la derecha al aeropuerto. Dmitri había elegido Londres porque le gustaba el fútbol y porque tenía el sistema fiscal más ventajoso.

Se acercó un camarero que retiró la servilleta de Vlad con el ostentoso ademán que emplearía un torero para abordar un toro de diez toneladas.

—Tomaremos trufas con huevos revueltos para empezar y pasta con langosta como plato principal. Château Latour 1960 para beber —le dijo Dmitri al camarero. Y, a continuación, le dijo en ruso a Vlad que retirara la batería del teléfono móvil—. Estas cosas son como micrófonos para la policía.

Insistió asimismo en tapar las copas con servilletas. Con las nuevas tecnologías era posible proyectar rayos láser desde el espacio y escuchar cualquier conversación a través de materiales convexos.

Después de varias copas de vino y de deliberar sobre los últimos partidos del Chelsea, Vlad reunió el coraje suficiente como para pedirle consejo a su amigo.

—Tengo un problema —le confesó.

—No te preocupes, conozco a un buen médico —dijo Dmitri, dándole a Vlad unos golpecitos en el brazo.

—No de ese tipo. Sino de dinero —se explicó Vlad.

—¡No puede ser! —exclamó Dmitri, que sabía que las minas de estaño de Vlad producían mensualmente metal por valor de varios millones de dólares.

Vlad miró a su alrededor para asegurarse de que no los oía nadie.

—Sobre cómo realizar los pagos semanales.

—Ah. Sí —dijo Dmitri, dándose golpecitos en la nariz.

También él, como Vlad, tenía que pagar al Líder un mínimo del treinta por ciento de sus ingresos para garantizar su seguridad. Justo la semana pasada, habían encontrado en los muelles de St. Katharine el cadáver de un compatriota que se había retrasado en los pagos.

Desde el 11-S y la puesta en marcha de las medidas antiterroristas, cada vez era más complicado realizar desde Gran Bretaña transferencias importantes de dinero. Enviar dinero directamente a Rusia atraía mucha atención no deseada.

Dmitri bajó la voz hasta convertirla en un susurro para decirle a Vlad:

—Alterna acciones y participaciones con arte y joyas. Haz los depósitos en el piso franco.

Vlad estaba a punto de preguntarle más detalles, cuando hizo su aparición una mujer bellísima que se aproximó contoneándose hacia su mesa. El restaurante se quedó en silencio contemplándola. Al lado de las europeas que había en el local, parecía un caballo de pura raza perdido en un campo lleno de ponis de Shetland.

—Lyudmila —dijo Dmitri, levantándose para darle un beso en la mejilla a la aparición—. Te presento a Vlad, que está recién llegado.

Vlad solo pudo asentir. Y experimentó una punzada de decepción al ver el enorme diamante que lucía en el dedo medio.

—Lyudmila es mi prometida —declaró con firmeza Dmitri.

Ella sonrió con dulzura a Vlad.

—Pues nos veremos por aquí —dijo Lyudmila, y regresó a la mesa que compartía con sus amistades.

Vlad se dio cuenta de que la chica había dejado caer al suelo un pañuelo y, fingiendo que se ataba el cordón del zapato, se agachó y se guardó discretamente en el bolsillo la perfumada pieza.

—Era mi asesora artística —dijo Dmitri.

—¿Arte? —dijo Vlad.

¿De modo que si adquiriría obras de arte encontraría también una Lyudmila?

—Me la presentó Barty. Dijo que necesitaba un hobby y un asesor. Yo no estuve del todo seguro hasta que la vi. Barty es un puto genio.

Vlad asintió, dándole la razón.

—Y ella también es un genio —dijo Dmitri—. El mes pasado me hizo comprar un Andy Warhol por veinticinco millones de dólares; esta mañana me han ofrecido cincuenta. La semana que viene haré una entrega. El oro es demasiado volátil y muy pesado.

—Yo también pienso dedicarme a comprar obras de arte.

Dmitri cogió a Vlad por la muñeca y se la apretó con fuerza, con una fuerza suficiente como para convencerlo de que el consejo que iba a darle a continuación no iba a ser amistoso.

—Amigo mío, recuerda que yo tengo el monopolio sobre Damien Hirst, Andy Warhol y la época final de Picasso. Tengo en reserva cuarenta y cuatro piezas a la espera de realizar la entrega al Líder. Tú puedes quedarte el resto —dijo Dmitri, y le soltó la muñeca.

Vlad se revolvió con incomodidad en el asiento, pensando en una pieza muy concreta integrada por moscas muertas y diamantes que, según la conclusión a

la que había llegado, era la metáfora perfecta del régimen de su país. El Líder no se quejaría: al fin y al cabo, era arte. Dmitri, pensó, no tenía ninguna necesidad de enterarse de nada.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que la bella mujer sentada en la mesa contigua tenía una cámara escondida en un pendiente. Unos días más tarde, Dmitri recibió un paquete que contenía una filmación en la que se veía a Vlad hurtando el pañuelo y una copia del encargo de una nueva obra a un artista muy concreto. Dmitri lo interpretó como una declaración de guerra, y no tenía la menor duda de quién acabaría ganándola.

## Capítulo 11

Hola.

Sigo aquí.

Y no olvidemos que soy el héroe de esta historia.

Y que soy mucho más interesante que la comida.

Y mucho más duradero que el amor.

Sigo aquí.

*Moi.*

## Capítulo 12

Jesse siguió el recorrido del Támesis para ir desde su estudio al apartamento de su amiga Larissa, en Battersea. Era un anochecer frío, la temperatura se mantenía justo por encima del nivel de congelación y las farolas proyectaban sombras onduladas en el agua. Normalmente, Jesse disfrutaba de aquel paseo, pero desde que había conocido a Annie apenas sentía entusiasmo por nada. En lugar de ir corriendo al estudio al salir del trabajo, se había acostumbrado a sentarse en un rincón de algún pub o a entrar en cines de sesión de tarde. Incapaz de concentrarse en nada, sus pensamientos rara vez se desviaban de la figura de Annie, dondequiera que estuviera, hiciera lo que estuviese haciendo. Su ausencia extinguía cualquier cosa que quisiera asomar en su presente.

Hasta que la había conocido, Jesse había abordado las relaciones con una estrategia de *laissez-faire*; había permitido que las mujeres lo eligiesen y, de este modo, había tenido una sucesión de novias agradables, aunque siempre dominantes, que habían decidido, por razones que Jesse nunca había alcanzado a comprender, que él era un consorte adecuado. Tarde o temprano, todas ellas habían acabado frustradas por su ambivalencia y su incapacidad para el compromiso.

—¿En qué planeta andas últimamente? —le había dicho Larissa Newcombe hacía justo dos días en la sala de personal del museo Wallace—. Me parece que tu cabeza y tu cuerpo van por caminos distintos.

—¿Qué? Disculpa —replicó Jesse, obligándose a dejar de pensar en Annie y regresar al presente.

Larissa estalló en carcajadas.

—¿Lo ves? No estás aquí.

Ella dio unos golpecitos al sofá que tenía a su lado y Jesse se dejó caer en él. Le gustaba Larissa, que iba por la vida envuelta en sedas de vivos colores, con plumas engarzadas en el pelo y bisutería sonoramente ostentosa en las

muñecas y el cuello; que navegaba por el mundo del arte como una embarcación a toda vela seguida por una flotilla de admiradores que leían sus numerosos documentos o libros, se apuntaban a sus conferencias y asistían a sus cursos. Su especialidad, la representación de la música y los instrumentos musicales en el arte de los siglos XVII y XVIII, era una rareza, pero el entusiasmo de Larissa resultaba ilimitado y contagioso.

—Parece como si te hubieran pisado la mandolina. ¿Qué ha pasado?

—Nada, ese es el problema —respondió Jesse con hastío.

—¡Una mujer! —exclamó Larissa, aplaudiendo encantada. Acababa de presentar un artículo larguísimo sobre la presencia de los tambores en la pintura manierista y le apetecía un poco de relax frívolo—. No escatimes detalles —le ordenó.

—Ese es el problema —reconoció con tristeza Jesse—. Que no hay detalles, que no hay nada de qué informar. —Habló sin parar sobre los detalles de todos y cada uno de los encuentros, mensajes de texto, tazas de café y miradas—. Entró en la sala de Frans Hals, levanté la vista, vi su rostro y ya estuve perdido. No sabía ni de dónde salía ni quién era, como si ella y yo fuéramos los únicos personajes en una estancia anodina y sin sonido alguno. Me sentí como Alicia cayendo en la madriguera del conejo, y sigo cayendo, con la esperanza de salir por el otro lado.

Para su alivio, Larissa no se rio. Adivinaba, por sus ojeras oscuras y el leve temblor de la voz de Jesse, que estaba hechizado y que no sabía qué hacer.

—¿Cuántos mensajes de texto le has enviado hoy?

—Cuatro.

—¿Y ayer?

—Cinco.

—¿Cuándo fue la última vez que te respondió?

—Hace dos días. Dijo que iría al Museo Británico, tal y como yo le sugerí.

—¿Al Museo Británico?

—Encontró un cuadro en una tienda de objetos de segunda mano. Me ofrecí a ayudarla a averiguar quién era su autor.

—Muy ingenioso eso de utilizar el cuadro como gancho para volver a verla.

—Es un cuadro bonito —dijo Jesse, con cierta vergüenza.

—Me he rebajado a ardides mucho peores en nombre del amor —dijo Larissa. Empujó su silla hacia atrás, se levantó y dio una palmada—. El

cuadro tendrá que hacer de Cupido —declaró con satisfacción.

Insistió en que debían trazar un plan mientras disfrutaban de una buena botella de vino y una cena. A pesar de que eran amigos desde hacía muchos años, era la primera vez que Jesse iba a casa de Larissa. Había comprado un ramo de narcisos, pequeños, de color amarillo claro y con un perfume delicioso, que ella puso enseguida en un jarrito y colocó encima de la mesa.

Jesse miró a su alrededor. El minúsculo espacio contenía su colección de instrumentos musicales, una cornucopia de tambores, flautas y liras de formas extrañas. Mientras preparaba los ingredientes de la cena, Larissa le explicó que un laúd de Roma emitía un sonido completamente distinto a uno de Flandes y por qué los violines más bellos del mundo procedían de un pueblo muy determinado, Cremona. Jesse se olvidó de Annie por un instante, mientras Larissa le explicaba cómo emparejar los distintos instrumentos con tipos particulares de música, un proceso meticuloso de investigación de inventarios de la época, diarios y relatos.

Jesse se instaló en un taburete alto mientras Larissa cocinaba. Mezclaba los ingredientes igual que vestía, uniendo extravagantes pinceladas de color y texturas.

—Annie es cocinera —le explicó Jesse—. Tendrías que conocerla —continuó, levantando levemente la voz por la emoción.

—Me encantaría —dijo Larissa—. Debe de ser extraordinaria para haberte afectado de esta manera. En cuatro años, nunca te había visto tan colgado.

—Tan noqueado, más bien —observó Jesse.

—Una de las cosas buenas que tiene enamorarse —comentó Larissa— es que te convierte en un ser abierto y vulnerable y acabas en lugares inesperados.

—¿Como aquí? —dijo Jesse, riendo.

Luego, sentados junto a un pequeño radiador eléctrico de tres placas, Larissa lo animó a adoptar una estrategia menos agobiante y más táctica. El cuadro era un complemento perfecto y daba mucho juego para el romance. Debía presentarlo como una oportunidad para dos personas unidas en pos de un objetivo común, una cruzada con todas las apuestas en contra. Resolver el acertijo del cuadro les llevaría a muchos lugares y les exigiría talentos muy variados. Con su intento de descubrir la identidad del artista, Annie y Jesse

crearían una base de experiencias compartidas; el amor, para prosperar, necesitaba compartir conexiones y sucesos. Daba igual, argumentó Larissa, que el cuadro fuera una obra de arte o una reproducción barata, lo importante era que se convirtiera en la clave de la seducción. Por mucho que una experta hubiera desacreditado la obra de inmediato, siempre había que buscar la opinión de otra persona y explorar otra vía. Eso era lo glorioso del arte: que su valor era totalmente subjetivo.

Cuando Jesse se marchó era casi medianoche, y a pesar de que la temperatura había caído bajo cero, la esperanza y la buena comida lo mantenían caliente. Llevaba en la mano el papel donde Larissa y él habían anotado maneras de volver a ver a Annie, todas ellas vinculadas con los pasos necesarios para autentificar el cuadro. Los pubs habían despedido a los últimos consumidores y los restaurantes habían cerrado, dejando las aceras libres para Jesse y algún que otro paseante de perro. Se preguntó hasta qué punto se sorprendería Agatha al tener noticias de él después de tantos años y si accedería a un encuentro con Jesse, una chica desconocida y un pequeño lienzo. Hasta la fecha, había huido cuidadosamente de cualquier recordatorio doloroso o evitable de su padre, y ello incluía las visitas a la National Gallery, a pesar de que echaba de menos algunas de sus pinturas como si de amigos ausentes se tratara. Dos de sus mundos estaban a punto de entrar en colisión.

De haber levantado Jesse la vista en aquel momento y haber mirado el asiento trasero del imponente Mercedes que circulaba por el Embankment a toda velocidad, habría visto a Rebecca Winkleman volviendo a casa después de asistir a un acto para recaudar fondos en la antigua central eléctrica de Battersea. Patrocinada por el Credit Russe, la velada se celebraba en beneficio del cáncer de mama y, para Rebecca, había sido una pérdida de tiempo.

La cena había tenido lugar en el patio central. A lo largo de la cena había habido un bombardeo aéreo de acróbatas suspendidos en maromas de seda y una exhibición de fuegos artificiales de interior. Rebecca se había sentado al lado de un gestor de fondos de inversión y enfrente del marchante de aquel hombre.

—He ganado tanto dinero con el arte como con mis valores —informó a

Rebecca, sin pensar en ningún momento en preguntarle a qué se dedicaba o si entendía de arte.

Saul Franklin, el marchante, intentó poner en situación al ejecutivo.

—Freddie, a buen seguro has oído hablar de Rebecca Winkleman, de Winkleman Fine Art, una experta en los grandes maestros de la pintura de fama mundial.

Freddie Fondos de Inversión hizo caso omiso.

—¿En cuánto está valorado mi Richter hoy en día, Saul?

—En veintidós millones, Freddie.

—¿Ha oído usted eso, señora? Es lo que yo llamo un buen retorno de la inversión. ¿Cuánto pagué por él, Saul?

—Ocho millones —respondió Saul, cansado.

—¿Y qué me dices de mi Warhol?

—Pagaste once y vale dieciocho.

—¿Podrías conseguirme más como esos?

—La semana pasada te ofrecí un accidente de coche.

—Podría perturbar mucho a los niños. ¿No podrías conseguirme un Presidente Mao?

Al otro lado de Rebecca estaba sentado un miembro de la aristocracia británica que tenía un título, una fortuna menguante y un sentido desproporcionado de su estatus.

—Ese hombre —dijo lord Clifton, moviendo la cabeza en dirección a Freddie Webb— es de los que tiene que comprarse personalmente los muebles.

Con la esperanza de que el noble quisiera desprenderse del último cuadro bueno que seguía en manos de la familia, un Goya, Rebecca se esforzó por entablar conversación con él, pero sabía tan poco sobre la crianza del ternero de Herefordshire como él sobre Hooch o Canaletto.

Había sido una velada larga y tediosa. La cena no se había servido hasta las diez y luego había habido una serie de discursos interminables en los que el director había elogiado la generosidad de Credit Russe y de diversos benefactores, entre los que estaba Freddie Webb. A Rebecca le había resultado prácticamente imposible pensar en otra cosa que no fuera el cuadro que había perdido Memling. Su padre se negaba a recurrir a su red de espías e informantes: la búsqueda tenía que mantenerse en secreto. Rebecca recordó de nuevo la voz temblorosa de su padre, su negativa a explicarle del todo los

motivos por los que deseaba el cuadro con tanta urgencia. Memling había dejado muy claro a su hija que, a menos que lo recuperaran, su subsistencia corría peligro.

Rebecca no consiguió escapar de allí hasta medianoche. No había bebido ni comido mucho y, aunque era tarde, aún podía trabajar unas pocas horas. Abandonó el majestuoso cenáculo y corrió escalinata abajo en busca de la libertad. Y luego, mientras el coche circulaba a toda velocidad por Londres, intentó imaginarse qué estaría escondiendo su padre. Cabía la posibilidad de que, de joven, hubiera estado implicado en algún círculo de marchantes que realizaba prácticas poco limpias, como aquellos que compraron una *Virgen y el Niño* de Duccio di Buoninsegna por unos miles de libras y luego la vendieron a la National Gallery por ciento cuarenta mil. ¿O sería tal vez la obra de un falsificador que pretendía humillar o desacreditar a Memling? Una a una, Rebecca fue planteándose diversas teorías y desestimándolas todas. Nada tenía sentido.

Cuando el coche se detuvo delante de la entrada posterior de las oficinas, Rebecca vio salir una figura, que rápidamente le quitó el candado a una bicicleta y se cubrió la cabeza con un gorro de lana.

—¿Quién es? —preguntó Rebecca al chófer.

—Parece su chef, Annie, señora —respondió Ellis—. Suele trabajar hasta tarde.

Y al ver alejarse la figura de Annie a través de los cristales tintados del coche, Rebecca comprendió con total seguridad que se trataba de la persona que había visto en la filmación de las cámaras de seguridad, la persona que había comprado el cuadro. Se estremeció; aquello tenía que ser algo más que una extraordinaria coincidencia. Con razón su padre estaba asustado: para ingeniar una manera tan inteligente de infiltrarse en su negocio era necesario ser un enemigo muy sofisticado y resuelto.

Ellis abrió la puerta y le tendió la mano.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó—. Está muy pálida.

Rebecca aceptó la mano. Le flaqueaban las piernas y el corazón le latía a toda velocidad. Esa chica había trabajado para su marido y ahora para ella, e incluso había escuchado subrepticamente las conversaciones de una cena privada. ¿Habría colocado micrófonos en casa de los Winkleman? ¿Qué habría averiguado ya?

—¿Señora? ¿Le traigo alguna cosa? —preguntó Ellis, preocupado.

—No, gracias, Ellis. Todo está bajo control —respondió Rebecca, intentando mantener la calma.

Caminó a paso ligero hacia la puerta de atrás, introdujo el código y entró en el edificio. Cerró la puerta tras ella y se obligó a apoyarse en la pared para no perder el equilibrio. Lo que hiciera a continuación era crucial y se preguntó qué era mejor, si hacerle las maletas a su chef y ponerla de patitas en la calle o llamar a la policía. No, reflexionó, era mucho mejor tener el enemigo cerca. Fue directamente a su despacho, abrió el cajón secreto y comprobó que la pistola estuviera cargada.

## Capítulo 13

Imagínate mi horror ante el último vuelco de los acontecimientos: el joven ha encontrado una restauradora. La simple mención de esa palabra me produce estremecimientos de tal calibre que incluso se me sacude la pintura. La de atrocidades que se han cometido en nombre de la restauración; no es necesario ir muy lejos, basta con echarle un vistazo a un Velázquez que hay en Londres o a un Leonardo expuesto en París. Soy tan delicado que fragmentos enteros de mi composición podrían desintegrarse en manos inadecuadas. A pesar de que tengo la pátina manchada por capas de hollín, tizne de velas, efluvios humanos, humo de tabaco y barniz, la perspectiva de que una restauradora dé rienda suelta a frascos llenos de líquidos nocivos me infunde un terror mareante y espantoso. Anhele estar de nuevo fresco como una rosa, pero temo que, a lo largo del proceso, acabe haciéndome literalmente pedazos.

Mi concepción fue apresurada, urgente y magnífica: mi maestro estaba desesperado por capturar la sensación del primer amor, el entusiasmo de aquella emoción. Me pintó a toda velocidad con pinceles sucios y una mezcla de aceites, ungüentos, alcohol e incluso pintura para paredes. Si observas con atención mi horizonte, verás una minúscula mosca incrustada en la esquina superior izquierda. Andaba molestando aquella tarde de 1702 y (en mi opinión) tuvo la buena fortuna de quedar inmortalizada y embalsamada en mi albumina y mi *impasto*. Mi maestro creó mi vegetación —silvestre, resplandeciente y vibrante— con una mezcla compuesta por un chorrito de vino, caldo de pollo y pintura al óleo. A veces utilizó los dedos, otras se sirvió de un pincel, una espátula e incluso de la manga de la camisa, imagínate lo apremiante que era su misión de capturar en una pintura el orgasmo de su deseo.

Divago. Volvamos a aquella tarde. Nos recibió una mujer en una entrada secundaria de la National Gallery. Flaca como un galgo, la espalda recta como

una tabla, pelo canoso y gafas de montura gruesa, vestida con ropa sencilla sin estilo alguno, sin ninguna chispa; sentido de la elegancia nulo. Confié en que abordase su trabajo con la misma falta de personalidad. Muchos restauradores son *artistes manqués*, que se consideran capaces de mejorar la obra del artista. La mujer —se llama Agatha— saludó a Jesse como si fuera un amigo al que hacía mucho tiempo que no veía y lo estrujó con fuerza contra su esquelético pecho. Él parece un chico educado y no puso reparos. Mi ama miró hacia otro lado, algo turbada.

—Te pareces a tu padre más que nunca —dijo Agatha, secándose una lágrima que asomaba por la comisura del ojo—. David, su padre, y yo trabajamos juntos casi veinte años —le explicó a mi ama.

¿Y qué se supone que tenía que responder Annie al comentario? ¿Qué bien? ¿Qué interesante? Vi que sonreía con nerviosismo.

—Subamos —dijo Agatha—. Os prepararé un té; charlaremos y podréis enseñarme esa sorpresa que traéis.

Annie miró con anhelo hacia la puerta cerrada.

Fue un alivio no tener que pasar por delante de la colección principal y ser objeto de las burlas de viejos amigos. Lejos de las zonas públicas, aquel lugar es una auténtica madriguera. Agatha nos guio a velocidad vertiginosa por unos pasillos laberínticos hasta llegar a un siniestro y quejumbroso ascensor y, después, subimos una escalera muy estrecha. Aparecimos de pronto por encima de los tejados de Trafalgar Square y entramos en una habitación enorme iluminada por una claraboya que daba al norte. En una pared había estanterías llenas de frascos de cristal con distintos pigmentos. En una mesa grande, llamaba la atención la enorme cantidad de pinceles que había dentro de botes metálicos. El suelo estaba pintado de negro y había un montón de caballetes, paletas, pigmentos, lámparas, cámaras y demás parafernalia. Supongo que era un estudio. Verás, mi maestro no tenía ni un local propio ni ayudantes que mantuvieran en su debido orden pinturas y pinceles. De hecho, nunca tuvo domicilio fijo durante mucho tiempo. Su espíritu inquieto lo empujaba a estar siempre en movimiento. Y la mayoría de sus obras abandonaban el estudio en cuanto estaban finalizadas.

Tenía tres protectores: su marchante, monsieur Julienne; su coleccionista principal, el increíblemente adinerado Pierre Crozat; y su biógrafo, el conde de Caylus. Los tres le proporcionaban alojamiento a cambio de dibujos. Caylus era un viejo verde (un viajero rico y experimentado, que tuvo la

temeridad y el mal gusto de escribir una nauseabunda biografía de mi maestro) al que le gustaban los retratos de mujeres desnudas en poses complicadas, y proporcionó por ello a mi maestro muchos modelos que poder pintar. Pero Antoine, mi maestro, era más libertino de espíritu que de hechos. En realidad, era tan tímido que resultaba casi incapaz de pedir una copa de vino sin caer desmayado por culpa de las palpitaciones.

En cuanto a su temperamento, era a la vez mordaz y nervioso, una combinación, debo admitir, en absoluto atractiva. A pesar de no haber recibido educación alguna de carácter formal, era un intelectual, maravillosamente culto y considerado. Además del dibujo y la pintura, la lectura y la música eran también su pasión. Lo único en el mundo que aborrecía era su propia persona. Los que suponen que un ápice de éxito podría haber apaciguado su alma crítica e inflado su autoestima se equivocan. El éxito lo llevó a sentir más asco si cabe de sí mismo. Noche tras noche, se acostaba llorando junto a los cuadros de Rubens y Tiziano, lamentando su falta de destreza, sus torpes intentos de ponerse a la altura de sus héroes.

Arremetía asimismo con ataques de furia contra cualquier desgraciado que interrumpiera sus labores. Recuerdo un incidente cuando un miniaturista que había adquirido un pequeño óleo pasó por el estudio para pedirle a Antoine que arreglara una «imperfección menor» que había apreciado en las nubes de un paisaje. Mi maestro miró al miniaturista, luego la composición, y exigió al hombre más explicaciones.

—¿Podría decirme exactamente qué es lo que echa en falta? —le preguntó.

El miniaturista señaló la esquina superior izquierda. Sin pensárselo dos veces, mi amo cogió un poco de líquido limpiador y borró el lienzo entero, excepto la nube culpable del delito.

—A lo mejor así le gusta más —dijo, poniendo de patitas en la calle al miniaturista con la maltrecha obra.

¿Por dónde iba? A veces me pierdo. Imagino que si tuvieras trescientos años te pasaría lo mismo.

Agatha, la restauradora, y Jesse empezaron a charlar sobre el fallecido padre del chico y lo mucho que ella lo echaba de menos. Oficialmente, eran compañeros de trabajo, pero cualquier fanteoche vería a la legua que aquella mujer lo amaba; el relato no me dejó claro, no obstante, si sus sentimientos eran correspondidos. Me hastiaron a más no poder con tanto recuerdo, a cual tan chispeante como una esponja mojada un día de invierno. Annie se hartó de

mostrarse interesada y empezó a dar vueltas por el estudio mirando otros cuadros. Y, finalmente, volcaron su atención en mí.

Agatha proyectó una luz muy potente sobre mi superficie y a continuación se puso en la cabeza un artilugio extraño, unas lentes de aumento enormes. Cogió entonces un poquito de algodón y me frotó con delicadeza (tengo que reconocer que fue delicada) la superficie.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó, girándose hacia Annie.

—En una tienda de objetos de segunda mano.

—Pobre preciosidad —dijo la restauradora, y me dio la vuelta para examinarme el dorso.

No es la primera vez que un humano pasa más tiempo mirando «mi otro lado» que el bueno. Como hemos dejado ya claro, allí hay pistas interesantísimas que dan a conocer cosas como la edad de mi lienzo, los sellos de los propietarios, las descripciones de los marchantes, y demás.

—Lo han reentelado tres o cuatro veces —dijo Agatha.

Jesse asintió.

—¿Implica eso que quienquiera que lo hiciese consideró que tenía valor suficiente como para hacerlo?

La que asintió entonces fue Agatha.

—Sí, eso implica valor. O algún tipo de vínculo sentimental.

Cogió entonces una linterna y una lupa y estudió mi superficie.

—Aquí hay una zona donde es posible ver la calidad del trabajo bajo las capas de suciedad —dijo, mirando con atención la esquina superior derecha. Cogió una luz más potente y proyectó el haz hacia un lado y otro de la vegetación—. Me parece muy interesante la delicadeza con que están pintadas las hojas y este fragmento de seda en el vestido de ella.

Se puso otras gafas de aumento y miró más fijamente si cabe el grupillo de arbustos.

—Si no me equivoco, esa mancha blanca de la esquina es una figura.

—Creía que era una nube —dijo Annie, mirando ese punto detrás de la vegetación.

—Es un hombre vestido de blanco. De hecho, si la intuición no me falla, diría que podría ser Pierrot.

—¿Pierre qué? —preguntó Annie.

Agatha se recostó en su silla y dijo:

—Un personaje que hizo famosa la *commedia dell'arte* italiana de finales

del XVI. A veces, Pierrot aparece representado como un payaso listo o un bufón, pero siempre es el ingenuo de la escena.

—¿Y por qué incluiría alguien un payaso en una escena de amor? —preguntó Annie.

—Pierrot era también el desventurado y fracasado rival de Arlequín en su lucha por el amor de Columbina.

—¿Así que cabe la posibilidad de que, en vez de ser un cuadro sobre el amor en un día de verano, se trate justo de lo contrario? ¿Podría tratarse del, de sobra conocido, relato de su crueldad? —preguntó Annie.

—O podría hablar también sobre la inverosimilitud del amor —añadió Jesse, mirando pensativo a Annie.

—El primer y más famoso Pierrot lo pintó Antoine Watteau en 1718, un cuadro que hoy en día se expone en el Louvre. Es un personaje que rebosa tanto pathos y melancolía, que parece tan torturado por la tristeza, que a la mayoría le parece más conmovedor que ridículo.

—Ahora que le veo su lado oscuro, creo que el cuadro me gusta mucho más —comentó Annie.

—Las buenas obras de arte lo son por su complejidad y por sus emociones —dijo Jesse—. Su fuerza es esa. Enuncian cosas que cuesta expresar en palabras.

—Cuando hablas así me recuerdas a tu padre —dijo Agatha, esforzándose por contener las lágrimas.

Jesse abrazó a Agatha antes de seguir hablando de *moi*.

—¿Por qué se ha seguido pintando este personaje generación tras generación? —preguntó Jesse, mirando el cuadro.

—Pierrot se ha convertido en un símbolo universal. Desde Cocteau hasta Picasso, pasando por Hockney...

—Juan Gris —apuntó Jesse.

—Sickert —replicó Agatha.

—Matisse —contraatacó Jesse.

—Modigliani.

—Max Beckmann.

—Chagall —dijo Agatha, riendo—. ¿Y qué me dices de Paul Klee?

—Adoro su *Cabeza de Pierrot joven* —reconoció Jesse.

—¿Y en qué sentido nos ayuda todo esto? —preguntó Annie, que estaba

perdida y algo molesta con aquella contienda.

—En la época de tu cuadro, solo había una veintena de artistas que representasen a Pierrot. Watteau fue seguramente el primero y el mejor, y luego están también sus seguidores, Lancret y Pater.

—Podríamos ir a París a ver la versión más famosa. La del Louvre —le dijo Jesse a Annie.

—Tal vez —replicó Annie con escaso entusiasmo.

No tenía por qué ir a Francia. Yo era lo primero.

La restauradora me cogió y se dirigió a una puerta secundaria, indicando con un gesto a Annie y Jesse que la siguieran. Accedimos a una habitación pequeña y sin ventanas, pintada completamente de negro. Cuando la restauradora cerró la puerta a sus espaldas, fue como si nos hubiésemos quedado encerrados en una caja minúscula y sin ventilación.

—¿Alguno de vosotros tiene claustrofobia? —preguntó.

—Todavía no —respondió algo nerviosa Annie.

Agatha cogió una lámpara negra grande.

—Annie, sujeta el cuadro, por favor —pidió Agatha—. Jesse, ¿puedes apagar la luz?

Nos quedamos de inmediato sumidos en la oscuridad. ¿Pero qué se traía en mente esa mujer? Le dio entonces a un interruptor, y su artilugio derramó una desagradable luz de color violeta.

—La luz ultravioleta nos ayudará a ver a través de las capas de pintura —le explicó Agatha a Annie— y, lo que es más importante, nos ayudará a distinguir las distintas campañas.

—¿Campañas? —Annie parpadeó con perplejidad.

Me di cuenta de que se sentía incómodamente atrapada en aquellas circunstancias tan raras. La comprendía a la perfección.

—Es el término que se aplica a los distintos momentos en que se ha trabajado o alterado una pintura. La luz ultravioleta es similar a la luz visible, pero posee una longitud de onda más corta. Me ayuda a ver las gradaciones en la superficie y la textura.

Barrió de arriba abajo mi superficie con el haz de luz.

—¿Ves esas pinceladitas y esas motas fluorescentes minúsculas en la cara de la mujer y también en esta esquina? —preguntó Agatha.

—Qué curioso, ¿y por qué aparecen solo en la cara de ella y no en la de él? —preguntó Annie, mirándome fijamente.

Lo que aún no sabían era que mi amo había pintado otra cara sobre el rostro de ella en una fecha posterior. Era su manera de gestionar el rechazo. No soportaba separarse de ella; ni tampoco logró expurgar por completo su recuerdo aunque, al menos, sí llegó a esconderlo. La cara exterior era de una prostituta; fue lo más cercano a una mofa que mi amo consiguió hacer.

—Lo que es más curioso si cabe es que la pintura de encima apenas es distinguible de la otra... El artista debió de pintarla poco después de la original —dijo Agatha—. Tenemos casos en que se han alterado caras para que la pintura resultara más comercial. Para que los cuadros fuesen más hollywoodienses el marchante Duveen solía pedirle a su restaurador que hiciera que los rostros de los Hoppners se parecieran a Joan Crawford y los de los Romneys a Douglas Fairbanks.

Movió la luz hacia la esquina superior izquierda.

—Esta campaña está más clara: se ve que alguien ha retocado esta parte, la mano de un restaurador algo brusco... ¿Ves ese grumo de pintura de ahí? No tiene nada que ver con la calidad de la pintura de otras zonas. Es un caso de lo más fascinante.

Completamente de acuerdo con ella.

—Jesse, ¿puedes encender de nuevo la luz, por favor?

Agatha apagó la linterna y nos condujo de vuelta al estudio.

—¿Qué opinas? —le preguntó Annie.

Agatha se recostó en la silla.

—El principal problema es la pintura superpuesta y el barniz antiguo. Eliminar eso es tremendamente peligroso. A veces, cuando desconchas y rascas la capa superior, te llevas lo que hay debajo. Pero —dijo con amabilidad Agatha—, es muy posible que hayas encontrado una pieza interesante. No sé qué es, pero lo que sí puedo confirmarte es que se trata de un cuadro antiguo, y que debajo de esas capas de suciedad y barniz creo que hay algo bello, exquisito. ¿Me permitirías quedármelo un tiempo? Podría trabajar con él por las noches.

Mi lienzo se estremeció, horrorizado. ¿Trabajar con él? ¿Qué demonios pretendía decir con eso? Confié en que mi ama no fuera a dejarme allí, con tantas botellas de acetona y otros productos químicos nocivos.

—¿Qué harías con él? —preguntó Annie.

—Me gustaría realizar una prueba con una parte pequeña del lienzo, supongo que la esquina superior izquierda. Muy despacio y con mucho

cuidado, sacaría la mugre y la suciedad y vería qué hay debajo.

—No dispongo de dinero para pagarte —dijo Annie.

—Me niego a aceptar un pago. Este cuadro ha devuelto a Jesse a mi vida, y estoy tremendamente agradecida por ello —replicó Agatha, abrazándolo de nuevo.

Casi me sentí conmovido, pero, por encima de todo, me sentí asustado... Un desliz podría suponer mi ruina.

Intenté sosegar mis sentimientos, puesto que las vibraciones le van fatal a mi lienzo. Al menos estaría en un museo. Incluso cabía la posibilidad de mantener una conversación decente. En el lado opuesto del estudio había un Veronés estupendo —completamente desarmado—, abatido, el pobre, me dio la impresión. En un caballete había un Grossart exquisito y, lo más emocionante de todo, había visto de refilón un Giorgione sobre una mesa. Mi amo adoraba a Giorgione, lo adoraba con locura.

—Casi lo echaré de menos —dijo Annie, cogiéndome.

—No tendrás tiempo para ello. Esto tendrá que ser un esfuerzo conjunto. Necesito información sobre quién pintó este cuadro y cuándo. Cuanto más sepa del artista, más precisa podré ser. Distintos siglos y países producen distintos tipos de pinturas y materiales. Sería de grandísima ayuda poder hacerme una idea de cuándo y dónde se pintó.

—Delores Ryan dijo que era una copia barata —comentó Annie.

—Eso no me lo habías contado —dijo Jesse, mirándola sorprendido.

—Se me pasó.

—Los expertos no siempre aciertan —dijo Agatha—. Demostrar que se equivocan es divertido —añadió con firmeza—. Jesse te hará un dibujo. Mi instinto me dice que este cuadro tiene entre doscientos cincuenta y trescientos años de antigüedad. Ya has estado con él en la Wallace y has observado similitudes con determinados cuadros, por lo que es probable que sea francés o flamenco. —Agatha rodeó la mesa que ocupaba el centro del estudio y siguió hablando—. Podría ser una buena falsificación —dijo pensativa—. Aunque no he conocido aún a un falsificador que se tome tantas molestias reentelando un cuadro o una falsificación cubierta de un modo tan brillante con capas de suciedad o humo.

—Lo llevaremos juntos al Museo Británico —dijo Jesse.

—¿Por qué? —preguntó Annie.

—Puedes ir sola si quieres, claro —dijo Jesse, ruborizándose.

—No me refería a eso. Antes ya has mencionado el Museo Británico, ¿por qué allí?

—Porque el recinto alberga la colección británica de dibujos y grabados. Tendríais que empezar con el *catalogue raisonné* —replicó Agatha—. Se trata del inventario de la obra de un artista, donde se recogen todos los bocetos realizados a lo largo de su vida. El Museo Británico posee además una colección sin par de dibujos y grabados de principios del Renacimiento.

Annie se dejó caer en una silla.

—Suena a buscar un milagro en un pajar —dijo.

—Si no quieres, no hay ninguna necesidad de hacer nada —dijo con amabilidad Agatha—. Tengo muchísimo trabajo —continuó, abarcando con un gesto el estudio—. La elección es tuya, el cuadro es tuyo. —Abrió un cajón para sacar un papel y anotó algunos nombres—. Empezad con Watteau, luego Lancret, Pater, Boucher y Fragonard. Si esos no aportan ningún resultado, pensaré en otros.

Adiviné los pensamientos de Annie: en parte estaba espantada ante lo que se planteaba como una búsqueda inútil en un mundo impenetrable de prácticas arcanas y terminología presuntuosa. Pero, por otro lado, el asunto había despertado su interés y quería averiguar cómo funcionaba todo aquello. Y, por encima de todo, deseaba que yo fuese «bueno». De un modo u otro, mi valor y su autoestima estaban interrelacionados. Si descubría una obra maestra perdida, se convertiría en persona de buen gusto y criterio.

A pesar de mí mismo, de pronto me entraron ganas de que aquella tal Agatha se pusiera a trabajar en mí. Anhelaba regresar al panteón de los grandes, ocupar el lugar que me correspondía junto a mis amigos, colgar de una pared tapizada con adamascado, oír a la gente hablar en discreto tono reverencial en mi presencia, ser amado, admirado y estudiado por lo que en realidad soy. Deseaba asimismo que Annie se empapara de mi gloria y fuera feliz. Resultaba extraño que después de trescientos años me encariñara de verdad con un propietario. La edad estaba volviéndome tonto.

Ví que me miraba, y que luego miraba a Jesse y a Agatha. Se produjo un breve aunque intenso silencio hasta que, de pronto, esbozó una enorme sonrisa.

—¿Por qué no? ¿Por qué demonios no tendría que hacerlo?

Debo reconocer que me quedé satisfechísimo.

## Capítulo 14

Por tercera vez en lo que iba de semana, Rebecca canceló la comida y le dijo a Annie que no era necesario que volviese a aparecer por la cocina hasta nueva orden, que llevase siempre el teléfono encima y que no se desplazara a ningún sitio que quedara a más de una hora de distancia de Winkleman Fine Art. Rebecca se mostraba cada vez más recelosa y desconfiada con todo su personal. Había mandado instalar más cámaras de vigilancia en las oficinas, había restringido el acceso a la base de datos de la empresa y había apostado guardias de seguridad en los pasillos y custodiando las cajas fuertes. Rebecca era la primera que entraba y la última que salía cada día del edificio, había cancelado todas sus reuniones rutinarias y tenía permanentemente colgado en la puerta un cartel de «No molestar». Con intención de mostrarle su apoyo, Annie había llamado a la puerta del despacho y se había ofrecido a prepararle un té. «Si tiene tiempo de preparar el té, es que no está haciendo usted su trabajo correctamente», le había contestado con dureza Rebecca. En ningún momento se le había pasado a Annie por la cabeza que todas aquellas medidas pudieran tener algo que ver con ella, y mucho menos con el cuadro; al fin y al cabo, no era más que una chef contratada con carácter temporal, una mujer sin ninguna relevancia.

Andando a paso ligero, Annie tardó diez minutos en ir del trabajo a la London Library. Como empleada de Winkleman Fine Art, Annie tenía un pase de socio que se había convertido para ella en el mejor beneficio de su nuevo trabajo. Después de enfilear Berkeley Street, cruzar Piccadilly y atajar por unas galerías comerciales, Annie evitó los turistas y accedió a St. James's Square por una calle lateral. La biblioteca era un oasis de calma y contemplación. Al llegar, Annie colgó el abrigo, ascendió la majestuosa escalinata, entró por una puerta secundaria, subió por la escalera metálica y siguió avanzando junto a las estanterías de libros hasta dar con la sección titulada

«Miscelánea/Comida». Era su cuarta visita en los últimos diez días.

Al principio de su investigación para la cena de Delores, Annie se había concentrado básicamente en los menús y en cómo prepararlos, pero la comida no era más que una parte de la historia. La vida cortesana francesa giraba en torno al protocolo, las intrigas, las leyes escritas y tácitas, y un banquete de estado no era más que otro campo de batalla, el escenario de estrategias mortales, minas y trampas, presidido por el rey. En el tiempo que duraba un plato, podían crearse y perderse trayectorias personales enteras. Cuanto más averiguaba Annie, más detalles deseaba poder presentar. Y a pesar de que reconstruir los matices e incluso los peligros inherentes en una cena real en la corte de Versalles era imposible, anhelaba recrear el espíritu y las sensaciones de la ocasión.

En las cocinas de Versalles trabajaban más de dos mil empleados; Delores tendría solo a una, y sin formación. En las cortes reales, los banquetes se dividían en varios servicios de entre dos y ocho platos cada uno: *hors d'oeuvres*, sopas, platos principales, púdines y fruta. ¿Cuántos tenía ella que preparar? Cuando hacia las once y media de la noche Luis se retiraba a sus aposentos, podía haber comido entre veinte y treinta platos, después de lo cual aún picoteaba fruta confitada o un huevo cocido de camino a la cama. ¿Sería capaz de replicar aquella aura de opulencia y grandiosidad? La vajilla de porcelana que se utilizaba a diario en la corte podía valer tanto como una casa en Mayfair. Annie sabía que no podía limitarse a presentar platos similares, que la pompa y la ceremonia, combinadas con la expectación, eran también elementos esenciales. Aquellas veladas solían ser tensas para los cortesanos reales; podían asistir a ellas hasta quinientas personas y el lugar asignado en la mesa indicaba su posición en la jerarquía de favoritos del rey. Ser ubicado en según qué lugar equivalía a una humillación pública. Los que tenían que sentarse más allá de la sal carecían de importancia. Annie seguía todavía preguntándose cómo crear una velada que no se redujera a una parodia inteligente.

Durante el reinado de Luis XIV, las comidas se acompañaban con instrucciones irrefutables. Estas reglas formaban parte de la exhibición de poder y riqueza. Annie empezó a hojear otro volumen y descubrió que el rey ocupaba siempre el lugar central de una larga mesa rectangular. En las esquinas del salón se congregaban algunos invitados, incluso miembros del público, que observaban la cena, aunque sin comer necesariamente. Algunos

tal vez se sentaban en los lados cortos de la mesa del rey, para no molestar la visión del monarca o el trabajo de los camareros. Annie sonrió y se imaginó que a Delores le encantaría aquel juego de poder.

La parte más peligrosa del banquete no era el riesgo de dar un paso en falso, sino la enorme cantidad de comida. La cuñada de Luis XIV, la princesa del Palatinado, anotó lo siguiente: «El rey podía comer cuatro platos de sopa, un faisán entero, una perdiz, una bandeja grande de ensalada, dos lonchas de jamón, cordero *au jus* con ajo, un plato de repostería, seguido de fruta y huevos cocidos». Los ingredientes provenían de todos los rincones del reino de Luis: ostras de Saint-Malo y Cancale, langostas de Normandía, verduras de los huertos reales de Versalles, trufas de Italia, venados de las montañas y los bosques de toda Francia. Asombrosamente, Luis vivió hasta los setenta y siete.

Annie empezó a pensar en cómo costearía los ingredientes. De entrada, el presupuesto de seis mil libras que le había concedido Delores le había parecido extremadamente generoso, aunque eso era antes de que se enterara de que las recetas incluían fuagrás, salmón salvaje, ostras, ensaladas espolvoreadas con pan de oro, langostinos frescos, crema de castañas con ralladura de trufa, *bisqué* de mariscos. Una comida digna de un rey era más una inversión que un lujo. Sabía además que tendría que comprar ingredientes para hacer las pruebas; le quedaban todavía seis mil libras de la venta de la casa de Devon, pero no le gustaba la idea de tener que recurrir a su fondo de emergencia.

Annie miró de reojo el teléfono y vio que habían pasado dos horas. Seguía sin recibir ningún mensaje de Rebecca, ni instrucciones sobre la cena. En la nevera había comida suficiente para cuatro personas y, siempre y cuando los Winkleman no esperaran invitados, Annie necesitaba solo una hora para pochar el pescado y preparar las verduras al vapor. Con ganas de estirar las piernas, salió de la biblioteca y se alejó de St. James's Square con rumbo desconocido. Al doblar la esquina la sorprendió una brisa cortante. Se estremeció y se recolocó el sombrero para que le cubriera bien la cabeza. La adelantó una chica corriendo, un reproductor de música en una mano y una botella de agua en la otra. Luego fue el turno de una mujer de mediana edad y su hijo, ambos en patinete, la mujer jadeando, una falda ceñida limitándole los movimientos. Empezó a llover, gotitas oscilantes al principio y luego, sin

previo aviso, un firme chaparrón. La gente corrió a protegerse en los umbrales de las puertas, a sacudirse el agua de los abrigos, a secarse la cara, alegre a pesar de la repentina adversidad meteorológica. Un joven ahuyentó de un manotazo una gota de lluvia que iba directa a apagarle el cigarrillo. Dos señoras, que evidentemente eran de campo y estaban de visita en la ciudad, sacaron capuchas de plástico de sus relucientes bolsos negros con cierre dorado. Un grupo de colegialas, utilizando los libros de texto a modo de paraguas, corría sin parar de reír hacia la parada de autobús. La escena era del siglo XXI, pero Annie seguía perdida en la corte de Luis XIV y los preparativos de la cena de Delores. Aceleró el paso, sus ideas pasando sin cesar de las recetas a la puesta de la mesa. ¿Sería la oca un pobre sustituto para una receta cuyo ingrediente principal eran seis cisnes blancos? ¿Cómo construir una pirámide de profiteroles?

Un ciclista que avanzaba a toda velocidad por la acera hacia Annie la devolvió al presente. Saltó hacia un lado para esquivarlo, tropezó y de pronto llamó su atención un destello plateado. Era un dracma griego, una pieza de coleccionista en la actualidad. ¿No decían que encontrar una moneda daba buena suerte, como que se te cagara un pájaro encima? Se animó un poco. Guardó el dracma en el bolsillo y siguió caminando bajo el impacto de las gotas de lluvia. El diluvio había limpiado las aceras. Mientras palomas y peatones siguieran a cubierto para protegerse de la tormenta, tenía todo Londres para ella. Empezó a notar agua en el zapato, que tenía un agujero, y el calcetín empapado. Si la cena de Delores era el primero de abril, en menos de seis semanas, ¿de qué materia prima de temporada dispondría? Annie lamentó su ignorancia, su falta de formación. ¿Haría bien sirviendo productos que no fueran de temporada, procedentes de lugares remotos del mundo? En tiempos de Luis XIV, sin medios de refrigeración y con sistemas de transporte limitados, aquello habría sido impensable. Si su decisión era cocinar con autenticidad, tendría que dejar que la carne y las aves estuvieran un poco pasadas y camuflar el sabor a podrido con pimienta, nuez moscada y otras especias disponibles.

La lluvia paró tan repentinamente como había empezado, dejando las calles oscuras y brillantes como cuero de primera calidad. La gente abandonó puertas y paradas de autobús y miró con aprensión el cielo. Annie había llegado a una parte de la ciudad que no conocía y de pronto sintió hambre y

frío. Hurgó en el fondo del bolsillo y sacó tres monedas de una libra y el dracma. ¿Qué podría comprar con aquello? ¿Por cuánto tiempo el dueño de cualquier cafetería le permitiría sentarse a una mesa consumiendo un simple café? Vio su imagen reflejada en el cristal de un escaparate: cabello oscuro aplastado contra una cara blanca, tremendas ojeras.

Le vinieron a la cabeza los recuerdos de la cita de la noche anterior y se apoderó de ella una incómoda sensación de vergüenza y asco de sí misma. Se había jurado no asistir a más veladas para solteros, pero Evie seguía en casa y necesitaba salir. Había conocido a aquel hombre delante del cuadro de *Los embajadores* de Holbein, en una de esas noches de «Conoce y relaciónate» de la National Gallery. Ambos estaban intentando localizar la calavera escondida en la parte inferior del lienzo y sus cabezas habían chocado por casualidad. Él creía que eran de la misma edad, veinticinco. En el fondo, y patéticamente, Annie se alegraba de aquel error.

Era alemán y guapo, bastante, divertido, más o menos, con un potente sentido del humor y barba de dos días. Annie había accedido a subir al piso del chico, diciéndose que sería solo para compartir una copa de vino. Pero la verdad es que se sentía desesperadamente sola. Confiaba en que hacer el amor sirviera para exorcizar recuerdos, aunque sabía que los cuerpos desconocidos y los encuentros casuales no ofrecían más que un consuelo pasajero. Cuando a las seis de la mañana había dejado al alemán en la cama, había ido directamente al trabajo. Rebecca ya estaba allí y, cuando se cruzaron en el pasillo, la había mirado de arriba abajo. «Lo sabe», había pensado Annie, ruborizándose y corriendo hacia los lavabos.

Estaba en Coptic Street. Uno de los amantes de su madre, un experto en iglesias coptas etíopes, les había prometido llevarlas a Lalibela para ver los monasterios excavados en la roca; la primera de tantas promesas rotas. Al final de la calle había una pequeña cafetería con cristales empañados y deslavazadas decoraciones del día de San Valentín: un par de tiras de espumillón y un arrugado corazón de papel. Asomó la cabeza, vio que todas las mesas estaban ocupadas y siguió caminando. Dobló la esquina y se encontró delante de una imponente fachada al fondo de un patio rodeado por una verja. A pesar de que habían transcurrido más de veinte años desde su última visita a aquel lugar siendo una colegiala, Annie lo reconoció como el atrio del Museo Británico.

Cuando Agatha y Jesse le habían sugerido investigar la colección de dibujos

del Museo Británico, Annie no le había visto el sentido. ¿Cómo vas a encontrar una pista si no tienes ni idea de qué andas buscando? Tres semanas atrás, habría dado saltos de alegría ante cualquier distracción; pero ahora su vida estaba llena de acontecimientos, con Rebecca y Carlo, su madre y la cena de Delores. Incluso el sentimiento de pena había quedado confinado en un espacio reducido. «No tengo tiempo ni para ir de museos ni para dedicarme a investigaciones sin pies ni cabeza», pensó. Miró el reloj. Eran las dos y cuarto de un jueves por la tarde. Tenía por delante un montón de horas vacías. «Soy como la anciana de aquella canción de cuna —la que se traga la araña para atrapar la mosca, la que se traga el pájaro para atrapar la araña—, y a lo mejor hacer una cosa para no hacer la otra acaba también matándome».

Subió los resbaladizos peldaños de piedra de la escalera de acceso, pasó de largo el mostrador de información, cruzó un vestíbulo grisáceo y accedió a un gigantesco patio interior, y cayó entonces en la cuenta de que su yo más joven no habría reconocido el Museo Británico. En el centro había un edificio circular construido con piedra de color miel y una escalera a su alrededor; los suelos eran de mármol blanco y la cúpula que lo cubría estaba hecha con miles de paneles de cristal opaco que le daban el aspecto del ojo de una mosca gigante. En la cafetería de la esquina, pidió un consomé y un trozo de pan y se sentó en el suelo al lado de una rendija de calefacción, viendo pasar a la gente. Era, decidió, el lugar ideal para seguir inmersa en su incertidumbre y no sentirse desplazada. Todo el mundo iba con su guía en la mano, o con mapas, y parecía abrumado ante un espacio tan amplio, o se apiñaba cerca de las taquillas o delante de las tiendecitas de souvenirs.

Atemperada gracias a la sopa y los vapores de la calefacción central, Annie subió las escaleras y cruzó las salas dedicadas al arte egipcio, donde momias vendadas yacían en el interior de féretros abiertos. Los colegiales presionaban la cara contra las vitrinas de cristal. Asirios, fenicios y etruscos que vivieron hace dos o tres mil años. ¿Cuántas generaciones habrían pasado? ¿Cuántos bisabuelos? ¿Cuántos progenitores? La sensación de ser tan insignificante, de quedar tan empequeñecida por el tiempo, resultaba curiosamente reconfortante.

Se detuvo delante de un recipiente de cristal de color jade y pequeño tamaño. El asa era delicada como la patita de un gorrión, el cristal traslúcido como el ala de una libélula. Según la etiqueta, su datación lo situaba alrededor del año 3200 a. C. Annie estaba maravillada. ¿Cómo era posible que hubiera

sobrevivido? ¿Lo habría hecho como un valioso objeto de coleccionista? ¿O por casualidad y buena suerte? Leyó la descripción completa: «Esta extraordinaria pieza fue encontrada en el interior de un féretro en Mesopotamia, donde permaneció encerrada durante cuatro mil años». Qué vida más triste, se dijo Annie. Tanto tiempo sin hacer nada. Le parecía impensable no ver nada excepto el interior de una caja. Sin citas de una noche, sin directores de cine chiflados, sin madres borrachas, sin errores descomunales ni pequeños triunfos, sino simplemente una tremenda acumulación de segundos, horas, décadas y milenios. En ese momento recordó a Desmond y, por primera vez en casi un año, no se le encogió el estómago. Y entonces se dio cuenta de que aquel enorme peso, aquel elemento fijo en su corazón, había menguado. Tal vez fuera una bendición que su vida anterior se hubiera hecho pedazos; ahora, al menos, vivía a su manera. Su nueva etapa de vivir en soledad (que confiaba en que fuera muy breve) era como un segundo acto, un movimiento distinto, aunque triste y desagradable. Acabaría encontrando la manera de salir de aquel barrizal y tener un espléndido final. Miró de nuevo el recipiente de jade y, de pronto, experimentó un inexplicable hilillo de esperanza.

Siguió recorriendo siniestras salas en dirección al ala este del museo, donde un pequeño cartel anunciaba la sala de estudio de los dibujos. Annie le mostró el carné de conducir al hombre apostado junto al torniquete de acceso y entró en una estancia con cubierta de bóveda de cañón. En un extremo había una ventana alta. Las paredes estaban divididas en dos pisos, el superior accesible mediante una galería, y recubiertas con estanterías de caoba con puertas de cristal. De un extremo a otro de la sala había escritorios. En la zona central, había un pequeño espacio con material en exposición. Annie se quedó maravillada ante un dibujo de Picasso, un fálico sátiro en compañía de una deslumbrante joven. Seguro que la imagen habría sido censurada de haberse tratado de una fotografía, pensó Annie. Pero el dibujo que más le gustó fue uno de Jim Dine donde se veía una trenza colgando sobre la espalda de una chica. Era una imagen literal y evocadora que le recordó el terror de los primeros días de curso: ¿al lado de quién le tocaría sentarse? ¿Le caería bien a la maestra? ¿Se reirían de ella por su boli rojo? ¿Y si se daban cuenta de que tenía agujeros en las suelas de los zapatos?

Agatha había dicho: «Empezad con las obras de Antoine Watteau». Annie sintió una punzada de culpabilidad por saber que a Jesse le habría gustado

acompañarla. Recordó lo que siempre decía Evie: «Que alguien te quiera no significa que tú tengas que corresponderle». Se preguntó si el mundo entero estaría atrapado en un tiovivo de amor no correspondido.

En una esquina estaban los catálogos, encuadernados en piel. Miró la «W» y encontró veinte entradas bajo el nombre de Watteau, divididas entre material impreso y dibujos originales. Rellenó un formulario y se lo llevó a la bibliotecaria.

—Busque sitio y se los traigo —dijo la chica sentada detrás del mostrador.

Annie encontró una mesa vacía hacia el fondo de la sala, al lado de dos hombres que examinaban dibujos de una caja etiquetada como «Hogarth». Miró por encima de los hombros de los estudiosos y, por mucho que las imágenes tuvieran cientos de años de antigüedad, una sola ojeada le bastó para saber cómo eran las personas representadas. Hogarth encontraba la esencia de sus personajes con solo cuatro trazos de lápiz y algunas manchas realizadas con los dedos: el vanidoso hombrecillo con barrigón, patizambo y de aire altanero; la mujer vestida de criada, su mirada de soslayo cargadísima de intención; los dos niños agachados junto a un pájaro con el ala rota, claramente sin predisposición de salvar a la pobre criatura o acabar con su dolor. Hasta hacía muy poco, Annie pensaba que la pintura consistía en capturar el parecido y que solo los expertos podían comprender significados ocultos y simbolismos arcanos. Pero Jesse la había ayudado a entender que una respuesta emocional instintiva también era válida.

Mientras esperaba la llegada del material, Annie intentó imaginarse la vida de sus compañeros de estudio. ¿Quién sería aquella chica tan guapa que observaba el retrato de un hombre con una lupa? ¿Y aquella solterona tan seriamente vestida que tomaba notas rodeada de las imágenes más pornográficas de Picasso? ¿De qué discutirían en apremiantes susurros aquella colegiala y su padre? ¿Era un paisaje pastoral aquello que tenían delante? Miró a su alrededor y decidió que aquel ambiente de seriedad y contemplación le gustaba.

La bibliotecaria llegó al cabo de un cuarto de hora cargada con una caja y unos guantes blancos. Annie se puso los guantes y abrió el estuche con sumo cuidado. «Me permiten ver y tocar dibujos de trescientos años —pensó, observando una cabeza de mujer—. No hay nadie montando guardia a mi lado. Ni ningún tipo de cubierta protectora. Ni cámaras de vigilancia espíandome». El primer dibujo estaba realizado con las tizas rojas, negras y blancas que

había visto en el libro de Delores. Buscó en el bolso, extrajo los bocetos que había hecho Jesse de su cuadro y los dejó sobre la mesa con la intención de buscar similitudes entre su imagen y un dibujo titulado *Les agréments de l'été*, donde se representaba a una chica en un columpio. Para el ojo inexperto de Annie, todas las personas de los dibujos de Watteau eran similares y parecían artificiales: facciones regulares, proporciones agradables, las mujeres pechugonas, tobillos delicadamente contorneados.

Sin poder evitarlo, sus pensamientos se desviaron de nuevo hacia la cena de Delores y hacia una receta de cangrejo de río con una salsa al vino de Sauternes que había estudiado. «Concéntrate», se regañó. Volcó de nuevo la atención en lo que tenía entre manos e intentó imaginarse, tal y como le había sugerido Jesse, que estaba en la escena de un crimen y ella era un detective en busca de pistas. Las facciones de las caras eran tal vez lo que más costaba reconocer. Cerró los ojos, pensó en Jesse e intentó capturar el emplazamiento de la nariz y la boca en relación con las orejas y el cabello. Visualizaba partes, pero no conseguía representar el todo. Volvió a empezar: cabello castaño y fino, ojos azul verano con un contorno más oscuro. Metro ochenta. Algunas pecas en las mejillas. Cara alargada, pómulos altos. Pero los atributos físicos no servían para evocar la esencia de una persona. Regresó mentalmente a la cafetería e intentó recordar cómo se movía Jesse, cómo se apartaba el flequillo de los ojos con un gesto rápido, cómo apoyaba la barbilla sobre las manos unidas. La voz, suave y grave. Lo que más recordaba eran los ojos, siempre en movimiento, siempre buscando, mirándola a la cara, escudriñándola. Tal vez esa fuera la pista que conducía al arte de la percepción: no mirar el conjunto, sino buscar un aura, una sugerencia, intentar descubrir el carácter del artista en sus dibujos.

La mirada de un desconocido despertó a Annie de sus ensoñaciones. Notó su mirada clavada en ella antes incluso de ver que el hombre la observaba fijamente desde una mesa situada a poca distancia de donde ella estaba sentada. Era mayor, vestido con cierta fatuidad, con corbata de puntitos y levita de terciopelo, el cabello lacio y plateado enmarcando una cara puntiaguda como un yunque. Del bolsillo de la chaqueta colgaba una cadena magnífica que iba a parar a un botón cosido en el lado opuesto, y en el centro se veía un reloj de bolsillo. Annie le devolvió la mirada con toda la hostilidad de la que fue capaz. El hombre siguió mirándola de forma directa con aquellos ojos azules y sus finos labios esbozaron una sonrisa de reconocimiento. Annie

lo ignoró y continuó con sus labores de investigación.

La bibliotecaria se acercó con un segundo estuche de dibujos. Era una caja pesada de cuero verde con grabados dorados que Annie abrió con mucho cuidado. El primer dibujo era notablemente distinto: un retrato que rebosaba individualidad. La mujer observaba fijamente a Annie con mirada fría, aunque con cierta sorna. Annie le devolvió la sonrisa. Había una inscripción: «*Charlotte, la plus belle des fleurs ne dure qu'un matin*». ¿Qué querría decir? La flor más bella *ne dure... un matin*. Una mañana. «*Ne dure, ne dure*», repitió Annie para sus adentros. ¿Algo que tenía que ver con la duración? Sí, durar, eso tenía que ser. «Las flores bellas no duran más que una mañana». Allí tenía que haber algo. Colocó el dibujo de Jesse al lado del dibujo de la caja y buscó en el teléfono una de las fotografías que le había hecho al cuadro. Era evidente que la mujer no era la misma. Una lástima, le gustaba el rostro de Charlotte, su viveza. Se preguntó si sería la mujer sobre la que había leído en el libro de Delores, el amor de Watteau. Las demás mujeres que aparecían en los dibujos carecían de la intensidad de Charlotte. La imagen siguiente era una cabeza masculina, un autorretrato: Watteau. Annie lo estudió con atención. Las facciones eran muy nítidas: un hombre de rostro alargado con ojos ovalados y párpados muy visibles, boca de labios carnosos. Tenía un pincel en la mano izquierda y un pergamino en la derecha. La vestimenta era lujosa, la chaqueta rematada con piel y el chaleco con botones de perlititas. Tenía el pelo largo y ondulado. La expresión de la cara era melancólica, de decepción, como si el mundo lo desilusionara constantemente. El tipo de persona que emitiría gemidos y suspiros involuntarios mientras te relataba su quehacer diario.

Hojeando los demás dibujos, encontró retratos del artista tomados desde todos los ángulos. ¿Sería un narcisista, o tan pobre que no podía contratar un modelo? Sus representaciones de las mujeres eran bastante anodinas, como si, como personajes, no despertasen en él mucho interés. Pero entonces se tropezó con un nuevo dibujo de la bella Charlotte. Una vez más, la energía y la emoción del artista burbujeaban en la composición. Annie se preguntó qué le habría pasado a la chica. ¿Serían amantes ella y el pintor? Estaba casi segura de que el artista no estaba enamorado de ninguna de sus demás protagonistas o, al menos, de ninguna que hubiese visto hasta el momento.

Llegó la bibliotecaria con otro libro enorme, el volumen dos del *catalogue raisonné* de la obra de Watteau: páginas y más páginas de copias de las pinturas originales. A medida que fue hojeándolo, Annie descubrió más

escenas bucólicas y tremendamente amaneradas, amor cortesano y artificial, escenas que le transmitían la impresión de que el artista había ido volviéndose cada vez más despectivo. ¿Cómo era posible dejarse seducir por aquellos actos sociales interminables, por aquellas figurillas vestidas de punta en blanco deleitadas por las serenatas interpretadas por los músicos de turno? Le recordaban a Annie la fiesta del último estreno de Carlo, donde los niños bonitos se sacaban de encima a los que no iban vestidos para la ocasión. Annie se había fijado en que había invitados desesperados por exhibir su afabilidad y dar palmaditas en la espalda mientras que en secreto tramaban la caída tanto de amigos como de enemigos. Los había que estaban allí por su amor al cine; pero la mayoría iban a ver si sacaban algo de provecho. Tal vez, reflexionó Annie, lo que Watteau pretendía pintar eran precisamente aquellas transacciones humanas tan amaneradas y artificiales. Seguramente, la conducta en las cortes de directores de cine famosos y fabulosos monarcas, donde todo el mundo se postraba ante el potentado con la esperanza de garantizarse sus favores, guardaba muchas similitudes. Tal vez Watteau intentara imbuir de ironía y patetismo aquellas escenas. Annie se preguntó si habría nacido pobre o rico, si sería de naturaleza libertina. ¿Se sentiría Watteau tan turbado como ella se había sentido al oír sin querer retazos de la conversación durante la cena de los Winkleman?

Al girar la página, Annie se encontró con el dibujo de un cuadro titulado *Peregrinación a la isla de Citera*, que mostraba a varias parejas subiendo a una embarcación. A primera vista, parecía una escena bucólica, con angelitos regordetes haciendo piruetas alegremente con el contrapunto de un cielo de verano. Pero estudiándolo con más atención, Annie intuyó que se avecinaban problemas: las parejas no se miraban, al fondo se veía un árbol muerto y oscuros nubarrones se acumulaban por encima de lejanas montañas nevadas.

Annie no se dio cuenta de que el hombre con cara de yunque se levantaba y tomaba asiento a su lado.

—Disculpe, pero los que apreciamos a Watteau somos hoy en día una especie en extinción —dijo con voz sedosa y mirando el dibujo de Jesse por encima de Annie—. ¿Qué tiene aquí? ¿Me permite?

Sin esperar respuesta, cogió el dibujo y lo miró, sus ojos devorando los trazos de lápiz.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó.

—Fue un amigo, que me hizo la copia de un cuadro.

—¿Y dónde está ese cuadro? —preguntó el hombre.

Annie detectó cierta excitación en su voz.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Adoro la obra de Watteau —dijo, pronunciando el apellido del artista con un marcado acento francés, con una «V» más que una «W» al inicio.

—¿Cómo sabe que es de él? —preguntó Annie.

Sin pedir permiso, cogió el teléfono y miró fijamente la fotografía. Annie lo recuperó con mano firme.

—Llevo mucho tiempo buscando esto —dijo Cara de Yunque, empujando la silla hacia atrás y mirando pensativo a Annie—. ¿Dónde consiguió ese cuadro?

—En una tienda de segunda mano —dijo Annie, pensando que aquel hombre era extremadamente presuntuoso y bastante repulsivo. Le arrancó el dibujo de la mano y dobló el papel por la mitad.

—¿Por qué piensa usted que podría ser de Watteau? —preguntó entonces él.

—Ni lo sabía ni lo sé —replicó Annie—. Una amiga sugirió que podía serlo y... —dudó un instante—, he pensado que podría jugar un poco a los detectives.

No podía contarle a aquel desconocido que se sentía sola y necesitaba huir de su madre.

Cara de Yunque tosió para aclararse la garganta antes de volver a hablar.

—Me gustaría mucho ver su cuadro —dijo.

Annie cerró el libro y cogió la mochila.

—Antes de que se marche, mire esto.

El hombre regresó a su mesa, que estaba a escasos metros de la de Annie, cogió el libro de gran tamaño que había estado estudiando y se lo acercó a Annie. Giró con cuidado varias páginas.

—*Voilà* —dijo con una floritura, y señaló un grabado—. El primer volumen del catálogo de Julienne, *Le Recueil Julienne*, publicado por el querido amigo, y marchante ocasional, del artista. Como verá, hay un parecido evidente entre su boceto y este grabado. QED[2].

Annie miró de nuevo la reproducción. A pesar de ser en blanco y negro, la semejanza era patente. Aquella extraña nube blanca de la izquierda era, tal y como Agatha sospechaba, un apesadumbrado payaso que la mujer parecía haber expulsado del encantador claro con un delicado puntapié. Detrás de ella había una fuente clásica y una ninfa instalada a horcajadas sobre una columna,

riendo.

—No es la misma pintura. La dama que sale en la mía tiene otra cara — declaró Annie.

—Lo cual tiene su razón de ser —replicó Cara de Yunque.

—¿Y cuál es esa razón?

—Tráigame el cuadro y le contaré una historia muy interesante.

Annie miró de nuevo el grabado y se fijó en el título del cuadro. «*L'improbabilité d'amour*, fielmente reproducido en grabado por Benoît Audran el Joven, en 1731». Cara de Yunque se lo tradujo: *La improbabilidad del amor*.

Annie estuvo a punto de estallar en carcajadas.

—En el catálogo de Julienne hay casi trescientas pinturas atribuidas al artista —le explicó Cara de Yunque—, pero solo han sobrevivido o conocemos un centenar. Hasta el momento he encontrado diez cuadros que se daban por desaparecidos. Encontrar este me haría feliz, a mí y a mucha más gente.

—¿No es a eso a lo que se dedica Delores Ryan? —preguntó Annie.

El hombre hizo una mueca de desdén.

—La señorita Ryan solo es capaz de oler algo si está cubierto de chocolate. Aun sin tener ganas, Annie sonrió.

—Y bien, ¿cuándo piensa enseñarme su pequeño cuadro? —preguntó el hombre.

De pronto, Annie se moría de ganas de salir de aquel ambiente enrarecido, de alejarse de aquel hombre extraño con barba puntiaguda y facciones cinceladas. Ansiaba ser la anónima Annie McDee, caminar libre y pasar desapercibida por las calles de Londres.

Se puso el abrigo y se colgó la mochila al hombro.

—Tengo que irme; tengo prisa —dijo.

—Me llamo Trichcombe Abufel. Y usted me necesita, querida mía, mucho más de lo que yo la necesito a usted.

El nombre le sonaba de algo, pero Annie no lograba ubicarlo.

—Ha oído hablar de mí —dijo pensativo Abufel.

Annie se dirigió a la puerta.

—Escúcheme, señorita —dijo Abufel, siguiéndola. Varios lectores levantaron la vista, molestos por la interrupción—. Lo más probable es que su cuadro no sea más que una copia barata, pero existe una remota posibilidad de

que no lo sea.

Annie salió de la sala de lectura al pasillo. Abufel continuaba a su lado, incordiándola.

—Solo hay un experto en el mundo cuya opinión tengan todos en cuenta, y ese soy yo. Le sugeriría que se parase un momento y me escuchase —dijo jadeando Abufel.

Annie no se paró. Estaba harta de que le dijese cuándo tenía que detenerse y cuándo tenía que volver a ponerse en marcha, como si fuese un juguete.

—Es evidente que no tiene ni idea de lo que posee, de modo que le daré algunas pistas. Cuando las haya comprendido, sospecho que estará ansiosa por ponerse en contacto conmigo para que la ayude a solucionar el acertijo.

Annie se detuvo y se giró en redondo. Se moría de ganas de soltarle una obscenidad a aquel hombre, pero había despertado su interés. Abufel esbozó una sonrisa triunfante que dejó al descubierto unos dientes amarillentos y unas encías grisáceas.

—La primera pista es el rey Luis XIV, la segunda es Catalina la Grande y la tercera es la reina Victoria. A ver si es capaz de atar cabos.

Hizo una leve reverencia.

—Trichcombe Abufel, consultor de bellas artes, 11D Lansdowne Crescent, W11. Me encantará volver a verla en circunstancias menos apresuradas.

Y, con una sonrisa, dio media vuelta para regresar a la sala de los dibujos.

Annie siguió su camino.

—Que te jodan —refunfuñó para sus adentros—. Que te jodan.

En cuanto salió del museo, Annie sintió de nuevo sobre los hombros el enorme peso del manto de la soledad. Miró el teléfono y vio que eran las cuatro de la tarde. Exiliada del trabajo y de su casa, se sentía sin meta y perdida.

Decidió que aquella noche cocinaría para su madre. Sería la primera vez en semanas que las dos mujeres pasarían un rato juntas.

—Estaría mejor con un buen clarete —dijo Evie por la noche, engullendo un trocito de pato.

—¿Qué te parece el sabor? —dijo Annie, que seguía atendiendo el horno.

Era el noveno plato de prueba que preparaba y hasta el momento no había obtenido el resultado deseado con ninguno.

—Delicioso —dijo Evie, probando un segundo bocado—. ¿A quién se le habría ocurrido preparar pato con naranja y chocolate? Suena horroroso, pero está rico.

—¿Mejor entonces que la ternera con anguilas?

—Cualquier cosa sería mejor que eso.

—Ya sabes a qué me refiero.

—En el menú hay mucho azúcar.

—Era signo de riqueza —dijo Annie.

—O tal vez era solo para esconder el sabor a moho. Imagino que en Versalles no tenían neveras.

Annie se sentó al lado de Evie.

—¿Por qué no comes? —preguntó Evie.

—Llevo dos horas probando comida... Sería un desperdicio.

—Estás desperdiciándolo de todas maneras.

—No comas demasiado; aún quedan dos platos más por probar.

—¿No podrías servirme una gotita de ese coñac? Servirá para aligerar la grasa.

—Mamá, no me conviertas en el policía de esta relación —advirtió Annie.

—Simplemente pedía un chupito —dijo lastimeramente Evie.

—Dime cuándo has sido tú de chupitos.

—No puedes quitarme la bebida. Eso me dejaría sin nada. Sin nada —replicó Evie.

—Pero a ver, dime, ¿qué te aporta el alcohol? ¿Amistades? ¿Apoyo? ¿Una forma de ganarte la vida?

Annie empezó a trastear con el siguiente plato, una crema de castañas. La noche del banquete la espolvorearía con láminas de trufa, pero por el momento bastaría con un poquito de perejil. Algunos de los platos que pensaba preparar eran demasiado caros para someterlos a ensayo.

—Yo tampoco veo que seas tan feliz —dijo Evie en voz baja—. Te he oído llorar hasta caer dormida. Te he visto mirándote tu cara de desesperación en el espejo. Estoy siendo testigo de esa vida sobria y maravillosa que defiendes y no me parece en absoluto estúpida.

Annie no dijo nada y siguió removiendo.

—Tienes razón —dijo por fin—. No soy feliz, y ya hace mucho que no lo soy. La mayor parte del tiempo tengo que luchar para seguir poniendo un pie delante del otro, para salir de la cama y meterme en la ducha. Mi trabajo

diario no es lo que esperaba que fuera. Este apartamento no es el lugar donde me gustaría vivir. Mis amigos están a quinientos kilómetros de aquí y, aunque los viera esta noche, no estoy segura de que tuviéramos algo de qué hablar. Pero al menos todas mis decisiones, por erróneas, atolondradas o inútiles que sean, son mis decisiones y no decisiones dirigidas por un demonio líquido insensato.

Evie no replicó. Annie se centró de nuevo en la cacerola e incorporó un hilillo de crema de leche a la castaña derretida.

Evie rompió el silencio.

—No me has contado qué ha pasado con ese guía tan agradable.

—No ha pasado nada —dijo Annie airadamente.

—¿No te llamó?

—No.

Annie dejó la sopa delante de su madre y esperó con paciencia el veredicto. Evie probó vacilante una cucharada y luego dos más.

—Está delicioso, cariño —dijo Evie—. Jamás en mi vida había probado nada tan oloroso, tan inesperado, tan delicado.

Annie aplaudió.

—¿Lo dices en serio?

—Tremendamente en serio. Tienes talento de verdad, Annie. Eres una chef maravillosa.

Annie rodeó la mesa para estamparle a su madre un beso en la mejilla.

Establecida la frágil tregua, ambas mujeres se sentaron a la mesa para disfrutar de la sopa.

—Cuéntame cosas sobre el cuadro. ¿Qué has averiguado? —preguntó Evie.

A Annie le habría gustado explicarle a su madre todo lo que había sucedido en torno al cuadro, pero algo le impidió hacerlo. Mientras servía con el cucharón una segunda ración de sopa en el cuenco descascarillado de desayuno, pensó que Evie transformaría el cauteloso optimismo de Agatha en un gran drama. Se imaginó a su madre irrumpiendo en la National Gallery y exigiendo afidávits y documentación en un equivocado intento de querer ayudar a su hija.

—No he tenido tiempo de pensar en el cuadro. He estado muy liada en el trabajo.

—Te digo que es bueno, tengo una corazonada —dijo Evie, apurando con la cuchara la sopa.

Evie se levantó de pronto y corrió hacia la ventana.

—Mira, mira eso —dijo.

Annie siguió su mirada y vio la luna suspendida sobre Londres, tan llena, tan gigantesca y tan blanca que parecía el dibujo de un niño.

—¿Te acuerdas? —preguntó Evie con los ojos brillantes.

—Claro que me acuerdo.

Annie rio al recordar la infinidad de veces en que madre e hija se habían desnudado, habían puesto música de Elvis en el casete y habían bailado bajo la luna llena en el jardín de sus muchas casas alquiladas.

—Ojalá tuviéramos un jardín —dijo Annie.

—Lo tenemos, y enorme —replicó Evie, y abrió la ventana dispuesta a trepar.

—¿Estás loca? Estamos a cinco pisos de altura. Podrías matarte —gritó Annie.

—Podrían pasar cosas mucho peores: olvidarnos de vivir —contestó Evie.

Annie vio desaparecer las piernas de su madre al otro lado de la ventana, después los pies, y luego escuchó arriba un sonido de alguna cosa que rascaba. A continuación, pasaron volando los pantalones de su madre.

Minutos más tarde, Annie estaba con su madre en el tejado. Le sorprendió descubrir que era plano y que estaba conectado con las casas colindantes, que podía caminar hasta el final de la calle y volver sin tocar la acera. La luz de la luna bañaba la ciudad con un resplandor plateado cálido, salpicado por centenares de pinceladas: las luces de las ventanas y de las farolas. Desde allí, Annie podía distinguir las coordenadas de su nuevo mundo: desde la tienda de ultramarinos hasta la estación de metro y, cruzando Londres, hasta Winkleman Fine Art. Vio la ruta que solía hacer en bicicleta siguiendo el parque y, a lo lejos, el London Eye, el Shard y el Gherkin, sus puntos de referencia para orientarse en el paisaje urbano. Con la ciudad dormida a sus pies, Annie se sintió menos cohibida por su inmensidad y, por vez primera, fue capaz de imaginarse una vida en la metrópolis.

A través del altavoz del teléfono móvil de Evie se oyeron los primeros compases de *Hound Dog* y Evie, que iba vestida tan solo con sujetador y bragas, se puso a bailar.

—¿No tienes frío? —dijo Annie.

—Tengo las tetas congeladas —respondió Evie, los dientes castañeteando espectacularmente.

Annie miró a su madre con ternura. De no haberse quedado embarazada a los dieciséis años, era probable que hubiera terminado sus estudios y cursado una carrera. Pero un accidente, quedarse embarazada de un chico que había fallecido dos años después, había echado a perder todas las posibilidades de cultivar su talento. De pronto, Annie se vio embargada por una repentina sensación de responsabilidad hacia la mujer que había entregado su vida a cambio de cuidar de una hija, por muy chapucera que lo hubiera hecho. Que aquella decisión valiese la pena, que fuera buena para las dos, dependía ahora de Annie. Su vida tenía de pronto un nuevo objetivo y experimentó una punzada de ambición: prepararía un banquete del que la gente hablaría durante muchos años y demostraría que un cuadro desconocido tenía valor.

—Vamos, Annie, quítate el vestido —dijo Evie.

Annie se quitó el vestido y, riendo, cogió a su madre de la mano y bailaron juntas bajo la luz de la luna.

## Capítulo 15

Una sensación de equilibrio y placidez embargó los hilos de mi urdimbre cuando me acomodé en los aleros de la National Gallery, quedé bañado por una delicada luz norteña y me dejé acunar por las voces discretas de los conservadores del museo y estimular por las maravillosas conversaciones con las grandes obras de Diego Velázquez, Alberto Durero y Giovanni da Rimini; oh, el placer puro e incomparable de estar de nuevo entre amigos, algunos de los cuales hacía casi doscientos años que no veía. Mi amigo de antaño, Velázquez, se puso muy nervioso cuando le retiraron su capa superior. Hay que reconocer que fue una adición posterior, pero a Diego le preocupaba que se llevaran por delante una pierna o una oreja. Por otro lado, el pobre y viejo Rimini, pintado en 1300 y abandonado en completa soledad durante setecientos años en la sacristía de una iglesia romana de escasa relevancia, había sido finalmente vendido por los monjes cuando andaban faltos de dinero y estaba ahora en estado de shock al ver lo mucho que había cambiado el mundo. Se pasaba los días murmurando: «In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti». Diego y yo nos aburríamos enseguida de repetir «Amén». Imagínate si se les ocurriera traer por aquí un revoltoso Picasso o un deprimido Van Gogh... Seguro que el pan de oro de Rimini se desprendía del susto.

El director de la galería, Septimus Ward-Thomas, vino a verme ayer. No se quedó mucho rato (en realidad solo le interesa el barroco español), pero accedió a que Agatha trabaje en mí durante su tiempo libre.

En mis ratos de ocio pienso en mi ama; uno acaba sintiendo apego. Es curioso, la verdad. Diego dice que es el síndrome de Estocolmo, pero llevo siglos sin pasar por Suecia, así que es evidente que empieza a desvariar por el armazón. Me pregunto si Annie habrá seguido la sugerencia del joven y se habrá pasado por la colección de dibujos del Museo Británico.

Agatha, hay que reconocerlo, no se precipita con nada. Ayer me hizo un

pinchacito para extraer una pizca de pintura de mi lienzo y lo llevó al departamento científico, que se encuentra en el otro extremo del pasillo. Hay cuatro científicos estudiando los resultados y no se iniciará la limpieza hasta que hayan averiguado con exactitud el tipo de pintura que utilizó mi maestro. Antoine no era de preparativos. De hecho, y me duele criticarlo, tendía a chapucero. Obsesionado por la rapidez de ejecución, le gustaba pintar a toda velocidad. Los lienzos exigen una preparación cuidadosa, y ese no era precisamente el punto fuerte del maestro. Lo que él perseguía era volcar todas sus ideas, todos sus sentimientos. En vez de esperar a que la pintura se secase, frotaba todo el lienzo con *huile gras* y luego pintaba encima. Y los daños aumentaban gracias a cierta carencia de higiene en su práctica, lo que ha afectado a la «constancia» de sus colores, razón por la cual muchos han ido perdiendo su intensidad. Apenas limpiaba la paleta y a menudo pasaba varios días sin hacerlo, por eso sus cuadros rebosan polvo y suciedad.

Ya es hora de que te hable sobre él, Antoine, y sobre el amor de su vida. Mi maestro nació en Valenciennes en 1684, hijo de un techador alcohólico y violento. Las humildes circunstancias de su nacimiento resaltan su genialidad. El padre quería que el hijo siguiera en la profesión y tuviera un salario con carácter regular; Antoine sabía que tenía que pintar. Una noche, se fugó a París. Le partió el corazón a su madre y se destrozó la salud. El muy tonto decidió realizar su excursión en pleno invierno y después de cuatro días y cuatro noches a pie, durmiendo en zanjias y alimentándose solo de hierba, llegó a la capital debilitado y con una neumonía de la que sus pulmones nunca llegaron a recuperarse por completo.

Francia estaba hundida; asfixiada por la guerra, la hambruna y la decrepitud de un monarca anciano, dispéptico y amargado, y la taimada e intolerante gestión de una amante enloquecida por el poder, madame de Maintenon. La vida parisina estaba dominada por el hastío y el tedio, y sobre ella se cernía una pesada y apestosa neblina de opresión solipsista. Incluso la ceremoniosa corte estaba agotada de tanta pompa. En el mundo del arte no había alegría ni vida, no había espontaneidad ni originalidad. El pseudoheroísmo de la pintura histórica se extendía como un pretencioso manto por encima de las almas más risueñas. A principios del siglo XVIII, durante la gran plaga de Marsella, el canibalismo y el hambre se convirtieron en la norma en la gran capital. Este era, pues, el telón de fondo de la vida de mi maestro.

Avancemos unos años y detengámonos en 1703. Antoine era todavía un muchacho de diecinueve años de edad y en París encontró trabajo en el taller del pintor decorativo Claude Gillot. La paga era irrisoria, apenas le daba para costearse una garrafa de vino y una barra de pan, pero mientras tuviera un pincel que llevarse a la mano ya se sentía feliz. Para sobrevivir, mi maestro frecuentaba las tabernas, donde ofrecía sus dibujos a cambio de limosnas. Llevaba una vida de desnutrición y pobreza. Trabajar para Gillot fue una formación útil, aunque la mayor contribución de aquel hombre a la educación de mi maestro fueron las salidas para acudir a las representaciones de la *commedia dell'arte*, un grupo teatral prohibido. Las funciones tenían lugar en tabernas de recónditas callejuelas y al aire picante de las obras se sumaba la elevada posibilidad de que hubiera redadas policiales. Para la mayoría, sin embargo, correr el riesgo de acabar arrestado merecía la pena. Aquellos maravillosos actores eran anárquicos y rebeldes. El líder, Hippolyte, era un hombre robusto, atractivo y valiente. El payaso, Gilles, era blanco de todo tipo de bromas. En la troupe nadie se tomaba la vida en serio y se burlaban del antiguo régimen y sus reglas. Se reían del amor y de la vida. Viendo sus representaciones, Antoine experimentó una nueva levedad de espíritu y se imbuyó de optimismo. En aquel entorno exuberante y efervescente, se liberó, bien que por breve tiempo, de aquella pesada herencia de Valenciennes que seguía llevando encima, de los años de guerra y pobreza.

Se acostumbró a ir todas las noches. Mi maestro la vio por primera vez el día de su cuarta visita. Charlotte Desmares, reconocida por todo el mundo como la chica más bella de París, participaba en las actuaciones de los italianos de vez en cuando. Su nombre artístico era Colette. Antoine guardó enseguida el pincel, cogió unas cuantas tizas que llevaba siempre en el bolsillo y se puso a dibujar frenéticamente a la doncella mientras hacía *pliés*, *relevés* y bailaba en el escenario. Charlotte se dio cuenta de que estaba dibujándola, pero era una mujer tan acostumbrada a ser observada que tener a un joven más admirándola con embelesamiento no le llamó especialmente la atención.

Watteau dibujó hasta que le sangraron los dedos. Con la excusa de que tenía el estómago revuelto, mi maestro se marchó corriendo a su minúsculo taller, donde se puso a pintar el único lienzo que poseía. Aquel pedazo de tela, colocado tenso entre cuatro tablillas de madera, aquel ominoso fragmento de nada, acabó convirtiéndose en *moi*.

Soy el receptáculo, el contenedor donde vertió toda la agonía y el éxtasis del primer amor. Urgencia, magia, excitación, pasión y terror... Todo fluyó desde su corazón hacia el pincel. La fogosidad de Watteau era tal, que no tuvo ni tiempo para preparar debidamente la pintura en la paleta. Removió y mezcló colores en un frenesí de toques y trazos. Basta con que observes los árboles, admires la luz del sol, el puntillismo, los perfiles borrosos, la informalidad, y presenciarás el nacimiento del impresionismo, pero el resto del mundo necesitó ciento cincuenta años más para darle alcance.

Soy la representación del deseo apasionado, demente, inflamado. Soy *l'amour fou. La gloire d'amour*. Soy la ejemplificación literal de la más pura y mortal locura.

Escondido bajo las capas de barniz y de pintura, verás que el sombrero de Charlotte no es de un rojo uniforme, sino que tiene dorado, amarillo, carmesí, magenta, y los matices plateados se difuminan hasta alcanzar un rosa sutil. El vestido es de color azafrán y el amarillo sufre una gradación que lo lleva desde el claro tono canario hasta el dorado del botón de oro con matices delicados y toques de detallada armonía. El amarillo asoma también por la abertura de su *décolletage* y la falda abraza con morados claros y cálidos marrones. La piel es cremosa, blanca como el ópalo cuando captura los reflejos de la luz. Jamás se ha visto una manera más bella de pintar la carne, ni siquiera entre los venecianos.

Ha habido otros pintores y musas. Se me ocurren Rembrandt y Hendrickje, Modigliani y Jeanne Hébuterne, Dalí y Gala, Bacon y George Dyer, pero sugiero que fue el amor loco que mi maestro sentía por Charlotte lo que infunde a mi lienzo ese fervor sin igual.

Mi maestro regresó a lo largo de toda su vida a mi composición: el escenario del amor. El fondo es transitorio y artificial, un paisaje místico y místico adornado con figuras reclinadas, dominado por una estatua de la diosa del amor. Colocó a Charlotte en el centro, orgullosa y elegante como un cisne. Levanta sus delicados brazos y mira de manera directa, feroz y provocativa al espectador. A sus pies, el joven, con un atuendo sencillo, se limita a observar. Con un mínimo trazo de pincel fino, Antoine captura el respeto que le inspira esta visión de la feminidad. El espectador saborea la esperanza y la desesperación, el amor y la lujuria implícitos en su mirada.

Si te digo que la cara del hombre está compuesta solamente por siete pinceladas, te echarás a reír y me dirás que es imposible; pero es

precisamente por eso por lo que mi maestro es un genio y por lo que su estrella sigue en el firmamento de los grandes artistas, casi trescientos años después de su fallecimiento. Mi maestro comprende la alquimia del rojo, del rosa y del blanco perlado. Y, lo que es más importante, comprende la naturaleza humana y puede, como todos los grandes artistas, traducir en algo tangible nuestras alegrías y nuestros miedos más profundos.

Hay quien dice que no soy más que un boceto. Ciertamente, me ejecutó con prisa y *élan*. Y fue esta intensidad lo que liberó a Antoine del pasado, de las enseñanzas de aburridos académicos, de los garabatos infantiles, y en sus prosas por querer capturar el amor descubrió su *métier* y una nueva manera de pintar. Fui el lienzo que lanzó su carrera. Fui el cuadro que inició un movimiento: el rococó.

Me pintó a modo de celebración del desenfrenado torrente del amor, de la pasión retozona, encabritada, rompedora y transformadora que dio inevitablemente paso a la desilusión más lamentable, asfixiante y abrumadora.

Cuatro días más tarde, sin la pintura seca del todo, Antoine me llevó al teatro con la intención de regalarme a Charlotte. Imagínate a aquel joven y desgarbado muchacho de diecinueve años abriendo de par en par su corazón. La troupe se apiñó a mi alrededor, se abrieron paso a empujones y codazos, empezaron todos a reír y a charlotear como minúsculos pinzones en un comedero. Tuve mi primer roce con la muerte. Hortense, la rival de Charlotte, sufrió tal ataque de celos que me arañó el lienzo con unas uñas larguísimas. De haber aplicado un poco más de fuerza, el daño habría sido irreversible. Fue traumático, la verdad. Pero Charlotte estaba encantada. Las atenciones del joven pintor la envalentonaron y aquel presente de amor aumentó su caché.

—Regálemelo —exigió, extendiendo su preciosa manita.

Watteau hizo ademán de entregarle el cuadro, pero dudó.

—No —replicó—. Será mi regalo el día que acceda a casarse conmigo. Hasta entonces, permanecerá siempre a mi lado.

Los miembros de la compañía estallaron en gritos de júbilo. ¿Cómo se atrevía un joven pintor sin un céntimo a competir con el amante de la dama, el duque de Orleans, sobrino de Luis XIV? Las carcajadas eran tan fuertes, tan sentidas, que Gillot llegó corriendo para ver qué pasaba. Miró a la actriz, luego al pintor, y finalmente me miró a mí. Se quedó blanco; aquella sola mirada le bastó para comprender que el joven era un pintor muy superior a él. Gillot, hay que reconocerlo, fue de lo más elegante.

—No puedo enseñarte nada más, pero sí indicarte el rumbo correcto que has de seguir.

Envió a mi maestro a trabajar con Claude Audran, el decorador de interiores responsable del Palacio de Luxemburgo, lugar que albergaba maravillosas obras de Rubens, el Veronés, Tiziano y Tintoretto.

Los actores le suplicaron a Antoine que los pintara también y muchos lo visitarían en su taller y pasarían largas horas posando para que los inmortalizara en tizas de colores y pluma y, de vez en cuando, incluso al óleo. Pero si estudias sus grandes obras, siempre encontrarás destellos de ella: a veces la cara, otras el cuello, un brazo, un pie. La esencia de su amor hacia Charlotte es la obsesión de prácticamente todos sus cuadros. Su dulce rostro infantil asoma por todas partes y el alma de su amor hacia ella, de aquel romance desenfrenado, se apodera de todos sus trabajos.

Si tuviera que dar un *souçon* de crítica hacia mi maestro, sería en el terreno del cortejo: el amor es un arte equiparable a la pintura y a la vida; exige práctica, elegancia, determinación, humildad, energía y delicadeza. Como tantas personas antes y después de aquello, mi maestro se enamoró con el dulce éxtasis de la pasión no correspondida; consideraba que su problema era «no ser amado», cuando en realidad estaba en su incapacidad de dar amor. Estaba tan verde en ese aspecto, era tan ingenuo, que creía que el amor aparecía totalmente formado y completo. Después de aquel primer rechazo, jamás se le pasó por la cabeza la posibilidad de intentar ganarse el respeto o el corazón de Charlotte. Tremendamente dolido, se encerró en su estudio. Siento decir que hay a quien la agonía del rechazo le resulta mucho más dulce que el éxtasis de la consumación.

En un intento de expurgar el recuerdo de aquella descocada, pintó la cara de otra mujer encima de la de Charlotte. Luego añadió el payaso, una figura fantasmagórica en el crepúsculo: un Pierrot, la personificación del patetismo y el escarnio. Era un autorretrato al que regresó una y otra vez durante el resto de su breve vida.

Y después me cambió el título. Al principio me llamaba *La gloria del amor*; después del rechazo, me convertí en *La improbabilidad del amor*.

¿Y qué sucedió a continuación? El resto te lo contaré en su debido momento.

## Capítulo 16

Tu madre ha llamado siete veces en una hora —le dijo Marsha, la recepcionista, a Annie, al verla llegar—. Ha dicho algo sobre que han entrado a robar, la verdad es que no la he entendido —le explicó, sin necesidad de añadir que Evie estaba borracha y hablaba arrastrando las palabras.

Annie miró el reloj, eran las tres de la tarde. Por la mañana, Rebecca le había pedido que preparara una cena para ocho y Annie había cruzado la ciudad para visitar su pescadería favorita y elegir un bacalao pescado con palangre. Colgó el abrigo, guardó el bolso en un cajón y marcó el número de su casa. Evie no hablaba con coherencia: Annie intentó unir en lo posible los fragmentos del relato. Su madre había salido un momento a la compra (seguramente a tomar una copa al pub, imaginó Annie), y al regresar al piso había tardado varios minutos en darse cuenta de que habían forzado la puerta (seguramente unos veinte para subir las escaleras y otros quince para encontrar las llaves, tradujo Annie). Evie pensó que se había vuelto loca («¿Pensó?», Annie casi se echa a reír a carcajadas), puesto que a pesar de que el piso seguía muy ordenado, el aspecto no era el mismo («¿Estarías viendo doble?»). La tostadora estaba en otro lugar; el cubo de la basura estaba a un metro de su rincón habitual («¿Y cómo lo has calculado?»). Evie estaba asustada («No tan preocupada como yo viendo que aún no te has marchado»). Quería que Annie volviese pronto a casa («Eso no lo haré ni en sueños»).

Annie le prometió llamar a la policía, comprar algo de comida rápida de camino a casa y regresar a tiempo para ver las noticias de la noche.

Para consternación de Rebecca, el registro del apartamento de Annie no había dado resultados. Ni cuadro, ni anotaciones, ni pistas que indicaran la presencia de una banda importante. O bien la compra del cuadro había sido

una casualidad enorme y altamente improbable o, lo que era más probable y más temible, Annie formaba parte de una organización extremadamente sofisticada. Gran conocedora de los entresijos del mundo del arte, Rebecca intentó pensar en quién podía tener la habilidad y los recursos necesarios para poner en marcha aquel golpe. ¿Qué querían? Rebecca era consciente de que la antipatía hacia Winkleman Fine Art se había extendido más allá de los confines del mundo del arte. Su auge meteórico despertaba muchos celos: Memling había llegado al país como un refugiado, sin un céntimo, y ahora tenía una fortuna valorada en varios miles de millones. Eran judíos y por ello eran y serían siempre unos marginados.

Y había un factor adicional que ponía furiosa a la gente: el mundo de los Winkleman estaba oculto por un velo de secretismo. Al ser una empresa privada, no publicaba informes de pérdidas y beneficios y sus empleados estaban vinculados legalmente a acuerdos de confidencialidad. La familia no concedía entrevistas ni hacía comentarios cuando acudía a actos. Eran meticulosos, inteligentes, informados, trabajadores, cerrados e increíblemente inescrutables. En un mundo repleto de académicos y gente formada en instituciones públicas, en un medio donde estaba de moda mostrar indiferencia hacia el dinero y en un entorno en el que las comidas interminables y las estancias en paraísos veraniegos eran la norma, los Winkleman, aplicando el orden y la disciplina, superaban siempre sin problemas a sus competidores. Memling tenía además una habilidad asombrosa para encontrar y redescubrir obras de arte que se daban por perdidas.

Moviéndose como grandes tiburones blancos en las revueltas aguas del mundo internacional del arte, Memling, Rebecca y sus empleados no paraban jamás de trabajar. Sus contactos y sus asalariados les garantizaban información a nivel global las veinticuatro horas del día, siete días a la semana: si en una venta de una pequeña casa de subastas de una ciudad perdida se presentaba un cuadro potencialmente interesante, los Winkleman estaban al corriente; si una familia se planteaba vender una obra maestra, ellos eran los primeros en enterarse. Tenían los bolsillos llenos y fortaleza de espíritu y, en general, conseguían lo que querían. Con los años, Memling había creado una base de datos exhaustiva de coleccionistas, en la que se detallaban sus bienes, su edad, su fortuna y sus probables herederos, y cuya fluctuante riqueza se evaluaba constantemente. El noble venido a menos poseedor de un buen Joshua Reynolds, o el *ingénu* inversionista con unos cuantos millones en

el banco siempre acababan teniendo noticias de Winkleman con motivo de su cumpleaños o cualquier otra fecha señalada. Había una historia, recontada infinidad de veces, que tipificaba de manera excelente la forma de hacer negocios de Memling: Victor Klenkov, el quinto hombre más rico del mundo, se encontraba una noche cenando en su yate a muchas millas de distancia de cualquier indicio de civilización cuando, sorprendido, vio que se acercaba una barquita. Era un emisario enviado por Memling Winkleman con una botella de Bollinger *vintage* y un boceto de Degas. En la tarjeta se leía: «Muchas felicidades por su cincuenta y dos cumpleaños y que cumpla muchos más. Espero tener el placer de conocerlo algún día. Memling Winkleman». Klenkov no había adquirido por aquel entonces ni un solo cuadro en su vida; a la semana siguiente, compró en Winkleman Fine Art un Degas de la primera época, valorado en quince millones de libras.

La empresa tenía en nómina a expertos de fama mundial, razón por la cual no necesitaba ir muy lejos cuando buscaba atribuir una obra a un artista. Cuando a la galería llegaba algún cuadro, siempre había un experto a mano para validarla. Los cuadros importantes recibían críticas excelentes y las obras realmente destacadas gozaban de su propia monografía. Winkleman tenía además el derecho, autoproclamado aunque ampliamente aceptado, de autenticar la obra de determinados artistas.

Trataban con pintura, escultura, relieves, tapices y antigüedades. La única área que Winkleman evitaba era el arte contemporáneo, que Memling describía como «matar serpientes venenosas con una pistola de agua». El límite temporal que se imponía la empresa era 1973, año del fallecimiento de Picasso.

En la galería de Curzon Street, los Winkleman montaban aclamadas exposiciones acompañadas por catálogos de una clase y una calidad que ni siquiera los museos podían soñar. Cuando caía el precio de la obra de alguno de sus artistas favoritos, Memling lanzaba de forma anónima a subasta pública un trabajo menor del artista en cuestión y pujaba contra sí mismo para elevar el precio de cierre a alturas insospechadas. De este modo, se garantizaba un nuevo punto de referencia y poco después salían al mercado un par de obras del mismo pintor, propiedad, naturalmente, de Winkleman Fine Art. En manos de Winkleman, los artistas se convertían en superestrellas y sus obras rompían récords.

Por primera vez en lo que alcanzaba la memoria de Rebecca, el «sistema»

Winkleman estaba resultando inútil pero, con todo y con eso, Memling insistía aún en rechazar cualquier tipo de asesoría externa. Rebecca, instalada en su asiento de cuero de Le Corbusier, pulsó la tecla de «No molestar» del teléfono, se levantó y cerró la puerta del despacho con tres vueltas de llave. A continuación, empezó a deambular de un lado a otro de la estancia, siguiendo los catorce metros de librería que cubrían una de las paredes, cuyas estanterías estaban llenas de monografías de artistas; cerca de un millar de libros que Rebecca había leído y estudiado. Uno de los extremos de la estancia estaba dominado por una chimenea gigantesca de madera tallada, obra de Grinling Gibbons. Sobre ella, un pequeño óleo de Rafael, regalo de su padre con motivo de su dieciocho cumpleaños y que estaba valorado actualmente en más de veinticinco millones de libras. No estaba en venta, pero servía para recordar a los clientes que los Winkleman no estaban en el negocio solo por el dinero.

Rebecca dio media vuelta y caminó hacia el otro lado del despacho, pasando por delante de la pared de cristal que dominaba la galería principal. Ella podía ver el exterior, pero desde fuera no la veía nadie. Aquella mirilla gigantesca hacia el espacio público de la casa resultaba útil, era una buena manera de observar tanto al personal como a los clientes potenciales. Rebecca conocía de vista a los compradores más importantes y, cuando aparecían, podía bajar en cuestión de minutos para recibirlos. Si había problemas, tenían procedimientos perfectamente ensayados.

Rebecca siguió con la mirada fija en sus pies mientras recorría de un lado a otro la alfombra de Aubusson, e intentaba encontrarle sentido al abrumador interés que su padre mostraba por aquel cuadro. Su negativa a darle detalles sobre el caso era normal: Memling amaba el secretismo de un modo casi maniaco. Siempre que lo había presionado, su padre le había dicho que cuanto menos supiera, mejor; que la ignorancia era su mejor protección. Aquello era también un reflejo de cómo trataba a su hija. Rebecca era la directora general de Winkleman Fine Art, pero solo de boquilla: Memling controlaba todas las decisiones. Ella estaba allí por defecto, nombrada siete años atrás después de la muerte repentina de su hermano Marty. En aquellos tiempos, su hermana Grace estaba todavía estudiando y Rebecca trabajaba para la firma como directora de Restauración. Había hecho un doctorado en pintura renacentista en el Courtauld y había publicado cuatro libros magníficos sobre pintura florentina. Nadie esperaba que ella tomara las riendas del negocio: no era más

que la hija.

Rebecca se sorprendió a sí misma, y sorprendió también a sus colegas. Resultó que estaba mejor preparada para gestionar el negocio que el apasionado Marty. Su hermano había sido un negociante brillante, una cualidad que Rebecca jamás poseería, pero ella era metódica, organizada y tremendamente entendida. Aunque no gustaba especialmente a la gente, el mundo del arte la respetaba por ser una mujer perspicaz y con grandes conocimientos.

En su interminable deambular, Rebecca intentó vaciar la mente y concentrarse única y exclusivamente en la pintura. Si Memling no quería contarle por qué era tan importante, tendría que descubrirlo ella por sus propios medios. Por una vez, Rebecca no estaba dispuesta a acatar las instrucciones de su padre y cuestionaba su actitud. Cayó además en la cuenta de que, por lo que alcanzaba a recordar, era la primera vez que veía a su indomable y controlador padre vulnerable y asustado.

Verificó que la puerta estuviera cerrada, se acercó a la chimenea y, después de girar un escudo de armas con un grifo, se retiró un poco para esperar a que se abriera la cámara acorazada. Se trataba de un pequeño cuarto de cuatro metros cuadrados cuya existencia solo conocían Marty, su padre y ella, que albergaba cuadros muy especiales y los archivos de la compañía, incluyendo los detalles de todas las ventas y todas las obras de arte que habían pasado por las manos de la firma, incluso de las muchas que se habían vendido de manera privada. Los archivos de Memling se remontaban a los tiempos de su llegada a Inglaterra, en 1946, poco después de ser liberado de Auschwitz. Memling, que tenía quince años cuando estalló la guerra, nunca había finalizado sus estudios oficiales pero, como le había contado tantas veces a Rebecca, su madre era una profesora de Bellas Artes entusiasmada por las inclinaciones de su hijo. El trato que había sufrido en los campos de concentración (un periodo sobre el cual no hablaba nunca) había dejado a Memling incapacitado para llevar a cabo un trabajo normal. Conocer, amar y comerciar con la pintura había sido su única opción.

Rebecca cerró la puerta de la cámara acorazada y se acercó a las estanterías que almacenaban los impresionantes libros de contabilidad. Con un tamaño de metro veinte por noventa, los tomos, encuadernados en piel, habían sido confeccionados expresamente para Winkleman por una firma de Berlín Oriental. Entrada tras entrada, anotados con una caligrafía esmerada y legible,

constaban los detalles de todos los cuadros vendidos por la firma, dónde habían sido adquiridos, su precio de compra y su precio de venta. Había una serie de anotaciones y referencias cruzadas que pormenorizaban su procedencia, la investigación relacionada y otros hechos relevantes. Por las manos de Winkleman habían pasado más de mil ciento cincuenta pinturas, en su mayoría adquiridas a lo largo de los últimos treinta años a través de subastas o ventas privadas. El estudio de aquellos libros, pensó Rebecca, proporcionaría a cualquier historiador una visión fascinante del mercado del arte y de la historia del gusto. Cogió el primer libro, el correspondiente a 1946 y, después de abrir la voluminosa cubierta de cuero, empezó a examinar las entradas. No disponía de ninguna fotografía del cuadro en cuestión, tenía simplemente una descripción y una fotocopia de la referencia del catálogo de Jean de Julienne. Con unas medidas de cuarenta y cinco por sesenta centímetros, pintado al óleo sobre lienzo, representaba a una mujer burlándose de su amante en el claro de un bosque, observados por un payaso. Estaba fechado en 1703; el artista era Jean-Antoine Watteau. Continuó pasando con cuidado las amarillentas hojas y repasando con el dedo todas las entradas, en busca de las correspondientes al siglo XVIII francés.

Antes había estudiado la base de datos informatizada de la firma y había encontrado tres pinturas de Watteau que habían pasado por las manos de la empresa. Una de ellas había sido adquirida en una subasta diez años antes, otra en los años setenta y la tercera tenía la clasificación especial VZW (*Vor dem Zweiten Weltkrieg*), que agrupaba varias pinturas adquiridas durante la Segunda Guerra Mundial. Como siempre, Rebecca se había quedado sorprendida tanto por la suerte de los Winkleman como por la tragedia inherente a los vendedores de la clasificación VZW (antes de la guerra) y NZW (durante la posguerra). Según había contado Memling a sus hijos, el auge del partido nazi durante los años treinta había llevado a muchos judíos a querer huir de Berlín, pero no todos disponían de los medios necesarios para hacerlo. Sabiendo que Esther Winkleman era una amante del arte y que su marido, Ezra, se ganaba muy bien la vida como abogado, mucha gente había vendido sus cuadros a la familia. Después de la guerra, incluso habiendo sobrevivido, pocos quisieron recuperarlos. «Salvamos muchas vidas», explicó Memling a sus hijos. La clasificación NZW hacía referencia al periodo inmediatamente posterior a la guerra, cuando el mercado del arte había tocado

fondo. Una vez más, los Winkleman acudieron al rescate de los judíos pobres que querían cambiar cuadros por comida y otros bienes básicos. «Nuestro negocio —contaba Memling a sus hijos— está construido sobre una tristeza inevitable y legítima».

Sin detenerse un momento, Rebecca fue cogiendo los libros mayores y continuó su búsqueda de detalles del cuadro desaparecido. Su padre había comentado que la pintura dejó de ser de su propiedad hacía ya veinte años, pero se había negado a decirle cuándo lo había comprado ni a quién. Rebecca peinó los libros hasta finales de los noventa, sin encontrar mención alguna de un cuadro de Watteau que enajenara con aquella descripción. Estaba confusa. Su padre era muy meticuloso con sus archivos y no dejaba detalle, por pequeño que fuese, sin anotar. Se preguntó una vez más por qué Memling estaría tan interesado en un cuadro que, aparentemente, nunca había sido de su propiedad.

Siempre que era posible, se habían incluido fotografías de los cuadros acompañando la descripción. El estado de conservación, la procedencia y cualquier publicación conocida donde se los mencionara aparecían detallados, junto con el justificante de compra. No le extrañaba que Marty hubiera querido escribir sobre todas aquellas transacciones: el sueño de su hermano era poder relatar la historia de la desaparición de los judíos alemanes a través de los bienes que poseían. Memling se había mostrado apasionadamente contrario a esa idea; la guerra y sus consecuencias seguían siendo para él algo demasiado reciente. Era una de las áreas en las que padre e hijo solían discrepar. Rebecca experimentó una punzada de añoranza al recordar a Marty; apenas pasaba un día en que no echara de menos a su hermano. Mientras que ella era una persona comedida, discreta y moderada, Marty era efervescente, vital y apasionado. Rebecca comprendía el arte porque estudiaba atentamente las atribuciones y la historia; Marty lo sentía: jamás en su vida había leído una monografía o estudiado el dibujo escondido bajo un óleo, sino que, por simple instinto, reconocía una obra maestra y sabía cómo había hecho el pintor para alcanzar su objetivo.

Pensando que Memling pudiera haber cometido un error, algo excepcional en él, Rebecca estudió otros cuadros de ese periodo: de Pater, Lancret, Boucher y Fragonard. Una y otra vez, se sorprendió ante la calidad y la rareza de las obras que había adquirido su padre. De haber conservado aunque fuera solo la mitad de aquel arsenal, podrían haber puesto en marcha un museo de

primer orden.

Miró el reloj y vio que llevaba dos horas trabajando. Tenía una reunión en media hora con un cliente que venía de Suiza con la intención de adquirir un Cézanne. Rebecca cogió el libro de contabilidad correspondiente a 1974 y se dispuso a devolverlo a su lugar. Y cuando dobló torpemente el cuerpo para guardarlo, vio una cosa pegada con cinta adhesiva en la parte inferior de la estantería. Dejó el libro en el suelo, pasó la mano por debajo de la estantería y palpó un pedazo de cinta americana que sujetaba una pequeña libreta. Activó rápidamente la aplicación de la linterna del teléfono móvil y, con cuidado, empezó a despegar los bordes de la cinta hasta que consiguió extraer la libreta sin romper la cinta. El corazón le dio un vuelco en cuanto reconoció la caligrafía de Marty, aquellos trazos curvilíneos y desordenados que volvían locos a los maestros. Memling solía bromear diciendo que, de haber sido sus hijos pintores, Rebecca habría sido Ingres, cuidadosa y precisa, mientras que Marty habría sido el Tiziano tardío, con pinceladas atrevidas y románticas.

Rebecca hojeó la libreta y se quedó confusa al encontrar en ella referencias de unos ciento veinticinco cuadros, incluyendo fechas y notas sobre su procedencia. ¿Por qué crearía Marty un sistema aparte cuando el de Memling funcionaba de un modo tan efectivo? Al lado de cada entrada, Marty había escrito símbolos, letras y anotaciones extrañas que no tenían ningún sentido para Rebecca. En la portada de la libreta, escrita en mayúsculas, había una dirección de Berlín.

Rebecca fotografió con el teléfono móvil todas las páginas de la libreta antes de colocarla de nuevo debajo de la estantería. Por instinto, sabía que la libreta y el cuadro estaban relacionados. A través de la pared de cristal, Rebecca vio que el cliente había llegado y estaba admirando un Turner de su última época expuesto en la galería. Cogió el teléfono y marcó el número de su secretaria.

—Liora, cancelame todas las reuniones de hoy y mañana. Dile a John que se ocupe de mi cliente.

—¿Puedo ayudarla en alguna cosa? —preguntó Liora.

—No, gracias —respondió con educación Rebecca.

Ni Liora ni nadie debía sospechar que había un problema. El negocio se erigía sobre una sólida base de miedo, respeto y confianza.

Antes de marcharse, Rebecca verificó que la cámara de seguridad enfocaba permanentemente la cocina donde trabajaba Annie. (Había hecho instalar otras

cámaras en las oficinas, para dar la impresión de que quería controlar a todo el mundo). Un equipo de detectives privados estaba vigilando todos los movimientos de Annie, así como sus llamadas telefónicas y su correo electrónico. Rebecca cogió la maleta de fin de semana que tenía siempre a punto y el pasaporte, y salió del edificio por la puerta de atrás dispuesta a parar un taxi. Esta vez no utilizaría el avión privado de la firma.

—Al aeropuerto de Heathrow —le dijo al taxista.

Barty y Vlad estaban recorriendo la casa de Chester Square. Tenía ya acabados de alta calidad y estaba bañada por una gama cromática interminable de cremas y beis.

—Es tan horrorosa que no encuentro palabras para describirla, pero algo podremos hacer —gorjeó Barty.

—A mí me parece bien, es nueva —dijo Vlad, pisando con cautela una alfombra Wilton blanca como la nieve.

—No, querido, no está bien. Es vulgar —dijo muy serio Barty.

—¿Vulgar? —preguntó Vlad.

Barty utilizaba esa palabra a destajo. Durante las últimas horas, había declarado vulgares muchas cosas, como amar a tu madre, las vitaminas, el agua con gas, las pashminas, quedarse por las noches en casa, las bragas de nailon, Mayfair, las tarjetas de visita, el sushi, las velas aromáticas, los BMW, el sur de Francia, Courcheval, los niños con nombres de joyas o de barrios, las vacaciones de verano y, lo peor de todo, la querida cazadora de cuero de Vlad.

—Hay que evitar lo vulgar. Es para la gente normal y corriente —dijo Barty, chasqueando la lengua y observando el majestuoso salón, pintado de un color blanco roto—. Odio el beis. Es como vivir en el interior de unas bragas sucias. Veo rojo, veo cortinajes drapeados, veo sofás de terciopelo, veo pufs, veo un lámpara de araña enorme, veo *Performance*, Mick y Marianne, veo una pipa de agua, chales de cachemira y kílms —dijo Barty, bailando prácticamente, su entusiasmo en aumento a cada paso que daba.

Vlad no entendía nada de lo que decía aquel hombre, pero había aprendido ya que lo más sencillo era limitarse a asentir. Se preguntó si habría paredes suficientes para tentar a una asesora tipo Lyudmila para que entrase en su vida.

—Necesitamos crear el escenario, generar un estado de ánimo.

Vlad miró a su alrededor.

—El blanco está bien.

—No, querido, el blanco es vulgar... Escúchame bien —dijo Barty, levantando la vista hacia los pectorales de Vlad.

—¿Cuánto vale la casa? —preguntó Vlad, mirando de nuevo a su alrededor.

No le gustaba especialmente, pero Barty ya le había hecho visitar seis casas. Convencido de que su suite en el Connaught estaba pinchada con micrófonos y cada vez más paranoico con los rumores procedentes de Moscú, Vlad tenía ganas de disponer de vivienda propia. La empresa de seguridad le había garantizado que aquella mansión, que tenía además un pequeño edificio en la parte posterior, las antiguas caballerizas, era perfectamente protegible.

—Veinticuatro millones con una hipoteca encantadoramente larga y otros cinco que habrá que dedicar a la decoración —dijo Barty, con su voz más acaramelada.

—De acuerdo. Compramos.

Incapaz de encontrar un parquímetro, Beachendon había estacionado el coche a casi un kilómetro de su destino, en un aparcamiento cerrado. Al menos, pensó con pesimismo, allí nadie le prendería fuego al coche o se lo rayaría con una llave. En la caseta había un chico con una gorra de béisbol leyendo un cómic que, sin levantar siquiera la vista, le entregó al conde el tique del aparcamiento.

—¿Por dónde se va a Whitechapel Road? —le preguntó Beachendon.

—Siga esa calle y luego gire dos a la izquierda, una a la derecha, y continúe todo recto —respondió el chico, indicándole con la mano hacia la izquierda.

El conde enfiló la calle después de subirse el cuello de terciopelo de su abrigo de lana de cachemira azul marino y guardar las llaves en un bolsillo del pantalón y el teléfono móvil en el otro. Se preguntó si no debería haber dejado la cartera en el coche. Los edificios de la zona eran un batiburrillo de estilos y fechas; una antigua fábrica de época victoriana junto a un bloque de oficinas de los años setenta, un edificio de viviendas de los ochenta y un modernísimo colegio construido con madera y acero inoxidable. Se acercaba una adolescente con un perro sujeto con correa, un arma de destrucción. La propietaria del animal llevaba el pelo teñido de rosa y morado, un anillo en la nariz y su actitud era visible desde cincuenta metros; la cabeza del jadeante

perro, de forma casi triangular, se movía de un lado a otro al ritmo de sus pasos en busca, conjeturó el conde, de una pantorrilla que morder o un cuello que desgarrar. Deseoso de poner distancia entre él y sus potenciales atacantes, Beachendon se preguntó si haría bien cruzando la calle; al final decidió enfrentarse a la chica y al animal. Pasaron por su lado sin ningún incidente.

Beachendon siguió adelante, reflexionando apesadumbrado sobre el ultimátum de la junta directiva: disponía de seis meses para encontrar una venta o una serie de ventas que sirvieran para dar un vuelco a la suerte de Monachorum y solventar el problema de déficit: básicamente, le habían concedido un aplazamiento de la fecha de ejecución. Pocos creían, incluido el mismo Beachendon, que fuera capaz de conseguir en tan poco tiempo un producto de éxito que sacar a subasta por trescientos millones de libras. Después de rastrear sus blocs de notas y su base de datos, Beachendon había confeccionado una lista integrada por veinte coleccionistas o artistas que iría a visitar para intentar convencerlos, aunque con remotísimas posibilidades, de que pusieran a la venta sus colecciones.

Localizar la casa de sir Patrick O'Mally le llevó veinte minutos, tiempo durante el cual el conde se cruzó con cinco asesinos más de cuatro patas y sus propietarios. «Mi condado por un chófer», pensó. Ni hablar del peluquín: los jefazos de Monachorum solo le permitían coger un taxi dentro de los límites de la M-25. «A la mierda los recortes —pensó el conde—, a la mierda su tacañería y a la mierda Roger Linterman y compañía». Beachendon vendía semanalmente pinturas por valor de decenas de millones de libras a coleccionistas cuyos ingresos anuales eran superiores al producto interior bruto de muchos países. Gestionaba ofertas para obras, algunas maravillosas pero en su mayoría mediocres, por cantidades que cubrirían mil veces su propio descubierto. Su trabajo consistía en enardecer frenéticas batallas de deseo, generar la emoción que conlleva hacerse con un cuadro en particular, lo indefendible en pos de lo incomible, pero sus superiores insistían en que, o utilizaba el transporte público o utilizaba su desvencijado coche, que seguramente este año ni siquiera lograría pasar la ITV, lo que vendría a sumarse a las muchas humillaciones que acumulaba su propietario, que andaba ya justísimo de dinero.

Obligándose a regresar al presente, Beachendon sacó la chuleta que llevaba en el bolsillo y repasó los detalles de la vida del coleccionista sir Patrick O'Mally. Nacido en una familia de clase trabajadora de inmigrantes

irlandeses, O'Mally había estudiado arte en el Ruskin College de Oxford y posteriormente en el Courtauld Institute de Londres, donde había desarrollado su pasión por las obras del Renacimiento alemán. Aficionado a rastrear pequeñas casas de subastas y colecciones privadas, había sido, durante el periodo de cincuenta años comprendido entre 1934 y 1984, un entusiasta solitario que había coleccionado y publicado sus tesis sobre aquellos artistas para un reducido grupo de entendidos. Muchos años después, el mercado se había puesto a su altura.

Durante casi treinta años, marchantes, galeristas, subastadores, coleccionistas y directores de museo habían rendido pleitesía a sir Patrick, confiando en hacerse aunque fuera con un lienzo de su colección de setenta y cuatro obras de grandes maestros, valorada en la actualidad en más de cien millones de libras. Los cuadros más relevantes estaban en préstamo en los principales museos del mundo; solo los menores seguían todavía en su casa de Whitechapel. Cuanto más viejo se volvía sir Patrick, más diligentes eran sus admiradores. El más devoto de todos ellos era Memling Winkleman, que cada año le agasajaba con una fiesta de cumpleaños más espléndida que la del año anterior. Sir Patrick no necesitaba vender nada: vivía confortablemente con las propinas que le daba su colección de apasionados y avariciosos admiradores. Si necesitaba cualquier cosa —reparar el tejado, un teléfono móvil, un pavo para Navidad— le bastaba con coger el teléfono y tenía a su disposición a veinte personas que consideraban una inversión estupenda satisfacer sus urgencias.

La casa de sir Patrick era una preciosa villa separada de Whitechapel High Street por un muro. Un centenar de años atrás, había estado en medio del campo; pero ahora autobuses y camiones hacían traquetear sus cimientos en su deambular hacia y desde los barrios del extrarradio. La última vez que el conde había estado en aquella zona de la ciudad había sido para asistir al funeral de un destacado filántropo judío que había logrado sobrevivir al Holocausto y se había forrado en el mercado de valores. Con una fortuna que, según los rumores, rondaba los veinte millones de libras, Manny Parkins se había negado rotundamente a abandonar el piso de una sola habitación que el ayuntamiento le había asignado cuando llegó a Londres en 1946. «Para no olvidar nunca», decía a familiares y amigos. Había sido enterrado en uno de

los cementerios judíos escondidos detrás de la calle principal de Whitechapel, su cuerpo envuelto en un sudario blanco, colocado en un austero ataúd y transportado en un carromato hasta la tumba. A la salida del cementerio, el conde había saludado a la señora Parkins y a sus cuatro hijos y les había ofrecido su más sincero pésame.

—No llore por nosotros, muchacho —le había replicado ella alegremente—. Ahora podremos mudarnos a Epsom y vivir en la casa de nuestros sueños.

El conde llamó al timbre y minutos después le abrió la puerta una mujer con un formal vestido azul. Imaginando que se trataba de la enfermera o el ama de llaves, Beachendon le sonrió con amabilidad y le entregó el abrigo.

—Sir Patrick está esperándolo en el salón —dijo la mujer—. ¿Té, café?

—¿Habría la posibilidad de tomar un jerez? —preguntó el conde, con la sensación de que se había ganado una copa.

—Miraré en la cocina —replicó la mujer con gentileza.

La siguió escaleras abajo y se fijó en que, en contra de lo que cabría esperar, la mujer no llevaba calzado cómodo sino zapatos de tacón bajo adornados con piel en la puntera.

—¿De dónde es usted? —preguntó Beachendon por cortesía.

—De Lechdale —respondió ella con un tono tajante que no invitaba a más preguntas.

Beachendon sintió un deseo repentino de descansar la cabeza en el hombro de aquella mujer, desahogarse, contarle lo de sus deudas, lo de sus pequeñas ladies Halfpenny y lo de su hijo, el vizconde de Draycott. Le confesaría que si sir Patrick no accedía a vender al menos tres de sus cuadros a través de la sala de subastas de Monachorum, perdería casi con toda seguridad su puesto de trabajo, y sus preciosos hijos y su noble esposa acabarían viviendo de la beneficencia en una casa de protección oficial.

—Mientras busco el jerez, será mejor que suba, puesto que Patrick está esperándolo —dijo la mujer—. Es al final del pasillo a la derecha.

A Beachendon le habría apetecido quedarse un poco más en la cocina, pero había alguna cosa en el comportamiento de aquella mujer que lo llevó a seguir sus instrucciones.

Sir Patrick acababa de cumplir los noventa y ocho y estaba confinado en una silla de ruedas. A pesar de que el cerebro y los ojos seguían funcionándole bien, tenía los tendones y los músculos deteriorados, lo que le había dejado la cabeza inerte e inclinada sobre el hombro izquierdo.

—Hola, Patrick —dijo Beachendon con entusiasmo.

Sir Patrick no respondió nada, sino que lo miró entrecerrando unos ojos acuosos y bordeados de rosa.

—Deben de haber pasado veinte años —dijo Beachendon. Se preguntó si debería sentarse y ladear la cabeza para quedar a la misma altura, pero decidió mantener el ángulo natural—. Una enfermera encantadora..., ¿o es el ama de llaves? Ojalá pudiera también yo tener una.

Sir Patrick parpadeó.

—Y bien, ¿qué tal todo este tiempo? —continuó Beachendon, preguntándose si sir Patrick podría hablar.

Oyó un crujido a sus espaldas y vio que la mujer había llegado con una copita con un líquido marrón.

—No tenemos jerez, pero he encontrado coñac. ¿Le va bien? —preguntó.

Beachendon sonrió agradecido, cogió la copa y la apuró de un trago.

—El otro día estuve relejendo su monografía sobre Jan Gossaert —dijo Beachendon—. A mi entender, sigue siendo la obra más equilibrada, ilustrativa e inspiradora sobre cualquier artista.

Sir Patrick parpadeó un poco más.

—Me parece asombroso recordar que cuando usted la escribió prácticamente nadie sabía quién era Gossaert, un gran maestro olvidado. Y me resulta increíble pensar que usted defendía a capa y espada el Renacimiento alemán cuando el resto del mundo despreciaba el movimiento por considerarlo feo y zafio. —Beachendon era consciente de que estaba hablando demasiado, pero no sabía cómo mantener una conversación donde solo hablaba uno—. Hoy en día, de una forma u otra, todo está de moda —sentenció, apesadumbrado.

—El libro sobre Holbein nos gusta más —intervino la mujer.

La utilización del plural dejó confuso a Beachendon. ¿Estaría el anciano canalizando los pensamientos a través de su cuidadora?

—Sí, es una monografía espléndida, por supuesto —dijo Beachendon—, pero la reputación de Holbein no necesitaba ese mismo tipo de resurrección. Gracias a su estancia en Inglaterra y a sus retratos de Enrique VIII, todos lo conocíamos.

Beachendon intentó no parecer condescendiente con la enfermera que, imaginó, sabía más sobre catéteres y orinales que sobre Altendorfer y Cranach.

—Prestamos poca atención a las modas —dijo la mujer, sonriendo con dulzura.

—Me gustaría recordarle —replicó el conde— que sir Patrick escribió un libro entero sobre los gustos a través de los tiempos y sobre la importancia de la procedencia.

—Está ahora en su decimoctava edición; Patrick es muy inteligente —dijo la mujer, mirando con cariño a sir Patrick.

Beachendon notó un rubor que le empezó a ascender desde el corazón hacia el cuello. Era imposible que aquella encantadora y joven criatura, apenas mayor que su primogénita, estuviera de un modo u otro «relacionada» con el casi cadáver repantigado en la silla.

—No nos hemos presentado formalmente —dijo Beachendon, tendiéndole la mano.

—Soy Josephine O'Mally, la esposa de Patrick —anunció—. Puede llamarme Jo.

—¿Es su esposa? —se sorprendió Beachendon.

—Nos casamos el año pasado, de modo que supongo que podría decirse que somos recién casados.

Beachendon miró a sir Patrick y, a continuación, a la mujer.

—Sé lo que está pensando. ¿Qué fue lo que me atrajo del famoso y multimillonario coleccionista de arte? —dijo Jo.

Beachendon esbozó una leve sonrisa.

—Fue su cabeza —prosiguió ella—. Sir Patrick me transportó desde mi pequeño mundo monótono hacia un estado imaginario de dicha y fantasía.

—¿Dicha y fantasía?

—Dicha y fantasía —confirmó con determinación Jo—. Somos muy felices.

Beachendon miró de reojo a sir Patrick y vio que empezaba a formarse una burbuja minúscula de saliva en su labio inferior porque intentaba articular una palabra.

—Fcheliiiiices —dijo sir Patrick.

Jo se acercó a su marido y le estampó un delicado beso en la mejilla.

—Sé también qué otras cosas debe de estar pensando —dijo Jo.

—¿De verdad? —replicó Beachendon, sintiéndose muy deprimido.

—Y chichooooos —añadió sir Patrick.

—¿Podría ofrecerme un poco más de coñac? —preguntó Beachendon.

—¿Ha venido en coche? De ser así, no se lo recomiendo —contestó Jo—. Y

ahora, díganos, ¿a qué debemos el placer de su visita?

—Es un acto puramente de cortesía.

—¿Puramente?

—Schalteralterrigris —comentó sir Patrick

—Sir Patrick piensa que ha venido para intentar convencerlo de que venda su colección —tradujo Jo.

—Sclrlortifiscathy.

—¿Seguro que quieres que diga eso, cariño? —dijo Jo, arrodillándose al lado de su marido para secarle con cuidado la saliva que le caía del labio.

—Justhshioipoishldkhy.

—Dice que todos ustedes son unos putos buitres que llevan años sobrevolando en círculos su cuerpo, pero que no piensa irse a ningún sitio.

—De verdad que es una visita de cortesía —protestó Beachendon.

—Crrasphoihslnkenfijhnlend.

—Y su madre es la reina de Tombuctú.

—Vlskjidhsot.

—De Vladivostok, perdón.

Beachendon observó los cuadros que llenaban las paredes desde el suelo hasta el techo; había un minúsculo Erasmo de Holbein, un estudio para la gran obra expuesta en la National Gallery, dos Brueghel de su última época, un retrato casi perfecto de una joven, obra de Lucas Cranach, y un retrato de una anciana de Mathias Grünewald. En la planta de arriba, en el interior de baúles de caoba, decían que almacenaba fajos de bellos dibujos de valor incalculable y que había otras cuatro plantas llenas de grandes pinturas que el joven sir Patrick había adquirido por debajo de las doscientas libras. La fantasía de Beachendon era hacerse con toda la colección y venderla a través de una única y gigantesca subasta de tres días de duración. Pero ahora, justo cuando todo el mundo pensaba que el anciano no sobreviviría un invierno más, resulta que se había casado con una mujer joven que a buen seguro duraría aún cincuenta años. Si el anciano donaba la colección a su esposa, las muchas décadas de esmerado cortejo por parte de los cazadores de herencias de arte de todo el mundo habrían sido completamente en vano. La amarga decepción de Beachendon solo quedaba atemperada por el conocimiento de que había otros que estarían más turbados si cabe que él cuando descubrieran la existencia de una nueva lady O'Mally.

—Madre mía, la hora que es ya —dijo Beachendon, levantándose y

dirigiendo una pequeña reverencia a lady Jo—. Iba de camino a Cambridge para una conferencia y por eso he decidido pasar a visitarlo —dijo.

—Iré a por su abrigo —contestó lady Jo—. Siga haciéndole compañía a Patrick.

Beachendon se inclinó hacia Patrick y, acercando un ojo al acuoso y rosado ojo del anciano, le dijo en voz baja:

—Juego, set y partido para ti, muchacho.

—Fluckungshelrrfff —dijo sir Patrick.

Beachendon creyó intuir que la boca del anciano esbozaba una leve sonrisa. Lady Jo reapareció con el abrigo de Beachendon.

—Resulta agradable que alguien pase solo a saludar. El otro día vino un conservador, de un museo norteamericano, que entró, sacó una tarjeta de visita y dijo: «Denme precio», como si fuéramos ganaderos de ovejas de Glamorgan.

Beachendon se puso el abrigo y asintió, dando a entender que la comprendía.

—¡Y otro vino e intentó seducirme! Se puso agresivo y empezó a decir que deseaba consolarme en ese lugar especial y de esa manera especial que mi esposo no podía proporcionarme. Me sentí ultrajada. Completamente ultrajada.

—Me lo imagino.

—Estuve a punto de llamar a la policía.

El conde de Beachendon se giró hacia Patrick y lo saludó con la mano, pero el anciano tenía los ojos cerrados.

—Es la hora de su siesta —dijo lady Jo, moviendo la cabeza para indicarle la salida.

—Mi tarjeta..., por si necesitara mis servicios —dijo Beachendon, entregándole su tarjeta de visita.

—Por el momento tengo todo lo que necesito —dijo lady Jo, sonriendo.

Beachendon regresó al coche. Esta vez, apenas se fijó en las armas caninas de destrucción masiva. Pisó una montaña de excrementos y ni siquiera se tomó la molestia de limpiar la porquería que había quedado pegada al zapato. ¿Para qué? Cuando llegó al garaje, Beachendon vio que la puerta estaba cerrada, y con llave. Alguien había dejado una nota: «Problemas de familia. He tenido que irme. Lo siento, ya vuelvo».

Beachendon dio media vuelta y desanduvo lo andado. Caminó de nuevo hacia Whitechapel con la esperanza de encontrar una estación de metro. La

acera estaba salpicada con los restos de un mercado de frutas y verduras. Los vendedores desmontaban los puestos, las cajas de coles y de manzanas que habían quedado sin vender permanecían apiladas y el suelo estaba sembrado de hojas de verduras en mal estado.

—Le vendo la última caja de peras por solo uno de cinco —gritó con escaso entusiasmo un vendedor.

A cada paso que daba, Beachendon captaba el tufillo de una caca de perro o de una col podrida.

¿Cómo era posible que le pasara lo que le estaba pasando?, se preguntó Beachendon. Cuarenta años atrás era un tiarrón de dieciocho años recién salido de Eton y a punto de entrar en Oxford. Guapo, impecablemente relacionado, tenía que heredar supuestamente un título estupendo y una gran finca, pero el abismo entre las expectativas y la realidad se había ido ensanchando año tras año a medida que se había hecho patente la tremendamente mala gestión de su padre. Cinco semanas después de llegar de viaje de luna de miel, habían aparecido en la mansión familiar los empleados de la casa de subastas donde Beachendon trabajaba ahora y habían dividido en lotes su supuesta herencia. Habían catalogado incluso sus ositos de peluche como «recuerdos de infancia aristocrática». El día de la subasta, su madre y él se habían sentado en primera fila y se habían dedicado a levantar la mano en los momentos oportunos para subir la puja. Nada había amortiguado el tremendo dolor de ver cómo hasta la última astilla de mobiliario, desde el escritorio Riesener hasta las palanganas para los baños de asiento de los criados, iba a parar a manos de cazadores de herencias. Las únicas piezas que conservó en herencia el joven conde fueron un reloj de cadena, un título y sus conocimientos básicos sobre mobiliario. Como a según qué firmas aún le gustaba tener en su junta a una persona con título, Beachendon se había presentado como candidato a varios puestos de directivo no ejecutivo y a un puesto de empleado en la casa de subastas. A base de trabajo duro y tenacidad, había ido escalando en el organigrama hasta ser nombrado subastador jefe. Pero a pesar de que el negocio del arte había prosperado, el conde había continuado igual. Sus clientes eran cada vez más ricos, pero el sueldo de él apenas si seguía el ritmo de la inflación.

La única buena noticia era que Beachendon se había acordado de meter en la cartera la tarjeta del metro y tenía aún saldo suficiente como para cruzar Londres y llegar a la oficina.

## Capítulo 17

Cuando se encontró delante de la fachada gris de un bloque de apartamentos de la Friedrichstadt de Berlín, Rebecca se sintió como una tonta. Estaba en la dirección que aparecía en la libreta de su hermano, pero ni sabía por qué estaba allí ni qué buscaba. En su vida profesional, Rebecca siempre se había sentido orgullosa de ser un comandante de hechos, un mariscal de datos y una historiadora seria cuya reputación estaba construida sobre la evaluación calculada y minuciosa. En su vida personal, ignoraba los pequeños pecados de su marido y se concentraba en cumplir los deberes uxorios de una buena madre y esposa. Rebecca encontraba consuelo en la conducta regular y digna. Coger un avión por capricho, cancelar reuniones importantes y mentir acerca de su paradero no tenía nada que ver con su forma de ser.

Imaginó que el edificio correspondiente al número 14 de la Schwedenstrasse había sido construido hacia 1900 y que era, con toda probabilidad, uno de los pocos bloques que permanecieron en pie en la zona después de las campañas de bombardeo de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. En aquellos tiempos, el gigantesco inmueble salpicado por centenares de ventanas debía de resultar impresionante y moderno. Pero ahora quedaba empequeñecido por los edificios altos que lo flanqueaban y que se proyectaban hacia el cielo con monumental y acerada determinación.

Rebecca dudó antes de entrar en el edificio; por instinto sabía que una vez cruzado el umbral ya nada sería igual. En aquel instante sonó el teléfono; era Memling y Rebecca se sintió aliviada: su padre, con su inigualable sentido de la oportunidad y su intuición, la llamaba para ofrecerle la ansiada y posible explicación.

—El tono indica que estás en el extranjero. ¿Dónde? —le preguntó Memling, que jamás se preocupaba ni por los cumplidos ni por andarse con rodeos.

Rebecca dudó un momento, preguntándose si debía contarle a su padre la verdad.

—Estoy en París, mirando lo que se suponía que era un Corot pero que en realidad no es más que una copia inteligente —respondió Rebecca, sorprendida tanto por su mentira como por la facilidad con que la había formulado.

—¿Hay noticias del cuadro? —preguntó Memling.

—Es un callejón sin salida. Por dondequiera que mires. —Y, armándose de valor, preguntó—: ¿Qué tiene ese cuadro que es tan importante? Si pretendes que te ayude, tendrás que contármelo.

Memling colgó.

Por mucho que empleados y familiares tuvieran que dar explicaciones sobre cualquier tema que él les propusiera, Memling respondía a preguntas solo de modo muy selectivo. Rara vez daba explicaciones o hacía extrapolaciones. Sus instrucciones estaban bien definidas y eran muy precisas, y la mayoría agradecía aquella claridad y aquella determinación. Gestionaba la empresa como un imperio de estructura jerárquica en el que existía una brecha inmensa entre el líder y el siguiente escalafón de mando. En teoría, Rebecca compartía con él el lugar más destacado y la responsabilidad; en la práctica, era simplemente una empleada más. Memling mantenía el control absoluto mediante una combinación de autoridad natural e intimidación reforzada por un puño de hierro en todas las cuestiones financieras. Cualquier factura, ya fuera la de un cuadro valorado en varios millones de dólares o la de un clip, tenía que estar autorizada por él.

Al salir de la universidad, la joven Rebecca se opuso al régimen totalitario de su padre. Negándose a recibir ningún tipo de apoyo económico, sobrevivió gracias a un exiguo sueldo académico en una casa ocupada de Brixton. Ocho años más tarde, con treinta y dos, regresó a la mansión de los Winkleman arrastrando con ella un marido y una hija. El marido, Carlo, aspirante entonces a director de cine, era incapaz de sustentar a la familia. Rebecca había intentado durante tres años estirar el sueldo para que cubriese algo más que el alquiler y la alimentación, pero no llegaba para los gastos de la niña. Bajo la presión de Carlo y de su padre, Rebecca acabó dimitiendo de su puesto en el Courtauld Institute y aceptando un sueldo en Winkleman. Como directora de conservación, trabajó mano a mano con su hermano, que era jefe de ventas y vicepresidente. Su padre no necesitaba ningún cargo.

Embargada por una sensación de alivio y de fracaso, Rebecca había regresado a la órbita de Memling y al techo comunal. Memling asignó a la familia una casa adosada en Curzon Street, contigua a la de su hermano Marty. Compartían entre todos gimnasio, personal de servicio, coches y chóferes. Tenían oficinas en París, Nueva York, Ginebra y Pekín, y casas de vacaciones en África, St. Barts y el sur de Francia. Vivir bajo la batuta de Memling resultaba a la vez suntuoso e infantil y, a menudo, desmoralizante, pero la ausencia de toda responsabilidad era preferible a una vida en la jungla brixtoniana. Memling justificaba su sistema centralizado como un modo de proteger a sus seres queridos; nunca lo consideró ni controlador ni dominante.

Rebecca defendió su decisión de regresar al hogar como un paso estrictamente profesional. Winkleman era el marchante más destacado y muchas de las mejores obras pictóricas del mundo pasaban por las manos de la firma. Si cualquier erudito, marchante y conservador soñaba con trabajar para ellos, ¿por qué tenía que negarse Rebecca esa oportunidad? Secretamente, sin embargo, estaba agotada por la penuria y aliviada por regresar a un mundo de vida regalada, entorno bello, personal doméstico, ropa maravillosa y viajes en primera clase. Y había además otro elemento: su padre era el hombre más inteligente y mejor informado del mundo; sabía por instinto quién se disponía a vender y comprar; tomaba decisiones sin miedo y se culpaba única y exclusivamente a sí mismo en caso de contratiempos o fallos. Ponía a la familia por encima de todo. Estas eran las cualidades que más admiraba Rebecca de su padre.

Rebecca guardó el teléfono en el bolsillo, dio un paso al frente y llamó al timbre del apartamento 409. Para su sorpresa, respondieron enseguida.

—*Jah?*

Rebecca hablaba un alemán fluido y correcto, a pesar de que su padre rara vez se dirigiera a ellos en su idioma materno.

—Perdone por molestarle. Me llamo Rebecca Winkleman —dijo, sintiéndose como una tonta y aún sin saber qué hacía allí o a quién buscaba.

—¿Winkleman?

—Sí.

—Suba al cuarto —respondió la voz, y sonó un zumbido.

El vestíbulo del bloque de pisos era minúsculo. Una luz chisporroteaba en un pasillo de paredes oscuras y los zapatos de tacón de Rebecca repiqueteaban con estrépito sobre las baldosas de color hígado. Había un

ascensor pequeño, seguramente instalado en los años cincuenta, pero Rebecca decidió subir por la escalera.

A pesar de estar en forma, llegó jadeante al cuarto piso. Había dos pasillos idénticos que se extendían a derecha e izquierda. En el fondo de uno de ellos, escuchó una voz femenina.

—Por aquí —gritó.

Rebecca caminó hacia la voz y, después de unos treinta metros de recorrido, cruzó un pequeño recibidor y entró en una sala de estar donde encontró a una mujer sentada en el suelo con las piernas cruzadas y cambiando los pañales a su bebé.

—¡Siento no poder levantarme! Me llamo Olga, y esta es mi pequeña, Britta —dijo, fijando el pañal del bebé.

—¿Siempre deja entrar en su apartamento a perfectos desconocidos? —preguntó Rebecca, sonriendo.

—La palabra mágica ha sido Winkleman. Una señora del bloque me comentó que había una familia con ese apellido que vivió aquí.

Rebecca intentó disimular su asombro. ¿Fue aquí donde se crio su padre? Memling siempre había dicho que las bombas aliadas habían arrasado el hogar de los Winkleman.

—Estoy intentando averiguar más cosas sobre la familia de mi padre —dijo Rebecca, observando la estrecha vivienda e intentando imaginarse a Memling y sus padres allí—. ¿Sabe alguna cosa sobre ellos?

—Muy poco. La anciana dijo que habían fallecido todos. Es fantástico que uno de ellos sobreviviera —dijo Olga con verdadero entusiasmo—. Tiene que quedarse para conocer a mi marido, Daniel. Estará encantado. Sus abuelos estuvieron en Treblinka. Solo su abuela logró sobrevivir.

Rebecca sonrió. Jamás se había imaginado que entre los herederos de una gran tragedia pudiera existir aquel tipo de parentesco. Memling rara vez hablaba de sus experiencias durante la guerra pero, con todo y con eso, el Holocausto envolvía todos los aspectos de la vida de la familia como una leve mancha oscura. Casi toda la familia de su madre había muerto también, después de la guerra, cuando naufragó el barco que los conducía a Israel; solo su madre y dos personas más consiguieron ser rescatadas de un bote salvavidas improvisado con restos del cargamento que viajaba a bordo. Saber que había más gente de su edad que vivía con fantasmas similares hizo que Rebecca se sintiera menos sola. Y entonces se le pasó otra cosa por la cabeza:

tal vez hubiera más parientes supervivientes y aquel viaje la llevara a descubrir familia que ni siquiera sabía que tenía. Grace podría tener primos de su misma edad con los que entablar amistad. Ni Rebecca ni Marty habían conocido jamás a miembros de la familia de ninguno de sus progenitores.

—Eche un vistazo... ¡Acabará enseguida! —dijo Olga alegremente, incorporándose y acomodándose a Britta en la cadera.

—Es preciosa —dijo de manera automática Rebecca; aunque a ella solo le había gustado un bebé en toda su vida, su hija.

Rebecca recorrió el apartamento. Tenía dos habitaciones, ambas de tamaño suficiente como para poner una cama de matrimonio pequeña, y un salón con una ventana grande que daba a la calle. Detrás había una minúscula cocina cuya ventana miraba al patio interior del bloque, de forma triangular.

—Tiene el tamaño perfecto para tres personas —comentó Rebecca.

—Para nosotros está bien, pero para una familia de seis miembros como los Winkleman debía de ser un poco estrecho —dijo Olga—. Los he visto a todos apretujados aquí donde estamos, en un álbum de fotografías de Danica.

—¿Seis? —repitió Rebecca, intentando disimular su confusión. Memling siempre les había contado que era hijo único.

Olga replicó en tono comprensivo.

—Su padre ha debido de querer protegerla contra el dolor..., o tal vez protegerse a sí mismo. La abuela de Daniel hizo lo mismo. Le contó que solo había sufrido la pérdida de algunas personas, cuando en realidad la familia entera fue eliminada. Era más fácil reescribir la historia que aceptar la verdad.

—A lo mejor esa anciana se equivocó —dijo Rebecca.

—Hay un desván que tiene un tamaño aceptable. Tal vez su padre y su hermano dormían allí. Nosotros lo utilizamos para guardar libros viejos y ropa —le explicó Olga, señalando una trampilla.

—¿Podría verlo?

Rebecca imaginó que los Winkleman debían de almacenar en el desván las obras de arte de sus amigos. Pensó en aquellos cuadros; en una ocasión, su padre comentó que los Winkleman habían comprado o escondido para otros judíos una treintena de obras de arte. Algunos de los mejores cuadros de la firma, incluyendo entre ellos dos Veroneses, cuatro Degas, tres Corots, un Fragonard, un boceto de Tiepolo y dos Rembrandts, habían llegado hasta ellos de esa manera.

—Si alcanza ese palo de ahí —dijo Olga, señalando una esquina—, podrá

tirar de la trampilla y aparecerá automáticamente una escalera. Está un poco duro.

Rebecca se encaramó con cuidado al desván. A cada paso que daba, notaba que el corazón le aumentaba de peso. Los peldaños apenas tenían la anchura de su delgado cuerpo y le costaba imaginarse subiendo una obra maestra del Renacimiento por aquellos desvencijados peldaños. Cuando llegó arriba, se encontró con un cuarto trastero minúsculo, de más o menos dos metros y medio de largo por metro y medio de ancho, lleno de pertenencias de la familia. Cajas y bolsas perfectamente apiladas. Habría sido imposible maniobrar y subir aquellos cuadros tan grandes por la escalera plegable y guardarlos en aquel cuartucho. Y aun en el caso de separar los lienzos del bastidor y quitarles el marco, el tamaño de cuadros como aquellos hacía imposible su almacenamiento en aquel desván.

Rebecca descendió muy despacio.

—No hay mucho que ver —dijo Olga, como queriendo disculparse—, es nuestro primer piso.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —preguntó Rebecca, confiando en que Olga hubiera conocido a Marty.

—Solo seis meses. Los últimos inquilinos se marcharon hace ya unos años, llevaba un tiempo vacío.

—Es un piso encantador —dijo Rebecca, intentando quitarse de encima la sensación de mal presagio.

—Vaya a ver a la anciana del 411. Es muy vieja y está sola. Tiene fotografías de aquella época, fotografías de su familia.

Media hora más tarde, Rebecca estaba sentada en la sala de estar de un apartamento más pequeño si cabe y en compañía de frau Danica Goldberg, una anciana de noventa y seis años de edad.

—Pues claro que recuerdo a tu familia —dijo la anciana—. Jugábamos juntos, pero —se inclinó y miró fijamente a Rebecca— todos murieron en los campos excepto la hija, Johanna. Johanna murió poco después, cuando los aliados, en su intento de ser bondadosos, dieron de comer en exceso a los supervivientes: le estalló el estómago.

Rebecca se estremeció. Danica le posó una mano en el brazo.

—Creo que ha sido desconsiderado por mi parte comunicarte la noticia de esta manera. Lo siento —dijo.

Rebecca miró por la ventana. Ojalá temblara solo por ese motivo.

Las dos mujeres permanecieron unos instantes en silencio.

—Hubo un hombre que vino por aquí formulando las mismas preguntas. Tengo su tarjeta por algún lado.

Danica se impulsó para levantarse, se acercó a la mesita auxiliar, abrió el cajón y palpó su interior. Al cabo de un momento, localizó una tarjeta de visita y se la pasó a Rebecca.

—Aquí la tienes.

Tenía el nombre de Marty y con su inimitable y feroz caligrafía había escrito su número de móvil. Rebecca notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Mi hermano —dijo.

—Sabía que estabais emparentados. Me alegró mucho conocerlo —dijo Danica, con una sonrisa de oreja a oreja—. Pensaba que toda la familia Winkleman había muerto, pero no. Le pedí que le dijera a mi viejo amigo Memling que viniera a visitarme. Pero todavía no ha venido.

La cabeza le daba vueltas. ¿Por qué no le habría comentado Marty aquella visita? ¿Sería una pista para comprender el porqué de su repentina muerte? Notó unas gotitas de sudor que empezaban a acumularse en el cuello y las sienes. El corazón le retumbaba. «No —se dijo—, fue un accidente». El forense escribió «muerte por infortunio». Pero, de pronto, no estaba segura de nada.

Rebecca bajó la vista: la moqueta estampada nadaba ante sus ojos llenos de lágrimas. Danica le dio unos golpecitos en el brazo.

—El hombre que vino era moreno. Tú eres muy rubia.

Danica hablaba con claridad, aunque en voz baja. La edad no había menguado el poder de su voz ni tampoco, al parecer, su memoria.

—Marty salió a mi madre, que era italiana, una judía de Verona —dijo, recordando que la gente solía dar por sentado que ella y su hermano no eran parientes.

—¿Y tú has salido a tu padre?

—Me parezco muchísimo, o eso dicen —replicó Rebecca—. ¿Cuándo vino Marty? —preguntó, pensando que su hermano había fallecido hacía siete años y dos meses.

—Hará ocho años..., tal vez siete. Quería ver las fotografías. ¿Te apetecería verlas?

Rebecca asintió. No podía dejar de pensar en Marty. Marty sentado donde ella estaba ahora sentada, Marty mirando las fotografías, Marty cayendo por

encima de la barandilla del transbordador de Newhaven a Dieppe el día de Año Nuevo. ¿Lo habría hecho a propósito? Las circunstancias que rodearon su partida de Londres sin equipaje y sin una llamada telefónica para despedirse siempre habían dejado perpleja a Rebecca. No había habido ninguna nota, ninguna explicación. Por primera vez desde que recibió la noticia de la muerte de su hermano, Rebecca se preguntó por sus causas.

Danica volvió a levantarse, muy despacio, y se acercó al aparador, de donde sacó un álbum de fotografías.

—Mi padre era fotógrafo, tenía su tienda y su estudio en Mitte y hacía unos retratos preciosos. Los nazis le incendiaron la tienda y todos los archivos desaparecieron. Una generación entera consumida por las llamas. Eliminada. Querían exterminar tanto los recuerdos como las vidas. Tenía también una pequeña Brownie con la que hacía fotos de las familias de por aquí, de Friedrichstadt. El museo judío quiere el álbum..., pero ya lo tendrán cuando me muera. Hasta entonces, es el único amigo que me queda.

—¿Tiene usted hijos y nietos? —preguntó Rebecca.

—Jamás pude traer hijos a este mundo. No podía soportar la idea de que otros tuvieran que sufrirlo.

Rebecca tomó asiento en el pequeño sofá al lado de Danica. La mujer olía a orines rancios, a col pasada y a polvos de talco. A Rebecca le entraron ganas de salir corriendo de allí, pero se obligó a quedarse.

La exploración del álbum les llevó mucho tiempo. Danica sentía la necesidad de relatar la historia de todos los fallecidos. Y después de cada descripción, añadía: «Que en paz descansen».

Mientras la mujer hablaba, Rebecca intentó imaginarse a Marty sentado donde ella estaba sentada. Con más de metro ochenta de altura, apenas habría cabido en el sofá. Marty, un hombre que no aguantaba sentado más que unos pocos minutos, debía de haberle arrancado el álbum de las manos y haber hojeado las páginas con impaciencia. Rebecca sintió una punzada de dolor al pensar en su hermano: su efervescencia, su sincera generosidad y su entusiasmo infantil le habían llevado a ganarse muchos admiradores, pero nadie, creía Rebecca, lo había querido tanto como ella.

—Aquí están todos los niños del cuarto piso —dijo la anciana, ladeando el álbum para que Rebecca pudiera ver bien la fotografía.

Al instante identificó al pequeño Memling. Debía de tener ocho años y era igualito que su hija Grace. Era la primera vez que veía una fotografía de su

padre de pequeño. Incluso tratándose de una imagen en blanco y negro, Rebecca reconoció inmediatamente la frente ancha, los ojos azul clarísimo y la mata de cabello rubio.

—Es ese —le dijo a la mujer.

—Es lo que dijo también tu hermano —dijo Danica, pensativa—. Pero ese no es un Winkleman; es Heinrich, el menor de la familia Fuchs, del 407. Eran los porteros, los únicos no judíos de todo el edificio. Fritz Fuchs y su esposa, cuyo nombre no recuerdo, habían caído en desgracia y no les quedaba otro remedio que vivir aquí. Pero él lo odiaba. Nos odiaba. Había perdido un pie en la Primera Guerra Mundial y no encontraba trabajo. Era un tipo que siempre andaba quejumbroso y que necesitaba un chivo expiatorio. A veces eran los judíos, aunque la mayoría de las ocasiones era el pequeño Heinrich. El pobre niño. Si el muchacho traía malas notas del colegio o se portaba mal, le pegaba una paliza y lo echaba a la calle desnudo.

Rebecca miró con más atención al niño rubio. ¿Estaría equivocada?

—¿Y cuáles son los Winkleman? —preguntó.

—Son muy fáciles de distinguir. —Danica se echó a reír y señaló a dos niñas diminutas y dos niños más pequeños aún, todos con cabello rizado y brillantes ojos oscuros—. Siempre reíamos diciendo que era una suerte que fueran tan menudos. ¿Cómo habrían cabido en ese apartamento, de no ser así?

Rebecca empezaba a sentirse superada por el olor de la anciana; las paredes de la estancia se cernían sobre ella.

—Necesito tomar un poco el aire —dijo.

—Allí está el balcón —dijo Danica, indicándole la ventana—. Hay muy buena vista. Prepararé un poco de té.

Rebecca salió al balcón, engulló unas bocanadas de aire fresco e intentó estabilizar sus sentimientos. ¿Habría tenido también Marty que salir al balcón después de ver la fotografía? ¿Le habría latido el corazón de un modo tan incontrolable como a ella? Las lágrimas calientes rodaban desenfrenadas por sus mejillas. ¿Por qué Marty no se había atrevido a contarle su descubrimiento? Ojalá estuviera aún aquí. Marty, que conocía la respuesta a todas las preguntas; Marty, que siempre hacía que todo fuera más soportable. Se secó las lágrimas con desgana e intentó sofocar la sensación de pánico y mal presagio. Cuando había entrado en el edificio, lo había hecho con determinadas y sólidas creencias que su padre reforzaba en todas las grandes ocasiones. Una y otra vez, su padre le había dicho que la lealtad a la familia

era lo más importante del mundo. Que la familia era lo único que tenían, que era lo único que merecía la pena proteger.

El Holocausto se había cernido sobre la familia durante dos generaciones: incluso Grace hablaba sobre la terrible «herida» de su abuelo. Miró hacia abajo, hacia aquel pequeño parque enfangado, y repasó todo lo que sabía sobre la historia de Memling. El niño y sus familiares obligados a subir a un tren, el largo y asfixiante viaje y la llegada a Auschwitz. Su abuela, casi ciega, había tropezado en el andén de la estación y la habían matado a palos delante de su familia. Su madre había renunciado a sus escasas raciones para que sus hijos e hijas pudieran comer un poquitín más, y había muerto de hambre delante de sus propios ojos. Sus amigos habían ido falleciendo, uno a uno; se habían llevado a su padre sin dar ningún tipo de explicaciones. Con los años, Rebecca y Marty habían ido hilvanando esos detalles. Su padre lucía en el brazo un revelador tatuaje, una serie de números aleatorios, el símbolo definitivo del sufrimiento. Ellos lo habían visto poquíssimas veces y sentían el peso y la responsabilidad de la supervivencia, conscientes de que debían vivir la vida por aquellos que no lo habían conseguido y aprovechar al máximo todas las oportunidades que se presentaran en nombre de los fallecidos.

Memling enseñó a sus hijos a ser discretos, reservados, distantes, introvertidos, a no confiar en nadie, a dar por sentado que el ataque del contrario podía producirse en cualquier momento. Toda su forma de vida se basaba en que su padre era judío y había escapado por los pelos de la muerte en un campo de concentración. «¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? —pensó Rebecca—. ¿Y si mi padre no es Memling Winkleman, superviviente del Holocausto, sino un alemán llamado Heinrich Fuchs? ¿Y si resulta —pensó, presa del pánico— que era miembro del partido nazi?».

A pesar de que ni Marty ni ella se habían criado dentro de la tradición ortodoxa, ser judío formaba parte fundamental de su identidad, un hecho ineludible. Ser judío era similar a tener una sombra omnipresente que proyectaba formas distintas según la situación. Era algo que Rebecca ni celebraba ni rechazaba, sino que estaba allí, alimentando su sentido de identidad y de pertenencia. Era una hija de Europa, una más del largo linaje de maestros judío-alemanes que habían emigrado siglos atrás de la tierra prometida para instalarse en Europa. La exterminación de la familia de su padre en el Holocausto, a pesar de no comentarse nunca, estaba presente prácticamente en todas las áreas de su vida. La enorme ausencia de familiares,

de costumbres, de sepulturas o recuerdos creaba un agujero negro en su historia tan significativo como una familia extendida multitudinaria. Ahora, de repente, tenía que renunciar a todo aquello, repensar su pasado y, peor aún, convertirse en aliada del opresor que lo había definido. ¿Cómo podía odiar al enemigo de su padre si ella misma era el engendro de ese enemigo? ¿Lo sabría su madre? ¿Por qué alguien crearía, o cómo podía alguien crear, y luego vivir, una mentira tan aterradora?

El cuerpo de Rebecca se estremeció con violencia y se sujetó a la barandilla para no caerse. Respiró hondo e intentó serenarse concentrándose en la vista, en el paisaje de la urbe de Berlín una fría tarde de febrero; la gente volvía a casa del trabajo, los niños jugaban en el parquecillo. Sus vidas proseguían mientras la de ella se había hecho añicos por culpa de una fotografía.

—Ahí fuera debe de hacer frío. He preparado un poco de té —gritó Danica desde el otro lado de la ventana.

A regañadientes, Rebecca entró y se secó las lágrimas.

—Estás muy blanca. ¿Quieres una copita de coñac? Guardo una botella para las emergencias —dijo Danica.

Rebecca negó con la cabeza.

—¿Podría contarme algo más sobre la familia Winkleman?

—Eran generosos, amables... Su puerta siempre estaba abierta y, a pesar de que no tenían dinero, compartían todo lo que podían.

—Tenía entendido que el padre era un abogado de éxito —dijo Rebecca.

—Representaba a los pobres y a los oprimidos, pero nunca ganó dinero. Era un hombre de corazón bondadoso que ponía el bienestar de los demás por delante del suyo y el de su familia. Ella era profesora de arte.

—Mi padre cuenta que ayudaron a escapar a muchos judíos en los años treinta comprándoles cuadros —dijo Rebecca, aunque ya suponía que aquel fragmento de folclore seguramente tampoco era cierto.

Danica meneó la cabeza.

—Tenían un desván y, sí, la gente escondía cosas en esos sitios, algún que otro cuadro, las joyas, pero sobre todo recuerdos de familia. Nunca sabías cuándo iban a aparecer los nazis.

—¿Y tenían obras de arte los Winkleman? —preguntó Rebecca.

—Tu hermano me hizo la misma pregunta —respondió pensativa Danica—. Tenían un cuadro. Ella se sentía muy orgullosa de aquella pintura. La tenían

colgada encima de la chimenea, en el salón, y ella nos contaba a menudo la historia que se representaba. Todavía me acuerdo; era de una joven muy guapa con su amante, observados por un payaso. No era chirriante, como tantas obras contemporáneas; era un cuadro en el que podías perderte.

—No aparecerá en ninguna de esas fotografías, ¿verdad? —preguntó Rebecca.

La anciana hojeó el álbum.

—Aquí lo tenemos.

Señaló una pequeña fotografía en blanco y negro de la familia Winkleman delante de una chimenea. Detrás, en la pared, había un cuadro de unos cuarenta y cinco por sesenta centímetros. A pesar de que la imagen era diminuta y difícil de observar en detalle, Rebecca vio enseguida que encajaba con la descripción del cuadro que Memling ansiaba de tal modo recuperar.

—En este bloque vivían más de cien familias —dijo Danica—. Y muchas tenían cuadros preciosos. Los pisos de abajo eran propiedad de familias más ricas, con techos altos y obras de arte. Recuerdo una familia, los Steinberg, que tenía cuadros del Veronés, de Rembrandt y no recuerdo de quién más. La señora Winkleman nos llevaba a veces de visita e intentaba darnos clases de arte.

Danica siguió girando las páginas del álbum en silencio.

—Los nazis no se llevaron solo los cuadros, se lo llevaron todo: sábanas, toallas, muebles, cacerolas, sartenes..., de todo. Robaron la riqueza a los ricos y la pobreza a los pobres.

—¿Y qué hicieron con todo eso?

—Lo mejor se lo regalaron a Hitler. Después a Göring. Había un orden jerárquico.

Rebecca asintió.

—Los líderes regionales eran los siguientes en la lista, seguidos por los funcionarios, y lo que nadie quería lo vendían luego en subastas que celebraban semanalmente. A veces, antes de que nos encerraran, íbamos a las subastas para ver quién compraba nuestras cosas. En una ocasión, mi madre intentó comprar una cafetera que había sido de su abuela. Estaba descascarillada y vieja, no podía valer más que unos pocos marcos. Pero el subastador vio la estrella amarilla del abrigo y se negó a vendérsela. Cogió la cafetera, que era de porcelana, y la tiró al suelo. Se rompió en mil pedazos. A mí no me habría importado perder un cuadro valioso si me hubieran dejado

conservar un par de libros. ¿Sabes que ni siquiera tengo nada escrito a mano ni por mi madre ni por mi padre? Lo único que querría es poder echarle un vistazo a un viejo libro, verlo una vez más. «Para Danica, feliz cumpleaños con amor de parte de mamá y papá». ¿Es mucho pedir? Tengo noventa y seis años pero no he perdido la esperanza.

Rebecca meneó la cabeza, embargada por la pena y la vergüenza. ¿Sería Memling un cómplice, un ladrón de recuerdos? ¿Habrían vivido su familia y ella de los beneficios generados por el dolor de toda aquella gente?

—Heinrich consiguió un trabajo en la unidad personal de Hitler especializada en saqueos de obras de arte —dijo Danica, como si le hubiera leído los pensamientos a Rebecca—. Un día, él y sus colegas, todos elegantemente uniformados con sus camisas negras y sus botas relucientes, pasaron por aquí y cogieron algunos cuadros. Se le veía incómodo, pero eso no le detuvo. No pudimos hacer otra cosa más que ver cómo se los llevaban. Esther Winkleman lloró de vergüenza; ella le había impartido al pequeño Heinrich el concepto de la bondad. Nunca le había hablado del significado del mal.

—¿Y se llevó ese cuadro de la señora Winkleman?

—No mientras ella siguió con vida —dijo Danica—. Aunque a veces me he preguntado qué sería de ese cuadro después de que ellos fueran deportados.

Rebecca abrió la boca y volvió a cerrarla e, incapaz de articular las palabras, se limitó a encogerse de hombros y bajar la cabeza.

Danica le dio unos golpecitos en la mano para tranquilizarla.

—Todo esto ya es pasado.

Su compasión la pinchó como una púa.

—¿Cómo puede ser tan indulgente? —susurró Rebecca.

—Nunca los perdonaré, pero no podía permitir que su crueldad se apoderara de toda mi vida; eso habría sido el remate de su victoria. Tuve que encontrar la manera de vivir con aquellos recuerdos, aunque tampoco quiero que nadie olvide lo que sucedió. —Miró fijamente a Rebecca—. Con el simple hecho de escuchar mi relato estás ayudándome, a mí y a mucha gente más. La gente necesita saber lo que ocurrió para que la historia no se repita.

Danica giró una hoja más del álbum. Esta vez la fotografía era del mismo apartamento, con las mismas pertenencias y el Watteau todavía colgado sobre la chimenea, pero faltaba algo.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Rebecca—. ¿Dónde está la familia?

—En 1942, muchas familias pidieron a mi padre que hiciera fotografías de sus apartamentos vacíos. Era como si supiéramos que esta forma de vida estaba tocando a su fin. Para el Estado, habíamos dejado ya de ser personas. Nos habían confiscado los negocios, nos habían restringido severamente las libertades, habían incendiado y saqueado nuestros templos. Sabíamos, de un modo u otro, que muy pronto lo único que habitaría estas habitaciones, estos edificios, serían nuestros fantasmas.

Las dos mujeres permanecieron un buen rato en silencio contemplando las habitaciones vacías capturadas en imágenes en blanco y negro, con los contornos amarilleados por el tiempo.

—¿Le importaría si hago algunas fotos con mi iPad?

Danica sonrió.

—Pues claro que no.

—¿Está segura de que no hubo más supervivientes entre los Winkleman? —preguntó.

—Oí decir que Johanna tuvo una criatura en el campo. Una hija. ¿Por qué será que tu padre nunca ha intentado localizarla? —dijo Danica, meneando la cabeza en un gesto de perplejidad—. Después de la guerra, mucha gente tuvo conductas extrañas, pero las familias siempre desearon reagruparse.

—Mi padre empezó una nueva vida en Inglaterra —dijo Rebecca, cayendo en la pauta de proteger a Memling—. Quería dejar el pasado atrás.

Danica sonrió.

—A nuestra edad, el pasado es lo único que tenemos.

Las dos mujeres siguieron sentadas un rato más. Rebecca mirando fotografías, mientras Danica miraba a Rebecca.

—No eres una Winkleman, ¿verdad? —preguntó la anciana con voz bondadosa.

—Por supuesto que lo soy..., mire mi pasaporte —replicó Rebecca con sequedad.

Danica se inclinó y cerró el álbum de fotografías. A continuación, cogió las manos de Rebecca entre sus dedos nudosos y preguntó:

—¿Eres una Fuchs?

Rebecca miró a la anciana a los ojos. Deseaba mentir, levantarse y salir corriendo de allí, gritar, protestar y chillar. Por su cabeza pasaron como un rayo distintas reacciones y emociones. Pero se obligó a mantener la calma y oyó su propia voz diciendo, en tono dubitativo:

—No lo sé.

Danica miró unos instantes más a Rebecca antes de replicar, y dijo entonces, en voz baja:

—No importa que seas judía o gentil, lo que importa es hacer lo correcto.

Rebecca se alejó de Friedrichstadt con un deseo desesperado de hablar con Marty. Nunca se habría imaginado que fuera posible echarlo tanto de menos. Se detuvo delante del patio de un instituto y observó a los alumnos. Los había que estaban jugando, otros estaban sentados charlando; parecían confiados, cómodos. Rebecca intentó recordar aquella sensación. ¿Se había sentido de aquel modo alguna vez en su vida? Le parecía que no. ¿Y podría sentirse así en un futuro? Una pregunta de fácil respuesta.

Cogió el iPad y miró las fotografías que había hecho de la libreta de Marty. Comprendió entonces que Marty había seguido la pista de determinados cuadros hasta dar con Schwedenstrasse, 14, precisamente los cuadros que según Memling formaban parte del alijo que los Winkleman habían comprado a sus amigos judíos y entre los que destacaban un Veronés, un par de Rembrandts y un Watteau que encajaba con la descripción del cuadro desaparecido. Al lado de este, Marty había apuntado algunos datos: el nombre de Antoine Watteau, la fecha de 1703, una entrada en un catálogo y una referencia de venta fechada en 1929. Rebecca comprendió que tenía que culminar la aventura de su hermano. Marty había descubierto la identidad de su padre y estaba en proceso de averiguar cómo había conseguido él aquellas primeras pinturas. ¿Se trataba de fraude, de oportunismo o de algo peor?

Rebecca continuó su camino, pasó por delante de tiendas pero fue incapaz de concentrarse en lo expuesto en los escaparates. ¿Qué haría con toda aquella información si acababa descubriendo que Memling era culpable de un crimen atroz? Sacar a la luz la verdad sobre su padre sería acabar con el negocio de los Winkleman. Tenía que pensar en su hija y en Carlo, además de en los empleados, así como en los clientes y los museos que habían adquirido obras de buena fe. Se preguntó de nuevo si la muerte de su hermano había sido en realidad un accidente; tal vez se sintiera incapaz de afrontar tanto la responsabilidad de revelar la mentira como la posibilidad de vivir con ella. El cuadro desaparecido estaba estrechamente relacionado con la historia de la familia: era un protagonista, un testigo, una clave. Rebecca siguió caminando a

paso ligero hacia el hotel con la seguridad de que tenía que encontrarlo antes de que lo hiciera otro, incluido Memling.

## Capítulo 18

Memling Winkleman golpeó la pelota de tenis con toda la fuerza que su cuerpo de noventa y un años era capaz de reunir.

—Hoy está usted a tope, señor Winkleman —gritó Dilys, su entrenadora, por encima de la red, obligada a esforzarse de verdad para devolverle el *smash*.

Golpeó la pelota con excesiva suavidad hacia la derecha de Memling, que la devolvió en dirección al cuerpo de Dilys con tanta ferocidad que la entrenadora tuvo que esquivarla de un salto.

—Tal vez esté viejo y decrepito, pero no me gustan los golpes condescendientes —rugió Memling.

Trataba a la entrenadora como trataba a todo el mundo, con un sentido de imperiosa autoridad. La combinación de riqueza, edad e inteligencia le tenían convencido de que era mejor que los demás y su confianza en sí mismo era tan absoluta que resultaba contagiosa.

Dilys levantó los brazos en señal de disculpa. Llevaba casi diez años jugando al tenis con Memling tres tardes por semana, con clases que empezaban a las seis en punto y tenían lugar en la pista privada instalada en el sótano del complejo de los Winkleman, en Curzon Street. Jugaban tres cuartos de hora, y a las siete menos cuarto en punto él se retiraba sin siquiera decir adiós. A Dilys le daba igual; la pagaba bien y era un desafío mayor que su trabajo como maestra en un colegio privado.

Memling cogió el ascensor desde el sótano hasta el cuarto piso, entró en su habitación, pasó al vestidor, se desnudó y se metió en la ducha. El agua se encendía automáticamente y estaba programada para alternar chorros de agua caliente con agua gélida. Exactamente cinco minutos después, salió de la ducha y miró con nerviosismo el teléfono móvil, confiando en que hubiera un mensaje. Pero no había nada. Ahora que debería estar disfrutando de su

tercera edad, con el futuro de su hija y su nieta asegurado, se sentía carcomido por el miedo. Todo lo que había construido, el trabajo de toda su vida, el futuro de su familia, corría peligro por culpa de un error sentimental. La única solución era encontrar y destruir la prueba que vinculaba a Memling con aspectos de un pasado que hasta entonces había logrado enterrar con éxito. Recordó de nuevo aquella granja en Baviera... En su última visita había pensado en incendiar el lugar hasta dejarlo reducido a cenizas pero, incapaz de aceptar su inminente mortalidad, se había echado atrás en el último minuto. Había tomado la decisión de hacerlo a final de mes, como muy tarde.

Se secó, se vistió con un traje de cachemira de color azul marino y camisa azul claro, entró de nuevo en el ascensor y bajó a su comedor privado, en la primera planta. Annie le había dejado la cena preparada en una mesita auxiliar, pescado al vapor, espinacas y media botella de Burdeos tinto. Cuando no salía, a Memling le gustaba comer solo, con la única compañía de Tiziano. Aquella noche no tenía hambre y se sentó de cara a un boceto de Tiepolo colgado en una pared para reflexionar sobre su segundo gran error: redescubrir el cuadro en aquella tienda de objetos de segunda mano y no comprarlo en aquel momento. Al ver la cámara de seguridad instalada en el local, Memling había decidido enviar a Ellis, su guardaespaldas-chófer, una de las pocas personas en las que confiaba, para que comprase la obra de arte. Al descubrir que el cuadro ya no estaba en la tienda, Ellis había intentado asustar al vendedor. Por desgracia, su «pequeña lección» se le había ido de las manos. Y ahora el hombre estaba muerto y el cuadro seguía desaparecido.

Memling se sirvió una segunda copa de vino y dejó que sus pensamientos regresaran a Marianna: ella había prometido no vender ni regalar jamás el cuadro, que permanecería siempre con ella como recordatorio secreto de la autenticidad de su amor. Su muerte, repentina e inesperada, había hecho descarrilar todas sus buenas intenciones.

Por el bien de sus hijos, Memling nunca había abandonado a su esposa, Pearl, por el amor de su vida. A pesar de no ser un hombre dado a pasiones, o ni tan siquiera a sentimientos profundos, había amado a Marianna desde el instante en que la vio recorrer el pasillo para casarse con su amigo íntimo. Al girarse, como el resto de los asistentes, para mirar a la novia, Memling había entrado en estado de shock. Y cuando ella había pasado por su lado, lo había mirado a los ojos y Memling había sabido que el sentimiento era mutuo.

Marianna y Memling pasaron cinco dolorosos años negando su amor, pero

una tarde, después de encontrarse por casualidad cerca del hotel Claridge, disfrutaron de la primera de muchas veladas felices en una suite de la cuarta planta. Diecisiete años después de su muerte, Memling seguía teniendo aquella suite siempre alquilada y regresaba a ella a solas de vez en cuando para llorar el fallecimiento de Marianna.

Después de su muerte, Memling había escrito a los hijos de Marianna solicitándoles el cuadro. No añadió en su misiva que había regalado aquel objeto de valor incalculable a su madre como recordatorio de su amor. Era el único acto sentimental que Memling había cometido en toda su vida. Los hijos de Marianna (ninguno era de Memling) se disculparon con él y reconocieron que habían vendido la totalidad del contenido de la casa en un solo lote a una empresa dedicada al vaciado de pisos. Memling había dedicado años a rastrear catálogos de casas de subastas y museos; había adquirido la costumbre de visitar galerías y tiendas de objetos de segunda mano los fines de semana. Por pura chiripa, aquel sábado, después de dieciséis años y medio de búsqueda, lo había localizado en Bernoff's. ¿Por qué le habría regalado a Marianna aquel cuadro?, pensó Memling por enésima vez. Había muchos más cuadros, muchos incluso más valiosos que aquel. Y la respuesta que obtenía siempre era la misma: aquel cuadro comunicaba todo lo que Memling creía sobre el amor pero que jamás había sido capaz de articular. Durante los primeros dieciséis años de su vida, la pintura había pertenecido a la única persona que le había enseñado el significado de la bondad sincera y sin condiciones. Y Memling imaginaba que el amor era eso. Cuando conoció a Marianna, su concepto del amor cambió; se sentía, a la vez, el hombre apasionadamente feliz tumbado a los pies de su amada y el payaso taciturno del fondo de la escena. Estar enamorado lo empujaba, a cada momento, por el oleaje del éxtasis y la tristeza. Como todas las personas del mundo, creía que su dilema era único.

Solo en los ratos que pasaba con Marianna se permitía Memling un respiro del asco y la vergüenza que sentía hacia sí mismo. Durante ese breve tiempo, se olvidaba del niño desnudo y muerto de frío que pasaba horas delante de aquel bloque de pisos de Berlín y que era una deshonra para sus padres. O de la vergüenza que sentía cuando entraba en el edificio de apartamentos para saquear las casas de sus antiguos amigos y despojar de sus posesiones a los escasos supervivientes. O de la falta de dignidad que suponía robar la identidad de otro hombre, una falta de dignidad que se merecía. Había veces

en las que Memling justificaba sus actos. Desarmar los lienzos de sus marcos en los trasteros, enrollar las telas y esconderlas en su mochila era una forma de salvar grandes obras de arte, pero en el fondo sabía que no era más que un ladrón afortunado.

El amor de Marianna ennoblecía a Memling, lo convertía en mejor persona, le limpiaba de sus crímenes, mientras que el amor de él hacia ella confirmaba que, lejos de ser una mala persona, en aquel corazón de acero había algo de bondad. Marianna era veinte años menor que Memling, razón por la cual se suponía que tendría que sobrevivirle y, por ello, le había prometido que quemaría el cuadro cuando él falleciera. Maldecía al destino por habérsela llevado tan temprano. Maldecía su estupidez por haberle regalado el cuadro en su día.

Memling miró el reloj. Ya eran las siete. No le apetecía ir a la inauguración de la Royal Academy, pero sabía que necesitaba ser visto, actuar como si nada indecoroso estuviera pasando. Pulsó un discreto timbre rojo instalado en la pared y dio la señal para que el coche y el chófer estuvieran a punto en la puerta de casa.

Barty, cuyo pantalón era excesivamente estrecho, realizó todo el trayecto desde Chester Square hasta la Royal Academy de pie en el asiento trasero del coche de Vlad y sacando medio cuerpo por la abertura del techo corredizo. Para capturar el espíritu de la exposición, «Música, locura y caos en la Francia del siglo XVIII», Barty se había vestido como un cortesano de Luis XIV con un calzón corto pegadísimo al cuerpo de color amarillo eléctrico, medias blancas de seda y zapatos de charol con relucientes hebillas. Completaba el conjunto una levita de tela adamascada de color rosa y una camisa con cientos de volantes que le cubrían el pecho desde el cuello hasta la cintura. El disfraz, confeccionado para un niño que salía en una serie de época de la BBC de los años setenta, le iba varias tallas pequeño, a pesar de que Barty llevaba debajo faja reductora, corsé y tres días enteros sin comer alimento sólido. Pero la *pièce de résistance* era una peluca enorme, de sesenta centímetros de altura, coronada con un galeón dorado acomodado entre nubes de cabello blanco empolvado. «Lo he cogido prestado de Elton, querido», diría Barty a quienquiera que le preguntase al respecto, y también a la mayoría de los que no lo hicieran.

Vlad se subió las solapas de la cazadora hasta que le rozaron las mejillas y, hundiéndose en el mullido asiento de cuero blanco, confió en que no los viera ningún conocido. Estaba agotado solo de pensar en tener que pasar una velada entera con Barty.

Por la tarde, había recibido malas noticias de la fábrica de Eshbijan. En la planta había explotado una tubería y doscientos trece trabajadores habían recibido la lluvia de metal fundido. Había habido dos muertos y sesenta y cuatro trabajadores estaban ingresados en el hospital con quemaduras de cuarto grado. El silencio de las familias podía comprarse, podían llevarse a cabo las compensaciones económicas necesarias, pero, si la noticia del accidente salía a la luz, las esperanzas de Vlad de sacar a la bolsa de Londres las acciones de su empresa correrían un grave peligro. Casi igual de preocupante era el hecho de que la noticia del accidente hubiera llegado a oídos del Líder dos horas y cuarenta y cinco minutos antes de que Vlad fuera informado. Era evidente que los poderes estaban metidos en lo más profundo de su compañía. Vlad sabía que no podía confiar absolutamente en nadie.

—¡Oh, ánimo! —dijo Barty al ver de refilón la expresión taciturna del ruso—. Vamos a una fiesta. Si no nos gusta, nos largamos. Eso es lo encantador del mundo del arte, la amplia variedad de elección que proporciona. Podemos ir de serios en Spitalfields, de mugrientos en Golders Green o de chics en Chelsea. Te lo digo en serio, por mucho que cambie el lugar, la gente es la misma. La vida cultural es insular: siempre lo mismo, siempre lo mismo.

La opinión que Vlad tenía del mundo del arte estaba de capa caída. En las últimas semanas, había visitado varias exposiciones con obras extremadamente valiosas, con precios ridículamente caros y tremendamente incomprensibles. Uno de los artistas se había dedicado a llenar estanterías con centenares de macetas minúsculas que apenas eran visibles detrás de un cristal esmerilado, mientras que otro, un alemán, exponía un montón de figuras deformadas colocadas boca abajo en un mar de garabatos. Le habían ofrecido un fragmento de grafiti realizado por un artista callejero ya fallecido por más dinero del que había gastado en la adquisición de su nueva casa, y también el trabajo de un joven valor que se dedicaba a barnizar papel pintado con medallones de terciopelo y lo vendía por cientos de miles de libras. Y lo que hacía que el proceso de venta fuese todavía más alucinante era que, para adquirir cualquiera de aquellas obras, Vlad tenía que apuntarse a una

exclusiva lista de espera con plazo de entrega desconocido. No le extrañaba, pues, que la gente prefiriera el sistema de pagar y llevarse la obra que facilitaban las casas de subastas. La semana anterior había adquirido un Elvis y un Mao de Andy Warhol en una subasta de Monachorum, con la esperanza de que el Líder aceptara agradecido tanto al Rey como al Potentado.

Le había sorprendido que la Oficina del Control Central aceptara las pinturas de moscas y diamantes de Hirst y hubiera rechazado el Mao, acompañando la devolución con una nota que decía: «El Líder no quiere nada que le recuerde ojos achinados». Era lo más próximo a un chiste que el régimen podía permitirse y Vlad a punto estuvo de reír a carcajadas. Barty decidió colgar el Mao en la cocina de la casa de Vlad en Chester Square, argumentando que era «chic» tener treinta millones de dólares colgados sobre la encimera.

El coche de Vlad cruzó las gigantescas verjas decoradas del patio de la Royal Academy. La fachada estaba iluminada con focos y la escalinata flanqueada por enanos semidesnudos, cubiertos apenas con togas doradas y portando antorchas. A un lado había un desconsolado elefante, montado por un joven *mahout* tocado con un enorme turbante y que estaba casi azul del frío que debía de estar pasando. El elefante se balanceaba levemente de izquierda a derecha.

—Ese pobre animal está en todas partes esta semana —comentó Barty en tono desdeñoso—. Lo vi en Dori's, luego en el Credit Russe y después en Astor.

Vlad siguió a Barty y cruzaron las puertas giratorias situadas a los pies de una majestuosa escalinata.

—Abran paso, abran paso —anunció Barty a cualquiera que quisiera escucharle—. Les presento a Vlad.

Algunos se giraron con curiosidad, pero a la mayoría lo único que le interesaba era ver y ser visto.

—Es espantosa y apestosamente rico —dijo Barty en un falso susurro—. Croesus, a su lado, parecería —dudó un momento, esforzándose por encontrar la metáfora más adecuada—, parecería una tienda de todo a cien... Sí, Croesus a su lado... —Pero distraído al ver un auténtico muro de fotografías, a Barty se le fue rápidamente el santo al cielo.

Vlad miró a su alrededor y se dio cuenta de que su camiseta roja ofrecía una curiosa pincelada de color en un mar de blanco y negro, salpicado de vez en

cuando por algún que otro bolso amarillo o rosa y un destello turquesa que asomaba por el bolsillo de alguna chaqueta. Los hombres llevaban trajes desestructurados y camisetas blancas. Las mujeres, en su mayoría, vestidos con cortes geométricos y el cabello peinado de forma errática, y muchas de ellas lucían gafas idénticas de montura gruesa.

El modelito de Barty encantó a los paparazzi y se contoneó delante de ellos bajo un bombardeo de flashes. Vlad ascendió la escalinata alfombrada, flanqueada por chicas con bandejas de champán. Se preguntó por qué las camareras eran normalmente mucho más atractivas que las invitadas.

Preocupado por la posibilidad de que el ruso se cansara rápidamente del gentío y de los cuadros de delicadas escenas cortesanas en ornamentados claros de bosque, Barty se olvidó de los fotógrafos y, con cuidado de no romper las costuras del disfraz, subió con cautela las escaleras. En cuanto asomó la cabeza a la primera sala, descubrió entusiasmado que estaba repleta de viejos amigos y potenciales conquistas. Barty tenía un índice de conversación estricto basado en el estatus del interlocutor: concedía algunos minutos solo a los muy importantes y el resto tenía que contentarse con un beso en el aire y cuatro frases.

La primera persona que vio fue a Septimus Ward-Thomas, de la National Gallery, que parecía agobiadísimo.

—Hola, Barty —dijo lánguidamente Septimus.

—Se te ve cansado, Septimus —observó Barty.

—Agotado, de hecho. El departamento no para de insistir en que debo llevar a cabo una reestructuración, sea lo que sea lo que eso signifique.

—Jodidos burócratas —dijo alegremente Barty.

—¿Te puedes creer que soy el director de un museo de los más importantes pero no tengo ni tiempo de mirar obras de arte? Mi agenda está abarrotada de reuniones con funcionarios, líderes sindicales, plutócratas y potenciales donantes.

—Sospecho que siempre fue así, querido Septimus... ¿Acaso Van Dyck y Tiziano no se pasaron la vida postrándose ante sus respectivos Carlos? El pobre Donatello apenas si tenía tiempo para coger un cincel sin que Cosme de Médici irrumpiera en su estudio. Coraje, y pon al mal tiempo buena cara.

Barty continuó en dirección al conde de Beachendon, que estaba en otro lado de la sala. Esquivó con habilidad a la hija gorda y aburrida de un cliente, y saludó calurosamente al subastador.

—Barty, estás maravilloso —dijo Beachendon, mirando divertido a su viejo amigo.

—Se intenta, se intenta —dijo Barty, con una sonrisa—. Ya sabes que tengo a ese grandullón ruso que quiere comprar arte.

—En todo Londres no se habla de otra cosa —replicó Beachendon con sinceridad—. Me muero de ganas de conocerlo.

—Te lo dejaré el jueves que viene. ¿Qué te parece si quedáis para una comida especial? Con chicas guapas y un montón de oportunidades de compra.

—Podrías ser mi caballero de reluciente armadura —dijo Beachendon.

—La competencia es seria —replicó Barty.

Ambos hombres comprendían aquel lenguaje en clave.

—¿Cinco por ciento? —ofreció Beachendon.

—Si quedamos en un seis, nos vemos la semana que viene —dijo Barty, sonriendo feliz.

—Eso me dejaría casi con nada.

—Vale... Cinco y medio si gasta menos de tres millones, y seis por ciento si supera esa cifra.

—Cuatro si es por encima de diez millones —contraatacó Beachendon.

Barty se llevó las manos a las caderas.

—Eres un capataz duro de pelar.

Beachendon sonrió.

—Nos vemos el jueves.

Barty vio a Delores en una esquina y se encaminó hacia ella.

—¿Qué haces aquí? Estás muy lejos del meollo.

Delores señaló con el pulgar hacia detrás de donde estaba situada.

—Los canapés salen por esa puerta. Lo que significa que estoy apostada en primera línea.

—¿Qué voy a hacer contigo? Si engordas más, podrás salir botando por las puertas, llegar a Piccadilly y dar la vuelta a todo St. James's Park.

—Esas calzas te van demasiado estrechas. Te reto a que comas una *crudité*... No creo que aguanten.

—Las tuyas explotarán antes que las mías —bromeó Barty.

En aquel momento, vio a la señora Appledore en el otro lado de la estancia y se alejó corriendo de Delores.

—Querida, qué pelo. Adoro ese baño de color en rosa.

—Mi peluquero dijo que era fascinante —replicó la señora Appledore,

retocándose los rizos.

—¿Me permite que la copie? —chilló Barty, excitado.

—Por supuesto —dijo la señora Appledore, encantada. La imitación era la mejor forma de lisonja.

—Veo que no se dado cuenta —dijo Barty, girando la barbilla a derecha e izquierda.

—¡Ha ido a visitar a Frederick! —exclamó la señora Appledore, uniendo las manos con satisfacción—. Siempre descubro sus trabajos. Me encanta que deje ese minúsculo hoyuelo a modo de marca personal.

Tanto la señora Appledore como Barty habían visitado recientemente al cirujano plástico parisino Frederick Lavallo. Les gustaba también Patrick Brown para las barrigas, pero no se ponían de acuerdo en cuanto a quién hacía mejor los arreglos de rodilla. La señora Appledore prefería a Wain Swanson, de Kentucky (famoso por operar tendones de caballos purasangre en sus ratos libres), mientras que Barty había descubierto hacía poco a un «médico adorable» en Bangkok.

—Ando buscando mi último trofeo en el campo de la pintura —dijo la señora Appledore—. ¿Sabe de alguno?

—Hoy en día encontrar una obra maestra es complicadísimo —dijo Barty.

—Por culpa de esos rusos... Lo compran todo —replicó ella.

—Eso sin olvidar a los cataríes —le recordó Barty—. Creo que son los que tienen el récord.

—Cuando yo era joven, era un mercado de compradores. Podías elegir entre diez Tizianos. Ahora, si estás de suerte, te ofrecen un pequeño Canaletto.

La señora Appledore había reescrito su propia historia tantas veces que incluso había olvidado que había pasado la juventud en una granja polaca y luego en un convento a las afueras de Cracovia.

—Suerte que tenemos las tres D: Deudas, Decesos y Divorcios. Al final, las buenas piezas siempre acaban saliendo —dijo Barty.

—Los museos lo estropean todo comprando cosas. Sacar obras de arte de las instituciones nacionales es complicadísimo —se lamentó la señora Appledore.

—No se preocupe, querida, andan tan cortos de dinero que tan solo es cuestión de tiempo que empiecen a quitarse de encima sus adquisiciones.

Barty miró por encima del hombro y vio que la jequesa de Alwabbi subía las escaleras flanqueada por cuatro damas de compañía y siete

guardaespaldas. Iba vestida con un magnífico vestido de alta costura confeccionado en cachemira de color blanco y zapatos de piel de cabritilla con tacones con diamantes incrustados.

—¿Sabía que tiene una habitación del tamaño de una cancha de tenis solo para sus joyas? —dijo Barty.

—¿Quién? ¿De quién habla? —La señora Appledore se giró para seguir la mirada de Barty—. Oh, Dios mío. Mire ese pedrusco. Es el Dar a Leila, pertenecía a Shah Jahan. ¿No le encanta cómo lo ha hecho engarzar?

De un collar de perlas negras colgaba un diamante del tamaño de un huevo de paloma.

—Muy chic —dijo Barty, dando su aprobación—. Voy a presentarme.

Instantes después, doblándose por la cintura hasta casi rozar el suelo, Barty hizo una reverencia delante de Su Alteza. Resultó elegante, aunque fue demasiado para las costuras de las calzas amarillas. Los que estaban situados detrás de Barty se encontraron de pronto delante de unos calzoncillos de seda de color granate. Barty chilló. Su Alteza imaginó que el repentino grito de aquel hombre tan curioso era una manifestación de lealtad, algo similar al ulular que sus súbditos emitían cuando un miembro de la familia Alwabbi pasaba ante ellos.

Cuando Annie accedió al patio de la Royal Academy y vio un gigantesco elefante indio, se preguntó si se había vuelto loca. El triste animal estaba delante de la puerta, montado por un chico con la mirada fija y un turbante en la cabeza.

«¿Por qué demonios habré venido?», se preguntó Annie, cogiendo una copa de vino en cada mano y enfilando la escalinata. Por la tarde había recibido un correo electrónico del club de los corazones solitarios. «Convocatoria de último minuto para todos los corazones solitarios. Os invitamos a la *fête galante* de inauguración que tendrá lugar de 18.30 a 20.00 en la Royal Academy». Sin saber cómo matar el tiempo una vez terminó de preparar la cena de Memling y hasta que llegara la hora de la cita que tenía con Jesse en la National Gallery, Annie había decidido asistir. Tal vez una exposición titulada «Música, locura y caos en la Francia del siglo XVIII» le serviría de inspiración para la cena de Delores.

Vlad, deseoso de escapar de Barty, contemplaba distraídamente los

cuadros. En su mayoría eran caprichosas escenas pastorales: personajes vestidos como Barty, retozando en el claro de un bosque. El tema y la atmósfera eran el polo opuesto de la vida de Vlad en Siberia y, por ese motivo, le gustaban las pinturas.

Al fondo de la sala principal había un único cuadro de un payaso vestido de blanco, representado casi a tamaño natural, con la expresión más triste que Vlad había visto en su vida. Cuando lo miró a los ojos, se quedó perplejo al descubrir que aquel Pierrot inanimado, pintado casi trescientos años antes de que él naciera, comprendía a la perfección sus sentimientos. El payaso irradiaba un sentimiento de pérdida, de aislamiento en un país extranjero, de una vida vivida sin objetivo ni sentido; y, por encima de todo, el payaso comprendía lo que era sentirse rechazado. Vlad sabía que aquel hombre tan extrañamente pintado había, como él, amado a una mujer inalcanzable y que, también como él, estaba exiliado lejos de su patria. Vlad rompió a llorar; las lágrimas saladas empezaron a resbalar por sus mejillas, seguidas por involuntarios sollozos para expulsar el aire contenido en la caja torácica. Se palpó los bolsillos confiando en que alguien, alguno de sus criados tal vez, hubiera pensado en ponerle un pañuelo. No lo encontró, naturalmente, de modo que decidió secarse la nariz con la chaqueta.

—Tenga, use esto.

Con los ojos empañados por las lágrimas, Vlad bajó la vista y vio una mano delicada sujetando un trozo grande de tela.

—A mí también me hace llorar. Conozco muy bien ese sentimiento —dijo Annie, pasándole un paño de cocina que se había olvidado de sacar de los pantalones de trabajo.

Vlad se secó los ojos con el paño y miró a la mujer vestida con pantalón negro, trenca de lana y botas Doc Martens que estaba a su lado. Tenía una mata de cabello castaño rizado y un montón de pequitas esparcidas por encima de la nariz.

—¿Es usted asesora de arte? —le preguntó, pensando en Lyudmila.

—Soy cocinera —respondió Annie.

A pesar de que no era rubia y era bastante menuda, Vlad la encontró atractiva y maravillosamente tierna.

—¿Siempre le hacen llorar los cuadros? —preguntó Annie.

Vlad negó con la cabeza; empezaba a sentirse turbado.

—¿Damos una vuelta por aquí? —sugirió Annie—. No conozco a nadie.

Vlad asintió y la siguió hacia la siguiente sala. Apenas nadie se había alejado del corazón de la fiesta y Vlad y Annie pudieron contemplar los cuadros sin ser molestados.

—La verdad es que la obra de Watteau empieza a gustarme —dijo Annie—. Sus personajes son muy reales, los colores son vibrantes y las composiciones emanan vida.

Vlad asintió, aunque solo miraba a Annie. ¿Y si fuera ella la que le ayudara a mantener a raya su soledad?

—Es casi como si pudieras oír sus conversaciones. De hecho, me pregunto si, viéndolas en conjunto, todas estas pinturas no podrían ser como una versión temprana de las telenovelas. Fíjese —dijo, mirando de un lienzo a otro—, en los cuadros siempre sale la misma gente. —Annie señaló a un hombre de facciones planas y una mujer con nariz respingona que aparecía en un cuadro, luego en otro—. Oh, y mire, aquí vuelve otra vez el payaso, más abatido si cabe.

A pesar de que su inglés había mejorado, a Vlad le costaba seguir la conversación.

—¿Cena esta noche? —preguntó Vlad, dando por supuesto que Barty le recomendaría el lugar ideal.

—No, gracias —replicó ella con firmeza.

—Por favor —dijo Vlad.

De repente, deseaba de verdad que aquella mujer hablara con él, que compartiera una velada con él.

—Tengo una cita —explicó Annie.

Unas semanas atrás seguramente le habría dicho que sí. Le gustaba el rostro triste del ruso, su conducta de persona maltratada por la vida e, incluso, aquella horrible chaqueta de cuero que le iba tan grande. Le hacía gracia, además, que en aquel mar de gente rica y bien relacionada, la única persona pobre y solitaria como ella le hubiera propuesto salir.

Veinte minutos más tarde, Annie estaba con Jesse y Agatha en el taller de restauración de la National Gallery examinando la pintura. Eran justo las ocho menos cuarto de la noche, el cielo había adquirido un color negro tinta y la estancia estaba iluminada por una sola bombilla halógena. Jesse intentaba mostrarse despreocupado y no mirar muy a menudo a Annie. Pero acababa de

llegar a la conclusión de que, desde la última vez que la había visto, estaba aún más guapa. Su cabello era como un halo castaño alrededor de su rostro y su piel blanca resplandecía en la oscuridad. Todo en ella era frágil y fuerte a la vez, enérgico y melancólico a un tiempo. Bajo el brillo poco favorecedor de la luz del techo, admiró maravillado aquellas pestañas negras, el tono azulado de sus párpados, las curvas rosadas de los lóbulos de las orejas y una pequeña lluvia de pecas, en forma de cuarto creciente, que adornaba el dorso de su mano izquierda.

—A pesar de que creo que es demasiado pronto para dar un dictamen —le dijo Agatha a Annie—, las evidencias sugieren que tu cuadro es de principios del siglo XVIII y no es una copia.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —dijo Annie, intentando disimular la emoción.

—Utilizamos varios trucos técnicos. El primero consiste en limpiar una pequeña área. Señaló un pedacito de cielo y las copas de los árboles de la esquina superior izquierda. En comparación con los amarillos apagados del resto del cuadro, aquel fragmento, del tamaño de una caja de cerillas, había cobrado vida; el follaje resplandecía.

—¿Por qué no has hecho un poco más? —preguntó Annie.

—Porque, aun tratándose de un trocito tan pequeño, habrán sido unas quince horas de minucioso trabajo —le explicó Jesse—. Hay que hacer las cosas a paso de caracol para evitar percances.

—Lo siento..., no quería ser impertinente —dijo Annie, ruborizándose por haberse mostrado impetuosa y desagradecida. Se recordó a sí misma que aquella mujer trabajaba gratis y en su tiempo libre.

Agatha sonrió.

—Como ya dije, este cuadro ha devuelto a Jesse a mi vida, por lo que me parece un trato justo.

Jesse sonrió agradecido a Agatha.

—El principal problema es que la pintura original está cubierta con sucesivas capas de un barniz de color marrón muy grueso. Más adelante, tendremos que tomar la decisión de retirarlas del todo o simplemente intentar aclararlas. A pesar de que la primera solución es la más sencilla, podríamos correr el riesgo de arrastrar la vieja pátina. Por suerte, los últimos que incorporaron un par de capas de barniz utilizaron una base de una resina que

conocemos como mástique, que es la que mejor se elimina.

Cogió la linterna y le indicó a Annie que se acercara más al cuadro y entonces, aproximando el dedo a la superficie, señaló la zona limpiada.

—Quienquiera que lo pintó, era un artista extraordinariamente habilidoso; basta con observar el follaje. Aunque posee la profundidad y el movimiento del claro de un bosque un día caluroso de verano, y casi puedes oír el canto de los pájaros y oler el calor del sol sobre las hojas, lo ha creado todo con unas pocas pinceladas de marrón y marrón rojizo.

—Pero el efecto es verde y dorado —dijo Annie, maravillada.

—Preparó una base en blanco y azul y luego trazó veloces pinceladas encima —dijo Agatha, iluminando la zona con la linterna—. También es posible que utilizara una veladura verde o marrón de creación propia. Si retiramos demasiado barniz, podríamos arrastrar su trabajo.

Dejó la linterna, se acercó a su mesa de trabajo y volvió con tres fotografías grandes en blanco y negro. Annie observó una de ellas, pero no la entendió. Era granulosa y borrosa, y en una esquina se veía una especie de figura fantasmagórica y unos toques de luz blanca. Observándola con más detalle, reconoció el perfil de un payaso. En la siguiente fotografía, detectó la presencia de la mujer y su admirador. La última fotografía era ilegible para un ojo tan poco experto como el de ella; una serie de cuadrados y números.

—Es normal que esta te deje perpleja —dijo Agatha, sonriendo—. Las dos de los rayos X son bastante evidentes, pero esta otra es de la parte posterior del lienzo. Esas formas extrañas insinúan la presencia de sellos importantes y reveladores escondidos bajo distintos revestimientos.

—Es un poco como el juego de pasar el paquete... Nunca sabes qué encontrarás cuando lo abras —dijo Jesse, y Agatha y él se echaron a reír.

—¿Sellos? —preguntó Annie, desconcertada con el hilo de la conversación e incapaz de captar el chiste.

—De un modo parecido a las marcas con que los ganaderos identifican sus vacas, a los propietarios siempre les gusta dejar su sello —le explicó Agatha antes de sacar dos fotocopias de la página de un libro, donde se veían imágenes de blasones similares.

Colocó las fotocopias al lado de la fotografía más grande.

—Sin duda alguna, este blasón es la insignia de Federico el Grande, rey de Prusia, pero más interesante si cabe es que este número, el trescientos doce, pertenece al sistema de catalogación de Luis XV y corresponde a los cuadros

que entraron en su colección entre marzo y septiembre de 1745.

—¿Y todo eso cómo lo sabes? —preguntó Annie, estudiando la secuencia de números.

—Tengo un colega que ha dedicado toda su vida profesional a establecer referencias cruzadas entre catálogos e inventarios de aquel periodo. Sirviéndome de su investigación, he podido precisar el momento en que distintas obras han entrado y salido de la Colección Real.

—Tal vez el museo tendría que empezar a colgar las pinturas para que se vieran por detrás —dijo bromeando Jesse.

—Te reirás, pero es una discusión que hemos tenido a menudo —dijo Agatha.

—¿Y qué más has descubierto? —preguntó Annie.

—Hay dos números más: aquí, en la parte inferior, aparece el doscientos treinta y cuatro, y luego aquí, en la esquina superior derecha, se ve el perfil de un ochenta. Este último recuerda un poco la clasificación de Catalina la Grande, pero eso sería ya demasiado fuerte.

—¿Por qué?

—Porque significaría que el cuadro posee la historia o el origen más interesante de cualquier obra con la que me haya tropezado en mi vida —sentenció Agatha.

Annie, Jesse y Agatha se quedaron mirando la pintura. Annie recordó al hombre con cara de yunque del Museo Británico: ¿sería esta la respuesta a su acertijo? Intentó recordar los nombres de los reyes y las reinas. ¿Qué le había dicho? ¿Luis, Catalina y Victoria? Intentó hacer memoria.

—Imagínate, estarías vinculada con algunos de los principales gobernantes de la historia —le dijo Jesse a Annie.

—De un rey a una reina y de esta a la señorita Annie McDee, inquilina de un pequeño piso en Shepherd's Bush, propietaria de cuatro pantalones, once camisetas, tres pares de zapatos, un vestido negro y una lavadora estropeada —dijo Annie, con tremenda ironía.

—Además de una insigne obra de arte —añadió Jesse.

—Eso explicaría en parte por qué la gente ansía ser propietaria de grandes obras de arte. Porque te conectan con una herencia gloriosa y con destacados gobernantes —dijo Agatha.

Annie hizo un falso saludo real a Jesse, que respondió con una reverencia.

—Y tengo más buenas noticias —dijo Agatha.

Sacó entonces algo que a Annie le pareció una radiografía normal. Aunque, entre las distintas tonalidades de gris, se distinguían las líneas blancas del boceto previo del artista.

—Hemos sometido el cuadro a la reflectografía infrarroja y, si te fijas bien, podrás ver los perfiles del boceto.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Annie, confusa.

—Es altamente improbable que se trate de una copia. Los copistas no necesitaban trabajar previamente en el emplazamiento y la forma de las figuras, puesto que el artista original ya había hecho esa labor por ellos.

Agatha sacó varias fotocopias de reflectografías de otros cuadros de Watteau para poder hacer comparaciones.

—No quiero levantar falsas esperanzas, pero estas imágenes son radiografías de otras pinturas de Watteau y se observan ciertas similitudes.

Annie observó con atención pero, para ella, esas marcas blancas las podría haber hecho cualquiera.

—Es como estudiar la caligrafía de una persona —le explicó Jesse—. Distintos artistas utilizan distintas pinceladas y técnicas.

Annie cogió un ejemplo y le pareció detectar un débil perfil debajo de una escena pastoral. ¿Un escudo? ¿O una lanza?

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Watteau era pobre y a menudo no podía comprarse telas, razón por la cual pintaba sobre cualquier cosa que tuviera a mano. En este caso, fue la parte posterior de las puertas de un carruaje decoradas con signos heráldicos. Sabemos de otro cuadro, *La declaración esperada*, que pintó sobre un grabado en cobre.

—¿Era tan pobre que no podía ni permitirse una tela? —preguntó Annie.

—Es lo que suponemos. Y encontramos otra pista sobre sus circunstancias económicas. Seguidme.

Agatha los guio hacia un estrecho pasillo, al final del cual cruzaron dos puertas. Al otro lado había una serie de habitaciones organizadas como un laboratorio científico.

El cuarto era pequeño y oscuro. Sobre una mesa había varios ordenadores y las paredes estaban cubiertas con estanterías llenas de tubos de ensayo y parafernalia científica. Annie miró a Jesse, asombrada. Pasaba dos veces al día por delante de la National Gallery y siempre había dado por sentado que era simplemente un almacén de cuadros.

Sentado delante de una pantalla había un hombre con bata blanca, cabello gris alborotado y expresión irrepríblemente alegre.

—Os presento al doctor Frears —dijo Agatha.

—La afortunada dama —dijo el doctor Frears, levantándose y tendiéndole la mano a Annie—. Eso de entrar en una tienda de objetos de segunda mano y tropezarse con una bellísima obra de arte es un sueño para muchos.

—A lo mejor solo le pasa a quien no sabe nada de nada —replicó con ironía Annie.

—¿Te gustaría ver lo que he estado estudiando?

Annie asintió. A pesar de su escepticismo y de la inminente cena de Delores, aquella gente encantadora y su extraordinaria experiencia estaban cautivando su imaginación. Siguió al doctor Frears hacia su puesto delante del ordenador y vio en la pantalla la imagen de un pastel de hojaldre con capas de crema y frutas de distintos colores.

—¿Un pastel? —preguntó.

—Es un corte transversal de la minúscula muestra de pintura que pinchamos del canto del lienzo ampliada varios millones de veces —le explicó el doctor Frears—. A pesar de que el ojo humano no lo detecta, este puntito puede contarnos muchas historias.

Fascinada, aunque totalmente perpleja, Annie miró de nuevo la imagen.

—Los pigmentos utilizados en tu pintura son idénticos a los que aparecen en otras obras de Watteau. Lo que resulta fascinante es este minúsculo fragmento de azul Prusia... Sabemos que este pigmento no llegó a París hasta principios de 1700. Lo que no sabemos es cómo tu hombre pudo permitírselo. En la sección inferior hay un óxido de hierro que utilizaba a menudo y que sabemos que adquiriría en una tienda cercana a su vivienda.

Annie y Jesse se inclinaron hacia la pantalla para inspeccionar las capas de gradaciones de color y de grano.

—De modo que, como este jovencito sospechaba —dijo el doctor Frears, moviendo la cabeza en dirección a Jesse—, no podemos descartar que el cuadro sea obra de la mano de Watteau.

—¿Y eso no lo demuestra ya? —preguntó Annie.

—Por desgracia, no podemos llegar a esa conclusión. Nuestro trabajo consiste más en descartar que en ratificar —replicó Agatha.

—Y aquí tenemos otro descubrimiento fascinante —dijo el doctor Frears, señalando una diminuta marca negra—. Resulta que esto es un pelito de pincel.

Annie se mordió el labio —tenía ganas de reír—, ¿con qué iba a pintar, si no?

El doctor Frears continuó.

—Mezclado con la pintura hay también rastros de vino, de sangre y de algún tipo de grasa animal.

—¿Y si enviáramos el ADN a nuestros amigos del King's College? —sugirió Agatha.

—¿Para clonar al pintor? —preguntó Annie.

El doctor Frears sonrió.

—¡Nunca se sabe!

Una hora más tarde, en un pequeño pub de St. James's Square, Annie y Jesse ocupaban una mesa de un rincón y bebían una copa de vino blanco.

—Me encantaría poder haberte invitado a champán —dijo Jesse, disculpándose.

—Esto es estupendo, gracias —dijo Annie.

—Por tu pintura.

Jesse levantó la copa de vino y brindó con Annie. Tomar una copa con él era lo mínimo que podía hacer. Había un reloj en la pared, detrás de la barra: las ocho y media. Annie estaba cansada y con ganas de volver a casa.

—Debes de estar emocionada con lo del cuadro —dijo Jesse.

—¿Emocionada? No entiendo en absoluto este mundo. Hay pruebas que indican que el cuadro es auténtico. A la restauradora le gusta y el científico lo admira. Las pruebas de datación apoyan la idea. Las pruebas de pintura se acumulan. En un catálogo hay incluso un grabado de esta obra, pero todo esto carece de importancia a menos que determinados expertos lo ratifiquen.

—El arte es subjetivo —dijo Jesse.

—Y Dios también.

—¿No te parece reconfortante que la ciencia no pueda tener la última palabra sobre la belleza? ¿Que la tenga el ojo del espectador? —preguntó Jesse.

—A mí me parece demasiado aleatorio.

—¿Acaso no es como cocinar? ¿Que nunca sabes cómo te saldrán exactamente las cosas?

—Al menos con la comida hay un margen de tiempo... Si te pasas, o la

estropeas o la quemas.

—Hemos descubierto muchas cosas en un plazo relativamente breve —dijo Jesse—. Sabemos que el cuadro es antiguo, que se pintó en época de Watteau. Que fue propiedad de un montón de gente pudiente y que no es una copia.

—¿Y ahora qué?

«Me gustaría besarte —pensó Jesse—. Deseo cogerte entre mis brazos y quitarte de encima ese malhumor y ese dolor y besarte los párpados hasta que se te pase el desconcierto. Quiero estar a tu lado cada minuto de cada día para demostrarte que eres maravillosa. Necesito decirte lo especial y extraordinaria que eres para mí».

Pero dejando de lado sus sentimientos, dijo:

—Intentemos demostrar los distintos propietarios del cuadro empezando desde la actualidad hasta principios del siglo XVIII, para que el caso resulte más atractivo.

Annie miró hacia otra mesa del pub, donde una pareja estaba cogida de la mano hojeando un folleto de vacaciones. Había algo en la manera en que la mujer estaba recostada en el hueco del brazo del hombre que hizo que su necesidad de sentirse abrazada se volviera casi abrumadora.

—¿Por qué? —preguntó Annie, obligándose a volver al presente.

—¿Por qué, qué? —preguntó Jesse.

—¿Por qué estás ayudándome?

—¿No es evidente? —dijo Jesse—. Me gustas. Mucho. Confiaba en gustarte también lo bastante, un poquito, es decir, lo suficiente para que quisieras seguir viéndome.

Annie bajó la vista hacia la copa de vino al notar que el pánico empezaba a apoderarse de ella. Se sabía capaz de gestionar encuentros frívolos, pero la perspectiva de una implicación emocional de verdad le resultaba aterradora.

—Yo no siento lo mismo. Lo siento.

Se levantó, se puso el abrigo, y salió corriendo a la calle. Alejándose del pub a la mayor velocidad posible, se dijo: «No debo volver a enamorarme nunca más, solo produce desolación. No debo».

Jesse se quedó sentado unos instantes más, la mirada fija en la copa de vino a medias, incapaz de comprender por qué sus palabras habían sido tan destructivas. ¿Cómo era posible que hubiera calculado tan mal su situación? Por mucho que Annie no hubiese animado sus avances, tampoco lo había

rechazado. No estaba enfadado, sino que se sentía desdichado. Se levantó de un brinco y echó a correr tras ella.

Miró hacia un lado y hacia otro de King Street y vio la figura encorvada de Annie avanzando en dirección a St. James's. Echó a correr y la atrapó cuando ella doblaba la esquina.

—Espera, por favor —dijo, jadeando, sin poder casi respirar—. No tengo costumbre de andar declarándome a las mujeres. De hecho, eres la primera, y debes saber que me siento como un imbécil por perseguirte de esta manera, pero los sentimientos que albergo hacia ti me superan, literalmente... Soy consciente de que lo más probable es que esto sea mi sentencia de muerte, la estocada final, pero aunque te largues ahora y no quieras verme más, aunque esté completamente equivocado, quiero que sepas al menos que, si algún día cambias de idea, sabes dónde encontrarme.

Y con esto, sin dar a Annie ni un segundo para responder, dio media vuelta y se marchó rápidamente.

## Capítulo 19

Ya te habrás dado cuenta de que el joven conservador está enamorado de mi ama; a Dios gracias que ella ya no está por esos temas. Ha cerrado los baúles, los ha etiquetado como «el pasado» y los ha guardado en el desván. Me siento extremadamente aliviado, puesto que el amor ofusca el sentido común: basta con echar un vistazo a la historia para ver la de estupideces y actos de depravación moral que se han cometido en nombre del amor. Es destructivo y una pérdida de tiempo. Y lo sé bien, puesto que he sido testigo de muchísimas cosas.

El amor puede, durante periodos de tiempo limitados, aplacar el aburrimiento y el hambre, pero no nos dejemos llevar. La muerte es la única cosa que los humanos tienen y deben esperar con toda seguridad.

Pero volvamos al asunto importante que nos ocupa. *Moi*. Annie tiene que explorar mi historia. ¿Por qué es tan importante? El ser humano necesita métodos de clasificación y que le den tranquilidad: el precio es un indicador de valor; la erudición es otro. Cuando un gran cerebro escribe de forma convincente sobre un pintor o su obra, su caché aumenta. Mi antiguo propietario, monsieur Duveen, ese marchante indigente (que fue quien engendró el mercado del arte actual), tuvo como empleado a uno de los eruditos más relevantes de todos los tiempos, Bernard Berenson, y juntos desencadenaron auténticas tormentas de deseo en torno a muchas obras.

El valor se acumula también por asociación. Tal y como dijo san Agustín: «Dime con quién andas y te diré quién eres». En términos pictóricos, dime de quién estás colgado y te diré lo que vales. Cuando una joven guapa y deseable se enamora de un hombre ordinario, este, de repente, se vuelve atractivo. Cuando una camarilla se pronuncia sobre las sutilezas de un gran libro, todo el mundo ansía leerlo. Y en cuanto a ti, mi lector, se refiere, hasta el momento has visto que he sido propiedad del dueño de una tienda de objetos de segunda

mano y ahora de una chica, por lo que imagino que no me tendrás por gran cosa. Pero si te digo que he pertenecido a reyes, reinas, un emperador del sacro imperio romano, un papa, un gran filósofo y diversas personalidades más, empezaré a despertar tu interés.

Con el paso de las décadas, durante las cuales fui transmitido de un ilustre propietario a otro, mi valor aumentó. ¿Quién no ansiaría ser propietario de algo estimado por un gran emperador o por un rey? ¿Quién no querría verse vinculado con la gloria del pasado, con el poder monumental? La mayoría de mis propietarios anhelaba la confirmación y la ratificación de su gusto. El arte es un asunto completamente subjetivo y, en consecuencia, compartir las predilecciones de figuras monumentales de la historia debe de resultar muy reconfortante, debe de reafirmar la personalidad. Las grandes mentes piensan siempre de forma similar.

En mi historia abundan el sexo, el amor, la lujuria, y hay incluso un par de cadáveres. Lo que sigue no es una lección ascética de historia, sino un soberbio divertimento de primera categoría. Me llamo, y personifico, *La improbabilidad del amor*. Me pintaron para celebrar el desenfrenado torrente del *amour*, la pasión retozona, encabritada, rompedora y transformadora que da inevitablemente paso a la desilusión más lamentable, asfixiante y abrumadora. Al principio, mi maestro impregnó hasta la más minúscula pincelada con una fogosidad desatada, un deseo ilimitado y una lujuria insaciable. Pero mientras pintaba su obra, se vio obligado a aceptar que sus sentimientos eran un espejismo, una quimera que moraba solo en su cabeza. Esta es la gran tragedia del amor: por mucho que tengas la suerte de tropezar con él, nunca perdura. Todos los jóvenes piensan que su caso será distinto; tontos, estúpidos tontos.

*Alors*. Mi maestro no logró alcanzar en vida ni la fama ni el reconocimiento que se merecía. Tal vez, de haber vivido más tiempo, de haber estado interesado por la vida cortesana, aunque fuera solo remotamente, y de haber tenido un marchante más calculador, todo habría sido distinto. Pero mi maestro poseía una de las cosas que más ansía la gente poderosa: talento creativo. Me he dado cuenta de que en el instante en que la gente se hace rica y hace realidad sus deseos terrenales, entra en un doloroso vacío espiritual. Algunos adinerados se vuelcan en la religión. ¿Pero qué sentido tiene cuando es mucho más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos? En su mayoría, sin embargo, recurre al reconfortante

poder de la belleza. El arte logra que los mortales se sientan más cercanos al cielo. Basta con ver los muchos papas que llenaron el Vaticano de obras de Miguel Ángel y de Bernini, o con echar un vistazo a los nobles y la realeza: los Sforza y Leonardo da Vinci, el amor de los Médici por Rafael, el de Carlos V por Tiziano, el de Felipe IV por Velázquez, entre otros. En una ocasión coincidí con un cínico cuadro de Courbet que decía que los ricos compraban arte porque ya no les quedaban más cosas que comprar con su dinero. Un Corot decía que era el síndrome del imitador: haz lo que hagan los demás. Nada vuelve más locos a los hombres que la imposibilidad de acaparar posesiones.

He observado asimismo que los coleccionistas compran obras de arte por motivos distintos: en parte para invertir, en parte para fanfarronear delante de sus amistades, en parte para decorar, pero principalmente con la esperanza de que el manto de la creatividad logre extenderse sobre sus hombros. La belleza posee un valor intrínseco. Desde las primeras dinastías chinas, desde tiempos de los faraones hasta la época de los griegos y a lo largo de toda nuestra historia, los hombres han creído siempre que la belleza es transformadora, que los hace mejores, que los eleva por encima de la ciénaga de sus sórdidos negocios y los conduce a un plano superior.

Mi pequeña teoría es que en el corazón de toda la ansiedad humana está el miedo a la soledad. Se inicia en el momento en que el hombre es expulsado del vientre y termina cuando acaba depositado en un agujero en el suelo. Y el espacio de tiempo intermedio no es más que una lucha desesperada para aplacar la ansiedad de la separación mediante cualquier tipo de gratificación: amor, sexo, compras, alcohol..., sigue tú la lista. Mi composición gira en torno a ese momento de respiro transformador que ofrece el amor aun a pesar de la fría certidumbre de que dicha pausa es solo transitoria.

En todos mis propietarios verás estos impulsos escenificados una y otra vez.

A principios del siglo XVIII, París era un lugar pequeño, y, cuando corrió la voz de que había un pintor que se negaba a vender un cuadro, la noticia se propagó rápidamente a los cuatro vientos. No hay nada más deseable que lo inalcanzable. A pesar de que me habían visto muy pocos, los ricos y los poderosos enviaron nuncios, mensajeros, embajadores y subordinados con oro

y joyas para persuadir a mi maestro de que me vendiera. Aquello se convirtió en un distintivo de honor, en un juego extraordinario para hacerse conmigo. *Non*, dijo siempre Antoine. Mi venta podría haberlo salvado, haberle servido para adquirir un techo decente con el que cubrirse la cabeza, los mejores médicos, comida. Piensa también en la inmensa cantidad de trabajo que podría haber producido de haber tenido un estudio (ocupaba la casa de otras personas) o pinturas buenas (nunca pudo permitirse ni pinceles de pelo de marta ni los mejores pigmentos). Yo era para él como un talismán. «Al menos personificas mi único gran recuerdo», decía a menudo antes de romper a llorar. Nunca se separaría de mí.

Recuerdo una tarde de 1709: madame de Maintenon, que había sabido de mi existencia por boca de su amigo, *le comte* de Caylus, uno de los mecenas de mi maestro, se presentó en casa de monsieur Crozat exigiendo ver al sinvergüenza que se había negado a venderle a su criado un determinado cuadro. Crozat, como le habría sucedido a cualquier mortal, se quedó aterrado al verla. Madame de Maintenon era la amante real, lo cual significa que potencialmente era la reina, y una orden real es una orden real. Crozat le prometió hacer todo lo que estuviera en su poder para convencer a mi amo de que me vendiera. Pero mi maestro no estaba por la labor. (Me quedé un poco decepcionado, la verdad. Me apetecía ver Versalles y conocer personalmente la vida de la corte). Su negativa a venderme tuvo consecuencias directas: mi maestro no consiguió ganar el Prix de Rome y fue rechazado por la Academia. Fue como si se hubiese publicado un decreto no oficial prohibiendo a todo el mundo adquirir sus trabajos.

En 1721, después del fallecimiento de mi maestro en la más estricta penuria (tan joven, qué *tristesse*, qué pérdida), hubo disputas entre sus amigos para decidir quién debía heredarme a *moi*. Al final, prevaleció la demanda de Jean de Julienne, que prometió no venderme nunca mientras siguiera con vida. Y lo decía en serio pero, ya se sabe, incluso la mejor de las intenciones acaba zozobrando en un mar de necesidad. Resulta que monsieur Julienne tenía un problema que aumentaba mes a mes; entre 1726 y 1735, supervisó y financió la publicación de cuatrocientos noventa y cinco grabados en cuatro volúmenes del *catalogue raisonnée* de la obra de mi maestro, el mismo que consultó Annie en el Museo Británico. Era un compromiso sin precedentes para un artista contemporáneo. Pero Julienne no era un hombre rico. Empezó a tener dificultades financieras y decidió sacrificar la joya de su colección, *moi*, por

una causa superior. Hubo muchas ofertas, pero Julienne sabía que yo debía pasar a manos de una personalidad adecuada. Llegaron con ofertas sustanciosas emisarios de Jorge I, de los tutores del joven Luis XV, de dos papas y de un montón de nobles. Las rechazó todas, hasta que una larga y oscura tarde de 1729, alguien llamó a la puerta. El hombre en cuestión estaba abrumado de dolor y excitación; relató atropelladamente su historia de amor y congoja. Aquella misma tarde había conocido al amor de su vida y tenía que convencer a la dama de la pasión que le había inspirado.

Se trataba de la *marquise du Châtelet*, Gabrielle Émilie le Tonnelier de Breteuil; él era François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire, el gran escritor, historiador, filósofo y adalid de las libertades civiles. Fue una desdichada mala suerte que la *marquise* Émilie no solo estuviera casada, sino también embarazada. Había rechazado las insinuaciones de Voltaire por considerarlas indecorosas, inadecuadas. La buena señora era estudiosa de la matemática y la física, poco propensa, cabe imaginar, a considerar declaraciones apasionadas. Voltaire la amó desde el instante en que la vio y le dijo que esperaría hasta que el trabajo de parto llegara a buen puerto. Ella lo miró con exasperación y no se quedó en absoluto convencida.

—Así que ya ve, monsieur Julienne —lloriqueó el gran hombre—. Necesito un mensaje de amor, algo que pueda reposar en su cama y recordarle mi persona en todo momento y de manera romántica.

Y así fue como abandoné París a finales de 1729 a bordo de un carruaje y en manos del criado que había venido a por mí. No era mi primer viaje fuera de la metrópolis: habíamos estado en Londres (lo aborrecí), en Valenciennes, de donde era mi maestro, y habíamos realizado algún que otro viaje a la campiña. Me enteré entonces de que el matrimonio de Émilie con el *marquis* Florent-Claude du Châtelet-Lomont había sido concertado cuatro años antes, cuando ella contaba solo dieciocho años y él treinta. A la boda le habían seguido dos hijos en rápida sucesión y, a pesar de que ella había intentado impedir la llegada de otro, poco antes de conocer a Voltaire había vuelto a quedarse embarazada (por violación, si acaso estabas preguntándotelo). Esto explicaría por qué Émilie salió por piernas hacia la finca que su esposo poseía en el nordeste de Francia y lo dejó a él en París disfrutando de sus amantes y sus prostitutas.

Admiraba a Émilie, pero nunca le cogí excesivo afecto. Era demasiado seria. Su padre, noble de escasa relevancia y *salonnier* de la corte de Luis

XIV, detectó el intelecto de su hija desde un buen principio y la entrenó como se entrenaría a un monito. Su gracia era más intelectual que física. Con doce años de edad, hablaba con fluidez latín, griego, italiano y alemán. Su concepto de la diversión consistía en traducir idiomas extranjeros al francés. Naturalmente, su madre estaba horrorizada con aquellos intereses tan impropios de una dama y amenazó con enviar a Émilie a un convento. Como todos sabemos, una mente femenina brillante equivale a un asesino de pasiones. Los hombres prefieren un buen pecho a un buen cerebro. El único pretendiente de Émilie fue el cojo marqués. Incluso Voltaire, en una carta a su amigo Federico II, hablaba de ella como «un gran hombre cuyo único fallo es ser mujer». Tal vez demasiado severo. Sabía bailar, tocar el clavecín y cantar con armonía, aunque todo eso eran simples requisitos para cualquier dama.

Émilie me guardó junto a su cama. Me gusta pensar que yo era lo primero y lo último en lo que pensaba cada día. Y mi magia funcionó. En cuestión de cuatro años, Voltaire se convirtió en su amante y se instaló en el *château* de la familia. Al viejo marqués no le importó en exceso, puesto que había encontrado a una casquivana pechugona sin una sola neurona en la cabeza. No puedo decir que aquel fuera el lugar más excitante del mundo. Voltaire y su amante tenían una relación que era más cerebral que carnal. Cuando él irrumpía en la alcoba, con la mirada encendida y el camión desabrochado, era normalmente para discutir alguna teoría libertaria o leer uno de sus panfletos. Mientras anduve por allí, completó cuatrocientos treinta y ocho libros, obras de teatro, cartas, poemas y panfletos, además de múltiples obras científicas e históricas. Émilie era casi tan prolífica como él: documentos sobre energía cinética, la ciencia del fuego, leyes, álgebra y cálculo. Me han contado que su traducción y comentario de los *Principia Mathematica* de Isaac Newton sigue todavía publicándose.

¡No pretendo decir con esto que Voltaire fuera un aburrido! De hecho, es muy probable que fuera mi propietario más divertido, culto e inspirador. Émilie, sin embargo, a pesar de toda su pericia intelectual, quería catar el erotismo. Tal vez, para ella, aquello no fuese más que otra rama de aprendizaje o una necesidad humana, pero anhelaba pasión, ser abrazada, poseída, descarriar su cabeza en el éxtasis. Empezó a tener amantes, ninguno de ellos satisfactorio (lo sé, fui testigo de todo ello). A Voltaire no le importaba; de hecho, no sé siquiera si se enteraba de algo.

Era una soleada tarde de 1745 cuando ella lo conoció, al poeta Jean

François de Saint-Lambert; por fin Émilie encontraba su gran proyecto. Fue un *coup de foudre*, la lujuria instantánea y desenfrenada. Y, también, en absoluto correspondida. Émilie no estaba acostumbrada al fracaso. Era una mujer rica, poderosa e inteligente que apenas se había enfrentado a situaciones que no pudiera resolver. Era la primera vez en su corta vida que sus ecuaciones, hipótesis y teoremas le resultaban inútiles. En las cuestiones del amor, el corazón es ilógico, la mente irracional. El problema de Émilie se llamaba madame de Bouffleurs, conocida también como «la dama de las Delicias», de quien Jean François estaba profunda y apasionadamente enamorado.

La pobre Émilie lo intentó todo. Tirar el pañuelo, un caballo desbocado, golosinas, fiestas, sonetos, pero nada le funcionó. Entonces, un día, a través de un velo de lágrimas, me vio como si fuera la primera vez. Dos horas más tarde, a última hora del 22 de enero de 1745, fui enviado a casa del poeta. El poeta comprendió mi poder, pero, en vez de quedarse conmigo, me regaló de inmediato a la dama de las Delicias. Debo decir que la vida en su alcoba fue tremendamente interesante. En una misma semana, pasaron por sus aposentos un rey, un poeta, un letrado e incluso un abad.

Una tarde del 28 de febrero de 1745, una fecha que nunca olvidaré, una dama, Jeanne Antoinette Poisson, se presentó en la alcoba de mi nueva propietaria. Venía en busca de consejo: cómo cazar a un rey. Presentada a Luis XV en el baile de máscaras real del 26 de febrero, había agradado al monarca. Su tercera amante oficial había fallecido recientemente, lo que dejaba una vacante. Era la mejor oportunidad laboral para cualquier mujer que viviera al oeste de Constantinopla. Sin embargo, ella no era la única candidata.

La dama de las Delicias le dio un consejo inigualable: olvídate de la coquetería, sé directa y apasionada, aunque siempre correcta. Los hombres necesitan sentirse seguros, necesitan saber que los amas. Echó un vistazo a su alrededor, posó sus ojos en mí y, sin más preámbulos, me entregó a Jeanne Antoinette. Una vez más, mis poderes como afrodisiaco y Circe quedaban reconocidos. Diez días más tarde, fui entregado al rey de Francia. Fue una grata satisfacción poder entrar por fin en Versalles. *Naturellement*, con mi fuerza de inspiración, mademoiselle Poisson necesitó solo tres semanas para ser declarada la amante oficial del rey (proclamación que, por suerte para ella, fue seguida de inmediato por un título nobiliario, varias fincas y un apartamento justo debajo del de Su Majestad). La transformación de una don nadie en madame de Pompadour se llevó a cabo gracias a *moi*.

El problema era que por mucho que cogieras a una chica de origen burgués, le dieras un título y la colmaras de amor, arte y joyas, al final seguía sin estar considerada como uno de los nuestros..., y no solo en la corte. Los franceses son una raza terriblemente esnob. Al rey le iba bien lo de tener consortes poderosas siempre y cuando fueran finolis. Madame de Pompadour fue calumniada, y continúa siéndolo, debido a su baja cuna. Pero tenía muchos puntos a favor que la redimían: amaba las artes y, a pesar de las estafalarias declaraciones que hacía a menudo, sentía cariño por las masas. De hecho, la Pompadour era la madre provinciana perfecta. Y eso, al final, fue su perdición: a los hombres no les gusta hacer el amor con una mami (a menos que sean ingleses). Después de 1750, el rey nunca volvió a tocarle ni un solo pelo a la dama. El monarca tuvo luego una serie de amantes que instaló en una pequeña mansión situada en el *Parc-aux-cerfs*. Madame de P. les restó importancia a todas hasta la llegada de Louise O'Murphy. Con trece años de edad, ya había llamado la atención de aquel Casanova, que la calificó de «criatura bonita, harapienta y sucia». (Por mucho que odie reconocer los méritos de los demás, creo que, probablemente, el cuadro más sensual de la historia es el retrato de Louise que pintó Boucher).

Pero a miss Louise se le subieron los humos a la cabeza y fue despachada pasados dos años. La pequeña descocada decidió robarme y llevarme con ella, puesto que creía, como muchos otros en la corte, que yo era el elemento mágico que mantenía unidos a Luis y su amante.

Mi siguiente viaje importante fue a Rusia, a la alcoba de Catalina la Grande. Basta con que te diga que todo lo que hayas podido oír respecto a ella (excepto lo del caballo) es cierto. En todos mis años jamás he conocido mujer u hombre con tal apetito. Ni siquiera monsieur Casanova le llegaba a la altura. En 1755, un noble polaco, Stanislaw Poniatowski, me compró para regalarme a la reina. Stanislaw fue el mecenas más importante de la Ilustración polaca y amparó el teatro, la literatura y la arquitectura, razón por la cual no es de extrañar que *moi* le llamara la atención. Por supuesto, el romance estaba condenado al fracaso, a pesar de que ella le dio una hija y el trono de Polonia. Catalina se cansó de él en 1759 y lo cambió por los hermanos Orlov. Stanislaw nunca se casó; falleció de mal de amores. A mí me habría encantado quedarme en San Petersburgo, la capital del mundo desarrollado. De ser así, ahora estaría con mis antiguos amigos Leonardo, Miguel Ángel, Tiziano y compañía. Pero el malvado conde de Orlov tenía otros planes. No soportaba

mi cara, no soportaba recordar constantemente que la emperatriz tenía un pasado.

Me puse en marcha una vez más. Francisco I, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, me compró como herramienta para seducir a la condesa Wilhelmina von Neipperg. Después de haber tenido dieciséis hijos con su esposa María Teresa, debería haberle dado ya un descanso a su propia herramienta. Pero su joven amante era brutal y ambiciosa. Cuando él le anunció su intención de abandonarla, ella le suplicó tener una última cita, una visita a la ópera. Francisco cayó enfermo durante el segundo acto; cuando el carruaje llegó a palacio, el emperador ya había muerto. Envenenado con el veneno de una víbora que ella le administró a través de la aguja de su broche de diamantes.

La refinada asesina me vendió de inmediato. Por una serie de circunstancias fortuitas, acabé en manos del conde Gregory Velovitch. La historia ha borrado ferozmente su nombre de la memoria y es una tremenda vergüenza que nadie de categoría pintara un retrato de él. El conde era un hombre guapo, con extremidades largas y delicadas, una mata de cabello rubio ondulado y ojos negros como el regaliz. Era también un homosexual extremadamente ambicioso que puso sus ojos en Federico el Grande, el rey de Prusia.

Muchos daban por sentado, erróneamente, que a Federico le gustaban los hombres. Hubo solo un joven, muchos años antes, Hans von Katte, pero fue un amor cerebral y no consumado. Después de aquello, Federico solo tuvo un amor: mi maestro. ¿Por qué, si no, haría construir Federico aquel palacio privado tan exquisito en Sanssouci siguiendo el estilo inventado por Watteau? ¿Cómo explicar que tuviera cuadros monumentales colgados por todas partes, en distintas galerías, pero que en su propia casa, de reducidas dimensiones, eligiera obras pintadas por mi maestro y sus amigos? Federico aceptó con gran satisfacción el regalo del conde Velovitch, pero le habría cortado la cabeza sin pensárselo dos veces de haberle insinuado aquel hombre algún tipo de acto lascivo e indecoroso.

Federico tenía galgos, naturalmente... Pero eso es otra historia, para más adelante.

## Capítulo 20

Mucho después de que todos los empleados se hubieran marchado, cuando la oscuridad cubrió con su manto aterciopelado las calles de Londres y las farolas empezaron a proyectar círculos dorados sobre los veteados y húmedos pavimentos, Rebecca cerró con llave la puerta de su despacho y extendió en el suelo los libros de cuentas de la firma. Colocó los más antiguos cerca de la chimenea y fue disponiendo el resto en orden cronológico. La última vez que los había estudiado, hacía tan solo unos días, no sabía qué buscar. Pero ahora confiaba en poder encontrar pruebas que refutaran, más que confirmar, sus teorías. Rebecca quería obtener el consuelo de saber que su padre era Memling Winkleman, superviviente del Holocausto, destacado judío, marchante de arte legal, amante padre y abuelo.

Durante las primeras dos horas, de ocho a diez de la noche, la procedencia de todas las obras que estudió le pareció legal. Empezando en 1940, Rebecca fue comparando las primeras adquisiciones con sus facturas y se animó hasta que encontró un Renoir, *Filles avec parapluies et chien*, adquirido por mil marcos a una familia apellidada Gandelstein. A primera vista, la factura de la venta parecía legal, pero luego Rebecca se fijó en la dirección, Schwedenstrasse 14, y la fecha, 14 de febrero de 1944. Frau Danica Goldberg le había contado a Rebecca que no había habido ni una sola familia de Schwedenstrasse 14 que hubiera regresado; que todos habían partido en los trenes de la muerte, incluyendo los miembros al completo de la familia Winkleman.

Rebecca intentó construir otra historia. Tal vez su padre actuara como traficante, como intermediario, y vendiera a los nazis las pinturas de sus amigos judíos para proporcionarles con ello la oportunidad de huir con vida. A Rebecca le gustaba esa versión, pero solo sirvió para darle unos segundos de respiro. En el fondo sabía que la explicación era improbable.

Echó la silla hacia atrás y se dirigió al mueble-bar. Era un elegante armario de estilo *art déco* en caoba y dorado que un cliente agradecido que frecuentaba la misma sinagoga que la familia le había regalado a Memling con motivo de su setenta cumpleaños. El cliente compraba a Winkleman Fine Art diez millones de libras anuales, razón por la cual el mueble, por feo que fuera, seguía donde estaba. El regalo incluía además un suministro ilimitado de las mejores botellas de champán Cristal. El cliente había fallecido diez años atrás pero, por aquel entonces, el mueble se había convertido ya en una pieza imprescindible más del despacho y, de un modo conmovedor, como parte de su testamento, el cliente había estipulado que el suministro de Cristal siguiera disponible para los Winkleman hasta que no hubiera más descendientes de Memling a cargo del negocio. Rebecca se quedó mirando el alijo de botellas de champán. Pensó en abrir una, pero descartó la idea de inmediato: no había nada que celebrar. Necesitaba alcohol; tenía que haberlo por algún lado. En el fondo de un armario encontró una polvorienta botella a medias de whisky de malta escocés del 62. Nunca bebía whisky y confiaba en que no se le subiera a la cabeza. Se sirvió un vaso largo y lo engulló en tres tragos. El alcohol abrasador en el estómago vacío la dejó tambaleante.

Fortalecida, regresó al trabajo. A las tres de la mañana, Rebecca había relacionado ya veintidós cuadros con Schwedenstrasse 14. Había cruzado referencias de sus descubrimientos con las anotaciones de la libreta de Marty. Su hermano había utilizado, igual que Memling, los identificativos de clasificación VZW y NZW, pero había otras iniciales que Rebecca no comprendía: ERR o KH, y otras, NC. Contó setenta referencias con alguno de estos acrónimos. Había entradas que tenían los tres, otras solo uno o dos. Las más habituales eran las iniciales KH. Otro aspecto que le preocupaba era el paradero de determinados cuadros que Memling aparentemente poseía y no había vendido. Según los apuntes de Marty, eran, como mínimo, un centenar; Memling debía de tener un almacén secreto.

Rebecca siguió hojeando los libros de cuentas oficiales y la libreta de Marty e intentó emparejar pinturas adquiridas entre enero de 1940 y febrero de 1947 con procedencias legítimas. La mayoría tenía descripciones mínimas del tipo «Pastor con rebaño» o «Alegoría». Al lado de cada una se leía la fecha de adquisición. Los vendedores aparecían con nombres como herr Schmidt o herr Brandt y con ocupaciones tipo «noble» o «granjero». Rebecca siguió regateando con las evidencias. En aquellos tiempos, un marchante listo con

una suma modesta de capital podía hacerse con cantidades enormes de cuadros excelentes. ¿Pero de dónde podría haber sacado ese capital un chico tan joven y superviviente de Auschwitz, además?

Rebecca miró el reloj. Eran las cuatro de la mañana. La luz pálida del sol asomaría pronto entre los perfiles de las cortinas corridas. De pronto, se sintió débil y tremendamente cansada. La cocina de la oficina estaba abajo y para llegar hasta allí tendría que pasar por delante de tres cámaras de seguridad y desactivar una alarma. Lo último que quería era que los empleados de su padre formularan preguntas acerca de su excepcional actividad nocturna. En un cajón de la mesa guardaba una caja de florecitas de mazapán, obsequio de un cliente. Rebecca odiaba las almendras, pero se obligó a comer. Se sentó a la mesa, le dio un mordisco a un pétalo, recurrió de inmediato al agua mineral para engullirlo y esperó la llegada de la azucarada explosión de energía.

Para distraerse, tecleó las iniciales ERR en el buscador de su ordenador. Para su alivio, la primera página de resultados estaba consagrada a la definición del término. «Err» significaba estar equivocado o cometer un error. Tal vez Marty estuviera utilizando Google a modo de canal para consolarla, para decirle a través del tiempo que Memling había hecho todo aquello por accidente. Rebecca mordisqueó la segunda flor de mazapán y pasó a la siguiente página. Recorrió la pantalla con la mirada y se detuvo al llegar a las palabras «Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg». Dejó sobre la mesa el mazapán y empezó a leer: ERR era la abreviación del cuerpo especial liderado por Alfred Rosenberg, ideólogo del partido nazi y responsable de la confiscación de las propiedades artísticas y culturales de los judíos. Rebecca experimentó una oleada de náuseas, se tapó la boca con la mano y, entre los dedos, vomitó un combinado de whisky, bilis y mazapán. La pantalla del ordenador se desdibujó y el corazón le aporreó el pecho con fuerza.

—No, no, no —entonó Rebecca, secándose el vómito con el dorso de la mano.

Hizo clic en el vínculo y leyó una breve descripción: «Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR) fue el cuerpo especial dedicado a expoliar los bienes culturales de los países ocupados por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Hasta octubre de 1944, Alemania recibió 1.418.000 vagones de tren cargados con libros y obras de arte (además de 427.000 toneladas que llegaron al país por barco). Muchas de aquellas obras fueron a parar a la colección personal de Hitler, albergada en Linz».

Sin detenerse un instante a serenarse, Rebecca tecleó las iniciales KH en el buscador. No apareció nada relevante. A continuación, tecleó NC. Nada. «Que no cunda el pánico; piensa —se dijo, regañándose—. Limita la búsqueda». Encontró una página que ofrecía información sobre obras de arte confiscadas por los nazis y examinó los documentos en busca de alguien o algo con aquellas iniciales. En pocos minutos contaba ya con dos posibilidades. KH podía ser Karl Haberstock, el marchante personal de Hitler, que aconsejaba al fñhrer en cuestiones de ventas y ayudaba al partido nazi a deshacerse del llamado «arte degenerado», vendiéndolo a «europeos depravados». Rebecca siguió leyendo y se enteró de que Haberstock había gestionado también más de un centenar de transacciones artísticas para Hitler, destacando entre ellas la de *La Danse*, de Watteau, que había adquirido al príncipe heredero de Hohenzollern por novecientos mil reichsmarks. Rebecca continuó repasando la lista de gestiones de Haberstock y vio que Hitler había adquirido en 1943 y por un millón de reichsmarks otro Watteau, sin título, que aparecía identificado únicamente como el cuadro de «El amor». Rebecca se estremeció. ¿Sería la pintura que Memling había perdido?

Rebecca descubrió que, a pesar de que Haberstock había sido arrestado e interrogado después de la guerra, luego había sido puesto en libertad y había seguido trabajando como marchante hasta finales de los cincuenta. En su libreta, Marty había anotado que entre 1945 y 1956 Winkleman había comprado y vendido cuarenta obras a una pequeña galería de arte de Augsburgo identificada como KH, incluyendo entre ellas cuadros de Rubens, Hals, Wouwerman, Van Goyen y Tiepolo. En el mismo artículo aparecía alguna que otra mención al castillo de Neuschwanstein. ¿Se correspondería a las iniciales NC que había anotado Marty? Rebecca observó las imágenes del fantástico castillo de cuento de hadas posado en lo alto de una colina bávara, construido por el solitario rey Ludwig hacia 1880. Alfred Rosenberg lo había elegido como refugio donde esconder las obras de arte confiscadas. ¿Qué vínculos existirían entre su padre, Rosenberg, Haberstock y el castillo?

Rebecca no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba sentada en el suelo de su despacho balanceándose hacia delante y hacia atrás, sus pensamientos corriendo velozmente de Marty hacia su padre en un intento de separar los hechos de los sentimientos. Un montón de bienes robados y facturas falsas no demostraban necesariamente que Memling hubiese sido un miembro del partido nazi o un ladrón. También era posible que su padre hubiera ayudado a

aquellos judíos encontrando a un marchante sin escrúpulos dispuesto a comprar sus efectos personales, cuando muchos se habrían limitado a robarlos. A lo mejor Memling era un ingenuo que trabajaba a las órdenes de Karl Haberstock y no era del todo consciente del papel que el arte había jugado en las aspiraciones culturales de Hitler. Además, Haberstock había sido absuelto judicialmente y se había rehabilitado, se había convertido en una auténtica eminencia en Augsburgo; el arte del que se había beneficiado financieramente lo había exonerado desde un punto de vista moral: en el museo de la ciudad había todavía una placa conmemorando el legado que había donado. Las generaciones de visitantes que acudieran al lugar en un futuro elogiarían a la familia por su generosidad, más que preguntar cómo habían ido a parar a manos de Haberstock todas aquellas obras de arte.

Rebecca se imaginó a Marty sentado, tal y como ella estaba sentada ahora, después de haber descubierto que el negocio de la familia estaba completamente basado en la extorsión. Se le hizo un nudo en la garganta: Memling tenía un tatuaje en el antebrazo derecho con el número 887974, marcado en su piel a su llegada a Auschwitz en 1943. A pesar de que Memling rara vez hablaba de sí mismo, aquel potente tatuaje era un recordatorio de su sufrimiento para todo el mundo del arte. Le había ayudado a convertirse en el marchante preferido de muchos judíos adinerados. Rebecca sabía que su padre era un hombre resuelto e implacable... ¿Habría sido capaz de ir tan lejos para hacer realidad sus ambiciones? Pensó de nuevo en la repentina muerte de su hermano. ¿Habría sido un accidente o un asesinato? Se quedó en blanco. ¿Pero en qué estaba pensando? Memling amaba a su hijo con pasión. Jamás haría una cosa así, ¿no? Los zarcillos de la duda y el miedo ascendieron desde el estómago de Rebecca hacia su pecho y le presionaron el corazón. Abrió de nuevo el cajón de la mesa y comprobó que la pistola siguiera allí y estuviera cargada.

Miró el reloj una vez más y vio que ya eran las cinco. A veces, Memling llegaba muy temprano. Tenía que ocultar rápidamente cualquier pista. Se levantó de un brinco, guardó de nuevo los libros en el interior de la cámara acorazada y se aseguró de que todos ellos quedaban colocados en su debido lugar. Cogió un paño y limpió las huellas dactilares que hubieran podido quedar en las estanterías y los lomos de los libros. Cerró la puerta de la cámara acorazada y reinició la clave de acceso para que las dos entradas que había hecho no quedaran registradas electrónicamente. Diez minutos más

tarde, Rebecca salió de Winkleman por la puerta de atrás. Se agachó en la escalera para que la cámara de seguridad no pudiera captarla y recorrió a toda velocidad Curzon Street hasta Berkeley Square; jamás en su vida se había sentido tan asustada.

Las calles estaban iluminadas por la luz azulada del amanecer. Con la excepción de algún que otro taxi, Rebecca tenía Londres solo para ella. Siguió andando sin ninguna dirección en concreto en mente, confiando en que un poco de ejercicio le aportara calma y claridad. La sensación de pánico había anulado por completo su sistema de navegación y posteriormente no recordaría hacia dónde la habían guiado sus pies. Se preguntó quién más, si es que había alguien, se habría cuestionado los orígenes de su padre. Las pruebas estaban al alcance de cualquiera que se propusiera descubrirlas, pero debía de haberles convenido hacer oídos sordos. La mayor parte del negocio de los Winkleman era legal; las obras se compraban y vendían en el mercado libre. Era una firma tremendamente exitosa, valorada en más de mil millones de libras y que facturaba varios millones de libras anuales.

Se dijo que tenía que haber alguien, un empleado, un periodista o un competidor, que hubiera albergado sospechas. ¿Cómo era posible que una familia de orígenes tan humildes hubiera creado de un modo tan inocente una colección durante e inmediatamente después de la guerra? ¿Explicaría esto por qué Memling tenía a tanta gente en nómina, extendiendo su remordimiento y su culpabilidad como una niebla ácida sobre el mundo del arte internacional? Había pagos mensuales a varios «asesores» que alertaban a los Winkleman de ventas potenciales o cuestiones de relevancia: un miembro de la aristocracia que estaba planteándose vender, la nueva política de adquisiciones de determinado museo o coleccionista, los cambios en la legislación gubernamental. La esfera de influencia y el mecenazgo de los Winkleman eran extensísimos. La riqueza servía para comprar legitimidad y, para reafirmar su reputación, la familia realizaba generosas donaciones a organizaciones benéficas y museos. La última semana, por ejemplo, Rebecca había firmado cheques destinados a un museo del Holocausto en Moscú y había pagado los marcos nuevos de dos obras de grandes maestros expuestas en el museo Frick de Nueva York.

Las consecuencias de revelar la verdad sobre su padre reverberarían en todo el sector y en todos los continentes. Rebecca estaba obligada a admitir que tampoco ella era del todo inocente. Había utilizado la compañía

cinematográfica de su esposo como tapadera para exportar a Europa obras de arte de valor incalculable. Cargaba al negocio todos los gastos domésticos. Declaraba solo una parte del precio real de las obras vendidas para eludir impuestos. Hundir a Memling significaría la quiebra y la vergüenza para toda la familia, sus empleados y sus colaboradores. Su hermano debió de enfrentarse también a aquel dilema moral y, en su caso, las consecuencias fueron mortales. Marty, lo sabía muy bien Rebecca, jamás habría podido vivir ni trabajar bajo el peso de aquellas mentiras.

Rebecca corrió a esconderse en el umbral de una puerta, lejos de la vista de todo el mundo, y se echó a llorar. Estaba atrapada y no sabía cómo escapar. Tal vez debería, como su hermano, alejarse de aquella vida. Se planteó la posibilidad de huir, de abandonar a Grace y a Carlo y esconderse en una isla lejana. ¿Era posible huir hoy en día? ¿Existía algún lugar completamente fuera del alcance de todo el mundo? Creía que no. Memling seguía teniendo el control absoluto sobre su economía; era el propietario de la casa de Rebecca, pagaba su sueldo y la universidad de Grace. Los títulos de propiedad de los cuadros que había regalado a su hija estaban a buen recaudo en oficinas de compañías en el extranjero. Memling había controlado a sus hijos negándoles la autonomía y mimándolos con dinero. Rebecca siempre lo había considerado como un impulso controlador benévolo, pero ahora se preguntaba si aquel puño de hierro sería similar a un seguro de vida: Memling sabía que sus hijos jamás conseguirían sobrevivir fuera del nido. Rebecca no estaba cualificada para hacer otra cosa que no fuera su trabajo actual y, si la verdad de Memling salía a la luz, nunca jamás podría volver a trabajar en el mundo del arte. Carlo la abandonaría, sin lugar a dudas. Y solo de pensar en una vida sin su marido, Rebecca rompió a llorar con más fuerza.

Se secó las lágrimas, alisó su arrugado abrigo y enderezó la espalda. Retrasaría cualquier decisión hasta conocer el alcance de la doble vida de su padre. Reforzada con aquel sentimiento de determinación, Rebecca miró a derecha e izquierda para intentar reconocer el lugar adonde la habían llevado sus pasos. Leyó EC1 en el cartel de la calle; estaba a varios kilómetros de casa. Vio que se acercaba un taxi, su luz naranja brillando con alegría. Levantó el brazo. La caída, de pronto, le parecía inevitable, pero se preguntó si, de un modo u otro, sería capaz de encontrar la manera de mitigar los daños.

## Capítulo 21

La entrada a la reunión era a través de una puerta lateral del desvencijado centro de salud y bienestar. Construido en los años setenta, la fachada de grueso enlucido se había descascarillado y la pintura tenía ahora un tono grisáceo desvaído por la lluvia. Pegado a la puerta, había un trozo de papel con «Reunión AA» escrito a mano y, debajo, una flecha señalando hacia arriba, como si fuera hacia el cielo. Evie se miró en el mugriento cristal, se alisó el abrigo y se retocó el peinado. El aspecto era importante. No quería que nadie pensara que era una alcohólica; sino simplemente alguien que necesitaba un poco de apoyo de vez en cuando.

—¿Vienes a la reunión? —le preguntó una chica vestida con pantalón rosa, jersey ceñido de color negro y con un piercing en la nariz, al pasar al lado de Evie y abrir la puerta del centro. Esperó a que Evie la siguiera—. Es al final de este pasillo. Me llamo Lottie.

Evie se preguntó cómo lo habría adivinado.

—¿Es tu primera vez? —le preguntó Lottie—. No tengas miedo. Todos hemos pasado por ello.

Caminó a paso ligero por el pasillo con suelo de linóleo, al llegar al final giró a la izquierda y abrió otra puerta que daba acceso a una sala grande.

—Hola, Lottie —dijo una mujer grandota de mediana edad, vestida con jersey y pantalón holgado.

—Hola, Danni —contestó Lottie, dándole un fuerte abrazo—. ¿Qué te dijo el médico la semana pasada?

—Me ha cambiado la medicación. Ahora tomo otra cosa.

—¿Y qué tal te sienta?

—La verdad es que voy un poco colgada —respondió Danni. Se giró entonces hacia Evie—. Bienvenida. ¿Es tu primera reunión?

Evie movió afirmativamente la cabeza y se forzó a sonreír. Tenía ganas de

dar media vuelta y largarse. Sabía que no tenía nada que ver con aquella gente. Todo por la tonta de Annie, que le había hecho prometer que asistiría a una reunión de Alcohólicos Anónimos.

—¿Te apetece un té? —preguntó Danni.

Evie asintió.

Cogió la taza de té y eligió una silla en un extremo de la sala. Durante la media hora siguiente fue llegando gente y todos se conocían entre ellos. Se quedó sorprendida ante la media de edad y los distintos orígenes de los asistentes. Había un hombre negro elegantísimo que debía de superar los setenta, vestido con un traje de corte excelente y con bastón; una mujer mayor muy delgada, Patricia, vestida de forma imaculada con un traje de dos piezas y collar de perlas. Llegó luego un zarrapastroso adolescente con un hombre de unos sesenta años vestido con chándal y después un tipo cargado de tatuajes acompañado por un chuchito con el morro chato. Bella, que se había presentado a Evie, debía de haber sido modelo, los vestigios de su atractivo permanecían aferrados todavía con fuerza a su rostro.

—Tú presta más atención a las similitudes que a las diferencias —le aconsejó Bella.

—Y vuelve: si lo trabajas, funciona —añadió Danni.

Patricia se levantó y tomó asiento en la parte delantera de la sala, detrás de una mesa de formica.

—Me llamo Patricia y soy alcohólica —explicó a los presentes.

Evie se vio obligada a reconocer que su historia era extraordinaria pero, por otro lado, no tenía nada que ver con sus problemas. Cuando Patricia terminó de hablar, los demás se turnaron para contar también su historia. Algunos se identificaron con Patricia, otros hablaron sobre la lucha que les suponía la vida diaria. Su lenguaje estaba salpicado de eslóganes, «Día a día» o «Si lo trabajas, funciona». «Psicojerga», pensó Evie, cabreada. Al final, había cinco minutos reservados para los nuevos. Todos los presentes miraron a Evie con expectación, y ella bajó la vista. Pero, incapaz de soportar por más tiempo aquel ensordecedor silencio, tomó la palabra:

—Me llamo Evie y no me parezco a ninguno de vosotros.

Esperaba un rechazo en masa, pero se quedó sorprendida cuando vio que todo el grupo le sonreía con benignidad y la animaba, diciéndole al unísono:

—Bienvenida, y regresa. Si lo trabajas, funciona.

Evie esbozó una tibia sonrisa. «Putos solitarios», pensó.

Pero, de todos modos, terminada la sesión se quedó a tomar otra taza de té.

Los asistentes eran muy amables y le regalaron unos folletos y una caja de galletas de color rosa fluorescente. Evie aceptó el paquete de bienvenida y, al llegar al piso, lo dejó encima de la mesa para que Annie lo viera. Interiormente sabía que lo de AA no estaba hecho para ella; que lo que ella necesitaba era el amor de un buen hombre y un poco de dinero. Evie solo bebía porque estaba sola y destrozada.

En los viejos tiempos, reflexionó Melanie Appledore cuando entregó la entrada al portero, el presidente y el director de la Royal Opera House habrían salido a recibirla a la puerta. Seguía donando cien mil dólares anuales a la institución pero, últimamente, cien mil dólares no servían para ganarse mucho respeto, sino simplemente un puesto prioritario para realizar reservas y un pequeño plazo para comprar asientos en las representaciones más concurridas. Antiguamente, cuando ella y su marido accedían al vestíbulo todas las cabezas se volvían para mirarlos. La gente sabía perfectamente quién era ella y la importancia de su diamante (el Shimla, treinta quilates), el diseñador de su vestido y el precio de su abrigo de marta. Susurraban su nombre y especulaban sobre el valor neto de la fortuna de su esposo. La señora Appledore sabía también que la gente se preguntaba acerca de sus orígenes humildes y su anterior vida. Muchos daban por sentado que era una refugiada judía, enviada a Norteamérica con el Kindertransport antes de que empezara la guerra. «Ya sabes que para ella es un tema muy doloroso del que no quiere hablar», murmuraban entre ellos sus amigos de la alta sociedad. Melanie nunca les dio la razón, aunque tampoco se la quitó; no le importaba ser una judía para los judíos o una *goy* para el resto del mundo. Se sabía objeto de fascinación y ocasionalmente de sátira, pero era mejor que hablasen de una a que no la mencionasen nunca. Y aquella noche era como en los viejos tiempos: la audiencia miraba y cuchicheaba, pero la señora Appledore sabía que nadie la reconocía ni se molestaba por ella. La atención de los presentes estaba volcada en Barty, que había acudido al evento vestido de Rodolfo, el héroe de la ópera, un escritor del siglo XVIII metido en graves apuros.

Barty iba vestido con unas calzas raídas y una levita deshilachada. El pañuelo estaba hecho con las páginas de una obra no publicada (escrita aquella misma tarde por Emeline con esmerada caligrafía de internado), los

zapatos estaban desparejados y llevaba en la cabeza un sombrero de época confeccionado en seda de color rosa en honor a Mimi, la heroína de la ópera. Era una suerte que estuvieran en un palco, pensó la señora Appledore, pues, de lo contrario, habría quejas porque el sombrero tapaba la vista a los espectadores. Como no era una noche de estreno, no había fotógrafos para capturar aquella brillante escenificación de *La Bohème*, pero Barty jamás bajaba sus estándares de vestimenta. Además, hacía muy poco que una noche, a la salida del ballet, había conocido a su último amor, un joven estudiante de moda. Juan de Carlos le había pedido un autógrafo y en un abrir y cerrar de ojos se había convertido en el salvapantallas de Barty.

Aun cuando no hubiera nadie que supiera quién era la señora Appledore, Barty se tomó enormes molestias por ella. Llevaba más de medio siglo acompañando a damas al ballet y la ópera y por ello conocía todos los pasadizos, todos los cuartos de baño y a la mayoría de los empleados. Y por eso fue capaz de guiar a la señora Appledore hasta el palco sin agobios ni empujones. Luego, consiguieron la mejor mesa en el bar Crush y que les sirvieran en el palco una botella de champán frío al final de cada acto. Los otros invitados de la señora Appledore, el duque y la duquesa de Swindon, los esperaban ya en el palco. Windy Swindon (el apodo tenía su origen en su casa solariega, asentada en lo alto de los Marlborough Downs) y su esposa, Stinky (cuyo verdadero nombre era Glendora y nunca olía mal)<sup>[3]</sup> eran para Barty los miembros de la aristocracia más aburridos, que ya es decir.

—¿De qué se ha vestido, Barty? —preguntó Stinky.

—No es complicado encontrar las referencias —respondió Barty, señalando el sombrero y el manuscrito—. Soy Rodolfo llorando la pérdida de Mimi.

—¿Y esos quiénes demonios son?

—Está usted a punto de averiguarlo —contestó Barty.

—¿Van a venir también? —preguntó Stinky, mirando a su alrededor.

—Rodolfo y Mimi son el héroe y la heroína de *La Bohème* —dijo la señora Appledore, lanzándole a Barty una mirada de advertencia.

—Es la ópera que están a punto de ver —dijo con incredulidad Barty, que se preguntaba a menudo cómo había logrado la aristocracia sobrevivir mucho más tiempo que sus neuronas.

Sonó el timbre y el grupo tomó asiento en el Palco 60. Barty eligió el taburete más alto en la parte de atrás, un puesto que le encantaba. A pesar de

que la visión que tenía del escenario desde allí no era la mejor, dominaba la del público de forma soberbia. Extrajo del bolsillo sus binóculos y examinó los palcos y los compartimentos de enfrente en busca de caras familiares. La noche se presentaba pobre. Vio a lord Beachendon con su esposa, aquella mujer de aspecto agotado y siempre con un vestido cansino. A Barty le recordaba uno de esos personajes que aparecían en los documentales que realizaba la BBC en los años setenta sobre la nobleza rural, una de aquellas esposas (que parece que tengan a la vez cincuenta y setenta años de edad) que se retiraban al campo, lucían vestiditos de Laura Ashley e iban siempre acompañadas por un par de labradores. Su cabello, el poco que le quedaba, necesitaba un corte. Tanto el conde como la condesa le recordaban a Barty un par de globos deshinchados olvidados en un armario.

Ofreciendo un increíble contraste, el palco contiguo estaba ocupado por gestores de fondos de inversión que parecían a punto de estallar y que seguramente habrían comprado las entradas en una subasta de la City pensando que *Bohème* tenía algo que ver con Beyoncé. La señora Fiona Goldfarb estaba en el palco real (un lugar que, como reina de los judíos y principal mecenas del Opera House, se merecía); Tayassa, la hija mayor del emir y la jequesa de Alwabbi, estaba también presente (seguramente para decidir si construía o no un teatro de la ópera para acompañar el nuevo museo), pero, aparte de aquellas personalidades, el evento era *déclassé*, pensó con tristeza Barty. Antes la gente iba a la ópera para ser vista; ahora lo hacía para escapar.

El director hizo su aparición y el público estalló en aplausos.

—Sinceramente —le susurró Barty a la señora Appledore—, parece que acabe de salir de un vuelo chárter procedente de la Costa del Sol... A ver qué nos demuestra.

El director se giró hacia el público y saludó.

—Oh, venga, empieza ya de una vez —dijo Barty, tal vez demasiado alto.

Y entonces, la gigantesca cortina de terciopelo rojo del telón se alzó y el público se vio transportado por una oleada de violines, flautines, flautas y violonchelos hacia la buhardilla de Rodolfo, donde el escritor estaba sentado junto a una estufa apagada en compañía de su amigo, el pintor Marcello, lamentándose por el frío y, por supuesto, por las desdichas del amor.

En el Palco 60, los cuatro pares de ojos se mantenían fijos en el escenario, pero los cuatro cerebros estaban en otra parte. Barty se sentía dolido por la relajación de las normas y por lo triste que era que la gente se preocupara tan

poco por vestirse adecuadamente para acudir a la ópera. La señora Appledore decidió en aquel momento dilapidar lo que quedaba de la fortuna de su marido en una sola donación importante, en un proyecto realmente brillante. Windy Swindon se preguntaba si debería vender el coto de caza del urogallo que poseía en Escocia. Poco le darían por él —de hecho, los urogallos hacía ya tiempo que no frecuentaban la zona—, pero sería suficiente para cambiar el tejado del ala oeste de Swindon Hall. Stinky estaba preocupada por la plaga de hongos del boj que amenazaba con acabar con todo el seto del jardín. ¿Cómo haría para conservar el laberinto si se quedaba sin boj? Le habían sugerido tejo, pero tardaba siglos en crecer; no estaba tan preocupada por ningún tema desde que Windy decidió tener una amante (que seguía todavía en su vida y que, la verdad, resultaba bastante útil, puesto que gracias a ella Stinky había quedado exenta de los deberes conyugales, lo cual era una bendición).

Cuando Mimi y Rodolfo se declararon su amor, la música se volvió tan estimulante y ver los brazos del diminuto tenor intentando envolver la cintura de la rotunda soprano fue tan alarmante, que todos los ocupantes del Palco 60 devolvieron su atención al escenario. La señora Appledore rompió a llorar; recordó las otras *Bohème* que ella y su marido habían visto juntos, en el Met, en la Scala, en el teatro de La Fenice, y los felices momentos que habían compartido antes del fallecimiento de él, hacía casi veintidós años, hecho que la había confinado a una vida de mimada y peripatética soledad repartida entre sus casas de Londres, Nueva York, Aspen, París, St. Barts, Buenos Aires, Cap Ferrat, St. Moritz y, naturalmente, su yate. Barty, siempre atento al detalle, vio las tres minúsculas lágrimas que serpenteaban por la mejilla totalmente lisa de la señora Appledore y le pasó un pañuelo perfumado. Comprendía la soledad, así que cogió la marchita manita de la señora Appledore y la retuvo durante el resto del segundo acto con la delicadeza con la que sujetaría una cría de golondrina.

En el escenario, los jóvenes hacían lo que hacen los jóvenes: besarse y beber, enamorarse y pelear. El público, anciano en su mayoría, se vio obligado a excavar en lo más recóndito de su memoria para recordar cómo era aquello.

En el lado opuesto del auditorio, el conde de Beachendon no pensaba ni en amor ni en sexo, sino que seguía preocupado por el dinero y reflexionaba sobre la visita que había hecho aquella tarde al artista contemporáneo que más

vendía en la actualidad, un hombre conocido antiguamente como Gary Mitchell pero que ahora se hacía llamar Blob. Con más de metro ochenta y blanco como un pepino pelado, nadie entendía por qué había elegido un apodo tan poco agradable.<sup>[4]</sup> Gary no daba explicaciones ni se explayaba; como bien había descubierto lord Beachendon aquella tarde, Gary, o Blob, era hombre parco en palabras. Después de dos horas juntos, lo único que había salido de boca de Blob era «sí», «no» y «quizás», lo que en resumen era simplemente «quizás». Quizás aceptaría una venta/exposición en la casa de subastas. Quizas sería este año. Quizás repartiría los beneficios con la casa de subastas a razón de un sesenta/cuarenta por ciento. Quizás lo dejaría en manos de sus marchantes.

Lord Beachendon había entrado en casa de Blob esperanzado y había salido confuso. Blob vivía en Spitalfields, en una exquisita mansión de estilo hugonote (que había adquirido por ocho millones de libras a principios de año); le había abierto la puerta una asistenta increíblemente atractiva (una graduada del MIT), que le había hecho pasar a una sala de espera decorada con un Rembrandt (dieciocho millones de libras, vendido por el conde hacía dos años). El interior estaba decorado con gran gusto (un mínimo de doscientas cincuenta mil libras por estancia) y la alfombra era una Aubusson (en estado impecable, dos millones de libras). Minutos más tarde, lo había recibido con frialdad, aunque con educación, la secretaria personal de Blob, una impresionante mujer vestida con ceñidísima Lycra negra (doble matrícula de honor por Cambridge), que se había disculpado porque Blob llegaría con un poco de retraso. Podía ofrecerle una copa de Cristal (doscientas noventa libras la botella) o de Lafite Rothschild 1961 (cuatrocientas cincuenta libras). Lo que más había deprimido a Beachendon no era la cantidad de dinero que Blob debía de ganar con sus obras de arte, sino que el artista y su séquito hicieran brotar sus instintos más bajos y sus celos más exacerbados. Como le sucedía últimamente con muchos de los clientes que aborrecía, el conde comprendió que se había convertido en alguien que conocía el precio de todo y el valor de nada. No se había tomado la molestia de admirar ni el Rembrandt ni la alfombra, no había sido capaz de saborear el clarete ni de reconocer la inteligencia de aquella mujer, sino que no había hecho otra cosa que pensar en lo que habrían costado.

Las fuerzas misteriosas del mercado habían decidido que Blob era «él»: el nuevo niño prodigio, el líder de los elevadísimos precios. Sus pinturas, fantasmagóricas, visiones tremendamente detalladas del cielo y el infierno, se

vendían por millones de libras y había una lista de espera de varios centenares de coleccionistas. Era el primer pintor desde El Bosco que capturaba la esencia de la depravación y el virtuosismo humanos. Los críticos, que rara vez eran unánimes, se mostraban de acuerdo en cuanto a que la obra de Blob reflejaba todo lo bueno y lo malo de la sociedad contemporánea y, lo que es más, a diferencia de muchos de sus colegas, Blob era un artesano asombrosamente habilidoso y un pintor consumado. Pero lo que a lord Beachendon le importaba era que Blob poseía miles de dibujos y de esbozos para óleos de valor incalculable. Si consiguiese convencer al artista de sacar algunos de ellos a subasta, los problemas del conde de Beachendon se evaporarían al instante. La venta de la obra de Blob causaría sensación, tanto a nivel económico como entre la crítica. Bastaba con que Blob dijera que sí; pero lo único que había dicho Blob era quizás.

En el mismo momento en que Mimi daba su último suspiro en Covent Garden, Agatha enviaba a Annie un mensaje de texto con información de última hora sobre el cuadro.

Annie. He rebajado la capa del barniz incoloro: transformación extraordinaria. ¡La nube blanca es de verdad un payaso! Totalmente Watteau. Hay que seguir indagando e investigando. Septimus W-T quiere fotos. Ven a recogerlo lo antes posible. Un abrazo, Agatha.

Cuando llegó el mensaje, Annie estaba todavía en el trabajo esperando que reposara un *oeuf en gelée*. Había colocado el huevo en un molde con pétalos de capuchina, ramitas de eneldo y semillas de mostaza, pero, incluso después de seis intentos, el resultado era desagradable a la vista. Lanzó una rápida mirada al mensaje de Agatha, pues tenía la atención centrada en el recalcitrante entrante. ¿Y si preparaba una tortilla y colocaba encima caviar de salmón y hojitas de espinacas al vapor para crear de este modo tres capas de color y luego recubría el conjunto con un áspic? Miró el reloj y vio que eran las diez y media de la noche. Llegar a casa le llevaría una hora en autobús o cuarenta y cinco minutos en bicicleta con viento en contra.

El cuadro le estaba ocasionando muchos problemas. Decidió quedárselo, colgarlo en el piso y acabar de una vez por todas con aquella misión imposible y sin sentido. Los milagros, como descubrir obras de arte

desaparecidas, eran cosas que no tenían nada que ver con mujeres como ella.  
Escribió otro mensaje de texto para responder al de Agatha:

Muchas gracias. Iré en cuanto pueda. Otro abrazo, Annie.

## Capítulo 22

La alarma del despertador sonó a las cinco de la mañana siguiente. Annie permaneció en la cama imaginando lo que sucedería en el transcurso de las dos horas siguientes. Los Winkleman tenían clientes a comer y habían pedido lubina y manzana al horno. Rebecca le había dejado claro que las fantasías culinarias se habían terminado, que se dedicara única y exclusivamente a los menús establecidos. Annie confiaba en poder encontrar lubina salvaje, pero dudaba de encontrar manzanas decentes en pleno mes de marzo. Su siguiente problema eran los vaqueros negros, que con toda probabilidad estarían húmedos, puesto que habían pasado la noche en la lavadora. Se levantó corriendo, salió de la habitación y entró en el estudio, diciendo:

—Date prisa, enchufar el horno, darse una ducha rápida mientras se calienta, no hay tiempo para depilarse las axilas aunque, de todos modos, ¿quién se dará cuenta? Los vaqueros negros estarán casi secos, extenderlos en el suelo, plancharlos con la mano. Si no están secos, meterlos en el horno y la humedad se irá. Sazonar el pollo; frotarlo con mantequilla, la pechuga cara abajo. Sacar los vaqueros del horno y confiar en que no huelan a carne rancia y queso. Programar sesenta y cinco minutos. Llamar a la pescadería.

—¿Sabes cuál es el primer signo de locura? —preguntó Evie, levantando la cabeza por encima del respaldo del sofá.

—Hablar sola —respondió Annie, abriendo la nevera—. Lo siento... Había olvidado que estabas aquí.

—¿Y sabes cuál es el segundo? —preguntó de nuevo Evie, pasándose las manos por el cabello.

—Mirar si tienes pelos en la palma de la mano —respondió Annie, recordando un viejo juego entre madre e hija.

—Es gracioso cómo caía la gente con eso, ¿verdad?

Evie retiró el edredón de su improvisada cama y cruzó la estancia.

—¿Qué piensas hacerle a esta ave? —preguntó Evie cuando Annie sacó el pollo cocinado de la nevera y lo dejó sobre la mesa de la cocina.

Annie no estaba de humor para charlas; tenía mucho que hacer.

—Voy a prepararla para que sea digna de un rey —respondió—. Digna de la reina Delores, en este caso.

—¿Quién acudirá? ¿Alguien especial?

—Estoy practicando para la cena; queda menos de una semana. ¿Podrías quitarte de en medio?

Evie estaba justo en el estrecho paso que separaba la nevera de la cocina.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Evie, sentándose en la única silla que no estaba coja y señalando los cuencos y los platos ordenadamente dispuestos sobre la mesa.

—Mamá, por favor, ¿podrías poner la silla en el otro lado? Y, de verdad, no hables, necesito concentrarme.

Evie cambió la silla de lugar y observó a Annie mientras disponía con cuidado los utensilios de cocina sobre un paño limpio. Los cuchillos iban en orden de longitud, empezando con su posesión más preciada, un cuchillo japonés Honyaki, tan afilado que era capaz de cortar limpiamente por la mitad un fragmento de pasta seca. A continuación, colocó cucharas de madera, una taza de medir, dos cuencos y unas pinzas.

—Lo siento..., es la primera vez que lo hago y estoy nerviosa —dijo Annie, acercándose al hornillo eléctrico, donde un cacito hervía con expectación.

Annie incorporó una berenjena al agua hirviendo y puso el cronómetro en diez minutos. Cogió una segunda cacerola de la estantería y añadió crema de leche, una hoja de laurel, unos granos de pimienta y removió durante cinco minutos. Luego, después de colar el líquido, lo reservó.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Evie.

—Adelante —contestó Annie mientras echaba trocitos de mantequilla a otra cacerola y esperaba a que se fundieran.

A continuación, añadió dos cucharadas de harina para crear una pasta homogénea. En un cuenco aparte, disolvió la gelatina en agua hirviendo y lo mezcló con la salsa.

—¿Cuántos platos se supone que tienes que preparar para esa cena?

—Luis XIV cenaba al menos cuatro servicios con siete platos distintos cada uno.

—¿Y cuántos cocineros tenía?

Annie probó la salsa.

—Unos dos mil empleados fijos en las cocinas a los que se sumaban cuatrocientos noventa y ocho para las cenas, incluyendo un cortejo de quince funcionarios de la casa. Los platos más sofisticados tenían su propia escolta y había cortesanos previamente designados que se encargaban de hacer la reverencia al paso de los platos.

—Pero aquí solo estás tú —sentenció Evie con incredulidad.

—Voy a tener diez ayudantes como mínimo y algunos extras de Carlo para darle a la cosa un poco de pompa y ceremonia. El chico que hizo de bufón de la corte en su última película será el copero principal. Si alguien quiere más vino, proclamará: «Una copa para el rey o la reina».

Annie añadió media bolsita más de gelatina y batió la salsa un poco más, alternando movimientos lentos con rápidos.

—Tengo también a la recepcionista, Marsha, seguro que la recuerdas, que será la funcionaria de cocina. Su trabajo consiste en probar la comida antes que los invitados para que, en caso de que estuviera envenenada, muera ella primero.

—Horripilante —dijo Evie.

—Me encantan los riesgos. Hoy en día, la comida no significa nada. Todo viene empaquetado y listo para comer. La gente no sabe distinguir una patata de un puerro en un huerto, y mucho menos preparar una sopa o un estofado. Tendríamos que aprender a respetar la comida y a abastecernos de ella.

Evie se fijó en cómo le brillaban los ojos a su hija.

—Hacía años que no te veía hablar con tanta pasión.

Annie se volvió hacia su madre.

—Por fin he descubierto lo que de verdad quiero hacer en la vida, mamá. He necesitado treinta y un años para conseguirlo.

—Te envidio —dijo Evie.

—Si esta cena es un éxito, es muy posible que vengan más. A lo mejor me hago cocinera profesional.

Removió un poco más el contenido de la cacerola y vertió con cuidado la salsa bechamel sobre el pollo. El líquido de color caramelo claro se extendió sobre la carne del ave y la superficie rugosa adquirió un brillo dorado. A continuación, retiró el exceso de líquido y guardó de nuevo el pollo en la nevera.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Evie.

—Tendré que dejarme caer sobre mi propia espada, como el cocinero Vatel, que no consiguió servir la cantidad suficiente de aves asadas y pescado fresco.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Annie dudó un momento.

—Creo que no es muy buena idea.

—Ayer estuve en la reunión de Alcohólicos Anónimos. Voy a cambiar. Te lo prometo.

Annie no replicó. Había vivido una cantidad impresionante de nuevos amaneceres y promesas, había desperdiciado inútilmente muchas esperanzas, y el trabajo que tenía por delante era muy importante.

—Sé que en otras ocasiones te he fallado, pero esta vez será diferente —le aseguró Evie.

Annie no respondió.

Los recuerdos de infancia de Annie giraban en su mayoría en torno a los nuevos comienzos de Evie y sus estrafalarios planes para «regresar al camino correcto». Su madre nunca le explicó dónde había estado anteriormente ese camino ni adónde se suponía que dirigía, pero siempre abordaba cualquier nueva iniciativa —que solía ser un nuevo oficio o una nueva aventura para ganar dinero— con convicción y entusiasmo. En una ocasión, Evie decidió convertirse en jardinera paisajista y pasó interminables horas estudiando una serie de libros de *Reader's Digest* titulada «Cómo cultivar». A pesar de que solo tenían una pequeña jardinera donde poder practicar, Evie creó mentalmente zonas verdes, jardines, setos y paisajes. Durante varias semanas, se dedicó a describir sus ideas mientras Annie las plasmaba en dibujos sobre papel reciclado que luego animaba con acuarelas y colgaba en las paredes de su piso de protección oficial. Después de publicar anuncios en el periódico local, en los centros de jardinería de los alrededores y en el tablón de anuncios del colegio, Evie consiguió trabajo cuando logró convencer al pastor de que transformaría el espacio silvestre de su pequeña parcela en un jardín romántico y perfumado, un lugar de tranquilidad y contemplación. Por desgracia, la mujer del pastor, que tenía unas mínimas nociones de horticultura, puso fin al proyecto cuando Evie le explicó que pensaba cubrir las paredes con una potente y olorosa clamidia.

Otro de sus planes fue dedicarse a la crianza de minúsculos yorkshire terriers, que vendería por cincuenta libras. Los padres, Bullseye y Bullet, eran hermano y hermana («No es necesario que nadie lo sepa»), les costaron

veinticinco libras cada uno y solo consiguieron tener dos cachorros en todo un año. Un día, cuando Annie llegó a casa después del colegio, su madre le comunicó que los perros se habían escapado de casa y habían sufrido un trágico doble accidente-suicidio, como consecuencia del cual habían muerto atropellados. Devastada y en absoluto convencida, Annie pasó tres semanas sin dirigirle la palabra a su madre. Después de aquello, Evie se hizo curandera, luego masajista y, finalmente, profesora de aeróbic, aunque nunca vivieron en ningún lugar el tiempo suficiente como para crearse una clientela.

Viajaban ligeras. Evie tenía dos maletas y el neceser, que contenía una colección de objetos importantes, recuerdos de su pasado. Había allí un pasador de concha con diamantitos que había pertenecido a su tía abuela Edna, una fotografía de sus abuelos maternos y la única cosa que era de su padre, un ejemplar del *Larousse Gastronomique*, un libro de cocina que él había heredado de una tía y cuyas recetas memorizó Annie con solo trece años de edad. Había también restos del ramo que Evie había llevado el día de su boda y la fotografía que Annie más quería, una imagen de su padre tumbado en la playa, durmiendo, el sombrero de fieltro en la barriga, los brazos doblados encima de la cabeza como si fuera un niño pequeño.

Aquellos recuerdos eran lo único que conectaba a Annie con otra vida y con una familia más extensa. Le habría encantado conocer a sus familiares y averiguar si había heredado los ojos de su padre o de un primo, descubrir quién más tenía el pelo castaño. A falta de personas de verdad, se inventaba historias: la abuela Josephine con su gota, su mal carácter y su amor por las polonesas de Chopin; el abuelo Mortimer, que trabajaba en una granja de cerdos pero soñaba con ser perfumista; la tía Alice, que, harta de la vida en la granja, se había largado con un circo y seguía cabalgando elefantes en Wigan. Fue para aquella familia tan dispar para la que Annie empezó a preparar sus banquetes de fantasía. Imaginaba que venían a visitarla y que la comida era tan deliciosa que todo el mundo dejaba el pasado atrás y enterraba rencillas y malentendidos. Mantenía largas conversaciones imaginarias con todos ellos, durante las cuales les explicaba los pormenores de su vida.

Sus invitados abandonaban su vida real para adentrarse en otra y convertirse, aunque fuera solo por unas horas, en viajeros transportados por el tiempo a otro mundo gracias a los sabores y los disfraces. Eligiendo los personajes históricos que más admiraba, Annie casaba comidas e ingredientes con distintas épocas e intereses. En honor a la reina Boudica, rellenó una

pierna de jabalí con frutos secos y dátiles y la sirvió sobre un lecho de heno marinado en miel. Se imaginó preparando la primera patata que comió Isabel I: en puré y servida con liebre estofada acompañada con tubérculos hervidos en aguamiel. Para que Alejandro Magno conservara la energía durante sus prolongadas campañas, le ahumó el pescado y le coció ligeramente las verduras en un caldo aromatizado con hierbas. Se dedicó a explorar bibliotecas y acabó confeccionando un índice personal de comidas y escenarios fantásticos. Siempre tenían que estar basados en el pasado, puesto que el presente de Annie era sistemáticamente desalentador.

En cuanto el hornillo empezó a pitar con insistencia, Annie retiró la berenjena y la colocó, humeante, sobre un plato para que se enfriara.

—¿Una taza de té? —sugirió Annie en tono conciliador.

Evie asintió.

—Cuéntame lo de la reunión de Alcohólicos Anónimos.

—Fue interesante.

—¿Interesante?

Evie asintió con la cabeza.

—No quiero hablar demasiado para no situar excesivamente altas nuestras expectativas, pero no he tenido ganas de beber desde entonces.

—¡Si fuiste justo ayer!

—Pienso en beber cada minuto del día —confesó Evie en voz baja—. Desde el instante en que me despierto hasta que me quedo dormida.

—¿Y qué tiene lo de beber para que puedas pensar tanto en ello? —dijo Annie, sin entenderla.

—Pienso en si podré beber, en cómo lo pagaré, en qué pasará si no tengo bastante dinero, o si tengo suficiente. Ya sé que parece una locura..., pero es imposible que entiendas lo que es vivir atrapado en esta obsesión.

Annie no dijo nada, pero lo entendía. Había pasado meses sin pensar en otra cosa que no fuera Desmond, desde que se despertaba hasta sus últimos pensamientos antes de caer dormida.

Sonó de nuevo el cronómetro y Annie sacó el pollo de la nevera y, después de dejar la bandeja en la mesa, aplicó otra capa de salsa de caramelo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Evie.

—Tendría que quedar como si tuviera encima una capa de bechamel con aspecto de plástico y luego lo hubieran sellado con una capa sólida y dorada de caramelo.

—Un proceso largo —observó Evie.

—La semana que viene tendré que preparar ocho. Y todo en esta cocina.

Guardó de nuevo el pollo en la nevera para que se enfriara. Luego cogió la berenjena y empezó a vaciarla delicadamente con una cuchara para retirar toda la carne y dejar solo la piel, de color rojo intenso. Se armó entonces con el cuchillo más afilado que tenía y empezó a cortar la piel en fragmentos romboidales. Con la ayuda de las pinzas, fue colocando los trocitos en otro plato. En el segundo cuenco, mezcló otras tres cucharadas de gelatina con agua y, uno a uno, fue sumergiendo los trocitos romboidales de berenjena en la solución.

—¿Y piensas volver esta noche a otra reunión de Alcohólicos Anónimos?

—preguntó Annie.

Evie asintió.

—Quiero que esto funcione.

«Ahí sí que no estás sola», pensó Annie, y abrió otra vez la nevera.

Sacó de nuevo el pollo y tocó un poco una pata. Se había asentado perfectamente. Cogió las pinzas y empezó a disponer los trocitos romboidales de piel de berenjena en hilera, desde un extremo al otro. Uniendo las formas punto por punto, creó otra hilera, y luego otra, hasta que el pollo quedó tapizado con una matriz de rombos de color rubí sobre un fondo dorado.

—*Voilà* —dijo Annie, enormemente satisfecha.

—La verdad es que te ha quedado precioso.

—Era uno de los platos que más apreciaba Luis XIV, *poulet au jacquard*. Se supone que tiene que parecer un magnífico pastel.

—¿Dónde encontraste la receta?

—En un libro viejo y mohoso de la Biblioteca de Londres. ¿Crees que quedará bien?

—Yo me lo comería.

Annie le sonrió, agradecida.

—Se te ve con luz, distinta, no sé —dijo Evie.

Annie abrazó a su madre en un gesto espontáneo.

—Si no me pongo en marcha, me van a despedir. Nos vemos luego.

Rebecca llegó a Wiltons a la una en punto de la tarde. Tiziano estaba sentado fuera, pero se levantó al verla. Rebecca acarició la cabeza del perro y entró.

—Su padre está esperándola, señorita Winkleman —dijo el maître, el señor Tonks, que cogió el abrigo de Rebecca y la guio por un pasillo decorado con cuadros de caricaturas y flanqueado por bancos tapizados en rojo.

Memling estaba sentado al fondo, la espalda apoyada en la pared, leyendo el nuevo catálogo de ventas de Monachorum.

—Estás blanca —dijo sin levantar la vista.

—Estoy bien —replicó Rebecca, cogiendo la carta. Conocía todos los platos, pero confiaba en que concentrarse en las distintas alternativas sirviera para ralentizar un poco el latido de su corazón. Era la primera vez que veía a su padre desde el viaje a Berlín.

—Ya he pedido, no es necesario que te tomes la molestia —dijo Memling, indicándole la carta con un gesto—. ¿Qué opinas de este Bourdin que sale a subasta la semana que viene?

Rebecca cerró la carta. Hubo un tiempo en que la insistencia de su padre para pedir por ella le había parecido conmovedora; ahora la encontraba exasperante. Era como si estuviera contando las calorías y el colesterol por ella. ¿De verdad creía que podía extender el control incluso hasta el cuerpo de su hija?

—Nunca me ha gustado mucho Bourdin —respondió.

—Sabes bien, mi niña, que un marchante debe separar de las transacciones sus sentimientos personales.

Memling habló con un tono condescendiente que transportó a Rebecca a su infancia. La mujer de cincuenta años sentada en el banco de terciopelo rojo se convirtió en una niña castigada con ocho horas de encierro en su habitación por no haber sabido identificar una pintura de Fragonard. Rebecca levantó la mano para llamar la atención de la camarera. La mujer, de mediana edad y vestida con uniforme blanco, acudió rápidamente.

—¿Puedo cambiar el plato principal por rosbif con patatas asadas? —preguntó Rebecca, sabiendo que Memling le había pedido un sencillo lenguado a la plancha.

—Por supuesto, señora —respondió la camarera.

Rebecca le dio las gracias y se dirigió entonces a su padre.

—Los últimos tres Bourdins que han salido al mercado se han vendido por un precio inferior al de reserva. El mejor fue transferido a un museo secundario de Arlés. El que sacan a subasta la semana que viene tiene orígenes inciertos y, en mi opinión, no vale ni una mínima parte de su precio

de reserva. Tenemos dos clientes que podrían estar interesados en comprar un Bourdin, pero uno de ellos tiene ya un cuadro muy superior que le vendimos nosotros mismos hace tres años y el otro acaba de perder el cuarenta y cinco por ciento de su fortuna en un mal negocio en Azerbaiyán. Por lo tanto, mi consejo es evitar ese cuadro.

Memling la miró pensativo. Su opinión era razonada, pero su forma de transmitirla le resultó turbadora. Su voz estaba crispada de un modo no habitual en ella, en su tono había una mordacidad que no estaba acostumbrado a oír.

—¿Te preocupa alguna cosa? —le preguntó.

Rebecca dudó un momento. Deseaba levantarse y gritar y formularle mil preguntas. (¿Cómo conseguía vivir consigo mismo? ¿Qué tipo de persona era capaz de llevar una doble vida como la de él?).

—¿A cuánto crees que subirá la puja del Munch en Monachorum? —dijo en cambio, pasando a otro tema.

—Te he preguntado si te pasa algo —insistió Memling.

Se inclinó hacia ella. A punto estuvo de cogerle la mano, pero se contuvo en el último momento. Hacía años que no tocaba a nadie y cuatro décadas desde que mostrara alguna señal de cariño físico hacia su hija.

—No pasa nada —contestó Rebecca, en tono seco.

—¿Alguna noticia sobre el pequeño Watteau? —preguntó Memling.

Rebecca ansiaba contarle a su padre lo de Berlín, lo de Annie, lo del cuaderno de Marty. Anhelaba plantearle preguntas y escuchar respuestas plausibles pero, por el momento, sabía que los secretos eran sus únicas armas. Tenía que comprenderlo todo mejor antes de revelar cualquier cosa.

—Nada de nada —respondió.

—Tendremos que empezar a poner en alerta a todos nuestros contactos —dijo Memling.

—Tenía entendido que querías mantener el asunto en secreto.

—La discreción no nos está llevando a ninguna parte. No has conseguido averiguar ningún tipo de información útil.

—¿De modo que tu error es culpa mía? —le espetó Rebecca.

Llegó la camarera con la comida. Rebecca miró el plato de ternera sangrienta y sintió náuseas. Nunca comía carne roja, pero hoy se obligaría a engullirla.

—Tal vez estaría bien que me explicaras por qué ese cuadro es tan

importante —dijo Rebecca, esforzándose para que no le temblara la voz.

(«A ver con qué mentiras me vienes ahora», pensó).

—Era de mi familia. Es el único vínculo que tengo con ellos.

(«Era de una familia y tú se lo robaste, de una familia cuyos recuerdos violaste, de cuya confianza abusaste»).

—¿Y por qué no lo conservaste contigo? —preguntó.

Memling se quedó inmóvil y miró a su hija.

—Hay algo que no te he contado nunca —dijo.

Rebecca apartó el plato. De repente, se sentía incapaz de mirar la carne. Tampoco estaba segura de querer escuchar la confesión de su padre. Si se lo contaba todo, ¿se vería obligada a actuar en consecuencia? Si confirmaba su terrible descubrimiento, ¿le obligaría eso a compartir todo lo que sabía con un público más amplio?

—Te enfadarás —dijo Memling.

—Entonces no me lo cuentes —replicó Rebecca.

Memling continuó.

—Hubo una mujer —declaró.

—¿Una mujer? —preguntó Rebecca, confusa.

(«¿Y esto qué tiene que ver con toda la historia?»).

—Se llamaba Marianna y estaba casada con mi amigo Lionel.

—¿Marianna Larikson?

Rebecca recordaba perfectamente a los amigos de sus padres. Su marido y ella los acompañaban a menudo en sus vacaciones familiares y estaban presentes en los actos familiares más importantes. Intentó recordar cómo era: alta, con larga melena rubia y ojos marrones, siempre impecablemente acicalada, zapatos a juego con el bolso, fular a juego con el pañuelo. Pensando en Marianna, recordó el comentario que a menudo hacía su madre: «Ahí llega su alteza real la reina conjuntada». Recordándolo bien, la madre de Rebecca nunca criticaba a nadie y aquel comentario era completamente incongruente con su carácter.

Rebecca miró a su padre y, sorprendida, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Nunca lo había visto llorar, ni siquiera cuando murió Marty.

—La quería —dijo.

—Lleva años muerta..., ¿pero qué dices?

—Fuimos amantes. Nos amábamos, pero no queríamos haceros daño, ni a tu madre, ni a Lionel, ni a nuestros hijos, por eso lo mantuvimos en secreto. Le

regalé el Watteau como prueba de mi amor. Y cuando ella murió, sus hijos lo vendieron. Tengo que recuperarlo. Tengo que hacerlo.

Memling dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que los demás comensales se giraron para mirarlo con una expresión combinada de preocupación y enojo.

Rebecca, pasmada, miró a su padre e intentó incorporar la nueva información a su naufragio de emociones.

(«¿Pero qué intentas decirme? De ser esto cierto, ¿por qué regalar a la persona amada un objeto tan manchado de sangre? ¿Acaso es todo esto una pantalla de humo, una manera de intentar ocultar la verdad?»).

—Seguramente estarás pensando por qué precisamente ese cuadro. Por qué no otro objeto de nuestra colección. Por qué no rubíes, o diamantes o perlas. Por qué no casas o dinero o islas. Podría haberle comprado cualquiera de esas cosas. Pero cuando veas el cuadro, Rebecca, lo entenderás. Más que cualquier otra obra de arte que hayas visto jamás, esa pintura captura lo que significa amar. No sé si alguna vez lo has sentido, si sabes lo que es notar que te arrancan el corazón de pura pasión desenfrenada, pero eso es lo que sentía por Marianna. Era mi razón de vivir. Con ella, me transformaba en otra persona, en una persona mejor, y dejaba de ser la criatura censurable que creía ser.

Intentando controlar las emociones, Rebecca miró a su padre. Estaba rompiendo el pan del platito en pedazos minúsculos y las lágrimas rodaban sin cesar por sus mejillas.

(¿Será que con esto reconoces tu culpa? ¿Estás a punto de revelarme tu apastosa historia? ¿Lo sabía mi madre?»).

No expresó sus sentimientos, sino que siguió mirándolo en silencio.

—¿Está todo bien? —preguntó la camarera, al ver que no habían comido nada.

Rebecca asintió.

—¿Lo retiro?

Rebecca asintió de nuevo.

Padre e hija siguieron sentados en silencio, la vista fija en el centro de la mesa. Memling sacó del bolsillo un sencillo pañuelo blanco y se secó la cara.

—Encuentra ese cuadro, Rebecca —dijo por fin—. Hazlo por mí.

—Sí, lo encontraré —replicó ella—. Aunque sea la última cosa que haga. —Se levantó, dobló la servilleta con meticulosidad y la dejó en la mesa—. Adiós, papá.

Memling no levantó la vista.

Rebecca se dispuso a salir del restaurante. Para cualquiera que la viera, era una mujer de mediana edad delgada, elegante, segura de sí misma, con un corte de pelo austero y vestida con prendas caras de corte sencillo. Erguida y con la mirada clavada en la puerta, Rebecca se esforzó por seguir dando aquella impresión. Una vez fuera, echó a correr hacia el coche y, después de tomar asiento, separada del mundo por los cristales tintados, agarró con fuerza el volante con ambas manos y le lloró al reflejo de su cara en el espejo retrovisor.

## Capítulo 23

El conde de Beachendon llevaba once años esperando poder visitar el estudio de Ergon Janáček, el solitario pintor checo cuya obra había sido la primera en romper la barrera del millón de libras en los años setenta y batir el récord de diez millones de libras en la década siguiente. Janáček vivía y trabajaba en Crouch End, en una cochera de estilo georgiano, y pintaba a las mismas siete modelos exactamente a la misma hora del mismo día de la semana. La modelo más antigua llevaba cincuenta años acudiendo allí y la más novata, más de diecisiete. Tenían que posar cuatro horas seguidas, sentadas en una silla de madera colocada justo debajo de una gran claraboya orientada hacia el norte. Janáček no les hablaba; estaba demasiado concentrado con la pintura. Cuando atacaba el lienzo con las manos, con grandes pinceles de pelo de tejón, lanzándole pintura, embadurnándolo, manchándolo y salpicándolo, Janáček gruñía y gritaba por la frustración que le provocaba la pelea contra sus demonios creativos. Tardaba siete años en completar cada retrato. Y al final de cada sesión, cuando el lienzo quedaba cubierto con un grueso empaste de viscosa pintura al óleo, Janáček lo tumbaba en el suelo y rascaba toda aquella masa. Lo único que quedaban eran débiles vestigios del trabajo del día. Colgaba de nuevo el lienzo en la pared, abría la puerta del estudio y esperaba en silencio a que la modelo se fuera.

Repetía el proceso semana tras semana, año tras año, hasta que un día Janáček comprendía que la obra estaba acabada. Solo los más entendidos eran capaces de distinguir a la persona oculta en el interior de aquel empaste, dentro del arremolinado amasijo de pintura y color. Cuando a las modelos se les preguntaba por qué habían accedido a un compromiso tan prolongado y agotador, se quedaban desconcertadas por la pregunta, como si el motivo fuese irrelevante. La mayoría posaba para Janáček desde antes de que se convirtiera en una figura de fama mundial; habían empezado cuando la silla de

madera era una vieja caja de embalaje de color naranja y no había dinero ni siquiera para comprar un pequeño calefactor. Aquellos pequeños lujos llegaron más adelante. No pagaba a las modelos, aunque a todas les habría venido bien algo de dinero. De vez en cuando, les hacía regalos o les daba pinturas. Después de mucho insistir, un par de ellas había reconocido que estar involucradas en el proceso creativo, por mucho que fuera de manera indirecta, les proporcionaba gran satisfacción. Algunas habían confesado que las horas que pasaban posando les permitían disfrutar de un fabuloso interludio de meditación en una vida que, de otro modo, habría resultado rutinaria y aburrida. Las informaciones que su devoto grupo de modelos daba del mundo insular e íntimo del artista cautivaban tanto a críticos como a coleccionistas.

La pequeña cochera de Janáček estaba situada en una callejuela de una zona poco recomendable de la ciudad, flanqueada por las vías del tren, una calle principal con mucho tráfico y una antigua fábrica de ladrillos. Excepto algunas malas hierbas, en el callejón no había ni contenedores de basura ni porquería. Los sonidos de una pareja peleándose, de música *dub* a todo volumen y de un coche petardeando sugerían un tipo muy determinado de vecindario. Beachendon enfiló el callejón que conducía al estudio de Janáček olisqueando el ambiente. Cuanto más se acercaba, más penetrante era el olor a pintura al óleo. Cuando llegó a la puerta, el olor a trementina y pintura era tan fuerte que le entraron ganas de taparse la nariz con un pañuelo. Llamó a la puerta y Janáček abrió al cabo de unos instantes. Llevaba pantalón corto a rayas, el pecho al descubierto y, después de agitar una mano manchada de pintura para hacer un gesto teatral, se hizo a un lado para dejar pasar a Beachendon. El conde inspiró una bocanada más de aire londinense, cruzó el umbral y entró en el estudio. Su último par de bellísimos zapatos Lobb de cuero se pegó ligeramente al suelo y, al bajar la vista, Beachendon descubrió que la superficie entera estaba cubierta con capas de pintura vieja y que, de hecho, se hacía complicado encontrar alguna parte de la estancia que no estuviera salpicada o manchada de algún color. El estudio mediría unos seis metros de ancho por siete de largo y los muros estaban cubiertos con lienzos girados de cara a la pared. Beachendon contó una treintena y la cabeza empezó a darle vueltas cuando calculó su valor en conjunto. Con solo diez de aquellas obras tendría todos los problemas resueltos. Se imaginó la venta: «La gran subasta de Janáček».

—¿Le apetece un té? —preguntó Janáček.

Tenía una voz grave y, a pesar de llevar casi sesenta años viviendo en Inglaterra, conservaba un marcado acento centroeuropeo.

—Encantado —dijo Beachendon, preguntándose si la mancha de pintura amarilla de la puntera del pie derecho se iría frotándola con aguarrás.

Janáček se dirigió a la minúscula cocina americana y llenó la tetera con agua del grifo.

—Por algún lado tiene que haber una taza —dijo, mirando distraído a su alrededor.

Beachendon empezaba a sentirse muy mareado; seguramente por el olor a pintura, aunque también por la perspectiva de poder por fin solucionar sus problemas económicos y salvar la casa de subastas de la quiebra.

—¿Dónde vive? —le preguntó a Janáček.

—¡Aquí, por supuesto! No quiero perder el tiempo en transporte.

Beachendon miró a su alrededor en busca de alguna puerta.

—¿Tiene un piso o una casa al lado?

—No necesito más que esto. ¡Mi reino! —exclamó Janáček, abriendo los brazos.

—¿Y la cama? —preguntó Beachendon, notando que la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Ahí en el rincón.

Beachendon localizó un montón de trapos encima de un catre.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó amablemente Janáček.

—Esperaba ser yo quien pudiera hacer algo por usted —respondió Beachendon—. Como seguramente sabe, trabajo en Monachorum, la casa de subastas.

Janáček esbozó una débil sonrisa.

—Nos enorgullecemos de trabajar codo con codo con los artistas, de facilitarles la posibilidad de poder recuperar su independencia financiera, de liberarlos de los grilletes que imponen marchantes poco escrupulosos, de ayudarlos a conseguir su plena independencia financiera. —Le gustó cómo había dado el giro a la frase y pensó en que habría hecho bien en tener un cuaderno a mano para anotar unas palabras tan bien dichas como aquellas—. Sin duda, recordará la venta de Hirst.

Janáček negó con la cabeza.

—¿Damien Hirst?

Janáček repitió el movimiento de negación.

—Lo siento, pero no lo capto.

—¿El artista? ¿Damien Hirst?

Beachendon se preguntó si Janáček le estaría tomando el pelo. Todo el mundo conocía a Damien Hirst, el David Beckham del arte.

—Me temo que no lo conozco. Mi gusto por el arte se detuvo en Rembrandt y mi verdadero amor lo reservo para Tiziano. Esos pintores me aportaban ya todas las referencias que necesitaba y no me tomé la molestia de buscar más.

—¿Y qué me dice de Cézanne o Corot, de Corbet o Manet? —preguntó Beachendon.

—Los estudiamos en la escuela de arte y son buenos, sí, muy buenos. Pero mi interés se extingue en 1669.

—¿Y Van Gogh?

—No, como le he dicho, me paré en Rembrandt.

—A lo largo de mi carrera he vendido muchos Rembrandts —dijo con titubeos Beachendon.

Janáček miró el reloj de la pared.

—Mire, señor, no pretendo ser maleducado, pero en media hora me llega una modelo y tengo que hacer los preparativos. ¿Podría decirme, por favor, cuál es exactamente el motivo de su visita?

—Me gustaría llevar a cabo una subasta espectacular con algunas de sus pinturas —dijo Beachendon, mirando los lienzos apoyados contra las paredes—. Tal vez, entre los dos, podríamos elegir una decena.

—¿Y por qué tendría yo que querer hacer eso? —dijo Janáček en tono casi burlón.

—¿Para ganar dinero! Así no tendría que pagar ningún tipo de comisión a su marchante y obtendría un sesenta por ciento de los beneficios totales. Por cada lienzo sacaría varios millones más de lo que saca ahora.

Janáček miró al subastador con afabilidad.

—¿Y qué quiere que haga con ese dinero adicional?

Beachendon echó un vistazo a la estancia, al caos reinante, al grifo que goteaba, a las manchas, a las capas de pintura, a la cocina de los años cincuenta, al catre, a la tetera vieja, a la silla coja y a la ropa deshilachada que colgaba de unos clavos.

—Mire, señor Beachendon, aquí tengo todo lo que necesito, de verdad. Estoy muy feliz en mi estudio y con mis cosas. Tener posesiones es una distracción. Ahora bien, si pudiera usted ofrecerme millones de horas extras al

día, me lanzaría rápidamente a la posibilidad de participar en una subasta. Con que una de mis pinturas sirviera para comprarme un año adicional de trabajo, accedería a su propuesta ahora mismo.

—¿Le importa si le pregunto qué hace con el dinero que gana?

—Cojo lo que necesito para pasar un año y el resto va a una cuenta. Cuando muera, lo que haya ahorrado se destinará a que la National Gallery pueda seguir abierta sin cobrar entrada. Si yo hubiese tenido que pagar para visitar a mis amados Tizianos, jamás habría podido pintar.

—En ese caso, cuanto más dinero gane en vida, más tendrá para dejar con ese fin.

—Lo que usted me plantea es un argumento engañoso, basado en excesivas probabilidades. Con la subasta podría ganar dinero, sí, pero también encender la curiosidad. Tengo ya demasiada gente ansiosa por visitar mi estudio, que me hace perder el tiempo con cartas y peticiones. La semana pasada, llamaron a mi puerta dos estudiantes de arte japoneses. Nunca llegaré a entender cómo me encontraron. Esta subasta que propone vendría acompañada por una explosión de publicidad, montones de columnas de opinión, discusiones y debates. «Janáček, ¿de verdad vale eso? Janáček, ¿y ese quién es?». Por mucho que yo ni me enterara ni leyera todas esas cosas, habría un interés lascivo que se infiltraría en mi vida, que la invadiría de un modo desagradablemente impredecible. El hombre del quiosco de la esquina acabaría atando cabos. La señora de la verdulería caería en la cuenta de que el Janáček que saldría en los periódicos es el mismo Janáček cliente de su tienda. Mis modelos, que hasta el momento consiguen separar sin problemas su labor de posado del proceso de la venta, empezarían a considerarlo todo en términos de dinero. Así que ya ve, señor, lo de la subasta no va conmigo.

—¿Y si se produjera un incendio que destruyera todo esto? —preguntó Beachendon, mirando los lienzos acumulados por todas partes.

—Para mí, el arte es el proceso de creación. Si esto acabara consumido por el fuego, rezaría para que se me llevase también a mí. —Janáček unió las manos y se dirigió decididamente hacia la puerta. Cogió el pomo y la abrió—. Adiós, señor Beachendon. Confío en que encuentre a un artista que promocionar. Y que sepa que no tengo nada en contra de los que quieren hacer dinero.

Beachendon se dirigió también a la puerta, chapoteando por el suelo. Su último par de zapatos Lobb estaba manchado con una multitud de colores y la

pernera izquierda del pantalón tenía un pequeño hilillo de rojo.

Se detuvo un momento antes de salir.

—¿Por qué ha accedido a mi visita, señor Janáček?

—Me intrigó muchísimo su forma de trazar la *s* cuando escribe. Tenía un amigo cuyas *s* se inclinaban también hacia atrás y quería ver si había alguna similitud entre usted y él.

—¿Y la hay? —preguntó Beachendon, cruzando la puerta y saliendo al callejón.

—No, ninguna —respondió Janáček, y cerró la puerta ante las narices del subastador.

Beachendon vio que se acercaba una pareja de colegiales. En los viejos tiempos, se habrían apartado para cederle el paso, pero los chicos siguieron andando y fue él quien tuvo que retirarse hacia la derecha. Bloquearles el paso equivalía a enfrentarse al ridículo o, peor aún, a que lo amenazasen con un cuchillo en la espalda. Beachendon reflexionó sobre Janáček y su ascética forma de vida. Tal vez él y la condesa podrían también adaptarse a una vida más sencilla, olvidarse de su fantástico carnicero, de las vacaciones de esquí y de las villas en la Toscana. A lo mejor podrían encontrar un apartamento de una sola habitación y poner a las niñas a estudiar en colegios públicos. El problema era que Beachendon, a diferencia de Janáček, no tenía ningún tipo de pasión, ningún deseo de hacer nada que no fuera sobrevivir. Últimamente, con lo único que de verdad disfrutaba era con dormir profundamente. Solo deseaba eso. Despertarse, desayunar, negociar, comer, incluso verse con los amigos requería un esfuerzo.

Cuando llegó al coche, vio que le habían rayado con una llave el lateral izquierdo dejando una horrorosa cicatriz blanca sobre la imaculada pintura azul. Giró la cabeza hacia los dos chicos; uno se giró y levantó un dedo en un gesto burlón. Por un instante, Beachendon sintió tentaciones de correr tras ellos, cogerlos y aplastarles la cabeza contra la acera hasta que sus sesos se desparramaran por el suelo como salchichas sangrientas. Pero se limitó a abrir la puerta del coche, instalarse en el asiento del conductor y poner rumbo a la oficina.

## Capítulo 24

Ya estoy de nuevo en la bolsa de plástico; esta vez es de una tienda llamada Peter Jones y, por suerte, Peter (quienquiera que sea) huele a lana y papel, a diferencia de su amigo, Waitrose, que apestaba a carne y patatas. Mi ama fue a buscarme a la galería hace tres días. Fue angustioso tener que decir *au revoir* a mis viejos amigos. Las demás pinturas, en una expresión masiva y unificada de tristeza y reconocimiento de mi importancia, hicieron vibrar su superficie cuando abandoné el edificio. Lo escuché por encima del ruido del tráfico de Trafalgar Square, de los chirridos de los frenos, de las explosiones de los tubos de escape, de las pisadas en el pavimento, del aleteo de las palomas, del tintineo del agua de las fuentes. Una colección de cuadros es tan grande como da de sí la suma de sus partes: mi marcha ha afectado sobremanera la magnificencia de la colección nacional.

Por suerte, la restauradora me había envuelto en numerosas capas de papel y de un material esponjoso. Vi que enarcaba las cejas un par de centímetros cuando Annie me metió en una bolsa de plástico. Y estoy seguro de que le habría dado un soponcio si me hubiese visto luego, cuando me metió en la cesta de la bicicleta. No llovía, *heureusement*. Traqueteamos por las calles a una velocidad inverosímil, me sacó de la cesta, entramos en su trabajo y me dejó en la bolsa de plástico encima de una mesa de la cocina. De poseer el poder de la autoinmolación, creo que habría explotado allí mismo. De rabia. No te imaginas qué rabia.

Luego, la segunda noche de mi encarcelamiento en plástico, sucedió una cosa de lo más interesante. Mucho después de que Annie se marchara a casa, apareció una mujer que empezó a husmear en los cajones y a mirar la cuenta de mi ama en el ordenador. Entonces, le sonó el móvil y se puso a hablar sobre un cuadro. No hace falta que te diga que resultó que estaba hablando precisamente de *moi*. Me puse histérico, puesto que no estaba ni a un metro de

distancia de ella. La conversación se inició afablemente con la charla trivial habitual, aunque noté que a ella no le salía con facilidad, puesto que formulaba las preguntas sin la más mínima intención de oír la respuesta. Qué tal estás, qué tal la familia, cómo va el negocio, y entonces, llegó lo gordo: «Estoy intentando localizar una pequeña pintura francesa del siglo XVIII, medirá unos cuarenta y cinco por sesenta centímetros. La composición representa a una mujer observada por un hombre y un payaso, la escena se desarrolla en el claro de un bosque. Localizarla es de suma importancia para mí. ¿Por qué? Porque es para un cliente que está dispuesto a pagar una cantidad astronómica de dólares por ella. No me preguntes por qué significa tanto para él, ya sabes cómo son los coleccionistas. ¿Que cuánto pagaría? ¿Sabes cuál es la distancia exacta hasta la luna? Oh, sí, y ya sé que tu anticipo con Winkleman está pendiente de revisión. Confío en que podamos renovar el acuerdo».

Me moría de ganas de gritar y chillar, de revelar mi paradero. Por fin había alguien que comprendía mi verdadero valor. Conozco bien lo que es sentirse deseado, perseguido, adorado, pero la voz de aquella mujer tenía una fragilidad preocupante y me planteé la posibilidad de que su ansiedad por recuperarme no fuera tal vez por mi bien.

Avanzada la noche, caí en la cuenta. De un modo u otro, aquella mujer estaba relacionada con lo de esa época. Con las horas más oscuras de mi larga vida.

Permíteme que te explique cómo sucedió todo.

Después de Federico I el Grande, me vendieron al hijo del papa Pío VI. De todos mis propietarios, el papa y su familia se cuentan entre los más avariciosos y sobornables. Los odiaba. El hijo era un libertino, el padre una criatura débil y solipsista que, como tantos otros, pretendía utilizar el arte para lavar la imagen de la vida inútil e inmoral que llevaba, como si la belleza pudiera ofrecer algún tipo de absolución. Fue él quien tuvo la idea de instalar un museo en el Vaticano e, irónicamente, fue esta iniciativa la que inspiró a mi siguiente propietario.

El arte sigue al poder. Y así, del mismo modo que los soldados se cuelgan medallas en el uniforme, los ricos cuelgan pinturas en las paredes de sus casas. Napoleón Bonaparte fue el mayor saqueador de la historia mundial. No fue el primero ni el último, pero no cabe duda de que fue el más sistemático y

el más obcecado. Hitler soñaba con tener un museo en Linz; Napoleón hizo planes para tener veintidós. Hitler tuvo como asesor a Göring; Napoleón lo tuvo en la figura de un hombre llamado Dominique Vivant Denon y juntos organizaron robos en todos los palacios de Europa con el objetivo de acumular el mayor tesoro del mundo. De ahí que, en otoño de 1796, me viera sujeto a lomos de una mula y cruzando los Alpes en compañía de *La transfiguración* de Rafael. Durante la travesía, me cuestioné muy en serio mis posibilidades de supervivencia. Formábamos parte del gran éxodo de obras de arte que siguió al saqueo de Napoleón en ciudades como Ferrara, Rávena, Rímini, Pesaro, Ancona, Loreto y Perugia. Yo viajé en el convoy de ochenta y seis carretas que partió de Bolonia. La verdad es que lo de viajar en compañía de tantísimas grandes pinturas y poder intercambiar las historias de las que habíamos sido testigos tuvo su gracia. Era la primera vez que coincidía con el *Político de Gante* de Jan van Eyck, el *Apolo Belvedere* y los caballos de bronce de San Marcos (que, a su vez, eran todos ellos botín de anteriores guerras).

Recuerdo mi llegada a París, como parte de una descomunal procesión, a bordo de un carruaje abierto tirado por seis caballos. Para subrayar el espectáculo, había también camellos y una jaula con leones. Cada caja tenía un cartel que enunciaba su contenido; yo estaba junto con dos Correggios, nueve cuadros de Rafael, los Osos de Berna, una colección de minerales y diversas reliquias religiosas. Ya se sabe, la belleza siempre ha inspirado brutalidad y deseo de posesión, los saqueos siempre fueron una de las muchas facetas de las guerras, y el arte y el poder son eternos compañeros de cama. Antes de Göring, Hitler, Napoleón y Denon, los romanos tuvieron a Tito Livio, que creó un registro con su botín. Las tumbas de los faraones fueron saqueadas mucho antes de la invasión de Alejandro Magno, en el año 332 a. C. En el Antiguo Testamento aparecen numerosas referencias a saqueos y pillajes. En el *Libro de las Crónicas* consta que el rey Sisac de Egipto atacó Jerusalén y se llevó los tesoros del templo del Señor, de los palacios reales y todo lo que encontró a su paso, incluso los escudos de oro de Salomón.

No pretendo darte una lección de historia, querido lector. Solo quiero que comprendas el poder del arte, las profundidades y las alturas que inspira.

Seguiré con mi historia. Napoleón podría haber elegido entre todas las maravillas que hubiera querido para impresionar a la emperatriz Josefina. Había tapices, joyas, estatuas, cuadros y todas las demás cosas que he

mencionado; pero me escogió a mí. No mido más que cuarenta y cinco por sesenta centímetros, pero soy más potente que cualquiera de los grandes lienzos del Renacimiento, más valioso que las enormes cantidades de piedras preciosas que poseía mi amo. (Si después tengo tiempo, te contaré los secretos de su lecho matrimonial. Basta con que de momento te diga que en aquella relación había un animal, y que no era precisamente el diminuto comandante).

Josefina era una amante infatigable; podía hacer el amor la noche y el día enteros y exigir a sus amantes un rendimiento heroico. Napoleón era un poderoso líder en el campo de batalla, pero ella le hacía sentirse aún mejor que un conquistador. Sin embargo, como todos sabemos, su semilla no logró germinar en su interior. Se divorció de Josefina para casarse con un vientre. El llanto de mi ama se escuchó durante meses, desde el ala de su *château* en Malmaison hasta los aposentos de Napoleón en París. Pasé de ser la personificación en pintura de un gran amor a convertirme en la representación de un corazón roto. La tarde del 11 de enero de 1810, mi ama me arrojó al fuego. Por suerte, su criada me rescató y, escondiéndome en secreto bajo sus amplias enaguas, me sacó del *château* y me llevó a las dependencias de un conocido marchante.

Mi siguiente propietario fue un rey británico. Jorge IV era un sinvergüenza redomado. El bufón más desabrido, codicioso y vanidoso que he conocido. Durante veinte años, me vi obligado a ser testigo de una bacanal incesante salpicada con días de lamentaciones, postrado en la cama para intentar recuperarse de los excesos que se había infligido. Aquel hombre engullía cajas enteras de vino, oporto, whisky y champán y solo se detenía de vez en cuando para rellenar su obeso cuerpo de carne y patatas. Con casi ciento treinta kilos de peso, estaba achacado de gota, arterioesclerosis, hidropesía y enfermedades venéreas. Murió con convulsiones, de un modo terriblemente lento, y exhalé un suspiro de alivio a la vez que él emitía el último justo después de las tres de la madrugada del 26 de junio de 1830.

Me vendieron (cuatro aventuras más por toda Europa), pero al final Alberto me regaló a su amada y joven princesa Victoria, que pronto se convertiría en reina de Inglaterra. Por desgracia, y de un modo ignominioso, fui destinado a un dormitorio oficial de escasa importancia de Buckingham Palace. Odiaba Londres (como ya sabes), la niebla, el ruido, su carácter deprimente, la monotonía. Sin duda alguna, seguiría colgado en aquella alcoba mal ventilada de no haber llamado la atención de un joven criado que quería hacer un regalo

al amor de su vida antes de partir para el frente en 1914. Se llamaba Thomas; ella, Ethel. Él trabajaba en palacio y ella en el Ritz. Tal vez el criado supiera que tenía los días contados puesto que, de lo contrario, no creo que hubiera cometido un robo tan audaz. El caso es que, justo la tarde antes de partir para Francia, me descolgó de la pared, me escondió debajo del abrigo y atravesó el parque en dirección a Piccadilly. Murió dos semanas más tarde, el 24 de septiembre de 1914, un cuerpo más atrapado en aquel lodazal. Ethel lloró tres semanas seguidas, pero pronto encontró consuelo en brazos de un conserje. Después de la guerra, me vendió por dos libras y seis peniques. En aquellos tiempos, nadie parecía tener gran interés por la belleza.

Saltaré directamente a la venta de 1929, en Berlín. Otro momento bajo: vendido a precio de saldo a un abogado judío sin un céntimo como regalo de compromiso para su amada. Fueron mis primeros semitas y, tal vez, mis mayores admiradores. Quedaba un poco raro colgado sobre la chimenea de su soso y austero apartamento en Berlín, pero como Esther Winkleman solía decir: «Este cuadro es una ventana que se abre a un mundo mejor y más puro».

Ese supuesto mundo mejor y más puro nunca se materializó. Diez años más tarde, estalló una nueva guerra y las cosas se pusieron cada vez más complicadas para los Winkleman, que perdieron el trabajo y se vieron obligados a llevar estrellas amarillas cosidas a la ropa. A pesar de que el apartamento era minúsculo, su madre y su padre se apuntaron también a vivir con ellos. No había dinero para calefacción de modo que, pieza a pieza, fueron quemando el mobiliario para que la familia pudiera pasar con un mínimo de calor los espantosamente gélidos inviernos de 1940 y 1941.

Recuerdo con detalle al chico; tenía unos ojos azules clarísimos y una mata de cabello rubio. No era hijo de Esther y de Ezra, pero pasaba mucho tiempo en el apartamento. Cuando estalló la guerra, iba siempre vestido con un uniforme negro; llegaba y pasaba un rato allí, y siempre venía con paquetes de comida y, a veces, incluso con alguna botella de coñac.

A principios de 1942, el joven de ojos claros habló con Ezra sin que nadie les oyera y le hizo una oferta.

—Puedo conseguirte un millón de marcos por este cuadro —dijo—. Y billetes para que tú y toda la familia abandonéis el país.

—¿Y por qué tendríamos que hacerlo? —preguntó Ezra, realmente perplejo—. Este es mi hogar y tengo que esperar aquí por si acaso hay más miembros de mi familia que necesitan un lugar donde alojarse.

El camisa negra le suplicó e intentó engatusarlo. Pero Ezra y Esther no cedieron.

Jamás olvidaré la noche del 27 de febrero de 1943. Un equipo de camisas negras irrumpió en la casa para llevarse a los Winkleman.

—Déjennos coger unas cuantas cosas —dijo Esther, mirándome de soslayo.

Pero la agarraron por el pelo y la empujaron escaleras abajo. No gritó; no quería asustar a los niños.

El hombre de los ojos claros volvió a aparecer unos días después. Irrumpió en el piso y, al verlo vacío, se sentó en el suelo y rompió a llorar; sabía qué había pasado. Luego se levantó, me sacó de encima de la chimenea y me escondió debajo de su abrigo negro. Me vendió por un millón de marcos a su líder. Herr Hitler solo me vio una vez; me tuvo en sus manos y estuvo contemplándome largo y tendido durante casi una hora. A continuación, llamó a un joven soldado y le dijo que me escondiera en un lugar secreto, lejos de la mirada avariciosa de Göring, hasta que la guerra culminara con su victoria.

—Protégelo con tu vida —le ordenó.

## Capítulo 25

Annie concibió la cena como un agradecimiento para Agatha y a la vez como un ensayo general para la fiesta de cumpleaños de Delores. Invitó a Jesse, confiando en que se tomara la invitación como un simple gesto de amistad. Al cabo de tres días, el día antes de la fiesta, iría al mercado de carne de Smithfield y después al mercado de New Covent Garden. Compraría dieciocho pollos, diez faisanes, gallinas, hígados de pollo, diez kilos de cebollas, diez de zanahorias y diez de patatas, además de grandes cantidades de hierbas diversas y lechuga. La madrugada del día de la cena, el 1 de abril, iría al mercado de pescado de Billingsgate hacia las dos de la madrugada y haría acopio de ostras, lenguado, cangrejo y langosta. El caviar y el fuagrás ya los tenía encargados al proveedor de costumbre.

Para el ensayo general, Annie solo podía permitirse preparar determinados platos y beberían prosecco en lugar de champán. En la cena de Delores, los invitados degustarían veinte platos, empezando con tortilla de espárragos y terminando con una tarta. Esta noche habría solo cinco. Para la cena de Delores, Annie alquilaría una pequeña furgoneta para ir de un lugar a otro; para el ensayo, cogería un autobús y luego un tren hasta Vauxhall y recorrería a pie calles y callejuelas hasta llegar al mercado de New Covent Garden.

Mientras paseaba entre espárragos, berenjenas y coles, en medio de verdes intensos y rojos rubí, entre los ejemplares duros y carnosos, las variedades extranjeras no identificables y las conocidas verduras de los huertos caseros, Annie experimentó una oleada de felicidad. Cada variedad de verdura le sugería una historia distinta, una posibilidad deliciosa y una receta a la espera de ser descubierta. Contempló una bandeja de membrillos y los visualizó horneados, guisados y gratinados, se los imaginó con peras, con cordero y con queso. Miró a la derecha y vio una pirámide de hinojo; tal vez estaría bien incorporar unos bulbos a la sopa de cebolla o preparar un acompañamiento

con una salsa perfumada con anchoas, o simplemente saltar la verdura hasta que su delicado perfume amenizara un plato de pollo braseado.

Recordó entonces el cuadro y se preguntó si el artista consideraría los pigmentos y las bases del mismo modo que ella pensaba en la comida: imaginándose la colisión de distintos colores, la mezcla de pigmentos y el efecto final. Tanto para el cocinero como para el pintor, crear sabores o escenas a partir de una base variada de ingredientes era su manera de navegar por el mundo. Ella utilizaba sal, pimienta, verduras, aceites, especias, hierbas y carne; él utilizaba lapislázuli, albayalde, carmín, tierra verde, índigo, ocre, cardenillo y esmalte.

En una mesa larga, había una cúpula inmensa de berenjenas, todas de forma circular y tremendamente veteadas en rojo intenso y blanco roto.

—¿Verdad que son bonitas? Parecen joyas —le dijo Annie a una mujer que también las miraba.

—Pero luego, cuando las cocinamos, se transforman en una papilla grisácea —replicó la mujer.

Annie la miró, sorprendida. ¿Cómo era posible mostrarse tan desdeñoso con una berenjena?

Por la noche, Jesse fue el primero en llegar, con un ramo de narcisos e intentando disimular lo contento que estaba de verla. Annie y él charlaron con nerviosismo sobre lo que habían hecho últimamente y sobre las noticias más relevantes y ambos se sintieron tremendamente aliviados cuando Agatha llegó y luego Evie, que regresaba de la reunión de Alcohólicos Anónimos. Annie preparó un Bellini para Jesse y para Agatha y un ponche de frutas sin alcohol para su madre e hizo circular unos huevos de codorniz en equilibrio sobre minúsculos cuadraditos de salmón ahumado y pan casero, coronados con una ramita de eneldo. Al principio, todo el mundo se mostró muy tímido; se colocaron en círculo en el centro de la estancia, alrededor de un puf marroquí, y charlaron frívolamente sobre el cuadro, apoyado en la repisa de la chimenea.

—Necesita un marco mejor —dijo Annie.

—Pero a pesar de eso es precioso —dijo Evie—. Desde el instante en que lo vi, supe que era algo especial.

—¿Y qué planes tienes para el cuadro? —preguntó Agatha.

—La verdad es que no lo sé. —Annie se encogió de hombros y se acercó a

la pintura—. Creo que vivir en su compañía y admirarlo.

—Yo le he dicho que lo lleve a Christie's o algún sitio de esos. Tienen jornadas de tasación —dijo Evie, antes de dirigirse a Agatha—. Trabajas en la National Gallery, ¿verdad? A lo mejor podrías echarle un vistazo.

Agatha y Jesse se miraron entre ellos al comprender que Annie no le había contado a su madre nada acerca de sus sospechas.

—Tengo que ir a preparar una *velouté* —dijo Annie, corriendo hacia la cocina.

Jesse la siguió.

—Deja que te ayude.

Annie dudó un momento y, sonriéndole agradecida, le pasó un cuenco y una varilla para batir.

—¿Podrías batirlos con un poco de sal y pimienta mientras yo blanqueo los espárragos?

Como un experto, Jesse cascó los huevos con una mano, incorporó un poco de pimienta y una pizca generosa de sal y los batió con fuerza. En cuanto los tuvo convertidos en una espumosa nube dorada, pidió más trabajo.

—¿Podrías colocar ese gruyer y la tostada encima de los recipientes de la sopa de cebolla? —dijo Annie, asegurándose de que la mantequilla clarificada empezase a burbujear pero no se quemara.

—¿Tienes un poco de perejil para cortar?

—Arriba a la izquierda, en la nevera, dentro de una bolsita de plástico.

Mientras Annie tamizaba con cuidado la harina y, a cucharaditas, la incorporaba a la mantequilla, Jesse cortó el perejil hasta dejarlo convertido en una fina lluvia verde, listo para esparcirlo por encima de la sopa.

—Sabes cocinar —dijo Annie, sinceramente sorprendida.

—Mi madre necesitaba un ayudante de cocina.

—¿Era cocinera?

—La mejor que he conocido en mi vida. Era capaz de coger los ingredientes más simples y aburridos y transformarlos en un plato delicioso.

—Esos son los mejores cocineros —reconoció Annie, incorporando a la mantequilla la última cucharadita de harina.

—¿Es un *roux* eso que estás preparando? —preguntó Jesse.

—Sí. ¿Podrías poner a calentar ese pequeño cazo de caldo?

Jesse encendió el fuego, se inclinó sobre el cazo y aspiró.

—¿Caldo de verduras con champiñones?

Annie sonrió.

—Muy bien. Es para el lenguado. A Luis XIV le gustaba el pescado nadando casi en una crema de champiñones, pero he pensado que esta opción era un poco más sana.

Annie cogió una sartén de la estantería y untó la base con un poco de aceite de oliva. La colocó sobre un hornillo eléctrico y esperó a que empezara a humear.

—¿Sigo yo con la salsa blanca mientras tú preparas las tortillas?

Annie sonrió, agradecida.

—Imagino que no estarás libre el primero de abril. Voy a cocinar un banquete grandioso para cincuenta personas con motivo del cumpleaños de Delores. Tengo camareros y friegaplatos, pero me encantaría poder contar también con alguien que se sienta seguro entre fogones. Es un trabajo pagado, cien libras por toda la noche.

Jesse se inclinó sobre la salsa y la batió con fuerza. No quería que Annie viera que tenía las mejillas rojas como tomates y una sonrisa de oreja a oreja.

Pero Annie interpretó erróneamente su silencio.

—Lo siento. Ha sido muy desconsiderado por mi parte.

Jesse se volvió hacia ella, sonriente.

—Simplemente estaba intentando recordar qué hago este jueves. De hecho, creo que estoy libre y estaría encantado de poder ayudarte. ¿Qué te parece si nos reunimos antes para hablar sobre el menú y la planificación? ¿Mañana te iría bien?

—Sería fantástico —dijo Annie, sonriéndole agradecida.

Al mirar la espalda de Jesse mientras removía la salsa, fue como si lo viera por primera vez. Le gustaba cómo deambulaba por la estrecha cocina con los pulcros pasos de un bailarín, cómo se movía con elegancia en el pequeño espacio comprendido entre la cocina y la nevera. Le gustaba su forma rítmica de remover, de golpear y batir, cómo flexionaba los músculos de la muñeca y el brazo derechos. Se preguntó distraídamente cómo sería en la cama y enseguida, levemente ruborizada, se concentró de nuevo en la tortilla.

—¿Podrías pasarme los espárragos? —le pidió Annie.

Con cuidado, Jesse le pasó los espárragos crudos. Al dejarlos sobre la mesa, la mano de él rozó por accidente la de ella y ambos percibieron la minúscula corriente que circuló entre ellos. Annie observó sus largos dedos, las pequitas del dorso de las manos. Intentó imaginarse sus caricias. ¿Serían

delicadas?

Jesse miró a Annie, la suave palidez que se iniciaba justo debajo de la oreja derecha y recorría la nuca del esbelto cuello. A través de la camiseta vislumbraba el omóplato y un elegante brazo derecho. ¿Cómo sería la piel que escondía aquella camiseta? ¿Se estremecería ligeramente si le recorría la espalda con la mano hasta alcanzar el final? ¿Le gustaría que le besara la nuca?

Annie echó sal en el agua hirviendo e introdujo los espárragos con la punta hacia abajo. Oía la respiración de Jesse, superficial y algo irregular. Al levantar la vista, le vio la boca, unos labios casi femeninos, de color rosa claro, un poco entreabiertos y dejando asomar una dentadura blanca y regular. «¿Cómo sería esa boca sobre la mía, recorriéndome el cuello?», se preguntó, mientras los espárragos bailaban en el agua hirviendo.

En ese mismo momento, Jesse estaba atrapado también en su fantasía y, cuando probó la salsa para verificar el punto de sal, se imaginó pasando la lengua entre los pechos de Annie y descendiendo hacia sus piernas.

Siguió batiendo la salsa, sin apartar la vista de la nuca de Annie. Consciente de que su respiración era irregular y superficial, respiró hondo un par de veces.

—Creo que ya estará bien —dijo Annie, sin girarse para mirarlo.

—Me he despistado... ¿Crees que ya está? —dijo Jesse, mostrándole el cazo.

Annie echó un vistazo a la salsa blanca y, a continuación, sumergió el meñique en sus brillantes profundidades, lo lamió lentamente y miró a Jesse.

Jesse tragó saliva, obligándose a mantenerse en su lugar, a no cogerla entre sus brazos y besarla.

—Está buena —dijo Annie.

Volcó de nuevo la atención en los espárragos, pinchó uno con un cuchillo afilado de pelar verduras y decidió que estaban perfectos, al dente. Cogió el cazo, se acercó al fregadero y escurrió los espárragos. El vapor se alzó y cubrió su cara con una suave neblina. ¿Pero qué hacía flirteando con aquel hombre? Sabía que albergaba sentimientos hacia ella... ¿Estaba siendo cruel o era que algo había cambiado?

Se obligó a concentrarse en lo que tenía entre manos. Puso una sartén al fuego y, después de incorporar a la mezcla un poco de crema de leche con cebollino, tomillo y perejil fresco, le dio una última removida a la tortilla. A

continuación, forró el recipiente grande con la sopa de cebolla con finas rebanadas de pan de barra cubiertas con gruyer, mozzarella y parmesano, y lo colocó a gratinar unos minutos.

—La cena estará lista en cinco minutos exactos —gritó.

Jesse sacó cuatro platos del horno y los llevó a la mesa.

Annie incorporó los huevos a la sartén humeante y esperó a que se formaran minúsculas burbujas doradas antes de disponer con cuidado los espárragos en la masa, creando cheurones en verde ácido sobre la base de color amarillo intenso. La receta sugería envolver la tortilla, pero Annie decidió dejarla plana y, en el último momento, cortó a láminas un chile de color rojo rubí y esparció minúsculos y potentes diamantes sobre la superficie.

Durante la cena, se alegró de que Jesse estuviera sentado en diagonal frente a ella y fuera imposible tocarlo o incluso mirarlo mucho. Annie cortó la tortilla en cuatro partes y sirvió una ración en cada plato. Después del primer bocado, se produjo un silencio. El huevo cremoso, el chile picante y los espárragos al dente estaban en perfecta armonía. El siguiente plato no le pareció a Annie todo lo correcto que debería ser —las cebollas de la sopa tal vez estaban demasiado dulces—, pero Jesse opinó que eran el complemento ideal para el queso fundido. Hubo aplausos para el pollo con rombos y su chaqueta a cuadros rojos y blancos. Y a pesar de que Evie se declaró incapaz de comer nada más, terminó en silencio su lenguado Colbert, sin querer desperdiciar la colisión que se produjo en su boca cuando las suaves y almohadilladas capas de lenguado estallaron con la corteza de pan rallado perfumada con la salsa. Agatha gimió incluso al morder la capa exterior crujiente del pescado y notar la mantequilla caliente rezumando en su boca.

—Esto es mejor que...

Se puso colorada como un tomate cuando todo el mundo se rio del comentario.

Más tarde, después de pulirse un pastel hecho con fruta pochada, pasas, piñones y limones caramelizados cubierto todo ello con nata montada, Annie y sus invitados siguieron sentados a la mesa para disfrutar del postre favorito de Luis, un chocolate caliente tan espeso que Evie se tomó el suyo con una cuchara.

—Cualquier persona capaz de hacer que la comida sepa tan buena debería

ser atada a la cocina —proclamó Agatha.

—Eso sería mi sueño —reconoció Annie.

Luego, Annie le ofreció a Evie su cama, argumentando que no le molestaba en absoluto dormir en el sofá. Lo que deseaba en secreto era tener a su madre detrás de la única puerta del apartamento y quedarse a solas con Jesse. Agatha se marchó para poder coger el último tren y Jesse se quedó para ayudar a recoger. Cuando hubo terminado de lavar los platos, sostuvo con delicadeza la cara de Annie entre sus manos grandes y pecosas y la besó en la boca.

—Me marchó —dijo—. Pero no por mucho tiempo.

Cogió la chaqueta y la bufanda, salió del apartamento y Annie lo oyó bajar la escalera dando saltos.

Incapaz de dormir, Annie se sentó detrás de la mesa de la cocina y apoyó la cara de costado sobre la gastada superficie de madera, cerró los ojos y se concentró en la sensación del grano de la madera contra la mejilla izquierda.

## Capítulo 26

Trichcombe Abufel estaba junto a la ventana de la cocina, contemplando el jardín comunitario. Había adquirido su pequeño ático hacía treinta años y había sido testigo del cambio del vecindario, que había pasado de ser una zona diversa y multicultural a albergar un grupo homogéneo de ricos banqueros de raza blanca y sus familias. En el jardín de abajo había en aquel momento cinco mujeres rubias casi idénticas con pantalón corto negro, muertas de hambre para poder conseguir y mantener el peso corporal previo a la adolescencia, tan llenas de bótox que sus rostros parecían caras de estatuas de mármol, haciendo gimnasia a las órdenes de un gigantesco y musculoso entrenador negro. Resultaba agradable, pensó Trichcombe, observando al hombre de piel oscura, ver una pincelada de color. Trichcombe no quería mudarse de casa, pero a menos que algo cambiara en su vida profesional, la penuria lo obligaría muy pronto a abandonar el apartamento y trasladarse a los suburbios. Tal vez tendría que volver a Gales; solo de pensarlo sintió un escalofrío.

Alejándose de la escena que se desarrollaba abajo, Trichcombe regresó a su despacho y al «problema». Desde que había coincidido con aquella joven en el Museo Británico y había visto por encima el dibujo, tenía la sensación de que «lo» había encontrado. Trichcombe había consagrado muchos años de laborioso trabajo a atar todos los cabos necesarios para seguir el rastro de la gran obra perdida de Watteau, *La improbabilidad del amor*. Sirviéndose de una combinación de material impreso, anotaciones no publicadas, su archivo personal y datos almacenados en museos nacionales e internacionales, Trichcombe había logrado establecer una línea de propiedad casi continua. Sabía que el cuadro había sido pintado en París en 1703 y que la iconografía giraba con toda probabilidad en torno a una bella actriz, Charlotte Desmares, cuyo nombre artístico era Colette. La pasión incontenible de Watteau por

aquella mujer se mencionaba en diversos relatos contemporáneos y, durante un periodo de siete meses, su cara apareció en prácticamente todos los dibujos y en muchas otras pinturas al óleo.

Después de la temprana y trágica muerte de Watteau en 1721 como consecuencia de la tisis, la pintura pasó a manos de su amigo Jean de Julienne y, a partir de ahí, su historial de propiedad era uno de los más fascinantes que Trichcombe había descubierto en su vida. ¿Existiría en el mundo otro cuadro que hubiera sido propiedad de tantos personajes ilustres y sugestivos? Sin embargo, Trichcombe no estaba especialmente interesado en los primeros tiempos de la obra, ni tan siquiera en la obra en sí misma. Lo que más le llamaba la atención era el periodo comprendido entre 1929 y la actualidad. Había descubierto que el cuadro había desaparecido de la Colección Real durante la Primera Guerra Mundial (seguramente como consecuencia de un robo) y que luego había reaparecido en una sala de subastas de Berlín en 1929, donde un hombre llamado Ezra Winkelman lo había adquirido por cincuenta marcos. Trichcombe no había tenido necesidad de buscar en Google ni de consultar el *Quién es quién*: sabía que Ezra era el padre de Memling Winkelman.

En los últimos días, las fuentes oficiosas del mundo del arte habían empezado a hacer correr el rumor de que los Winkelman habían «perdido» un pequeño Watteau; habían contactado con todo el mundo que tenían en nómina y, a pesar de que Trichcombe era quizás el único experto que ya no trabajaba para la familia, había recibido varias llamadas.

Trichcombe pensó de nuevo en la mujer de cabello castaño del Museo Británico y aquel dibujo. El sexto sentido que había cultivado con tantos años de estudiar y pensar en obras de arte le sugería que el cuadro estaba en sus manos. Estaba prácticamente seguro, por su reacción, de que no era una experta y de que probablemente no era consciente ni de su valor ni de su importancia; confiaba en ser él quien, antes que nadie, la pusiera al corriente de todo.

Tomó asiento detrás de la mesa de despacho y miró de nuevo la fotocopia del grabado de *La improbabilidad del amor*. El cuadro era importante en muchos sentidos: su iconografía, la yuxtaposición de esperanza y desesperación, la encapsulación de los sentimientos de amor entregado y no correspondido. Su ligereza de pincelada, su velocidad, su destreza y la aparente simplicidad de su concepción apuntaban hacia un nuevo estilo de

pintura, animaban a generaciones de pintores posteriores a liberarse, a dejarse ir y expresarse. Y, por supuesto, aquella obra era también el padre, la madre y la amante del movimiento rococó. Pero, por encima de todo, era capaz de inspirar amor.

Trichcombe se levantó y fue a la cocina. Abajo en el jardín, las mujeres hacían estiramientos y el entrenador se detenía un breve instante al lado de cada cuerpo para tirar y presionar las extremidades y hacerles adoptar estrambóticas formas. Trichcombe, en realidad, no les prestaba atención; estaba intentando encajar todo lo que sabía y las cosas que le parecían inexplicables del negocio de los Winkleman. Y confiaba en haber encontrado por fin la forma de ejercer su venganza.

La erudición le había enseñado a Trichcombe muchas lecciones, pero tal vez la más importante de todas fuera la paciencia. Había aprendido a esperar a que la información fuera haciéndose aparente poco a poco, a dejar que las pistas se revelaran por sí solas en los momentos más inesperados. Aprender y descubrir no eran procesos lineales, sino redes matrices de locura, capas de hechos dispares y sin conexión acumulados con el paso de los años que de pronto se coligaban. Sus grandes descubrimientos —localizar el retablo de Cimabue en una sala de subastas de Pewsey y la *Virgen de las Camelias* de Rafael en el pasillo de un colegio de niños— eran en parte una feliz coincidencia (estar allí) y en parte conocimientos: los muchos años de examinar obras de arte, de estudiar las pinceladas minúsculas de cada artista y, sobre todo, de saber qué obras se habían perdido y dónde habían sido vistas por última vez. Un erudito, pensaba a menudo Trichcombe, no era más que un detective; y él era uno de los grandes.

Memling había sido el primero en detectar su talento; había tenido en nómina a Trichcombe pagándole un sueldo espléndido. Encontrar a alguien que combinara conocimientos con una pasión monomaniaca por la pintura era excepcional. Durante los primeros siete años, la aparente ausencia de vida personal por parte de Trichcombe, su disposición para trabajar a todas horas y para viajar sin previo aviso suponían ventajas enormes. Memling había enviado al joven por todo el mundo para evaluar nuevas adquisiciones y hurgar y rebuscar en salas de subastas pequeñas. Juntos se habían convertido en los Duveen y Berenson de su época.

Pero la monomanía de Trichcombe presentaba ciertas desventajas: la mayoría de los empleados de Winkleman trabajaba a cambio de un salario, se

iba a su casa al finalizar la jornada y hacía oídos sordos a cualquier irregularidad. Su trabajo no era más que un medio para conseguir un fin, que no era otro que vivir. Para Trichcombe, un hombre sin ninguna persona que dependiera de él ni aficiones conocidas, su trabajo era su vida, y mientras los demás se enorgullecían de su pareja y de sus hijos, él estaba consagrado a los cuadros, a su estudio, a su historia, a sus orígenes y propietarios.

La situación cada vez más tensa entre patrón y empleado había acabado estallando cuando Memling, de repente, desenterró una obra perdida de Boucher. Memling se negó a revelar de dónde la había sacado. Para él no era más que una transacción sencilla y altamente lucrativa. Para Trichcombe, en cambio, determinar el historial del cuadro resultaba esencial. Después de permanecer siete noches seguidas en vela, Trichcombe consiguió establecer un historial de propiedad que se interrumpía súbitamente en 1943 en Berlín, con un miembro de una familia que luego fue aniquilada en Auschwitz. Memling se negó a decirle cómo había encontrado la obra. Dos meses más tarde, se produjo un caso similar cuando Memling regresó de un viaje a Baviera con un Canaletto, un Barocci y un Klimt. Una vez más, Memling eludió la solicitud de documentación que le hizo su empleado. En aquellos tiempos, la gente estaba poco interesada en la falta de ética que pudiera ocultar la restitución de obras de arte robadas durante la guerra. Tanto vendedores como compradores se conformaban con vagos historiales de propiedad. Memling solía decir que sus cuadros procedían de «un noble» o «una dama con título». Nadie ponía objeciones.

Con el tiempo, la inquietud de Trichcombe fue en aumento. ¿Cómo era posible que Memling apareciera regularmente con grandes obras de arte salidas de la nada? En su mayoría tenían un buen historial de títulos de propiedad, pero algunas era como si, literalmente, se materializaran de repente. Trichcombe sabía que el mercado del arte había tenido una fluidez enorme después de la guerra, que los precios habían caído por los suelos, puesto que ser propietario de obras de arte resultaba insignificante en comparación con la dura empresa de reconstruir una vida. Pero con el aumento de la riqueza y la estabilidad que se vivió en los años sesenta, llegó la dificultad de encontrar gangas y rarezas. ¿Cómo era posible, pues, que Winkelman siguiera consiguiendo obras de arte?

Memling estaba cada vez más fastidiado con los constantes interrogatorios de Trichcombe. Y la situación llegó a su momento álgido un día de 1972,

cuando Trichcombe vio un pequeño cuadro de Watteau sobre la mesa de despacho de Memling. Con unas medidas de cuarenta y cinco por sesenta centímetros, representaba a una pareja observada por un payaso. Incluso Trichcombe, que llevaba treinta y siete años sin tener contacto físico con ningún ser humano, percibió el crudo poder de aquella pintura. La mirada del amante tumbado en la hierba y contemplando a la chica tenía algo exquisitamente conmovedor y sentido, la disposición del payaso y su cara alargada y lánguida resultaban casi lúgubres, y la chica, disfrutando de su poder absoluto sobre las emociones de sus pretendientes, transmitía una emoción antojadiza y vivaz.

De pronto, Trichcombe tenía que saberlo todo sobre aquel cuadro; le había despertado la curiosidad de un modo terrible. Pero Memling le dijo que era propiedad personal, que no estaba en venta y que, por lo tanto, su empleado no tenía por qué saber nada al respecto. Trichcombe se obstinó, e insistió en rastrear archivos y títulos de propiedad. Cuando a la mañana siguiente llegó a su despacho, encontró todas sus pertenencias en la entrada, metidas en una caja. La recepcionista le entregó un sobre con mil libras en efectivo. Pero aquello no fue un simple despido: a partir de aquel día, Memling utilizó su considerable poder para desacreditar a Trichcombe en cualquier ocasión que se le presentara y el erudito jamás logró un puesto de trabajo ni en un museo, ni en una galería, ni como conservador de alguna colección privada. Vivía de los minúsculos ingresos que le proporcionaban sus libros y sus artículos. De vez en cuando, descubría un dibujo o un boceto al óleo en una sala de subastas de provincias y lo vendía, pero nunca consiguió ganar dinero suficiente como para realizar una adquisición importante. De joven, su gran pasión había sido el amor por el arte; durante los últimos cuarenta y dos años, la ambición que regía la vida de Trichcombe había sido desenmascarar a Memling Winkleman. Desde aquel día de 1972 en que vio a Memling con el Watteau, Trichcombe supo que el valor de aquel cuadro para Memling estaba muy por encima del dinero y las emociones. Por razones que tenía aún pendientes de demostrar, aquel cuadro era la clave de su futuro y de la caída en desgracia de Memling.

Trichcombe pasó años recomponiendo la historia del Watteau; lo único que le faltaba era encontrar el cuadro. Había renunciado prácticamente a sus esperanzas hasta que vio las imágenes de la obra en el Museo Británico. Era la última pieza que le faltaba para completar el rompecabezas: el destino de los últimos propietarios, los padres de Memling. Los registros de ventas del viejo

Berlín de 1929 tenían anotada una dirección familiar: Trichcombe decidió ir a Schwedenstrasse 14, en Friedrichstadt, para ver qué encontraba.

En su recién estrenado despacho de Holborn, Vlad estaba viendo, en tiempo real, cómo entraba el dinero a raudales en su cuenta corriente. Había habido un pico en la venta de estaño y en el transcurso de la mañana, sin siquiera salir de la cama, Vlad había ganado sesenta y siete millones de libras, lo que hacía un total semanal de ciento veintisiete millones. Según los términos de su acuerdo de exilio, la Oficina del Control Central tenía que recibir un mínimo de un treinta por ciento de los beneficios que obtuviera Vlad. Casi a pesar de todos sus esfuerzos, el precio del estaño seguía subiendo y Vlad tenía que añadir constantemente leña al fuego de las exigencias del Control Central. En los últimos nueve días, se había visto obligado a transferir anónimamente veinticuatro millones de libras a una de las cuentas principales. Si, por algún motivo, no quería realizar el ingreso mediante transferencia bancaria (un método que a menudo no era del agrado del Líder) o si Vlad decidía que era mejor hacerlo en especies, tenía que depositar el objeto en una casa de Surrey que servía como almacén.

La semana anterior, incapaz de contener la curiosidad, Vlad había realizado personalmente la entrega de un diamante del tamaño de un ojo en Crawley Place, Godalming, Surrey. A su llegada al perímetro exterior de la finca, fue recibido por tres rusos vestidos de negro. Le rogaron que saliera del coche, lo cachearon a fondo, examinaron el vehículo de arriba abajo y, con una contraseña generada especialmente para la ocasión e impresa en un trozo de papel, le permitieron avanzar hasta la segunda verja. Al llegar a ella, a varios centenares de metros de distancia de la primera, lo cachearon de nuevo y le entregaron otra contraseña. El sofisticado proceso se repitió cuatro veces antes de alcanzar por fin una casa de ladrillo rojo con el césped perfectamente cuidado y un camino de acceso de gravilla. Los neumáticos anchos del Maybach de Vlad dejaron desagradables marcas sobre el impoluto suelo.

Como salida de la nada, Vlad oyó una voz femenina que le ordenó que se dirigiera a la puerta principal. La puerta se abrió sola en cuanto Vlad se plantó delante. Cruzó el umbral, nervioso. La puerta exterior tenía aspecto normal, pero, en el instante en que pisó la casa, Vlad se dio cuenta de que se encontraba en el interior de una caja metálica perfectamente hermética. «Aquí

dentro podrían estrujarme como una lata y nadie se enteraría», pensó. La misma voz le ordenó que no se moviera. Una formación de rayos infrarrojos empezó a bailar alrededor de su cuerpo.

—Está siendo escaneado —le explicó la voz, innecesariamente.

Se abrió otra puerta. Vlad la cruzó.

—Sitúe la mano sobre la almohadilla y mire hacia arriba —le ordenó la voz.

En cuanto colocó la mano sobre el sensor y miró hacia el techo, se deslizó un panel metálico y Vlad pasó a una nueva caja. Esta era mucho más grande, ocupaba la práctica totalidad de la planta baja de la casa.

—El ladrillo y las ventanas son un cascarón para que esto parezca una casa —dijo la voz, como si le hubiera leído los pensamientos a Vlad—. La inteligencia británica está perfectamente al tanto de lo que es, pero ni siquiera saben cómo entrar aquí. Nadie lo sabe.

—¿Quién es usted? —preguntó Vlad.

—Cuanto menos sepamos el uno del otro, mejor —respondió la voz.

Vlad notó que el suelo temblaba. Se retiró rápidamente cuando vio que se abría una sección y dejaba al descubierto una escalera que bajaba hacia el sótano.

—Baje.

«No me extraña que me hayan pedido que viniese solo y que cambiara de coche dos veces durante el trayecto —pensó Vlad—. No era para protegerse ellos; sino para asegurarse de que, en el caso de que mi desaparición quedara registrada, no pudieran ni siquiera localizar mi cuerpo».

Sabiendo que no tenía elección, bajó la escalera y accedió a una gran cámara acorazada.

—Esta es su caja de pagos —dijo la voz—. El código solo lo sabremos usted y yo y cambiará en cada visita. Piense en una serie de cinco números, que no deben estar relacionados con nada personal, como año de nacimiento, año de nacimiento de su madre, etcétera.

Vlad se lo pensó un instante e introdujo la fecha de nacimiento de su hermano: 61270.

—Esto corresponde al cumpleaños de su hermano fallecido. ¿No se le ocurre otro número? —dijo la voz.

Vlad se estremeció e introdujo un código al azar.

Emergió de la pared un recipiente del tamaño de una cajita para el té.

Vlad cogió la bolsa que llevaba en el bolsillo, la abrió y depositó el diamante en la caja.

—Ahora, introduzca de nuevo el código —le ordenó la voz.

Vlad introdujo los números y la pared se cerró.

—En cuanto la verificación quede realizada, recibirá una notificación por correo electrónico. Salga por el pasillo de la izquierda y encontrará su coche.

—¿Y si para la semana que viene compro un cuadro grande? ¿Cómo lo meteré aquí?

—En ese caso, recibirá otro tipo de instrucciones. Si lo compra en una sala de subastas, tratamos directamente con ellos. Las ventas privadas se gestionan de otra manera.

—¿O si compro una casa, o una isla?

—No ha llegado aún el día en que no hayamos podido procesar una mercancía. Este asunto no debería preocuparle.

Salir del edificio fue tan complicado como entrar. Una vez recuperado el coche, Vlad vio que la gravilla había sido alisada y, una vez más, experimentó el mínimo, aunque auténtico placer, de alterar la perfección del lugar.

Vlad dejó atrás la finca, condujo unos cuantos kilómetros y se detuvo en un área de descanso. Apoyó la cabeza contra el volante y sucumbió a la sensación de tremenda desesperación. ¿Cómo lograría, semana tras semana, encontrar objetos que satisficieran a la Oficina del Control Central? ¿Qué pasaría si no les gustaba el diamante? Tenía ya en nómina a seis personas cuyo trabajo consistía en localizar obras de arte, objetos valiosos, fincas, cuadros y acciones. El problema era adivinar qué quería el Líder. La semana anterior había rechazado un chalé en Gstaad argumentando que ya era propietario del cuarenta por ciento del complejo vacacional. La semana anterior a esa, le había devuelto una esmeralda fabulosa porque había pagado por ella más de lo que le correspondía. Si el Líder rechazaba el diamante, llevaría tres semanas de retraso en los pagos y habría acumulado un montón de cosas que no quería para nada. Vlad no tenía intenciones de visitar Gstaad (le habían dicho que solo tenía que ir a Courcheval) y tampoco tenía ninguna chica a quien poder regalarle la esmeralda (aunque albergaba esperanzas de conquistar a Lyudmila). Hacía dos semanas, había adquirido una parte importante de acciones de una compañía que luego resultó que también era propiedad de la Oficina del Control Central. A aquel ritmo, acabaría en la bancarrota y endeudado y, si no conseguía satisfacer los pagos de cinco semanas, muerto, a

buen seguro.

Se aferró con ambas manos al volante e intentó serenarse. Tenía que elaborar un plan, un plan que le sirviera para satisfacer los pagos. Tenía que acaparar algún tipo de mercado, alguna área donde la Oficina del Control Central no estuviera todavía metida y cuyo valor fuera incuestionable. Intentaría también anticipar con tiempo los pagos... Si compraba algo valioso de verdad, compraría también tiempo, semanas, tal vez meses de sueño ininterrumpido. Cuanto más conocía el mundo del arte, más convencido estaba Vlad de que había encontrado el canal ideal. El problema del arte contemporáneo era que resultaba casi ilimitado y dependía en exceso de las modas. Hirst podía bombear cientos de miles de puntos y acabar ahogando el mercado con círculos de colores intensos. En los breves días que habían transcurrido entre la compra de una *Enfermera* de Richard Prince y la entrega a sus invisibles acreedores, el valor del artista se había desmoronado. Los grandes maestros eran una apuesta mucho más segura. Al fin y al cabo, todos aquellos pintores estaban muertos y la falta de producto para satisfacer la potencial demanda hacía que los precios no fluctuasen demasiado. Se le ocurrió entonces otra idea: manipular el mercado adquiriendo algunas obras de un solo artista, sacar una de ellas a subasta, pujar por ella como un loco, establecer un nuevo umbral de precios y aumentar de este modo el valor de todas las demás obras. ¿Por qué no se le habría ocurrido a nadie? Pero entonces cayó en la cuenta de que otros ya lo habían hecho y que eso era seguramente lo que explicaba los precios récord que se alcanzaban en las subastas.

Cogió el teléfono y marcó el número de Barty.

—Cuarenta minutos. Chester Square —le dijo.

Cuando Vlad llamó, Barty estaba tumbado en una camilla de masajes recibiendo un tratamiento para mantener a raya la posible celulitis. Que las probabilidades de que un hombre delgado de sesenta y nueve años de edad tuviera celulitis fueran mínimas era irrelevante. A Barty le horrorizaba la imperfección; que hasta el momento no le hubiera ocurrido no significaba que no pudiera suceder algún día. Bajó de la camilla, salió de la sala de masajes y recorrió el pasillo hasta llegar a los vestuarios del club. Era socio vitalicio del local y tenía derecho a disfrutar de tratamientos gratuitos por un valor de

cinco mil libras anuales, gentileza del club por ser el mecenas de los mejores clientes.

Bajo la ducha caliente, Barty pensó en Vlad y en el desarrollo de la relación que mantenían. Conocía a suficientes emigrantes rusos para comprender bien sus necesidades. Recordó los antiguos Rusos Blancos, expulsados sumariamente después de la Revolución de 1917, que huyeron a Londres para acabar sus días en un estado de refinada pobreza y lamentando eternamente la pérdida de la patria. Los miembros de la nueva generación eran también melancólicos, aunque increíblemente ricos, siempre y cuando logran seguir con vida. Mientras dejaba caer abundante agua caliente para eliminar el aceite del masaje, Barty pensó con compasión en Vlad. Aquel gigantón zoquete tenía más dinero del que muchos podrían gastar en toda la vida, pero era un personaje torturado, obsesionado. Estar a miles de kilómetros del Control Central ya no equivalía a vivir seguro. Dondequiera que fuera, Vlad estaría siempre en deuda con ellos: emocional, económica y físicamente. Vivía en una cárcel de lujo, que en apariencia carecía de muros y límites, pero no era un hombre libre. Barty sospechaba que el Control Central era capaz de seguir la pista a cualquiera de sus empleados hasta la isla tahitiana más remota y erradicarlo en cuestión de segundos. Estaba seguro de que sus agentes debían de inyectar microchips mientras la gente dormía o que disponían de prostitutas entrenadas en artes oscuras y capaces de insertar dispositivos de seguimiento.

Barty no cambiaría ni en sueños su lugar por el del adinerado ruso, pero sí estaba dispuesto a ingeniar maneras interesantes para que Vlad pudiera gastar su fortuna.

Recientemente había aconsejado a otro ruso en la gestión de sus millones. Boris Slatonov había adquirido un achacoso club de fútbol y resucitado su suerte gastando montones de dinero en nuevos jugadores, entrenadores e instalaciones. Por suerte, el equipo había empezado a ganar y Boris había descubierto que no había cosa que le gustara más al Líder que el éxito internacional. El siguiente paso de Boris, de nuevo con la ayuda de Barty, había sido fundar un museo en Moscú y llenarlo de pintura moderna. Al cabo de poquísimo tiempo, el Líder había empezado a utilizar a Boris como uno de sus escasos banqueros personales y a canalizar el dinero de los exiliados a través de campos deportivos y el mundo del arte.

Barty se miró al espejo y se pasó el peine. Sus tirabuzones, gruesos y sedosos, seguían siendo uno de sus mejores activos y los llevaba ahora

teñidos de color cobrizo claro. Su nuevo peluquero era el mejor de todos los tiempos, un hombre que se resistía a las ocasionales súplicas de Barty, cuando se le metía entre ceja y ceja cortárselo, ponerse una cresta, dejárselo a lo mohicano o rapárselo. «Si quieres cambiar de estilo, cómprate una peluca, querido». Barty cogió el secador y se secó el cabello por encima; no tenía tiempo para otra cosa. Abrió a continuación el neceser y se aplicó maquillaje, corrector y un toque de colorete en ambas mejillas antes de enfundarse su traje de tres piezas (hoy era Steed, de *Los vengadores*).

Quince minutos más tarde, Barty estaba en un taxi de camino al encuentro con Vlad. En el bolsillo izquierdo tenía una lista de todos los clubes de fútbol que estaban en venta. En el derecho, una letanía de futuras subastas. Barty había decidido que Vlad no tenía que dedicarse a obras de arte contemporáneas; a pesar de que los grandes maestros eran más excepcionales de encontrar, más escurridizos y menos sexis, Vlad debía concentrar sus esfuerzos en los más *recherché*; de hecho, Barty había decidido recompensar finalmente a su amiga Delores y guiar a Vlad hacia el siglo XVIII francés. Los tres identificarían una encantadora *maison* de dimensiones reducidas en San Petersburgo (mucho más agradable que Moscú, que era horrible y tremendamente masculino). Y crearían un *Musée des Beaux Arts de l'École du Dix-Huitième*. Barty ya se lo imaginaba: un amasijo de brocados, adamascados, bronce, brillos, dorados y todo tipo de cosas fabulosas. A diferencia de los grandes bastiones de hormigón monumental y blancura de neón conocidos en la actualidad como museos modernos, su pequeño palacio sería un lugar donde el ojo no podría descansar jamás, ni siquiera por una décima de segundo. Sería una cacofonía de colores y texturas, sería contracontemporáneo, un insulto a las modas; el museo de Barty y Vlad devolvería la controversia a la cultura.

Barty llegó segundos antes de que el coche de Vlad apareciera, derrapando. El enorme ruso parecía más desconsolado y deprimido de lo habitual. Barty tomó asiento a su lado, palpó con los dedos el suave cuero y admiró su reflejo en el salpicadero de reluciente madera de nogal antes de volverse hacia Vlad.

—¡Ánimo, mi pequeño botoncillo! Tengo un plan. Un plan sencillamente maravilloso.

## Capítulo 27

Inspirándose en su cuadro, y con la ayuda de los escenógrafos, los pintores y los modistos que había conocido trabajando con Carlo, Annie transformó el Amadeus Centre de Maida Vale en el claro de un bosquecillo del siglo XVIII. En las ventanas del balcón que rodeaba la sala habían colgado cortinas pintadas emulando el follaje y, en macetas de barro, habían colocado grandes ramas de sauce que ella había comprado en el mercado de New Covent Garden aquella misma mañana. La pieza central, una fuente de considerables dimensiones, idéntica a la que aparecía en el cuadro y con el armazón decorado con minúsculos y sonrientes *putti*, estaba esculpida en poliestireno y pintada de color crema. Habían colgado un columpio del techo y el suelo estaba enmoquetado con césped artificial, encima del cual habían esparcido pétalos de flores frescas.

Annie dispuso una mesa central en forma de herradura y la cubrió con un mantel de tela adamascada de color blanco. Había contratado a una empresa de material de atrezo un majestuoso servicio de mesa estilo Luis XIV, además de veinte candelabros y treinta bandejas para servir. Primrose, el ama de llaves de los Winkleman, y su hija Lucinda habían trabajado toda la noche cosiendo capullos de rosa a ramitos hechos con papel maché para crear guirnaldas de flores con las que engalanar los laterales y las mesas. El centro de mesa estaba hecho con grandes cantidades de fruta caramelizada y ratones de azúcar perseguidos por gatitos de chocolate de colores. Cada comensal tenía ocho cuchillos y tenedores, tres cucharas y siete copas de vino, además de un copón dorado para el agua. Las servilletas de lino almidonado, de metro veinte por metro veinte, estaban dobladas en forma de cisne y colocadas sobre platos dorados. Delante de cada invitado a la mesa había una tarjeta individual escrita a mano y una carta con los detalles del menú y los vinos.

En una esquina de la sala había un pequeño escenario donde una banda de músicos vestidos con disfraces de la época interpretaría madrigales. Cuando se sirviera el pollo a rombos, irrumpirían en el claro del bosque varios acróbatas vestidos de arlequín y actuarían para los invitados. Y cuando se sirviera uno de los ocho púdines, aparecería un lacrimoso bufón con un laúd, el áter ego del payaso del cuadro de Annie, y cantaría para los comensales.

En la parte trasera del salón, oculta a la vista, Annie había improvisado una cocina. La coordinación de tiempos era esencial y, para que todo saliese perfecto, los platos tendrían que estar separados entre sí por escasos segundos.

Mientras los escenógrafos daban los últimos toques al claro, llegaron Jesse, el ejército de camareros y el cocinero ayudante. Annie agradeció que Jesse se comportara como cualquier otro empleado. Después de haber ultimado hasta el mínimo detalle todos los preparativos durante el par de días previos, el principal problema era ahora que los veinte platos llegaran a su debido tiempo a la mesa, con la temperatura correcta y acompañados por el vino adecuado. Por mucho que un fallo no fuera a tener fatales consecuencias, como sí sucedía en Versalles, un trabajo chapucero supondría el final del sueño de Annie. Para Delores, la velada tenía que ser un punto culminante en el calendario social del mundo del arte.

Annie dividió el equipo en cuatro grupos, asignó a cada uno de ellos una tarea y una zona determinada, y repartió los papeles que había impreso antes y en los que aparecían pormenorizados los actos y las labores que debían llevar a cabo. No había dejado ningún cabo suelto; había programado incluso las pausas para ir al baño.

—La noche debe transcurrir como una campaña militar —explicó Annie—. Leed con mucha atención esta lista: tenéis que saber qué esperar y qué se espera de vosotros. Jesse es el segundo de a bordo, de manera que, si me veis ocupada, recurrid a él. Raoul es el responsable de los camareros, Amy se encargará del guardarropa, Ted es nuestro sumiller y Riccardo gestionará la retirada de platos y la limpieza.

Annie miró fijamente los veintidós rostros expectantes. Después de semanas de meticulosa planificación, se sentía confiada y tranquila. Había contratado a profesionales que sabían lo que se hacían y cómo gestionar situaciones de estrés. Había reducido a niveles mínimos los beneficios que obtendría del banquete: lo que importaba aquella noche era su futuro, no su cuenta bancaria.

La primera en llegar fue Delores, vestida de María Antonieta. Envuelta en capas de encaje de color beis y raso morado, le recordó a Annie una gigantesca anémona de mar contoneándose por el suelo.

—Oh, Dios mío —dijo Delores cuando entró en el cenador—. Creo que voy a echarme a llorar. Y no debo llorar. Aun así voy a llorar... ¿Pero qué has hecho, maravillosa e inteligente criatura?

Annie sonrió y se puso colorada como un tomate.

Delores se acercó al columpio y dio la impresión de que iba a intentar acomodar el trasero en el asiento pero, para alivio de todo el mundo, se distrajo enseguida con la fuente cubierta de *putti*. A continuación, se metió entre bambalinas para inspeccionar la comida. Examinó con atención todos los platos. Annie insistió en presentarle a todos los miembros del equipo.

Los madrigales empezaron a sonar a las ocho en punto e, instantes después, un mayordomo anunció la llegada del primer invitado, la señora Appledore, que llegó vestida de madame de Pompadour, con un atuendo copiado hasta el último detalle del retrato de Boucher. Había comprado incluso un perrito faldero por dos mil quinientas libras en el departamento Pet Kingdom de Harrods para que la acompañara, pero el animalito había empezado a gimotear y había vomitado en el coche y la señora Appledore lo había dejado abandonado a su suerte en la calle. Segundos más tarde llegó Barty, ataviado de cortesana del siglo XVIII, con un vestido de gala con una amplitud de metro ochenta bordado con hilo de oro y diminutas perlas (había tenido que sobornar a un amigo que tenía en el Victoria and Albert para poder sacarlo de los almacenes por una noche). El vestido era tan complicado de poner, que todos los empleados de su despacho habían destinado la tarde entera a colocarle a Barty la ropa interior, el corsé y los aros de madera. Había cogido también prestada una peluca de rizos rubios. Sudando bajo el peso del tocado y el grosor de la capa rematada en armiño, Barty se encerró rápidamente en los servicios de caballeros para retocarse el maquillaje. Vlad llegó por separado, vestido con pantalón negro de cuero y jubón, una corona en la cabeza y una insignia que proclamaba «Pedro el Grande». Después de acceder al plan de Barty de construir su pequeño Versalles en San Petersburgo, Barty había nombrado a Delores su asesora pictórica principal y, para su más completa dicha, había reservado ya tres adquisiciones importantes, pinturas de Pater,

Lancret y Boucher. Gracias a la comisión que recibiría, Delores había mejorado su elección de champán y pasado del Pol Roger normal al *vintage*, y elegido un vino *premier cru*.

A las ocho de la tarde llegó a la cocina la noticia de que Rebecca no vendría, le había surgido un asunto urgente de última hora en Berlín. En su sustitución, Memling Winkleman acudió acompañado por Grace, la hija de Carlo y Rebecca.

—Es un alivio —comentó Delores—. Rebecca es incapaz de pasárselo bien.

A las ocho y media habían llegado prácticamente todos los invitados. Annie asomó la cabeza por detrás de la zona de cocina y reconoció a Septimus Ward-Thomas, un noble de segunda división; al anciano y estrella del rock Johnny «Morros» Duffy, y a varios habituales de la revista *Hello!* El conde y la condesa de Beachendon llegaron vestidos de cortesanos. El emir y la jequesa de Alwabbi eran la única pareja que no se había vestido a lo rococó. La mayor sorpresa fue la hija de Carlo y Rebecca. Annie se esperaba una recatada chica de veintiún años, pero Grace era una gótica punk, con piercings en la nariz y las orejas y el tatuaje de un dragón claramente visible gracias a un vestido con la espalda al aire, que se extendía desde la nuca hasta las nalgas. Delores la había colocado al lado de Vlad.

—¿Eres asesora de arte? —le preguntó Vlad.

—Soy lo que tú quieras que sea —respondió Grace.

Memling llegó, miró a su alrededor y le embargó una sensación de inquietud, aunque en aquel momento no consiguió concretar qué era lo que lo turbaba de aquel modo.

Las cuatro horas siguientes pasaron volando. Annie envió plato tras plato a la mesa: ostras, caviar, sopas, codornices, fuagrás, el pollo con rombos, sopa de cebolla con champán, lenguado relleno de carne de cangrejo, la torre de verduras, revuelto de huevos de codorniz con patatas nuevas del tamaño de bulbos de azafrán, palomas disfrazadas de cría de pavo real, sus plumas hechas con hierbas aromáticas y encerradas en el interior de jaulas de algodón de azúcar. La *pièce de résistance* fue un pavo deshuesado relleno con un ganso

deshuesado, relleno a su vez con un pollo deshuesado, una perdiz deshuesada, una codorniz y, finalmente, un polluelo de agachadiza. Cuando Jesse, acompañado por dos camareros, llevó el ave a la mesa y la trinchó con una sierra en miniatura, los comensales estallaron en aplausos.

—¡La cocinera! ¡La cocinera! —vociferó la sala.

Jesse regresó corriendo a la improvisada cocina.

—Están llamándote, sal a saludar.

—No puedo..., mira qué pinta tengo —dijo Annie, consciente de que le salían puntas de pelo por debajo del gorro y que debía de tener la cara manchada con goterones de sudor y harina.

Pero los aplausos siguieron y crecieron en intensidad. Al final, Annie se secó las manos en el delantal, se peinó un poco y, tras aparecer por detrás de la fuente, se situó con nerviosismo en la zona central que proporcionaba la mesa dispuesta en forma de herradura.

—¡Bravo! —exclamó Delores, haciendo un esfuerzo para levantarse—. ¡Bravo!

Los demás comensales aplaudieron con entusiasmo.

Annie, colorada, saludó con una reverencia.

—Muchísimas gracias... Y ahora, si no les importa, quedan aún ocho platos más.

Hubo un gruñido colectivo.

—No podemos comer más —gritó alguien.

—¡Solo unos bocados! —dijo Annie, riendo y retirándose de nuevo hacia la cocina.

Nadie comprendió por qué Memling Winkleman se marchó poco después de que apareciera Pierrot, pero todo el mundo se lo estaba pasando tan bien que casi ningún invitado se percató de su ausencia.

Annie tuvo que salir a saludar tres veces más entre platos y al final de la cena recibió una ovación con todos los comensales en pie. La señora Appledore, el conde de Beachendon y Johnny «Morros» le encargaron banquetes y la jequesa de Alwabbi le ofreció incluso un contrato para seis meses.

Después de que los invitados se marcharan, cuando los suelos estuvieron limpios, las mesas despejadas, los platos, las copas y todo el material alquilado guardado en cajas y cargado en la furgoneta que habían contratado

para la ocasión, para ser devuelto a sus propietarios a la mañana siguiente, Jesse y Annie se quedaron por fin solos. Se sentaron el uno al lado del otro en el suelo, con las piernas cruzadas. El salón había recuperado su estado original y se había transformado en una estancia grande, algo destartalada y sin sentido alguno.

—Me alegro de que Delores haya contratado a un fotógrafo —dijo Annie, mirando a su alrededor—. Ahora parece que no haya sido más que un sueño irreal.

Jesse le cogió la mano a Annie y le estampó un delicado beso en la palma.

—Ha sido extraordinario..., y ha sido un honor formar parte de ello.

—Y tú has estado brillante. Cuando ese pollo se ha deslizado de la bandeja...

—Y ha salido disparado por el suelo...

—Amenazando con cargarse la fuente...

—Y tú lo has cazado como Jonny Wilkinson haciendo un ensayo...

Rieron a carcajadas.

—¿Y cuando a Delores se le ha salido el pecho del corsé mientras comía otro merengue? —dijo Jesse, riendo.

—Eso me lo he perdido. ¡Estaba construyendo la torre de profiteroles!

—¡Tendrías que haber visto la cara que ha puesto la señora Appledore! —dijo Jesse, imitando su expresión horrorizada.

—¿Qué más, qué más? —suplicó Annie—. Encerrada en la cocina, me he perdido toda la acción —dijo.

—Vlad y la señorita Winkleman se han marchado juntos... Se han pasado la velada metiéndose mano.

—Rebecca se pondrá furiosa, tiene a su hija por una virgen vestal —dijo Annie, dejándose caer en el suelo.

A Jesse le dio un vuelco el corazón al ver el cabello de Annie diseminado como un halo alrededor de su bello rostro. En la improvisada cocina, Annie era una mujer poderosa, pero ahora parecía tan frágil y tan ligera que anhelaba tomarla entre sus brazos y besarla hasta hacer desaparecer las manchas violetas de cansancio que le ensombrecían los ojos.

—Cuéntame más cosas —le imploró Annie.

Jesse se obligó a recordar la cena.

—El conde de Beachendon estaba de lo más deprimido. Su mujer y él se habían perdido en un complejo residencial de Maida Vale. Les habían robado

el teléfono a él y a ella el bolso. Pero he visto que se ha alegrado cuando se ha enterado de que Vlad pensaba poner en marcha un museo.

—¿Quién era su mujer?

—Una que parecía un seto animado.

—Ay, Dios, ¿la que iba envuelta en un par de cortinas?

—La misma —dijo Jesse, tumbándose de lado para poder ver mejor a Annie.

Annie notó que Jesse la observaba fijamente, pero siguió mirando al techo.

—No sé por qué, pero Delores decidió sentar a la condesa al lado de la estrella de rock. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Johnny «Morros».

—No sabía qué podrían tener esos dos en común. Pensé de entrada que era una mala elección —dijo Jesse, acercándose un poco más a Annie.

—¿Y? —dijo Annie, deseando que Jesse parara de mirarla.

—Pues que al final han sido la pareja perfecta. Se ve que los dos se dedican a la cría de caballos árabes purasangre y al cultivo de las aurículas. Ya me dirás tú qué casualidad.

—¿Y qué es una ar-cu-la?

Intrigada, Annie se volvió de cara a él. El aliento dulce de Jesse le acarició la mejilla. Le sorprendió no sentir claustrofobia y estar a gusto teniendo su cara tan cerca. Se fijó, por primera vez, en que sus ojos azul intenso tenían motitas doradas y vetas negras.

—Aurícula. Es una flor. En el siglo XVIII, las encajeras y las tejedoras de seda se volvían locas con ella. Más adelante, a alguien se le ocurrió enviar un esqueje a Estados Unidos y Thomas Jefferson se enamoró de ella.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Porque oí sin querer su conversación.

—Cuéntame qué ha pasado con el viejo Winkleman.

—Pues que en cuanto ha aparecido el payaso detrás de la fuente ha empezado a hiperventilar. He pensado incluso en llamar una ambulancia, pero el hombre ha salido a la calle, ha subido a su coche y se ha largado.

—He visto que había un asiento vacío, pero ni siquiera me he parado a pensar de quién podía ser. Y ahora cuéntame cosas sobre Barty, creo que ha ganado el premio al mejor vestido de la noche.

—Ha sido de lo más gracioso. Ha ofrecido un larguísimo discurso sobre el

concepto de vulgaridad a la jequesa y a Vlad —dijo Jesse.

Vio que Annie tenía una ramita de tomillo enredada en el pelo, una mota de verde entre el rojo y el dorado de sus rizos. Extendió la mano para retirársela con delicadeza y ofrecérsela. Las manos se rozaron y Annie, después de aceptar la ramita, la olió y la aplastó entre dos dedos. Notó un aliento en su cara y, al abrir los ojos, vio que Jesse estaba inclinado sobre ella.

—Estás preciosa —dijo él—. ¿Puedo darte un beso?

Annie se apartó y se sentó.

—Me gustaría recordar esta noche por otros motivos —dijo.

—Por supuesto —replicó Jesse, incorporándose—. Lo siento. Ha sido egoísta por mi parte.

Annie se levantó también y se sacudió el polvo de los pantalones.

—Tengo que decirte varias cosas —comentó—, pero no esta noche. —Miró el reloj y sonrió a Jesse—. Me marchó a casa con la furgoneta. Intentaré dormir un poco.

Jesse sonrió también.

—¿Podrías dejarme en alguna parada de autobús?

—Gracias por tu ayuda esta noche. No podría haberlo hecho sin ti —dijo Annie, tendiéndole la mano.

Jesse se la cogió.

—Claro que habrías podido, y en un futuro lo harás. Esta noche ha sido el comienzo de tu nueva vida... Se notaba, se te veía tan en tu salsa, tan segura, tan feliz y tan cómoda.

—¿De verdad lo piensas?

Jesse se quedó mirando a aquella criatura tan extraña e intensa, y a la vez tan frágil, y deseó una vez más tomarla entre sus brazos.

—Me había olvidado de lo que se siente al ser feliz —dijo Annie, tratando de encontrar la llave en el fondo de su bolso—. Empiezo a comprender que en mi vida anterior era como si estuviera ausente. Seguramente te parezca una estupidez, pero cuando soy capaz de convencer a tres ingredientes distintos de ir juntos para crear un conjunto delicioso me invaden auténticas oleadas de felicidad.

—Es el mismo sentimiento que experimento cuando mi pintura cobra vida, cuando una fuerza incontenible e independiente coge las riendas..., cuando una pizca de verde, otra de amarillo y una pincelada de rojo pasión se funden para crear una hoja perfecta.

—¿De verdad piensas que podría salir adelante como cocinera?

—No es que lo piense, lo sé —dijo Jesse con gran convicción.

Annie se giró hacia él, su rostro resplandeciente.

—Gracias, eso me hace muy feliz.

## Capítulo 28

Jesse necesita despertar: saltar la valla. El amor no consiste solo en sentimientos, sino en demostrar que esos sentimientos son ciertos. Necesita encontrar la manera de demostrar a su enamorada que su vida sería infinitamente mejor con él. Necesita convertirse en indispensable sin ser controlador; ser inspirador, pero sin ego.

Por desgracia para él, el amor ha herido a Annie de tal manera que su corazoncito está seco y marchito.

Lo mismo le sucedió a mi maestro: jamás logró recuperarse del rechazo de Charlotte. Se fue desvinculando del mundo poco a poco, agotado por un corazón colapsado y un cuerpo que se desmoronaba. Estaba en constante movimiento, de la campiña a distintos apartamentos en París, incluso viajó a Londres para someterse a un conjuro. Este estilo de vida peripatético se convirtió en un método efectivo para evitar los recuerdos de las intimidades acumuladas a través de experiencias compartidas: la taberna donde se habían conocido, el sabor de un determinado tipo de pan que a ella le agradaba, los compases de una canción que ella entonaba, una nuca que le recordaba la de ella. Gradualmente, su distanciamiento del mundo se hizo completo: vivía solo con su enfermedad y sus sueños. Su desdén por los intereses materiales aumentó. Cuando su amigo Caylus le suplicó que acudiera a un hospital para tratarse la tisis, Antoine replicó con rabia: «¿Acaso el hospital no es lo peor que puede pasarme? Allí a nadie le niegan el derecho de admisión». No quería formar parte de un club que lo admitiese. Mi maestro murió con treinta y seis años de edad. Solo.

No deseo para nadie tan patético resultado, y mucho menos para la encantadora Annie; lo que sucede es que no considero el amor una panacea, ni el verde sendero que conecta la oscuridad con la luz. Quiero que demuestre mi valía, que me venda, que obtenga su libertad económica, al menos. Quiero que

disfrute de comodidades, que tenga el espacio y los medios necesarios para hacer realidad sus sueños. No siempre he aportado suerte a mis propietarios: esta vez tiene que ser diferente.

## Capítulo 29

Después de unas pocas horas de sueño, Annie se despertó cargada de energía y determinación. Retiró las sábanas, fue al cuarto de baño y se plantó frente al espejo. La persona que la miraba tenía los ojos hinchados y ligeramente acuosos de siempre, la misma piel clara, pero aquella mañana Annie observó su reflejo con tolerancia e, incluso, con una pizca de compasión. Las imperfecciones se las había ganado con creces. Le costaba creer que la fantasía de su vida, su sueño de convertirse en cocinera profesional, estuviera saliendo adelante y que el espacio entre la ficción y la realidad estuviera estrechándose.

Cogió una manopla, la empapó en agua caliente y se la llevó a la cara.

—¿Qué tal fue? —dijo Evie, interrumpiendo las ensoñaciones de Annie.

—Asombroso..., fue asombroso.

—Cuéntamelo todo —dijo Evie.

—Tengo que devolver ahora mismo todo el material o me cobrarán de más por el retraso —dijo Annie, secándose la cara.

—Voy contigo. —Evie dio media vuelta para ir a vestirse—. Para hacerte compañía.

—Preferiría estar sola, mamá. Además, mírate.

Evie se detuvo y se miró al espejo. Su cabello rubio platino se proyectaba en todas direcciones. Tenía manchas oscuras de maquillaje alrededor de los ojos.

—Puedes llegar a ser muy cruel —dijo Evie, regresando a la habitación de Annie y cerrando la puerta a sus espaldas.

Annie experimentó una punzada de culpabilidad. La verdad era que no quería a Evie en la furgoneta, formulándole preguntas y dándole la vuelta al tema para centrarlo en ella como una aguja en un disco rayado, repitiendo todo el rato: Yo, yo, yo.

Annie cogió el bolso, salió del apartamento, bajó las escaleras de dos en dos, cruzó corriendo la puerta y llegó a la furgoneta alquilada. Comprobó con alivio que nadie la había rayado, aun cuando descubrió que se había dejado el teléfono móvil olvidado en el asiento. Entre las tres de la madrugada, la hora a la que había llegado a casa, y ahora, que eran casi las nueve, había recibido ocho llamadas perdidas. Cuatro eran de Delores, una de Agatha, una de Jesse y dos de un número desconocido. Escuchó el primer mensaje.

Hola, Annie, soy yo, Jesse. Solo quería decirte que la noche ha sido maravillosa, maravillosa de verdad. Quedemos. ¿Te apetece ir a tomar una copa esta noche?

El sonido de la voz de Jesse le provocó un escalofrío de ansiedad. En el transcurso de las últimas semanas, Annie se había sentido liberada del amor o, como mínimo, liberada de los sentimientos que asociaba al pasado con tanta firmeza. La sensación ahora era distinta y excitante: ser libre e independiente; no tener compromisos ni la necesidad de tener siempre en cuenta los sentimientos de otra persona. Con su deseo, sin embargo, Jesse ejercía una imposición sobre ella y, al rechazarlo, Annie se sentía culpable. Ser soltera significaba no estar en deuda con nadie. Le gustaba Jesse, pero no lo bastante como para correr el riesgo de abrir de nuevo su corazón o contaminar su recién descubierta personalidad.

El siguiente mensaje era de Delores.

Querida. Ha sido una cena encantadora. Gracias. Un triunfo absoluto. Eres una chica lista. Ya sé que lo que voy a decirte ahora te parecerá extraño, pero ¿conservas aún ese cuadro que me enseñaste hace unas semanas? Llámame, querida.

Annie pasó a los siguientes mensajes.

Señorita Annie McDee. Soy Trichcombe Abufel. Es posible que no lo recuerde, pero coincidimos brevemente en la sala de dibujos del Museo Británico. Necesito hablar urgentemente con usted sobre aquel dibujo.

Señorita McDee. Soy de nuevo Trichcombe Abufel. Tiene que llamarme urgentemente.

Querida, soy Delores. Llámame. Son las ocho de la mañana.

Señorita McDee, por favor, llame a Trichcombre Abufel tan pronto como le sea

posible.

Hola, Annie, soy Agatha, del departamento de Restauración de la National Gallery. Siento muchísimo llamarte tan temprano, pero está pasando algo muy raro. ¿Podrías llamarme lo antes posible?

Durante los últimos días, Annie había pensado muy poco en el cuadro. Deseosa de seguir saboreando el triunfo de la noche un poco más, ignoró el resto de los mensajes y puso la furgoneta en marcha.

Cruzó Shepherd's Bush, pasó por delante de varios restaurantes pequeños de carácter familiar, una carnicería y una bombonería. En su día se había ganado la vida con la comida y podía volver a hacerlo. Sabía que se le daba muy bien la cocina y que tenía una visión original sobre el tema. Se imaginó rodeada de cocineros, todos vestidos de blanco y con el logotipo de su empresa, «Foodalicious», impreso en gorros y delantales, en una gigantesca cocina abierta con ventanales desde el suelo hasta el techo, dominando un jardín y con una mampara de cristal separando el área de cocina de la de planificación. En otra sala, visualizó un pequeño equipo de diseño estudiando dibujos y collages con diversas ideas. Detrás de las oficinas, estaban los almacenes donde guardaba las copas, las vajillas y todo el atrezzo necesario para crear sus cenas temáticas.

Cuando pasó por delante de la embajada rusa en dirección a los jardines de Kensington, pensó en los distintos eventos que podría ofrecer: cenas inspiradas en *2001: Una odisea en el espacio*, *Las mil y una noches*, el *art déco*, el modernismo, la época victoriana. Se estremeció de la emoción al imaginarse las veladas y los menús que crearía. Deseaba con desesperación aquella nueva vida; lo único que le faltaba era saber cómo hacerla realidad. Necesitaría un lugar donde cocinar, más equipamiento, algo de relaciones públicas y marketing, empleados de carácter temporal para ayudarla y dinero para comprar los ingredientes con antelación. El tráfico se detuvo. Los vapores calientes de la gasolina creaban un halo de neblina que envolvía los coches. Annie subió la ventanilla para no respirar el aire contaminado. «Tal vez, hasta que todo se ponga en marcha —pensó—, podría seguir trabajando para los Winkleman». Por mucho que fuera un trabajo aburrido, era fácil y le dejaba tiempo para pensar en otras cosas.

Sonó el teléfono. Rechazó la llamada y subió la radio. Sonaba uno de los

temas más apreciados de Bob Dylan. Annie, que había formado parte del coro en todos los colegios en los que había estudiado, se puso a cantar *Blowin' in the Wind*, pero la voz le salió como un graznido. Volvió a intentarlo, pero era incapaz de seguir la melodía. Tosió para aclararse la garganta, pero la voz continuaba serpenteando entre los acordes. Sorprendida, cayó en la cuenta de que hacía meses que no cantaba, ni siquiera en la ducha. En su anterior vida, cantaba a todo pulmón en todas partes y a todo el mundo: a los pájaros, a la televisión, al río y a sus amigos. Sus cuerdas vocales se habían calcificado por falta de uso. Tenía una profesora que siempre decía que «cantar sale del corazón». «Yo he perdido tanto el corazón como la voz —se dijo Annie—, pero ahora pienso recuperarlos a ambos».

Trichcombe no era un hombre religioso, pero, cuando el avión empezó a rodar por la pista del aeropuerto Tegel de Berlín, rezó para que Dios lo mantuviera con vida el tiempo suficiente como para poder escribir sobre sus recientes descubrimientos. Con la excitación por volver a Londres, a su despacho, a sus notas y a su máquina de escribir, se había olvidado de reservar «embarque exprés». Y por eso estaba ahora en un asiento sin ventana ni pasillo de la parte trasera del avión. A su izquierda tenía una chica que mascaba chicle de un modo especialmente asqueroso y que de vez en cuando formaba globos de color rosa que explotaban con un estallido sobre sus labios pintados. Al otro lado, un skinhead de aspecto violento y lleno de piercings que se removía en su asiento con maníaca intensidad. Trichcombe deseaba con desesperación no tener que tocar a la chica del chicle, pero le daba miedo enojar al señor Baader-Meinhof. Se encogió, apretó los brazos al cuerpo y las rodillas entre sí, y respiró de manera entrecortada y superficial.

El vuelo hasta Gatwick duraba solo dos horas. Trichcombe se negó a comer o beber nada, pero durante el trayecto se llevó repetidamente la mano al bolsillo de la chaqueta para comprobar que la pequeña cámara digital seguía allí. Su disco duro contenía una fotografía de una familia delante de una chimenea. Encima de la chimenea, había un pequeño cuadro de Watteau y, acompañando a la familia, un niño rubio de ojos azules.

En el otro bolsillo, un papel. Una llamada telefónica y una excusa fantástica le habían bastado a Trichcombe para convencer a la bibliotecaria del Museo Británico para que le revelara el nombre y el número de teléfono de la joven

del dibujo. Trichcombe le había explicado a la empleada que había cogido por error un valioso libro que pertenecía a la chica y que acababa de darse cuenta de su falta. Que habían pasado ya varias semanas y que la chica debía de estar muy preocupada. Que se sentía fatal. La culpabilidad. El remordimiento. ¿Podría aquella persona tan divina y servicial ayudarlo? Sabía, naturalmente, que aquello iba contra todas las normas. Mea culpa. En cualquier circunstancia. Muchísimas gracias. Le estoy muy agradecido. Había llamado dos veces desde Berlín a la chica, una tal señorita Annie McDee. Volvería a llamarla en cuanto aterrizasen.

Mientras el avión sobrevolaba París, Trichcombe se preguntó qué publicación utilizar como portal para sacar a la luz la vergüenza de Memling Winkleman y su familia. ¿La revista *Burlington*, tal vez *Apollo*? Recordó entonces que los Winkleman, cuyos tentáculos de influencia se extendían y adentraban hasta en las grietas más minúsculas, debían de tener parte de las acciones de aquellas publicaciones del mundo del arte. Quizás, pensó Trichcombe, estaría bien publicarlo en un periódico normal y corriente..., aunque en ese caso querrían editar su escrito e insistirían en todo tipo de verificación de datos. Mientras cruzaban el canal de la Mancha, la chica del chicle se quedó dormida y se deslizó sobre él. Por primera vez en su vida, Trichcombe supo lo que era tener la cabeza de una mujer reposando en el hombro, el aliento en su oído, dulce y amargo a la vez. Una experiencia tremendamente repulsiva, pensó, dándole un ligero codazo en las costillas. La chica se despertó y resopló con exageración. «A lo mejor —se dijo Trichcombe—, también consigo sacar dinero de todo esto». Pero rápidamente alejó aquella idea de la cabeza. Lo único importante era la venganza, y cuanto más humillante, amplia y concluyente, mejor.

El despacho de Delores parecía una morgue antes del funeral de una diva adorada por el público. Todas las superficies estaban cubiertas con extravagantes arreglos florales.

—Veinte minutos más aquí dentro y moriré por falta de oxígeno —declaró Barty—. Todo el mundo sabe que las plantas se comen todo lo bueno de la atmósfera.

—Te equivocas de todas todas —dijo Delores, oliendo una hortensia descomunal—. Durante el día, generan oxígeno y de noche, dióxido de

carbono.

—¿Y eso tú cómo lo sabes?

Delores no respondió.

—¿Cuánto piensas que vale todo esto?

—Seguramente más que la cena.

—¿Crees que podría devolverlo a las floristerías y que me hicieran un abono?

—Prueba a ver.

—¿Quién se habrá gastado más?

—¿Y eso a quién le importa, querida? Venga, volvamos a lo de la planificación del museo.

Barty estaba haciendo un esbozo del salón principal con acuarelas. Las paredes aparecían tapizadas con seda adamascada y los suelos cubiertos con madera con incrustaciones.

—Le diré al decorador que lo dore todo. Los techos, las galerías de los cortinajes, las cornisas, las jambas de las puertas, todo.

—No quiero que tu *décor* domine mis cuadros.

—Hasta la fecha, no has conseguido todavía ningún cuadro. De momento, pues, te colgaremos a ti del techo.

—Encontrar grandes obras de arte no es tan sencillo. Los museos se lo han comido prácticamente todo.

—¿Y no podríamos tentar con el talonario de Vlad a algún conservador? Sabemos de sobra que los museos tienen miles de obras que se mueren de asco en los almacenes. Estoy segurísimo de que nadie echaría de menos unos pocos lienzos.

—La cosa no funciona así, al menos en este país.

—Pues vayamos de compras por Europa... Los pobrecillos están tan hechos polvo que venderían hasta a su abuela.

—Me pregunto si será por eso que Rebecca está tan interesada en echarle mano al Watteau.

—¿Qué Watteau? —preguntó Barty.

—Una herencia de la familia que ha desaparecido. Quiere recuperarlo cueste lo que cueste.

—¿Cueste lo que cueste? Me gusta cómo suena eso.

Delores asintió. Cuando Rebecca la había llamado, a las siete de la mañana, Delores había imaginado que era para disculparse por no haber acudido a la

cena. No se esperaba aquel inconexo monólogo de la marchante sobre una pintura desaparecida. Rebecca le había explicado que habían robado el Watteau de las dependencias de Memling, pero que no querían ir a la policía ni hacer publicidad del robo por si acaso los ladrones se asustaban y destruían la obra de arte. El cuadro, le había explicado Rebecca, era el último vínculo de Memling con su familia y tenía un valor sentimental difícil de cuantificar.

Rebecca le había descrito la obra con gran detalle. Se trataba de una pintura al óleo de cuarenta y cinco por sesenta centímetros en la que se representaba una chica bailando con su amante tumbado a sus pies, observados ambos por un payaso. El cuadro se titulaba *La improbabilidad del amor* y era una obra temprana, tal vez la primera gran pintura de Watteau, y, sin duda alguna, la que había iniciado tanto su carrera como el movimiento rococó.

A Delores se le había cortado la respiración y había empezado a sudar por la nuca y las axilas mientras Rebecca le describía el cuadro. ¿Podría tratarse de la misma obra que había rechazado por considerarla una falsificación?

—¿Me estás escuchando? —le había preguntado Rebecca, enfadada.

—Sí, sí, estoy pensando —le había respondido Delores, dejándose caer en una silla.

—¿Has oído algo al respecto? ¿Te ha mencionado alguien el cuadro? —había dicho Rebecca, intentando disimular lo alterada que estaba.

—¡No! ¡No sé nada! —había replicado Delores, tal vez con una celeridad excesiva. Nadie debía saber ni sospechar que ella, una de las entendidas sobre el siglo XVIII francés más relevantes del mundo, había visto la obra—. Pero si me entero de algo te lo comunicaré de inmediato, por supuesto.

Delores le repitió lo que Rebecca le había contado acerca del cuadro desaparecido, omitiendo cualquier referencia a la visita de Annie.

—¿Estás pensando lo mismo que yo estoy pensando? —preguntó Barty después de escuchar a su amiga.

—Estoy pensando precisamente eso —dijo Delores, juntando las manos con satisfacción.

—Hemos encontrado la pieza central de nuestro museo; podríamos ponerle por nombre el «Museo del amor».

—Qué asquerosamente sentimental.

—¿Y si los Winkleman no quieren vender?

—Todo tiene su precio.

—¿Y si este cuadro es la excepción?

—Son marchantes... Su *raison d'être* es vender cuadros.

—¿Crees que podrías cerrar el negocio? —dijo Barty, levantándose de un brinco.

—Primero tengo que encontrarlo —dijo Delores.

Barty se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Si ellos no consiguen encontrarlo, ¿cómo pretendes hacerlo tú? Ellos tienen corresponsales y espías en todo el mundo.

—Tengo un chivatazo —dijo con mucho misterio Delores, que no estaba dispuesta a reconocer que había tenido el cuadro entre sus propias manos.

Sentada en el borde de la cama del hotel, Rebecca presionó con fuerza el colchón con las manos y el suelo con los pies en un intento desesperado de apaciguar el temblor de sus extremidades. «Demasiado tarde, demasiado tarde», repetían en tono burlón las voces de su cabeza. ¿Por qué cuando visitó por primera vez a Danica, hacía ya tres semanas, no se había llevado la fotografía? Habría sido muy sencillo. Hoy no lo habría dudado ni un instante; en cuanto la anciana le hubiese vuelto la espalda, habría cogido el cortaplumas que llevaba en el bolsillo, habría despegado los bordes de la fotografía, la habría retirado del álbum y se la habría guardado. Habría cerrado el álbum, lo habría devuelto a su lugar y, unos minutos más tarde, se habría inventado algún motivo urgente para tener que marcharse del apartamento. Una vez fuera, habría cogido la fotografía, la habría roto en mil pedazos y, en cuanto hubiera llegado a aquella calle tan transitada, los habría dispersado a merced del viento y de los coches y autobuses que circulaban.

Pero llegaba tarde: la anciana no había sido capaz de recordar ni de pronunciar el nombre del hombre que había ido a visitarla, pero lo había descrito a la perfección: alto, de piel muy clara, exquisitamente vestido con un traje de lana de tweed de tres piezas y corbata de seda con un nudo extravagante y sujeta con una aguja de oro que parecía una corneta. Tenía una mata de cabello gris que le llegaba a los hombros, perfectamente peinada; las uñas limadas hasta quedar relucientes; las gafas en un estuche de piel de cocodrilo que guardaba en un bolsillo interior.

—Qué curioso que no haya tenido visitas durante años, desde que vino tu

hermano, y ahora, en el espacio de pocas horas, hayas venido tú por segunda vez y también ese hombre —le había dicho Danica a Rebecca—. Y que todos estéis tan interesados en mis viejas fotografías. No son más que instantáneas.

La anciana vio que Rebecca se había quedado increíblemente blanca. ¿Y si le preparaba una taza de té con mucho azúcar? Había sido muy amable trayéndole flores y bombones.

Rebecca siempre había considerado una estupidez por parte de su padre que intentase destruir la carrera profesional de Trichcombe y obstaculizar los intentos del experto de conseguir aceptación en el mundo académico. Rebecca recordó entonces un viejo dicho: «Mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos más cerca aún». Su padre debería haber conservado a Trichcombe con un sueldo y haberle soltado muy de vez en cuando alguna comisión. Nunca llegó a conocer los detalles del crimen que supuestamente había cometido; pero ahora no necesitaba ni siquiera preguntárselo. Trichcombe debía de haber tropezado casualmente con algún aspecto del pasado de Memling.

Se levantó de la cama, se acercó a la ventana y miró la calle. El hotel estaba en el punto de unión del antiguo Berlín Oriental y Occidental, dominando el Memorial del Holocausto, una retícula de lápidas irregulares de color gris dispuestas entre estrechos caminos laberínticos sobre una colina. Hacía tan solo unas semanas, Rebecca era una orgullosa judía, miembro de una familia de supervivientes, una de las que lo habían conseguido. ¿Y ahora qué era? Contemplando el monumento, se imaginó perdida entre sus senderos, las lápidas cerrándose sobre ella y aplastándola hasta matarla.

Corrió la cortina y se arrojó boca abajo sobre la cama, a la espera de caer presa de un ataque de pánico. Pero entonces, mientras estaba tumbada con la cara pegada al edredón de terciopelo, sucedió una cosa excepcional. Su corazón, en vez de empezar a latir a más velocidad, pareció tranquilizarse y, en lugar de convertirse en un torbellino confuso, sus pensamientos se aplacaron y se fijaron en una sola idea. ¿Por qué se rendía con tanta facilidad? ¿Dónde estaba su garra, su determinación? ¿Por qué claudicar y permitir que el destino y los demás devoraran su vida como si de un cadáver se tratara?

Se levantó de nuevo, se acercó otra vez a la ventana, abrió la cortina y miró a la gente que cruzaba la plaza. Se imaginó a su padre setenta años atrás. Podría haber levantado las manos y rendirse a los aliados. Como joven oficial de las SS que había hurtado y confiscado obras de arte propiedad de los judíos, era culpable, sin duda alguna, y de muchos delitos. Pero había tomado

la decisión de aprovechar la vida, de crearse un futuro, aunque deshonesto, antes que enfrentarse a un juicio y a la consiguiente deshonra. ¿Habría tenido ella, con veinte años, aquella valentía y aquella capacidad para la mentira? ¿Qué podía hacer ella ahora para salvar a su familia de la vergüenza? ¿Qué alternativas tenía?

Permaneció inmóvil unos instantes, pensando en Memling. Fuera lo que fuese lo que hubiera hecho su padre, ella lo quería y era incapaz de imaginarse o de consentir su vergüenza pública. Pensar en su cara ocupando la portada de los periódicos, sus manos con manchas de vejez constreñidas por unas esposas, su cabeza plateada agachada ante un tribunal, era mucho peor que la perspectiva de guardar para siempre aquel terrible secreto. Era un monstruo, pero era el monstruo de Rebecca, una parte inextricable de su pasado, su presente y su futuro. Podía revelar la verdad, pero eso nunca borraría ni a la persona de su padre ni los actos que había cometido; Memling formaba parte de su ADN, de su conciencia, y, le gustara o no, Rebecca había gozado de los frutos de aquel engaño.

Pensó entonces en Marty y comprendió, con total seguridad, que después de aquel descubrimiento había llegado a la conclusión de que el suicidio era más fácil que enfrentarse al hundimiento. Por primera vez en su vida, se enfadó con su hermano. ¿Por qué no había destruido el cuaderno? ¿Pretendía que ella acabara encontrándolo, que se enfrentara sola a todo aquello?

Había dejado de temblar y de pronto se sentía fuerte y determinada. Lo único que se interponía entre ella y el desastre era un historiador del arte y un pequeño cuadro. Si se quitaba a ambos de en medio, la situación permanecería intacta. ¿Qué significaba «quitárselos de en medio»? ¿Hasta dónde sería capaz de llegar para proteger a su familia? ¿Incluso hasta matar? Sorprendentemente, no le parecía una idea repugnante. No tenía ninguna necesidad de ensuciarse las manos; había gente que se dedicaba a esas cosas. Miró el reloj. Eran las diez y cuarto de la mañana y, si se daba prisa, conseguiría coger el vuelo del mediodía y regresar a Londres. Metió en la maletita sus escasas pertenencias, salió de la habitación y bajó corriendo al vestíbulo por la escalera. En la entrada había un taxi esperando y, esbozando una mueca para disculparse, se abrió paso entre dos huéspedes y subió al taxi.

—Al aeropuerto Tegel, *bitte* —le dijo al taxista.

A lo largo de los meses siguientes, Rebecca recordaría el instante en que cruzó una línea invisible y tomó la decisión de ayudar a Memling a erradicar

su pasado junto con todos aquellos años de subterfugios y negocios deshonestos. No sentía ni culpabilidad ni remordimiento; simplemente una impresionante sensación de claridad y determinación.

Llamó a su padre. Saltándose los habituales cumplidos, Rebecca le dijo a Memling que se reuniera con ella a las cuatro de la tarde al lado de las fuentes de Hyde Park. Se recostó en el asiento y sonrió al imaginarse la cara de sorpresa de su padre; no estaba acostumbrado a que su hija le diera instrucciones. Rebecca cayó entonces en la cuenta de que, a partir de aquel momento, ella era la que controlaba la situación.

## Capítulo 30

Rebecca llegó a los jardines italianos con veinte minutos de antelación y, paseando lentamente alrededor de las fuentes, recordó las visitas al parque siendo una niña. Su madre, una judía de Verona, adoraba aquella parte menos conocida de Hyde Park; le recordaba su casa, Roma, Villa d'Este, lugares de su pasado. A Pearl Winkleman le gustaba sentarse en la estructura que albergaba la estación de bombeo y ver cómo sus hijos jugaban a pescar peces imaginarios con cañas que construían con una rama y un hilo. Cuando se cansaban de aquello, los mandaba a localizar los distintos animales esculpidos en el mármol y la caliza de Portland de fuentes y jarrones ornamentales. Cada vez que los niños fingían descubrir de nuevo cabezas de carnero, delfines y cisnes, había algún elogio, algo excepcional en la familia Winkleman. Rebecca se preguntó hasta qué punto conocería su madre los orígenes de su esposo, hasta dónde llegarían sus sospechas.

La relación de Rebecca con su padre había cambiado con una sola llamada; ahora veía a su padre desde otro punto de vista, con los ojos muy abiertos. Tan solo unos días antes, habría visto llegar a un hombre alto, anciano pero en plena forma, con abrigo azul marino, bufanda blanca, zapatos relucientes y un bastón con empuñadura de plata. Rebecca habría abierto la polvera para retocarse el maquillaje y se habría repasado el pelo, preocupada por la posibilidad de que el menor signo de imperfección pudiera molestar a su exigente padre y provocar críticas no deseadas. Tan solo unos días antes, ni siquiera se habría atrevido a llamar a Memling para convocarlo a una reunión y, mucho menos, en un lugar tan querido por su madre.

El hombre que se acercaba seguía yendo impecablemente vestido, caminaba con decisión y era perfectamente reconocible gracias a su mata de cabello blanco y el husky, blanco también, que lo acompañaba. Pero ahora, por primera vez, él la necesitaba a ella más que ella a él; el equilibrio de poder se

había alterado; ella tenía en sus manos la llave del futuro de ambos, del paso a la posteridad de él. Sin la complicidad de Rebecca, el trabajo de toda una vida, los años de subterfugios y de engaños habrían sido en vano. Durante setenta de sus noventa y un años de vida, Memling había trabajado para sacar a su familia de la penuria y convertir a sus miembros en jugadores de la gran escena internacional; lo último que deseaba era que su reputación y su fabuloso negocio desaparecieran víctimas de una marea de vergüenza y escándalo.

Memling estaba a treinta metros. «Aún estoy a tiempo de cambiar de idea —se dijo Rebecca—, de dejar que todo vuelva a la normalidad y de delegar de nuevo en Memling todas las responsabilidades y la toma de decisiones». Pero a pesar de que aquel pensamiento le provocó una momentánea oleada de alivio, era demasiado tarde: el castillo de naipes sobre el que descansaba la autoridad de su padre se había desmoronado.

—Hija mía —dijo Memling, extendiendo los brazos y sonriéndole—. Tu llamada me ha puesto ansioso... ¿Ha pasado algo?

Rebecca le devolvió la sonrisa de manera automática, incapaz de controlar el reflejo después de tantos años criada para ser educada y complaciente.

—¿Nos sentamos?

Rebecca se inclinó para darle unos golpecitos cariñosos en la cabeza al perro; Tiziano respondió majestuosamente, con un lento parpadeo.

—¿Por qué hemos quedado aquí? —preguntó Memling, mirando perplejo a su alrededor—. Hay lugares mucho más agradables.

Sin responder, Rebecca dio media vuelta y empezó a subir los peldaños hacia la estación de bombeo. Olía a orines y cerveza rancia, pero por suerte soplaba la brisa y ahuyentaba el hedor. En un rincón, había un vagabundo con un abrigo que evidentemente no era a medida, tendido en el suelo y medio cubierto con cartones. Rebecca eligió un banco donde nadie pudiera oírlos y tomó asiento. Memling limpió con cuidado el espacio junto a ella antes de levantarse el abrigo y sentarse.

—Lo sé todo —dijo Rebecca—. Eres Heinrich Fuchs y no tienes ni una gota de sangre judía. No eres más que un vulgar ladrón.

Rebecca pronunció su sentencia en voz baja pero con claridad. Sorprendentemente, no tenía ganas ni de llorar ni de gritar, sino que se sentía

serena y decidida.

Memling no replicó de inmediato, pero, cuando lo hizo, su voz sonó también comedida y clara.

—Palabras muy duras por parte de mi pequeña princesa; duras, amargas e ingenuas. ¿Es eso lo que se merece un padre leal?

—He estado en Berlín, en Schwedenstrasse 14, y he conocido a tu vecina de la infancia, Danica Goldberg. Tiene fotografías tuyas de cuando eras pequeño, de cuando eras un encantador niño ario rubio, y en las que apareces rodeado de los miembros de una familia apellidada Winkleman. ¿En qué momento decidiste robarles su identidad, su pasado, sus posesiones y su vida? ¿Los mataste tú o dejaste esa tarea en manos de los comandantes del campo?

Las palabras salieron en tromba de la boca de Rebecca, que tuvo la extraña sensación de estar viendo las sílabas flotar por los aires hasta alcanzar los oídos de su padre.

Memling permaneció sentado en silencio, la mirada fija en la media distancia.

—He repasado los libros de cuentas que guardamos en la cámara acorazada. Fuiste meticuloso, excesivamente meticuloso, tal vez —prosiguió Rebecca—. Debe de ser por el entrenamiento que te dieron los nazis: había que anotar todo de forma clara, concisa y exhaustiva. —Miró de refilón a su padre, y a pesar de que su rostro seguía siendo una máscara inescrutable, vio que tenía la mano derecha cerrada en un puño y que los nudillos estaban blancos—. Allí aparecen anotados todos los cuadros que han pasado por nuestra firma. Y las primeras obras aparecieron como por arte de magia, ¿no es eso? Llegaron a tus manos como salidas de la nada justo acabada la guerra. Pero tú no eras un mago, ¿verdad? Ni tampoco eras un genio haciendo negocios y localizando obras de arte. Eras un simple perista, que manejaba propiedades robadas y las convertía en obras legales. ¿Para quién trabajabas? ¿Para tu antiguo colega nazi, para Karl Haberstock? ¿O para los que acabaron en la cárcel y necesitaban de alguien fuera para llevar a cabo sus buenas obras? ¿O para los que escaparon y se refugiaron en Baviera o Sudamérica y necesitaban un intermediario? —La voz de Rebecca había subido un poco tanto en tono como en volumen y se obligó a devolverla al susurro—. ¿O fuiste incluso más listo? ¿Las robaste a tus superiores durante el conflicto, te dedicaste a acaparar algún que otro Tiziano, Watteau y Guardi sabiendo que la guerra terminaría algún día y los muertos no podrían volver para reclamar las

propiedades que con todo derecho les correspondían?

Memling permaneció sin decir nada durante un interminable minuto. Y entonces, después de toser previamente para aclararse la garganta, habló en tono tranquilo y comedido.

—Deseaba contar a alguien todo esto. A tu madre, a tu hermano o a ti. Creé el negocio para la familia y no quería que sobre cualquiera de vosotros cayese la responsabilidad de saber cómo empezó todo.

—Empezó mucho antes de que nosotros nacióramos, antes de que conocieras a mamá, así que no me vengas ahora con este argumento —le dijo entre dientes Rebecca a su padre.

—Hay muchas cosas que no sabes —replicó Memling, enojado.

—Dispongo de todo el día —dijo Rebecca, cruzándose de brazos.

—Me gustaría tener esta conversación en otra parte. Me gustaría que tuvieses la gentileza de permitir a un anciano poner en orden sus ideas.

—Los días en que tú eras quien dictaba las condiciones han tocado a su fin. Aquí y ahora es tan buen lugar y momento como otro cualquiera.

Memling se movió en el banco como si fuera a levantarse, pero se lo pensó mejor. Tiziano, que intuía la inquietud de su amo, posó la cabeza en la rodilla de Memling y recibió una caricia como recompensa.

—Mi padre, su padre y muchas generaciones más de la familia fueron soldados, y siempre estuvieron en el lado de los vencedores. Desde 1701, hemos estado al servicio de los reyes de Prusia y, por lo tanto, hemos formado parte de los mayores ejércitos de la historia. Mis antepasados nunca tuvieron ni casa ni posesiones; ellos y sus familias llevaban la vida del soldado, de un campamento a otro, de un barracón a otro. La paga no era espectacular, pero el orgullo... Oh, el orgullo por los logros conseguidos lo compensaba todo. Ser un capitán prusiano, como lo fueron mi padre y su padre y sus predecesores, equivalía a gozar de respeto y clase. En su sociedad, eran más importantes que cualquier comerciante u hombre de negocios; compartían mesa con príncipes y aristócratas.

—No estoy aquí para que me des una lección de historia —le interrumpió Rebecca.

—En los años venideros desearás haber formulado estas preguntas; la ignorancia es el plato que espera a los miembros de la generación más joven, a los que se olvidaron de preguntar.

Rebecca miró hacia las fuentes, donde un niño jugaba con un perrito.

—¿Le contaste esta historia a Marty?

Memling esbozó una mueca.

—Ya llegaré a lo de Marty, antes déjame que te cuente la historia de tal modo que tenga sentido para mí. Concédeme eso, ¿lo harás?

Tiziano, intuyendo una vez más el malestar de su amo, volvió a poner la cabeza sobre la rodilla del anciano y miró a Rebecca y a Memling.

Rebecca asintió.

—Cuando se declaró la Primera Guerra Mundial, mi familia se alegró. Habían pasado muchos años desde la última guerra y mi padre se aburría con la vida civil. Había conocido a mi madre y se había casado con ella en 1913 y estaban intentando concebir un hijo. Mi madre me contó que, una vez declarada la guerra, lo único que hacía mi padre era bruñir sus espuelas, su casco y su espada. Era como si en la casa hubiera entrado otro hombre, y mi madre no tenía muy claro si aquella versión de su marido era del todo de su agrado. Naturalmente, esa guerra fue una catástrofe para los orgullosos soldados alemanes y el Tratado de Versalles sirvió para consolidar nuestra humillación. Mi padre sufrió una grave herida en el pie por culpa de una mina y fue despedido, retirado del servicio activo. Los que antes lo aclamaban por su valentía y arrojo lo hacían ahora responsable de la caída del viejo orden. Su espada y su casco, su uniforme y sus medallas se convirtieron en símbolos de nuestra vergüenza.

Memling hablaba con la mirada fija en la cara del perro, despacio y rascándole la barbilla al animal. Rebecca siempre había pensado que aquel perro, el gran husky blanco, representaba el poder; pero ahora se daba cuenta de que era una especie de mantita de apego canina.

—El país se precipitó de una crisis a otra, hubo cierres de negocios, hiperinflación, desempleo; todo lo que mis padres tenían, incluso la pequeña pensión del ejército, se quedó en nada —le explicó Memling, tirando de Tiziano para que se acercara y poder acariciarle el flanco—. La guerra dejó a mis padres, igual que a muchos alemanes, destrozados y en la miseria. El único trabajo que mi padre consiguió encontrar fue como portero de un bloque de pisos habitados por judíos. Tienes que comprender, Rebecca, que aquello era el final más oprobioso y humillante posible para un orgulloso soldado.

—¿Y todo esto qué tiene que ver contigo, con nosotros?

—Escúchame bien y tal vez entiendas algo —dijo Memling.

Por un instante, Rebecca volvió a ser la niña tímida amedrentada por su

padre.

—No necesito escucharte, padre. No necesito escuchar tus historias. Por muy bien que conozcas el pasado de tu familia, su futuro está en mis manos. Sé educado o me marcharé. Responde a mis preguntas o haré oídos sordos.

Memling movió afirmativamente la cabeza. De pronto fue como si hubiera empequeñecido y Rebecca vio que tenía los ojos acuosos... ¿Por las lágrimas o por la edad?

—Lo siento, hija. Quería explicarte lo que pasó. No para que me perdones, sino tal vez para que me entiendas un poco mejor. ¿Puedo continuar?

Rebecca se encogió de hombros, un consentimiento tácito.

—Cuando yo nací, en 1924, mi padre encontró en mí un receptáculo en forma de niño para todas sus frustraciones y sueños no cumplidos. En cuanto empecé a caminar, me obligaba a desfilarme de un lado a otro de nuestro minúsculo apartamento. Y en cuanto fui capaz de reconocer formas y colores, me hizo estudiar planes de batalla de anteriores guerras. Mi amor por la precisión y el detalle tiene su origen en la vieja Alemania. Noche tras noche, sus amigos y él se reunían para hablar sobre sus esperanzas de una Alemania capaz de recuperar su antigua gloria. De no haber aparecido Hitler, es muy posible que alemanes como mi padre hubieran acabado derrumbándose bajo el peso del orgullo perdido. Herr Hitler cabalgó sobre aquella frustración igual que un *jockey* cabalga un purasangre campeón. Les dio esperanzas y sentido.

—Soy incapaz de escuchar nada que pretenda disculpar a Hitler —dijo en voz baja Rebecca.

Memling ignoró el comentario.

—Mi infancia fue triste y estricta. Si no hacía bien la cama, había consecuencias; si llegaba tarde, me dejaba fuera de casa, hiciera el tiempo que hiciese; si mi padre entendía que había sido maleducado, la paliza era inmediata. A veces, al obligarme a que me acostara sin cenar, mi padre escondía que no ganaba dinero suficiente para poner un plato en la mesa para todos.

—¿Y qué decía tu madre?

—Mi madre le tenía tanto miedo que aceptaba cualquier plan que él sugiriera. Aunque eso significara tener que sujetarme mientras él me pegaba. Mi madre podría haber trabajado limpiando los pisos de los judíos, pero mi padre no quería ni oír hablar del tema. El antisemitismo es tan viejo como los mismos judíos; no fue un invento de Hitler.

Memling miró a su hija.

—¿Podemos andar un poco? Se me están durmiendo las piernas y no soporto el hedor de este lugar. Y al perro también le iría bien.

Rebecca se levantó y le tendió un brazo a su padre. Memling se apoyó en el bastón, la agarró del brazo y, con cierto esfuerzo, se incorporó. Por mucho que pudiera correr en la pista de tenis, permanecer mucho rato sentado le provocaba rigidez en las articulaciones de las rodillas y las lumbares. La pareja bajó despacio la escalera y puso rumbo hacia el Serpentine. Tiziano los siguió, caminando pegado a su amo, mirando al anciano constantemente y luego a su alrededor, por si acaso se presentaba algún peligro inesperado.

Un repentino viento agitaba las ramas de los primeros cerezos en flor y los pétalos cubrían el suelo como si fuera nieve. Los pájaros, celebrando la llegada de la primavera, cantaban y revoloteaban entre los arbustos. Matas tempranas de falso azafrán salpicaban de vez en cuando el camino y se apelotonaban bajo los árboles, rayos de amarillo sobre verde ácido. Una ardilla cruzó justo por delante de ellos, seguida por el inevitable terrier que pretendía darle caza y su propietario, que lo llamaba a gritos en vano. Tiziano miró al otro perro, pero no reaccionó. Rebecca caminaba sin ver nada. Cuando bajó la vista, vio que sus tres sombras andaban por delante de ellos, un hombre, una mujer y un perro, caricaturas creadas por un sol bajo. Le gustó ver que la suya mostraba un aspecto fuerte y decidido, mientras que la de su padre aparecía encorvada y frágil.

—Esther Winkleman era tan amable como bella —recordó Memling—. Tenía una larga melena oscura, ojos casi negros y una sonrisa permanente. Su apartamento estaba siempre lleno de risas y de música. Cuando por la noche me dejaban en el rellano, ella salía a por mí, me llevaba a su casa y me daba de comer. Eran seis en un minúsculo apartamento de tres habitaciones, de modo que apenas había espacio para uno más, y tampoco eran ricos, pero siempre me hicieron sentir bienvenido y compartían conmigo su comida. Ella era profesora de arte en el colegio del barrio y me enseñaba libros de pintura y me explicaba cosas sobre los artistas con una voz exquisitamente ceceante. No me extraña que acabara enamorándome del arte. No me gustaba especialmente el hijo, que era de mi edad, Memling, pero entablé una firme amistad con él para poder estar cerca de la madre. De camino a casa, al salir del colegio, siempre pasaba por una pequeña biblioteca, de la que nos dejaban sacar un libro al mes. Un día, mi padre descubrió un libro sobre Durero

debajo de mi cama... Durero, un buen alemán, pero no puedes ni imaginarte la azotaina.

Rebecca le dio un puntapié a una piedra de mala gana. Quería que Memling le explicara lo de más adelante y cómo se había desarrollado todo. Intuyendo su irritación, Memling avanzó un poco en su historia.

—Al principio, mi padre condenaba a Hitler y lo consideraba un vándalo zafio, pero a medida que su poder fue aumentando, a medida que empezó a jugar con las esperanzas y los miedos de sus compatriotas, los puntos de vista cambiaron. Me alistó en las Juventudes Hitlerianas y, cuando se declaró la guerra, mi padre falsificó mi partida de nacimiento para que pudiese incorporarme antes de lo que me correspondía. Era alto para mi edad y, gracias a la comida de los Winkleman, estaba fuerte. Cuando me llamaron a filas tenía solo quince años. Una vez más, Esther Winkleman me salvó la vida: uno de los sueños del Führer era construir un maravilloso museo en Linz y llenarlo con las mejores obras de arte del mundo. La mayoría de sus soldados era incapaz de distinguir un Vermeer de un Van Gogh. Corrió la voz de que el Führer andaba buscando expertos. Yo sabía poca cosa, pero mucho más que la mayoría. Fui elegido para formar parte de la prestigiosa unidad especializada en obras de arte, la ERR. Teníamos un poder increíble... Podíamos detener batallones, ordenar a generales que no entraran en determinados lugares, cortar puentes.

Rebecca y su padre llegaron a una pequeña área de juegos al lado del Serpentine. En medio había una estatua dedicada a Peter Pan, un árbol hecho de metal con diminutas figuras trepando por él. Rebecca miró la imagen de Peter Pan, que pedía a los niños perdidos que lo siguieran mientras Wendy lo miraba con desaprobación. Rebecca lamentaba también la pérdida de su inocencia, abortada hacía tan solo unos días en Berlín. ¿Por cuánto tiempo, pensó, podré proteger a Grace?

—¿Qué fue de los Winkleman? —preguntó Rebecca.

—Durante los primeros años conseguí hacer llegar a la familia paquetes de comida y otros productos de primera necesidad. Estaba, créeme, desesperado por ayudarlos a huir. El Watteau era su único bien, y cuando le enseñé a Hitler una imagen del cuadro ofreció un millón de marcos por él. Les supliqué que lo vendieran y que con el dinero obtenido compraran una salida segura de Berlín y un nuevo principio en Inglaterra o Estados Unidos. Se negaron. En 1943, mi madre me contó que el apartamento estaba cerrado y que la familia se había

ido de vacaciones a visitar a unos amigos. Me dolió que no hubieran dejado ninguna dirección. No descubrí la verdad hasta 1944: se los habían llevado a Auschwitz-Birkenau.

—¿En qué momento decidiste dismantelar el apartamento? —preguntó Rebecca, intentando que su voz no sonara alterada.

—Mi primera intención fue garantizar la seguridad de todas sus pertenencias, y no me refiero solo a las de los Winkleman, sino también a las de todas las familias del bloque. Confiaba en que volverían a casa y lo encontrarían todo tal y como lo habían dejado. Los días que tenía libres trabajaba toda la noche, entraba en los apartamentos y descolgaba los cuadros de las paredes, los embalaba bien y los escondía en un sótano.

—¿Y nadie se dio cuenta?

—En aquellos tiempos pasaban tantas cosas, que no.

—¿Y el Watteau?

—En la unidad especializada en arte nos presionaban cada vez más para que encontráramos obras buenas.

—¿Así que lo vendiste?

—Dejó de estar en mi poder durante un breve tiempo. El Führer había estado acosándome constantemente para que se lo entregara desde que le mostré la imagen. Y se lo llevé en 1944; lo miró y me dijo que lo escondiera en lugar seguro. Tenía intenciones de que fuera su regalo de boda para Eva Braun en cuanto terminara la guerra. Lo saqué del marco, lo enrollé y lo guardé en el petate, y de este modo lo tuve controlado durante el resto de la guerra.

—Me parece extraño que quisieras hacerle precisamente ese mismo regalo a tu amante... ¿No te parecía que estaba mancillado por estar relacionado de ese modo con Hitler?

—Ese cuadro tiene un efecto transformador, te conquista el alma y el corazón. Lo entenderás cuando lo veas, cuando lo recuperemos.

—Nunca te había tenido por un tonto sentimental —dijo Rebecca.

—Existe una diferencia enorme entre sentimentalismo y romanticismo.

Rebecca se preguntó por qué todo aquello dolía tanto. ¿Sería porque su padre amaba a una mujer que no era su madre? ¿O sería porque la persona que siempre parecía controlar perfectamente la situación, el patriarca todopoderoso, estaba revelándose como un simple mortal más? Se alejó de su padre, reprimiendo las lágrimas. Se dio cuenta de que no sabía nada sobre el

hombre que la había criado, con quien trabajaba todos los días de la semana. Oyó a su espalda los golpes del bastón y las pisadas fuertes de Memling al llegar de nuevo a su lado.

—Cuando empezó la guerra yo tenía diecinueve años, veinticinco cuando terminó. Pasé cinco años extraordinarios viajando por Europa en busca de objetos bellos... Aquellos años fueron mi instituto y mi universidad. Por primera vez en mi corta vida, tenía más que suficiente para comer. Nunca tuve que matar a nadie; vivía aislado del dolor y la penuria que se desarrollaba a mi alrededor. Entramos en todas las mansiones que pueda haber desde aquí hasta Normandía, vivíamos como reyes. Bebí vino de las bodegas de Château Lafite y dormí en la cama del rey en Vaux-le-Vicomte. Cené bajo el retrato de Cosme de Médici y me acosté con la tataranieta de la tataranieta de un príncipe Borgia. Mi única tarea consistía en encontrar objetos bellos. Trabajamos con marchantes y subastadores, con expertos y académicos. Dondequiera que fuéramos, la gente nos asaltaba haciéndonos sugerencias. Todo el mundo estaba dispuesto a ganar dinero con la guerra. En los setenta años que llevo en el negocio del arte, jamás he visto un mercado como ese. Entre 1939 y 1945, en Le Drouout de París se subastaron cerca de un millón de obras —dijo—. No tengo ningún don especial; a diferencia de ti, soy incapaz de identificar un Tiziano a trescientos metros. Carezco de tus poderes de detección. Tengo talento para el detalle, y por eso me has descubierto.

—El Watteau ha sido tu perdición. De no haber sido por ese cuadro, nunca me habría puesto a investigar.

Memling se quedó callado; la ironía de la frase no le había pasado por alto. ¿Sería aquello la venganza de Esther desde la tumba? Intentó alejar de la cabeza esos pensamientos y prosiguió su relato.

—Terminó la guerra. Mis superiores fueron ejecutados o encarcelados. Mi padre mató a mi madre y luego se suicidó, después de sellar con sumo cuidado las ventanas y las puertas de nuestro apartamento y dejar abierto el gas. Yo ni siquiera tenía pasaporte, solo la documentación del ejército. No tenía nada. No era nadie y estaba avergonzado. —Miró fijamente a Rebecca—. Si revelas mi verdad desencadenarás la vergüenza sobre ti y tu familia. ¿De verdad quieres, con cincuenta años de edad, encontrarte tal y como me encontré yo con veintidós?

—A lo mejor preferiría vivir con la conciencia limpia —dijo Rebecca.

—En 1945 también me planteé esa posibilidad. Estaba en una pequeña

granja de Baviera, construida al lado de una mina ya cerrada. En sus cavernosas profundidades había centenares de objetos valiosos, cuadros y joyas que mi unidad había escondido allí durante la guerra, destinados a la colección personal de Hitler. Durante cuatro años, habíamos desviado parte de nuestras mejores capturas siguiendo instrucciones del Führer, con el fin de mantenerlas lejos del alcance de Göring. Cuatro personas más conocían el lugar del alijo; tres de ellos se suicidaron antes de tener que afrontar los juicios de Núremberg, otro murió de tifus.

—De modo que decidiste quedártelo todo.

—En aquel momento no tenía otros planes que no fueran seguir con vida. Fui a la granja porque era el único lugar que se me ocurrió. En cuanto terminó la guerra, aquello se convirtió en un loco sálvese quien pueda en el que los países vencedores intentaron rapiñar lo que quedara. Los rusos eran como una plaga de langostas: pillaron todo lo que encontraron y se lo llevaron a Moscú. Los norteamericanos enviaron una patrulla de expertos, los Monument Men, para intentar cortar de raíz el saqueo y el pillaje, pero ¿qué podía hacer un centenar de hombres cuando Europa entera estaba disponible para quien llegara primero y se lo llevara todo? Habíamos robado miles y miles de obras de arte, en torno al veinte por ciento de todo el arte del mundo occidental. A pesar de que los cuadros no estaban muy valorados, el arte seguía siendo una divisa aceptada internacionalmente. Podía darse el caso de que te dieran solo cien dólares por un Klimt, pero al menos eran cien dólares.

—¿Cuándo se te ocurrió la idea de usurpar la personalidad de Memling Winkleman? —preguntó Rebecca.

Memling enfiló lentamente el camino hacia la Serpentine Gallery. Al llegar arriba, resoplando un poco, respondió a la pregunta.

—Fue por casualidad. Tres días después de que terminara la guerra, volví al apartamento de mi familia y descubrí los cuerpos de mis padres. Subí corriendo con la esperanza de encontrar a algún miembro de la familia Winkleman, pero todos habían desaparecido. Al salir, en un impulso, cogí algunos libros y la tarjeta de la biblioteca que había pertenecido al hijo de Esther, Memling. Saqué varios lienzos de sus marcos, los enrollé y a pie, y caminando solo de noche, llegué a la granja. Pasé un año allí, viviendo de frutos secos y frutos silvestres, tendiendo trampas a animales y aves. Me quedé increíblemente flaco; me creció el pelo hasta convertirse en una maraña. Tenía la ropa hecha jirones. En otoño de 1946, un coche de una patrulla

americana vio humo saliendo de la chimenea y decidió inspeccionar el edificio en busca de soldados fugitivos. Me encontraron enseguida. No les dije mi nombre; no podía decirles mi nombre. Registraron la casa en busca de pistas que revelaran mi identidad, en busca de armas, quién sabe. Un oficial encontró la tarjeta de la biblioteca y ataron cabos: yo era un judío que había logrado escapar de los trenes de la muerte y me había escondido. Dios sabe cómo llegaron a aquella conclusión, aunque a los norteamericanos les encantan las buenas historias. Me llevaron a Berlín, prepararon mi documentación, me entregaron un pasaporte y me ofrecieron una nueva vida en Estados Unidos. Siete semanas más tarde, llegué a Nueva York. En la bolsa llevaba algunas joyas, el Watteau, un diminuto Rembrandt y quinientos dólares, cortesía del Tío Sam.

—Supongo que también te hicieron el tatuaje —dijo Rebecca, su voz impregnada de sarcasmo.

—Eso me lo hice en un salón coreano, en el Lower East Side. Por entonces ya había averiguado lo que había sucedido con los Winkleman: habían muerto todos. Este número es el de Esther... Tal vez te cueste creerlo, hija mía, pero me hice tatuar este número como muestra de respeto, no como una vergonzosa muestra de cinismo.

Rebecca continuó caminando por delante de su padre, intentando decidir qué aspectos de la historia debía creerse. Levantó la vista y fijó la mirada en el puente que cruza el Serpentine, un lago artificial construido en el siglo XVIII. Se preguntó cuánta gente sabría que Harriet Westbrook, la esposa embarazada de Percy Bysshe Shelley, se había suicidado ahogándose allí después de descubrir las infidelidades de su marido. O que los partidarios de los Hannover celebraron allí la victoria británica en Trafalgar, otra guerra donde miles de personas perdieron la vida. Se preguntó cuánto tiempo tardarían las atrocidades de la última guerra en convertirse en un recuerdo desvaído más o en una simple entrada de la Wikipedia.

—Haces que tu relato suene muy plausible, pero toda tu vida ha sido una vergonzosa mentira. Robaste la identidad de tu amigo y las posesiones de los muertos, les robaste incluso su religión y criaste a tus hijos en una farsa. No eres un hombre, ¡eres un parásito! —gritó Rebecca, volviéndose hacia su padre.

Una mujer que pasaba por su lado los miró con nerviosismo y aceleró el

paso. Memling se detuvo para sujetarse con ambas manos a los barrotes negros de hierro.

—Quería vivir —dijo con voz débil.

—¿Fuiste incluso capaz de olvidar de dónde salió todo? —preguntó Rebecca, entre dientes.

—Jamás, pero al menos pude proporcionaros una alternativa.

—¿Y Marty?

Memling bajó la cabeza y desplomó los hombros.

—Me mandó una carta diciéndome que lo había descubierto. Le respondí por escrito de inmediato ofreciéndome a contarle toda la verdad o a tragarme la pastilla de cianuro que siempre llevo encima.

Memling introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una cajita de plata. La abrió y le mostró a Rebecca una pequeña pastilla azul sobre un fondo de terciopelo.

—Guarda eso, padre. No es momento para dramatismos de aficionado —dijo con frialdad Rebecca.

Memling se volvió hacia su hija.

—Tu hermano era mi orgullo, mi alegría y nuestro futuro.

Rebecca no contradijo a su padre; sabía que estaba diciéndole la verdad. Sabía también, con tristeza, que a pesar de que su padre le tenía cariño a ella, era a Marty a quien en realidad quería.

Los ojos de Rebecca se llenaron de lágrimas.

—Pobre Marty, no pudo lidiar con tener que sujetar la balanza de la justicia, con tener que elegir entre lo correcto y lo incorrecto, con tener que sacar a la luz tu verdad y humillarnos con ello.

—Créeme, habría dado cualquier cosa, habría ido a la cárcel, me habría rendido a las autoridades, a Simon Wiesenthal, lo que fuera, con tal de tenerlo todavía aquí —dijo Memling.

—Mamá... ¿lo sabía? —preguntó Rebecca.

—No, ni siquiera lo sospechaba.

—Al menos, gracias a ella, soy judía. Al menos no me he pasado la vida sentada en sinagogas siendo nazi... ¿Qué se siente, papá? ¿Teniendo que rezar el Día del Holocausto?

—Siempre he rezado, Rebecca, aunque no por las mismas cosas —replicó Memling, inclinándose y sumergiendo las manos en el pelaje del perro.

Tiziano se giró y pegó el hocico a la cara de su amo. Memling no apartó al

perro, sino que le dejó que lamiera los pliegues de su piel.

—A menudo me he preguntado si querrías más a tus perros que a cualquier miembro de la familia —dijo Rebecca.

—¿Te sorprende si te digo que creo que el amor es una emoción sobrevalorada? —replicó Memling—. Les tengo mucho cariño a los perros, y también a mis hijos. Siento un agradecimiento especial por el cariño incuestionable y libre de complicaciones de los perros. ¿Te acuerdas cuando de pequeños íbamos a la National Gallery los fines de semana? —preguntó.

—Todos los fines de semana.

—Muchas de aquellas obras de arte fueron propiedad de coleccionistas mentirosos y sin escrúpulos: traficantes de esclavos, estafadores y asesinos. Pero cuando hoy en día admiramos las posesiones de esos hombres, sus cuadros de Rubens, Hogarth, Rafael, Tiziano y Velázquez, solo vemos belleza.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo este asunto? —preguntó con incredulidad Rebecca.

—Estaba intentando mostrarte una imagen más global sobre el paso del tiempo, para que veas más allá de las historias individuales —respondió Memling.

—El arte no tiene el poder de erradicar los pecados —dijo Rebecca—. No puedo ni imaginar los cuentos estrambóticos y retorcidos que habrás tenido que contarte para justificar tus actos y tu falta de honestidad.

—Nunca he intentado justificar nada, pero hay cosas que son más grandes y más perdurables e importantes que mi familia o yo mismo.

Rebecca lo guio hacia un banco situado junto a un bosquecillo. Una bandada de periquitos de colores brillantes, escapados seguramente de alguna colección particular, pasó volando por encima de sus cabezas, trazando picados y lanzando gritos entre los árboles, proyectando colores incongruentemente iridiscentes; amarillos, verdes, rojos y azules entre los delicados verdes y azules del parque inglés. Memling se dejó caer en el banco y se secó la cara con un pañuelo blanco almidonado.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó—. Prométeme que no te infligirás ningún daño. Haré cualquier cosa por impedirlo. Me presentaré en la comisaría más cercana. Pon las condiciones que quieras.

Rebecca bajó la vista y se dio cuenta de que el sol empezaba a ponerse y las sombras habían desaparecido. Miró los anillos de diamantes que llevaba, uno era el regalo de prometida de Carlo, otro, un regalo de su padre con

motivo del nacimiento de Grace. Empezaba a tener las manos arrugadas y en la muñeca izquierda tenía una mancha de vejez. Intentó imaginarse una vida sin su padre, sin su hija o sin su esposo, excomulgada de su medio, el mundo del arte. Giró las manos y fijó la vista en las palmas, en la piel casi blanca, en la línea que marcaba una arteria azul en la muñeca. Pensó en Marty y en la decisión que había tomado. Giró lentamente las manos y miró los anillos, aros de amor y responsabilidad.

Miró a su padre; observó su expresión precavida, ansiosa.

—Tenemos mucho trabajo que hacer —dijo.

Memling relajó los hombros y dejó que el aire le llenara lentamente los pulmones.

—Lo importante es que Grace herede un título y una fortuna limpios y que la vergüenza y la culpabilidad no pasen más allá de ti. Se trata de tu sucio secreto, no del nuestro —dijo Rebecca.

Memling intentó mantener una sonrisa de alivio.

—Escribirás una confesión completa para que, en el caso de que alguna cosa saliera a la luz, quede totalmente claro que nunca estuve al corriente de nada de todo esto —dijo Rebecca.

Memling asintió.

—Trichcombe Abufel tiene una copia de la fotografía de Danica Goldberg en la que aparece el Watteau —le informó Rebecca.

—¿Trichcombe? —repitió Memling, perplejo.

—Lleva años tratando de echarle el guante —dijo Rebecca.

—Pero sus intentos han sido siempre infructuosos —replicó Memling, meneando la cabeza.

—Tienes que destruir todas sus notas, cualquier cosa que pudiera conducirlo hasta nosotros. Si lo peor ha de suceder, tendrás que quitártelo de encima.

—¿Quitármelo de encima? —dijo Memling, horrorizado.

—Acaba con esta mierda, papá. Sé que quemaste vivo a aquel pobre hombre de la tienda de antigüedades en tu intento de localizar el Watteau. No me engañes.

—Fue un error. Yo solo le pedí a Ellis que lo asustara.

—¿Ahora resulta que mi chófer es tu secuaz? —preguntó Rebecca, pasmada.

—Había sido policía.

—Dos incompetentes —espetó Rebecca.

Memling bajó la vista.

—Te he infravalorado.

—Tú infravaloras a todo el mundo —replicó Rebecca.

Memling la miró con tristeza, dándose cuenta de que había subestimado a su hija, que la había ignorado por ser mujer, como una persona sin relevancia.

—Tienes que encontrar ese cuadro y quitártelo también de encima. No esconderlo, sino destruirlo —dijo Rebeca.

Memling hizo una mueca de dolor, pero asintió de todos modos.

—He sido víctima de mi propio sentimentalismo.

—¡Sentimentalismo! —exclamó en tono burlón Rebecca—. Yo más bien lo describiría como egoísmo solipsista, estupidez flagrante, avaricia y debilidad.

—Soy un imbécil —dijo en voz baja Memling.

Permanecieron varios minutos en silencio.

—No existe ni un solo museo, conservador, marchante o experto que no nos deba alguna cosa. Yo ya los he llamado a todos, pero ahora te toca a ti. Ve a por ellos. Hazlo o se acabará la liquidez. Consigue hasta el secreto más sucio que puedas obtener de cada individuo: líos amorosos, deudas de juego, detalles oscuros..., podrías necesitarlos —le ordenó Rebecca.

Memling asintió.

—Tengo una pista, y hay que confiar en que no sea más que una espantosa coincidencia. La cocinera que tenemos contratada con carácter temporal, Annie McDee, fue fotografiada saliendo de aquella tienda de trastos y luego volviendo a su casa con un paquete justo de ese tamaño en la cesta de la bicicleta.

—¿Sigue trabajando para nosotros? —preguntó Memling.

—Mejor vigilarla muy de cerca. Si trabajara para los otros, podría ser nuestro rehén, un elemento útil para la negociación.

Memling miró a lo lejos, pensativo.

—¿Tiene acceso a los ordenadores y los archivos?

—No tiene acceso a nuestros archivos. He verificado dos veces todas sus búsquedas y su correo electrónico. No hay nada.

—¿Tendría que haber algo?

—Esa mujer solo piensa en comida y recetas. He intentado incluso decodificar alguna por si acaso contenía mensajes ocultos o claves.

—Mandaré a alguien a que registre su apartamento.

—Ya lo hice. A lo mejor ha llegado el momento de provocar algún daño.

Padre e hija permanecieron sentados unos minutos más, perdidos ambos en sus pensamientos. Finalmente, ella miró el reloj y se levantó.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguir gestionando el negocio como siempre, y mantener las apariencias —dijo Rebecca.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó Memling.

—De aquí a cuatro días en los jardines italianos, a las nueve de la mañana. Mañana por la mañana te reservaré un vuelo a Múnich. Habrá un coche a nombre de Brueghel en el mostrador de Hertz. Irás en coche hasta esa granja y prenderás fuego al sótano.

—¿Quieres que quemé las pinturas? Hay obras de Fragonard, un Leonardo, cinco Tizianos, tres Monets y unos cuarenta más. La Cámara de Ámbar de Catalina la Grande, el tesoro más grande jamás visto.

—¿Y qué valor tiene todo eso para nosotros? Piensa, papá, piensa. Son sogas para colgarnos por el cuello.

—¿Y no podemos dejarlas allí y confiar en que alguien las encuentre algún día?

—¿Y esperar a que aten cabos? ¿A que las relacionen con el joven que fue descubierto justo allí en 1946? ¿Con las veces que un chófer te ha llevado hasta allí?

Memling asintió con tristeza.

—¿Y si no realizo alguna de las tareas que me pides?

—En ese caso, la próxima vez que nos veamos será en tu tumba —respondió Rebecca.

Y se marchó, la espalda recta como una tabla.

## Capítulo 31

Evie se sentó en la cama y lloró. Habían pasado dos días desde la cena triunfal de Annie, pero desde entonces su hija la había evitado. Deseaba participar de algún modo en el triunfo de Annie, no para ponerse la medalla de su éxito, sino simplemente para insertar un pequeño recuerdo positivo en la cuenta de sus experiencias compartidas. Las reuniones de Alcohólicos Anónimos a las que había asistido las últimas semanas habían ayudado a Evie a comprender hasta qué punto Annie, de niña, se había visto obligada a vivir en el vórtice de su mundo compulsivo, hasta qué punto había sido una víctima de su estado de ánimo, estimulado o deprimido por el alcohol. Cuando volvía del colegio, la niña nunca sabía qué Evie estaría aguardándola en la puerta. ¿Sería la madre feliz porque había tenido la suerte de tomarse una copa o la mujer nerviosa e inquieta que se esforzaba por no tomarla? ¿La Evie huraña y retraída o la madre que iba a toda máquina hasta caer grogui? A veces, Evie no estaba allí... Podían pasar días, incluso semanas, antes de que regresara sin ofrecer explicaciones. Era normal que Annie hubiera aprendido a cocinar; no le había quedado otro remedio.

Esa mañana, el peso de la culpa era insoportable. Evie no sabía cómo perdonarse. ¿Qué sentido tenía vivir sin el amor de su hija? Evie miró hacia atrás, su vida había sido un naufragio de sueños; una suma casi igual a cero. Carreras a medias, relaciones complicadas y un río de alcohol. ¿Le ayudaría una copita a aliviar el dolor que sentía? Al fin y al cabo, el alcohol era su amigo, su compañero constante. Se lo habían pasado muy bien juntos, Billy Botella y ella. Como mínimo, había vivido, se había divertido. ¿Dónde estaba la diversión en la vida solitaria y estéril que llevaba Annie? Trabajar, trabajar y trabajar. Levantarse al despuntar el día, trabajar para el beneficio de otros, volver a casa y a dormir. Y lo de la cocina era además la prueba fehaciente: preparar cosas que se comen y luego se cagan. ¿Quién podía decir que llevar

aquella existencia era mejor? ¿Quién juzgaba a quién?

Evie notó que el fuego volvía. Se levantó, se miró en el espejo y se echó a reír; estaba horrorosa. Se lavó la cara con agua fría. ¿Le haría daño tomarse una copita? «Una es demasiado y mil nunca son suficientes», le respondió el espejo con sorna. Evie se frotó las manchas de rímel bajo los ojos, se desnudó y se pasó una toalla húmeda por los sobacos y entre las piernas. «Nunca se sabe —se dijo—. El Príncipe Azul podría aparecer hoy mismo». Observó el reflejo de su cuerpo desnudo en el espejo del cuarto de baño. «No está mal, la verdad. Nada que ver con alguna de esas cabronas engreídas que ves por ahí con sus casas adosadas y sus coches deportivos de segunda mano. Tal vez tengan una buena cuenta en el banco, pero ni siquiera pueden tirarse a sus maridos». Pero Evie sí podía, por supuesto. Podía sacar las tetas y, con la luz adecuada, no se notaba en absoluto su textura blandengue. Tenía solo cuarenta y siete años, el vientre plano y las piernas firmes. Muchos hombres le echaban treinta y cinco. Aunque, la verdad, cuando la cosa ya estaba a punto, los hombres eran capaces de decir cualquier cosa.

Evie se peinó con esmero, cardando el cabello hasta crear un casco mullido esponjoso y escondiendo las raíces debajo de un pasador dorado. Cogió los pendientes de circonitas de Annie; nada como un poco de brillo para animar la cara. Se maquilló los ojos minuciosamente, extendiendo el corrector a golpecitos para disimular las bolsas y aplicando una nube de polvos iluminadores. Cogió el vestido «bueno» de Annie y sus zapatos negros de tacón. Se miró en el espejo y llegó a la conclusión de que estaba «impresionante».

Se detuvo. Había olvidado una cosa importante, la cosa más importante, quizás. No tenía dinero. Ni una libra. El pánico se apoderó de ella. Ahora que había tomado la decisión de beber, nada podía interponerse en su camino. Necesitaba dinero. Abrió los cajones y los armarios con la esperanza de encontrar algunos billetes; cogería solo diez, o veinte, no necesitaba mucho. No encontró nada, ni siquiera unos peniques. El sudor empezó a acumularse en las sienes y las axilas.

Se sentó a la mesa de la cocina e intentó respirar lentamente, incluso pensó en llamar a su contacto en la asociación. Tal vez un poder superior estuviera cuidando de ella. Entonces vio el cuadro. Tenía cierto valor, ¿no? Annie no lo quería; a menudo le había mencionado que se arrepentía de haberlo comprado. Si se lo llevaba estaría haciéndole un favor a su hija, ¿no? ¿Pero dónde

venderlo? ¿En una casa de empeños? ¿Para qué querría esa gente un cuadro viejo? Evie pensó entonces en un pub que conocía en el East End, un lugar donde jóvenes artistas se reunían para beber; tal vez podría llevarlo allí y dejarlo en la barra a modo de fianza. Una idea brillante; no vendería el cuadro de su hija, sino que lo dejaría en custodia. Envolvió el cuadro en un jersey viejo, lo metió en una bolsa de Sainsbury's, cogió el abrigo, salió corriendo del piso y bajó las escaleras. Eran las once de la mañana: justo la hora de abrir.

«Soy demasiado viejo para andar liado con latas de gasolina y antorchas», se dijo Memling mientras rociaba el perímetro de la granja con diésel. En sus buenos tiempos era capaz de manejar sin problemas latas de veinte litros, pero, ahora, una de un litro ya le costaba. Deseoso de no levantar sospechas, había conducido treinta kilómetros adicionales para comprar las latas en distintas gasolineras. En su vida había prendido fuego a una casa y no sabía muy bien cómo asegurarse de que el incendio la arrasara por completo. Pero antes de acabar con eso, decidió atravesar el pequeño huerto y subir a la loma donde estaba la trampilla que daba acceso a la mina abandonada. Era viejo y sabía que le costaría descender los empinados peldaños que conducían al búnker. Había perdido la cuenta de las veces que había vuelto allí desde que acabara la guerra; treinta, quizás cuarenta. Era curioso que cuadros que en los cincuenta no valían casi nada se hubieran vuelto a poner de moda. En una ocasión estuvo a punto de desprenderse de un par de cuadros de Renoir de su última época pensando que nunca encontraría a nadie a quien le gustaran aquellas bañistas gordas y empalagosas. Hoy en día, ambos cuadros alcanzarían precios de locura, pensó Memling, recordando que, en 1990, *Baile en el Moulin de la Galette* de Renoir se vendió por 78,1 millones de dólares al presidente de una papelería japonesa. El nuevo propietario de la pintura pretendía ser incinerado con ella; por suerte, la compañía tuvo graves dificultades económicas y el Renoir acabó siendo vendido a un coleccionista con ideas menos grandiosas en lo referente a las piras funerarias.

Memling había acabado amando los cuadros escondidos en aquel sótano. Se permitió un último viaje a las entrañas de la colina, una última ojeada a todo el material almacenado. Recordaba la procedencia de la mayoría. Aquel Léger lo había encontrado en París, formaba parte de una colección judía; el Tiziano

lo había sacado de una pequeña iglesia de los alrededores de Venecia; el Van Loo estaba en una buhardilla de Ámsterdam, donde unos judíos habían intentado esconderlo en un armario; el cáliz de oro, seguramente obra de Cellini, lo había localizado en un *château* francés, donde un barón lo utilizaba para guardar su colección de gemelos. Dudaba que los propietarios originales hubieran llegado a amar aquellas piezas tanto como él. Para Memling, esas obras de arte representaban tanto la belleza como su huida hacia otra vida; eran el puente mágico que conectaba una infancia pobre y triste en Berlín con la posición de poder y de lujo que había ostentado posteriormente como uno de los marchantes más importantes del mundo. De haber funcionado las cosas de otra manera, el nombre de Memling solo habría aparecido en el listado de matriculaciones del colegio; en la actualidad, estaba grabado en los muros y los arquivados de los grandes museos de Europa, en salas y ampliaciones costeadas por él. En el Museo del Holocausto de Bremen, justo encima de la entrada, había una inscripción con letras de un palmo de altura que rezaba: «Opera Memlingi Winklemani in perpetuum admiranda sunt'». Las obras de Memling Winkleman serían admiradas toda la eternidad.

Memling tuvo que abrirse paso entre arbustos para llegar a la entrada del sótano. Últimamente, arrodillarse le suponía un esfuerzo increíble. «Incluso es posible que no pueda ni volver», pensó apesadumbrado mientras se abría paso lentamente entre la densa vegetación. A unos tres metros de distancia vislumbró el conocido montículo cubierto con zarzas y hiedra. Por suerte se había acordado de coger los guantes de jardinero y una pequeña barra de hierro. Después de limpiar la trampilla, hizo palanca poco a poco hasta conseguir levantarla por completo. A continuación, se giró, todavía a cuatro patas, y avanzó marcha atrás hacia el agujero. Hasta hacía unos años, Memling conseguía llegar andando hasta la trampilla, la levantaba con dos manos y bajaba los peldaños de cara. Pero ahora no confiaba ni en sus piernas ni en su sentido del equilibrio. Le pasó por la cabeza que podría ahorrarse muchas molestias inmolándose en el sótano y acabando, de este modo y de una sola tacada, tanto con las pruebas como con el infractor. Pero Memling siempre había soñado con un gran funeral. Tenía ya reservada la sinagoga de los judíos reformistas, aunque se estaba planteando la posibilidad de que el acto se llevara a cabo en las salas Barry de la National Gallery o tal vez en el Guildhall. Imaginaba que el primer ministro querría pronunciar unas palabras. Y, sin duda alguna, el gran rabino se encargaría de officiar la ceremonia.

Memling afrontó los peldaños con mucha cautela; sabía que había treinta antes de llegar al fondo. Superado el obstáculo, avanzó a tientas en la oscuridad y palpó los salientes de ladrillo en busca de las linternas que siempre dejaba allí. En su día, pensó en la posibilidad de tender un cable desde la casa hasta el sótano, pero llegó a la conclusión de que podría verlo cualquiera. Cogió la linterna, la encendió y proyectó el potente haz de luz hacia un estrecho corredor. Sus colegas y él habían elegido bien el escondite y, a pesar de las lluvias torrenciales que habían caído últimamente, no había ni una gota de humedad. Después de veinte pasos, llegó a la primera sala. Con una superficie de seis por seis metros, almacenaba cuadros desde el suelo hasta el techo, todos ellos en el interior de cajas individuales con el nombre del artista. Observó una de las columnas: Donatello, David, Degas, Daumier, Delacroix, Denis, Domenichino, Van Dyck y Durero. Había algunos que ni siquiera había abierto. Los expertos calculaban que quedaban todavía unas cuarenta mil obras de arte pendientes de salir de nuevo a la luz después del saqueo nazi; Memling creía que en el sótano debía de haber aún ochenta y cuatro u ochenta y cinco; a lo largo de los años, había vendido sesenta y cinco. Pasó a la siguiente sala, que era aún mayor: Maretti, Matisse, Martini, Matsys, Miguel Ángel, Nattier, Oudry y Parmigianino. A continuación venía un tesoro exquisito, la Cámara de Ámbar, cincuenta y cinco metros cuadrados de delicados paneles con un peso de más de seis toneladas. Conocida como la Octava maravilla del mundo, fue construida para un rey prusiano a principios del siglo XVIII. Memling había sido uno de los oficiales responsables de embalar los paneles en San Petersburgo y cargarlos en un barco. Sus colegas y él habían trabajado en silencio, imbuidos por un tremendo respeto. Era una obra maestra alemana y pertenecía a su madre patria. Regalada a Pedro el Grande cuando ambos países eran aliados, había que devolverla a su hogar.

Memling acarició los delicados paneles con la punta de los dedos. Cuando proyectó la linterna hacia el ámbar, se encendió como un horno. La luz bailó por encima de los paneles y rebotó sobre las exquisitas tallas doradas. Rescatar la Cámara de Ámbar del castillo de Königsberg había sido la hazaña más importante de su vida. Después de enterarse de que era muy posible que aquel lugar de almacenaje fuera atacado, Memling lideró un grupo de hombres para sacar las cajas de allí. Habían trabajado la noche entera sin cesar con unas cuantas mulas y un carro desvencijado; después habían requisado un tren

para cruzar Alemania con la mercancía y llevarla a Baviera. Cuando se conoció la noticia de que el castillo de Königsberg había sido bombardeado y que solo quedaban de él cuatro ladrillos, Memling y su equipo decidieron no comentar su exitosa misión; cuanto menos gente lo supiera, mejor. «Y ahora mi propia hija pretende que destruya cosas por cuya salvación arriesgué la vida», se dijo Memling. Si su vida había servido de algo, si había tenido algún sentido, había sido para ayudar a conservar aquellos grandes tesoros para las generaciones venideras.

Memling pensó en la bondad de Esther Winkleman, que había sentido lástima de aquel niño sin amor a pesar de ser hijo de un hombre que odiaba a su raza y a su familia. Lo había alimentado con las migajas de su mesa, le había ayudado a aprender y, sin siquiera ser consciente de ello, le había proporcionado unas habilidades que le habían permitido sobrevivir y prosperar. Naturalmente, aquella mujer jamás habría podido saber que salvaría al hijo de otro, no al suyo. Iluminó con la antorcha el retrato de una joven pintado por Leonardo, una amante más de su mecenas, el duque de Milán, y pensó en el Watteau, la personificación pictórica de algunos pocos.

Sus gustos habían evolucionado con el paso de los años. Siempre le había gustado disponer las obras de arte de la mina como si el espacio fuera un minimuseo personal, colocar determinados cuadros delante de las columnas de cajas según su humor o sus circunstancias. Memling tenía la sensación de que los grandes artistas poseían el poder de la adivinación y podían predecir y traducir incluso las penurias humanas más pequeñas. Había cuadros para cualquier dilema que pudiera presentar el amplio abanico de la vida. No había emoción, por básica o delicada que fuera, susceptible de ser considerada excesivamente insignificante o, todo lo contrario, demasiado panorámica. La genialidad de los artistas iba más allá de la compasión y la empatía; las obras de arte eran capaces tanto de inspirar como de reflejar distintas emociones. De joven, Memling no soportaba lo sentimental y prefería las escenas sanguinolentas y lo macabro antes que la belleza. Adoraba *Judith decapitando a Holofernes*, vendido recientemente a la señora Appledore, puesto que sugería que la violencia, siempre que fuera pragmática, resultaba aceptable. Pensó en un paisaje de Claude cuyo escenario bucólico sosegaba la mente en conflicto, o en el personaje ilustre de Bronzino, cuyo magistral aspecto inspiraba liderazgo y fortaleza.

Después de la muerte de Marty, Memling se había encerrado en el sótano

cinco días y cinco noches. Había cogido agua, pero no comida, con la intención de morir allí, pero su alma desesperada fue rescatada por una Madonna de Duccio, cuya expresión dulce, a pesar de su sufrimiento, lo había animado a volver a la vida. Cuando estaba enamorado de Marianna, Memling había colocado delante cuadros de Renoir y Del Sarto; la dulzura que emanaba de aquellas mujeres era pareja a su estado de ánimo. Pero no había obra capaz de llegar a la altura de su pequeño Watteau: aquel extraordinario cuadro personificaba la agonía y el éxtasis del amor.

Al pedirle que destruyera sus constantes, las fuentes de alegría y consuelo de su vida, aquellas tiernas representaciones de la condición humana de orden universal, su hija estaba privando a las futuras generaciones del solaz que él no solo había disfrutado sino del que, además, había dependido.

Memling miró a su alrededor, incapaz de reunir el coraje suficiente como para cometer la atrocidad que haría realidad los deseos de Rebecca. Repasando el espacio con la linterna, dijo un último adiós a su colección privada. Ascendió con esfuerzo los estrechos peldaños y emergió a la luz, se giró, cerró la trampilla y cubrió su superficie con tierra, palitos y vegetación y acto seguido, poniéndose dolorosamente a cuatro patas, se arrastró de nuevo entre la maleza, descendió la colina y retomó el camino.

Al llegar a la granja, Memling cogió una cerilla y prendió fuego a una montaña de trapos y leña menuda que había apilado previamente en el centro de la habitación principal. Permaneció un momento observando cómo las minúsculas llamas lamían y parpadeaban entre el material. Pasó entonces a la habitación contigua y roció con gasolina la vieja mesa de cocina, las sillas y las deshilachadas cortinas que colgaban allí desde antes de la guerra. Sabía que no tenía sentido incendiar una granja abandonada, pero al menos con ello podría fingir ante Rebecca que había cumplido con parte de sus instrucciones. Sin duda alguna, la policía local investigaría lo sucedido y daría por sentado que un grupo de gamberros había estado aprovechándose de aquel lugar desolado. Luego, cuando inspeccionaran los registros de la propiedad, verían que la casa y las hectáreas que la rodeaban pertenecían a una empresa inscrita en Buenos Aires. La policía dedicaría un montón de frustrantes horas a intentar seguirle la pista al propietario. Memling había montado una serie de empresas tapadera, un camino que llevaba desde Buenos Aires a las islas Caimán, de allí a Guernsey y las Bermudas, para regresar finalmente a Sudamérica. Llegaría un momento, mucho después del fallecimiento de Memling, en que las

autoridades se darían por vencidas, requisarían los terrenos y los venderían. Confiaba en que los nuevos propietarios estuvieran encantados cuando descubrieran el alijo de grandes obras de arte que se escondía bajo su propiedad. Lo único que lamentaba Memling era que no estaría presente para escuchar las especulaciones en torno a cómo habrían ido a parar aquellas piezas a una mina subterránea abandonada y quién, si acaso alguien, conocía su paradero. Como siempre había utilizado guantes para manejar las obras de arte, ni siquiera los forenses más expertos serían capaces de encontrar muestras de ADN.

Memling subió al coche y se alejó de la casa. Miró de vez en cuando por el retrovisor para comprobar que la columna de humo negro seguía ascendiendo y se perdía en la distancia. Al llegar a la carretera principal, verificó que no vinieran coches y, en cuanto estuvo seguro de que nadie podía ver su Fiat Panda salir del camino de tierra, se incorporó a su carril y puso rumbo hacia el aeropuerto. En menos de cuatro horas estaría de nuevo en casa. A su llegada, esperaba tener noticias de que el problema conjunto del cuadro desaparecido y ese pesado de Trichcombe Abufel había sido debidamente gestionado. Luego, disfrutaría de un whisky doble y se iría a dormir temprano.

A pesar de que Trichcombe llevaba más de veinte años sin ver a su sobrino, remitía regularmente a Maurice, que vivía en una casa adosada en Mold, una copia de sus manuscritos. El historiador se sentía mejor sabiendo que en una pequeña buhardilla de su Gales natal se guardaba una copia física de sus trabajos. Dudaba que Maurice se tomara la molestia de abrir los sobres, pero su sobrino, al menos, tenía la gentileza de mandarle un acuse de recibo en forma de postal. Había alumnos de Trichcombe que se burlaban de sus impulsos luditas y le animaban a utilizar la nube o un disco duro. Pero Trichcombe se limitaba a sonreír e ignoraba sus sugerencias.

Ahora acababa de enviarle a Maurice una copia del documento por correo certificado. Incluso lo había llamado por teléfono para alertarlo de que estuviera al tanto de la llegada del cartero. La esposa de Maurice, Della (¿o era Delia? Trichcombe siempre andaba confuso al respecto), le había respondido algo airada.

—¿Tendré que ir a recogerlo si no estoy cuando pase el cartero? —le preguntó.

Trichcombe había notado que jadeaba; el día de la boda ya estaba gorda y lo más probable era que ahora fuera una mujer obesa. Se la imaginó calle arriba, deteniéndose en los cruces para coger aire, las gotas de sudor acumulándose entre los húmedos rollos de grasa, los juanetes doloridos.

—En condiciones normales nunca os pediría un favor tan bestial, querida Della —respondió él con afectación.

—Delia —le corrigió ella.

—Delia. Se trata del documento más importante que he escrito en mi vida. Si me pasara cualquier cosa, preséntalo, por favor, a la policía, querida.

Delia estuvo a punto de echarse a reír. ¿Qué demonios iba a hacer la policía con las reflexiones de un anciano historiador del arte sobre un artista muerto hacía un montón de tiempo? La verdad era que nunca se le había pasado por la cabeza poner a prueba su paciencia con los escritos de Trichcombe. El tío de su marido era una anomalía en la familia, un académico. Solo de pensar en aquellas cinco silabas le entraron ganas de fumar un pitillo. ¿Pero qué tipo de vida llevaría aquel hombre? Siempre enterrado entre libros y en el pasado. La vida era para vivirla. Como solía decir Maurice, solo se vive una vez.

—Dahlia, querida, ¿sigues ahí? —preguntó Trichcombe en tono quejumbroso.

—Delia. No te preocupes, iré a por tu paquete —replicó, dándole una potente calada al cigarrillo.

Trichcombe esperó a que llegara la furgoneta de correos y a que su envío desapareciera en el interior de la gran saca gris. Se quedó en la calle y no volvió a subir al piso hasta que la furgoneta dobló la esquina. Llevaba cuarenta y dos años esperando poder vengarse de Memling Winkleman, cuarenta y dos largos años. Y ahora, por fin, después de una investigación exhaustiva y meticulosa, lo tenía. El pez había picado el anzuelo. Más tarde había quedado con el director editorial de *Apollo*; por mucho que la revista no fuera la de más tirada, llegaría a todo el mundo que fuera alguien en el mundo del arte y, a partir de ahí, la noticia se filtraría a toda la prensa. Una vez más, Trichcombe había decidido no enviar su valiosa investigación a través de internet. Mejor entregarla personalmente.

Lo más probable era que saliera en las noticias, creía Trichcombe. Casi con toda seguridad. Y le otorgarían alguno de esos apodos tan trillados, como «cazador de nazis», en vez de referirse a él como un «historiador del arte». Se preguntó si Delia vería las noticias, si cuando volviera a llamarla adoptaría

ese tono condescendiente de siempre, «vamos, date prisa, viejo». A lo mejor hacían una película o incluso un libro sobre él, que vendería algo más que unos pocos centenares de ejemplares. Su último trabajo, *Les Trois Crayons de Antoine Watteau*, se había vendido fatal, solo ciento veinticuatro ejemplares. Trichcombe se preguntó cómo se titularía el libro. ¿*La improbabilidad del amor*, tal vez, tomando el título del cuadro? ¿Una cuestión de atribución o, quizás mejor, *de procedencia*? ¿Y qué tal *Belleza y nazismo*? Trichcombe andaba tan perdido en sus pensamientos que ni se fijó en los dos hombres apostados cerca de la entrada de su casa. Introdujo la llave en la cerradura, la giró hacia la derecha, empujó la puerta y, sorprendido, notó un tremendo pinchazo en el cuello. Al girarse, vio a un hombre de escasa estatura, fornido y moreno, con un sombrero que le cubría prácticamente toda la cara, y con una jeringa en la mano. Intentó gritar, pero de pronto apareció otra mano con un trapo. Trichcombe empezó a sentirse extrañamente confuso, notó que le cedían las piernas y que los peldaños de la escalera se aproximaban. Su último pensamiento estuvo dedicado a un retablo de Piero della Francesca, *La flagelación de Cristo*, que vio por última vez en Urbino cuando contaba veintiún años de edad.

## Capítulo 32

El conde de Beachendon estaba sentado a solas en la cocina del sótano de su casa en Balham, la mirada fija en una gran mancha de humedad de la pared; estaba seguro de que había aumentado visiblemente de tamaño desde la noche anterior. A principios de año, la mancha parecía pequeña y mostraba un aspecto poco amenazador, tendría el tamaño y la forma de una moneda de cincuenta peniques, pero en el transcurso de los últimos meses había crecido y ahora parecía un cerdito sin cabeza saltando por encima de una barra de pan a medias. Pronto, pensó apesadumbrado, parecería un caballo de tiro sobre un bote salvavidas. El conde no podía permitirse pagar los servicios de un técnico que investigara el origen de la creciente humedad, y mucho menos de un albañil que la reparara. «Me pregunto quién durará más, si la mancha de humedad o yo», pensó.

Unos meses atrás, el conde aún recibía *The Times*, pero eso ya se había acabado, junto con los huevos orgánicos, el clarete de Berry Brothers y la tintorería, en un intento interminable y aparentemente inútil de recortar el presupuesto doméstico. Las ladies Halfpenny podían prescindir de su paga semanal para medias; ¿qué sentido tenía comprar más cuando se les hacían carreras de inmediato? Y en cuanto a su hijo, lord Draycott... El conde estaba desesperado y veía imposible que aquel muchacho lleno de granos llegara algún día a conseguir algo. Su heredero tendría que haber nacido a finales del siglo XVIII, cuando los Beachendon tenían dinero que quemar y fincas que perder.

El conde abrió la nevera en busca de alguna cosa para picar antes de la cena; faltaban aún cuatro horas para la siguiente comida. Observándolo desde el interior del gélido abismo blanco había cuatro tarros de crema facial, un poco de queso fresco y tres yogures con bajo contenido en grasa. Suerte que de

vez en cuando tenía alguna cena de negocios, pensó apesadumbrado Beachendon. La noche anterior lo habían pillado mangando unos panecillos; le daba igual que sus colegas lo considerasen avaricioso, siempre y cuando no sospecharan que las quince piezas de pan que había conseguido apretujar en el maletín tenían que servir para llenar seis bocas hambrientas en casa. «El hombre que no pudo alimentar a su familia». Beachendon no lograba imaginarse un epitafio más vergonzoso que aquel para su tumba. Absolutamente todos sus intentos de camelar a un gran coleccionista o artista para que vendiera sus obras en la casa de subastas habían fracasado. Sin las comisiones, su miserable sueldo apenas daba para pagar las facturas básicas y, mucho menos, los pantis de nailon.

Beachendon se decidió por un panecillo seco que había quedado el día anterior en el aparador. No había mantequilla, pero en el fondo de la despensa encontró un bote antiguo de mermelada de ciruela; tenía encima una gruesa capa de moho, suficiente para desalentar a las moradoras de la casa. Abrió el periódico gratuito de la tarde y fue directo a la página de necrológicas, por si acaso había algo apetecible que recoger de los fallecidos: alguna finca, tal vez un Gainsborough de herencia o, si estaba de mucha suerte, una decrepita colección de obras de arte acumulada con amor por el fallecido a lo largo de toda su vida y que los herederos querían quitarse rápidamente de encima. Era un fastidio que la gente viviera ahora tanto tiempo. «Maldita sea la medicina moderna», se dijo Beachendon. En los viejos tiempos, los duques se iban a criar malvas cada sesenta años; ahora, los nobles vivían de media hasta los ochenta y muchos. Beachendon tenía una libreta donde apuntaba los nombres de los fallecimientos más previsibles. En cuanto le llegaba la noticia de la muerte, escribía a los familiares una carta larga, florida y tremendamente hipócrita, se dejaba ver en el funeral y cruzaba los dedos para que le tocara alguna cosa en el reparto de bienes que se produciría en cuanto el cuerpo estuviera decentemente frío. Por desgracia, en los últimos tiempos había muchos buitres del mundo del arte volando en círculo sobre las tumbas. La pasada semana había asistido al funeral de la viuda de un pintor expresionista abstracto de segunda categoría. Para su asombro, en el acto estaban presentes los directores de los museos nacionales británicos y norteamericanos, tres colegas de casas de subastas, no menos de siete marchantes y, ocupando un puesto en el primer banco, al lado de la familia, un abogado de Narrahs, Shattlecock & Beavoir. Beachendon había tomado rápidamente nota de invitar

al abogado a comer, a tomar el té y a cenar.

El único fallecimiento destacado de la jornada era el de aquel viejo historiador del arte con aspecto de reptil, Trichcombe Abufel. Repasó la necrológica con la mirada para llegar al final y averiguar la causa de la muerte. Un infarto. Qué sojería. «Trichcombe Llewellyn Abufel, de Mold, Gales, era un distinguido historiador del arte especializado en el siglo XVIII que escribió sobre el rococó con el mismo estilo y elegancia con que lucía la corbata de seda», leyó Beachendon. ¡Qué estupidez de frase! ¿Pero qué pretendía el autor? ¿Desacreditar por completo al fallecido? «El señor Abufel escribió interesantes libros entre los que destacan títulos como *Watteau y el amor cortesano en la época de Luis XIV*; *La interacción entre bocetos, dibujos y pinturas* y *Les Trois Crayons de Antoine Watteau*». ¿Y su obra maestra, su monografía de Antoine Watteau, que seguía siendo el texto básico sobre el artista? ¿Acaso no merecía ese libro una oportunidad, una pequeña mención? «Trichcombe Abufel mantuvo firmemente la independencia a lo largo de su prolongada carrera y nunca ocupó ningún puesto en un museo importante ni en ninguna universidad, sino que siempre prefirió trabajar solo». «Pura mierda», se dijo Beachendon; Abufel había trabajado codo con codo con Memling Winkleman durante diez años, había aportado un conocimiento intelectual inmenso a su institución. Resultaba extraño que no se hiciera ninguna mención. «La contribución de Abufel a la discusión académica siempre era minuciosa y concienzuda y él fue un estudioso que desarrolló sus argumentos con apasionada elocuencia». Beachendon se preguntó qué diría sobre él su necrológica: «¿Subastador que llevó tanto a su familia como a su firma a la bancarrota?».

Terminada la lectura de la sección seria del periódico, Beachendon pasó a las «Tetas del día» y a las noticias de cotilleo. A pesar de que no había oído hablar nunca de la mayoría de gente mencionada allí, no pudo resistir la tentación de examinar con atención las reveladoras fotos en bikini de una estrella en ciernes llamada Kelly, que había recuperado a la velocidad del rayo el cuerpo que tenía antes del embarazo. La princesa de quién sabe dónde aparecía realizando una felación a un helado. Una chica, que al parecer estaba emparentada con la realeza, salía pegándose el lote con el mejor amigo de su novio en la puerta de una discoteca de La Habana. Había fotografías de un futbolista al que habían sorprendido borracho la noche previa a un

importantísimo partido de la liga. «Qué vida más interesante», pensó Beachendon.

Iba a subir a darse su ducha vespertina, cuando un pequeño titular le llamó la atención: «El cuadro, la borrachuca y el tabernero». Beachendon miró la fotografía donde se veía el interior de un bar del barrio de Spitalfields, The Queen's Head, y al orondo tabernero con un pequeño cuadro en la mano. Al lado, una fotografía borrosa de una mujer desgredada de mediana edad subiendo a la parte trasera de un furgón policial. Beachendon observó con detalle el cuadro. Era difícil de distinguir, puesto que la imagen tenía poca definición; se trataría seguramente de una copia barata, de esas que compras con el suplemento en color del periódico. Leyó el artículo. Una señora se presenta en un bar sin dinero y convence al camarero de que acepte un cuadro a modo de garantía hasta que llegue el amigo con el que ha quedado. El camarero, Percy Trenaman, sabe un poco de arte y piensa que «esto es una obra buena de la época barroca» y acepta la proposición de la mujer. Unas cinco horas después, el amigo sigue sin aparecer y la cuenta pendiente empieza a ser importante. Regresa entonces el jefe de Percy Trenaman, Phil, pone al camarero de patitas en la calle y llama a la policía. En estos momentos, tanto el cuadro como la «borrachuca» continúan, por cortesía de Su Majestad, en una celda de la comisaría de Paddington. «Me da igual si esto es un puto Leonardo —declara Phil al periodista—, en este establecimiento la gente paga lo que consume». «Ojalá la vida fuera así de simple —se dijo el conde de Beachendon—. Podría coger algunos lienzos viejos de John Lewis, de Waitrose o de los hermanos Berry. No es mala idea, la verdad». Dejó el periódico en la mesa, se levantó con esfuerzo de la silla y subió al cuarto de baño.

Cuatro noches después de la cena, la vida de Annie regresó a su formato predecible. Los Winkleman apenas pasaban por la oficina y, cuando lo hacían, le pedían que les dejara el pescado al vapor en el calentaplatos. Incapaz de enfrentarse a las representaciones de teatro de aficionados de su madre, y temerosa de que las excursiones a Alcohólicos Anónimos hubieran tocado a su fin, Annie había dormido tres noches seguidas en la cocina del trabajo. Finalmente, al comprender que no podía quedarse allí eternamente, había vuelto a casa. Pero al llegar al final de la calle había decidido retrasar un

poco más el enfrentamiento con Evie y se había parado en un pub donde había pedido un Campari con soda. Era una bebida que le recordaba el verano, las vacaciones, la juventud, estar sentada en una *piazza* italiana o en una playa en España. No era el tipo de bebida que tomarías ni en un cuchitril de Hammersmith ni una tarde de lluvia de abril, pero teniendo en cuenta que aquella semana marcaba el comienzo de su nueva vida, Annie decidió, a modo de celebración, disfrutar de un cóctel poco adecuado a una hora poco habitual. En una bolsa de plástico llevaba un vestido nuevo, el primero que se compraba en más de seis meses, y una radio, un elemento que formaba parte de su campaña para recuperar la voz.

Con la mirada fija en las profundidades rosadas de la copa, Annie pensó en su antiguo local, el Fox and Hounds, en Devon, y en los clientes habituales: Ted, el albañil; Joe, el pastor; Ruby, la de la tienda de ultramarinos; Melanie, la mujer del camarero. La conversación era reconfortante y circular; cuando tenías la total seguridad de que ibas a seguir viendo a aquella gente prácticamente todas las noches de la semana, y seguramente del año, no era necesario encontrarle ni un principio, ni un punto intermedio, ni un fin. Con vacilación, permitió que sus pensamientos se desviaran hacia Desmond y lo visualizó en el Hounds, bebiendo lo de siempre, una jarra de 6X acompañada de un paquete de patatitas de sabor a queso y cebolla. Luego se paseaba por el local saludando a los clientes del mismo modo: «¿Va todo bien, Joe? ¿Va todo bien, Ruby?», hasta cumplir con todo el mundo. Entonces, cogía la cerveza y se sentaba cerca de la barra; Desmond era un hombre previsible y rutinario. Le sorprendió verse capaz de pensar en él con completa desvinculación y con algo nuevo, además: con honestidad y realismo sobre su relación. Veía ahora que durante la mayor parte de su vida adulta había vivido atrapada en el Planeta Desmond, en un mundo gobernado por las reglas, las costumbres y los sentimientos de él. Para la Annie joven, la Annie frágil, aquello había resultado reconfortante, necesario incluso. Pero con los años, había empezado a sentir claustrofobia y agobio. De repente comprendió que, al poner fin a su relación, Desmond le había concedido libertad para vivir una vida distinta, su propia vida, no la de él. Annie meneó la cabeza con perplejidad; en realidad, Desmond le había ayudado a dar un vuelco para mejor.

Sacó del bolso una libreta y un bolígrafo y empezó por fin a abordar sus mensajes telefónicos. Ahora había quince, dos más de Delores sobre el cuadro. Había tres de Jesse y en todos le pedía, de maneras distintas, volver a

quedar con ella. El más sorprendente era el que había dejado Agatha, diciendo que Winkleman Fine Art ofrecía una recompensa por un Watteau desaparecido. Annie supuso que Agatha se había equivocado.

Los mensajes más emocionantes eran de un periodista del *Evening Standard* que quería hacer un reportaje sobre las cenas de Annie y otro de la señora Appledore, que se preguntaba si, al mes siguiente, Annie podría recrear su última cena en su Museo de Artes Decorativas de Nueva York. Annie apuró de un trago su Campari con soda. Estaba pasando; le costaba creerse su buena suerte.

Su teléfono volvió a sonar. Un número privado. Era hora de regresar al mundo real. Respondió con indecisión.

—¿Sí?

—¿Es la señorita Annie McDee? —preguntó una voz.

—Sí.

—Le llamo de la comisaría de policía de Paddington Green. Tenemos aquí a su madre. Otra vez.

Era el mismo policía que había arrestado a Evie la otra ocasión.

—¿Otra vez? —preguntó Annie con agotamiento.

—¿Podría pasar a recogerla, por favor? —El policía también parecía agotado—. Tendrá que venir con el talonario. El propietario del bar pide quedarse con el cuadro a modo de garantía por todos los daños causados.

—¿Qué cuadro? ¿Qué daños? —preguntó Annie, aunque conocía de sobra la respuesta.

—Su madre cambió el cuadro por unas cuantas copas, dijo que esperaba a un amigo que luego lo pagaría todo. El amigo no apareció, claro. Se puso violenta, rompió un espejo y varias copas.

Annie se recostó en el asiento. Había disfrutado del éxito menos de una semana, y ahora esto.

—¿Piensa venir pronto? —preguntó el policía.

—No, no iré. Dígame a mi madre que no se ponga en contacto conmigo. Que ya estoy harta de sus mentiras y sus borracheras.

—¿Y qué pasa con el cuadro, y con los daños? —insistió el policía.

—Eso es un asunto entre el propietario del bar y ella. Por lo que a mí se refiere, no quiero verlos más, ni al uno ni a la otra. Gracias.

Y colgó.

Esperaba sentirse liberada —por fin había cortado con consentírsele todo a

su madre—, pero no experimentó ni sensación de triunfo ni de alivio. Simplemente se sentía increíblemente triste. Evie desperdiciaba su vida y Annie llevaba demasiado tiempo preocupándose por ella.

Cogió las bolsas y dejó la copa vacía en la barra. Sabía que por mucho tiempo y distancia que pusiera entre ella y su madre, jamás lograría escapar de los recuerdos, jamás sería capaz de responder al teléfono sin una sensación de miedo o de mal augurio. Pero tenía una oferta de trabajo en Nueva York. Tal vez una cosa llevaría a la otra y podría empezar una nueva vida en Estados Unidos. La idea era emocionante. No había nada que la retuviera en Londres, con la excepción de un trabajo que no era de su agrado y un piso que no le gustaba especialmente. Enfiló Uxbridge Road haciendo planes. Presentaría la dimisión y aceptaría la oferta de trabajo en Nueva York.

El proceso de destruir las partes incriminatorias de los archivos de Winkleman estaba llevando más tiempo del que Rebecca esperaba. Había comprado dos destructoras de papel de tamaño industrial, pero con más de veinte gigantescos libros de cuentas con tapas de cuero y sesenta y nueve cajas repletas de material, más la necesidad de tener que trabajar discretamente por la noche, fuera del horario de oficina, llevaba ya cuatro noches y solo había conseguido destruir las pruebas de un año, 1946. Memling había realizado incursiones regulares a la mina bávara y, sin antes comprobar y cotejar tres fuentes distintas, Rebecca no podía estar segura de qué obras procedían del alijo de la guerra y cuáles habían sido obtenidas a partir de fuentes legales. La mayoría de los cuadros eran perfectamente legales y tenían registros claros en los que se mencionaba dónde habían sido adquiridos, de manos de quién y para qué fin; la venta estaba asimismo registrada con todo detalle. Memling era muy meticuloso, anotaba hasta el último detalle: las salas de subastas más pequeñas, incluso los nombres de los segundos pujadores, el subastador, las cuentas bancarias implicadas, los detalles sobre los marcos y las cantidades gastadas en restauración y transporte.

En un archivador de la cámara acorazada había encontrado las anotaciones de todos los viajes de Memling. Rebecca se enteró así de que, a lo largo de 1946, su padre había realizado varios viajes a Baviera, tres a Múnich, uno a Viena y cuatro a Buenos Aires. ¿Habría algún testigo de aquellos viajes o alguien que sospechara la razón de tanto desplazamiento? Miró de reojo el

regalo que su padre le había hecho con motivo de su veintiún cumpleaños, el pequeño óleo de Rafael, y luego el que le había dado con motivo del nacimiento de Grace, una exquisita pintura de Klimt valorada en la actualidad en más de doce millones de libras. ¿Las habría comprado o serían también robadas?

Rebecca pensó en las familias que habían intentado desesperadamente recuperar obras de arte; apenas pasaba un día sin que apareciera alguna historia desgarradora en los periódicos. Una familia, los Silverman, antaño alemanes burgueses ricos y poderosos, habían acabado sus días viviendo de la beneficencia en Grimsby. Manny Silverman seguía todavía con vida y contaba noventa y ocho años de edad, estaba aquejado por la artritis y confiaba aún en recuperar aunque fuera solo uno de los cuadros perdidos por su familia. Pero ni siquiera el más humilde Modigliani, el cuadro menos valioso de todos los que habían sido propiedad de Manny Silverman, serviría para poder pagar a sus nietos una minúscula anualidad que los aliviara de las penurias de la vida moderna. Manny había logrado localizar algunas de sus posesiones, dos en galerías alemanas y cuatro en museos rusos, pero ninguno de los dos países se había mostrado dispuesto a devolverle su herencia. La guerra había terminado, pensó Rebecca, pero las batallas continuaban. Para su alivio, no había encontrado ninguna solicitud de devolución de los cuadros que había vendido su padre. Tal vez, se dijo Rebecca, estaría bien utilizar sus millones para ayudar a aquellas personas necesitadas, para limpiar la conciencia.

Fue intentando establecer la procedencia de otra obra, un Tiziano, cuando se le ocurrió la idea. Estaba inscrito en los archivos de la galería en 1962, bajo la descripción de *Hombre con pieles*. No constaba la procedencia y tenía anotadas las reveladoras iniciales, KH. Sin embargo, en un libro posterior, Rebecca había encontrado otro Tiziano, de dimensiones idénticas, composición similar y procedencia clara, titulado *Hombre con armiño*. ¿Se trataría del mismo cuadro con un título distinto? ¿Habría falsificado su padre títulos y orígenes?

Rebecca se echó a reír. ¿Cómo era posible que hubiera sido tan lenta y tan ingenua? Falsificar documentos era un anatema para una historiadora del arte experimentada como ella, pero si lo que pretendía era entrar en el mundo del subterfugio y la ocultación de uno de los fraudes más grandes de la historia del negocio del arte, había llegado la hora de dejar de pensar como una académica y de comportarse como un criminal. Muchos marchantes, propietarios e

incluso museos modificaban con regularidad los historiales de propiedad; ella podía hacer lo mismo con el Watteau e inventar una procedencia completamente ficticia que condujera a la gente lejos de la galería y hacia otra dirección. Si falsificaba documentos y registros de entrada le costaría muy poco idear una procedencia del cuadro que eludiera por completo la Segunda Guerra Mundial; podía ingeniarlo todo de tal modo que pareciera que el cuadro había estado escondido en un castillo escocés o en casa de un magnate norteamericano sin escrúpulos. Ahora que habían solventado el asunto de Trichcombe, que habían destruido su teléfono, su ordenador y sus archivos, ¿a quién se le ocurriría vincular el cuadro con un joven oficial de las SS a través de un bloque de apartamentos de Berlín? Y aun en el caso de que alguien encontrara la pista de frau Goldberg, la anciana ya no tenía en sus manos la fotografía inculpatoria. Entonces se le ocurrió otra idea. La firma era propietaria de varios Watteau, todos ellos adquiridos legalmente. Lo único que necesitaba era sustituir los datos de uno que tuviera aproximadamente el mismo tamaño e iconografía por el cuadro del «Amor».

Esta vez, Rebecca fue directa al mueble bar y abrió una botella de Cristal *vintage*. Por fin tenía algo que celebrar. Regresó con la copa a la cámara acorazada y buscó todos los archivos correspondientes a los demás Watteau propiedad de la familia. Había diecisiete dibujos y, aunque ninguno encajaba, hizo fotos con el teléfono móvil de los datos de la procedencia de todos. Había un óleo de gran tamaño adquirido a principios de año en Sotheby's y que descartó enseguida, puesto que su iconografía, una fiesta musical, estaba demasiado bien documentada. Memling había adquirido otro cuadro en los años setenta, *Soldados en Valenciennes*, una obra pintada por Watteau en su juventud, pero que no se correspondía ni en el tema ni por tamaño. Existía aún otra posibilidad, *El rechazo*, un cuadro adquirido en 1951 y que seguía en los almacenes de la firma.

Rebecca repasó el historial de *El rechazo*. El marqués de Jumblie lo había adquirido en 1869 en una venta que se llevó a cabo en París de la colección del duque de Pennant. Este, a su vez, se lo había comprado a lord Cuddington, que lo había adquirido directamente cuando se vendió la herencia de madame de Pompadour en Versalles. Rebecca cerró la carpeta y, levantando la copa, brindó en memoria de la amante de Luis. Lo único que faltaba ahora era destruir *El rechazo* y cambiar las dos procedencias. Le parecía una barbaridad prender fuego a un cuadro con un valor de entre cinco y ocho millones de

libras pero, por otro lado, era un precio pequeño que pagar con tal de conservar la reputación de la familia.

Pensó entonces en Annie. ¿Sabía todo o había sido una estrambótica coincidencia? ¿Cabía la posibilidad de que Carlo hubiera descubierto el pasado de Memling y hubiera enviado a su cocinera en busca de la prueba incriminatoria? Rebecca descartó enseguida esa teoría. Su esposo estaba muy implicado en actividades fraudulentas. La otra opción era que Annie lo hubiera descubierto todo por sí sola. Cogió la carpeta archivadora correspondiente a Annie y la hojeó. Según un informe encargado a toda prisa pero aparentemente detallado, Annie era simplemente lo que decía ser: la hija adulta de una alcohólica que había sido plantada sin previo aviso por su novio de siempre y que había llegado a Londres con la intención de iniciar una nueva vida. El detective privado había repasado extractos bancarios y llamadas telefónicas de los últimos cinco años y no había encontrado ni pagos raros ni números inexplicables. Era una vida patética, en opinión de Rebecca. Esclavizada por un hombre, rechazada por este, había perdido además el negocio que tenían a medias y se había visto obligada a buscarse la vida como cocinera, condenada a preparar pescado al vapor día sí, día también.

Miró de nuevo las imágenes captadas por las cámaras de seguridad en las que se veía a Annie saliendo de la tienda de objetos de segunda mano y se le ocurrió una cosa. Entró en la base de datos de las cámaras de seguridad de la firma y buscó aleatoriamente un día en que Annie estuviera trabajando en las dependencias. Estudió las grabaciones: Annie delante de la cocina, Annie cortando, picando y fileteando. Rebecca pulsó la tecla para ver la acción a cámara rápida y revivió las jornadas de Annie. Aquella mujer tenía ética profesional, era evidente; solo abandonaba la cocina para ir al baño. No perdía el tiempo buscando en Google ni tonteando en páginas de citas. Rebecca siguió avanzando la filmación de las cámaras de seguridad, sin saber todavía muy bien qué estaba buscando.

Entonces, por casualidad, vio que Annie llegaba al trabajo con algo; el paquete tenía el mismo tamaño que el cuadro desaparecido, unos cuarenta y cinco por sesenta centímetros, y lo llevaba en una bolsa de plástico. Annie dejó la bolsa en un extremo de la encimera de la cocina. Luego, aquel mismo día, Rebecca se vio a sí misma entrar en la cocina e inspeccionar los cajones de Annie. Y pensar que el cuadro estaba justo delante de sus narices. Repasó los días siguientes: la bolsa seguía allí. Vaya ironía, pensó Rebecca.

El jueves, Annie había salido de trabajar cargada con la bolsa de plástico. Todo aquello servía para demostrarle a Rebecca que esa mujer no tenía ni idea de la importancia del objeto que llevaba de un lado a otro. De haber tenido Annie una mínima pista, no lo habría tratado con aquella brusquedad; de haber sido una sabuesa profesional, jamás habría entrado con el cuadro en la guarida del león. Rebecca exhaló un suspiro de alivio: era simplemente una terrible coincidencia.

Rebecca se dio cuenta de que, con solo reordenar la grabación de las cámaras de seguridad, podría hacer perfectamente que pareciera que Annie había robado el cuadro de los almacenes de Winkleman. Sin las pruebas que pudiera aportar Trichcombe ni las fotografías de la anciana alemana, sin las anotaciones en los archivos de la familia, aquella obra pertenecía legalmente a la familia Winkleman y había sido robada de sus cámaras acorazadas. Sería la palabra de Annie contra la de Memling, la de una cocinera contratada con carácter temporal frente a la de un superviviente del Holocausto que había donado muchísimos millones de libras a los museos europeos a lo largo de las últimas décadas.

¿Cuál sería la conclusión de los tribunales? Era fácil adivinarlo. Annie declararía que había adquirido el cuadro en una tienda de objetos de segunda mano. ¿Podría explicar dónde está esa tienda? Quedó reducida a cenizas como consecuencia de un incendio, señorita. ¿En serio? ¿Y no le parece una extraña coincidencia? La verdad es que sí que lo parece, señorita. ¿Dónde está el recibo del cuadro? No lo pedí, el propietario tenía prisa para llegar a la casa de apuestas. ¿Tiene usted costumbre de comprar regalos sin pedir ni siquiera un recibo? ¿Acaso no es usted cocinera a tiempo completo y antigua mujer de negocios como para saber lo importante que es tener recibos y facturas y así poder hacer luego la declaración de impuestos? Sí, señorita. La persona que le vendió el cuadro falleció en el incendio, ¿no es eso? Sí, eso fue lo que me explicó la policía cuando regresé a la tienda al día siguiente. ¿De modo que estuvo usted en la escena del crimen tanto el día anterior como el mismo día del incendio? No, no fue así. ¿Y entonces cómo fue? Fue una coincidencia, señorita, una horrorosa coincidencia. ¿Y cree que también es una horrorosa coincidencia que tengamos la grabación de la cámara de seguridad en la que se la ve dejando un objeto dentro de una bolsa de plástico, cuyas dimensiones encajan perfectamente con las del cuadro desaparecido, sobre la encimera de la cocina? Señorita, la misma cámara mostrará que aquella mañana llegué al

trabajo con ese mismo paquete. Lo tenía en mi casa e iba a llevarlo a la National Gallery para enseñárselo a una restauradora. Señorita McDee, las cámaras de seguridad no la muestran entrando en el edificio con el paquete. Tiene que verse, señorita. No, no se ve nada, las grabaciones de la cámara de seguridad realizadas entre las siete de la mañana y la una del mediodía han sido borradas misteriosamente; la acusación alega que usted robó el cuadro de las cámaras acorazadas de los Winkleman durante su pausa para la comida y que borró todos los rastros digitales antes de que regresara la gente. Pero, señorita, no tengo ni idea de dónde se guardan los datos de las cámaras de seguridad. El acceso a la cámara acorazada está limitado al señor Memling y la señorita Rebecca, nadie más tiene ni las contraseñas ni las llaves.

Según la versión fantasiosa de Rebecca, el juez se giraba entonces hacia el oficial de policía que montaba guardia en la sala y le ordenaba: «Llévesela; son quince años». Aquel día, los periódicos se pondrían las botas. Innumerables reportajes censurando el alcoholismo, incontables artículos sobre el estereotipo de madre e hija estafadoras, tipo Thelma y Louise. Cuantos más reportajes, menos probable era que la verdad viera la luz. Los hechos reales quedarían ocultos detrás de una cortina de humo de artículos sensacionalistas. Rebecca no tenía ningún sentimiento de culpa por enviar a una inocente a la cárcel. Todo aquello no era más que un ejemplo de supervivencia del más fuerte, y se trataba de garantizar el futuro de Grace y del linaje de los Winkleman. Rebecca comprendía al joven Memling Winkleman mejor de lo que nunca habría llegado a imaginarse. Se le ocurrió entonces otra idea: sacar el cuadro a subasta y donar los beneficios a alguna causa judía... Si recaudaba lo bastante, incluso podría crear un museo con el nombre de su madre; al fin y al cabo ella, sí era una judía que había perdido a muchos familiares en el Holocausto. No sería un gesto totalmente cínico, ni mucho menos: el Centro Winkleman para los Supervivientes.

Rebeca miró el reloj que había sobre su escritorio y vio que eran las tres de la madrugada. Necesitaba una noche de sueño decente para mantenerse alerta y despejada. Antes de ir a acostarse, decidió dar una vuelta a la manzana para despejar la cabeza. Al salir a la callejuela detrás de la galería, Rebecca sintió pequeñas punzadas de excitación: las cosas iban a ser diferentes, muy diferentes. Por primera vez en su vida no se sentía asustada, la embargaba un sentimiento de fortaleza y determinación. Caminando por Curzon Street, alzó la vista para mirar un avión que pasaba y comprendió que no iba a caer del

cielo y aplastarla. Un taxi avanzó hacia ella; esta vez el conductor no iba a perder el control y atropellarla. Dejó que sus pensamientos se desviaran hacia Grace: unos días antes Rebecca había pasado la noche en vela preocupada por la relación de su hija con el ruso; ahora pensaba en la vida amorosa de Grace con cierto distanciamiento e incluso con una chispa de diversión.

Mientras caminaba, se sintió imbuida por una oleada de firme resolución. Hasta el momento, todos sus esfuerzos le habían parecido excesivamente indefinidos: su vida se había reducido a criar a su hija y a redactar documentos académicos que merecieran su debido respeto, luego a no ser descubierta. A partir de ahora, consagraría la vida a asegurarse de que Winkleman Fine Art siguieran siendo los marchantes especializados en obras de los grandes maestros más destacados del mundo.

Cuando Rebecca enfiló New Bond Street, vio de refilón su imagen reflejada en el cristal de un escaparate; había llegado la hora de revisar su apariencia. Tanto sus trajes de chaqueta como su peinado se habían quedado en la década anterior y necesitaba hacer una declaración de intenciones, darse a conocer como una mujer con carácter, elegancia y estilo. En una tienda vio un lujoso abrigo de noche confeccionado con terciopelo rojo y bordados dorados y decidió comprarlo. Cambiaría de lápiz de labios y pasaría del rosa claro a un rojo buzón, y le pediría a Grace que la ayudara a elegir un nuevo corte de pelo.

En la esquina de la calle había un expositor con el periódico de la tarde ondeando bajo la fría brisa. El titular le llamó la atención: «El cuadro, la borrachuzo y el tabernero». Se detuvo a echarle un vistazo. Vio una fotografía del cuadro desaparecido. Le entró vértigo. ¿Sería ya demasiado tarde? Cogió el teléfono móvil, anotó la dirección del pub y leyó rápidamente el artículo. Dio media vuelta y echó a correr hacia la oficina. Por mucho que la noticia pudiera ayudar a corroborar el caso contra Annie, había trabajo que hacer tanto en lo referente a manipular la grabación de las cámaras de seguridad como en cuanto a eliminar determinados aspectos de los archivos de la familia. No dormiría hasta haber borrado todas las pruebas y hasta que el cuadro tuviera un historial de propiedad completamente nuevo y totalmente creíble.

## Capítulo 33

He sido redescubierto. Me siento tremendamente satisfecho: después de tantos años en tierra salvaje, resulta delicioso sumergirse en el ronroneo de los elogios y los murmullos de aprobación, sentirse bañado por el resplandor del reconocimiento. Me han limpiado un poco y me han colocado rápidamente un marco que encaja a la perfección con mi edad. El subastador, el conde de No Sé Qué, está utilizando todos los trucos habidos y por haber y todos los ardides de ventas para calentar mi subasta, que tendrá lugar en julio, de aquí a dos meses. Tengo equipos de chicas vestidas con trajes ceñidísimos escoltando a coleccionistas y directores de museos de todo el mundo que andan ansiosos por verme a *moi*. Hay restauradores examinando hasta el último hilo de mi lienzo. Pasan también por aquí agentes de seguros y banqueros, dispuestos a prestar su ayuda a los malhechores forrados de dinero que anhelan hacerse con *moi*.

*Le tout* mundo del arte estará aquí y predicen que alcanzaré un precio récord. Todos conocen *mon histoire...*, mi ilustre sucesión de propietarios, *Les Amants du Monde*. De pronto, gracias a *moi*, la historia se ha puesto de moda. *Apparemment*, incluso los integrantes de clases más inferiores parlamentan sobre creatividad en los centros comerciales y se discute sobre personajes como Voltaire, Luis y Federico como si de estrellas de un culebrón se tratara. Es *de rigueur* dejar caer el nombre de madame de Pompadour en cualquier conversación.

Septimus Ward-Thomas resolvió el acertijo de la cara cuando se dio cuenta de que alguien había pintado sobre el rostro de Charlotte. No puedes ni imaginarte el jaleo que se montó y los rifirrafes que hubo en torno a la decisión de si restaurarme o no. Incluso vinieron psiquiatras y filósofos para debatir el efecto sobre el estado mental de Watteau. Me entraron ganas de gritar y chillar; el pintor lleva casi trescientos años muerto.

Rebecca decidió publicar los detalles de mi escabrosa historia. Memling, en su versión, aparece representado como un pobre chico judío que, a diferencia del resto de su familia, logró escapar por los pelos de morir en un campo de concentración. Consiguió conservar la posesión más preciada de su madre, un Watteau, y permaneció escondido en una remota granja durante toda la guerra, hasta que en 1946 fue rescatado por los aliados, que lo encontraron abrazado a *moi*, como si yo fuera lo único que le daba seguridad. Todo el mundo coincidió en que era una historia demasiado buena como para ser inventada. Excepto, claro está, que es inventada.

En estos momentos están peleándose por lo de los derechos para rodar una película.

Un tipo peludo está preparando un documental para la BBC.

El conde le ha encargado la redacción de mi biografía —ya era hora— a un escritor de moda, un holgazán que, según se ve, es bastante bueno con las palabras y el melodrama. Habrá muchos errores, por supuesto, pero de todos modos resulta gratificante. En estos momentos estoy expuesto en una mansión de Houghton Street. Tengo más visitantes que un monarca muerto. Hay colas. *Franchement*.

El mes que viene salgo de gira, como un general en campaña o una estrella de rock, dicen. Tendré mi propio avión, mis cuidadores y mis vigilantes privados. Visitaré América (ambas costas), los continentes, Moscú, San Petersburgo, Tokio y Pekín. Ya nadie se toma la molestia de pensar en Europa, está acabada. Nunca se me pasó por la cabeza que Japón y China fueran a recibir arte occidental. Pero uno no siempre acierta. En su día, tenía a los rusos por unos bárbaros. Y, pensándolo bien, creo que sigo opinando lo mismo.

El catálogo de la venta será grueso como la grupa de un caballo, repleto de ensayos eruditos, detalles y fotografías. Habrá una edición numerada de cien ejemplares de tapa dura para coleccionistas.

La Tate, la National Gallery, el Teatro Nacional y otras instituciones, en un excepcional intento de armonía cultural, están organizando conjuntamente un *hommage a La improbabilidad del amor*: veinte pintores contemporáneos, dramaturgos, cantantes y otros artistas de fama internacional están creando piezas inspiradas en *moi*. Las obras saldrán a subasta la noche de mi gran venta y los beneficios se destinarán también al Centro Winkleman para los Supervivientes. No hace falta que diga que la señorita Winkleman se lleva una

comisión de todo el asunto: un sesenta por ciento para cubrir pérdidas y daños (sea lo que sea lo que esto signifique).

Pero en mi paisaje hay una terrible mácula: mi pobre Annie, que se enfrenta a la perspectiva de pasar el resto de su vida en la cárcel con una condena por robo, incendio provocado y el asesinato del encargado de la tienda, Ralph Bernoff. Las «pruebas», proporcionadas amablemente por la señorita Winkleman, son al parecer irrefutables y entre ellas destaca una filmación en la que Annie aparece en las proximidades de la tienda y también otra donde se ve a la chica con el cuadro, así como las declaraciones de distintos testigos, afidávits o como quieras llamarlos. Por lo visto, consiguió involucrarse en la vida de los Winkleman, se hizo con llaves y contraseñas y robó el cuadro entrando en la cámara acorazada. De no haber conocido bien la historia, me habría dejado de lo más convencido. La madre, que nunca se perdía una oportunidad de representación dramática, intentó apuñalarse delante de mí a modo de protesta. Haciéndose pasar por una visitante normal y corriente, sacó un cuchillo del pan y empezó a clavárselo por todo el cuerpo, gritando: «¡Es inocente! ¡Es inocente!». Al conde le encantó, por supuesto, más publicidad, más notoriedad. Le oí comentar a uno de sus asistentes que el incidente había aumentado mi valor en ochocientas mil libras.

Lo que es triste es que absolutamente nadie ha dado un paso al frente por defender a la chica. Un examante sinvergüenza vendió al periódico una historia sobre los años de terror que había pasado con Annie; al parecer, ella había intentado robarle el negocio y él había tenido que luchar muy duro para conservarlo. La prensa encontró amigos de los distintos colegios donde había estudiado Annie que reconocieron que la niña y su madre eran «graciosas». La niña siempre estaba sola, la madre jamás acudía a recogerla. La prensa descubrió que Annie y Evie se cambiaban de ciudad cada pocos meses, lo que desencadenó otra orgía de comentarios sobre los problemas de ser madre soltera. Si sale una nueva enfermedad o un nuevo problema social, la señorita McDee se convierte de inmediato en el ejemplo perfecto. La chica no tiene ni la más mínima posibilidad de salir adelante. El joven, la madre y yo somos los únicos que seguimos convencidos de su inocencia, pero ¿acaso pueden lo inanimado y los carentes de relaciones triunfar por encima de oponentes enérgicos y poderosos?

Cuando llevas en este mundo tanto tiempo como llevo yo, acabas familiarizándote con la desequilibrada balanza de la justicia. Pienso

concretamente en la corta y trágica vida de mi maestro; en la presencia perpetua de mala salud, en el espectro de la muerte cernido siempre sobre él y arrastrándolo lejos del mundo mortal con solo treinta y seis años de edad.

Desde la patética y dolorosa desaparición de mi maestro, no me he permitido ni un *souçon* de sentimentalismo hacia ninguno de mis propietarios. Pero esta joven, Annie, tiene algo, su vulnerabilidad, su pasión, la esencia de su carácter a la vez frágil y fuerte, que se ha filtrado en el entramado de mi lienzo.

Al menos, aunque fuera por poco tiempo, llegó a formar parte de una larga retahíla de extraordinarios dueños y coleccionistas, parte de una ilustre camarilla de grandes líderes, creadores de tendencias e intelectuales. Me tuvo en sus manos. Observó mis profundidades. Y todo eso cuenta para algo.

## Capítulo 34

Jesse se sumó a la larga y ordenada cola de amigos y familiares que esperaban en el exterior de la cárcel de Holloway. Llevaba tres semanas intentando visitar a Annie y esta vez esperaba poder verla. Hasta la fecha, se había negado a recibir visitas y estaba bajo vigilancia las veinticuatro horas del día por temor a que cometiera un intento de suicidio.

Mientras todo el mundo estaba convencido de la culpabilidad de Annie, Jesse sabía que era inocente, que ni siquiera el mentiroso más experimentado habría sido capaz de urdir tal nivel de engaño. Aparte de Evie, nadie más compartía su opinión. Había acudido a la policía, había solicitado el affidavit y el testimonio de Agatha, de la National Gallery, e incluso de los vendedores de los puestos a los que Annie acudía con regularidad a hacer la compra. Pero las pruebas contra Annie eran abrumadoras.

El dolor y las protestas de Evie habían sumado teatralidad a la situación, más que contenido. Jesse le había intentado explicar que lo que necesitaba Annie era crear un retrato de vida familiar conflictiva, no de exagerada histeria. El espectáculo de Evie intentando suicidarse delante del cuadro, arrojándose al paso de un caballo de carreras en Windsor o atándose a una reja al lado de Downing Street no era más que publicidad negativa. Durante un tiempo, la prensa le había concedido espacio y atención. Era una fuente inagotable de sorpresas. Cuando Evie enseñó a los periodistas el apartamento destrozado de Annie, la mayoría dio por sentado que lo había arrasado en plena borrachera. Pero la prensa acabó cansándose de las declaraciones de Evie y muy pocos se tomaron siquiera la molestia de enviar tuits comentando las excentricidades de la madre.

Después de una hora de espera, delante de Jesse había solo dos familias: una mujer y sus tres niños y una pareja mayor y elegantemente vestida.

—¿Por qué hemos tenido que venir otra vez? —gimoteaba una niña.

La mujer miró con tristeza a Jesse.

—¿Puedo darles un caramelo? —preguntó la anciana, y rápidamente abrió el bolso y sacó un paquete de caramelillos de menta.

La madre se encogió de hombros, como si hiciera ya tiempo que no le importaba nada.

—¿De dónde sois? —preguntó el niño, abriendo el caramelo y tirando el envoltorio al suelo.

—De Jamaica —respondió la señora.

—Mi papá, mi papá de verdad, es jamaicano —dijo el niño, muy orgulloso.

—¿Y lo ves?

—Qué va, la abandonó. —El niño señaló con un gesto de cabeza a su madre—. Y no lo culpo por haberlo hecho.

—Tienes visita, McDee. —La celadora abrió la puerta metálica y miró a Annie, que estaba tumbada de lado en la cama—. El mismo hombre, un tal Jesse, que viene todos los días desde hace tres semanas.

Annie no se movió.

—Dale una oportunidad al chico —dijo más amablemente la celadora—. Algún día tendrás que levantarte.

Annie se incorporó. Tenía las extremidades rígidas de no utilizarlas. Se retiró el cabello grasoso detrás de las orejas. «Si Jesse me ve así —pensó—, lo espantaré de una vez por todas».

No había conseguido dormir bien desde su llegada al centro penitenciario de Holloway. Y no era solo por los constantes golpes en las puertas, ni por los gritos, ni por las incesantes peleas de las demás reclusas, sino también por su pesadilla recurrente. Empieza con Annie en su casa, profundamente dormida; de pronto, alguien aporrea la puerta y grita:

—¡Abra! ¡Policía! ¡Abra!

Abre la puerta y se encuentra frente a un hombre y una mujer uniformados de azul.

—¿La señorita Anne Tabitha McDee? —pregunta el hombre.

Annie asiente. Está confusa, adormilada.

—Queda usted detenida acusada de cometer crímenes de robo, incendio provocado y asesinato en primer grado. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra.

En el sueño, Annie se echa a reír. Se ha producido algún tipo de error, protesta, se han equivocado de persona. Los policías niegan con la cabeza.

—Tiene que venir con nosotros ahora mismo.

La policía vigila a Annie mientras hace un pipí y se viste.

Encierran a Annie en una estrecha celda y, luego, en una sala sin ventanas de la cárcel de Holloway. Mientras espera, flotan por delante de ella imágenes de su vida, buenas y malas, como si estuviera viéndolas a través de un caleidoscopio, pero, cuando intenta recordar cualquier cosa con cierto detalle, la imagen se evapora al instante. De vez en cuando, los rostros de Rebecca o de Memling se asoman en sus sueños; ríen a carcajadas y están tan cerca que todo lo que puede ver es el fondo de sus negras gargantas.

Un guardia la empuja hacia el asiento trasero de un furgón con minúsculas ventanillas tintadas, tan altas que resulta imposible ver el exterior. El vehículo se pone en marcha a gran velocidad y serpentea a trompicones entre el tráfico. Annie se sujeta al asiento para no caer. Mira el suelo y ve que está lleno de vómito; es de ella. En medio de aquella sustancia amarilla y pegajosa, ve los restos del banquete de Delores. Codornices diminutas, grumos de paté, huevos y doce pollos sin plumas disfrazados de arlequín que pululan por el suelo, a sus pies. Intenta salir volando por la ventana hacia un cielo de verano de color azul intenso, pero las hojas de los árboles son cuchillos y la obligan a retroceder. Los sonidos resultan ensordecedores: un niño que llora, el implacable bum-bum de la música electrónica desde el interior de un coche, el graznido de las bocinas y los chirridos de los frenos.

Al final, el furgón desciende por una rampa. Annie se ve proyectada hacia delante. Baja temblorosa la interminable rampa y accede a otra habitación sofocante. Hay hombres vestidos con chalecos de color naranja y con cara de pocos amigos.

—Tú eres esa mujer, la asesina amante del arte —cantan, siguiendo una melodía de Gilbert y Sullivan.

—Soy inocente, inocente —replica ella, cantando también.

—Eso cuéntaselo al juez y al jurado. Eso cuéntaselo al juez y al jurado.

—No soy culpable, no soy culpable.

Los hombres entonan:

—Un crimen es un crimen y es un crimen. No eres mejor que ninguno de nosotros.

—Yo no soy de aquí —canta Annie a la oscuridad.

La conducen ante un tribunal integrado por un muro de personas conocidas. Sus profesores del colegio, las niñas malas del recreo, Robert, el alemán «de una sola noche», los Winkleman y su madre.

Y todos juntos cantan:

—Culpable, culpable, culpable.

Horrorizada, descubre que la acusación está liderada por Desmond, que sujeta un bebé en el hueco del brazo.

—¿Qué alega usted en su defensa? —pregunta el juez.

—Culpable, culpable, culpable —entona el coro con fuerza.

Annie mira al juez, esperando que se muestre clemente con ella, y descubre que está mirando a los ojos al pesaroso payaso del cuadro.

—Acaben con ella —grita el juez.

El final siempre es el mismo.

Jesse tardó varios segundos en asimilar que la mujer que se aproximaba era Annie. Tenía la mirada apagada, las extremidades arqueadas en forma cóncava, el pelo húmedo por la grasa, el aspecto apático. Había adelgazado; y lo peor de todo, su fuerza vital se había esfumado.

—¿Has venido para regodearte?

Jesse se echó hacia atrás.

—No, por supuesto que no.

—Los únicos que quieren visitarme son los periodistas.

—Sabes de sobra que no soy ningún periodista.

Annie se sentó detrás de una mesa de formica, de cara a Jesse. A su alrededor había familias y parejas, pero Jesse solo veía a Annie. Se recogió el pelo pringoso detrás de las orejas y le habló con un tono de voz tan débil y apagado que Jesse tuvo que inclinarse hacia ella para comprender qué decía.

—No entiendo nada de lo que está pasando, de verdad, Jesse. Ni siquiera mi abogado se toma la molestia de escuchar mis explicaciones. Solamente habla de sentencia acordada de conformidad y de circunstancias atenuantes, de negociar para reducir la pena por buena conducta. Pretende incluso que declare culpable a Evie, que diga que yo no fui más que su cómplice y que ella ha utilizado su alcoholismo a modo de tapadera —dijo, tirándose de los trocitos de piel que rodeaban sus uñas mordidas.

—Sé que no eres culpable —dijo con firmeza Jesse.

Annie se quedó mirándolo.

—Ya ni siquiera yo misma estoy segura de nada. Pusieron la grabación de las cámaras de seguridad en las noticias... Se me veía rara, como si actuara a escondidas.

—No eres culpable, Annie. Tienes que seguir recordándotelo.

—Para convencer a los demás necesitaría un milagro.

Jesse extendió el brazo por encima de la mesa con la intención de cogerle la mano. Annie se apartó.

—El único modo de superar esto es enclaustrándose, no pensar en nada, ni bueno ni malo. No tener ni recuerdos ni sueños. Pasamos veintitrés horas al día encerradas. Tengo suerte de tener tres compañeras de celda que son realmente problemáticas. Estar con ellas me ayuda a dejar de pensar en mi situación.

Jesse movió afirmativamente la cabeza. Tuvo que obligarse a permanecer quieto y no rodear la mesa para cogerla entre sus brazos. Ahora incluso la quería más.

—Tienes que ayudarme para que yo pueda ayudarte, Annie —dijo—. Por favor, repasémoslo todo para ver si encontramos algún detalle, por minúsculo que sea, que pudiera ayudarte a solventar el caso. Empecemos por el día que compraste el cuadro. ¿Sacaste dinero con la intención expresa de comprarlo? ¿Le contaste a alguien que lo habías comprado? ¿Se lo enseñaste a alguien? Lo primero que tenemos que hacer es dejar claro que lo adquiriste en esa tienda.

—Lo metí en una bolsa de plástico en la cesta de la bici y fui al mercado. Y siguió allí metido hasta que llegué a casa.

—¿Les comentaste algo sobre el cuadro a los vendedores de los puestos?

—No, lo único que tenía en la cabeza era la cena que iba a preparar.

—¿Y al llegar a casa? ¿Te cruzaste con alguien por la escalera?

—No... Me dieron plantón. A la mañana siguiente apareció mi madre para instalarse en casa. Tú fuiste la siguiente persona que vio el cuadro, en la Wallace, y luego Agatha, en la National Gallery.

—¿Se lo enseñaste a Delores?

—Eso lo han utilizado como prueba contra mí... Por lo visto, mi intención era venderlo a espaldas de los Winkleman.

—¿Y ese hombre? ¿Trichcombe Abufel?

—Vio tu dibujo; pero no vio el cuadro en ningún momento.

—Me dijiste que te dejó un mensaje.

—El día después de la cena de Delores. Quería verme con urgencia; no sé qué decía sobre Berlín y una atribución.

—¿Le devolviste la llamada?

Annie negó con la cabeza.

—¿Te has enterado de que ha muerto?

Jesse asintió.

—Larissa, una compañera de trabajo amiga mía, me contó que en su testamento había legado todos los documentos de sus investigaciones al Courtauld, pero, cuando alguien fue a recoger sus archivos, no había nada. El disco duro de su ordenador había sido borrado.

Por primera vez, Annie levantó la mirada.

—¿Qué estás sugiriendo?

—He pedido su certificado de defunción... A la policía le costó localizarlo.

—Eso no demuestra gran cosa —dijo Annie.

—Cuando por fin recibí la copia, tenía fecha de la semana pasada..., cuando murió hace un mes.

—¿Y crees que eso podría ser relevante?

—No estoy seguro, Annie... Las clases dirigentes siempre cierran filas. Los museos, la policía, la prensa, las autoridades, todos están unidos mediante un vínculo invisible. Alguien se inventó una historia y todo el mundo se la compró. Verificar su validez estaba fuera de lugar, era caso cerrado ya de entrada.

—¿De modo que estoy acabada? —dijo Annie, dejando caer la cabeza hacia el pecho.

Jesse se inclinó por encima de la mesa y le cogió las manos. Ella intentó retirarlas, pero Jesse las retuvo.

—Mientras quede aliento en mi cuerpo, tendrás esperanzas. No pienso permitir que te encierren, Annie, te lo prometo.

Muchas horas más tarde, Annie, tumbada en su camastro, pensaba en Jesse. Lo había infravalorado, siempre le había parecido encantador, atractivo incluso, pero inacabado; en cierto sentido, una persona en proceso de formarse. Su timidez le resultaba molesta y había dado por hecho que con ello escondía una debilidad de carácter innata. Si meses antes se hubiera dado cuenta de que todo aquello no era más que una máscara y hubiera visto a la persona real que

se ocultaba detrás, seguramente le habría dado una oportunidad al amor. Pero, al cabo de un rato, descartó sus reflexiones por considerarlas meras fantasías; el encarcelamiento le distorsionaba el buen juicio y el agotamiento enturbiaba su capacidad para evaluar debidamente las situaciones. Hacía apenas unas semanas, se obligó a recordarse, su plan era marcharse a trabajar a Estados Unidos. Pero ahora, con antecedentes penales, ni siquiera podría conseguir un visado para visitar aquel país como turista y, además, cuando por fin saliera de la cárcel —si es que algún día salía—, Jesse estaría con otra.

Con la desesperación creciendo a oleadas en su interior, Annie recurrió a su vía de escape a prueba de fallos y planificó un banquete para celebrar su liberación. Pero esta vez le resultó imposible reunir los ingredientes necesarios, y mucho menos pensar en combinaciones interesantes de platos o de asistentes. Se decidió entonces por sus adorados paseos primaverales por Dartmoor. Las colinas seguían abrasadas por los vientos invernales y la falta de sol y solo algunos helechos osaban asomar los dedos por encima de la tierra, dispuestos a desplegar sus frondas. Los bordes de los senderos estaban cubiertos con primulas, dientes de león y con los primeros brotes de perifollo silvestre. Esparcidas por los páramos había minúsculas violetas, pecas moradas sobre la tierra parda. Paseando entre los setos, veía por el suelo florecillas de apio caballar, de pamplinas y de collejas, así como los últimos vestigios de endrinos en flor. En el camastro, siguiendo el ritmo de sus pasos imaginarios, Annie cayó por primera vez en la cuenta de que recordaba Devon sin la habitual punzada de dolor y de que simplemente se alegraba de haber conocido y haber amado tantísimo aquel lugar.

Rememoró aquel acto casual de generosidad: comprar un regalo para un amante asolado por la pérdida de su esposa. Toda la vida había intentado ser buena y justa. Había rescatado a su madre de un amplio abanico de situaciones curiosas, algunas peligrosas, otras puramente humillantes. Había amado a un hombre que se había cansado de ella. Había abandonado la idea de tener hijos con tal de satisfacerlo, y luego él había tenido un bebé con otra. Había trabajado duro y con seriedad en todos sus empleos y jamás había robado ni un clip. Y, a pesar de todo esto, estaba pillada en una trampa sin posibilidad de escapar.

Annie rompió a llorar.

—¿Quieres dejar de hacer ese puto ruido? —refunfuñó una de sus compañeras de celda.

—Perdón —musitó Annie, presionando la cara contra la dura almohada de espuma.

A pesar de que la funda estaba limpia, olía a aliento, flemas y pelo sucio, a los efluvios de la vida carcelaria.

Solo Jesse la creía, pero ¿cómo podía una sola persona navegar contra la corriente de la opinión pública? La visita que había hecho a Larissa, que era amiga de Trichcombe, no había aportado ningún resultado. El editor de *Apollo* no había llegado a comer con el historiador del arte; la comida estaba programada para el día después de que el pobre sufriera el infarto. Los Winkleman habían salido con un catálogo y una factura fechada en 1929 que demostraba que el cuadro era de ellos. Ninguno de los vendedores de los puestos del mercado recordaba haber visto a Annie la mañana de la compra del cuadro, pero la mujer policía, en cambio, la recordaba perfectamente en la escena del incendio y que le había preguntado acerca del hombre de la tienda y el alcance de los daños. Al parecer, ser inocente no contaba para nada.

Annie se acordó de las ganas que tenía de que llegara el verano, los días más largos, los paseos por la orilla del río, los picnics en el parque. Pero, sobre todo, pensaba en aquella nueva vida que acababa de empezar y que se había roto en mil pedazos. Aun en el caso de que saliera en libertad, sabía que su confianza en sí misma había sufrido un duro golpe. Había intentado entrar en un mundo nuevo y había fracasado. Levantó la vista y vio un avión pasar por encima del ventanuco con rejas. Ver cosas normales le parecía ahora algo magistral. ¿Qué otros placeres diarios acabaría perdiéndose?

De aquí a dos días, su pequeño cuadro saldría a subasta. No le servía de consuelo saber que, a pesar de que el lienzo había sido admirado por muchos centenares de ojos, ella había sido la única capaz de reconocer su calidad. Se había quedado maravillada al leer los detalles acerca de la procedencia del cuadro y, en otras circunstancias, tal vez hubiera disfrutado viendo las fotografías en las que aparecía rodeado de vigilantes armados y recibiendo los elogios de los todopoderosos. Pero, por ahora, era un talismán funesto que no le había aportado más que mala suerte. Le daba igual que su valor fuese de decenas o centenares de millones de libras, o que, por el hecho de haber sido su propietaria por un tiempo, su nombre quedara ligado a algunos de los personajes más destacados de la historia. Annie, que no quería tener nada que ver ni con el cuadro ni con su mancillada historia, había renunciado a sus derechos de propiedad sobre la obra. Cuanto más lejos del cuadro, mejor.

Su estado de ánimo fue decayendo a medida que aquel manto de autocompasión empezó a cernirse sobre ella. Tal vez haría bien siguiendo el consejo del abogado, declarándose culpable y convirtiéndose en la protagonista del autorretrato de una mujer desesperada y engañada. Pero entonces, de pronto, como salida de la nada, oyó la voz de Evie que le decía: «Te desafío a que encuentres la forma de salir de esto. Te desafío». Annie se sentó y buscó con la mirada a su madre. No estaba allí, pero sus palabras rebotaban en las paredes de la celda. Evie tenía razón. Annie no podía darse por vencida tan fácilmente. Tenía que encontrar la salida de aquel campo de minas repleto de mentiras, pensar en todas las posibilidades por minúsculas que fueran, en cualquier irregularidad. Empezaría por el final. ¿Por qué estaría tan obcecada Rebecca en cargarle a ella aquel crimen? No podía ser por dinero —los Winkleman estaban forrados—, y no tenían ninguna necesidad de correr el riesgo de verse acusados por malversación o falsedad. Annie sabía que aquella animadversión no era de carácter personal; para Rebecca, ella era una don nadie, un simple medio para alcanzar un fin.

¿Qué escondía aquel pequeño cuadro? ¿Por qué Rebecca no se había limitado a reclamarlo como propiedad legítima de ella o de su padre? ¿Por qué llegar a extremos tan ridículos? ¿Por qué acusar a una chica que sabía a ciencia cierta que era inocente? Rebecca era una pensadora inteligente y estratégica, debía tener buenos motivos para poner en marcha aquella cadena de acontecimientos. La respuesta tenía que estar en el cuadro.

Annie se sentó en la cama y empezó a recordar todo lo que había ido aprendiendo a lo largo de los últimos meses. Ahora sabía que cada cuadro tenía una huella única, que empezaba con el artista y sus intenciones, y seguía con su talento, las elecciones que hubiera tomado a lo largo de la vida y su suerte. La diferencia entre una obra de arte buena y otra mala se reducía a una serie casi imperceptible de factores prácticamente inidentificables: el brío de una pincelada, la yuxtaposición de colores, los conflictos de la composición y un par de trazos casuales. Como el canto rodado que va acumulando musgo, los cuadros iban acumulando historia, comentarios y reconocimiento, y todo ello aumentaba su valor. En su relativamente corta vida, el pequeño cuadro de Annie, con sus cuarenta y cinco por sesenta centímetros, había acaparado tanta admiración e historia que había acabado envuelto en un halo de deseo acumulado que había disparado su valor hasta alcanzar alturas que resultaban mareantes. A lo largo de esa historia había pistas que explicaban por qué

Annie se encontraba en aquel momento en la cárcel. Y solo solucionando aquel acertijo recuperaría la libertad.

Algo había sucedido que había aterrorizado a Rebecca, algo que la había llevado a inventarse una secuencia de acontecimientos definitivos y brutales. Rebecca necesitaba echarle el cierre a alguna cosa a cualquier precio; estaba decidida a evitar fisuras y ambigüedades, aunque ello implicara el sacrificio de una persona completamente inocente. El ingenuo acto de comprar el cuadro había colocado a Annie en el punto central del espantoso secreto que Rebecca y su padre mantenían oculto.

Jesse tenía razón: Annie tenía que recordar hasta la más mínima conversación, examinar cualquier indicio, rememorar cualquier situación para intentar de este modo desenterrar pistas. Pensó de nuevo en el mensaje de Trichcombe, había mencionado algo sobre la procedencia y sobre Berlín. ¿Qué tendría aquello que ver con todo lo demás?

Notó que la burbuja de frustración aumentaba de tamaño en su interior. ¿Cómo conseguiría demostrar su inocencia si seguía encerrada en la cárcel? No tenía acceso ni a libros ni a internet, no tenía ni la más mínima oportunidad de volver sobre sus pasos. ¿Formaría aquello parte del plan de Rebecca? Se estremeció de miedo. Rebecca no podía descubrir que tenía un cómplice en el exterior. Annie tenía que hacerle llegar rápidamente un mensaje a Jesse para ponerle sobre aviso.

Jesse no se consideraba ni especialmente valiente ni un hombre de grandes principios. Había vivido siempre la vida a su manera, eludiendo responsabilidades y convencionalismos con tal de poder consagrarse a su pasión por la pintura. En algunos aspectos, tenía poco en su haber a pesar de contar ya treinta y dos años de edad: ninguna relación sentimental importante, ni hijos, ni grandes exposiciones de su obra. Jesse era consciente de que su falta de empuje y de mentalidad materialista frustraba tanto a su familia como a la mayoría de sus amigos; su concepto del éxito no cuadraba con el de ellos. No quería estar atado ni a una hipoteca ni a un contrato de trabajo; no le interesaban las posesiones y jamás lograría entender la cruzada implacable de sus hermanos para mejorar sus pertenencias: un televisor mejor, una novia mejor, un coche mejor. El trabajo de Jesse en la Wallace, junto con la venta ocasional de algún cuadro le bastaban para cubrir los gastos de subsistencia.

Sus posesiones cabían en un par de bolsas y consistían en dos trajes, diez camisetas, cuatro pantalones, una tetera, dos sartenes, una radio, pinceles, pinturas y un caballete. No necesitaba ni deseaba nada más. Aquella forma de vida austera le encajaba a la perfección... hasta que conoció a Annie McDee.

Pensó en el supuesto suicidio de su padre y se preguntó si estaría mezclando la situación de Annie con el dolor no resuelto que le había provocado la muerte de su padre. Tal vez el pasado contribuyera a su sentido de la justicia, a su repugnancia hacia el modus operandi de determinados aspectos del mundo del arte. Sabía que sus sentimientos hacia Annie eran auténticos. Deseaba protegerla y amarla. Por primera vez en su vida, le encontraba sentido al dinero. Comprendía que la riqueza no garantizaba la felicidad, aunque sí ofrecía cierta seguridad y oportunidades. Antes de que Annie fuera arrestada, Jesse soñaba con montarle una cocina profesional; desde el arresto, anhelaba contratar a un abogado de primera que llevara su caso. Pero lo único que podía ofrecerle Jesse ahora era hasta el último segundo de su tiempo y la convicción absoluta de que ella era inocente.

Convencido de que Trichcombe Abufel se había tropezado con información relacionada con el cuadro, e incapaz de pensar en ninguna otra pista, Jesse encontró en el listín telefónico la dirección del fallecido historiador y convenció al conserje del edificio de que era socio de Trichcombe y necesitaba recoger un libro. Había llegado a las ocho de la mañana y había encontrado al hombre, chato y coloradote, en pijama. El conserje se mostraba sorprendentemente simpático y parlanchín para estar recién salido de la cama y haber sido despertado, además, con insistentes timbrazos. Por lo visto, no había tenido aún oportunidad de hablar sobre la muerte del historiador del arte. Sí, era una lástima que el anciano hubiera fallecido después de una vida penosa y carente de amigos, familia y diversión; lo único que había hecho el pobre había sido trabajar, trabajar y trabajar. Su parentela de Gales nunca iba a visitarlo y, justo la noche anterior, un sobrino le había dicho al conserje que lo pusiera todo en venta, sin escrúpulos. Que no quería ningún recuerdo. Ni siquiera la ropa ni ninguna de aquellas elegantes corbatas.

Jesse lo había escuchado con paciencia, confiando en que el conserje acabara dejándolo a solas para revolver a sus anchas. El apartamento estaba en el último piso; el conserje debía de tener más de sesenta años y tenía la respiración trabajosa. Jesse cruzó los dedos dentro del bolsillo. Media hora más tarde, entraba en el piso del fallecido. Parecía como si su inquilino

acabara de salir: en la mesa había una taza de té sin terminar, junto a una silla vio un libro abierto, la cama estaba deshecha y un par de zapatillas aguardaban expectantes a su propietario. Jesse cogió el libro. Era una monografía de Watteau escrita por Trichcombe y estaba abierta en una sección dedicada al historial de propiedad. Jesse hojeó el libro, esperando que saltara algún papel o hubiera notas explicativas. En la mesita de noche había un libro de ensayos de Montaigne y una biografía de Catalina la Grande. Jesse los hojeó también por si acaso Trichcombe había dejado alguna pista que pudiera orientarlo hacia la verdad.

En la pared opuesta había ocho estanterías abarrotadas de libros, monografías interminables de pintores, en su mayoría del barroco y el rococó. Era una colección tan extensa como la de la Biblioteca Wallace y mejor asimilada, con toda seguridad. Jesse se preguntó si debería alertar a sus colegas de que todo aquello iba a venderse al día siguiente, por prácticamente nada, en la casa de subastas de Lots Road. Pensó en el frenético mensaje que le había dejado Annie aquella misma mañana: nadie debía relacionar a Jesse con Annie, y mucho menos a Jesse con el cuadro. Saber que estaba preocupada por él le había hecho feliz.

Jesse cogió todos los libros sobre Watteau con la esperanza de encontrar pistas sobre el cuadro de Annie. Pero Trichcombe era un académico cuidadoso y de ahí que no realizara ninguna anotación en sus libros. De vez en cuando, había un papelito con un número y una letra escritos en pulido lápiz pero, en el caso de tratarse de referencias, ¿dónde estarían archivadas las correspondientes notas? Jesse se acercó entonces a un armario archivador que había en un rincón y que tenía tres etiquetas en el frontal. En el cajón superior ponía «Personal», en el intermedio «Libros acabados» y en el de abajo «Libros pendientes». Los tres cajones estaban vacíos. Jesse no le veía sentido a que aquel hombre hubiera eliminado todas sus notas, profesionales y personales, hubiera borrado el disco duro de su ordenador y luego fallecido de un infarto acostado en su cama y completamente vestido.

Jesse se acercó a la ventana que daba al jardín comunitario. Abajo, un grupo de mujeres seguía una clase de gimnasia bajo las instrucciones de un musculoso entrenador vestido con una camiseta de tirantes de tela de rejilla. Al fondo, dos canguros charlaban mientras los niños que cuidaban jugaban en el arenero. A la derecha del fregadero había una pequeña pizarra donde Trichcombe había hecho algunas anotaciones. En la primera se leía,

«Manuscrito a Mold», la segunda decía «Comida *Apollo*; detergente Fairy; nota de agradecimiento para Larissa». Jesse hizo una fotografía de la pizarra con el teléfono móvil. Cogió el libro de Watteau que había encontrado abierto, salió del piso y bajó por la escalera.

El conserje estaba esperándolo.

—¡Ya lo tengo! —anunció Jesse, enseñándole el libro.

—Estupendo —dijo el conserje, mirando a Jesse—. Vino una señora y me dijo que la avisara si venía alguien al piso. Fue de lo más insistente.

Jesse no vaciló.

—¿Alta, delgada, rubia con pelo corto, rondando los cincuenta? —preguntó, ofreciéndole una descripción de Rebecca Winkleman.

—Exactamente.

—Mi jefa. Estará encantada cuando sepa que he encontrado el libro.

—¿Así que no es necesario que la llame? —preguntó el conserje.

—Oh, no... Voy directo a la oficina.

Jesse intentó que su voz sonara despreocupada. Saludó al conserje, salió del edificio y, en cuanto dobló la esquina, echó a correr a la máxima velocidad que le permitieron las piernas.

Rebecca y Memling paseaban alrededor de la fuente italiana de los jardines de Kensington.

—¿Estás contenta por cómo están saliendo las cosas? —preguntó Memling, su voz tensa y cautelosa.

—No había previsto que el circo de los medios de comunicación pudiera llegar a tales extremos —reconoció Rebecca.

No necesitaba decirle a su padre que el interés de la prensa, que no mostraba signos de amainar, la estaba poniendo nerviosa. Había imaginado una pequeña rueda de prensa a la que asistirían periodistas conocidos especializados en arte que escucharían con respeto la historia de Memling. Al día siguiente, Rebecca pensaba que los periódicos generalistas publicarían un par de párrafos y, en el peor de los casos, que habría una pequeña mención en el horario de mínima audiencia en el programa *Today*.

Pero la familia vivía con una sombra permanente de insaciables fotógrafos y periodistas desde que salía el sol hasta que se ponía. La historia había copado los titulares durante tres semanas; incluso la prensa amarilla se había

aficionado al uso de palabras como «arte» y «cuadro».

—Me preocupa que este plan se nos pueda escapar de las manos —dijo Memling.

—Fuiste tú quien quemó la tienda y a su desafortunado empleado. Tú y tus matones deberíais estar agradeciéndomelo, no regañándome.

Memling miró a su alrededor para comprobar que no los oía nadie.

—Estas cosas es mejor gestionarlas con discreción, no bajo los focos de la publicidad.

—Permite que te recuerde, padre, que estas cosas son en su totalidad obra tuya, que yo lo único que intento es proteger nuestra herencia.

Padre e hija siguieron caminando en silencio. Rebecca se fijó en que su padre renqueaba más de lo habitual; a menudo olvidaba que tenía noventa y un años.

—Quedan solo el documental y la venta, y acabará todo.

—Nada de documentales.

A Memling le horrorizaban la fotografía y el cine y se había negado a todas las peticiones de hacerle un retrato.

—Necesito que lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque el visto bueno de la televisión pondrá el sello final a nuestra inocencia —dijo Rebecca.

—Eres como Ícaro cuando voló demasiado cerca del sol, Rebecca —dijo Memling, alzando la voz. Un paseante lo miró con curiosidad—. Necesitamos pasar desapercibidos, ser discretos. Ya verás como toda esta simpatía acaba convirtiéndose pronto en antipatía. Mucho mejor fingir que no tenemos nada, que no somos nada.

—Padre, tú nos metiste en esto, y tú nos sacarás de esto.

En lugar de estar enfadado, Memling estaba sinceramente maravillado ante la transformación de Rebecca y su voluntad de hierro; en sus manos, el imperio Winkleman seguiría adelante y eso era lo que más deseaba: pasar a la posteridad. Continuó caminando, consciente de la rigidez cada vez más notable de sus articulaciones; aquella mañana había cancelado la clase de tenis y, por primera vez en su vida, Memling se sentía desesperadamente cansado. Tal vez, reflexionó, fuera esa la manera en que la naturaleza preparaba el cuerpo para la muerte, un suceso que esperaba con ansia. Se lo imaginaba como adentrarse anestesiado en una espesa neblina de oscuridad

eterna. Había disfrutado lo suficiente de los placeres terrenales, mucho más que la mayoría.

—¿Sientes algún tipo de remordimiento por lo de la chica? Le espera una vida entera detrás de los barrotes —dijo Memling, a quien el destino de Annie le traía sin cuidado; se cuestionaba, sin embargo, la repentina brutalidad de su hija.

—Es un espécimen miserable. Sin dinero, soltera, treintañera, su vida ya es como una cárcel. En cuanto la sentencia sea firme, podré respirar tranquila —dijo Rebecca.

—No, hija, cuando eso suceda descubrirás que nunca más volverás a dormir bien. Siempre estará ahí esa pizca de miedo a ser descubierta y a que el castillo de naipes se derrumbe.

—A ti no se te ve preocupado por el sentimiento de culpa —le dijo Rebecca a su padre.

—He tenido más de sesenta años para aprender a gestionarlo. A ti te falta mucho camino por recorrer.

Era un día cálido, pero Rebecca se estremeció y se envolvió con el abrigo de cachemira.

—¿Has escrito la carta?

—Ya sabes que sí. Tú, tu marido y tu hija quedáis exonerados por completo, ninguno de vosotros sabíais nada sobre mi pasado ni sobre los cuadros.

—¿Dónde está?

—En la caja fuerte de un banco de Suiza. La guardé allí personalmente hace dos días. Los detalles están en mi testamento. Habrá veintinueve cajas fuertes en cuatro bancos distintos. El nombre en clave de esta es «Ratonera». La contraseña «Amor», seguida por la fecha de nacimiento de Marty escrita al revés. —Memling se giró hacia su hija—. Te lo suplico una última vez: no deberíamos hablar más sobre el caso públicamente. Deberíamos dejar que las ascuas de este fuego se apaguen solas, mantener un digno silencio. No es propio de nosotros hablar sobre compasión ni perdón; no somos ni dioses ni jueces, somos un par de marchantes con dos caras, fraudulentos, ni más ni menos.

—Haz la entrevista, esto no es negociable. El coche te recogerá a las cuatro de la tarde y te llevará a los estudios de televisión.

Rebecca dio media vuelta y se marchó.

La casa del conde volvía a estar llena de productos de comida orgánica y Berry Brothers servía con regularidad pedidos. Celebró incluso una pequeña cena la noche antes de la subasta. No pidió a sus clientes importantes que se desplazaran hasta Balham (era probable que el barrio ni siquiera apareciera en el navegador de los chóferes), las *soirées* tenían lugar en la galería, donde el Watteau seguía expuesto en el interior de una vitrina de cristal antibalas construida expresamente para él. Le parecía asombrosa la cantidad de gente que se mostraba dispuesta a aceptar su invitación en cuanto hacía mención del cuadro: el príncipe de Gales, los embajadores de todos los países importantes, varios oligarcas, otros tantos multimillonarios, eso sin mencionar al viceprimer ministro y su esposa.

El conde recordó aquella fría tarde de abril de hacía tan solo tres semanas. Había comido un panecillo seco untado con mermelada mohosa, se había puesto un esmoquin y había salido para asistir a la cena en Little Venice. Por una vez, la Northern Line funcionaba correctamente, igual que la vieja línea Victoria, pero el metro de Bakerloo se había detenido al llegar a Edgware Road, dejando a Beachendon en uno de los cruces más desagradables del noroeste de Londres. Había entrado en la comisaría de Paddington Green con la simple intención de que le indicaran por dónde llegar a la dirección de destino y, entonces, se había quedado pasmado al ver el cuadro en un estante, justo detrás del oficial que estaba de guardia. De no haber sido por el cuadradito de lienzo limpio de la esquina superior izquierda, Beachendon ni siquiera lo habría mirado dos veces. No era de los que creían en las casualidades o en el destino, pero durante la aburridísima cena no había podido pensar en otra cosa. Beachendon recordó el artículo que había leído en el periódico y la llamada telefónica de Rebecca Winkleman que había recibido justo aquella mañana y en la que le había hablado sobre un cuadro desaparecido cuya descripción encajaba perfectamente con aquel. De vuelta a casa, se había detenido de nuevo en la comisaría y, gastando las últimas libras de su cuenta corriente, el conde había pagado la fianza para poner en libertad a Evie y la había convencido de que le dejara llevarse el cuadro a casa.

Beachendon lo había contemplado largo y tendido en cuanto había llegado a casa. El cuadro estaba sucio, pero era inequívocamente bueno. Un poco mareado después de tanto vino, el conde había insistido en que la condesa se levantara para verlo. La condesa había coincidido con él en que era

maravilloso y le había sugerido hablar del tema por la mañana. A las diez y cuarto del día siguiente, el conde había salido de casa con el cuadro. Esa noche, Monachorum ya declaraba que la pintura era una obra original de Jean-Antoine Watteau que se daba por perdida. La casa de subastas la tendría en custodia temporal hasta que su propietario diera algún paso para darse a conocer. La prensa tenía ya una chispa con la que encender una historia; y con muy poco más, el interés prendió del todo. El conde estaba feliz siendo el foco de atención y permitió que *Tatler* publicara una foto familiar, con el vizconde de Draycott y sus hijas, en los peldaños de su antigua casa solariega.

El conde no entendía por qué los Winkleman habían tardado una semana entera en dar el paso y reclamar el cuadro. Imaginaba que el anciano era reacio a revelar detalles relacionados con su desgraciado pasado o que Rebecca había decidido esperar a que la publicidad amainara un poco. A finales de la semana, no debía de haber nadie en Inglaterra que no hubiera oído hablar sobre el pintor Antoine Watteau o que no se hubiera formado una opinión sobre el caso.

Los Winkleman tomaron la difícil decisión de vender la pintura en subasta para recaudar dinero para una buena causa y le pidieron al conde que representara sus intereses. Justo cuando la publicidad empezaba a apaciguarse, su cocinera, Annie McDee, fue arrestada acusada de robo y asesinato. Al conde le vino de maravilla que la ladrona fuera una mujer guapa y que la cómplice, la madre, fuese una exhausta y madura alcohólica. La prensa describió a la pareja como unas Thelma y Louise modernas. Las grandes damas de Hollywood y muchas estrellas en ciernes hacían cola para obtener sus papeles. Beachendon no recordaba que aquella chica hubiera cocinado para él, y eso que lo había hecho en dos ocasiones.

Beachendon fue ascendido y recibió un aumento de sueldo. Una de las condiciones que impuso para seguir en la firma fue el despido inmediato del abogado de la compañía, Roger Linterman, que tanto empeño había puesto en echarlo de la casa.

Cada vez que el interés decaía, aparecía un nuevo e inesperado retazo de información. Cualquier periodista se transformaba como por arte de magia en historiador del arte. Las salas de dibujos y grabados del Museo Británico quedaron colapsadas por una riada de visitantes y tuvieron que restringir el acceso a las mismas por primera vez en su historia. La Colección Wallace vivió un inédito incremento de visitantes. La fascinante historia del cuadro

empezó a emerger poco a poco. Tal y como publicó el *Mail*, ni siquiera Hollywood podría haber soñado con un escenario como aquel. Primero descubrieron al tísico, menesteroso y desolado Antoine, que se había enamorado locamente de la cortesana Charlotte, quien utilizaba a su admirador como si fuese un fiel perrito faldero al que, de vez en cuando, echaba migajas de afecto, aunque en general ignoraba sus súplicas, su aspecto enfermizo, sus hombros trágicamente caídos. Trescientos años después de su muerte, Charlotte recibía por fin la atención pública que tantísimo había anhelado en vida.

Los descendientes del doctor Mead, el médico británico que no consiguió curar la tuberculosis de Watteau, fueron localizados en Guernsey, desde donde se disculparon públicamente.

Un brillante aficionado siguió la pista del cuadro hasta Voltaire y su amante, y de ellos a madame de Pompadour. El *Daily Gossip* publicó el siguiente titular: «Lo que he visto: el rey, la fulana y el manitas». A eso le siguieron páginas de escabrosas especulaciones sobre los actos lascivos de los que el cuadro había sido testigo a lo largo de sus trescientos años. La prensa seria, considerándose por encima de toda aquella porquería, publicó cronogramas con los tratados y las leyes más destacadas que el cuadro debía de haber presenciado. Cuando se descubrió que Federico y Catalina la Grande habían sido también sus propietarios, las sutilezas cayeron en el olvido. Galgos, caballos, catamitas, sodomitas, eunucos, vírgenes y enanos..., allí salió a relucir cualquier variedad conocida de desviado o desviación.

La asistencia a museos se incrementó en un treinta y cuatro por ciento en cuanto a visitantes adultos, pero los colegios cancelaron sus excursiones culturales, temiendo una reacción negativa tanto de los activistas antipornografía como de los defensores de los derechos del niño. Septimus Ward-Thomas, director de la National Gallery, emitió una declaración: «A pesar de que es cierto que la galería expone cuadros tanto de madres solteras (la Virgen María) como de escenas de violencia, violación, asesinato, ataques y otros actos humanos alarmantes, estos son hechos considerados a través de los ojos del artista. No creemos que una visita a la National Gallery no pueda ser adecuada para un público de todas las edades».

Cuando se reveló que un criado había robado el cuadro de Buckingham Palace, se produjo una nueva oleada de especulaciones. ¿Cómo era posible que la realeza hubiera hecho caso omiso a una pintura tan valiosa? ¿Acaso

eran tontos de remate? ¿Se inclinarían los Winkleman ante la familia real y le devolverían el cuadro? Palacio guardó silencio durante cinco días, hasta que Su Majestad anunció: «Nos complace que nuestro cuadro haya sido redescubierto después de una ausencia tan prolongada. Y estamos encantados de que salga a subasta para recaudar fondos para una causa admirable». Los periódicos de ambos lados del Atlántico, desde Durban hasta Dar es-Salam, desde Cabo Wrath hasta Cabo de Buena Esperanza, publicaron la imagen del mohín de la reina. (En realidad, la fotografía había sido tomada en el momento en que el caballo de la reina sufrió una derrota en Epsom, no cuando hizo el anuncio).

La atención de los medios de comunicación encendió el fuego de la avaricia; todo el mundo quería ser propietario de *La improbabilidad del amor*. Monachorum recibió miles de llamadas. Pensionistas que ofrecían los ahorros de toda una vida, niños que entregaban su paga semanal «para siempre», museos, coleccionistas privados, reyes, reinas, rusos, árabes, raperos e incluso gobiernos dieron muestra activa de su interés.

El conde nunca se había sentido tan popular y pensaba que ojalá pudiera retrasar la venta un par de años y seguir de ese modo disfrutando de cajas de vino, cenas gratis y de los regalos extravagantes que se cruzaban a su paso. Sabía también que para tener a todo el mundo contento debía ser un negociador hábil. Solo habría un ganador y el conde tenía que encargarse de mantener la calma de los pretendientes. Monachorum podía acabar perdiendo más de lo que iba a ganar si sus ultrasuperinversores acababan con la sensación de que se les había jugado una mala pasada o tratado injustamente.

Después de cribar e identificar la categoría de los que le hacían perder el tiempo y la de los que jugaban en otra liga, Beachendon encontró algunos probables candidatos. La señora Appledore, una vieja amiga de la casa de subastas, quería gastar todos sus millones antes de morir y consagrarlos a la fundación benéfica de su esposo. El conde calculaba que podía pujar hasta los doscientos cincuenta millones de libras.

Sus ladies Halfpenny se emocionaron a más no poder cuando les mencionó el nombre del rapero M. Power Dub-Box. En los últimos meses, el cantante había sorprendido al mundo del arte con la adquisición de obras de gran trascendencia y carísimas.

El emir y la jequesa de Alwabbi acababan de construir un museo en su polvorienta capital de Oriente Próximo. El edificio tenía el tamaño de la

Terminal 5 de Heathrow, mil doscientas veintisiete hectáreas de mármol pulido. Recién llegados al mundo museístico, no habían encontrado todavía nada de verdadera importancia que incorporar al proyecto. Si los Alwabbi conseguían hacerse con el Watteau, colocarían su pequeño reino en la lista de visitas obligadas de los turistas aficionados al arte. Como principal productor mundial de gas licuado, su puja podía alcanzar los mil millones de libras, calculaba el conde. Ahora bien, nadie podía saber hasta dónde permitiría llegar el emir a su cabezona esposa.

Luego estaban los beligerantes oligarcas, cuyas batallas habían hecho subir ya hasta niveles inimaginables los precios de las viviendas de lujo y los objetos valiosos. Barty le había presentado a un oligarca recién aterrizado en Londres, Vladimir Antipovsky, y todo el mundo sabía que aquel hombre controlaba el cuarenta y tres por ciento de la producción mundial de estaño y no se detendría ante nada con tal de superar a su gran rival, Dmitri Voldakov, que controlaba el sesenta y ocho por ciento del potasio de la Tierra. Ambos habían vendido recientemente una parte minoritaria de las acciones de sus compañías, por ocho y nueve mil millones de dólares, respectivamente. El conde no se atrevía ni a especular con lo que ambos podían llegar a gastar para boicotearse mutuamente.

Por otro lado, le había sorprendido recibir también llamadas de representantes de los gobiernos francés y británico. Francia creía tener derecho sobre la obra, puesto que Watteau era uno de los suyos. (El conde no le comentó al embajador francés que Watteau había nacido en Valenciennes y que, por lo tanto, técnicamente era flamenco). Y mientras que el primer ministro británico había dicho que el cuadro debía permanecer en suelo británico, todo el mundo sabía que el país no podía permitirse aquel umbral de precios.

Como receptor del cero coma dos por ciento de la puja ganadora, el conde esperaba conseguir con la jugada un pequeño rinconcito de seguridad para él y su familia.

—Nos hemos librado por los pelos de las fauces de la pobreza —le decía a la condesa—. En el último segundo.

La condesa sonreía y se mostraba de acuerdo con su marido: todo era maravilloso.

Cuando Larissa vio a Jesse en la sala de personal, inmerso en aquel halo de tristeza, insistió en que fuera a cenar a su casa por la noche. En cuanto llegó, le hizo sentarse en un taburete al lado de la cocina mientras ella picaba y preparaba el material para la cena.

—Por supuesto que estoy al corriente de lo del Watteau, para no estarlo hay que vivir en Nueva Escocia y tener la cabeza metida en el culo de un oso polar —dijo Larissa, introduciendo una langosta viva en agua hirviendo.

Se oyó en la olla un grito terrible y Jesse esbozó una mueca de dolor.

—No te preocupes, no es más que el aire que sale del cascarón —comentó Larissa alegremente—. ¿Podrías pelarme esos dientes de ajo? —Se detuvo un momento—. ¿O es que estás saliendo con alguna chica?

Jesse negó con la cabeza.

—Por Dios bendito, ¿no será la chica que te gustaba esa tal Annie, la ladrona?

Jesse esbozó otra mueca, pero esta vez asintió.

—Es una suerte que hayas salido vivo de esta.

—La verdad es que nunca llegó a pasar nada —dijo Jesse, decidiendo que, por el bien de los dos, era mejor que Larissa no lo supiese todo.

—Pica el ajo en trocitos minúsculos, por favor —le ordenó Larissa.

Jesse sintió una punzada de tristeza. La última vez que había cocinado había sido con Annie la noche de su cena triunfante. Se la veía feliz y cómoda en la improvisada cocina, sacando los platos como si fueran escuadrones perfectamente ordenados, uno detrás de otro.

—¿Era amigo tuyo Trichcombe? —preguntó Jesse, forzando un tono despreocupado.

—Lo conocía desde hacía veinte años, pero nunca pasó de eso, de conocido. ¿Puedes preparar una mayonesa?

Jesse asintió. Cogió un huevo, lo cascó contra el borde de un cuenco de cerámica y separó la clara de la yema. A continuación, incorporó los trocitos de ajo.

—¿Te gusta con mostaza? —preguntó.

Larissa hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y Jesse añadió una cucharadita de mostaza, una cucharada de vinagre y un poco de sal y pimienta. Batió la mezcla con fuerza antes de empezar a incorporar el chorrito de aceite de oliva.

—Vino a cenar a casa unas noches antes de morir. Nunca lo había visto tan

animado.

—¿En qué estaba trabajando? —preguntó Jesse.

—No me lo contó exactamente, pero me comentó que era algo que provocaría un escándalo histórico, decía todo el rato: «Será grande, muy grande». ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me llamó y no sé qué me contó sobre *Apollo*... La verdad es que no sé a qué se refería —dijo Jesse, mintiendo.

—Oí decir que estaba escribiendo algo sobre Watteau. —Larissa sacó la langosta de la olla y la reservó en una bandeja—. Iba a publicar un artículo sobre la investigación que tenía entre manos... No sabía si decidirse por el *Mail* o por *Apollo*. Criaturas bastante distintas, a mi entender.

—¿Te contó de qué iba?

Jesse empezó a batir el aceite para ligar la mayonesa. Notó que se ruborizaba. Siempre había sido un mentiroso malísimo.

—Sobre la procedencia de un cuadro perdido. Condenado a quedarse maravillosamente en nada. El pobre Trichcombe, siempre tan fuera de lugar y desencaminado. La verdad es que nunca logró recuperarse después de ser despedido por Memling Winkleman.

Jesse dejó de batir.

—¿Que Memling Winkleman lo despidió? ¿Cómo fue eso?

—Sigue batiendo, querido, o se cortará —le reprendió Larissa—. Nunca conseguí llegar al fondo de la cuestión; había de por medio un contrato de confidencialidad que le impedía hablar sobre el tema. En un momento en que lo pillé desprevenido, Trichcombe me comentó que había descubierto trapos sucios en los archivos. Conspiraciones típicas del mundo del arte. Delores es de la opinión de que un día tomó alguna copa de más y Memling se puso como una moto al verlo.

—¿Sería pretender demasiado que te hubiera remitido un ejemplar de su último manuscrito para que lo custodiasen? —preguntó Jesse.

—Oh, Dios mío, no. Trichcombe jamás compartiría una cosa así con nadie. Lo más probable es que lo enviara a un apartado postal de la Conchinchina o a un pariente que tiene en Mold.

—¿Mold?

—Sí, su familia es de allí.

Jesse recordó la pizarra que había visto en el piso de Abufel, donde el académico había escrito: «Manuscrito a Mold».

—Toma asiento, este caballero rosado está *à point*. —Larissa sumergió la langosta en agua helada y sirvió la ensalada en la mesa. Hundió un dedo en la mayonesa de Jesse—. No está mal, no está nada mal.

Jesse miró el crustáceo y pensó de nuevo en Annie. ¿Volvería algún día a comer o cocinar una langosta? ¿Sería capaz de saborear de nuevo una mayonesa recién hecha? Se preguntó qué le pasaría a él si le dijeren que nunca más en su vida volvería a pintar, que nunca más podría volver a perderse en una composición o a expresar pictóricamente sus ideas.

Larissa miró fijamente a Jesse.

—¿Qué te pasa, Jesse? ¿En qué andas metido?

Jesse meneó la cabeza y tragó saliva.

—Simplemente pensaba en que esta cena tiene una pinta deliciosa.

Larissa dejó en la mesa el cuchillo y el tenedor y le cogió la mano.

—Acepta el consejo que voy a darte. El mundo del arte no es ni mucho menos un acogedor remanso de paz, sino un negocio despiadado. La belleza y el deseo de posesión han vuelto loca a la humanidad desde hace muchos siglos. Si a esa ecuación le sumas ciento veinte mil millones de dólares anuales, verás que te enfrentas a graves problemas. Piénsalo bien, Jesse: hoy en día, incluso una obra menor de un artista de segunda categoría vale más que lo que muchos de nosotros veremos junto en toda la vida.

Jesse asintió, taciturno.

—Y para complicar aún más la cosa —prosiguió Larissa—, es un mundo construido sobre la base de la reputación, y los peces gordos no se detendrán nunca ante nada con tal de mantener su posición. Ante nada, te lo digo. No tengo ni idea de qué sucedió entre Trichcombe y los Winkleman hace un montón de años, y la verdad es que nunca he querido saberlo. Cuando Trichcombe estuvo cenando aquí hace unas semanas y me dijo que por fin había desenmascarado a «ese cabrón», le pedí que mantuviera la boca cerrada. Ojalá no te hubiera contado que nos vimos. La influencia de los Winkleman se extiende más allá de las salas de subastas, los museos, las galerías y las instituciones; tienen franquicias, corresponsales; sobornan a la policía, a la prensa. Imagino que el viejo es propietario de *Apollo* y del *Burlington*. Es el principal donante no solo en el mundo del arte, sino que además realiza donaciones a partidos políticos. Trich pensó que podía echarle el guante; pero ahora está muerto, así que imagínate. Aun en el caso de que supiera alguna cosa, Jesse, no te lo diría.

Larissa se inclinó por encima de la mesa y miró muy seria a Jesse.

—Siento mucho que te enamoras de esa chica. Lo siento de verdad. Pero tienes que aceptar que, aunque sea inocente, nunca saldrá de la cárcel.

—¡Es inocente! —exclamó Jesse, levantándose, acalorado.

—¿Una mujer y su enamorado novio contra el mundo? La cosa no funciona así, Jesse. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de la chica.

—No puedo.

—No te quedará otra elección. Con un poco de suerte, permanecerá entre rejas. Y ahora, come la langosta y cuéntame cosas sobre el resto de tu vida.

Jesse no tenía hambre y tuvo que esforzarse por engullir la langosta. Sabía que Larissa decía la verdad y, a pesar de que él no estaba asustado, sí tenía miedo por Annie. Tal vez, seguir en la cárcel fuera lo más seguro para ella; al menos, allí no podían matarla.

## Capítulo 35

Era la primera vez que el Muy Honorable Barnaby Damson era convocado al despacho del primer ministro en las dependencias del Parlamento. Damson esperó fuera mientras eficientes funcionarios desfilaban con paso firme por su lado sin dar siquiera los buenos días. Todo el mundo sabía que el ministerio de Damson era un remanso a nivel político: en el mejor de los casos, un trampolín hacia cosas más importantes; en el peor, un lugar sin trascendencia. Antiguamente, el destino de los miembros del gobierno sin esperanzas o esperanzados era Irlanda del Norte; hoy en día, iban a parar al departamento de Cultura.

Después de cuarenta minutos de espera, Damson fue conducido a un salón del tamaño de una pista de tenis. El primer ministro estaba sentado en un extremo y los zapatos de Damson chirriaron contra el suelo de parqué al avanzar a comedidos pasos hacia el majestuoso escritorio.

—Esto es un poco como cuando en el colegio el director te convocaba al despacho —comentó Damson.

—Por el amor de Dios, no me hable del colegio —dijo entre dientes el primer ministro—. Supuestamente, Eton tenía que prepararnos para la vida, no colgarnos al cuello una soga de culpabilidad. Y ahora, dígame, ¿qué lo trae por aquí? —preguntó, enojado.

—Ha sido usted quien me ha convocado.

—¿Para qué?

Las esperanzas de Damson subieron y cayeron a la vez; ni ascenso ni despido.

—¿Para hablar sobre el cuadro? ¿Sobre *La improbabilidad del amor*? —sugirió Damson.

—Por supuesto. Empecemos por el principio. ¿Cómo se pronuncia el nombre de ese tipo? —preguntó el primer ministro.

—Watteau, rima con «barco» en francés —respondió Damson.

—Barco, charco, ojizarco, desembarco —dijo el primer ministro, perplejo.

—No. En francés, «barco» es «*bateau*» —le explicó Damson, y pronunció la palabra con un acento francés perfecto, «V-A-T-T-E-A-U».

—¿Vat qué?

—Piense en «Vat ¡Oh!» —sugirió Danson.

—Vat ¡Oh! Debió de ser un pintor tipo Bertie Wooster —dijo el primer ministro.

—Genial. Un chiste magnífico, señor —elogió Damson, pensando en su ascenso.

—¿Y de qué va ese cuadro?

—De dos amantes en el claro de un bosque.

—¿Es pornográfico? —preguntó con nerviosismo el primer ministro.

—En absoluto. En el bolsillo llevo una reproducción.

Damson sacó del bolsillo una hoja de papel tamaño A4 doblada.

—El arte es como un campo de minas, ¿no le parece? —dijo el primer ministro.

Damson asintió y dejó la reproducción del cuadro sobre la mesa.

—Como verá, no tiene nada de grosero. Es simplemente un hombre contemplando a una mujer hermosa.

El primer ministro miró con atención la reproducción del cuadro.

—No es para tirar cohetes, la verdad. Del estilo que le habría encantado a la tía abuela Maude.

—Posee integridad y belleza —dijo Damson.

—Nunca me ha gustado mucho el arte —replicó el primer ministro.

—¿En serio?

El primer ministro se levantó y empezó a deambular por el despacho. Se acercó a la ventana y vio cuatro grupos diferenciados de manifestantes que protestaban por el precio del pan, el fracaso del sistema educativo, la política exterior en Oriente Próximo y el colapso de la seguridad social. Parecían insignificantes en aquel rectángulo de césped, empequeñecidos por los edificios del gobierno que se alzaban a ambos lados, el Tribunal Supremo delante y la abadía de Westminster detrás, pero el primer ministro sabía que, en conjunto, personificaban el estado de ánimo del país: faltaban menos de doce meses para las elecciones y las encuestas lo dejaban por los suelos.

—Necesito una historia patriótica. ¿Podría este cuadro emitir un mensaje

positivo? —preguntó, mirando a su alrededor—. La intrépida y pequeña Gran Bretaña se hace con la obra ante las narices de los extranjeros. El gobierno ha salvado una gran obra maestra que dona a la nación. —El cuello del primer ministro empezaba a ponerse colorado—. ¿Qué opina?

—Que es una idea brillante.

—Gracias, Plum.

—Es Damson, señor —observó en voz baja Damson.

—¿Cuánto vale esa cosa? —preguntó el primer ministro.

—Vale lo que alguien esté dispuesto a pagar por ella. El consenso del mercado podría darnos una cifra aproximada —dijo Damson, pensando que había llegado el momento de educar un poco a su primer ministro.

—Por el amor de Dios, deje de hablar con adivinanzas —dijo el primer ministro—. ¿Cuánto?

—El valor más bajo estimado se sitúa en ciento ochenta millones.

El primer ministro se llevó la mano al pecho.

—¿Ciento ochenta millones de libras? ¿Está pintado sobre oro?

—No, sobre una simple tela vieja —dijo Damson.

—Con ese dinero podría comprar una cabeza nuclear. Bueno, una parte de una cabeza nuclear.

—Es muchísimo —concedió Damson—. Los franceses están decididos a comprarlo. He oído decir que están dispuestos a gastar hasta trescientos millones de libras.

—¡Trescientos millones! —El primer ministro se levantó de un brinco—. Esa es exactamente la cantidad de dinero que recibieron para rescatar otro banco con pérdidas. Esos franchutes tendrán que pasar por encima de mi cadáver para hacerse con mi cuadro.

—Se trata de un cuadro francés —observó Damson.

—Que se encuentra ahora en nuestro país, lo que lo convierte en un cuadro británico.

—¿Tenemos ese dinero? —preguntó Damson.

—No exactamente; bueno, no, la verdad. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

—Podríamos denegar la licencia de exportación y confiar en encontrar a un caballero blanco dispuesto a comprarlo y donarlo al país.

—¿Y quién demonios estaría dispuesto a hacer eso? —preguntó el primer ministro.

—Alguien que quiera algún tipo de honor.

—¿Bastaría con un nombramiento como oficial de la Orden del Imperio Británico?

—No creo.

—¿Un título de caballero?

—Lo veo poco probable.

—Hoy en día, no puedo conceder títulos de nobleza sin que luego todos esos malditos comités y periódicos se lancen a por mí.

—El problema, señor, como bien sabe —dijo Damson—, es que el arte, un poco como sucede con el oro, se ha convertido en una divisa. Con el euro hecho un asco y el yen en caída libre, muchos empiezan a considerar el arte como una inversión segura.

El primer ministro empezó a deambular de nuevo por el despacho. Tenía la desconcertante costumbre de crujirse los dedos y, de vez en cuando, rompía el silencio un alarmante sonido de nudillos.

Damson observó por la ventana a los manifestantes que, al vislumbrar una figura detrás de los cristales, agitaron con ganas las pancartas.

—He tomado una decisión —dijo de pronto el primer ministro—. Lo mejor que puedo hacer es hablar con los del MI6 y que ellos se encarguen del tema.

—Los servicios de inteligencia no pueden irrumpir en una casa de subastas; no estamos en el Congo —dijo con nerviosismo Damson.

—Es altamente improbable que en el Congo haya una casa de subastas. El Foreign Office tiene un servicio secreto.

—¡James Bond al rescate! —exclamó Damson, haciendo su ensayada imitación de Sean Connery.

El primer ministro lo miró, furibundo.

—Ha sido una broma —se apresuró a decir Damson—. A ningún idiota se le ocurriría enviar a James Bond.

El primer ministro enarcó las cejas.

—¿No? —dijo con frialdad—. De hecho, estaba pensando precisamente en eso. Solo que, hoy en día, James Bond se llama Darren Lu... Chino de segunda generación y letal, según me han contado.

El primer ministro miró el reloj y suspiró.

—Ya nos veremos, Plum —dijo despidiendo al ministro y dándole la espalda.

Damson no se tomó la molestia de volver a corregirlo. Ser recordado con un apellido erróneo podía acabar resultando una bendición.

Detrás de los muros fuertemente custodiados y de la puerta monumental decorada con cuatro columnas jónicas flanqueadas por paredes sin ventanas del Elíseo, el palacio oficial del presidente francés, se encontraba el consejo de ministros al completo, después de haber sido convocado a una reunión de urgencia. Los ministros habían cruzado con celeridad el majestuoso patio. A pesar de que todos habían estado previamente en el recinto, muchos seguían intimidados por la grandeza del estilo clásico francés, los exquisitos tapices y los cuadros y elementos decorativos, todos ellos meticulosamente seleccionados.

Por una vez, el presidente no hizo esperar a su gabinete. Entró en la sala flanqueado por dos asistentes.

—En dos días se celebra en Londres la subasta de un cuadro.

El ministro de Cultura sonrió; era él quien había informado al respecto al presidente.

—El cuadro es obra de un maestro francés, Antoine Watteau, fundador del movimiento rococó y uno de los mayores artistas que ha dado el país —explicó el presidente a sus colegas—. Para aquellos con escasos conocimientos sobre historia del arte, Watteau falleció en 1721, un año antes de que este palacio estuviera finalizado. Repatriar el cuadro a su país de origen y exponerlo en este palacio serviría para enviar de un modo alto y claro el mensaje de que Francia es un país de importancia cultural destacada y de gran riqueza. En un momento en que sufrimos la crisis económica más grande de nuestra historia, cuando los bancos se desmoronan, las líneas de crédito muestran signos de morosidad y nuestros bonos no consiguen atraer la atención de los mercados, comprar ese cuadro demostraría que es necesario seguir contando con Francia. Que no estamos acabados. Que ni siquiera hemos empezado. Pasado mañana compraremos ese cuadro. Cueste lo que cueste. *Vive la France!*

Y con esto, el presidente abandonó la sala.

Los miembros del consejo de ministros se miraron entre ellos. Se enfrentaban a un problema mayor de lo que se imaginaban.

Desde que se conocieron en la cena ofrecida por Delores, Vlad y Grace

Spinetti-Winkleman habían pasado juntos todas las noches y la mayor parte de los días. Era la primera vez en una década que Vlad no pagaba por mantener relaciones sexuales.

Durante uno de los excepcionales momentos que la pareja pasó separada, Vlad le preguntó a Barty:

—¿Cómo puedo demostrar mi amor?

—En los viejos tiempos, se retaba a alguien en duelo —respondió Barty.

—¿Un duelo? ¿Y contra quién? —preguntó Vlad, algo confuso.

—No hablaba en serio, tontuelo. Lo que pasa es que a mí lo del amor nunca se me ha dado muy bien. De hecho, me ha ido fatal. Tendrías que preguntárselo a alguien mejor cualificado que yo.

Vlad se enfadó de repente, cogió a Barty por las solapas de su traje de terciopelo (hoy era la personificación de Adam Ant y los Nuevos Románticos) y dijo:

—Esto no es ninguna broma estúpida. Es una pregunta. Una pregunta importante. ¿Cómo demuestro mi amor? Responde a la pregunta.

—Se trata de una pregunta que lleva siglos ocupando los pensamientos de muchos hombres y mujeres. No soy ni semiótico ni filósofo —dijo Barty, intentando liberarse de la garra de acero de Vlad.

—Ella no quiere dinero. Ni coches, ni joyas, ni casas. Solo dice: «Demuéstrame tu amor» —se quejó Vlad, echándole a Barty un potente aliento a ajo y dejándolo caer en la silla.

Barty se aflojó el cuello de la camisa y se secó las sienes con un pañuelo perfumado.

—¿Necesitas demostrárselo? ¿No le basta con que estéis juntos?

—Quiere venir a Rusia conmigo. A vivir.

—Una idea espantosa. ¡Lo perderás todo! —exclamó Barty, desolado. El día en que Vlad pisase de nuevo Rusia, sería despojado de todos sus bienes—. ¿Y qué pasa con nuestro museo? —dijo en tono vacilante.

Últimamente no había hecho otra cosa que pensar en el edificio de Vlad en San Petersburgo. No le motivaban razones mercenarias, sino que adoraba la idea de crear una joya perfecta que todo el mundo pudiera visitar. La mayoría de las casas que decoraba ni siquiera podían ser fotografiadas, puesto que eran tesoros secretos de sus adinerados propietarios. La Casa Blanca de Barty, abierta al público los siete días de la semana, le proporcionaba gran placer, y ahora deseaba crear otro establecimiento que cualquiera pudiera disfrutar.

—El amor es más importante que un museo —declaró con firmeza Vlad.

—¿Pero por qué quieres volver allí y ser pobre? —preguntó Barty—. Si aquí puedes vivir perfectamente con tu dinero y tu amor.

—Quiero que mis hijos sean rusos.

—¿Está embarazada? —preguntó Barty.

—*Niet*.

Barty se pasó las manos por el pelo, desesperado. El amor heterosexual podía llegar a ser tremendamente desconcertante. Negociaciones interminables seguidas de malentendidos, nuevas negociaciones, más malentendidos y, al final, infelicidad. Era mucho mejor vivir la vida como homosexual no practicante; eso sí que era claro y conciso.

—¿Y qué opina Grace de vivir como una siberiana sin un céntimo?

—Dice que estaría muy bien.

—Será eso.

—Dice que está harta de esta mierda de capitalismo, que quiere valores de verdad.

—Pues dile que esa mierda de pobreza es peor, muchísimo peor, que esta mierda de capitalismo —dijo Barty, enojado—. Sinceramente, jamás en mi vida había oído de alguien con opiniones tan estúpidas y con tan poca visión de futuro.

Permanecieron sentados un rato en silencio. Ambos estaban a punto de perder lo que más querían. De pronto, Barty se levantó.

—¡Ya lo tengo! —dijo, dando palmas.

Vlad levantó un poco la cabeza.

—Tienes que comprarle el cuadro que perteneció a su bisabuela: *La improbabilidad* o *La imposibilidad*, o como quiera que se llame, *del amor*. Y luego lo expones en nuestro museo, quiero decir en tu museo, de San Petersburgo.

—¿Su «bisa» qué? —preguntó Vlad, que no lo había entendido del todo.

—Eso no tiene importancia. Lo importante es que compres el cuadro. Esa será tu prueba de amor. ¿Es que no lo ves?

Vlad levantó la cabeza. Barty vio que tenía los ojos llenos de lágrimas que empezaron, acto seguido, a rodar por sus mejillas.

—Amigo —dijo Vlad, y cogió de nuevo a Barty y le estampó besos húmedos aromatizados con ajo en ambas mejillas—. Amigo mío, amigo mío.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Barty—. Las muestras de afecto tienen un

límite.

—Vamos. A comprar el cuadro. Ahora mismo. Esta noche se lo llevaremos a Grace.

—La cosa no funciona exactamente así, Vlad. Hay una subasta y tienes que pujar.

—Ofrece más.

—No puedes ofrecer más hasta que no sepas qué hay sobre la mesa.

—Todo tiene un precio —dijo Vlad, que empezaba a ponerse nervioso.

—Tendrás el cuadro. Pero debes comprarlo en la subasta. Solo hay que esperar un par de días. Piensa en lo mucho que significará para Grace que lo compres en un lugar público delante de los medios de comunicación de todo el mundo.

Vlad asintió. Le gustaba el plan.

—Haremos el anuncio inmediatamente después de la compra. Comunicaremos lo del museo.

Vlad cogió la mano de Barty y se la estrechó con fuerza.

—Tranquilo, viejo amigo, que solo tengo dos —dijo Barty.

—Una prueba de amor, una prueba de amor. Muy bien. Estupendo.

Sentado en su banco privado, en una mansión de St. James's Square, Dmitri Voldakov decidió que compraría *La improbabilidad del amor* aunque la adquisición le llevara a la bancarrota y le provocara un disgusto duradero al Líder. Sus motivaciones eran muy simples: humillar a Vlad. Desde su llegada a Gran Bretaña, Vlad no había hecho más que causarle problemas: invertir en la parcela de Dmitri, empujar los precios del mercado del arte hasta alturas insospechadas. Para añadir más leña al fuego, Dmitri estaba seguro de que Vlad había estado acosando a Lyudmila, su prometida. Era una cuestión de orgullo que Dmitri se hiciera con el cuadro y había liquidado ya una parte importante de su fortuna pensando en el triunfo que obtendría en la subasta. Tenía además un plan B, por si acaso. Voldakov no era hombre que valorara ni la vida humana, ni la libertad, ni la ética; le gustaba ganar, costara lo que costase.

Desde su despacho en la planta ochenta y siete de las Brent Towers, en el

cruce de Park Avenue con la calle 73, Stevie Brent, fundador y consejero delegado de SB Capital Partners Inc., contemplaba Central Park y se planteaba sus alternativas. En un plazo de diez días, el Titán de Wall Street tendría que dar explicaciones delante de la fiscalía de Estados Unidos y sería acusado de uso de información privilegiada. Los inversores, nerviosos, habían retirado ya quince mil millones de dólares de capital de su fondo de cobertura principal y habían dejado en mínimos históricos las reservas financieras de Brent. El gran hombre de negocios pretendía enviar una señal a los mercados mundiales que diera a entender que, lejos de estar acabado, era rico y confiaba en sí mismo lo bastante como para adquirir el cuadro más caro vendido nunca en subasta pública. *La improbabilidad del amor* quedaría expuesto en el vestíbulo de sus oficinas en Manhattan y su imagen sería portada del informe anual.

Brent estaba acostumbrado a apostar sin seguridad ni garantías. Cuando el riesgo era elevado, actuaba solo; controlaba los nervios cuando los demás se derrumbaban. Lo que necesitaba ahora era dar un golpe bajo e inesperado. No sería la primera ocasión en que Brent utilizaba las obras de arte para reafirmar su reputación. Cada vez que su compañía sufría un traspie o los federales se acercaban en exceso, el rey de Wall Street compraba un cuadro maravilloso. Igual que los Médici, los traficantes de esclavos, los gobernantes depredadores y muchos otros antes que él, Brent comprendía que el arte tenía el poder de hacer un lavado de cara a la reputación. El Watteau era el método perfecto para recuperar la confianza de los inversores. Al día siguiente, abrirían el periódico o entrarían en internet y descubrirían que Brent había vuelto a triunfar. Ningún tipo a punto de ser encarcelado o de caer en la bancarrota se atrevería a hacer un movimiento tan audaz como aquel.

En la suite del hotel Claridge, la señora Appledore firmó los últimos documentos por los que autorizaba la liquidación de la Fundación benéfica Melanie y Horace Appledore.

En la National Gallery, Septimus Ward-Thomas presidió una reunión de urgencia de los miembros del consejo de administración; acordaron por unanimidad utilizar la totalidad de los fondos de reserva de la institución, dos millones de libras, para asegurarse el cuadro.

Darren Lu recorrió la casa de subastas inspeccionando puertas y ventanas. Las instrucciones que había recibido eran muy claras, pero no sabía aún cómo alcanzar su objetivo. Lo alcanzaría, no obstante. Darren Lu nunca hacía las cosas a medias.

Su Excelencia, el presidente de Francia, había desviado las reservas de su país para asegurarse la adquisición del cuadro. Insistiendo en que las Fuerzas Aéreas francesas pusieran a su disposición un avión especial, el presidente dio instrucciones a la prensa para que se reuniera con él en la misma pista la noche siguiente, y ser testigos del regreso de la principal obra maestra del país.

En su estudio de Hoxton, Mr. M. Power Dub-Box preparaba el último tema de su nuevo álbum. Había reservado el jueves por la tarde para asistir a la subasta. Llegaría en un convoy Range Rover de color blanco con su nuevo single, *Witches' Brew*, sonando a tope y con un par de chicas espectaculares agasajándolo. Sabía que el cuadro se vendería por mucho más dinero del que tenía en estos momentos. Era imposible tomarse en serio el mundo del arte. Precios de imbéciles. Gente imbecil.

Barty tenía el despacho lleno de posibles modelitos. No sabía si ir de Catalina la Grande (y aparecer con un caballo bajo el brazo), de Pedro el Grande (acompañado por un galgo de verdad), de conde depravado (cargado de botellas de vino vacías), de Luis XIV (con una peluca enorme) o de madame de Pompadour, con un vestido de fiesta confeccionado en tafetán rosa chillón, cargado de encajes y una peluca de rizos blancos en la cabeza.

—Para mi cena ya te pusiste algo similar —dijo Delores.

—Con todos mis respetos, Delores, tu cena era para cincuenta personas y se celebró en un rincón de Londres dejado de la mano de Dios; pero lo de esta noche lo verán dos mil millones de personas —dijo Barty, enojado—. Bennie, Emeline, ¿dónde está mi gente?

—Estamos todos aquí —dijo con cansancio su secretaria personal, Frances.

Barty miró a su alrededor y vio que sus quince empleados estaban dispuestos en fila esperando pacientemente sus instrucciones.

—Si te pones otra de esas pelucas tan absurdas, nadie sabrá quién eres. ¿Por qué no pasas de la peluca? —dijo Delores—. Más Sofia Coppola y menos Danny La Rue.

—Cuando él o ella compre el cuadro, me despojaré de la peluca y todo el mundo lo sabrá —dijo Barty, imaginándose el reportaje en las noticias de la noche.

—Parecerás una drag queen vieja. Imagínate cómo te quedarán el pelo y el maquillaje después de cuatro horas bajo el calor de las luces —dijo Delores, dirigiéndose hacia la puerta.

—Todavía no te puedes ir —gimoteó Barty—. ¿Por qué tendré que hacerlo siempre todo yo solo?

Dos noches antes de la subasta, la BBC emitió un documental sobre la historia de *La improbabilidad del amor*. Larissa se acomodó para verlo y pensó en que era excepcional que la BBC dedicara un espacio del horario de máxima audiencia a una obra de arte. A pesar de que en su día el arte estaba considerado una afición minoritaria y contemplativa, ahora se veía como algo popular y populista. Cuando Larissa empezó a trabajar como historiadora, hacía ya casi cuarenta años, llegó a un mundo de archivos llenos de polvo, iglesias mohosas y caserones que se desmoronaban. A la generación más joven le costaba creer que hubiera existido una época así. Ahora podías ir con medias de rejilla y te movías entre archivos digitales y relucientes ampliaciones de museos.

El documental era de lo más imaginativo. Sirviéndose de los más modernos efectos digitales, los directores recrearon las estancias donde el cuadro había estado colgado. La pintura aparecía en la buhardilla del artista y, en la toma siguiente, en una alcoba del imperio zarista. Todos sus propietarios habían adquirido la obra como prueba de amor verdadero. Larissa, junto con doce millones más de telespectadores, contempló con asombro cómo aquella pequeña obra de arte había avanzado a lo largo de la historia y pasado de manos de una ilustre pareja a otra.

Finalmente, en 1929, el cuadro era adquirido por un joven abogado judío, Ezra Winkleman, como regalo de boda para su prometida, Esther, a quien

amaba desde que ambos eran pequeños. Una vez casados, el cuadro había estado colgado en su pequeño apartamento en Berlín. La pareja tuvo cuatro hijos, entre ellos Memling, y vivía sin lujos pero feliz. Entonces, estalló la guerra y se inició la persecución de los judíos berlineses. Los Winkleman y sus hijos fueron enviados a los campos de concentración y se suponía que allí habían fallecido. Pero el hijo menor, Memling, consiguió escapar del tren de la muerte y pasó la guerra en una granja remota alimentándose solo de hierba y frutos del bosque. Cuando los aliados lo descubrieron, en 1946, sus únicas posesiones eran su tarjeta de identidad, la fotografía de su madre y el cuadro. A Larissa se le hizo un excepcional nudo en la garganta.

Unos cuantos fotogramas más adelante, aparecía Memling, guapo, con su rostro cuadrado, pómulos anchos y aquellos curiosos ojos azules. Larissa nunca se había fijado en sus ojos; nunca había estado lo bastante cerca. Como el resto del país, se quedó hipnotizada con su susurro, ceceante y autoritario. Su historia era espantosa, desgarradora, pero a Larissa no la convenció. Le parecía muy raro que un judío asquenazí tuviera aquellos ojos tan claros y, además, cada vez que hablaba de sus padres, Winkleman bajaba la vista hacia sus manos.

Larissa rememoró la cena con Trichcombe. El historiador le había dicho que por fin había encontrado «pruebas». Algo sobre una fotografía tomada en Berlín y una partida de nacimiento. La verdad era que no había hecho mucho caso a aquella última invectiva, puesto que Trichcombe llevaba cuarenta años con sed de venganza. Pero algo tenía aquel documental, algo había en Memling, que dejó completamente turbada a Larissa. A pesar de que eran casi las once de la noche, marcó el número de teléfono de Jesse y le pidió que acudiera a su apartamento de inmediato.

## Capítulo 36

### EL DÍA ANTES DE LA SUBASTA

Inglaterra nunca le había parecido más encantadora, pensó con tristeza Jesse mientras contemplaba por la ventanilla del tren los campos aterciopelados salpicados de ovejas y los setos que, con los majuelos en flor, habían adquirido tonos blancos y rosados. Los árboles de hoja caduca habían desplegado brotes de verdes intensos y sus troncos proyectaban flexibles formas negras que contrastaban con el cálido cielo azul. Con la excepción de alguna que otra cuchillada de colza amarilla, el tren circulaba entre campos teñidos con centenares de matices de verde. Otras veces, cuando Jesse viajaba en ferrocarril, se preguntaba cómo capturar aquel majestuoso y ondulado paisaje, pero desde que Annie estaba en la cárcel le costaba mucho pintar. Se preguntó qué debía de ver Annie desde la ventana de su celda, si acaso la había. Le preocupaba si podría soportar la prisión mucho más tiempo. Cada vez que la visitaba, la encontraba más inmersa en sí misma; sus ojos brillantes se habían vuelto apagados y turbios y el uniforme de presidiaria parecía agrandarse sobre un cuerpo cada día más flaco.

Por la mañana, siguiendo la sugerencia de Larissa, Jesse había subido al tren y puesto rumbo a Wrexham, donde había hecho transbordo y proseguido viaje con un tren de cercanías. Eran las cuatro de la tarde y el vagón estaba lleno de niños que volvían del colegio. Jesse había encontrado asiento en un rincón al fondo y se sentía como si estuviera atrapado en una exhibición de fuegos artificiales humanos, puesto que los niños no paraban de moverse, saltar y gritar a su alrededor. Había once estaciones entre Wrexham y Buckley, y en tres de ellas Jesse se planteó la posibilidad de bajar y esperar una hora a que pasara el siguiente tren. Cuando cruzaron el río Cegidog, un grupo de jóvenes salvajes dejó de lado el juego que practicaba, y que consistía en

recorrer los pasillos brincando, para empezar otro y echar a los niños más pequeños de sus asientos. A veces lo conseguían, otras rodaban todos por el suelo. Al principio, Jesse pensó que aquello acabaría con huesos rotos y narices ensangrentadas. Pero luego, lo que empezó a preocuparle fue que los niños decidieran ir a por él. A lo mejor acababan echándolo por la ventana tras arrastrarlo por los dedos de los pies o lo utilizaban a modo de trampolín humano. De pronto, al llegar a Penyffordd, se produjo un éxodo en masa y Jesse se quedó a solas con una niña y su hermano, que se habían refugiado en la rejilla superior destinada al equipaje y descendieron con cuidado para sentarse delante de él.

—¿Es así todos los días? —preguntó Jesse.

La niña se encogió de hombros. El hermano miró por la ventana.

Jesse intentó imaginarse a Trichcombe Abufel de joven y en circunstancias similares. ¿Cómo había logrado sobrevivir el asceta asexual a una infancia como aquella? ¿Habría encontrado refugio en las obras de arte inanimadas? ¿Le habrían servido de remanso de tranquilidad y paz?

Al llegar a Buckley, Jesse cogió un autobús hasta Mold, confiando en disfrutar del magnífico paisaje durante el camino, pero el autobús apenas había dejado atrás los suburbios de Buckley cuando aparecieron los primeros edificios del extrarradio de Mold. Jesse comprobó la dirección una vez más: 21, Fford Pentre. Confiaba en que fuese más fácil de encontrar que de pronunciar.

Después de una larga deliberación con Larissa, habían decidido que era mejor visitar al sobrino de Trichcombe, Maurice, que llamarlo por teléfono o enviarle una carta, sobre todo teniendo en cuenta que la subasta se celebraba al día siguiente. En cuanto hubiera pasado la barahúnda de la subasta y la prensa y el público hubieran perdido el interés por el cuadro, Jesse temía que la policía perdiese también interés en revisar el caso de Annie. Y no quería que pasara en la cárcel ni un minuto más.

—¿Y si están de vacaciones? —le había preguntado a Larissa, mientras deambulaba inquieto de un lado a otro del pequeño apartamento.

—Regresarán —respondió Larissa con sensatez.

—¿Y si han tirado todas sus cosas?

—Si lo han hecho, habremos perdido todas nuestras esperanzas —respondió Larissa—. Jesse, debes ir con mucho cuidado. No tienes ni idea de lo poderosos que son los Winkleman.

—Deja ya de decírmelo —replicó Jesse, enfadado.

Le habría gustado poder ir en coche a Mold aquella misma noche. Pero se lo había impedido la falta tanto de coche como de carné de conducir. De haber tenido dinero, habría contratado los servicios de un taxi para que lo llevara hasta allí.

—Mira el catálogo de la pintura —dijo Larissa, cogiendo el voluminoso libro dedicado única y exclusivamente al cuadro.

En la portada, escrito en letras doradas, estaba el título, *La improbabilidad del amor*, y entre las gruesas cubiertas duras había once ensayos ensalzando la importancia del cuadro y su relevancia cultural. Había escritos de Septimus Ward-Thomas sobre el valor del cuadro en la letanía del arte, de Simon Schama sobre su supremacía artística e histórica, así como comentarios de Jasper Johns, Peter Doig, Dexter Dalwood, Catherine Goodman, Gerhard Richter y Tarka Kings, además de poemas de Carol Ann Duffy y Alice Oswald inspirados en la obra.

—Nadie, excepto nosotros, quiere que la subasta fracase —dijo Larissa.

—¡Annie es inocente! —exclamó con pasión Jesse, que había dejado de deambular y se había plantado delante de Larissa con la mirada encendida.

—No estoy diciendo que sea culpable, pero sí que las pruebas en su contra se acumulan —replicó Larissa—. No existe ninguna filmación en la que se la vea a ella en la tienda el día de la supuesta compra y una mujer policía recuerda haberla visto el día después del incendio y mostrándose muy interesada por la muerte del encargado. Está incluso la filmación de las cámaras de seguridad donde se la ve sacando la pintura de Winkleman's, así como las pruebas que apuntan a que estuvo recopilando información sobre la historia del cuadro, además de sus visitas a la National Gallery y el Museo Británico. Los Winkleman tienen incluso el registro de los libros sobre Watteau que sacó de bibliotecas y detalles sobre sus intentos de autenticación del cuadro en un montón de lugares excepto en el más evidente: en casa de sus jefes. ¿Por qué no le enseñó el cuadro a Rebecca?

—No quería que pensaran que perdía el tiempo en el trabajo —rebatía Jesse—. Además, ya sabes que tanto Rebecca como Memling son dos personas que imponen y que resultan tremendamente inaccesibles.

—Tienes que reconocer, Jesse, que la cosa no pinta bien. Al jurado no le costará mucho condenarla —dijo Larissa.

—Le han tendido una trampa.

—Eres un hombre enamorado, Jesse —dijo Larissa, con tacto—. Si quieres ayudar a Annie, tienes que jugar con mucho cuidado y mucha frialdad.

Jesse echó a andar hacia el centro de Mold. Con sed y hambre, miró el establecimiento de Dolphin Inn y se preguntó si le daría tiempo a comer algo y engullir una jarra de valentía holandesa. Pero enseguida volvió a pensar en Annie y experimentó una punzada de vergüenza: tenía su futuro en sus manos y no hacía más que pensar en comer. Encontró Fford Pentre fácilmente, era un complejo residencial de los años ochenta cerca de Chester Road, una calle principal. Las casas estaban construidas con ladrillo rojo y variaban casi imperceptiblemente unas de otras: algunas tenían ventanas en saliente, otras acabados con madera blanca, todas contaban con garajes enormes y patios delanteros empedrados. El número 21 estaba rodeado por un murete y un seto de aligustre. A diferencia de sus vecinos, tenía un pequeño espacio de césped en perfecto estado y macetas colgantes con flores. Un gato con pelaje de color tortuga se acicalaba en el alféizar de una ventana y, enfrente, había un coche pequeño aparcado.

Jesse se había vestido bien. Con camisa azul claro, corbata y su mejor traje de pana, con la esperanza de parecer una persona respetable pero no un engreído. Se alisó el pelo con la mano derecha, se acercó a la puerta y llamó con decisión.

Dentro de la casa, Delia Abufel acababa de prepararse una taza de té, había sacado tres galletas de vainilla de la caja de lata, había anotado que debía comprar más en Tesco's al día siguiente y se había sentado para ver su concurso diario, *Pointless*. Empezaba a las cinco de la tarde y justo a menos diez, con todo «a punto», Delia encendió la tele para ver la risueña cara de Alexander Armstrong anunciando al primer invitado. «Hoy voy a ganar», se dijo Delia. El día anterior había vuelto a perder, una derrota más de una larga serie de decepciones. Sonó el timbre. Un lamento breve pero insistente. Delia miró al gato, que seguía imperturbable lamiéndose la pata. Subió el volumen del televisor. Lo más probable es que fueran niños de la calle, mejor no hacerles caso.

Fuera, Jesse cambió el peso del cuerpo al otro pie. Sabía que había alguien dentro, veía los fantasmagóricos reflejos de la pantalla del televisor parpadeando detrás de las cortinas de rejilla. ¿Cuánto tiempo tenía que dejar

pasar antes de volver a llamar? No quería molestar a los Abufel.

Dentro, Delia estudiaba a los concursantes para decidir qué pareja sería su principal rival. En su mayoría eran gente de la zona central de Inglaterra, normal y corriente, de edad madura, pero había una pareja por la que Delia sintió odio nada más verla, Milly y Daisy, de Blackpool. Para empezar eran guapas, demasiado guapas para tener a la vez un cerebro bien amueblado, buena figura y vestir bien. Delia podría haber sido Daisy o Milly. Delia debería haber sido una chica de ese estilo. Pero la cosa no le había salido bien. La suerte no le había sonreído. Tendría que haberse casado con Tod Florence y haberse marchado a Nueva Zelanda, o aceptar la proposición de Ronnie Carbutt, que ahora era director de Tesco's en Gales, pero Delia se había decidido por un chico guapo del pueblo. Maurice era, francamente, un negado, un fontanero sin ninguna esperanza de ir a más. Un hombre por el que podías poner la mano en el fuego, pero no un hombre con quien compartir la vida.

Con cada hijo había sumado siete kilos; ahora los cuatro se habían ido ya de casa, dejando un enorme hueco en la vida de su madre y una barriga que le colgaba por encima del pantalón. Al lado del televisor había unas estanterías con libros: la superior estaba consagrada a libros de cocina, ejemplares de Nigella, Delia and co.; la inferior contenía su colección de dietas fracasadas, desde la South Beach hasta la Atkins pasando por todo tipo de matices, tres metros de sueños interrumpidos.

Volvió a sonar el timbre. Esta vez más rato y con mayor insistencia.

—¿Qué película ha protagonizado Sigourney Weaver? —preguntó Alexander Armstrong—. Si conseguís adivinar cuál es la menos probable y obtener la menor puntuación, tendréis la oportunidad de pasar al cara a cara.

Delia puso todo su empeño en recordar una película de Sigourney Weaver. ¿Era *Alien*? ¿La tormenta de hielo? ¿Los Cazafantasmas?

Otra vez el timbre. Delia pensó en ir a buscar una jarra de agua hirviendo y echársela a la cara del niño pesado.

Pero entonces le pasó una idea por la cabeza. Tal vez fuera la policía militar para comunicarle que Mark, su hijo mayor, había resultado herido en Afganistán. Venían directamente a casa. No te llamaban por teléfono. ¿Dónde estaba Maurice cuando más lo necesitaba? Le entraron ganas de llorar. Se

levantó con esfuerzo del sofá y corrió hacia la puerta para abrir enseguida.

—Dígame lo peor —dijo, conteniendo las lágrimas.

El hombre que tenía enfrente no parecía un soldado, ni policía, ni funcionario de ningún tipo. Llevaba un traje que había vivido tiempos mejores. La corbata estaba recta, pero el pelo, grueso y de color castaño, salía disparado en mechones irregulares. Delia bajó la vista y vio que tenía los zapatos llenos de manchas de pintura.

—¿Y tú quién demonios eres? —preguntó.

Jesse miró a la mujer que tenía delante, bajita, regordeta, con batín y zapatillas peludas de color rosa. De haber tenido que emparejar a Trichcombe Abufel, de constitución delgada, con sus corbatas siempre perfectas y sus zapatos brillantes, con la persona más improbable del mundo, jamás se habría atrevido a imaginarse a alguien como Delia. Trichcombe nunca delataba sus emociones, la mujer que tenía enfrente había abierto la puerta acongojada de dolor y ahora rebosaba rabia.

—¿Quién demonios eres? —volvió a preguntar.

—Soy amigo de Trichcombe Abufel —empezó a decir Jesse.

—¿Su traficante de huesos? —preguntó Delia en tono dubitativo.

—¿Perdón?

—¿El que lo cabalga?

—No soy más que un amigo —replicó con determinación Jesse.

—¿Cuál crees que es la película menos conocida de Sigourney Weaver? —preguntó Delia, volviendo la cabeza hacia el televisor.

—¿*Gorilas en la niebla*? —sugirió Jesse.

—Una idea de puta madre —dijo Delia, y le cerró la puerta en las narices para volver frente a la tele.

Jesse se quedó en el umbral, mirando la puerta cerrada. Dentro, Milly y Daisy acababan de ganar la ronda con una oscura película titulada *Héroes fuera de órbita*.

—Estos son los nombres de ocho futbolistas. Ahora tenéis que emparejar el equipo británico en el que juegan con la selección nacional que representan —anunció en la pantalla el siempre radiante Alexander Armstrong.

Delia se dejó caer en el sofá. No tenía ni idea de fútbol. Pero resultó que Milly y Daisy sí, ganaron sin despeinarse y con una puntuación bajísima.

El timbre sonó otra vez.

Delia se levantó del sofá y fue a abrir de nuevo.

—¿Y ahora qué pasa?

—Siento molestarla. Pero es realmente urgente.

—No puedo decirte que pases, tendrás que esperar a que llegue Maurice.

—¿Y eso cuándo será? —preguntó con educación Jesse.

—A las seis en punto. Ni un minuto antes ni un minuto después. Y ahora, dime, ¿en qué equipo juega Robin van Persie y de dónde es ese cabrón?

—En el Manchester United y es holandés.

Otro portazo.

Jesse se sentó sobre el murete del exterior de la casa. Un viento fresco azotaba Fford Pentre. Vio que la gente volvía de clase o del trabajo, que aparcaba sus coches de formas cuadradas y colores vivos delante de los porches de ladrillo rojo y entraba a continuación en casa. A pesar de que ya era julio, la oscuridad parecía cernirse temprano sobre la ciudad. Se encendieron las farolas, que derramaron su luz sobre los adoquines. Las casas, tan insulsas y poco atractivas a la luz del día, se transformaban en entidades afables al anochecer y las ventanas brillaban como bondadosos ojos en caras insípidas. A las seis en punto de la tarde, el coche de Maurice Abufel, un Honda Civic, estacionó delante de su casa.

—Hola, usted debe de ser Maurice Abufel —dijo Jesse, apartándose de la pared.

Si Maurice se quedó extrañado al ver a un desconocido merodeando por el jardín de su casa, no lo demostró. Maurice se parecía un poco a su tío: alto, delgado, con facciones exageradas y una expresión bastante lúgubre. Pero a diferencia del exquisitamente conjuntado Trichcombe, aquel Abufel iba vestido con un mono azul y zapatos con suela de goma.

—¿Tú quién eres? —preguntó.

—Soy amigo de su tío, el señor Trichcombe. Era amigo. Lo acompañó en el sentimiento —añadió Jesse rápidamente.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Maurice, sacando del bolsillo la llave de la puerta—. ¿Por qué no has llamado al timbre? Pasa.

Maurice abrió la puerta e invitó a Jesse a seguirlo. Una vez dentro, Maurice se quitó la gorra y la dejó sobre la mesa; a continuación, colgó la llave de un gancho donde podía leerse la palabra «Llave», la llave de casa del coche en otro gancho que decía «Coche de M.». Luego, abrió un armario del recibidor y colgó con cuidado la chaqueta en una percha de plástico de color azul.

—Tenemos visita. Apaga la tele —dijo Maurice.

—¿Quién es?

—Un amigo del tío T. Estaba esperando fuera.

Maurice y Jesse estaban todavía en el pequeño recibidor. A través de la puerta abierta, vieron que Delia se levantaba con esfuerzo del sofá y se dirigía hacia ellos.

—Le he dicho que esperara fuera —dijo Delia, sin mirar a Jesse.

—¿Por qué? Hace frío ahí fuera.

—Podría tratarse de un violador —contestó Delia.

Maurice miró a su mujer de arriba abajo.

—Sigue soñando, mujer, sigue soñando.

—Cierra el pico, Maurice, y ven a tomar el té —dijo Delia.

—¿Hoy qué hay?

—Varitas de pescado y judías.

—Sí, claro, es miércoles.

—No hay suficiente para tres —dijo Delia, mirando a Jesse.

—Cocinas para diez, y comes por nueve. Esta noche podrías contener un poco. No te morirás por eso. —Maurice se volvió hacia Jesse—. Pasa y cuéntanos qué te trae por aquí. —Le guio hacia la cocina.

Jesse no había comido nada desde la mañana, pero se limitó a hablar aprovechando que la pareja le prestaba atención. Les explicó lo de Annie, que había comprado el cuadro en una tienda de objetos de segunda mano y que él la había animado a que se lo autentificaran. Luego les explicó que Trichcombe había descubierto algún secreto oscuro del pasado de Winkleman y que había sido literalmente expulsado y desacreditado del mundo del arte de Londres en los años setenta. Había algo en aquel cuadro, les explicó Jesse, que verificaba la corazonada de Trichcombe. Este había tardado más de cuarenta años en desenmascarar a los Winkleman y, cuando coincidió con Annie y vio el cuadro, tuvo por fin la prueba. El historiador del arte había escrito su teoría y tenía pensado publicarla en una revista llamada *Apollo*. El día antes de que Trichcombe se reuniese con el editor para explicarle la historia, falleció repentinamente.

—El forense dijo que había sido un infarto —le interrumpió Maurice.

—¿Qué tipo de persona borra todos los registros del teléfono, del ordenador y vacía todos sus archivadores, y entonces le da un infarto? —preguntó Jesse.

—A lo mejor tenía mucho estrés.

—El conserje del edificio lo vio salir por la mañana. Llevaba un paquete y le contó que iba a correos. Le pregunté si lo había visto pálido o con aspecto de estar enfermo. Pero me dijo que estaba de lo más animado, que incluso dijo «Buenos días», lo que era sorprendente en un viejo cascarrabias como él. Con mis debidos respetos lo digo —añadió rápidamente Jesse.

—Era un viejo cabrón con mala leche —reconoció Delia.

—Dos noches antes cenó con una amiga mutua y le contó que había descubierto algo que dejaría impresionado a todo el mundo. Dijo que demostraba que él tenía razón y que lo habían calumniado —dijo Jesse, inclinándose hacia ellos—. No creo que la muerte de Trichcombe fuera un accidente.

Maurice y Delia se miraron entre ellos.

—Justo hoy, cuando ponía la lavadora, estaba pensando que en Mold nunca pasaba nada —dijo Delia.

—En Mold nunca pasa nada. Esto sucedió en Londres —dijo Maurice.

—Mi amiga me ha dicho que Trichcombe tal vez les envió algo, una copia de su informe —dijo Jesse, conteniendo la respiración. Es la última esperanza de Annie.

Maurice negó con la cabeza.

—Nada, me temo.

Delia permaneció callada y dijo de pronto:

—El paquete... Creía que era de ASOS. Bajé hasta el centro, tuve que hacer cola durante tres cuartos de hora y luego resultó que no era más que otro de sus manuscritos. Me llamó unos días antes para avisarme.

—¿Y qué ha hecho con él? —preguntó Jesse, inclinándose sobre la mesa.

—Es lo que estoy intentando recordar —respondió Delia, recostándose en la silla.

—Piensas tomarte tu tiempo, ¿no? ¡Estamos hablando del asesinato de mi tío y de un arresto injusto! —dijo Maurice.

—Después de correos, fui a la carnicería y compré chuletas de cordero. Me encontré por casualidad con Lily y dijo que fuéramos a casa de Ivy a tomar un café. Así que fuimos a casa de Ivy, que había preparado un pastel estupendo. Bizcocho con mermelada, nata y fresas de verdad, de España.

Jesse tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no ponerse a gritar de frustración.

—Y luego volví a casa.

—¿Y eso fue todo lo que hiciste ese día? —preguntó Maurice con incredulidad—. Durante ese tiempo, yo seguramente conduje de Chester a Birmingham, reparé cuatro calderas, desatasqué un par de desagües y completé los consabidos formularios de reparación. Y tú, mientras tanto, ¿sentada como María Antonieta comiendo pastel?

Delia hizo un mohín pero no replicó.

—¿Volvió con el paquete a casa? —preguntó Jesse.

—Estoy intentando pensar qué bolsa llevaba.

—¿Y no podría habérselo dejado en casa de esa tal Ivy? —preguntó Jesse, intentando que su tono de voz no revelara el pánico que sentía.

—¿Llevaría el capazo de la compra o la bolsa de reddecilla?

—¿Y qué tiene que ver eso con el tema? —preguntó Maurice.

—Que una tiene un bolsillo.

—Tal vez podría mirar ese bolsillo —insinuó Jesse, ya de pie.

Delia se acercó al armario y lo abrió. El capazo estaba detrás de la tabla de planchar. Delia palpó el bolsillo frontal.

—Aquí no está. —Levantó la cabeza, vio el reloj y contuvo el aliento—. En diez minutos empieza *Mac Show*; esta noche sale Rob Brydon. ¿Vamos a verlo?

—Por favor, señora Abufel. Sé que es mucho pedir, pero tenemos que encontrar ese paquete —dijo Jesse, intentando mantener firme su vacilante voz.

—No te preocupes, seguiré buscándolo en cuanto termine el programa.

Esta vez fue Maurice quien se levantó. Maurice, con sus desgastadas zapatillas de cuadros, su peinado con raya al lado para disimular la incipiente calvicie, su jersey marrón con coderas por encima de su ropa de trabajo Corgi y sus gafas graduadas estilo años sesenta, se transformó de repente y pasó de fontanero a exaltado coloso.

—Levanta el culo de la silla y sube al desván —le gritó a su mujer—. Por una vez en tu vida, deja la tele en segundo término y pon a una persona por delante. Estamos hablando de mi tío Trich. Era mi familia. Y la familia es lo primero. De no ser por eso, yo ya habría salido por esa puerta hace muchos años. Y ahora ve y trae hasta el último papel que haya podido enviar mi tío y bájalo a la máxima velocidad que te den tus cortas patas.

Delia miró pasmada a su marido. Abrió y cerró la boca, y se marchó corriendo. Jesse y Maurice permanecieron sentados en silencio, escuchando

sus pesados pasos subiendo la escalera, luego en el descansillo hasta que, al final, se escuchó el golpe seco de la escalera del desván al desplegarse. Cuando Delia accedió a la buhardilla, se oyó un crujido.

—¿Tal vez debería subir a ayudarla? —preguntó Jesse.

—Quédate aquí —dijo Maurice, mirando al frente.

Delia regresó pasados unos minutos con tres bolsas. En su interior había sobres marrones acolchados sin abrir con el nombre de Maurice escrito en la parte delantera. Detrás, escrito también a mano, el nombre y la dirección de Trichcombe. Jesse los miró rápidamente por encima. Ninguno era reciente.

—¿Son sus libros? —preguntó Maurice, mirando los sobres.

—Escribió doce como mínimo —respondió Jesse. Examinó con atención todos los matasellos—. No está aquí.

—Ve y llama a Ivy. Mira si te lo dejaste allí —le ordenó Maurice a su esposa.

—Estará viendo *The One Show* —refunfuñó Delia, saliendo al pasillo para llamar por teléfono.

Resultó que Ivy no tenía el manuscrito. Tampoco Lily.

Jesse sabía que su futuro y el de Annie se le estaban escapando de las manos. Sabía que no había esperanza, que declararían a Annie culpable y pasaría el resto de su vida en la cárcel por un crimen que no había cometido. Que sacrificarían su vida para que un secreto no saliera nunca a la luz. Jesse sabía también que nunca más volvería a enamorarse. Habría otras mujeres, seguro, recuerdos que recordar, cuadros que pintar, pero serían simplemente una sombra de la vida que le habría gustado poder disfrutar al lado de Annie. Comprendió de repente que, hasta el momento en que conoció a Annie, su existencia había estado envuelta en ambivalencia y su concepto del éxito no había ido más allá de la libertad personal: libertad con respecto al compromiso, las preocupaciones, la pobreza, la riqueza, la ansiedad y las posesiones. Se había construido una existencia insulsa y cerrada a nivel emocional.

Amaba a su familia y amaba la pintura, y poco más. Había habido un par de mujeres por las que había valido la pena mover un dedo, pero cuando se habían alejado de él quejándose de su falta de compromiso y responsabilidad, Jesse se había limitado a encogerse de hombros en gesto de disculpa.

Pero todo eso había cambiado después de conocer a Annie. Su vida, que hasta entonces había sido una simple serie de notas monótonas y agradables,

había explotado en una cacofonía de acordes desenfrenados e impredecibles. Había sido como si la luz del sol iluminara de repente rincones oscuros y desconocidos de su persona. Se había vuelto tremendamente bobo, exaltado y generoso. Sonreía a los desconocidos, cantaba en el ascensor, bailaba por los pasillos. Cuando oía una melodía era como si la escuchara por primera vez, todos los colores le parecían nuevos. Nada le suponía ningún esfuerzo, corría por las calles y subía las escaleras a saltos. Era como si le hubieran quitado de los ojos un velo inexplicable y ahora veía el mundo desde un punto de vista que le resultaba familiar pero que, a la vez, era sorprendente. Todo estaba intensificado, agudizado, todo era más emotivo. Su pintura había experimentado una enorme transformación: los tonos apagados y las composiciones cuidadas habían cedido paso a extravagantes estallidos de color y descabelladas fantasías, los pinceles volaban con energía e ímpetu sobre los lienzos. De vez en cuando, sus pulmones llegaban incluso a vaciarse de aire y tenía que sujetarse a algún objeto sólido para que el suelo no cediera bajo sus pies. Sabía, con absoluta e innegable certidumbre, que Annie y él estaban hechos para estar juntos.

Pero junto a aquel nuevo descubrimiento había llegado también lo contrario, el miedo a la pérdida. Desde el instante en que había conocido a Annie, había experimentado por vez primera una sensación de verdadero terror. Su actitud despreocupada y desenfadada hacia la vida se había evaporado y cualquier acto, cualquier hecho, por minúsculo que fuera, estaba subrayado por una sensación de pánico e inquietud. Ahora, sentado en la cocina del 21 de Fford Pentre, Jesse comprendió que había perdido, que Annie y él nunca estarían juntos y que la persona que más amaba en el mundo se enfrentaba a un futuro tenebroso. Se sujetó la cabeza entre las manos y rompió a llorar.

—Tengo a un desconocido llorando en mi cocina —dijo Delia.

Maurice sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó a Jesse. Se volvió entonces hacia Delia y dijo:

—Busca la cesta y la bolsa de rejilla. Repasa de arriba abajo todo lo que tenemos por reciclar. Tiene que estar allí.

Delia miró el reloj. No sabía muy bien qué iban a dar ahora. ¿Qué día de la semana era?

Maurice se levantó y abrió el armario. Sacó de cualquier manera la escoba y las sartenes para llegar a la cesta y las demás bolsas.

—Lo estás desordenando todo —dijo Delia en tono quejumbroso.

—Ve a mirar donde guardamos el material para reciclar, ahora mismo —le espetó Maurice.

Delia se levantó y salió por la puerta de atrás para ir a la vieja carbonera, donde guardaban los papeles y los plásticos. Desde que el ayuntamiento había empezado a hacer recortes, solo pasaban cada quince días y la montaña era considerable.

Maurice volcó el contenido de la cesta. Emergió una solitaria zanahoria. Le dio la vuelta al forro. Nada.

Delia entró en la carbonera y encendió la luz. Empezó a repasar los papeles apilados. Estaba rabiosa y se sentía humillada. ¿Cómo se atrevía Maurice a hablarle en aquel tono delante de un desconocido? ¿Cómo se atrevía aquel desconocido quejumbroso a interrumpir sus horarios de televisión? Le arreó un puntapié a la montaña de papeles y se esparcieron por el suelo. Allí no había nada. ¿Qué se pensaba Maurice? ¿Que si hubiese metido el sobre de su tío en la pila no se acordaría? Delia se quedó inmóvil. El canto grisáceo de un sobre acolchado. Tiró y apareció la enmarañada caligrafía de siempre. El pánico se apoderó de ella, ruborizándola. Cuando Maurice se enterara, se le caería la cara de vergüenza y quedaría como una imbécil. Mejor esconderlo y, cuando a la mañana siguiente Maurice se fuera a trabajar, lo haría pedacitos o lo llevaría a Tesco's para reciclar. Lo primordial era que aquel tipo lloroso se largara de la cocina y ella pudiera seguir viendo la tele. Delia solo era capaz de salir adelante si en su mundo reinaba el orden, de lo contrario empezaba a temblar y se sentía presa del pánico. Intuía que lo que quisiera que contuviera aquel sobre le cambiaría la vida, y no necesariamente a mejor.

—¿Qué haces? —preguntó Maurice, apareciendo de repente detrás de ella y proyectando en la carbonera una sombra aterradora.

—Vaya susto me has dado —dijo Delia; retrocedió e intentó tapan el sobre empujando unos papeles con el pie.

Por el rabillo del ojo, Maurice vio que Delia miraba nerviosamente de soslayo.

—¿Qué estás escondiendo? —preguntó.

—Nada, ¿qué quieres que esconda aquí? —respondió ella—. Volvamos a casa y consolemos a ese chico. El pobre. Podrías acompañarlo en coche a la estación —dijo, consciente de que nadie debía encontrar el sobre.

Maurice la apartó de un empujón, se arrodilló y empezó a repasar la pila de papeles.

—Está sucio, levántate —le instó Delia.

Maurice tardó menos de veinte segundos en encontrar el sobre de Trichcombe. Lo cogió triunfante con una mano, se incorporó y salió de la carbonera sin mirar a su mujer.

Entró en la cocina y tiró el sobre en la mesa, delante de Jesse.

—Encontrado. ¿Y ahora quién lo abre? ¿Tú o yo?

Jesse levantó la cabeza, miró a Maurice y luego el sobre y se secó la cara.

—Es maravilloso. Es maravilloso. Lo ha conseguido.

Se levantó y abrazó a Maurice, luego fue a abrazar a Delia.

—No te atrevas ni a acercarte —dijo Delia entre dientes, irguiéndose ante él con una altura que apenas rozaba el metro cincuenta y cinco.

Con mucho cuidado, Maurice abrió el sobre, introdujo la mano y extrajo una memoria USB, unas fotografías, un documento escrito a máquina de unas cuarenta páginas y una carta.

Querido Maurice:

Confío en que nunca tengas ocasión ni de leer esta carta ni de tener que actuar según indica su contenido. Si llega ese día, lo más probable es que yo esté muerto. Soy tu pariente más próximo y un ciudadano de bien y responsable. Siempre he estado convencido de tu buen hacer y he confiado en que hayas conservado las copias de mis trabajos. Imagino que no habrás tenido ni tiempo ni predisposición para digerir mis libros. Nunca he conocido a nadie que se haya criado en Mold y haya compartido mi pasión por el arte. No estoy del todo seguro acerca de los orígenes de la mía. En casa de tus abuelos no había ni una simple reproducción de ningún cuadro, y mucho menos un original; creo que mi pasión se encendió cuando a la directora del colegio, la señorita Quilter, se le pasó por alto realizar la reserva para una excursión a la fábrica Bournville y no nos quedó otro remedio que perder el tiempo en el Birmingham City Museum and Art Gallery. Tal vez no lo recuerdes, pero te llevé allí de pequeño. Soy de la opinión de que todo el mundo se merece una experiencia de las que pueden cambiarte la vida, aunque luego no arraigue. En mi caso, el arte fue mi salvavidas; estudiarlo, contemplarlo y amarlo fue la única manera de sentirme un poco menos solo y raro. Hay quien ama a las mujeres o a los hombres, el juego o la botella; yo amo la pintura y he consagrado toda mi vida a su estudio y a intentar explicar a los demás su belleza y su mística.

Maurice se reajustó las gafas, fijó la vista en la carta y continuó.

Hubo un hombre que me ayudó a consolidar una carrera profesional, pero ese mismo

hombre la destruyó. Se llama Memling Winkleman.

Maurice dejó de leer y miró a Jesse.

—¿Es él?

Jesse asintió. Las lágrimas se habían secado y el corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Siga leyendo, por favor —le instó.

Confío en que cuando leas esta carta, su nombre sea reconocido internacionalmente y se haya descubierto lo que en realidad es: un criminal falso y deshonesto, un nazi, que nunca permitió que nada se interpusiera en su camino con tal de construir el mayor imperio del mundo del arte.

—Un nazi. Eso me gusta —dijo Delia.

Maurice le lanzó a su esposa una mirada que la silenció al instante y siguió leyendo.

Tal vez sepas, aunque tal vez no, que yo era su especialista en autenticaciones, es decir, el experto que declara si algo es bueno o malo. Poseo un conocimiento prodigioso sobre pintura (si acaso me está permitido reivindicar algo), además de memoria fotográfica. En cuanto veo un cuadro y lo estudio con cierta profundidad, jamás olvido ni un solo detalle. Basta con que me muestres una esquina de un Rembrandt y te lo contaré todo sobre esa obra. Gracias a esto me convertí en un experto cazador de cuadros; Memling y yo nos pateábamos las salas de subastas y en cuanto yo identificaba y certificaba una obra maestra, él la compraba. Lo curioso del caso es que a mí nunca me interesó mucho el dinero; lo que yo buscaba era saberme relacionado con grandes cosas y poder disfrutar de la oportunidad de publicar mis ideas y puntos de vista. Memling y yo formamos una sociedad magnífica; él se hizo rico y yo obtuve aprobación.

—¿A qué se refiere con eso de aprobación? —preguntó Delia.

Maurice y Jesse la ignoraron.

Pero había una cosa que nunca alcancé a comprender; una cosa que jamás pudo él explicarme. Incluso cuando el mercado andaba apurado, incluso cuando había menos obras, Memling siempre era capaz de descubrir grandes pinturas, como por arte de magia, salidas de la nada. Cogía un avión y regresaba con uno o dos lienzos. Yo le preguntaba de dónde y cómo los había obtenido. Nunca me respondió. En una ocasión, apareció con un Tiziano realmente fabuloso, un retrato de una joven, pequeño pero perfecto. Lo de aquel cuadro me picó la curiosidad. Conocía la composición por un grabado que había visto en la Gemäldegalerie de Berlín. Pronto averigüé que, antes de la guerra, el cuadro pertenecía

a una familia judía y luego había desaparecido. Empecé a realizar comprobaciones con otros cuadros que habían pasado por la galería —a escondidas, por supuesto— y descubrí que en los diez años que yo llevaba trabajando en Winkelman habíamos gestionado una treintena de pinturas que habían sido propiedad de judíos exterminados durante el Holocausto. Creo que desde aquel mismo momento supe lo que aquel descubrimiento podría llegar a costarme.

Un día entré en el despacho de Memling sin llamar y allí, encima del escritorio, tenía una obra del maestro francés Watteau, un cuadro titulado *La improbabilidad del amor*. Lo conocía por grabados, naturalmente, y es una obra de arte maravillosa. Se dice que su belleza tiene el poder de inspirar el amor en nosotros, los simples mortales; en mí inspiró una especie de locura. Sin pensarlo, lo cogí de la mesa y lo devoré con los ojos. Podía haber fingido no verlo. Memling me arrancó el cuadro de las manos y me gritó diciéndome que me fuera del despacho, que abandonara el edificio. Me quedé tan sorprendido que hice lo que me ordenaba. Cuando regresé a la mañana siguiente, encontré todas mis posesiones y libros en el interior de una caja, en la acera. Se me prohibió por completo la entrada al edificio. Los rumores se iniciaron de inmediato. El mundo del arte es un espacio minúsculo gestionado por una élite poderosa. Cuando entraba en exposiciones privadas o en galerías, todo el mundo me observaba con perplejidad o me lanzaba miradas hostiles. Empezaron a rechazar mis manuscritos; no conseguía que me publicaran nada y mucho menos que me dieran trabajo. Intenté por varios medios dar el soplo de lo que había pasado con Memling, revelar mis descubrimientos, pero nadie quería escucharme. Sabían dónde estaba el poder. En el baile del poder todos somos cómplices.

Me daba para llegar a final de mes. Justo. Tenía mi piso y un pequeño sueldo de la Wallace. He seguido escribiendo libros, que en su mayoría no he podido publicar. Tienes una copia de todos ellos. Llegué a aceptar que el mundo era así. Que todos los Memling de este mundo prosperaban y que los hombrecillos de Mold terminaban pudriéndose.

Pero un día recuperé la esperanza. Vi un dibujo del cuadro —del Watteau, de *La improbabilidad del amor*— y una joven me dijo que lo tenía. Tal vez fuera por tantos años de rabia latente contenida o por algún vestigio que pueda quedar en mí del espíritu luchador de los galeses, pero supe que estaba ante la oportunidad de revelar la verdad sobre el monstruo. Esta pequeña y bella obra de arte me ha dado la fuerza y la determinación necesarias para hacer lo que debería haber hecho hace ya muchos años.

Este largo ensayo, que confío sea publicado y difundido por la prensa especializada en arte de ámbito mundial, te explicará cómo lo hice y en qué se basan mis evidencias. A pesar de las vidas que se habrán perdido por el camino, se hará justicia por fin.

Si, por alguna razón, mi vida acaba de repente (y no sería dramatizar en exceso suponer que así será), te pido, querido sobrino, que te asegures de que esta información consigue ver la luz del día. Te insto a que lo llesves todo a cabo desde el anonimato y con sumo cuidado; sé que eres un hombre a quien le gusta hacer justicia.

Con todo mi respeto, tu tío,

Trichcombe.

Delia se llevó una mano al corazón.

—Sabía que deberíamos haber dejado esto en la carbonera, Maurice. Esto es un problema.

—Enchufa la tetera —replicó Maurice.

Durante las dos horas siguientes, hasta las diez de la noche, Jesse y Maurice estuvieron leyendo y releendo el ensayo de Trichcombe y examinando sus detalladas notas al pie. El historiador del arte había abandonado todo convencionalismo y escrito el relato en primera persona, pormenorizando su relación con Memling y los negocios que habían hecho juntos. Hablaba sobre las sospechas que había desechado y sobre el retrato de Tiziano, junto con otras apariciones «milagrosas». Trichcombe hablaba abiertamente sobre cómo había sofocado sus recelos con tal de seguir adelante en su carrera profesional, hasta el día en que vio el Watteau. Todos los cuadros que mencionaba tenían una explicación detallada de su procedencia, por la que se demostraba que antaño habían pertenecido a judíos que habían perdido la vida durante la guerra. La prueba más devastadora la constituían las fotografías del joven «Memling» con la familia Winkleman, en su apartamento de Berlín, posando delante de *La improbabilidad del amor*. Después de salir del apartamento de Danica Goldberg, en Schwedenstrasse 14, Trichcombe había ido directamente al Registro Civil. Había conseguido una copia de la partida de nacimiento de Memling Winkleman y también la de un muchacho llamado Heinrich Fuchs. Pero Trichcombe no se había detenido allí. Lo siguiente que había descubierto habían sido diversas fotografías de las Juventudes Hitlerianas donde aparecía un joven recluta llamado Heinrich Fuchs, una versión juvenil del hombre al que todo el mundo conocía en la actualidad como Memling Winkleman. Trichcombe había seguido la pista del joven y había averiguado que formó parte de la unidad nazi especializada en obras de arte, donde trabajó directamente a las órdenes de un oficial llamado Karl Haberstock. Tal vez la fotografía más asombrosa era la que mostraba a un oficial de baja graduación posando al lado de Hitler, sujetando un cuadro. A pesar de que la foto era borrosa y estaba algo desenfocada, el joven, con la gorra ensombreciéndole la cara y la espalda tiesa como un palo, era, sin duda alguna, Heinrich Fuchs.

—¿Y ahora qué demonios hacemos? —preguntó Maurice, echando la silla hacia atrás.

—Fingir que no has visto nada de todo esto —dijo Delia.

Había pasado las últimas dos horas dando vueltas, nerviosa, sentándose delante del televisor, levantándose y volviendo a la cocina.

—El genio ya está fuera de la lámpara. Tenemos que hacerle justicia a tío T. —dijo con firmeza Maurice—. No creo que los chavales de la prensa local se tomen esto en serio.

Jesse estaba haciendo fotos con el teléfono móvil de todas las imágenes y páginas del manuscrito y salvándolo todo en un servidor remoto.

—¿Y si lo envío a alguien por correo? —sugirió.

—Nos vamos en coche a Londres con las pruebas —dijo decidido Maurice.

—Pero si tú no has estado nunca en Londres. Ni siquiera lo encontrarías —le interrumpió Delia.

—Hay cosas que son demasiado grandes como para no encontrarlas —replicó él, mirándola de arriba abajo.

—No puedes dejarme aquí —dijo Delia.

—Tendría que haberte dejado hace mucho tiempo.

Maurice salió de la cocina y subió por la escalera. Jesse y Delia se quedaron sentados a la mesa de la cocina sin decir nada. La cara de Jesse lucía una sonrisa de oreja a oreja; la cara de ella, sin embargo, parecía un pedazo de cera después de pasar una noche encima de un radiador, las mejillas colgando y los ojos caídos.

Maurice reapareció al cabo de pocos minutos con una maletita en una mano y el abrigo en la otra.

—Vamos, Jesse. En marcha.

## Capítulo 37

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL DAILY SHOUT

Arte y arrestos: La improbabilidad de cualquier cosa

Por nuestro especialista en arte

Arthur Christopher

Con unas medidas de solo cuarenta y cinco por sesenta centímetros, pintado al óleo sobre lienzo, *La improbabilidad del amor*, un pequeño cuadro, posee una historia extraordinaria que, en los últimos tiempos, ha dado un giro más fantástico si cabe. Programado para salir a subasta en Monachorum ayer a las ocho de la tarde, el cuadro, obra de Antoine Watteau, el gran maestro del siglo XVIII, tenía que batir todos los récords. Pese a carecer de la excelencia o la importancia histórica de un gran Tiziano o de un Leonardo, pese a no estar tan en boga ni ser tan revolucionario como un Richter o un Warhol, la procedencia de este cuadro ha cautivado la imaginación de todo el mundo. Muchos coleccionistas anhelaban añadir su nombre a la ilustre lista de destacados reyes, reinas, pensadores y amantes que han sido propietarios de la pintura.

Momentos antes de que se iniciase la venta, un apagón dejó la sala a oscuras y la casa de subastas sumida en el caos. Las puertas de seguridad se activaron automáticamente, encerrando en la sala a doscientos cincuenta destacados invitados. Lo que siguió fue un pandemonio, que empeoró con la llegada de veinte policías armados que se enfrentaron a los miembros de los equipos de seguridad privados, que estaban allí para proteger a algunos de los personajes más ricos del mundo, así como al presidente de Francia y al ministro de Cultura británico. Hubo disparos; el señor Barthomley Chesterfield Fitzroy St. George resultó herido en el brazo, aunque la única muerte fue la de la señora Melanie Appledore, la filántropa residente en Nueva York de setenta y nueve años de edad, que falleció de un infarto.

La multitud apiñada en el exterior, congregada allí para presenciar las imágenes de la subasta en directo, no facilitó las cosas. Cuando el apagón dejó en negro las pantallas de televisión instaladas para la ocasión, los espectadores, contrariados, intentaron entrar a la fuerza en la casa de subastas.

Entre tanto tumulto, nadie se dio cuenta de que el cuadro desaparecía delante de las narices de los medios de comunicación de todo el mundo, la policía y los equipos de seguridad. La confusión que siguió fue gigantesca. ¿Se habría llevado un encargado el cuadro a la caja fuerte? ¿Lo habría birlado uno de los importantes invitados?

A primera hora de esta mañana, un periodista de este periódico, apostado delante del domicilio del señor Memling Winkleman, ha informado de que oficiales uniformados se han presentado en la casa a las ocho de la mañana y han salido acompañados por el famoso marchante. La comisaría de policía de Paddington Green ha confirmado después que el anciano, de noventa y un años de edad, y su hija, Rebecca Spinetti-Winkleman, de cincuenta, estaban colaborando en los interrogatorios. No han salido todavía a la luz los cargos de los que se les acusa.

Hoy, a mediodía, la señorita Annie McDee ha salido en libertad de la cárcel de Holloway después de que se hayan retirado todos los cargos contra ella. Los lectores recordarán que la señorita McDee estaba actualmente en prisión provisional acusada de robo, extorsión, fraude con conspiración y asesinato del señor Ralph Bernoff, hijo del propietario de Bernoff and Son, Goldhawk Road, Londres.

A las diez de esta mañana, el Simon Wiesenthal Center ha tuiteado que uno de los últimos líderes de división nazi, Heinrich Fuchs, ha sido desenmascarado. Fuchs, uno de los principales integrantes de la famosa «unidad del arte» de Hitler, conocida oficialmente como la Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR), estaba desaparecido desde 1945. Los rumores, pendientes de confirmación, sugieren que Fuchs debió de robar la identidad y la herencia de Memling Winkleman, un judío que falleció en Auschwitz en 1943.

A las once de la mañana, el presidente francés ha emitido el siguiente comunicado: «Anoche viajé a Gran Bretaña con el objetivo de realizar la compra de una importante obra de arte francesa, *La improbabilidad del amor*, de Watteau, que debería estar expuesta en el Palacio del Elíseo de París. Es de vital importancia para el país que el cuadro regrese a suelo francés lo antes

posible».

A mediodía, el 10 de Downing Street ha emitido el siguiente comunicado: «Nos complace anunciar que uno de nuestros operativos consiguió rescatar anoche de la sala de subastas el cuadro de Watteau *La improbabilidad del amor*. En estos momentos, y hasta nuevo aviso, la pintura se halla a buen recaudo en lugar seguro».

## Capítulo 38

Como seguramente habrás adivinado, todo lo sucedido fue un trabajillo del joven agente del gobierno, el señor Darren Lu, que se hizo pasar por un conserje. Durante los momentos de caos que siguieron al apagón, aprovechó para abrir un agujero en mi supuestamente impenetrable cristal protector, meterme en una mochila, bajar por la escalera y abandonar el edificio por la puerta de atrás.

Me supo mal por la pobre señora Appledore, una dama que había superado una guerra mundial, navegado por las brutales aguas de Park Avenue y sobrevivido como solitaria viuda durante casi un cuarto de siglo, y había fallecido en la sala de subastas. Al menos, murió *hors de combat*, creyendo que había jugado la vida de la mejor manera posible.

Fue una decepción tremenda no poder establecer un nuevo récord mundial en una subasta. El astuto conde esperaba sacar más de quinientos millones de dólares. Cifra fácilmente alcanzable, teniendo en cuenta que *Los jugadores de cartas* de Cézanne, una de las cinco versiones, alcanzó doscientos sesenta y un millones de dólares y mi procedencia es muchísimo más fabulosa que la de *El retrato de Adele Bloch-Bauer* de Klimt, vendido por ciento cincuenta millones.

Que no te sorprenda que me dé tanta coba; mi lienzo está estampado con las pinceladas de un genio y cubierto con siglos de deseo, amor y avaricia. Todos mis propietarios le sumaron una capa intangible aunque imborrable; la primera la formó la efusividad de mi maestro; la segunda, el cariño fraternal de su amigo Julienne, y a estas le siguieron la admiración de los grandes y de los abominables; incluso la joven Annie le añadió un poquito de magia. Estas capas de aprecio, aunque invisibles para el ojo humano, son susceptibles de ser capturadas por aquellos dotados con el poder especial de la intuición y la sensibilidad.

¿Explica esto, te oigo preguntar, los precios de locura que alcanzan las obras de arte y por qué los de mi índole tenemos un valor más elevado que el oro o los diamantes, y la pintura es una inversión más fiable que las casas o los terrenos cuando en realidad no somos más que un pedazo de tela extendido sobre cuatro finas varitas de madera? La respuesta es muy simple: mira a tu alrededor, echa un vistazo a este mundo loco, impío y cínico y pregúntate en qué y dónde puede depositar su confianza la humanidad. Ya sé que pensarás que yo, que parezco un predicador, no soy más que un pesado con todo este sermón, pero en una era de decadencia, de degeneración y obsesionada por el dinero como esta, donde incluso Mammón acaba decepcionando a muchos, el arte se ha convertido en una especie de religión y la belleza ofrece una forma excepcional de trascendencia.

Igual que sucede con otras religiones de éxito, el arte ha evolucionado y ofrece templos gloriosos y altos sacerdotes cultos, así como pactos y credos. Las nuevas iglesias son lo que se conoce como museos, lugares en los que la contemplación del arte se ha convertido en una especie de oración y actividad comunitaria. Los muy ricos pueden poseer capillas privadas que llenan con rarezas inimaginables y en las que tienen garantizado asiento de primera fila. Aunque siempre fue así.

Volvamos a *moi*: ha habido disputas espantosas en torno a mi propiedad. Annie, fiel a su palabra, renunció a todos sus derechos, razón por la cual todo el mundo anda buscando por todas partes un pariente o un primo lejano de los Winkleman. Han aparecido ya diez mil impostores; la mayoría son descartables de inmediato, pero hay una mujer en Israel cuyas alegaciones podrían ser ciertas.

Yo lo único que deseo es resolución, no restitución. Últimamente he vivido demasiado movimiento y estoy desesperadamente necesitado de un periodo de paz y consolidación. Mi bendición no es otra que inspirar emociones exageradas; mi maldición, ser completamente impotente en lo que a mi destino se refiere.

Por el momento, me han colgado en el comedor de la mansión del primer ministro para «salvaguardarme», aunque su principal objetivo es incordiar a los franceses. Han pasado trescientos años y no ha cambiado nada; Francia e Inglaterra siguen con sus rencillas, por pequeñas que sean. Ese Peñón de Gibraltar, cedido a los británicos en 1713, continúa siendo el eterno motivo de discordia con los españoles, y los británicos y los rusos siguen aún

enamorándose y desenamorándose; siempre fue así. Últimamente nadie habla mucho sobre Suecia ni sobre el imperio austrohúngaro, sino que hay dos jugadores nuevos, Estados Unidos y China; los superpoderes vienen y van, el control fluye y refluye.

*Le scandale du jour* fue que el anciano nazi se tomó una pastilla de cianuro en la celda donde estaba encarcelado y murió echando espuma por la boca en el suelo de la prisión de Wandsworth. Apareció entonces una carta en la que declaraba que la hija no estaba al corriente de los tejemanejes del padre; a mí no me la dan con queso, como solía decir el sacabotas. La carta en cuestión reveló además el paradero de un alijo de cuadros desaparecidos, requisados por los nazis, en una mina de sal abandonada de la región de Baviera. En estos momentos, Rusia, Francia y Alemania se pelean a puño partido para decidir quién es el propietario de ese tesoro. Desde tiempos de Helena de Troya, la verdad es que la belleza siempre ha inspirado la guerra.

Annie fue puesta en libertad sin ningún cargo. Fue invitada a comer con el primer ministro y acudió acompañada por Jesse y un hombre galés. Resultó que hubo un problema con un inodoro atascado. El galés se sacó la chaqueta y se marchó con un ordenanza. Reapareció media hora más tarde, problema resuelto. El primer ministro se mostró entusiasmado y les dio la paliza hablando sobre la figura del buen ciudadano y la «gran sociedad». Debo decir que el primer ministro es un poco aburrido, aunque lo que resulta evidente es que para querer meterse en política hay que ser aburrido, y más aburrido aún si lo que pretendes es seguir allí.

El galés tuvo entonces otra idea: ¿y si me convertían, a *moi*, en «El cuadro del pueblo»? Propuso poner en marcha una campaña en la que todos los ciudadanos donaran tres libras para la gran causa de salvaguardarme para la nación. Al primer ministro le encantó, consciente de que si el proyecto salía adelante se convertiría en el primer político de la historia que implementaba un impuesto del agrado de todos.

Annie vino a verme justo antes de marcharse a Estados Unidos. Miró a su alrededor para asegurarse de que no la oía nadie y le susurró a mi lienzo.

—Gracias —dijo—, por despertar de nuevo mi fe en este mundo y, sobre todo, por ayudarme a creer otra vez en el amor. Tengo una deuda enorme contigo.

Instantes después, Jesse apareció detrás de ella, la rodeó con el brazo y la besó con suavidad en la cabeza.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—En *La improbabilidad del amor* —respondió ella, sin dejar de mirarme. Entrelazó la mano con la de él y descansó la cabeza en el hombro de Jesse. Debo reconocer que la escena fue conmovedora.

Tomí Horshaft quedó confirmada como nieta de Ezra y Esther Winkleman. Nacida en Auschwitz-Birkenau en 1943, se quedó huérfana al poco tiempo y fue adoptada por una pareja norteamericana que se fue a vivir a un kibutz de la zona norte de Israel. Desde orillas del mar de Galilea, la señora Horshaft declaró: «Por mucho que este descubrimiento jamás podrá devolverme a mis padres, mis abuelos o mis primos, utilizaré el dinero recaudado con la venta del cuadro para construir una escuela en su honor».

El pueblo de Gran Bretaña hizo piña para adquirirme por doscientos cuarenta millones de libras (una pequeña parte de mi valor estimado). Fue espantosamente aburrido; cada trimestre tenía que quedar expuesto en un museo distinto. Y en el exterior se formaban colas de cientos de miles de personas ansiosas por admirarme a *moi*. Muchos museos decidieron hacer el agosto cobrando sumas increíbles a las parejas que deseaban contraer matrimonio bajo mi mirada. Desde mi adquisición, he salido elegido cada año como el mejor Tesoro Británico Nacional, sextuplicando los votos recibidos por Stonehenge, el Palacio de Blenheim, la Calzada de los Gigantes o la Torre de Blackpool.

El pueblo llano siguió proporcionando buenos chismorreos: me enteré de que Annie y Jesse acabaron instalándose en una granja en el norte del estado de Nueva York, un lugar que satisfacía su amor por el campo y a la vez no quedaba muy lejos de la gran ciudad. La empresa de Annie, a la que puso por nombre Foodalicious, se convirtió en sinónimo de catering chic, temático y de elevada calidad. A pesar de las ofertas de convertir Foodalicious en una marca de carácter global, Annie se resistió a la idea. «Para mí —le explicó a un plumilla—, la comida es amor, la comida es recuerdos, la comida es sufrimiento y esperanza, la comida es el pasado y el futuro, la comida es quién

somos y quién queremos ser; cocinar es para mí originalidad e intimidad, y esas son cosas que, trabajando a gran escala, resultan imposibles de conseguir». Cuando el periodista le preguntó si era la misma Annie McDee que había comprado el cuadro más famoso del mundo en una tienda de objetos de segunda mano, había ido luego a la cárcel y había rechazado el millón de libras que le ofrecía la Fundación Winkleman en calidad de compensación, Annie respondió: «Esa era una persona completamente distinta».

Jesse, ahora su esposo, continúa pintando paisajes de memoria en su estudio, un amplio granero reconvertido. Me han dicho que son coloristas, abstractos y muy codiciados.

Rebecca Winkleman, acusada de falsificación de documentos y ocultamiento de pruebas, fue condenada a cinco años de privación de libertad, pero siguió dirigiendo el negocio desde un régimen de prisión abierta. Fue puesta en libertad al cabo de dos años y medio. La gente dio por sentado que había actuado de forma ilegal con el único y exclusivo fin de proteger a su querido padre; fue acogida de nuevo en el mundo del arte envuelta en un halo de compasión. A partir de entonces, el negocio prosperó gracias a su visión extraordinaria y a su temple de acero. En 2025, Rebecca fue nombrada Dama de la lista King's Honours en reconocimiento a los servicios prestados al mundo del arte.

Después del escándalo de Memling, Carlo Spinetti se hizo director de cine independiente y ganó un Oscar con una parodia de las películas de terror de bajísimo presupuesto, *Mi suegro*, que iba sobre un despiadado exnazi que bebía sangre para desayunar. Carlo murió en flagrante delito en el Chateau Marmont, en Los Ángeles, en compañía de dos jóvenes.

Vlad y Grace Spinetti se casaron. Él renunció a su fortuna y se instalaron en su ciudad natal, Smlinsk, donde tuvieron siete hijos y montaron un salón de tatuajes. Grace se planteó la posibilidad de regresar a Inglaterra para trabajar

con su madre en el negocio familiar, pero al final prefirió la libertad personal a las recompensas profesionales.

El Muy Honorable señor Barnaby Danson perdió su escaño en las elecciones de 2020. Posteriormente, se convirtió en asesor de comunicación del gobierno albanés.

Barty fue herido en el brazo izquierdo durante el tiroteo, pero la casa de subastas lo compensó con una sustanciosa indemnización. Vivió hasta los ciento dos años de edad, siguió vistiéndose siempre para la ocasión y acabó presentando su propio programa de televisión, *Espantosamente vulgares*, una mirada idiosincrásica al sistema de clases británico.

Delores Ryan se casó con un taxista marroquí y se marchó a vivir a Tarudant, en el valle del Sus. Después de su fracaso en la identificación del Watteau, abandonó la historia del arte y se dedicó a fabricar en serie productos derivados del aceite de argán.

El conde de Beachendon dejó la casa de subastas para gestionar el museo del emir y la jequesa de Alwabbi. Con un presupuesto anual de mil millones de dólares para gastar en obras de arte, el conde acabó convirtiéndose en uno de los personajes más poderosos del mundo del arte.

Después de la ingeniosa idea de adquirir «El cuadro del pueblo» mediante micromecenazgo, Maurice Abufel fue recompensado con la embajada de la república de Daguestán. «Es más o menos del tamaño de Gales, pero queda muy lejos de Mold», explicaba a todo el mundo. Su exesposa, Delia Abufel, ganó el premio de «Adelgazamiento del año», volvió a casarse y se mudó a Pontefract.

Evie consiguió rehabilitarse con éxito, obtuvo el título de secundaria y una

beca para estudiar en Oxford. Dos años más tarde, se casó con Bruce Goldenheart (treinta y cinco años de sobriedad) y juntos gestionan un servicio de asesoramiento para alcohólicos en proceso de rehabilitación en la isla de Wight.

Después de cuatro años de matrimonio, la esposa de Desmond lo dejó, alegando «conducta controladora irrazonable».

¿Y qué fue de *moi*? ¿Sigues todavía viendo un viejo pedazo de tela, de cuarenta y cinco por sesenta centímetros, tachonado con pigmentos, aceites, un poco de sopa de pollo y una mosca muerta? Creo que no.

Mi tiempo se acaba. Estoy agotado, francamente. Mantener encendida la llama de la belleza y la excelencia es un trabajo muy duro. Tantos siglos de ser arrancado de distintos marcos, de andar cargado a lomos de mulas, de viajar a bordo de barcos, de excursiones en bolsas de plástico, de estar colgado encima de chimeneas encendidas y sometido al calor del aliento humano, todo eso acaba pasando factura. Mi urdimbre y mi trama se desintegran; el óleo ha perdido su humedad. Pronto no seré más que un minúsculo montón de polvo. Por suerte, prosperan y sobreviven numerosos seguidores e imitadores; algunos excelentes. Lo único que cuenta es que los artistas sigan recordándoles a los mortales lo que de verdad importa: la maravilla, la gloria, la locura, la relevancia y la improbabilidad del amor.

## Agradecimientos

Los personajes del libro están inspirados en personas que he conocido, o sobre las que he leído o, simplemente, que he esperado que existiesen. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia o intencionadamente halagador. Diversos personajes públicos e instituciones aparecen citados por su nombre, puesto que sería complicado imaginarse un mundo del arte, real o de ficción, sin ellos.

He tenido la suerte de poder disfrutar de las enseñanzas de distinguidos eruditos, así como de las de los directores, restauradores, conservadores y miembros del consejo de administración de la National Gallery, la Tate, la Wallace Collection y la Waddesdon Manor. Estas instituciones y sus celebridades han sido fuente de consuelo y de inspiración durante toda mi vida.

Quiero dar también las gracias a Catherine Goodman, por el despacho donde poder escribir y por sus conocimientos sobre pintores y pintura.

Sarah Chalfant, extraordinaria agente, detectó el potencial del libro y lo guio hasta los distinguidos hogares de la incomparable Alexandra Pringle y la inestimable Shelley Wanger. Gracias a todos aquellos que navegan con Wylie Agency, Bloomsbury and Knopf, y a Sonny Mehta, Nigel Newton, Alba Ziegler-Bailey, Charles Buchan, Alexa von Hirschberg y Anna Simpson.

Y debo un agradecimiento muy especial a mi familia, amigos y colegas por su apoyo, su humor y su paciencia, así como a mis minuciosos lectores, Jacob y Serena Rothschild, Fiona Golfar, Justine Picardie, Philip Astor, Stephen Frears, Rosie Boycott y SP por último, aunque no por ello menos importante, muchas gracias, Emmy.

## Notas de la traducción

[1] Juego de palabras intraducible. Un *black cabbie* (esta última palabra podría considerarse un diminutivo de Carbaritch) es un conductor de los típicos taxis londinenses de color negro.

[2] *Quod erat demonstrandum*, locución en latín que significa «Lo que se quería demostrar».

[3] Windy en inglés significa «ventoso»; Stinky, «apestosa».

[4] *Blob*, en inglés, significa «masa amorfa» o «borrón».

**Una novela deslumbrante sobre el amor, un famoso cuadro desaparecido y un oscuro secreto del pasado. Una brillante combinación de *thriller*, romance y sátira sobre el mundo del arte.**



Annie McDee busca en una destartada tienda de segunda mano de Londres un regalo para su nuevo, aunque poco recomendable, amante. Escondida entre trastos apolillados, una pintura llama su atención y, tras invertir sus escasos ahorros en el regalo, Annie prepara también una deliciosa cena... aunque él nunca aparece.

Ahora tiene en casa un cuadro que empieza a acumular polvo. Y que resulta ser *La improbabilidad del amor*, la gran obra perdida de uno de los pintores franceses más influyentes del siglo XVIII. Este hallazgo fortuito conducirá a Annie al lado más oscuro del mundo del arte, enfrentada a gente que haría cualquier cosa por poseer la pintura. Para un oligarca ruso exiliado, una avariciosa jequesa, un subastador desesperado, un marchante sin escrúpulos y muchos otros, este cuadro simboliza sus grandes esperanzas y sus peores miedos.

En su búsqueda de la verdadera identidad de la obra, Annie desvelará algunos de los más terribles secretos de la historia de Europa. Y descubrirá que es capaz de amar de nuevo.

**Reseñas:**

«Destinada a ser un best seller.»

*Sunday Times*

«Una obra de arte.»

*Daily Mail*

«Deliciosa.»

*The Times*

«Inteligente, divertida, seductora y totalmente humana.»

*The Independent*

«Excelente.»

*The Lady*

«Absorbente.»

*Metro*

«Gustará a todo tipo de lectores.»

*Daily Express*

## Sobre la autora

**Hannah Rothschild** es escritora y directora de cine. Sus documentales se han emitido en las cadenas BBC y HBO y en festivales cinematográficos internacionales. Escribe guiones para Ridley Scott, entre otros, y artículos para *Vanity Fair*, *The New York Times*, *Harper's Bazaar*, *Vogue* y otras revistas. Su primer libro, *The Baroness*, se publicó en 2012 y se ha traducido a seis idiomas. En 2015 asumió la presidencia del patronato de la National Gallery. Pertenece también a los patronatos de diversas fundaciones y museos, como la Tate Gallery y Waddesdon Manor, y es una de las vicepresidentas del Hay Festival. Vive en Londres.

Título original: *The Improbability of Love*

© 2015, Hannah Rothschild

Todos los derechos reservados

© 2016, Isabel Murillo, por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-8365-898-7

Diseño de cubierta: Penguin Random House

Fotografía de portada: © Julia Hetta

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

# Índice

[La improbabilidad del amor](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas de la traducción](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)